Dallendorf 4/11 de Mars 1941

F. Jammes

La hombre de los comités, errarmi al destruir a Robespierre, sucumbió la República, y su ternura a la dictadura se cumplió a la larga el advenimiento de Bonaparte, que ahogó la libertad y con él los odiosos matices se hicieron dueños de Francia y de la República =

Valladolid
die - 18-3-41

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS

POR

A. DE LAMARTINE

NOVÍSIMA EDICION ESPAÑOLA

ILUSTRADA CON MULTITUD DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO
Y MAGNÍFICOS RETRATOS APARTE.

R 40.240

TOMO TERCERO

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, número 5.

1877

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS.

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativas de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salud pública.—El toque á rebato.—El 2 de Junio.—Discursos.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su mujer, el rumor popular de que en su casa existia un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpetuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolañdistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caido. Roland no habia gozado ni áun del beneficio de la caida: el olvido. Era muy temido para que se le perdonase. Creyeron prender en su persona una conspiracion contra la república, y hallar en su casa todos los hilos y toda el alma del partido del federalismo. A las seis de la tarde, miéntras la multitud rodeaba la Convencion y sus amigos luchaban en la tribuna, los seccionarios se presentaron en su casa, intimándole que les siguiese en nombre del comité revolucionario. Le enseñaron una órden por escrito. «No conozco ese poder en la Constitucion,—respondió Roland,—y no obedeceré voluntariamente las órdenes que emanan de una autoridad ilegal. Si empleais la violencia, sólo podré oponeros la resistencia de un hombre de mi edad; pero protestaré hasta el último suspiro.» «No tengo órden de emplear la violencia,—dijo el jefe de los seccionarios, portador del mandamiento de prision.—Voy á consultarlo con el Consejo municipal, y dejo aquí á mis colegas para que me respondan de vos.»

Madama Roland, llena de toda la indignacion que el sentimiento de la ley violada y de los peligros de su marido le inspira, redacta precipitadamente una carta á la Convencion, pidiendo venganza; escribe ademas otra al presidente, rogándole

que le permita presentarse ella misma á la barra, y entrando en un carruaje de alquiler, se dirige á las Tullerías.

Los patios estaban llenos de gente y de tropa. Cubre su rostro con el velo, temiendo ser reconocida por sus enemigos. Rechazada primero por los centinelas, consigue á fuerza de astucia é insistencia penetrar en la sala de peticionarios, desde donde oye durante algunas horas de angustia el sordo estruendo del salon y los tumultos de las tribunas que ultrajan á sus amigos ó aplauden á sus enemigos. Envia su carta al presidente por medio de un diputado de la Llanura llamado Roze, que la reconoce y protege. Roze vuelve despues de mucho tiempo y le refiere las mociones homicidas que se hacen contra los girondinos, la consternacion de este partido, el peligro de las veintidos cabezas proscritas, la imposibilidad en que se halla la Convencion de sustraerse á este combate á muerte para oir y discutir la reclamacion de una mujer, y al ver que insiste, Roze le trae á Vergniaud.

Madama Roland y Vergniaud hablan aparte, miéntras su partido se hunde. «Hacedme entrar, hacedme obtener la palabra,—dice aquella mujer animosa á Vergniaud.—Expresaré esforzadamente verdades que no serán inútiles á la república, y despertarán á la Convencion de su estupor. Un ejemplo de valor puede avergonzar á una nacion.» La elocuencia que en sí misma sentia la ilusionaba acerca de la cobardía de las asambleas. Vergniaud se lamenta de su ilusion, la disuade, le estrecha las manos entre las suyas, como si fuera un supremo adios, y entra enardecido y fortificado en el salon para responder á Robespierre.

Madama Roland sale de las Tullerías, corre á pié á casa de Louvet, cuyo valor apreciaba y queria invocar; éste se hallaba en la Convencion. Al regresar á su casa, le manifiesta el portero que Roland, habiendo burlado la vigilancia de los seccionarios, se habia refugiado en una casa inmediata. Corre á verle, pero ya habia cambiado de asilo; síguele de puerta en puerta, y al fin le encuentra; se precipita en sus brazos, le refiere sus tentativas, se alegra de su libertad, y vuelve á salir para tratar de penetrar en la Convencion.

II

Hacía ya dos horas que era de noche. Aquella mujer recorre sola las calles iluminadas, sin comprender por el triunfo de qué partido brillaban aquellas luces. Cuando llega al Carrousel, donde poco ántes se hallaban cuarenta mil hombres y se agitaba una muchedumbre inmensa, encuentra la plaza desierta y silenciosa. Sólo algunos escasos centinelas quedan á las puertas del Palacio Nacional. La sesion se habia ya levantado. Interroga entónces á un grupo de descamisados que guardaban un cañon, los cuales le hacen saber, con el acento de una alegría que creian participar con ella, que la comision de los Doce está abolida, habiendo reconciliado este sacrificio á los patriotas; que Paris salva la república, que el reinado de los traidores ha terminado, y la municipalidad victoriosa no tardará en mandar prender á los veintidos. Entónces se vuelve consternada á su casa, abraza á su hija que estaba durmiendo, y reflexiona acerca de si deberá huir para sustraerse al arresto. El asilo en que estaba oculto su marido no podia contenerlos á ambos, y el único á que podia recurrir hubiera suscitado contra su virtud calumnias más temidas por su pureza que la muerte. Decidióse á esperar su suerte y arrostrarla

en medio de su vida de esposa y de madre. Tiempo hacía que habia aguerrido á su alma contra la persecucion y el asesinato. Su corazon, devorado por una doble pasion, un amor sin debilidad y un patriotismo desesperado, no le presentaba en la muerte sino un asilo para su virtud y una brillante inmortalidad para su nombre. Sólo sentia perder la vida por su hija, en cuya alma veia brotar el gérmen de sus talentos, con una razon más fortalecida y más serena para dominar sus pasiones. Tenia amigos seguros á quienes poder legar este tesoro de una madre. Tranquila en cuanto á esto, estaba dispuesta para cualquier acaecimiento. La sangre de otra Lucrecia no amedrentaba su imaginacion, con tal que tiñese la bandera republicana. Resuelta á esto, se sentó para escribir á Roland los resultados de su

Prision de madama Roland.—Pág. 7.

jornada. Abrumada por el cansancio y las angustias en que habia pasado el dia, acababa de dormirse, cuando algunos miembros de la seccion penetran en su morada y hacen que su doncella la despierte. Se levanta sobresaltada, y comprendiendo de antemano su suerte, se viste con decencia y hace un lio con sus vestidos más necesarios, como si se despidiera para siempre de su casa. Los seccionarios, que la estaban esperando en la sala, le presentan la órden de prision dada contra ella por la municipalidad. Sólo pide un minuto para informar por medio de una carta á un amigo suyo de su situacion y encomendarle su hija. Se lo conceden; pero habiendo insistido el jefe de los seccionarios en ver lo que escribia y saber el nombre del amigo á quien se dirigia, rasgó indignada la carta, prefiriendo desaparecer sin despedirse, á denunciar una amistad que se consideraria como un crímen en la persona á quien estimaba.

Al amanecer fué arrebatada á su hija y á sus criados afligidos. «¡Cuánto os quieren!»—le dijo con asombro uno de los seccionarios, que nunca habia visto en

la mujer bella y sensible más que el jefe de un partido odioso y calumniado. «Es porque yo tambien los quiero»,—le respondió con tierna altivez madama Roland.

La introdujeron en un coche rodeado de gendarmes. El pueblo, amotinado desde por la mañana por el espectáculo de aquella prision, seguia el coche gritando: *¡A la guillotina!* Al vulgo le gusta verlo caer todo. Un comisionado de la municipalidad preguntó á madama Roland si deseaba que se bajasen los cristales para sustraerse á aquellas miradas y aquellos gritos. «No,—dijo:—la inocencia oprimida no debe tomar la actitud del crímen y de la vergüenza. No temo las miradas de los hombres de bien, y arrostro las de mis enemigos.» «Teneis más carácter que muchos hombres,—le dijo el comisario;—sin duda confiais en que se os hará justicia.» «¡Justicia!—respondió ella.—Si la hubiera, no estaria yo aquí. Iré al cadalso, del mismo modo que voy á la cárcel. Desprecio la vida.» Las puertas de la cárcel se cerraron tras ella, pareciendo entrar consigo en aquel calabozo todas las faltas, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos y todo el heroísmo de su partido. La historia la seguirá para contemplarlos.

III

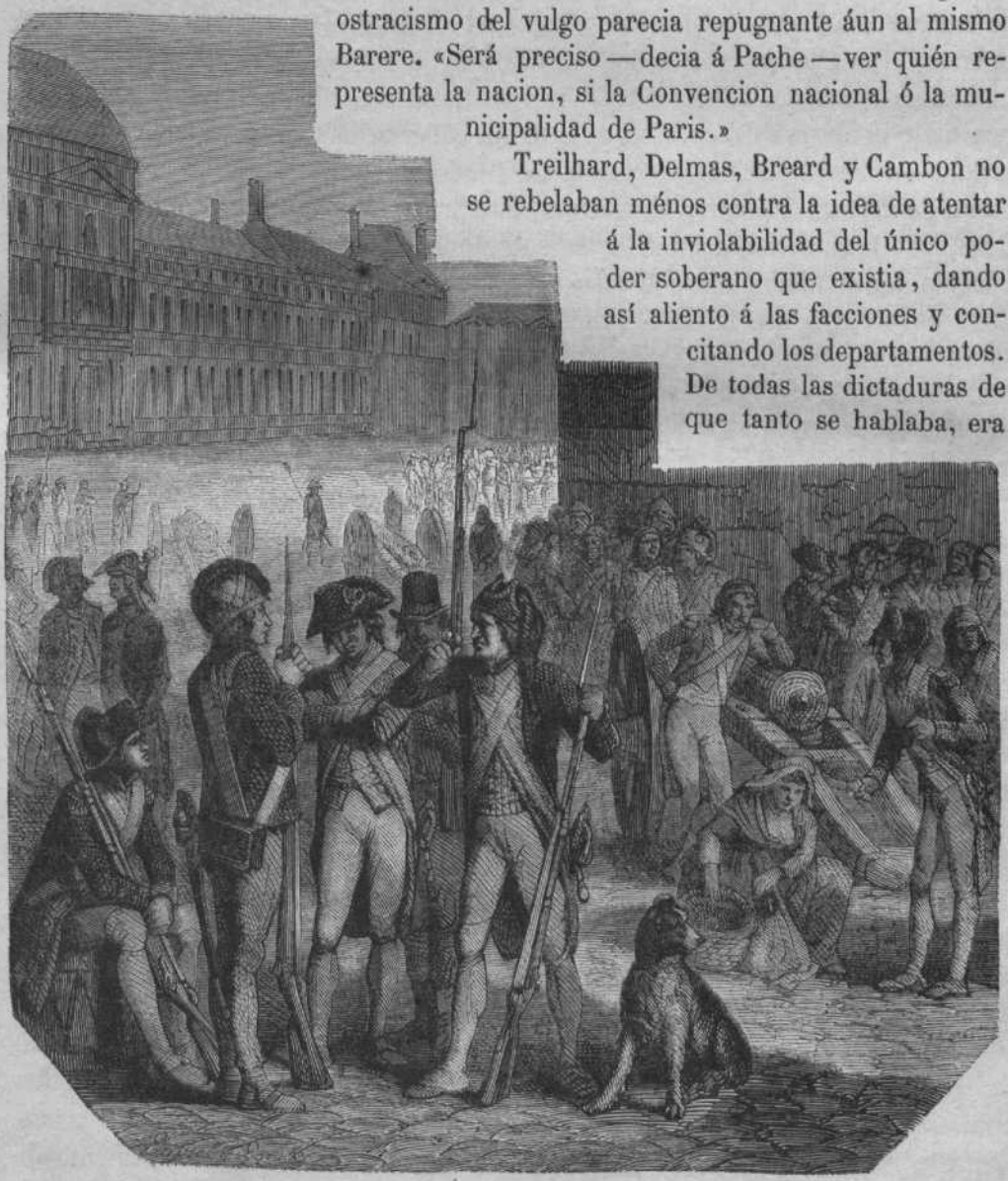
La sesion del dia siguiente, 1.° de Junio, en la Convencion sólo se ocupó con la lectura de la proclama del comité de salud pública al pueblo frances, leida y redactada por Barere. Esta proclama, que llevaba impreso el carácter de debilidad y ambigüedad de los sucesos y de los hombres, excusaba la insurreccion como una feliz ilegalidad del pueblo de Paris, y presentaba á los girondinos como representantes de una virtud demasiado rígida, cuyos errores habia reparado la Convencion, pero cubriéndolos sin embargo con su inviolabilidad. La municipalidad, embriagada de su victoria, hablaba con más imperio, y se reunia para acabar con sus enemigos. El corregidor Pache no fingia ya vituperar al comité insurreccional del Arzobispado. «Vengo—decia— del comité de salud pública, adonde he sido llamado, y lo he hallado en las mejores disposiciones, como os lo atestiguará Marat que estaba allí. Marat pide que escucheis sus consejos en estas graves circunstancias.»

Marat se presenta en efecto en la tribuna. «¡Levántate, pueblo soberano!—exclama.—Sólo tienes recursos en tu propia energía; tus mandatarios te venden. Preséntate á la Convencion, lee tu representacion, y no abandones la barra hasta haber obtenido una respuesta, despues de lo cual obrarás de una manera conforme á nuestros derechos é intereses. Este es el consejo que tenia que darte.» A la voz de Marat, el ayuntamiento obediente nombra doce comisionados, seis de su seno y otros seis del comité insurreccional, para llevar la representacion á la Convencion. El presidente da las gracias á Marat por haber venido á comunicar su energía á la municipalidad. Se votan las medidas de levantamiento en masa del pueblo de Paris, el sueldo de los descamisados, el toque á rebato, la generala y el cañonazo de alarma.

Entre tanto deliberaba por su parte el comité de salud pública, al cual habia enviado el decreto de la Convencion todos los poderes y toda la responsabilidad arrancados la víspera á la comision de los Doce. Se componia entónces aquél de una mayoría de montañeses y de algunos diputados neutrales de la Llanura. El

comité de salud pública deliberaba en secreto, y no tenia más que nueve miembros: Barere, Delmas, Breard, Cambon, Robert Lindet, Guyton de Morveau, Treilhard, Lacroix (de Eure-et-Loire) y Danton. En aquel comité, investido repentinamente de una dictadura inesperada, fluctuaba Barere como siempre, y Danton dominaba como en todas partes. El comité, informado por sus agentes de las resoluciones de la municipalidad y del proyecto de prender á los veintidos, pasó la noche y una parte del dia en deliberaciones. Llamó á su seno á Pache, á Garat, ministro del Interior, y á Bouchotte, ministro de la Guerra, hechura de Pache. Las noticias eran temibles, los dictámenes vacilantes, los ánimos estaban indecisos entre el peligro de rehusarlo todo á la municipalidad, ó el de prestarle la mano de la Convencion para mutilarse ésta á sí misma. Pache, Bouchotte y Garat ya no disimulaban al comité que la prision de los veintidos era la única medida que pudiese calmar la fermentacion de Paris. Esta cruel necesidad de inmolar á sus colegas al ostracismo del vulgo parecia repugnante áun al mismo Barere. «Será preciso — decia á Pache — ver quién representa la nacion, si la Convencion nacional ó la municipalidad de Paris.»

Treilhard, Delmas, Breard y Cambon no se rebelaban ménos contra la idea de atentar á la inviolabilidad del único poder soberano que existia, dando así aliento á las facciones y concitando los departamentos. De todas las dictaduras de que tanto se hablaba, era



Alrededores de la Convencion el 2 de Junio, 1793.—Pág. 12.

aceptar la peor: la dictadura de las sediciones. Lacroix, franciscano fanático, adicto á Danton como al genio de la república, no se atrevia á emitir su parecer ántes que hubiese hablado su señor, temiendo equivocarse de crímen. El mismo Danton parecia estar indeciso por la vez primera. Lo escuchaba todo, concentrando las reflexiones en su alma y encubriendo su pensamiento, por lo comun tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad. Pero habia en su inmovilidad y silencio más afliccion que encono. Su fisonomía parecia revestirse de antemano con el luto de la república.

Garat se lamentaba junto á Danton de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las siniestras consecuencias de semejante sacrificio hecho á la fuerza brutal de las masas. Despues, como iluminado de pronto por uno de aquellos repentinos relámpagos que dan alguna luz en medio de la oscuridad, exclamó: «No veo más que un medio de salvacion; pero exige un heroísmo que no se puede esperar en estos tiempos corrompidos». «Habla,—dijo Danton;—nuestras almas se encuentran á la altura de todos los tiempos; la revolucion no ha degradado la naturaleza humana.» «Pues bien,—replicó Garat con timidez, como un hombre que mide el abismo del corazon de otro sin saber si hallará en él el crímen ó la virtud,—acuérdate de las disensiones de Temístocles y Arístides, que estuvieron á punto de destruir su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Arístides halló la salvacion del pueblo en su grandeza de alma. «Atenienses,—dijo al »pueblo que se dividia entre él y su rival,—no tendreis sosiego ni felicidad miéntras no precipiteis á la vez á Temístocles y á mí en el abismo donde arrojais á »vuestros criminales...» «Tienes razon»,—exclama Danton, comprendiendo la alusion ántes que Garat la aplicase á las circunstancias. Y levantándose como un hombre que encuentra la salvacion y la abraza, añade: «Tienes razon. Es preciso que la unidad de la república triunfe si es necesario sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos desterremos en número igual de la Convencion, para restituirle la fuerza y la paz. Corro á proponer este partido á nuestros heroicos amigos de la Montaña, y yo me ofrezco el primero á presentarme en rehenes á Burdeos».

Todo el comité, arrastrado por el entusiasmo de la accion y de las palabras de Danton, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio á los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando la victoria sino al patriotismo. Garat veia en él la terminacion de una lucha que intimidaba su debilidad; Barere, una continuacion de equilibrio entre las facciones; el mismo Pache, un camino para la suprema magistratura de la república, que se meditaba para él con el título de *gran juez del pueblo;* Danton, por último, un acto de sacrificio personal que ampararia su nombre contra las acusaciones de Setiembre, una prueba de desinteres patriótico que le engrandeceria aún en la imaginacion del vulgo, y le daria á fuerza de aprecio esa direccion suprema de la revolucion que aún no habia podido conquistar á fuerza de popularidad.

Pero el entusiasmo se evapora enfriándose, y las resoluciones improvisadas en un consejo, son raras veces adoptadas por la pasion de una gran asamblea. Danton arrastró á algunos amigos, y los demas pidieron tiempo para reflexionar. Hizo tantear á Robespierre, pero éste, más político y ménos generoso, habló friamente de las ilusiones de Danton, y las desvaneció á los ojos de sus amigos. «Su lógica no

le permite abdicar su poder,—dice,—porque no le tiene, sino el encargo del pueblo que le ha enviado al puesto en que queria morir. No se trata de mí,—añade,—sino de mis ideas, que son las del pueblo y del tiempo. No tengo el derecho de abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero yo no la daré. Por otra parte,—añadió,—el abismo de Arístides no es más que un sofisma puro. O Arístides cree que es perjudicial á su patria, y en ese caso debe precipitarse él mismo, ó piensa que la salva, y entónces debe precipitar á sus enemigos: ésa es la lógica. El heroísmo de Danton no es más que la ternura de un corazon débil que cede ante el deber y entrega la revolucion por una lágrima.»

Paralizados por la inflexibilidad de Robespierre Danton, Barere, Lacroix y Garat, se vieron obligados á renunciar á este proyecto, y no hallaron salvacion para la Asamblea sino en la abdicacion pronta y voluntaria de los veintidos. Se esforzaron en convencer á los diputados designados de la necesidad de sacrificarse ellos mismos á la unidad de la república. El patriotismo y el miedo les ayudaron á convencer á cierto número; pero la masa y los jefes prefirieron esperar el crímen y dejarle todo su horror ántes que debilitarle previniéndole. Como Robespierre, respondieron á los negociadores del comité de salud pública: «Que tomen nuestras cabezas; sólo las ofrecemos á la república, pero no á nuestros asesinos».

IV

El comité de ejecucion se hallaba desde entónces en sesion permanente en el ayuntamiento, en una sala inmediata á la del Consejo de la municipalidad. Se componia de Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzman, satélites todos de Marat. Este les inspiró la idea de hacer retrogradar hácia Paris los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendée, para cercar la Convencion y bloquearla hasta que hubiese entregado los veintidos y la comision de los Doce. Miéntras que los emisarios del comité insurreccional partian para hacer volver los batallones, se oyó de nuevo el toque á rebato en los campanarios de Paris, y el tambor de las secciones batió generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, se reunieron por la última vez, no ya para deliberar, sino para estrecharse y fortificarse contra la muerte. La extremidad del peligro y la imposibilidad de retardarlo, el encono del pueblo, que ya no distinguia matices entre ellos, confundiéndolos á todos en las mismas imprecaciones, los envolvian en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa aislada de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores y del movimiento de los cañones y armones que Henriot hacía conducir á la Convencion. Aquellos ruidos siniestros no les arrebataron ni la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazon, ni áun los rasgos de alegría que aquellas almas intrépidas se complacian en manifestar en sus últimas entrevistas, como una provocacion á la fortuna ó como halagos á la muerte. Aceptaron su destino, ciñéndose á discutir al fin de la comida sobre la actitud con que les convendria someterse á él, no por su propia salvacion, sino como un ejemplo que debian dejar á la república. Algunas palabras sublimes se oyeron, las cuales quedaron sepultadas en el silencio aquella noche. Todos podian huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Petion, tan débil contra la popularidad, fué intrépido contra la

muerte. Gensonné, acostumbrado al espectáculo de los campamentos, y Buzot, cuyo corazon latia á consecuencia de las impresiones que en él habia causado su desgraciada amiga madama Roland, querian esperar la muerte en los bancos de la Convencion, dejándose degollar en ellos, gritando venganza á los departamentos. Barbaroux, con el ardor de la juventud del Mediodía, enseñaba las armas que llevaba entre su ropa, conjuraba á sus colegas á que se armasen, y queria vengarse sacrificando él mismo á los más peligrosos de sus asesinos. Louvet, vituperando aquel heroísmo sin esperanza ni resultado, suplicaba á sus amigos que se escapasen durante aquella noche tumultuosa, para ir á excitar la indignacion y alzamiento de los departamentos. Vergniaud se fiaba como siempre en la suerte y en su genio, y nada queria resolver ántes del suceso; su mismo valor era perjudicial á la energía de sus resoluciones. Se conformaba demasiado con la muerte para tratar de evitarla. La muerte, segun él, se hallaba tan irrevocablemente colocada en todas las sendas de la revolucion, que le era del todo indiferente la eleccion de la que debia emprender. La fuerza que nace de un estado desesperado produce sólo la resignacion. Hay esperanza en el heroísmo. Vergniaud era el más elocuente de los ciudadanos, pero no era un combatiente. «Brindemos á la vida ó á la muerte,—dijo, levantándose de la mesa, á Petion que estaba en frente de él.—Esta noche encubre en su sombra una ú otra de ambas cosas para nosotros. No nos ocupemos de nosotros, sino de la patria. Aunque fuera este vaso de vino mi sangre, lo beberia á la salud de la república.» A las sublimes palabras de Vergniaud sucedieron gritos ahogados de *¡Viva la república!* Los desgraciados girondinos se veian precisados á bajar su voz al dirigir sus últimos votos á su patria, por no ser oidos de aquel pueblo por el cual iban á morir.

El toque á rebato, la generala y los cañonazos de alarma disparados sin interrupcion en el terraplen del Puente Nuevo, los pasos de los seccionarios armados que corrian á sus puestos, les anunciaron que la hora no daba ya tiempo para vacilar. Se separaron sin haber acordado una resolucion unánime. Cada uno se aconsejaba de sus ilusiones ó de su desesperacion, de su valor ó de su debilidad, los unos buscando su salvacion en una fuga nocturna fuera de las barreras de Paris, yendo los otros á esperar el éxito de la sesion en casa de sus amigos no sospechosos de federalismo, y presentándose los más generosos é imprudentes en la Convencion para morir en su puesto. Sus bancos estuvieron desiertos por mucho tiempo en la sesion de la noche, que se abrió á las diez. Ya corria en la Montaña el rumor de su fuga y traicion, cuando la presencia de los más valientes de los veintidos vino á imponer á sus asesinos.

Se habia seguido el plan de bloqueo de Marat. Toda la noche habia estado dirigiendo Henriot alrededor de la Convencion los batallones de voluntarios parisienses que se habia hecho venir de las afueras. Ciento sesenta bocas de fuego y los batallones de las secciones de Paris en quienes ménos confiaba el ayuntamiento, formaban una segunda línea detras del Carrousel. Reinaba un profundo silencio en las filas de aquel ejército de ciudadanos, que presentaba el aspecto, no ya de una sedicion, sino de un campamento, y revelaba la resolucion de dictar medidas á la Representacion nacional, aunque fuera con las bayonetas. El crímen contra la Constitucion estaba ya consumado en el corazon de aquellos hombres.

Al rayar el dia se abrió la sesion, presidida por Mallarmé, como la víspera.

Más moderado que Herault de Sechelles, sabía dar á la violencia la apariencia de la legalidad. La Montaña le habia confiado el cuidado de conservar á la proscripcion toda la dignidad de la ley. Lanjuinais, mirando los bancos casi desiertos de los girondinos, y tanto más alentado en su defensa cuanto más abandonados los veia, pidió la palabra. «¡Abajo Lanjuinais!—le gritan las tribunas.—Quiere encender la guerra civil.» «Miéntras sea permitido hacer oir aquí una voz libre,—dijo

Billaud-Varennes.

Lanjuinais,—no dejaré envilecer en mi persona el carácter de representante del pueblo. Diré la verdad. Harto evidente es que estais deliberando hace tres dias bajo la ley de la cuchilla. Un poder rival os domina y os rodea. Dentro no hay más que hombres pagados; fuera, cañones. Se han cometido crímenes que la ley castiga con la muerte. Una autoridad usurpadora ha hecho disparar cañonazos de alarma.» Al escuchar estas palabras, Legendre, Drouet, Turreau y Robespierre el menor se levantan y precipitan hácia la tribuna armados de pistolas para arrojar de ella á Lanjuinais. Legendre le pone el cañon de la suya al pecho; Biroteau, Defermon, Pilastre, Lidon y Penieres acuden al socorro de Lanjuinais. El presidente se cubre. «Desapareció la libertad,—dice entristecido y con solemnidad,—si continúan semejantes desórdenes.» «¿Qué habeis hecho, sin embargo?—prosigue Lanjuinais con firmeza.—Nada por la dignidad de la Convencion, nada por

la inviolabilidad de sus miembros, atacados hace dos dias hasta en su vida.» «¡Malvado!—le grita Thuriot.—Has jurado indudablemente perder á la república con tus eternas declamaciones y tus calumnias.» «Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra,—continúa diciendo el impasible orador.—Un comité directivo enciende la guerra civil, ¡y aún existe esa municipalidad rebelada! Anteayer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os hacía rodear de armas y cañones, venian á traeros esa peticion, esa lista de proscripcion de vuestros colegas, hallada en el fango de las calles de Paris.» Al oir esto, las tribunas y la Montaña parecen desplomarse sobre Lanjuinais. La multitud que se apiña á las puertas y corredores lanza gritos de muerte y rechaza hasta las gradas de la tribuna á los ujieres y guardias de la Convencion. Aquellos alaridos, aquellos puños levantados, aquellos ademanes homicidas, aquellas armas que resuenan á algunos pasos de él, no comunican el más ligero temblor al acento de Lanjuinais. Concluye pidiendo la represion de la municipalidad á pesar de verse bajo el hierro de sus sicarios.

Una diputacion de las autoridades revolucionarias de Paris le sucede. «Delegados del pueblo,—dice,—hace cuatro dias que Paris no ha depuesto las armas, y hace tambien cuatro que sus reclamaciones se ven burladas. La antorcha de la libertad se ha oscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido. Los contrarevolucionarios levantan sus cabezas insolentes. ¡Tiemblen, por fin! El rayo que va á pulverizarlos está retumbando. Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convencion. Salvadnos, ó nos vamos á salvar nosotros mismos.»

Billaud-Varennes propone que esta peticion sea inmediatamente enviada al comité de salud pública y se discuta sin levantar mano. La Llanura pide la órden del dia. «La órden del dia—exclama el impaciente Legendre—es la de salvar la patria.» Al ver la perplejidad de la Convencion, al oir las palabras de Legendre que parecen una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salen tumultuosamente de las tribunas algunas mujeres y unos pocos espectadores gritando: «¡A las armas!» Las puertas ceden con estrépito al impulso de la multitud, y la Convencion se cree por un momento forzada en su recinto. «¡Salvad al pueblo de sí mismo!—exclama un diputado de la derecha llamado Richon.—¡Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional!» «No, no,—responde con majestuosa intrepidez el generoso Lareveillere-Lepeaux, hombre en quien el sentimiento religioso fortalecia el del deber,—no, nada de debilidad. Todos participarémos de la suerte de nuestros colegas.»

Pero algunos de estos hombres que infunden el terror pánico en los corazones y confunden la cobardía con la prudencia, continúan pidiendo á voces el decreto de prision contra sí mismos. Levasseur, amigo de Danton, se lanza á la tribuna. Enemigo de la Gironda, pero enemigo leal, quiere purificar la Convencion sin derramar la sangre de sus colegas. «Nos piden—dice—el arresto provisional de los veintidos para protegerlos contra el furor del pueblo. Yo sostengo que lo deben ser definitivamente si lo han merecido; y lo merecen, como voy á probarlo.» Al oir esto, las proposiciones de Levasseur son aprobadas de antemano con prolongados aplausos que hacen conocer á los girondinos que están ya entregados. Levasseur prosigue, y en un discurso extenso enumera los crímenes atribuidos á los giron-

dinos, sosteniendo que aunque fueran inocentes recaen sospechas sobre ellos, y que como sospechosos, deben ser detenidos y juzgados legalmente por la Convencion.

El silencio con que es escuchado Levasseur manifiesta el combate interior que trabaja la conciencia de la Asamblea. Barere, aguardado con impaciencia, llega por fin del comité de salud pública, y sube á la tribuna para leer el dictámen de este comité. Su fisonomía, violenta cuando mira á la derecha, risueña cuando se dirige á la Montaña, revela de antemano las resoluciones de que es órgano é inspirador. «El comité,—dice lacónicamente,—por respeto á la situacion moral y política de la Convencion, no ha creido deber decretar el arresto, pero sí que debia dirigirse al patriotismo y generosidad, y pedir la suspension voluntaria de su poder, única medida que puede terminar las disensiones que asedian la república, restituyéndola á la paz. El comité, por lo demas, ha tomado todas las medidas para poner á los miembros de que se trata bajo la salvaguardia del pueblo y de la fuerza armada de Paris.»

V

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de disgusto de las tribunas prueban al momento á los girondinos que esta medida no satisface aún sino á medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuran á aprobarla como un medio de salvacion que van á perder si deliberan. Isnard, el más fogoso de entre ellos en otras ocasiones, y ahora el más desalentado y humilde, sube con la frente baja las gradas de la tribuna, como para expiar el primero su blasfemia contra Paris. «Cuando se pone en la misma balanza á un hombre y la patria,—dice con resignado acento,—estoy siempre con la patria. Lo declaro, si mi sangre fuese necesaria para salvar mi patria, sin otro verdugo que yo mismo, llevaria mi cabeza al cadalso, y desprenderia por mi mano el hierro fatal que hubiera de cortar mis dias. Se nos pide nuestra suspension como única medida capaz de precaver los grandes males que nos amenazan. Pues bien, me suspendo á mí mismo, y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo.» Isnard baja entre las aclamaciones de los unos y el desprecio de los otros. Lanthenas, el débil amigo de Roland, imita á Isnard. «Nuestras pasiones, nuestras divisiones—dice—han abierto un abismo bajo nuestros piés. En él deben precipitarse los veintidos miembros denunciados.» Fauchet, ansioso de hallar un asilo en la indulgencia del pueblo, se apresura á hacer su sacrificio á la patria ó al miedo. Tambien cede el anciano Dusaulx, abatido por la edad y el estudio. Cada una de estas abdicaciones va cubierta y acompañada de aplausos. La Convencion, satisfecha, cree libertarse de una purificacion dolorosa con la patriótica de aquellas abdicaciones voluntarias.

Lanjuinais, sin embargo, se levanta y sube por la última vez á la tribuna. «Creo,—dice con el resuelto acento de la conciencia,—creo haber mostrado hasta ahora bastante energía para que no espereis de mí ni suspension ni dimision.» Al oir la altivez de esta declaracion, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inunda el salon responden con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais recorre con mirada desdeñosa aquella multitud, cuyos ademanes le hieren de léjos y cuyos improperios ahogan su voz. Un momento de silencio permite en fin á la indigna-

cion de su alma dejarse oir, haciendo una reconvencion inmortal á la villanía de sus enemigos. «Cuando los antiguos sacrificadores—dice—arrastraban en otro tiempo las víctimas al altar para inmolarlas, las coronaban con flores y cintas... ¡Villanos! ¡No las insultaban!...» Al escuchar tan majestuosa imágen, realzada por la siniestra analogía del orador con la víctima, del sacrificador con el pueblo, el tumulto, avergonzado de sí mismo, cesa, y el pueblo á su vez inclina la frente. Cuando la sublimidad del lenguaje va unida á la de la accion, el hombre se ve subyugado á pesar suyo, la elocuencia se convierte en heroísmo, y el genio se confunde con la virtud. «Está visto,—prosigue Lanjuinais,—no se puede salir de aquí ni asomarse á la ventana para pedir justicia á la nacion: los cañones están apuntándonos. Ningun voto legal puede emitirse en este recinto. Callo...» Y baja.

Barbaroux, ménos elocuente, pero tan inflexible como Lanjuinais, le reemplaza. «Si mi sangre fuese necesaria para el afianzamiento de la libertad,—exclama,—la derramaria. Si el sacrificio de mi honor fuese preciso para la misma causa, os diria: «Arrebatádmelo; la posteridad será mi juez». Si la Convencion, en fin, creyese necesaria la suspension de mis poderes, obedeceria su decreto; pero nunca depondré por mí mismo la autoridad con que me ha investido el pueblo... No, no espereis de mí dimision alguna. ¡He jurado morir en mi puesto, y cumpliré mi juramento!» Los oyentes admiran y callan.

«¡Sacrificios á la patria!—dice Marat.—Olvidan que es preciso estar puros para ofrecer tales sacrificios. Yo soy el que como verdadero mártir de la libertad debo sacrificarme por todos. Ofrezco mi suspension al punto en que hayais decretado el arresto de los veintidos, y pido que, borrando de la lista á Ducos, Lanthenas y Dusaulx, que no merecen los honores de la proscripcion, añadais en su lugar las cabezas de Defermon y de Valazé, que no están en ella.»

Billaud-Varennes estaba combatiendo, como Marat, la blandura de las proposiciones de Barere, cuando estalla un nuevo tumulto á las puertas de la Asamblea y suspende por un momento toda deliberacion. Lacroix, amigo y confidente de Danton, impelido en secreto por éste en aquella determinacion, se precipita en el salon con los brazos extendidos como un hombre que implora asilo y venganza contra asesinos. Finge la actitud, la voz, los gestos del espanto. «Se han dirigido armas contra mi pecho,—exclama.—La Convencion está bajo la metralla. Hemos jurado vivir libres ó morir. Pues bien, ¡es preciso saber morir, pero morir libres!»

La Gironda y la Llanura confirman las palabras de Lacroix, y atestiguan que varios de ellos han sido rechazados al salon y ultrajados. Danton se manifiesta igualmente indignado. Barere dice que la Convencion avasallada no puede hacer leyes, que la están acechando nuevos tiranos, y que esta tiranía reside en el comité revolucionario de la municipalidad, en cuyo seno hay malvados. Designa el español Guzman, amigo y agente de Marat; y que en este momento y á vista de la Convencion se está distribuyendo á las tropas que la rodean el salario de la insurreccion. Danton sostiene á Barere, y pide que el comité de salud pública se encargue de vindicar la Representacion oprimida. Un decreto ordena á la fuerza armada que se retire del recinto. Mallarmé, con la voz agotada ya, cede la presidencia á Herault de Sechelles, el presidente de prevencion de los dias de conflicto.

Si todos los girondinos hubiesen estado presentes; si Vergniaud, cuya moderacion cautivaba á la Llanura y adormecia á la Montaña, hubiese pronunciado

entónces una de sus magníficas arengas, apaciguando al pueblo con promesas y avergonzando á la Convencion del espectáculo de su opresion, esta tentativa de Lacroix y de Danton para salvar las veintidos cabezas no hubiera sido infructuosa. Pero todos los oradores de la Gironda ó estaban ausentes ó mudos. Barere provocó solo por segunda vez á la Asamblea. «Ciudadanos,—dice,—os lo repito, sepamos si somos libres. Pido que la Convencion vaya á deliberar en medio de la fuerza armada, que sin duda la protegerá.»

Los representantes rechazados por las secciones (2 de Junio).—Pág. 18.

Herault de Sechelles, al escuchar estas palabras, baja del sillon y se coloca á la cabeza de una columna de diputados dispuestos á seguirle. Los girondinos y la Llanura se unen á él. La Montaña, indecisa, permanece inmóvil. «No salgais,—le gritan los jacobinos de las tribunas.—Es un lazo en que los traidores quieren envolver á los patriotas. ¡Sereis degollados!» «¡Cómo! ¿Abandonareis á vuestros colegas que van á arrojarse en el seno del pueblo, entregándolos así á una muerte cierta, haciéndole creer que hay dos Convenciones, una dentro y otra fuera de este recinto?»—responden con ademanes de súplica los diputados de la Llanura. Danton se arroja generosamente en medio de ellos. Robespierre delibera un mo-

mento con Couthon, Saint-Just y un grupo de jacobinos, y se deciden por fin á bajar de sus bancos y unirse á la comitiva.

Al presentarse el presidente, que llevaba la escarapela tricolor, se abren las puertas, los centinelas presentan las armas, y la multitud deja paso á los representantes, los cuales avanzan hácia el Carrousel. Las turbas que ocupan la plaza saludan á los diputados. Algunos gritos de *¡Viva la Convencion! ¡Abajo los girondinos! ¡Entregad los veintidos!* mezclan la sedicion al respeto. La Convencion, impasible á estas voces, marcha ordenada hasta las piezas de artillería, junto á las cuales parecia esperarla el comandante general Henriot, en medio de su estado mayor. Herault de Sechelles manda á Henriot que haga retirar aquel aparato de fuerza y abra paso á la Representacion nacional. Henriot, que conoce en sí la omnipotencia de la insurreccion armada, encabrita su caballo retrocediendo algunos pasos, y con gesto imperativo dice á la Convencion: «No saldreis sin haber entregado los veintidos». «¡Prended á ese rebelde!»—dice Herault de Sechelles á los soldados, enseñándoles á Henriot. Los soldados permanecen quietos. «¡Artilleros, á vuestras piezas! ¡Soldados, á las armas!»—grita Henriot á sus batallones.

A estas palabras, repetidas en toda la línea por los oficiales, se efectúa un movimiento de concentracion alrededor de las piezas de artillería. La Convencion retrocede. Herault de Sechelles pasa con los diputados por la bóveda del palacio al jardin. Allí, los batallones fieles, acantonados á la extremidad de la grande alameda que conduce á la plaza de la Revolucion, llamaban con sus aclamaciones á los miembros de la Asamblea, jurando cubrirlos con sus bayonetas. Herault de Sechelles se encamina allí; pero ántes de llegar al puente giratorio le corta el paso un batallon de las secciones insurreccionadas. La Convencion, agrupada alrededor de su presidente, vacila y se detiene.

Marat, saliendo entónces de una alameda inmediata, escoltado de una columna de jóvenes franciscanos que gritan *¡Viva el amigo del pueblo!*, intima á los diputados que vuelvan á sus puestos. La Convencion, cautiva, pero aparentando estar satisfecha de los pocos pasos que le han permitido dar, vuelve á entrar en el salon. Couthon añade dentro la burla á la violencia que fuera se habia ejercido sobre ellos. «Ciudadanos,—dice,—todos los miembros de la Convencion deben ahora estar seguros de su libertad. Habeis marchado hácia el pueblo, y en todas partes le habeis hallado respetuoso para con sus representantes é implacable contra los conspiradores. Ahora, pues, que os reconoceis libres para deliberar, pido, no un decreto de acusacion contra los veintidos denunciados, sino un decreto que los arreste en sus casas, así como á los miembros de la comision de los Doce y á los ministros Claviere y Lebrun.»

Un aplauso aparente, pero unánime, manifiesta que ni siquiera queda ya en la Convencion el pudor de su situacion. Legendre, Couthon y Marat dejan oir, sin embargo, algunas palabras de piedad por los miembros de la comision de los Doce que protestaron contra la prision de Hebert y Varlet. Se borra de la lista de los proscritos á Fonfrede, Saint-Martin y algunos otros.

Algunos peticionarios se ofrecen á servir de rehenes á los departamentos cuyos diputados van á ser presos. «No he necesitado bayonetas para defender la libertad de mis opiniones,—contesta Barbaroux;—tampoco necesito rehenes para pro-

teger mi vida. Mis rehenes son la pureza de mi conciencia y la lealtad del pueblo de Paris, en cuyas manos me entrego.» «Y yo—dijo Lanjuinais—pido rehenes, no por mí, pues hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi vida, sino para impedir que estalle la guerra civil y mantener la unidad de la república.» Ningun murmullo insultante respondió á estas últimas palabras de los veintidos. La Convencion, al herirlos, conoció que se habia herido á sí misma. Compadeciéndolos, se compadecia de sí propia. La Montaña bajó silenciosamente de sus bancos, evitando mirar á los hombres que acababa de proscribir. Varios de éstos se habian escapado; otros habian estado encerrados en casa de Meilhan, uno de sus colegas, y se dispersaron al saber el resultado de la sesion. Barbaroux, Lanjuinais, Vergniaud, Mollevault y Gardien quedaron en sus bancos, esperando en vano á los hombres armados que debian asegurarse de sus personas. No viéndolos venir, se retiraron ellos mismos á sus casas, adonde el comité revolucionario mandó gendarmes de centinelas de vista.

VI

Tal fué la catástrofe política de este partido. Murió como habia nacido, de una sedicion legalizada por la victoria. La jornada del 2 de Junio, llamada aún el 31 de Mayo porque la lucha duró tres dias, fué el 10 de Agosto de la Gironda. Este partido sucumbió por su debilidad é indecision, como el rey á quien habia derribado. La república que habia fundado se desplomó sobre él, despues de ocho meses tan sólo de existencia. Se honró á aquel grupo de republicanos por sus intenciones, se le admiró por sus talentos, se le compadeció por sus desgracias, se sintió su pérdida á causa de sus sucesores, y porque sus jefes al caer abrieron una larga senda al cadalso. Despues de la desaparicion de este partido, se pregunta cuál era su idea y si tenia alguna. La historia tambien pregunta si el triunfo de la Gironda en 31 de Mayo hubiera salvado la república; si habia en aquellos hombres de palabras, en sus concepciones, en su union, en sus caractéres y en su genio político, los elementos de un gobierno dictatorial á la vez y popular, capaz de comprimir las convulsiones interiores de Francia, hacerla triunfar en lo exterior y procurar el establecimiento de una república regular, preservándola de los reyes y demagogos. La historia no vacila en responder: No; los girondinos no tenian en sí ninguna de estas condiciones. El pensamiento, la unidad, la política, la resolucion, todo les faltaba. Habian hecho la revolucion sin quererla, y la gobernaban sin comprenderla. La revolucion debia rebelarse contra ellos y escapárseles.

Dos cosas necesitan los hombres de Estado para dirigir los grandes movimientos de opinion de los cuales participan: la inteligencia completa de estos movimientos, y la pasion que expresan en un pueblo. Los girondinos no poseian completamente ni una ni otra. En la Asamblea legislativa habian contemporizado mucho tiempo con la monarquía, mal aceptada por ellos, y no habian comprendido que un pueblo no se transforma ni regenera casi nunca bajo la mano y el nombre del poder de que se liberta. La república, tímidamente tramada por algunos de ellos, habia sido acogida más bien como una necesidad fatal que abrazada como un sistema por los otros. Ya desde el siguiente dia de su proclamacion

habian temido el fruto de su obra, como una madre que hubiese dado á luz un monstruo. En vez de trabajar en el afianzamiento de la naciente república, no habian manifestado otro afan que el de debilitarla. La Constitucion propuesta por ellos más bien parecia un arrepentimiento que una esperanza, pues combatia uno por uno todos los órganos de vida y de fuerza de la república. La aristocracia se revelaba bajo otra forma en todas sus instituciones civiles, y en ellas se reconocia ahogado de antemano el principio popular. Desconfiaban del pueblo, y éste á su vez desconfiaba de ellos. La cabeza temia al brazo, y el brazo á la cabeza. El cuerpo social no podia hacer otra cosa que agitarse ó languidecer.

Así pues, los girondinos, desde su advenimiento, habian marchado de provocaciones en concesiones y de resistencias en derrotas. El 10 de Agosto les habia arrancado el trono, en cuya conservacion pensaban aún en el mismo decreto en que Vergniaud proclamaba la destitucion del rey. Danton habia obtenido de ellos las proscripciones de Setiembre, que no habian sabido evitar con el uso de la fuerza, ni castigar amparando las víctimas con sus cuerpos. Robespierre les habia arrancado la cabeza de Luis XVI, cobardemente cedida en cambio de sus propias cabezas. Marat les habia arrancado su impunidad y su triunfo despues de su acusacion de 10 de Marzo. Los jacobinos les habian arrancado el ministerio en la persona de Roland. Por último, Pache, Hebert, Chaumette y la municipalidad les arrancaban ahora su abdicacion, no dejándoles más que la vida. Débiles en lo interior, habian sido desgraciados en lo exterior. Dumouriez, su general, habia vendido la república, arrojando sobre ellos con su traicion la sospecha de complicidad. Los ejércitos, sin jefes, sin disciplina, sin reemplazo, retrocedian de derrota en derrota. Las plazas fuertes del Norte caian ó se defendian tan sólo con sus murallas. El realismo conquistaba el Oeste; la federacion dislocaba el Mediodía; la anarquía paralizaba el centro; las facciones tiranizaban la capital. La Convencion, rica en oradores, pero sin caudillos políticos, vacilaba entre sus manos, admirando sus discursos, pero burlándose de sus actos. Detestaban á los jacobinos, y les dejaban reinar. Aborrecian al tribunal revolucionario, y le dejaban herir á la ventura, esperando que les hiriese á ellos mismos. Temian el desquiciamiento de la república, y sus correspondencias desesperadas no cesaban de inducir á los departamentos al suicidio por el federalismo.

Algunos meses más que hubiese continuado semejante gobierno, Francia, casi conquistada por el extranjero, reconquistada por la contrarevolucion, devorada por la anarquía, desgarrada por sus propias manos, hubiera cesado de existir como república y como nacion. Todo perecia entre las manos de aquellos hombres de palabras. Era preciso resignarse á morir con ellos, ó fortificar el gobierno. La violencia lo tomó por su cuenta arrogándose, como en el 10 de Agosto, esa dictadura que nadie se atrevia á tomar en la Convencion. La insurreccion de la municipalidad, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, se presentó á los ojos de los patriotas como la insurreccion de la salud pública. Viendo el pueblo claramente que iba á perecer, llevó ilegalmente su mano al timon y lo arrancó de las manos impotentes que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de su derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse arrogado la iniciativa de los departamentos, habiendo sustituido la voluntad de Paris á la de Francia. ¿Qué podian hacer, decian los patriotas del 31 de Mayo, los departamentos á la distancia á que se

hallaban de los sucesos? Antes que les hubiesen consultado y hubieran respondido, ántes que su fuerza de opinion y su fuerza armada hubiesen llegado á Paris, podian los coligados estar á sus puertas, los vendeanos á las de Orleans, y verse la república ahogada en su cuna. En los grandes peligros la proximidad es un derecho, y la parte del pueblo más inmediata al riesgo es la que debe acudir la primera al remedio. En casos como éste, la medida del poder es el alcance del brazo. Una ciudad ejerce entónces la dictadura de su situacion, para hacerla ratificar despues. Paris la habia ejercido muchas veces ántes y despues de 1789. No le recriminaba Francia ni por el 14 de Julio, ni por los sucesos del Juego de Pelota, ni por el 10 de Agosto, en que Paris habia conquistado para ella, sin consultarla ni esperarla, la revolucion y la república.

Ademas, cualesquiera que sean las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un Estado, ceden por desgracia estas teorías la supremacía á los hechos en circunstancias excepcionales; y estos hechos no carecen de derecho, porque tienen su justicia cuando son necesarios. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son más que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de una nacion ejerce sobre los miembros un poder de iniciativa, de movimiento y de resolucion relacionado con los sentidos más enérgicos, cuyo asiento está en la cabeza de una nacion, como en el individuo. La polémica rigurosa puede combatir con razon este derecho, pero la historia no puede negarlo. En tiempo de calma, el gobierno se halla repartido por todas partes en proporcion igual; pero en circunstancias extraordinarias, el gobierno existe, no de derecho, sino de hecho, en cualquier punto donde se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando se encuentra en el sentido mismo de las cosas. El 31 de Mayo era ilegal, ¿quién lo justifica? Pero el 10 de Agosto, ¿dejaba por ventura de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que podia entónces invocar legítimamente la ley? Ninguno. Todos la habian violado. No existia la ley, en aquella usurpacion recíproca y continua, ni en la Montaña, ni en la Gironda, ni en la municipalidad, ni en Paris, ni en Burdeos. La ley no existia ya, ó más bien era el instinto de la conservacion de un gran pueblo. La ley era la misma revolucion. Un pueblo extraviado por su patriotismo creyó promulgarla en medio del tumulto y de la sedicion de aquellos tres dias. Era el desórden, pero ellos lo consideraban como ley, porque esta violencia les parecia la única medida capaz de salvar la patria y la revolucion. El 10 de Agosto, se decian, podia tan sólo salvar la libertad; el 31 de Mayo podia salvar la nacion.

LIBRO CUARENTA Y TRES.

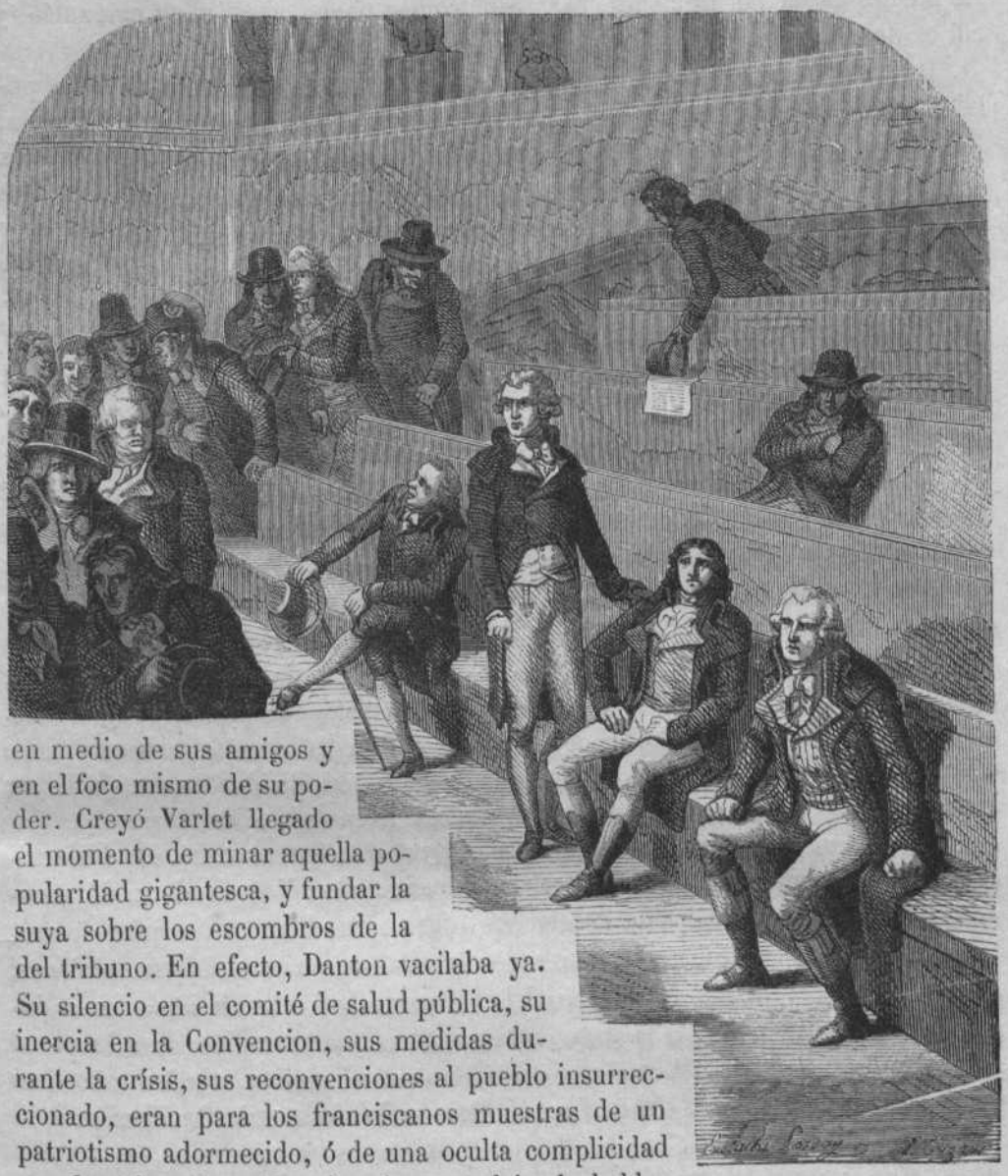
Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscritos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público.

I

Despues de aquella jornada, en que el pueblo no hizo otro uso de su fuerza que el de ostentarla y ejercer sobre la Representacion la represion de Paris, se retiró sin cometer ningun exceso. Parecíale haber satisfecho su conciencia prestando un servicio inmenso á la causa de la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, no insultó á nadie y dejó á los girondinos salir libremente de las Tullerías para dirigirse á sus casas. No eran cabezas lo que al parecer queria, sino un gobierno. Creia haber libertado á la Convencion del yugo de algunos ambiciosos y de las tramas de algunos traidores. Esto le bastaba. Estaba dispuesto á obedecer á la Convencion, con tal de ser libre. Ninguna tentativa para ir más adelante pudo inducirle á establecer una tiranía.

Sólo un hombre quiso hacer servir el movimiento para satisfacer su ambicion personal. Ese hombre fué Marat; pero su plan se frustró, y se vió precisado á justificarse en los Jacobinos de la acusacion de aspirar á la dictadura. Los discursos que habia pronunciado en la Convencion, en la municipalidad y al pueblo, durante las oscilaciones de aquellos tres dias, tendian indudablemente á designarse á sí mismo como el jefe indispensable. Billaud-Varennes se lo recriminó con dureza. «Estoy denunciado—respondió Marat—por haber pedido un jefe, un señor, es decir, un tirano. No comparezco aquí para disculparme, porque estoy persuadido que nadie dará fe á esta calumnia. Es desagradable hablar frances delante de ignorantes que no lo entienden, ó de pícaros que no quieren entenderlo. Anoche á las nueve vinieron algunas diputaciones de las secciones á consultarme sobre el partido que debian tomar. «¡Cómo!—les dije.—¿Oís el toque á rebato de la libertad, y estais pidiendo consejos?» Entónces añadí: «Veo que es imposible que el pueblo se salve sin un jefe que dirija sus movimientos». Los ciudadanos que me rodeaban exclamaron: «¡Cómo! ¿Pedís un jefe?» «No,—respondí,—pido un guía y no un señor, lo cual es muy diferente.»

Despues de que Marat fué reprendido por su ambicion, lo fué Danton á su vez por su inaccion y sus contemplaciones con los girondinos. Aquel mismo Varlet que habia propuesto al comité del Arzobispado los planes más atroces contra los girondinos, tuvo la osadía de atacar á Danton en la tribuna de los Franciscanos,



Fin de la sesion del 2 de Junio. Pág. 19.

en medio de sus amigos y en el foco mismo de su poder. Creyó Varlet llegado el momento de minar aquella popularidad gigantesca, y fundar la suya sobre los escombros de la del tribuno. En efecto, Danton vacilaba ya. Su silencio en el comité de salud pública, su inercia en la Convencion, sus medidas durante la crísis, sus reconvenciones al pueblo insurreccionado, eran para los franciscanos muestras de un patriotismo adormecido, ó de una oculta complicidad con los girondinos. Los franciscanos, dejando hablar de aquella manera á Varlet contra su ídolo, demostraron que no era inviolable para ellos. Danton estaba ausente; pero le defendió Camilo Desmoulins contra las insinuaciones de Varlet, ostentando al pueblo los títulos revolucionarios del hombre del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre.

El crédito de Danton salió intacto todavía de aquella lucha. Camilo Desmoulins fué por la noche á contarle la insolencia de Varlet. «Te doy gracias—le dijo Danton—por haberme vengado de ese reptil. Cuando el pueblo haya encontrado otro Danton, podrá ser impunemente ingrato y sacrificarme á sus caprichos. Pero nada temo,—añadió dándose en la frente con la palma de la mano,—hay aquí dos cabezas: una para levantar la revolucion, otra para conducirla.» Danton, en sus audaces confidencias, iba encubriendo cada dia ménos la idea de apoderarse de la república y variar de gobierno. «Hablo poco,—decia algunos dias despues á otro sectario suyo.—Tengo hasta la idea de eclipsarme por algun tiempo.

Es preciso gastar las facciones. Las revoluciones tienen tambien su cansancio, y allí es donde os espero.»

La Montaña hizo renovar al dia siguiente los comités, excepto el de salud pública, dando cabida en su mayoría á los miembros más señalados de entre ellos. El impulso de la víspera le daba la fuerza de las masas. Destituyó á los ministros sospechosos de adhesion á los vencidos, envió comisionados á los departamentos aún dudosos, anuló el proyecto de Constitucion presentado por los girondinos, y encargó al comité de salud pública que redactase en ocho dias otro completamente democrático. Activó el reemplazo y armamento del ejército revolucionario, verdadero levantamiento en masa del patriotismo, decretó el empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, envió al tribunal revolucionario acusados sobre acusados; las sesiones no fueron ya deliberaciones, sino mociones breves, decretadas al momento por aclamacion, y enviadas al punto á los diferentes comités para ejecutarse. Despojó al poder ejecutivo de la escasa independencia y responsabilidad que aún tenia. Llamados sin cesar ante los comités, ya no fueron los ministros sino unos ejecutores pasivos de las medidas que decretaba. Sus comisionados enviados á los departamentos fueron investidos de un poder dictatorial que suprimia ante ellos las autoridades intermedias y áun todas las leyes, y parecia comunicar á las extremidades de la república la omnipotencia de la Convencion. Desde aquel dia dejó la Asamblea de ser representacion para constituirse en gobierno. Administró, juzgó, hirió y hasta combatió. Fué Francia reunida, cabeza y brazo á un tiempo. Aquella dictadura colectiva tenia sobre la individual la ventaja de ser invulnerable, porque una puñalada no la podia interrumpir ni derribar.

Desde aquel dia igualmente no se discutió ya, sino que se obró. La desaparicion de los girondinos dejó á la revolucion sin voz. Con Vergniaud quedó proscrita la elocuencia, á excepcion de algunos dias en que los grandes jefes de partido, como Danton y Robespierre, tomaron la palabra, no para refutar opiniones, sino para intimar voluntades y promulgar órdenes. Casi enmudecieron las sesiones, reinando allí en lo sucesivo un gran silencio, interrumpido tan sólo por el paso redoblado de los batallones que desfilaban por el recinto, por los cañonazos de alarma y por los golpes del hacha que heria en la plaza de la Revolucion.

II

Los veintidos girondinos, los miembros de la comision de los Doce y cierto número de amigos suyos, advertidos miéntras tanto de su peligro por aquel último golpe de ostracismo, huian á sus departamentos, protestando contra la mutilacion de la patria. Las víctimas del 31 de Mayo no habian sido encarceladas el primer dia, contentándose la municipalidad con haberles expulsado de sus bancos de legisladores. La compasion de sus colegas parecia dejar á su arbitrio la facilidad de sustraerse por medio de la fuga á encarcelamientos más estrechos y á asesinatos casi ciertos. Hallábanse los detenidos vigilados en sus casas por gendarmes, acostumbrados al respeto hácia los miembros de la Representacion nacional. Más bien servidores que carceleros, aquellos hombres, enternecidos, seducidos con facilidad, dejaban comunicar á los diputados proscritos con sus familias y amigos de fuera. Los cautivos recibian visitas, y algunos tenian hasta el permiso de

salir de noche. Se contentaban con exigirles palabra de no marcharse de Paris. La mayor parte de los que habian aguardado el éxito de la insurreccion del 2 de Junio en casa de Meilhan, calle de San Honorato, habian apelado ya á la fuga. Los demas se fueron escapando poco á poco. Robespierre, Danton, el comité de salud pública, el mismo pueblo, parecian no hacer caso de estas evasiones, como para sustraerse á sí propios unas víctimas que les habia de ser doloroso herir.

Buzot, Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Petion, Bergoing, Lesage, Cussy, Kervelegan y Lanjuinais se encaminaron á Normandía, y despues de haber recorrido, sublevándolos, los departamentos situados entre el mar y Paris, establecieron en Caen el foco y centro de la insurreccion contra la tiranía de Paris. Se die-

Sitio de Valenciennes (Julio, 1793).—Pág. 26.

ron el título de Asamblea central de resistencia á la opresion. Biroteau y Chasset llegaron hasta Lyon, en cuya ciudad, las secciones armadas se agitaban en movimientos contrarios y sangrientos ya. Brissot huyó á Moulins, Rabaut de Saint-Etienne á Nimes. Grangeneuve, enviado por Vergniaud, Fonfrede y Ducos á Burdeos, levantó batallones dispuestos á marchar sobre la capital. Tolosa siguió el mismo impulso de resistencia á Paris.

Los departamentos del Oeste estaban en efervescencia, y se regocijaban de ver á la república, desgarrada en facciones contrarias, ofrecerles la complicidad de uno de los dos partidos para restablecer la monarquía. El centro montañoso de Francia, en que se soporta ménos el yugo de Paris y donde la distancia de las fronteras hace ménos presentes los peligros exteriores, se conmovió. El Tarn, el Lot, el Aveyron, el Cantal, el Puy-de-Dome, el Herault, el Ain, el Isera, el Jura, y hasta setenta departamentos, se declararon en escision con la Convencion. Estos departamentos encargaron á sus autoridades constituidas que tomasen todas

las medidas para vengar á la Representacion nacional. Se enviaron recíprocamente diputaciones para combinar su alzamiento. Marsella organizó diez mil hombres á la voz de Rebecqui y de los jóvenes amigos de Barbaroux, y prendió á los comisarios de la Convencion Roux y Antiboul. El realismo, siempre conspirando en el Mediodía, transformó insensiblemente aquel movimiento del patriotismo en insurreccion monárquica. Rebecqui, desesperado por los golpes involuntarios que asestaba á la república, y al ver al realismo apoderarse del movimiento del Mediodía, se libró del remordimiento por medio del suicidio, arrojándose al mar. Lyon y Burdeos encarcelaron tambien á los enviados de la Convencion como maratistas. Las primeras columnas del ejército combinado de los departamentos empezaron por todas partes á ponerse en movimiento. Seis mil marselleses estaban ya en Aviñon, dispuestos á subir por el Ródano para unirse con los insurreccionados de Nimes y Lyon. Bretaña y Normandía reunidas concentraban sus primeras fuerzas en Evreux.

III

La situacion de la Convencion no era ménos apremiante en el exterior. Inglaterra bloqueaba todos nuestros puertos. Un ejército de cien mil hombres, ingleses, holandeses y austriacos, hostigaba y entraba en los departamentos del Norte. Condé, bloqueada, veia al general Dampierre espirar intentando defenderla. Valenciennes, bombardeada por trescientas bocas de fuego, no era ya sino un monton de cenizas protegido por incontestables murallas. Los emigrados, los austriacos y los prusianos habian pasado el Rhin, y amenazaban los departamentos de la Alsacia con una invasion de más de cien mil combatientes. Apénas bastaban á detenerlos Custine y nuestras guarniciones del Rhin. Este general, atrincherado en las líneas de Wissemburgo, pensaba refugiarse en Strasburgo. Maguncia, abandonada á sí misma con una guarnicion de veinte mil soldados escogidos, inutilizados de este modo, se defendia heroicamente de los ataques del general Kalkreuth á la cabeza de setenta mil hombres. El rey de Prusia, en medio de otro cuerpo de ejército al frente de Custine, sólo aguardaba para dar los últimos golpes la noticia de la rendicion de Maguncia. Desde Strasburgo á los Alpes, la insurreccion de los girondinos sublevaba el Franco-Condado y hacía el acceso del alto Jura practicable á las intrigas y á las armas de los emigrados. Tener un enemigo comun es la única alianza entre las facciones.

Veinte mil jóvenes voluntarios del Franco-Condado, impelidos al realismo por su indignacion contra los montañeses y contra Marat, estaban prontos á dirigirse á Lyon y Macon para incorporarse al ejército del Mediodía que marchaba contra Paris. Ochenta mil saboyanos y piamonteses acantonados en las alturas del condado de Niza, en la confluencia de las altas gargantas de los Alpes de Saboya, amenazaban á Toulon, Grenoble y Lyon. Aquellas tropas extranjeras proponian á los realistas del interior sus auxilios armados contra los tiranos de la república. Biron, que mandaba el ejército de Italia, sólo tenia algunos millares de hombres desalentados é indisciplinados para cubrir á la vez Provenza y la frontera. En los Pirineos, nuestra guerra con España, débil y sin gloria por ambas partes, se estrechaba en las gargantas, dejando nuestras provincias del Rosellon amenazadas de

una invasion siempre aplazada, pero siempre inminente. Los desastres del ejército revolucionario de la Vendée completaban aquel cuadro de las calamidades de la república y de los apuros de la Convencion. Sólo existia ya la fuerza en el corazon. Para no desesperar de la lucha que la república concentrada en Paris tenia que sostener, preciso era llevar en el alma toda la fe de la nacion en la libertad. La Convencion tenia esta fe; se consagró ella misma y consagró á Francia á la muerte ó á su obra, y ésta fué su gloria, su excusa y su salvacion. Danton y Robespierre, la municipalidad de Paris y los Jacobinos sostuvieron su energía al nivel de sus peligros, unas veces por medio del entusiasmo, otras por el terror que le imprimian. La pusieron entre la contrarevolucion y el cadalso: sólo tuvo la eleccion del género de muerte, habiéndose decidido por el más glorioso, resolviendo combatir contra toda esperanza.

Para demostrar que no desesperaba del porvenir, la Convencion votó en algunos dias de discusion la nueva Constitucion, cuyo plan estaba encargado de presentarle el comité de salud pública. Herault de Sechelles leyó el dictámen.

Esta Constitucion dejaba de ser representativa para convertirse en democrática; es decir, que la representacion general, universal, directa, llamaba en todo y para siempre al mismo pueblo bajo todas las formas para que ejerciese inmediatamente la soberanía. Se consultaba á la nacion sobre todas las leyes; la eleccion nombraba todos los poderes ejecutivos, los intervenia y destituia á su voluntad. Robespierre, cuyos principios hábian prevalecido en aquel pensamiento, lo defendió en los Jacobinos contra los ataques de los demagogos exagerados, como Roux y Chabot. «Desconfiad—decia—de esos llamados desde hoy sacerdotes coligados con los austriacos. Guardaos de la nueva máscara con que van á cubrirse los aristócratas. Entreveo en el porvenir un nuevo crímen, que quizá no esté léjos de estallar; pero le descubrirémos, y aniquilarémos á los enemigos del pueblo, bajo cualquier forma que se atrevan á presentarse.»

Los Jacobinos, que afectaban conservar siempre la ventaja de la moderacion sobre los Franciscanos, y que á ese carácter reflexivo y político de sus actos debian una parte de su poder, aplaudieron las palabras de Robespierre. Enviaron una diputacion, cuyo orador fué Collot-d'Herbois, á suplicar á los Franciscanos que hiciesen callar á los detractores de la Constitucion, haciendo concurrir todos los corazones á una obra que el tiempo haria aún más popular. Los Franciscanos cedieron á la invitacion de los Jacobinos, y arrojaron de su sociedad como perturbadores y anarquistas á Roux y á Leclerc (de los Vosgos), perdonando á Varlet en consideracion al ardor de su juventud. La Constitucion, sancionada de esta suerte por las dos sociedades soberanas de la opinion en Paris y amparada con la egida de Robespierre, fué enviada á todas las municipalidades de la república para que se presentase á la aceptacion del pueblo frances convocado en asambleas primarias.

Por lo que hace á Danton, lanzó esta Constitucion al pueblo como un juguete hecho pedazos ya en su mente. Del pueblo no apreciaba otra cosa que la fuerza; creia poco en la libertad; se cuidaba muy poco del porvenir; era de esa raza de hombres que no se sublevan contra las tiranías sino por otra tiranía mayor. Cuando no son esclavos rebelados, llegan á ser los más insolentes dominadores. Todas esas teorías constituyentes no eran para Danton otra cosa que puerilidades más ó ménos

hábiles; poco le costaba escribirlas, porque nada le costaba borrarlas. En revolucion no reconocia más gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

IV

Circulaba entónces el rumor de que la Convencion, sin saber el partido que habia de tomar con los girondinos que tenia cautivos en Paris, no atreviéndose á juzgarlos ó absolverlos, se proponia hacer un sacrificio á la paz y á la reconciliacion con los departamentos amnistiando á los veintidos. Era éste, en efecto, el parecer de Danton: el rigor inútil le apesadumbraba, y el recuerdo de Setiembre le apartaba del asesinato. Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdon encubria, escribió á la Convencion que no podia creer en ese proyecto del comité de salud pública, que la libertad era para él ménos cara que el honor, y que rechazaria con horror el perdon. Vergniaud, igualmente intrépido, y que provocaba á sus vencedores desde el fondo de su calabozo, escribió una carta en el mismo sentido. «Pido que me juzguen,—decia.—Si soy culpable, yo mismo me he constituido voluntariamente en estado de arresto para ofrecer mi cabeza en expiacion de las traiciones de que fuere convencido; pero si mis calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido á mi vez que vayan al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo á vuestra conciencia; á su vez será juzgada vuestra justicia por la posteridad.»

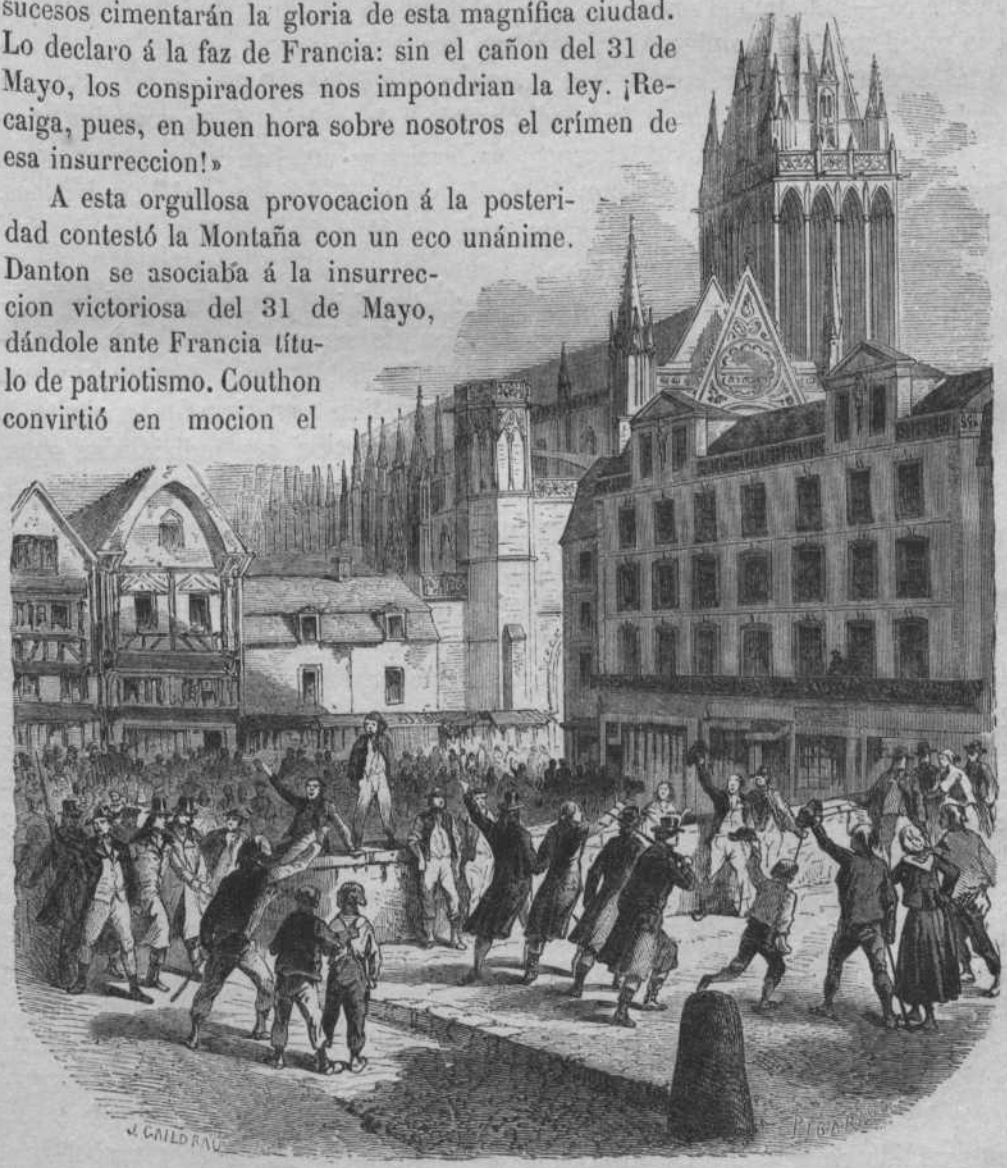
Los restos del partido de la Gironda, animados por el levantamiento de los departamentos, se presentaron en masa en la sesion de la Convencion para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscritos. «Os están arrojando las teas de la guerra civil,—exclama Legendre.—Apresuraos á apagarlas, pasando desdeñosamente á vuestras deliberaciones.» La Convencion dejó á un lado las peticiones, y Barere leyó un informe del comité de salud pública en el cual ensalzaba el 31 de Mayo, al propio tiempo que pedia medidas severas para hacer entrar á los Jacobinos y á la municipalidad en el respeto del poder supremo concentrado en la Convencion. «Hombres de la Montaña,—decia Barere terminando,—no os habreis sentado por cierto en ese puesto elevado para sobreponeros á la verdad. Sabed, pues, darle oidos. No pronuncieis ántes la opinion sobre la culpabilidad de los colegas que habeis rechazado de vuestro seno, y miéntras se les juzga, enviad rehenes á los departamentos alarmados.» Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron de esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera á ponerse en cuestion lo que ya el pueblo habia juzgado.

En aquel propio instante se anunció á la Convencion que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender á los comisionados Romme, Prieur (de la Costa de Oro), Ruhl y Prieur (de la Marne). «Conozco á Ruhl,—exclamó Couthon;—sería libre áun al frente de todos los cañones de Europa.» Se pidió por aclamacion el pronto castigo de los administradores rebeldes. Algunos miembros de la derecha propusieron medidas débiles ó pérfidas de expectativa. Danton, al oir esto, salió al parecer de la inexplicable inercia que le echaban en cara.

«¡Cómo!—exclamó.—¿Parece que se duda de la república? En el momento de una gran regeneracion social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto á los físicos en el instante de su reproduccion, se hallan amenazados de una des-

truccion próxima. Estamos cercados de tormentas, el rayo truena. Pues bien, de entre sus estallidos saldrá la obra que inmortalizará á la nacion francesa. Recordad, ciudadanos, lo que pasó en tiempo de la conspiracion de Lafayette; recordad el estado de Paris: entónces estaban los patriotas oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes, y las mayores calamidades se veian prontas á caer sobre nosotros. La situacion de hoy es la misma. Parece que sólo existe el peligro para los que han creado la libertad. Pronto quedaron relevados Lafayette y su faccion. En el dia, los nuevos enemigos del pueblo están en fuga ya con nombres supuestos. Ese Brissot, ese corifeo de la secta impía que va á ser ahogada, ese hombre que ensalzaba su orgullo y se jactaba de su indigencia, acusándome de ir cubierto de oro, no es más que un miserable á quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins prendiéndole como conspirador. ¿Se dice que la insurreccion de Paris ocasiona movimientos en los departamentos? Lo declaro á la faz del universo: esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad. Lo declaro á la faz de Francia: sin el cañon del 31 de Mayo, los conspiradores nos impondrian la ley. ¡Recaiga, pues, en buen hora sobre nosotros el crímen de esa insurreccion!»

A esta orgullosa provocacion á la posteridad contestó la Montaña con un eco unánime. Danton se asociaba á la insurreccion victoriosa del 31 de Mayo, dándole ante Francia título de patriotismo. Couthon convirtió en mocion el



Los girondinos en Caen.—Pág. 32.

entusiasmo producido por tales palabras, é hizo votar, no sólo la amnistía de las fuerzas que habian sitiado la Convencion, sino tambien el elogio de la municipalidad, del pueblo, y hasta del comité de insurreccion de Paris, durante las jornadas del 31 de Mayo y del 1 y 2 de Junio. Ducos, que habia permanecido con Fronfrede en los bancos desiertos de los girondinos, se esforzó en apaciguar la cólera de los vencedores y en excitar la indulgencia en favor de sus colegas; pero le respondieron con murmullos. Se acusó á Vergniaud de haber querido corromper al gendarme que le custodiaba; se citó la evasion de Lanjuinais y Petion, que habian ido á alcanzar á sus colegas en Caen. Robespierre pidió un dictámen pronto del comité sobre los diputados presos. «¡Cómo! ¿Es aquí donde hay osadía para poner en parangon á la Convencion y algunos conspiradores? ¿Es aquí donde se oye el lenguaje de la Vendée?» Esta injuriosa alusion á la derecha fué cubierta de negativas y murmullos. «Pido,—dijo Legendre, que afectaba fanatismo hácia Robespierre,—pido que el primer rebelde, el primero de esos rebelados (indicando con un ademan á los amigos de Vergniaud) que interrumpa al orador, sea enviado á la Abadía.» «Quieren saberse sus crímenes,—continúa Robespierre.—Sus crímenes, ciudadanos, son las calamidades públicas, la audacia de los conspiradores, la coalicion de los tiranos de Europa, las leyes que nos han impedido hacer, la santa Constitucion que se ha levantado desde que ellos no están aquí. Ciudadanos, no os dejeis guiar por la más mínima pusilanimidad, inclinándoos á perdonar á los culpables; el pueblo es vuestro.»

Intentó Fonfrede conseguir que el decreto de prision contra sus amigos indicase al ménos la cárcel especial en que habian de ser encerrados, para no confundirlos con los criminales. Sólo obtuvo una fria indiferencia. Algunas mujeres é hijos de los presos suplicaron que se les permitiese participar de la suerte de sus parientes. La Montaña acogió ó desestimó estas peticiones individuales segun su parcialidad en favor ó en contra de las personas que las dirigian. Bertrand, que acababa de perder á su mujer y que quedaba solo y pobre para cuidar de sus tiernos hijos, les fué despiadadamente arrebatado. Esta discusion se prolongó. Drouet acusó á Biroteau de intentar huir y á Vergniaud de haber embriagado á sus carceleros. «Dejemos—dice al fin Robespierre—de ocuparnos de los individuos. Quisieran que la república no pensara más que en ellos; pero la república sólo piensa en la libertad. La intencion de vuestros enemigos es la de encender de nuevo la guerra civil. Desearian algunos que la Convencion presentase el espectáculo de las disensiones que agitan á Francia. Tal es el motivo de esa afectacion en pediros que os ocupeis de esos miserables individuos, que aunque heridos por la espada de la ley, levantan el estandarte de la rebelion. Dejemos á esos desgraciados entregados á los remordimientos que les persiguen.»

No tardó en saberse la fuga de Kervelegan y de Biroteau. «¿Dónde está, pues, su crímen?»—gritó una voz en la Llanura. «¡Su crímen!—respondió Maure.—Está en su fuga.»

Por último, Saint-Just, inspirado por Robespierre, leyó el informe definitivo sobre los sucesos del 31 de Mayo. Este informe, reuniendo en un solo cuerpo todas las calumnias de Camilo Desmoulins contra los girondinos, transformaba este partido en una vasta conspiracion para restablecer la monarquía abolida y entregar la república al extranjero. El federalismo se presentaba en él como fin

constante y sistemático del partido. «¡Vedlo! — decia Saint-Just terminando.— Querian esclavizaros en nombre de vuestra seguridad. Os trataban como á aquel rey de Chipre cargado de cadenas de oro. Marsella y Lyon, prontas á unirse á la Vendée, son presa de sus emisarios. Tiranos más odiosos que Pisistrato, mandan degollar al hijo que reclama á su padre, y á la madre que llora por un hijo. Buzot subleva el Eura y el Calvados; Petion, Louvet y Barbaroux le prestan apoyo. Se cierran las sociedades populares, se persigue á los patriotas. Se instala en Nimes una comision de gobierno. La sangre corre por todas partes. Burdeos oye el grito de *¡Viva el rey!* entre los ultrajes contra la Convencion. ¿Oís los gritos de los que son asesinados? La libertad del mundo y los derechos del hombre están bloqueados con vosotros en Paris. ¡No perecerán, no! Vuestro destino es más potente que vuestros enemigos. Nada les debeis ya, puesto que asolan su patria. Es el fuego de la libertad el que por sí mismo nos ha purificado, como el hervor de los metales que arroja del crisol la espuma impura. Quédense solos con sus crímenes. Proscribid á aquéllos, juzgad á los otros, y perdonad despues. No os complazcais en ser implacables.»

Este informe ofrecia la amnistía á los departamentos insurreccionados. Se resumia en un decreto, el cual declaraba traidores á la patria á Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Biroteau y Petion; ponia en acusacion á Gensonné, Vergniaud, Mollevault y Gardien, detenidos en Paris; restituia á Bertrand, miembro de la comision de los Doce, al seno de la Convencion. Chabot, despues de este informe, pidió y obtuvo un decreto de acusacion contra Condorcet, que acababa de defender con valentía á sus amigos en un manifiesto á los franceses.

V

Miéntras que la Convencion desplegaba tanto rigor en el centro, combatia en las extremidades. Sus comisarios, luchando en todas partes con los emisarios girondinos, sublevaban las secciones, reunian los batallones, marchaban á su cabeza contra las primeras masas que se formaban, y ahogaban la insurreccion en su mismo gérmen. El general Carteaux cortó el camino de Lyon á los voluntarios de Marsella, y los puso en derrota cerca de Aviñon. Burdeos estaba indeciso entre vengar á los diputados ú obedecer á la Montaña. Pero el foco de la insurreccion federalista estaba en Caen, en Normandía, y en Bretaña. Dirijamos una mirada á aquella ciudad y á aquellas provincias.

Los diez y ocho diputados refugiados en Caen eran Barbaroux, Bergoing, Boutedoux, Buzot, Duchastel, Cuny, Gorsas, Guadet, Kervelegan, Lanjuinais sólo por unos dias, Lariviere, Lesage (de Eure-et-Loire), Louvet, Meilhan, Mollevault, Salles, Valady y Petion, acompañado de su hijo de edad de diez años. Habíanse unido á otros tres jóvenes escritores consagrados á su causa y á su desgracia, á saber: Girey-Dupré, Riouffe y Marchenna.

Estos diputados habian ido en masa á Caen, porque esta ciudad no habia esperado su provocacion para pronunciarse contra la jornada del 31 de Mayo y contra la violacion de la Representacion nacional.

Hacía algunos meses que los Jacobinos de Caen, irritados por las doctrinas de

la Montaña, habian roto abiertamente con la sociedad de Jacobinos de Paris. La misma noche del 31 de Mayo, el Consejo del departamento de Calvados habia votado la formacion de un ejército departamental, destinado á asegurar la libertad de la Convencion. «No depondrémos las armas—decia el manifiesto redactado en la misma sesion—hasta haber reducido á la nada á los proscriptores y facciosos.» Una asamblea se encargó del gobierno de la insurreccion, y confirió el mando de las tropas al general Wimpfen, antiguo diputado constitucional, natural de Bayeux, que aunque fiel á su patria, era sin embargo de ideas realistas. La asamblea insurreccional hizo prender á Romme y Prieur, ambos comisarios de la Convencion del partido montañes, encerrándolos en el castillo de Caen. Durante estas prisiones fué cuando Romme ideó el plan del *Calendario republicano,* que debia quitar al mismo tiempo las huellas de lo pasado y de la tradicion.

Los diputados fugitivos llegaron sucesivamente á Caen en los primeros dias de Junio. Cada uno á su llegada se presentó al comité insurreccional, y enardeció las opiniones federalistas con la relacion de sus propias persecuciones. La ciudad les dió hospitalidad en el antiguo palacio de la intendencia. Fueron más bien espectadores que actores en la insurreccion. Esta cobró fuerzas con la adhesion de algunos regimientos que estaban de guarnicion en Caen y sus inmediaciones, y la formacion de batallones de voluntarios escogidos entre la juventud de Rennes, de Lorient y de Brest. La vanguardia de estas tropas, bajo el mando de Mr. de Puisaye, emigrado que habia vuelto á entrar, adicto al rey, se apostó en Evreux. Puisaye no veia en la insurreccion más que la caida de la república, y una vez vencedor, creia en la posibilidad de hacer cambiar fácilmente de bandera á sus tropas, y restablecer la monarquía constitucional. Era un hombre á la vez orador, diplomático y soldado, de carácter y temple eminentemente adecuado á las guerras civiles, que más bien producen aventureros que héroes. Mr. de Puisaye habia pasado ya un año entero oculto en una cueva en medio de los bosques de Bretaña, para encender con sus ardides y correspondencias el fuego de la rebelion contra la república. Al presente se revestia con los matices tricolores y las opiniones de los girondinos. Sus soldados desconfiaban de él. El general Wimpfen permaneció en Caen con el cuerpo de ejército principal, tratando en vano de fortificarse con enganches de voluntarios. Los emisarios de la Montaña, diseminados por el departamento, amortiguaban y desalentaban el movimiento. Se temia que la libertad sucumbiese en la lucha que en su nombre iba á trabarse.

Mr. de Puisaye hizo marchar sus tropas, en número de dos mil hombres, sobre Vernon; pero habiéndolas acampado imprudentemente en las cercanías de Brecourt, abandonándolas durante la noche del 13 de Julio, algunos cañonazos de las tropas de la Convencion bastaron para dispersarlas. Esta derrota fué la señal de la que habian de sufrir los insurrectos en todas partes. Los mismos batallones bretones tomaron el camino de sus departamentos. Robert Lindet, comisario de la Convencion, entró en Caen sin resistencia. Los diputados no pensaron ya más que en su seguridad. Wimpfen les ofreció proporcionarles un asilo en Inglaterra; pero lo rehusaron, temiendo confundir su causa con la de los emigrados.

La misma indolencia que les habia perdido en Paris les perdió en Caen. Ninguno de ellos desplegó aquellos recursos de carácter y de ingenio que suplen al número y crean los medios de accion. Contemplaban la fortuna sin aprovecharse

de ella. Perdian los dias en conferencias estériles con los miembros del comité insurreccional. Barbaroux se ocupaba de poesía, como en los ocios de una vida sosegada. Se excusaba de su voto de muerte en el proceso del rey. «No era mi opinion personal,—decia;—era el voto de mis comitentes, que me limité á expresar.»

Petion parecia absorbido en los cuidados que procuraba á su hijo.

Louvet y Barbaroux se trasladaron á Lisieux, con objeto de marchar con la vanguardia á Paris; pero llegaron en el momento en que las tropas desconcertadas de Puisaye retrocedian á Caen. Uno de sus amigos, que huia con los batallones de aquel general, encontró á Barbaroux echado en el pavimento de su cuarto en una hostería de Lisieux, y le anunció la derrota de Vernon. Barbaroux volvió á Caen.

Derrota de Vernon (13 de Julio, 1793).—Pág. 32.

Valady y él no se separaban. «Barbaroux—decia Valady—es un sublime atolondrado que dentro de diez años será un grande hombre.» Girey-Dupré componia estrofas insurreccionales para sustituirlas á las de la *Marsellesa* en los combates contra la Montaña.

Petion se justificaba con indignacion de la sospecha de haber tenido parte en los asesinatos de Setiembre. Su aspecto honrado desmentia aquellas atroces imputaciones. «¡Ved,—decia de él Barbaroux,—ved al hombre que quieren hacer pasar por un asesino!»

Guadet conservaba el semblante, la palabra y la actitud trágicas. «¡Siempre orador!»—decia chanceándose Barbaroux cuando hablaba de él.

En Caen manifestaron más indiferencia por su suerte que carácter para repararla, y excitaron más curiosidad que entusiasmo. Todo abortó entre sus manos. Su guerra civil no fué más que un motin que ni siquiera se acercó á las murallas de Paris. La república que ellos habian creado les negó hasta un campo de batalla, y les reservaba el cadalso. Francia compadeció á aquellos hombres perseguí-

dos. Se horrorizaba de las violencias hechas á la Representacion, de la opresion de la Convencion, de los patíbulos; pero más horror le causaban los desastres de su territorio y la invasion del extranjero. No ponia entónces en balanza la tiranía pasajera de un comité de salud pública, por atroz que fuese, con la destruccion de la patria y la descomposicion de la unidad nacional, á la cual creia sacrificarse ella misma. El nombre de federalista era más que una injuria en la creencia del pueblo: era un paricidio que, segun él, sólo podia expiarse con la muerte.

Aquella sospecha de federalismo enviaba diariamente al patíbulo los que con este nombre eran designados á la venganza del pueblo. Marat no cesaba de marcar con él á todos los que estaban relacionados con los diputados proscritos por algun vínculo de opinion ó de interes. Desde el dia de su triunfo se habia constituido en acusador público de la municipalidad, de los Franciscanos y hasta de la Convencion. La vacilacion de Danton, la contemporizacion de Robespierre y la moderacion de los Jacobinos, elevaban entónces á Marat al apogeo de su popularidad y de su poder. Se atrevia á ejecutar todo lo que meditaba, y su calenturienta imaginacion no ponia ya límites á sus ideales concepciones. Afectaba mucho desprecio hácia la Convencion, desdeñándose de asistir á sus sesiones, y al oir los nombres de Robespierre y Danton, se encogia de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolucion y regenerar al pueblo, el uno por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Deslumbrábale la elevacion á que le habian conducido sus propias locuras. Creia reasumir de pleno derecho en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí mismo la divinidad del pueblo.

El culto que á sí mismo se tributaba le habia inspirado á la parte ignorante y turbulenta de la nacion, y sobre todo del populacho de Paris, siendo Marat para ella la sublimidad del patriotismo. «Marat nos es necesario,—decia Camilo Desmoulins á Danton para excusarse de la adulacion que tributaba á aquel hombre.—Miéntras tengamos á Marat de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará; porque fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja á todos, y nadie puede excederle.»

Desde la expulsion de los girondinos se habia recusado como diputado, no queriendo, decia, fallar como juez sobre los que consideraba como enemigos personales. Su parecer era la insurreccion, y por eso desdeñaba el de la Convencion y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una horrible lepra, espuma visible de la efervescencia de su sangre, no salia casi de la morada sombría y recóndita donde habitaba. Desde allí, invisible y enfermo, no cesaba de señalar proscripciones al pueblo, designar los sospechosos, indicar las víctimas y promulgar sus órdenes á la misma Convencion. Esta escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de Francia contra sus enemigos, daban á éstos en los departamentos el nombre de maratistas; pero esta denominacion injuriosa engrandeció aún más á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos resumian en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crímen en aquel sér viviente y siniestro, hacian al mismo crímen más terrible y odioso.

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Juicio.—Ejecucion.

I

Mas entre tanto que Paris, Francia, los jefes y los ejércitos de las facciones se disponian de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven, é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una mujer por entre el destino de la revolucion. Podria creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo, uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad; ambos, sin embargo, tendian en su extravío al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el semblante, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

En una calle ancha y poblada que atraviesa la ciudad de Caen, capital de la Baja Normandía y centro entónces de la insurreccion girondina, se veia en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y resquebrajadas por el tiempo. Llamábase esta casa el *Grand Manoir*. Una fuente con pilon de piedra cubierto de verdoso musgo ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta angosta y baja, cuyas jambas acanaladas se reunian en el vértice formando arco, se divisaban los escalones carcomidos de una escalera de caracol que conducia al piso superior. Dos ventanas con cruceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compartimientos de plomo, daban una luz débil á la escalera y á los vastos aposentos desguarnecidos. Esta luz pálida comunicaba á aquella morada, por esta vetustez y esta oscuridad, ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico que la imaginacion humana se complace en ver extendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivia á principios de 1793 una nieta del gran trágico frances Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos otra diferencia que la de la idea al hecho. Los unos ejecutan lo que los otros conciben, pero es un mismo pensamiento. Las mujeres

son naturalmente entusiastas como los unos y animosas como los otros. La poesía, el heroísmo y el amor son de una misma sangre.

Aquella casa pertenecia á una pobre viuda sin hijos, anciana y enferma, llamada madama de Bretteville. Con ella habitaba algunos años hacía una jóven sobrina á quien habia recogido y educado para consuelo de su vejez y para aliviar su aislamiento. Aquella jóven tenia entónces veinticuatro años. Su belleza grave, serena y recatada, aunque brillante, parecia haber contraido en el fondo del corazon el sello de aquella mansion austera y de aquella vida retirada. Habia en ella algo semejante á una aparicion. Los moradores del barrio, que la veian salir el domingo con su anciana tia para ir á las iglesias, ó la divisaban por entre la puerta leyendo en el patio durante muchas horas, sentada al sol en el pilon de la fuente, refieren que su admiracion hácia ella iba mezclada de prestigio y respeto, ora fuese el rayo de un pensamiento fuerte que intimida la vista del vulgo, ora la atmósfera del alma que se retrataba en sus facciones, ora presentimiento de un destino trágico que de antemano brillaba en su frente.

Aquella jóven era de elevada estatura, aunque no sobrepujaba el talle comun de las mujeres altas y esbeltas de Normandía. La gracia y la dignidad natural daban acento, como un ritmo interior, á su andar y á sus movimientos. El ardor del Mediodía se mezclaba en su tez al color de las mujeres del Norte. Sus cabellos parecian negros cuando estaban prendidos en masa alrededor de su cabeza ó cuando formaban dos ondas en su frente; parecian de oro pulido en la punta de las trenzas, cual la espiga que al sol resplandece más que el tallo. Sus ojos, grandes y rasgados hasta las sienes, eran de color cambiante como el mar, que roba sus matices á la sombra ó á la luz; azules cuando reflexionaba, y cuando se animaba casi negros. Sus pestañas, muy largas y más negras que su pelo, daban á su mirada un aspecto de lontananza. Su nariz, que iba á unirse á la frente formando una curva insensible, estaba un poco elevada hácia el medio. Su boca griega dibujaba sus labios con limpieza, fluctuando en ellos una expresion incomprensible, entre ternura y severidad, igualmente capaz de respirar el amor ó el patriotismo. La barba realzada, dividida por un surco muy profundo, daba á la parte inferior de su rostro un acento de resolucion varonil que formaba contraste con la gracia femenil de sus contornos. Sus mejillas tenian la frescura de la juventud y formaban un óvalo que respiraba salud. Se sonrojaba y palidecia con facilidad. Tenia su piel esa blancura sana y jaspeada de vida. Su pecho ancho y un tanto descarnado parecia un busto apénas ondulado. Sus brazos eran musculosos, sus manos largas, sus dedos delicados. Su traje, con arreglo á la medianía de su fortuna y al retiro en que vivia, respiraba una sobria sencillez. Se fiaba en la naturaleza, desdeñando todo artificio ó todo capricho de la moda. Los que en su adolescencia la vieron, la pintan siempre uniformemente vestida con un traje de paño oscuro cortado á la amazona, y cubierta con un sombrero de fieltro gris, de alas recogidas y adornado con cintas negras, segun costumbre entónces de las mujeres de su clase. El acento de su voz, ese eco vivo que reasume toda un alma en una vibracion del aire, dejaba una profunda y tierna impresion en el oido de las personas á quienes dirigia la palabra. Todavía hablaban de aquel timbre de voz diez años despues de haberla oido, como de una música extraña é indeleble grabada en la memoria. Tenia en esa clave del alma notas tan sonoras y tan graves, que

oirla, segun dicen, era más que verla, formando la voz en ella parte de su hermosura.

Aquella jóven se llamaba Carlota Corday-d'Armont. Aunque de noble estirpe, habia nacido en una cabaña denominada la Ronceray, en la aldea de Ligneries, no léjos de Argentan. El infortunio la habia recibido en una vida que debia abandonar en el cadalso.

II

Su padre, Francisco de Corday-d'Armont, era uno de aquellos nobles de provincia á quienes la pobreza confunde casi con el aldeano. Esta nobleza no conservaba de su antigua elevacion sino cierto respeto hácia el nombre de familia, y una esperanza vaga de recobrar su fortuna, que le impedia al mismo tiempo humillarse en sus costumbres y realzarse por el trabajo. Las tierras que cultivaba aquella nobleza rural en pequeñas posesiones inalienables era lo único que la mantenia sin humillarla con su indigencia. La nobleza y la tierra parecian haberse casado en Francia, como lo hacen en Venecia la aristocracia y el mar. Mr. de Corday unia á sus ocupaciones agrícolas cierta inquietud política y gustos literarios, muy difundidos entónces en aquella clase literata de la poblacion noble. Su

Casa de Carlota Corday en Caen.—Pág. 36.

alma preveia una próxima revolucion. Traíale desasosegado su inaccion y miseria. Habia escrito algunas obras de circunstancias contra el despotismo y el derecho de primogenitura, y en ellas se dejaba ver el espíritu que iba á brotar. Tenia el odio á la supersticion, el ardor de una naciente filosofía y el presentimiento de una revolucion necesaria. O bien fuese por insuficiencia de genio, ó bien por inquietud de carácter, ó por obstinacion de la fortuna que oscurece á los mejores talentos, no pudo hacerse lugar entre los sucesos de su época.

Languidecia en su pequeño feudo de Ligneries, en medio de una familia que de año en año se acrecentaba. Cinco hijos, de los cuales dos eran varones y tres hembras, siendo Carlota la segunda de éstas, le hacian conocer cada dia más las penalidades de la necesidad. Su mujer, Jacoba Carlota María de Gontier-des-Autiers, murió de estas angustias, dejando un padre á sus tiernas hijas, pero dejando en realidad sus almas huérfanas de esa tradicion doméstica y de esa inspiracion diaria que con la madre arrebata la muerte á los hijos.

Carlota y sus hermanas vivieron algunos años aún en Ligneries, casi abandonadas á la naturaleza, vestidas con lienzo tosco como las aldeanas de Normandía, y como ellas escardando el jardin, segando el prado, espigando los haces y cogiendo las manzanas de la reducida posesion de su padre. Al fin, la necesidad obligó á Mr. Corday á separarse de sus hijas, que bajo los auspicios de su nobleza é indigencia entraron en un monasterio de Caen, llamado la Abadía de las Damas, cuya abadesa era la señora de Belzunce. Este monasterio, cuyos vastos claustros y capilla de arquitectura romana se habian construido en 1066 por Matilde, mujer de Guillermo el Conquistador, despues de haber estado desierto, degradado y olvidado entre las ruinas hasta 1730, fué magníficamente restaurado despues, siendo en el dia uno de los más bellos hospicios del reino y uno de los más espléndidos monumentos públicos de la ciudad de Caen y de Normandía.

Carlota tenia trece años. Aquellos conventos eran entónces verdaderos retiros cristianos en que las mujeres vivian apartadas del mundo, pero escuchando todos sus rumores y participando de todos sus movimientos. La vida monástica, llena de prácticas apacibles, de amistades íntimas, sedujo por algun tiempo á la tierna niña. Su alma ardiente y su imaginacion apasionada la impulsaron á esa contemplacion meditabunda en el fondo de la cual se cree percibir á Dios; estado del alma que el imperio afectuoso de una superior y el poder de imitacion cambian tan fácilmente en la niñez en fe y en ejercicio de devocion. El carácter de hierro de madama Roland se habia encendido y amoldado tambien en este fuego celeste. Carlota, más tierna, cedió á él con más facilidad aún, y durante algunos años fué un modelo de piedad. Pensaba encerrar su vida, apénas abierta en aquella primera página, y encerrarse en aquella tumba, donde en lugar de la muerte hallaba el reposo, la amistad y la dicha.

Pero cuanto más se esforzaba su alma, más aprisa se abismaba y llegaba á la extremidad de sus pensamientos. Presto descendió al fondo de su fe infantil; más allá de sus dogmas domésticos divisó otros dogmas nuevos, luminosos y sublimes. No abandonó á Dios ni á la virtud, pero dióles otros nombres y diferentes formas. La filosofía, que entónces inundaba á Francia con sus destellos, penetraba con los libros en boga por las rejas de los monasterios. Allí era donde profundamente meditaba en el recogimiento del claustro y en oposicion con las pequeñeces

monásticas, formando la filosofía sus más ardientes adeptos. Los jóvenes de ambos sexos veian sobre todo en el triunfo de la razon general sus cadenas quebrantadas y adoraban su reconquistada libertad.

Carlota contrajo en el convento esas tiernas predilecciones de niñez, semejantes á parentescos de corazon. Sus amigas eran dos jóvenes de nobles casas y de humilde fortuna como ella: las señoritas de Faudoas y de Forbin. La abadesa, madama de Belzunce, y su coadjutora, madama Doulcet de Pontecoulant, habian distinguido á Carlota y la admitian en aquellas sociedades algo mundanas que la costumbre permitia á las abadesas mantener con sus parientes en el recinto mismo de sus conventos. Carlota habia conocido allí á dos sobrinos de dichas señoras: Mr. de Belzunce, coronel de un regimiento de caballería de guarnicion en Caen, y Mr. Doulcet de Pontecoulant, oficial de guardias de corps del rey. El uno debia ser más tarde asesinado en un motin del populacho en Caen, y el otro iba á adoptar con moderada constancia la revolucion, entrar en la Asamblea legislativa y en la Convencion, y sufrir luégo el destierro y persecucion por la causa de los girondinos. Despues se ha supuesto que el recuerdo harto tierno del jóven Belzunce, inmolado en Caen por el pueblo, habia hecho jurar á Carlota, viuda de su primer amor, una venganza que debia recaer en Marat. Nada puede confirmar esta suposicion, y todo la refuta. Si la revolucion no hubiera excitado en el corazon de Carlota otra cosa que el horror y el resentimiento del asesinato de un amante, hubiera confundido en el mismo odio á todos los partidos de la república, y no hubiera abrazado hasta el fanatismo y la muerte una causa que habia ensangrentado sus recuerdos y enlutado su porvenir.

Al suprimirse los monasterios, tenia Carlota diez y nueve años. La miseria de la casa paterna se habia acrecentado con el tiempo. Sus dos hermanos, que habian entrado en el servicio militar, habian emigrado. Una de sus hermanas habia muerto, y la otra dirigia en Argentan la pobre morada de su padre. La anciana tia, madama de Bretteville, recogió á Carlota en su casa de Caen, aunque, como toda la familia, carecia de fortuna. Vivia en ese silencio y oscuridad que apénas revelan á los vecinos más inmediatos el nombre y existencia de una pobre viuda. Su edad y enfermedades oscurecian todavía más la sombra que su condicion proyectaba sobre su vida. Sólo una mujer la servia. Carlota ayudaba á ésta en los cuidados domésticos, recibia con gracia á las antiguas amigas de la casa, y por la noche acompañaba á su tia á aquellas reuniones nobles de la ciudad, no dispersadas aún por el furor popular, y en donde era permitido á algunos vetustos restos del antiguo régimen reunirse para consolarse y gemir. Carlota, respetuosa hácia aquellos tristes recuerdos y supersticiones de lo pasado, nunca los contrariaba con palabras crueles; pero se sonreia de ellos interiormente, y alimentaba en su alma el foco de opiniones distintas, que cada dia se iba haciendo más ardiente. La ternura de su alma, la gracia de sus facciones, la puerilidad infantil de sus modales, no dejaban, sin embargo, sospechar ningun pensamiento fijo bajo su alegría. Su apacible regocijo brillaba en la vieja casa de su tia, como el rayo de la mañana de un dia borrascoso, tanto más resplandeciente cuanto más tenebrosa será la tarde.

Despues de cumplir con los cuidados domésticos y de acompañar á su tia á la iglesia y volverla á traer, Carlota podia disponer de todos sus pensamientos y de todas sus horas. Pasaba sus dias jugueteando en el patio y en el jardin, medi-

tando y leyendo. Nadie la molestaba ni la dirigia en su libertad, en sus opiniones ni en sus lecturas. Las opiniones religiosas y políticas de madama de Bretteville eran hábitos más bien que convicciones; las conservaba como costumbre de su edad y de su tiempo, pero no las imponia. Por otra parte, la filosofía habia minado entónces el fundamento de las creencias hasta en el mismo espíritu de la antigua nobleza. La revolucion lo ponia todo en duda, y era poca la adhesion que se tenia á ideas que todos los dias se veian vacilar y caer. Ademas, las opiniones republicanas del padre de Carlota se habian infiltrado más ó ménos en sus deudos. La familia de Corday tenia alguna inclinacion á las ideas nuevas. La misma señora de Bretteville ocultaba, bajo la apariencia de su sentimiento hácia el antiguo régimen, un favor secreto á la revolucion. Dejaba á su sobrina nutrirse en las obras, opiniones y periódicos de su gusto. La edad de Carlota la inclinaba á la lectura de novelas, que ofrecen meditaciones ya del todo hechas á la imaginacion de las almas ociosas; pero su mente la movia á la lectura de obras de filosofía, que transforman los instintos vagos de la humanidad en teorías sublimes de gobierno, y á la de libros de historia, que cambian las teorías en acciones y las ideas en hombres.

Esta doble necesidad de su entendimiento y de su corazon la encontraba satisfecha en Juan Jacobo Rousseau, ese filósofo del amor y ese poeta de la política; en Raynal, ese fanático de la humanidad; en Plutarco, en fin, ese personificador de la historia, que pinta más bien que narra, y que vivifica los sucesos y caractéres de sus héroes. Estos tres libros se sucedian sin cesar en sus manos. Tambien hojeaba las obras apasionadas ó ligeras de la época, como la *Eloisa* ó *Faublas*. Pero aunque su imaginacion prendió en ellos sus meditaciones, nunca perdió su alma el pudor, ni su adolescencia la castidad. Devorada por la necesidad de amar, inspirando y experimentando á veces los primeros síntomas del amor, su reserva, su dependencia y su miseria contuvieron siempre las íntimas manifestaciones de sus sentimientos. Desgarraba su corazon para desprender violentamente de él el primer lazo que se le prendia. Su amor, rechazado de esta manera por la voluntad y el destino, cambió, no de naturaleza, sino de ideal. Se transformó en un vago y sublime pensamiento de sacrificio á la felicidad pública. Aquel corazon era demasiada vasto para que sólo contuviera su propia felicidad; quiso encerrar en él la de todo un pueblo. El fuego en que por un solo hombre hubiera ardido, lo consumió todo por su patria. Se concentró más y más en estas ideas, meditando sin cesar cuál era el servicio que podia hacer á la humanidad. La sed del sacrificio de sí misma habia llegado á ser su demencia, su amor ó su virtud. Aun cuando este sacrificio debiera ser sangriento, estaba resuelta á cumplirlo. Habia llegado á ese estado desesperado del alma, que es el suicidio de la dicha, no en provecho de la gloria ó de la ambicion, como madama Roland, sino en el de la libertad y de la humanidad, como Judith ó Epicharis. No le faltaba más que una ocasion; la estaba espiando, y creyó haberla hallado.

III

Era el momento en que los girondinos luchaban con arranques de valor y de elocuencia prodigiosos contra sus enemigos en la Convencion. Creíase que los jaco-

CARLOTA CORDAY.

binos no querian arrancar la república á la Gironda sino para precipitar á Francia en una sangrienta anarquía. Los supremos peligros de la libertad, la tiranía odiosa del populacho de Paris sustituida á la soberanía legal de la nacion representada por sus diputados; los encarcelamientos arbitrarios, los asesinatos de Setiembre, la conjuracion del 10 de Marzo, la insurreccion del 30 y 31 de Mayo, la expulsion y proscripcion de la parte más pura de la Asamblea, su patíbulo á lo léjos, adonde subiria la libertad con ellos; la virtud de Roland, la juventud de Fonfrede y Barbaroux, el grito de desesperacion de Isnard, la constancia de Buzot, la integridad de Petion, del ídolo hecho víctima; el martirio de tribuna de Lanjuinais, al cual no habia faltado para igualar la suerte de Ciceron más que la lengua del orador clavada en la tribuna; la elocuencia, en fin, de Vergniaud, esa esperanza de los buenos ciudadanos, ese remordimiento de los perversos, enmudecida de repente, abandonando á los hombres de bien á su desaliento, á los infames á su maldad; en vez de aquellos hombres interesantes ó sublimes que parecian defender en la brecha las últimas trincheras de la sociedad y los hogares sagrados de cada ciudadano, verse á un Marat, escoria y lepra del pueblo, triunfando de las leyes por la sedicion, coronado por la impunidad, llevado á la tribuna en brazos de las turbas de los arrabales, tomando la dictadura de la anarquía, del despojo, del asesinato, y amenazando toda independencia, toda propiedad, toda libertad, todas las vidas en los departamentos: todas estas convulsiones, todos estos excesos, todos estos terrores, habian conmovido extraordinariamente las provincias de Normandía.

La presencia en el Calvados de aquellos diputados fugitivos que venian á apelar á la libertad contra la opresion y á adherirse á los focos de los departamentos para suscitar allí vengadores á la patria, habia llevado hasta la adoracion el interes de la ciudad de Caen por los girondinos y la execracion á Marat. Este nombre se habia hecho uno de los más criminales. Las opiniones más bien inglesas que romanas, el republicanismo ático y moderado de la Gironda, formaban contraste con el cinismo de los maratistas. Lo que se habia deseado en Normandía ántes del 10 de Agosto, era mucho ménos la caida del trono que una constitucion de la monarquía que sancionara la igualdad. La ciudad de Rouen, capital de aquella provincia, era adicta á la persona de Luis XVI, y le habia ofrecido un asilo ántes de su caida. El cadalso de este príncipe habia entristecido y humillado á los buenos ciudadanos. Las otras ciudades de aquella parte de Francia eran ricas, industriosas y agrícolas. La paz y la marina eran necesarias para su prosperidad. La aficion del rey á la agricultura, su predileccion esclarecida á la navegacion, las fuerzas navales de Francia que se esforzaba en constituir, las construcciones de navíos que ordenaba en la rada de Brest, los maravillosos trabajos del puerto de Cherbourg, los viajes que habia hecho, en el interior y por el litoral, para visitar y vivificar todas las radas del Océano, sus estudios con Turgot para favorecer la industria y dar libertad al comercio, habian dejado en el corazon de los normandos cariño á su nombre, ternura por sus infortunios, horror contra sus asesinos, y una disposicion secreta hácia el restablecimiento de un régimen que uniria las garantías de la monarquía con las libertades de la república. De aquí provino ese entusiasmo por los girondinos, partidarios de la Constitucion de 1791; de aquí tambien la esperanza que se tenia en reintegrarlos y vengarlos. Todo patriotismo se creia herido, toda virtud ajada, toda libertad muerta con ellos.

Afectado ya el corazon de Carlota Corday, sintió todos los golpes dados á su patria reasumirse en dolores, en desesperacion y en valor en un solo corazon. Vió la pérdida de Francia, vió las víctimas, y creyó ver el tirano. Juró vengar á las unas, castigar al otro, y salvarlo todo. Durante algun tiempo recapacitó en su alma su vaga resolucion, sin saber qué acto exigia de ella la patria, y cuál era el nudo de crímen que más urgia cortar. Estudió las cosas, los hombres, las circunstancias, para que su valor no se equivocase ni fuera vana su sangre.

IV

Los girondinos Buzot, Salles, Petion, Valady, Gorsas, Kervelegan, Mollevault, Barbaroux, Louvet, Giroux, Bussy, Bergoing, Lesage (de Eure-et-Loire), Meilhan, Enrique Lariviere y Duchastel, hacía algunas semanas que estaban, como hemos visto, en Caen, fomentando la insurreccion general de los departamentos del Norte, combinando la insurreccion republicana de la Bretaña, reclutando batallones de voluntarios, enviándolos al ejército de Puisaye y de Wimpfen, que debia marchar sobre Paris, y atizando en las administraciones locales el fuego de la indignacion de los departamentos que debia consumir á sus enemigos. Estos diputados, tantas veces insultados por Marat, ponian naturalmente á la Montaña y la municipalidad bajo el horror del nombre de su enemigo, nombre odioso que debia suscitarles vengadores y les suplia por un ejército. Sublevándose contra la omnipotencia de Paris y la dictadura de la Convencion, creia la juventud de los departamentos levantarse sólo contra Marat. Danton y Robespierre, ménos señalados en los últimos movimientos del pueblo contra la Gironda, no tenian, en sentir de los insurreccionados, ni la importancia, ni la autoridad sobre el pueblo, ni el delirio sangriento de Marat. Dejaban en la sombra los nombres de estos dos grandes montañeses, para no contrariar el aprecio que entre los jacobinos de los departamentos conservaban esas dos popularidades más importantes. Las masas se engañaban no viendo la tiranía y la libertad más que en un solo hombre. Carlota se equivocó como la opinion. La sombra de Marat ofuscó á toda la república.

Los girondinos á quienes la ciudad de Caen habia tomado bajo su salvaguardia estaban hospedados todos juntos en el palacio de la antigua intendencia, adonde se habia trasladado tambien el gobierno federalista y la comision insurreccional. Allí se celebraban asambleas populares donde los ciudadanos y las mujeres se apresuraban á concurrir para contemplar y oir á las primeras víctimas de la anarquía, á los últimos vengadores de la libertad. Los nombres por tanto tiempo dominantes de Petion, Buzot, Louvet y Barbaroux hablaban más que sus discursos á la imaginacion de los habitantes del Calvados. La vicisitud de las revoluciones, que hacía aparecer desterrados y suplicantes en una poblacion arrinconada de la república á aquellos oradores que habian derribado la monarquía, sublevado al pueblo de Paris, llenado la tribuna y la nacion con sus voces, enternecia á los espectadores y les llenaba de orgullo para vengar pronto á tan ilustres huéspedes. Los acentos de estos hombres les embriagaban; se les nombraba, y enseñaban con el dedo á ese Petion, rey de Paris, y á ese Barbaroux, héroe de Marsella, cuya juventud y belleza realzaban su elocuencia, su valor y sus desgracias. Salian de allí gritando á las armas, y provocando á los hijos, esposos y hermanos á alistarse en los batallones.

Carlota Corday, despreciando las preocupaciones de su categoría y la timidez de su sexo y de su edad, se atrevió várias veces á asistir á aquellas sesiones con algunas amigas suyas. Se hizo notar por un entusiasmo silencioso que realzaba su belleza femenil y sólo se manifestaba por medio de lágrimas. Queria haber visto á los que trataba de salvar. La situacion, las palabras, los semblantes de aquellos primeros apóstoles de la libertad, casi todos jóvenes, se grabaron en su alma y dieron un colorido más personal y apasionado á su adhesion á su causa.

El general Wimpfen, á quien acababa de intimar la Convencion que se replegase sobre Paris, respondió que marcharia allí al frente de sesenta mil hombres, no para obedecer á un poder usurpador, sino para restablecer la integridad de la Representacion nacional y vengar á los departamentos. Louvet dirigia proclamas fogosas á las ciudades y aldeas del Morbiban, de las Costas del Norte, de la Mayenne, de Ille-et-Vilaine, del Loira Inferior, de Finisterre, del Eure, del Orne y del Calvados. «Las fuerzas de los departamentos que se dirigen á Paris—decia—no van en busca de enemigos que combatir: van á fraternizar con los parisienses, van á afirmar la vacilante estatua de la Libertad. Ciudadanos que presenciareis el paso de estas falanges amigas por vuestros caminos, por vuestras ciudades, por vuestras aldeas, fraternizad con ellas. Impedid que algunos monstruos anegados en sangre se introduzcan entre vosotros para detener su marcha.» Estas palabras eran las que atraian á millares de voluntarios. Caen contaba dentro de sus muros más de seis mil reunidos. El domingo 7 de Julio los revistaron los diputados girondinos y las autoridades del Calvados, con todo el aparato propio para electrizar su valor. Esta sublevacion espontánea que se presentaba con las armas en la mano, para morir ó vengar la libertad de los insultos de la anarquía, recordaba la insurreccion patriótica de 1792, que condujo á las fronteras á todos los que creian incompatible su vida con la muerte de la patria.

Carlota Corday presenciaba desde un balcon este alistamiento y esta marcha. Apénas llegaba al suyo el entusiasmo de aquellos jóvenes ciudadanos, que abandonaban sus hogares para ir á proteger el violado recinto de la Representacion nacional, haciendo frente á las balas y á la guillotina. Aún le creia frio, y se indignaba por el corto número de voluntarios que el alistamiento habia añadido á los regimientos y batallones de Wimpfen. En efecto, aquel dia apénas pasaron de veinte.

Decíase que aquel entusiasmo atenuaba algo en Carlota la impresion misteriosa, pero pura, que por ella sentia uno de estos voluntarios que abandonaban sus hogares, sus amores y tal vez su vida. Carlota Corday no pudo ser insensible á aquella veneracion oculta; pero inmolaba esta adhesion de puro reconocimiento á otra más sublime.

Aquel jóven se llamaba Franquelin. Adoraba á la hermosa republicana, pero ocultamente. Mantenia con ella una correspondencia en la que resaltaba la reserva y el respeto. Correspondia ella con la triste y tierna timidez de una jóven cuya dote consistia en sus infortunios. Habia dado su retrato al jóven voluntario, y le permitia que la amase, á lo ménos en imágen. Franquelin, impulsado por el entusiasmo general y seguro de alcanzar una mirada de aprobacion armándose por la libertad, se alistó en el batallon de Caen. Carlota no pudo conservar su serenidad al presenciar la marcha de este batallon, ni ocultar la palidez y las lágrimas que aparecieron en sus mejillas. Petion, que conocia á Carlota, pasaba á la sazon por

debajo de sus balcones, y admirado de la debilidad de Carlota, le dirigió la palabra. «¿Os agradaria—le dijo—que no marchasen?» La jóven se ruborizó, contuvo la respuesta en su corazon, y se retiró. Petion no comprendió aquella turbacion, pero el porvenir se la reveló. Franquelin, despues del suplicio de Carlota Corday, se retiró á una aldea de Normandía, herido de muerte por el rechazo del golpe de hacha que habia cortado la cabeza á su adorada. Allí, solo con su madre, existió algunos meses, y murió pidiendo que se enterrasen con él el retrato y las cartas de Carlota. Esta imágen y este secreto yacen en aquella tumba.

V

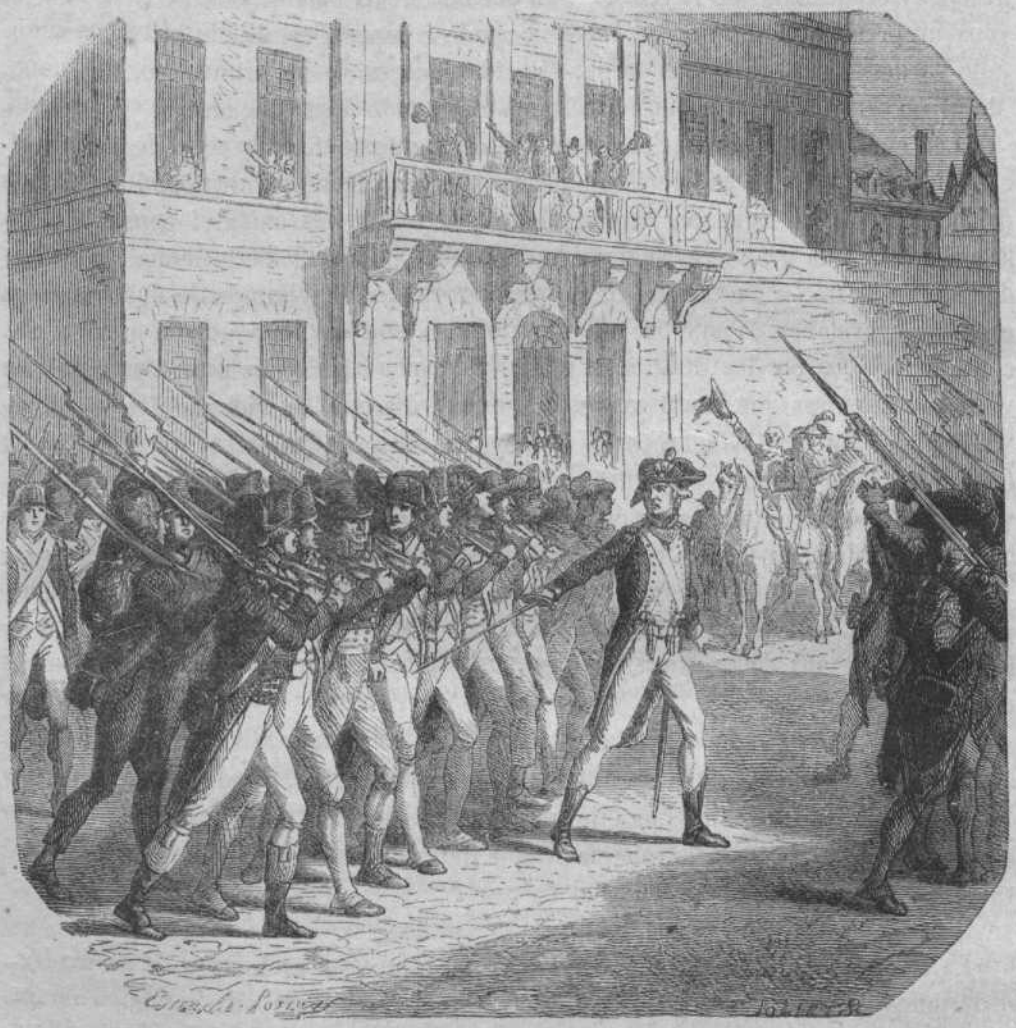
Desde la marcha de los voluntarios, sólo un pensamiento ocupó á Carlota: anticiparse á su llegada á Paris, conservar sus generosas vidas, y hacer innecesario su patriotismo, librando ántes que ellos de la tiranía á Francia. Este deseo, ántes sufrido que experimentado, fué una de las tristezas de su sacrificio, pero no la causa.

La causa verdadera era su patriotismo. Un presentimiento de terror pesaba ya sobre Francia en aquel momento. El cadalso estaba levantado en Paris, y se hablaba de pasearle muy luégo por todo el ámbito de la república. El poder de la Montaña y de Marat, si triunfaba, debia defenderlo únicamente la mano del verdugo. Decíase que el monstruo habia ya formado las listas de proscripcion y contado el número de cabezas que debian calmar sus sospechas ó su venganza. Lyon tenia señaladas dos mil quinientas víctimas, tres mil Marsella, veintiocho mil Paris, trescientas mil la Bretaña y el Calvados. El nombre de Marat producia el escalofrío de la muerte. Contra tanta sangre queria Carlota oponer la suya. Cuantos más lazos rompiese en la tierra, más agradable sería la voluntaria víctima á la libertad.

Tal era la secreta predisposicion de su ánimo; pero Carlota, ántes de herir, queria ver.

De ningun modo podia enterarse mejor del estado de Paris, de las cosas y de los hombres, que acercándose á los girondinos, principales interesados en esta causa; quiso, pues, sondearlos sin descubrirse. Los respetaba bastante para revelarles un proyecto que hubieran podido condenar como un crímen, ó prevenirlo como una generosa temeridad. Tuvo la constancia de ocultar á sus amigos el pensamiento cuya realizacion iba á perderla para salvarlos á ellos. Pretextando especiales asuntos, se presentó á la intendencia, sitio en que los ciudadanos á quienes ocupaba algun negocio podian acercarse á los diputados. Vió á Buzot, Petion y Louvet. Dos veces conversó con Barbaroux. Las conversaciones de una jóven hermosa y entusiasta con el más jóven y hermoso de los girondinos, bajo pretexto político, podia dar ocasion á la calumnia, ó al ménos á que en algun labio apareciese cierta sonrisa de incredulidad. Así sucedió en los primeros momentos. Louvet, que despues escribió un himno á la pureza y á la gloria de la jóven heroína, creyó aceptables al principio estas vulgares seducciones de los sentidos, cuyos cuadros delineó en su novela *Faublas*. Buzot, ocupado con otra imágen, apénas dirigió una mirada á Carlota, y Petion, al atravesar la sala general de la intendencia, le soltó alguna chanzoneta sobre su asiduidad en la asistencia y

sobre el contraste que presentaba su nacimiento con su modo de obrar. «Hé ahí—le dijo sonriendo—la jóven aristócrata que viene á ver á los republicanos.» La jóven comprendió la sonrisa y la insinuacion que heria á su pudor. Se ruborizó en el momento, mas se repuso, y con un tono de séria reconvencion, pero amistoso, respondió: «Ciudadano Petion, hoy me juzgais sin conocerme; algun dia sabreis quién soy».



Revista de los voluntarios federalistas de Caen.—Pág. 43.

En las audiencias que alcanzó de Barbaroux, y que de intento procuraba alargar para empaparse con sus discursos en el republicanismo, en el entusiasmo y en los proyectos de la Gironda, se presentó con la modesta apariencia de pretendiente. Pidió al jóven marselles una carta de recomendacion para uno de sus colegas de la Convencion que la presentase al ministro del Interior. Decia que tenia que hacer al gobierno ciertas reclamaciones en favor de la señorita Forbin, su amiga de infancia. La señorita Forbin, conducida por sus parientes, habia emigrado, y soportaba en Suiza la indigencia. Barbaroux le dió una carta para Lauze de Perret, uno de los setenta y tres diputados del partido de la Gironda, olvidado en la primera proscripcion.

Esta carta de Barbaroux, que más tarde sirvió á Lauze de Perret de billete para el cadalso, no contenia palabra alguna que pudiera imputarse como crímen al diputado que la recibia. Barbaroux se limitaba á recomendar una jóven ciudadana de Caen á la consideracion y proteccion de Lauze de Perret. Anunciábale un escrito de su comun amigo Salles sobre la Constitucion. Provista de esta carta y de un pasaporte que algunos dias ántes habia tomado para Argentan, dió Carlota gracias y se despidió de Barbaroux. El acento de sus palabras despertó en Barbaroux un presentimiento que entónces no pudo comprender. «Si hubiéramos conocido su designio,—dijo más tarde,—y sido capaces de un crímen por tal mano, Marat no sería la víctima que hubiésemos designado á su venganza.»

Las chanzonetas que Carlota mezclaba constantemente en lo serio de las conversaciones patrióticas desaparecieron desde que para siempre abandonó la morada de los girondinos. Luchaba interiormente por última vez entre el pensamiento y la ejecucion; una gran prevision y estudiado disimulo ocultó esta lucha. La gravedad de su gesto, y ciertas lágrimas que sorprendieron algunos de sus parientes cercanos, revelaban la agonía voluntaria de su suicidio. Preguntada por su tia, contestó: «Lloro por las desgracias de mi país, por las de mis parientes y por las vuestras: miéntras que Marat exista, nadie tendrá segura su vida».

Madama de Bretteville recordó despues que un dia, al entrar en el cuarto de Carlota para despertarla, encontró una biblia vieja abierta en el pasaje de Judith, y que leyó este versículo, subrayado con lápiz: «Judith salió de la ciudad deslumbrante de belleza, la cual le habia dado el Señor para librar á Israel».

El mismo dia que salió Carlota para concluir sus preparativos de marcha, encontró en la calle á algunos vecinos de Caen que jugaban á las cartas delante de las puertas de sus casas, y les dijo con marcado sarcasmo: «¡Jugais, y la patria está agonizando!»

Su andar y sus palabras manifestaban la impaciencia y la precipitacion de la marcha. Efectivamente, el 8 de Julio salió para Argentan, donde se despidió de su padre y de su hermana. Les dijo que iba á buscar en Inglaterra un asilo contra la revolucion y contra la miseria, y que ántes de poner en planta su proyecto, venía á recibir la bendicion paternal.

Su padre aprobó esta separacion.

La tristeza y la miseria de la casa paterna, la muerte prematura de su madre, el destierro de sus hermanos, la pérdida de sus esperanzas y la extincion de los lazos de la infancia, léjos de debilitar, afirmaron más y más á la jóven en su resolucion. Tras ella no dejaba ninguna felicidad que pudiera retraerla, ninguna vida comprometia, ningun despojo legaba. Abrazando á su padre y hermana, lloró más por lo pasado que por lo futuro. El mismo dia volvió á Caen. Engañó la ternura de su tia con la misma estratagema que engañó la de su padre: le dijo que muy luégo se dirigiria á Inglaterra, donde varios amigos emigrados le tenian preparado un asilo y le brindaban con una fortuna que no podia prometerse en su patria. Este pretexto atenuó el sentimiento de la despedida y de los preparativos domésticos de su marcha, que dispuso secretamente para el 9 de Julio, en la diligencia de Paris.

Carlota empleó las últimas horas de su permanencia en Caen en manifestar su reconocimiento para con su buena tia, á quien era deudora de una larga y apaci-

ble hospitalidad, y valiéndose de una de sus amigas, aseguró la suerte de una criada anciana que habia cuidado de su niñez. En algunas tiendas de Caen encargó y pagó adelantados ciertos trabajos de ropa y bordados, para que despues de su marcha los remitiesen como recuerdo á algunas amigas de su infancia. Sus libros predilectos los distribuyó entre las personas de su intimidad; sólo se quedó con el Plutarco, como si en la crísis de su vida no hubiese querido separarse de la sociedad de los grandes hombres con quienes habia vivido y queria morir.

En fin, el 9 de Julio, muy temprano, tomó bajo su brazo un lio con su ropa más precisa, abrazó á su tia, le dijo que iba al campo á copiar algunas vistas, y llevando en la mano su cartera de dibujo, salió de la casa para no volver á entrar en ella.

Al pié de la escalera halló un niño de un pobre jornalero, llamado Roberto, que habitaba en un cuarto bajo. Comunmente jugaba el niño en el patio, y alguna vez le daba estampas. «Toma, Roberto,—le dijo entregándole su cartera de dibujo, que ya no necesitaba para guardar sus trabajos,—toma para tí; sé bueno y dame un beso, que ya no me verás más.» Y abrazó al niño, dejándole en su mejilla una lágrima. Fué la última lágrima que vertió en la casa de sus primeros años. No le restaba ya que ofrecer sino su sangre.

Su marcha, cuya causa se ignoraba, se reveló á los vecinos de la calle de San Juan por una circunstancia que es la última pincelada de la calma y serenidad de su alma hasta el fin de su resolucion.

Frente á la casa de madama de Bretteville, al otro lado de la calle de San Juan, habitaba una respetable familia de Caen, llamada Lacouture. El hijo de la casa, apasionado á la música, dedicaba algunas horas del dia al piano. Sus ventanas permanecian abiertas, y los acordes del piano iban á perderse á las vecinas habitaciones. Carlota, para escuchar más libremente aquellos acordes sonidos, entreabria las persianas á la hora en que empezaba la sesion. Alguna vez, cubierta su cabeza con la cortina, se colocaba de codos en el antepecho de la ventana, desde donde escuchaba los acentos de la música. El artista, alentado con la aparicion de aquella beldad extasiada, no dejaba pasar ningun dia sin que á la misma hora se sentase delante de su piano, y Carlota recompensaba su asiduidad abriendo tambien puntualmente la ventana. El gusto del mismo arte habia establecido una muda inteligencia entre estas dos almas, que sólo se conocian por aquellos sonidos.

La víspera del dia en que Carlota, fortalecida ya en su resolucion, se preparaba á marchar para llenar su mision y morir, sonó el piano á la hora acostumbrada. Carlota, arrancada á sus continuas ideas por el poder de la costumbre y por el atractivo del arte que tanto le agradaba, abrió la ventana como ordinariamente, y parecia que escuchaba con más calma y más extasiada que nunca. No obstante, cerró con precipitacion ántes que el músico hubiese concluido, como queriendo separarse violentamente del último placer que la cautivaba.

Al dia siguiente, el jóven vecino, al sentarse delante de su piano, miró hácia el *Grand Manoir* para ver si los primeros preludios harian descorrer las cortinas de la sobrina de madama de Bretteville. Pero la ventana cerrada no volvió á abrirse, y esto instruyó al músico de la marcha de Carlota. Los acordes del instrumento vibraban aún, pero el alma de la jóven escuchaba sólo la tempestuosa persecucion de su idea, la voz de la muerte y los elogios de la posteridad.

El desembarazo y la firmeza de su conversacion en el coche que la condujo á Paris, inspiró sólo á sus compañeros de viaje admiracion, benevolencia y aquella natural curiosidad hácia una mujer que se presenta deslumbradora de belleza y de juventud. Durante la primera jornada jugó continuamente con una niña que la casualidad colocó inmediata á ella, ya fuese porque su cariño á los niños sobrepujase á su preocupacion, ó ya porque, depuestas en algo sus penas, quisiese gozar unas pocas horas con la inocencia y con la vida.

Los demas compañeros de viaje eran exaltados montañeses que iban á acrisolarse á Paris, vomitando imprecaciones contra la Gironda y deshaciéndose en elogios de Marat. Encantados por las gracias de la jóven, se esforzaron en arrancarle su nombre, el objeto de su viaje y su domicilio en Paris. Su aislamiento y su juventud les animó á ciertas familiaridades, que ella reprimió con la decencia de sus modales y la brevedad evasiva de sus respuestas, y finalmente las evadió fingiendo que dormia. Un jóven más reservado, seducido por tanto pudor y hermosura, se atrevió á declararle una respetuosa admiracion, y la suplicó que le autorizase para pedir su mano á sus padres. Contestó con jovialidad y chanceándose sobre tan repentino amor; pero prometió al jóven que más tarde le haria sabedor de su nombre y de sus proyectos respecto á este asunto. Hasta el fin del viaje encantó á sus compañeros por su grata compañía, que sintieron abandonar.

VI

Entró en Paris el juéves 11 de Julio á mediodía. Hizo que la condujesen á una casa que le habian indicado en Caen, calle de Vieux-Augustins, número 17, fonda de la Providencia. Se acostó á las cinco de la tarde, y durmió en profundo sueño hasta el dia siguiente. Sin confidente y sin testigos durante aquellas largas horas de soledad y de agitacion, en una casa pública y con el ruido de Paris, cuya inmensidad y tumulto absorben las ideas y alteran los sentidos, nadie sabe lo que pasó en el alma de Carlota al despertar, teniendo siempre ante sí aquella resolucion que reclamaba su cumplimiento. ¿Quién es capaz de medir la fuerza del pensamiento y la resistencia de la naturaleza? El pensamiento la dominó.

Se levantó, se puso un vestido sencillo, pero decente, y se dirigió á casa de Lauze de Perret. El amigo de Barbaroux estaba en la Convencion. Sus hijas, en ausencia de su padre, recibieron de la jóven forastera la carta de introduccion de Barbaroux; pero Lauze de Perret no debia volver hasta la noche. Carlota se dirigió á su habitacion, en donde pasó el dia leyendo, reflexionando y orando. A las seis volvió á casa de Lauze de Perret. El diputado comia con su familia y amigos. Se levantó y recibió á Carlota sin testigos. Carlota le insinuó el favor que de él esperaba, y le suplicó que la acompañase á la audiencia del ministro del Interior, Garat, para que con su presencia y apoyo fuesen de más valía sus reclamaciones. Esta peticion era sólo un pretexto de Carlota para acercarse á uno de esos girondinos por cuya causa se sacrificaba, y para deducir de sus conversaciones indicios y conocimientos que la guiasen á la mayor seguridad de sus pasos y del golpe de mano que iba á descargar.

Lauze de Perret, apremiado por la hora y no pudiendo dejar á sus convidados, le dijo que aquel dia le era imposible acompañarla á ver al ministro Garat,

pero que al siguiente iria á buscarla á su habitacion, y desde allí la acompañaria al ministerio. Entregó á Perret las señas de su posada junto con su nombre, y dió algunos pasos para retirarse; pero movida sin duda por su aspecto bondadoso y por la idea de sus jóvenes hijas, le dijo con voz algo misteriosa pero llena de interes é intimidad: «Permitidme que os dé un consejo, ciudadano: dejad la Convencion; allí no podeis impedir el mal. Marchad á Caen á reuniros con vuestros compañeros y hermanos». «Mi deber está en Paris,—contestó el representante,—y no le abandonaré.» «Cometeis una falta,—replicó Carlota, insistiendo de un modo significativo y casi suplicante.—Creedme,—añadió en voz baja y rápido acento,—huid, huid, pero mañana ántes de la noche.» Y salió sin aguardar la respuesta.

Partida de Carlota Corday á Paris.—Pág. 47.

Estas palabras, cuyo sentido conocia sólo Carlota, fueron interpretadas por Lauze de Perret como una alusion á los peligros que en Paris cercaban á los hombres de sus opiniones. Volvió á reunirse con sus amigos, y les dijo que en la jóven que acababa de ver, ya en su actitud, ya en su expresion, habia notado cierto misterio que le habia impresionado y obligado á recomendarle la reserva y circunspeccion. Al anochecer de aquel mismo dia la Convencion expidió un decreto mandando que se sellaran los muebles de los diputados sospechosos por su amistad y relaciones con los veintidos. Lauze de Perret era del número de éstos. Al dia siguiente 12 muy de mañana fué á buscar á Carlota á su habitacion y la condujo á casa de Garat, el cual no les recibió, porque el ministro no daba audiencia ántes de las ocho de la noche. Este contratiempo pareció desanimar á Lauze de Perret, el cual dijo á la jóven que su calidad de sospechoso, junto con la providencia que aquella noche habia tomado la Convencion, eran circunstancias que más dañaban que favorecian á sus clientes; que á más, carecia de un poder de la

señorita Forbin para obrar en su nombre, y que esa falta de formalidad hacía inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que ya no necesita del pretexto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palacio Real.

Entró en el jardin, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viajera á quien sólo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso ni un dia. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero. Entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú, y con mesurado andar volvió otra vez al jardin, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas, se distrajo con los juegos de los niños que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil arrancada por aquellos juegos y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Queria convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarle en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion que debia verificarse el 14 de Julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el aplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos le robaba el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta el último momento inmolar á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su esperanza en este caso era la de ser inmolada en seguida y hecha trizas por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios ni más memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en su sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar más recompensa que en su accion misma, no pidiendo su remordimiento ó su celebridad más que á su conciencia, á Dios ó al bien que hubiese verificado, ésta era en suma la única ambicion de su alma. ¿La vergüenza? El recuerdo de su familia se la hacía odiosa. ¿La celebridad? Ni para sí la deseaba. La gloria le parecia un salario humano, indigno de su desinteres, y sólo propio para amortiguar su virtud.

Pero en las entrevistas que tuvo despues de su llegada á Paris con Lauze de Perret y sus huéspedes habia sabido que Marat no se dejaba ver más que en la Convencion. Era, pues, forzoso buscar su víctima en otra parte, y para llegar á ella se necesitaba engañarla.

VII

Resolvióse á ello. Este fingimiento, que mortificaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en trama, el valor en ardid, y en asesinato la inmolacion, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Distín-

guese un acto criminal de uno heroico, ántes que se consuman aquéllos, por los medios á los cuales se hace forzoso recurrir para verificarlos. Es una necesidad para el crímen el engaño, jamás para la virtud, y es así, porque aquél es la mentira, y ésta la verdad en accion. El uno necesita las tinieblas, el otro la luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué más penoso que el asestar el golpe. Confesólo ella misma. La conciencia es justa ante la posteridad.

Apénas hubo vuelto á su habitacion, escribió á Marat una esquela que entregó á la puerta del *amigo del pueblo*. «Llego de Caen,—le decia.—Vuestro amor por la patria me hace esperar que os enterareis con satisfaccion de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la república. Yo me presentaré en vuestra casa hácia la una; tened la bondad de recibirme, y concededme un momento de audiencia. Os presentaré ocasion para prestar un gran servicio á Francia.»

Contando Carlota con el efecto de esta esquela, encontróse á la hora que habia indicado á la puerta de Marat, mas no se la introdujo ante él. Dejó entónces á su portera una segunda esquela, más urgente é insidiosa que la primera. En ésta se apelaba, no solamente al patriotismo, sino tambien á la piedad del *amigo del pueblo*, y le tendia un lazo haciendo gala de la generosidad que en él suponia. «Os he escrito esta mañana, Marat,—le decia.—¿Habeis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los más importantes secretos para la salvacion de la república. Soy á más perseguida por la causa de la libertad, soy desgraciada, y este título es suficiente para tener derecho á vuestro patriotismo.»

Sin esperar la contestacion, salió Carlota de su cuarto á las siete de la tarde, vestida con más cuidado que ordinariamente, para seducir con una apariencia más decente la vista de las personas que vigilaban á Marat. Sobre su vestido blanco llevaba una pañoleta de seda que cubria sus espaldas, velaba su pecho y se angostaba bajo éste á manera de cinturon, anudándose tras el talle. Encerraba sus cabellos una gorra normanda, cuyas blondas flotantes caian sobre ambas mejillas; una ancha cinta de seda verde sujetaba la gorra alrededor de sus sienes. Su cabellera se desprendia sobre su cuello, y solamente algunos bucles se esparcian sobre sus hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningun sobresalto en la mirada ni ninguna emocion en la voz patentizaban en ella la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos se presentó á la puerta de Marat.

VIII

Marat vivia en el primer piso de una casa arruinada de la calle de los Franciscanos, hoy de la Escuela de Medicina, número 18. Su habitacion se componia de una antesala y de un escritorio cuyas luces daban sobre un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde estaba su baño, de un dormitorio y de un salon cuyas ventanas recibian la luz de la calle. Esta morada se encontraba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aún de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo sin cesar, mujeres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los periódicos, los gastados tramos de la escalera, los umbra-

les mal barridos de las puertas, todo atestiguaba ese movimiento y ese desórden que cerca habitualmente á un hombre atareado, y la continua afluencia de ciudadanos á la casa de un periodista y corifeo del pueblo.

Esta habitacion manifestaba, por decirlo así, el orgullo de su indigencia. Al parecer, su dueño, entónces poderoso sobre la nacion, queria hacer exclamar á sus visitadores, ante el aspecto de su miseria y de su trabajo: «Mirad el amigo y modelo del pueblo. No ha cambiado ni de morada, ni de costumbres, ni de traje».

Aquella miseria era el distintivo del tribuno; más aún que afectada, era real. El ajuar de la casa de Marat era el de un humilde artesano. La mujer que gobernaba su casa llamábase en otro tiempo Catalina Evrard; entónces se denominaba Albertina Marat, desde que el *amigo del pueblo* le habia dado su nombre, tomándola por esposa *en un hermoso dia y ante la luz del sol,* á imitacion de Juan Jacobo Rousseau. Una sola criada le ayudaba en los cuidados domésticos. Un mozo, llamado Lorenzo Basse, hacía los recados, los quehaceres exteriores, y en sus momentos de ocio se ocupaba en la antesala en los trabajos manuales necesarios para el servicio de folletos y anuncios del *amigo del pueblo.*

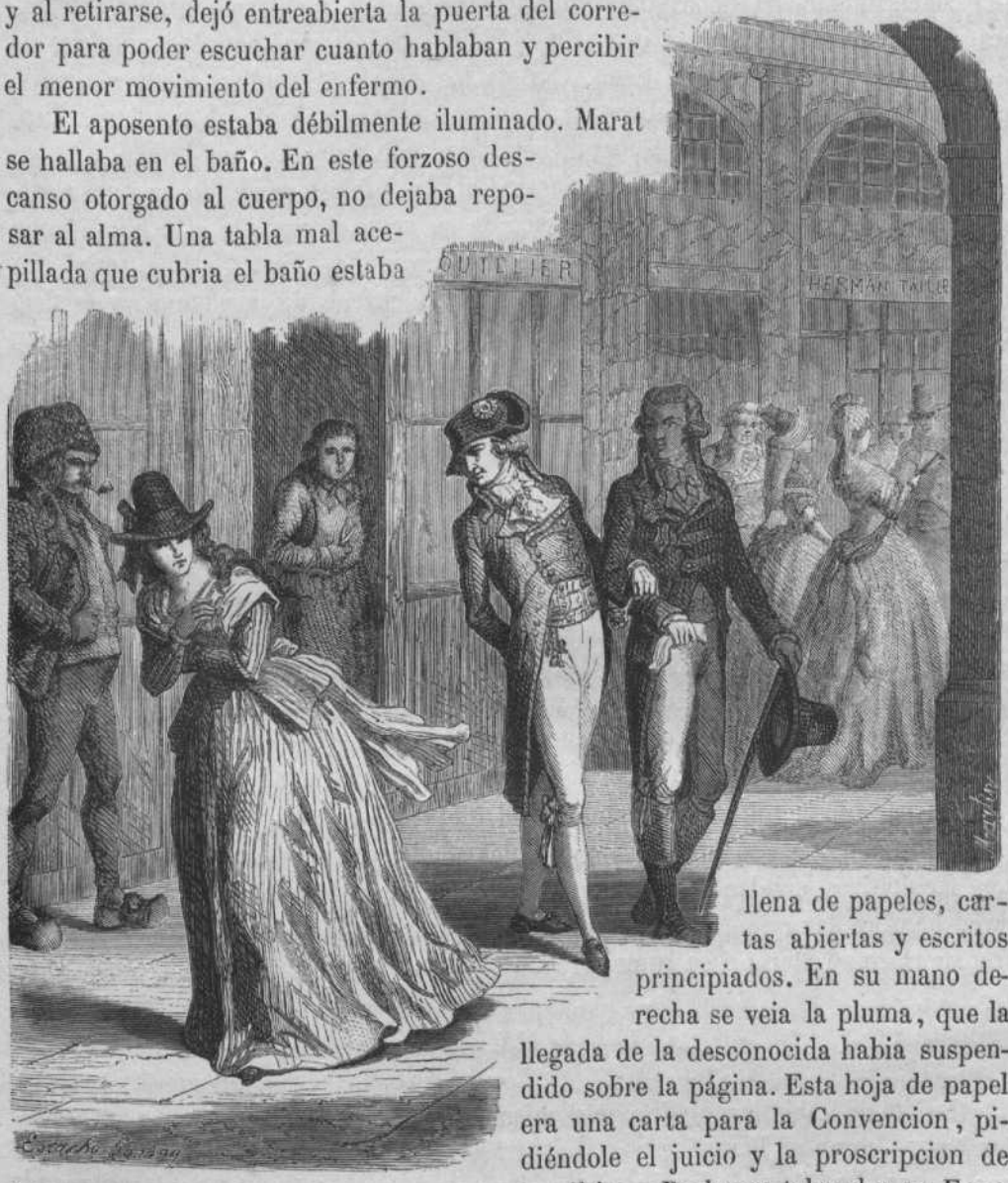
La devorante actividad del escritor no se habia entibiado con la lenta enfermedad que le consumia: la inflamacion de su sangre animaba al parecer su alma. Unas veces desde la cama, otras desde el baño, no cesaba de escribir, de apostrofar, de dirigir invectivas á sus enemigos y de incitar á la Convencion y á los Franciscanos. Ofendido por el silencio con que la Asamblea acogia sus mensajes, acababa de dirigirle una nueva carta en la que amenazaba á la Convencion con hacerse llevar moribundo á la tribuna para avergonzar de su flojedad á los representantes, y dictarles los asesinatos indispensables. Ocupado por el presentimiento de la muerte, temia tan sólo, al parecer, que la hora suprema llegase demasiado pronto y no le otorgase tiempo para inmolar suficiente número de culpables. Más ávido de matar que de vivir, se apresuraba á enviar al tribunal todas las víctimas que le era posible, como otros tantos rehenes presentados por la cuchilla á la revolucion completa, la cual queria dejar libre de enemigos ántes de su muerte. El terror que salia de la casa de Marat, volvia á ella bajo otra forma: la de un temor perpetuo hácia el asesinato. Su compañera y confidentes creian ver levantados sobre él igual número de puñales que el que él mismo levantaba sobre las cabezas de trescientos mil ciudadanos. La entrada á su habitacion estaba vedada como el acceso al palacio de la tiranía. No se dejaba acercar á su persona más que amigos de confianza ó denunciadores recomendados de antemano, y sujetos á interrogatorios y severas identificaciones. El amor, la desconfianza y el fanatismo velaban juntos sobre sus dias.

Ignoraba Carlota estos obstáculos, pero los sospechaba. Bajó del coche en la acera opuesta de la calle, frente á la habitacion de Marat. El dia principiaba á amortiguarse, particularmente en aquel barrio, al que prestan sombra sus altas casas y estrechas calles. La portera rehusó desde luégo dejar entrar en el patio á la jóven desconocida; mas ésta insistió y ganó algunos tramos de la escalera, llamada en vano por la voz de aquélla. Al ruido, la querida de Marat entreabrió la puerta, y negó la entrada del aposento á la forastera. El sordo altercado producido por estas dos mujeres, una de las cuales suplicaba el permiso de hablar con el *amigo del pueblo,* y la otra se obstinaba en impedirle el paso, llegó á los oidos

de Marat. Dedujo por estas explicaciones entrecortadas que la visitante era la desconocida de quien habia recibido dos esquelas durante el dia, y con imperativa y fuerte voz mandó que se la dejase entrar.

Ya fuera por celos ó por desconfianza, Albertina obedeció con repugnancia y gruñendo. Introdujo á la jóven en el reducido aposento donde se encontraba Marat, y al retirarse, dejó entreabierta la puerta del corredor para poder escuchar cuanto hablaban y percibir el menor movimiento del enfermo.

El aposento estaba débilmente iluminado. Marat se hallaba en el baño. En este forzoso descanso otorgado al cuerpo, no dejaba reposar al alma. Una tabla mal acepillada que cubria el baño estaba llena de papeles, cartas abiertas y escritos principiados. En su mano derecha se veia la pluma, que la llegada de la desconocida habia suspendido sobre la página. Esta hoja de papel era una carta para la Convencion, pidiéndole el juicio y la proscripcion de los últimos Borbones tolerados en Francia. Junto al baño, un disforme tajo de encina, parecido á un tronco puesto en pié, sostenia un recado de escribir de plomo y de tosquísima labor, manantial impuro de donde habian salido en tres años tantos delirios, tantas denuncias y tanta sangre. Marat, cubierto en su baño con una sábana sucia y manchada de tinta, tenia fuera del agua la cabeza, las espaldas, medio cuerpo y el brazo derecho. Nada habia en la fisonomía de este hombre capaz de enternecer la mirada de una mujer, ni que hiciera vacilar al herir. Cabellos grasientos ceñidos por un sucio pañuelo, frente saliente, ojos atrevidos,



Carlota Corday en casa del cuchillero del Palacio Real. Pág. 50.

pómulos angulosos, inmensa y fisgona boca, velludo pecho, ceñudas facciones y piel lívida, todo esto se veia reunido en Marat.

Evitó Carlota detener su mirada sobre él, temiendo descubrir el horror que tal aspecto infundia en su alma. En pié, bajos los ojos, las manos caidas, cerca del baño, aguardó que Marat la interrogase sobre la situacion de Normandía. Respondió concisamente, dando á sus contestaciones sentido y colorido propio á lisonjear los deseos inherentes al demagogo. Pidióle éste al momento los nombres de los diputados refugiados en Caen. Carlota los nombró. Notólos aquél, y cuando concluyó de escribir los nombres, le dijo con acento propio de un hombre seguro de su venganza: «Está bien; ántes de ocho dias irán todos á la guillotina».

A estas palabras, como si el alma de Carlota hubiese esperado un nuevo crímen para resolverse á dar el golpe, sacó de su seno el cuchillo y le hundió con fuerza sobrenatural, hasta el mango, en el corazon de Marat. Carlota retiró con igual movimiento el cuchillo ensangrentado del cuerpo de la víctima, y le dejó caer á sus piés. «¡A mí, mi querida amiga, á mí!»—exclamó Marat, espirando en el acto.

Al angustioso grito de la víctima, Albertina, la criada y Lorenzo Basse se precipitaron en el aposento, recibiendo en sus brazos la moribunda cabeza de Marat. Carlota, inmóvil y como petrificada por su crímen, permanecia en pié tras la cortina de la ventana. La transparencia de la tela, resaltada por los postreros rayos del dia, dejaba ver la sombra de su cuerpo. Lorenzo, armándose de una silla, dirigió á la jóven un mal seguro golpe á la cabeza, á cuyo impulso cayó tendida sobre el pavimento. La querida de Marat la holló, pisoteándola á impulsos de su cólera. Al tumulto de la escena, á los gritos de las dos mujeres, los habitantes de la casa acudieron, los vecinos y los transeuntes se detuvieron en la calle, subieron la escalera, inundaron el aposento y el patio, y de allí á poco todo el barrio, pidiendo con encolerizadas vociferaciones la entrega del asesino para vengar sobre el cadáver, aún palpitante, la muerte del ídolo del pueblo. Los soldados de los puestos inmediatos y los guardias nacionales acudieron; el órden venció al tumulto. Los facultativos acuden y se esfuerzan en restañar la herida. El agua enrojecida da al hombre sanguinario la apariencia de espirar en un baño de sangre. Cuando transportaron á Marat á su cama, era un cadáver.

IX

Carlota se habia levantado por sí misma. Dos soldados la sujetaban, cruzados los brazos como si llevase esposas, esperando la llegada de cuerdas para anudar sus manos. La hilera de bayonetas que la cercaban bastaba apénas á contener la multitud, que sin cesar se precipitaba hácia ella para despedazarla. Amenazas, puños levantados, sables, anunciaban mil muertes acumuladas sobre su cabeza. La compañera de Marat, desprendiéndose de las mujeres que la consolaban, lanzábase por intervalos sobre Carlota, cayendo nuevamente en lloros y desmayos. Un franciscano fanático llamado Langlois, peluquero habitante en la calle Dauphine, habia recogido el ensangrentado cuchillo, y pronunciaba el panegírico mortuorio sobre el cadáver de la víctima, entrecortando sus lamentos y elogios fúnebres con gestos vengadores, con los cuales parecia hundir igual número de

veces el hierro en el corazon asesino. Carlota, que anticipadamente habia aceptado todas esas muertes, contemplaba con fija y petrificada mirada aquel movimiento, aquellos gestos, manos y armas tan de cerca contra ella dirigidos. Tan sólo la conmovian los desgarradores gritos de la compañera de Marat. Su fisonomía parecia expresar ante esta mujer la sorpresá de no haber pensado que semejante hombre podia ser amado, y el sentimiento de haberse visto obligada á herir dos corazones para acabar con uno. Exceptuada la impresion de piedad que los cargos de Albertina prestaban algunos momentos á su boca, no se traslucia alteracion ninguna ni en su fisonomía ni en su color. Unicamente, como contestacion á las invectivas del orador y á los gemidos del pueblo que lloraba la pérdida de su ídolo, dibujábase en sus labios la amarga sonrisa del desprecio. «¡Infelices!—exclamó una vez.—Pedis mi muerte, cuando deberíais erigirme un altar por haberos libertado de un monstruo. Arrojadme á esa colérica muchedumbre,—dijo nuevamente á los soldados que la protegian;—puesto que lloran, dignos son de ser mis verdugos.»

Esta sonrisa, cual un reto lanzado al fanatismo de la multitud, produjo imprecaciones más furiosas, gestos más amenazadores. El comisario de la seccion del Teatro Frances, Guillard, entró escoltado por un refuerzo de bayonetas. Extendió la sumaria verbal del asesinato, y mandó conducir á Carlota al salon de Marat para principiar el interrogatorio. Escribió sus contestaciones, las cuales fueron tranquilas, lúcidas y reflexionadas, acompañadas de firme y sonora voz, no respirando otro sentimiento que el de una satisfaccion orgullosa por el acto que habia cometido. Ella dictaba sus declaraciones, así como sus elogios. Los administradores de la policía departamental, Louvet y Marion, ceñidos con la banda tricolor, asistian al interrogatorio. Habian noticiado lo sucedido al Consejo de la municipalidad, al comité de salud pública y al de seguridad general. La noticia de la muerte del *amigo del pueblo* se habia esparcido, con la rapidez de una conmocion eléctrica, por hombres que corrian desatinados de barrio en barrio. Paris entero se detuvo como herido de estupor al relato de este atentado. Parecia que la república hubiese temblado, ó que sucesos desconocidos debiesen surgir del asesinato de Marat. Diputados pálidos, estremecidos de horror, entraron en la Convencion é interrumpieron la sesion, sembrando los primeros rumores del acontecimiento en la Asamblea. Resistiéronse á creerlo, como se resiste á creer un sacrilegio. El comandante general de la guardia nacional, Henriot, llegó prontamente á confirmar la nueva. «Sí, temblad todos,—dijo:—Marat ha muerto asesinado por una jóven que tiene á gloria el haber dado tal golpe. Redoblad la vigilancia sobre vuestras vidas. Iguales peligros nos cercan á todos. Desconfiad de las cintas verdes, y juremos vengar la muerte de aquel grande hombre.»

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, individuos de los comités de gobierno, abandonaron al momento el salon para correr al teatro del crímen. En él encontraron á la multitud engrosándose continuamente, y á Carlota contestando á los primeros interrogatorios. Quedaron confusos y mudos á la vista de tanta juventud, de tan bello rostro y de palabras que tanta calma y resolucion respiraban. Jamás el crímen se habia presentado ante el espíritu del hombre bajo semejante aspecto. Ella le desvirtuaba de tal suerte ante sus ojos, que áun junto al cadáver sintieron compasion para el asesino.

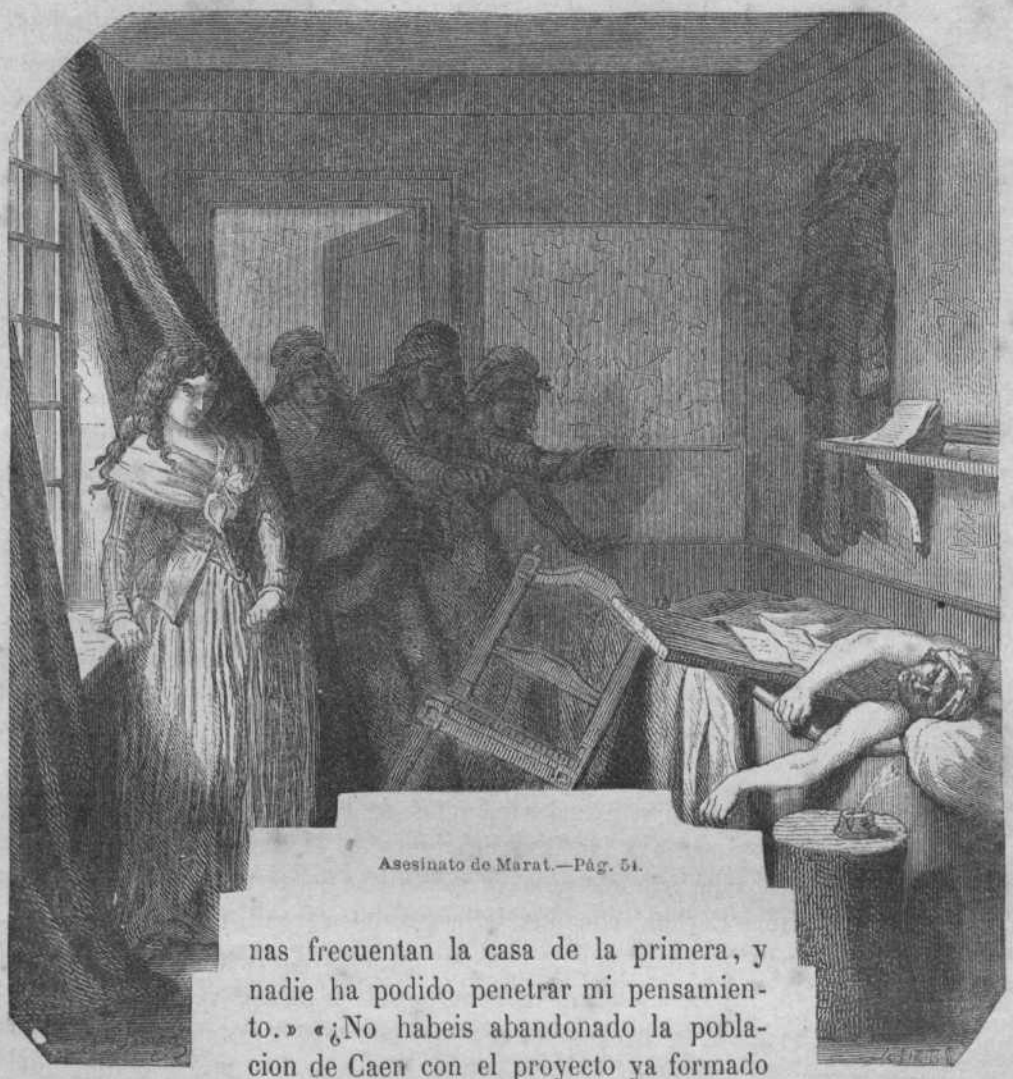
Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure ordenaron que fuese transportada á la Abadía, prision la más inmediata á la casa de Marat. Mandóse acercar el mismo carruaje de alquiler que la habia conducido. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos. Su sordo rumor, interrumpido por vociferaciones y accesos de furor, anunciaba la venganza y hacía la traslacion difícil. Los destacamentos de fusileros sucesivamente llegados, la banda de los comisarios y el respeto hácia los miembros de la Convencion, contrarestaron y contuvieron la multitud. El cortejo se abrió paso á duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la cogian por los codos, salvó el umbral de la casa para ganar el estribo del carruaje, el pueblo se arremolinó alrededor de las ruedas con amenazas y aullidos tales, que creyendo Carlota sentir sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al volver en sí, se admiró y afligió de respirar aún. Aquella muerte era la que se habia imaginado. Sobre su suplicio la habia arrojado la naturaleza el velo del desmayo. Sufria por no haber desaparecido enteramente la tempestad que habia originado, sintiendo tener que entregar su nombre á la tierra ántes que á la otra muerte; mas á pesar de todo, daba gracias con emocion á los que la habian protegido contra las mutilaciones de la multitud.

X

Chabot, Drouet y Legendre la siguieron á la Abadía, donde le hicieron sufrir un segundo interrogatorio que duró hasta bien entrada la noche. Algunos individuos de los comités, y entre otros Harmand (de la Meuse), atraidos por la curiosidad, se habian introducido con sus colegas, y asistian al interrogatorio, á menudo interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria, y celoso de haber sido reputado digno tambien del martirio de los patriotas, creyó ó fingió creer que reconocia en Carlota una jóven que habia ido á su casa la víspera, bajo el traje de religiosa, y que él habia rechazado. «El ciudadano Legendre se engaña,—dijo Carlota con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado;—jamás le he visto. No creo tan importante para la salvacion de la república la vida ó la muerte de semejante sujeto.»

La registraron. Encontróse sólo en este momento en sus bolsillos la llave de su baul, su dedal de plata, un ovillo de hilo y otros instrumentos propios de las labores de aguja, tan cerca no há mucho del puñal de Bruto; doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro construido por un relojero de Caen, y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba aún el estuche del cuchillo con que habia herido á Marat. «¿Reconoceis este cuchillo?»—le preguntaron. «Sí.» «¿Qué os ha inducido á tal crímen?» «He visto—contestó—la guerra civil pronta á destrozar á Francia, y convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades de mi patria, he hecho el sacrificio de mi vida por la suya para salvar á mi país.» «Nombradnos los sujetos que os han aconsejado ese execrable crímen, que no podíais concebir sola.» «Nadie ha conocido mi intento. He engañado respecto al objeto de mi viaje á la tia con quien vivia, he engañado á mi padre. Pocas perso-



Asesinato de Marat.—Pág. 54.

nas frecuentan la casa de la primera, y nadie ha podido penetrar mi pensamiento.» «¿No habeis abandonado la poblacion de Caen con el proyecto ya formado de asesinar á Marat?» «Tal fué el móvil de mi venida.» «¿Adónde habeis ido á buscar el arma? ¿Qué personas habeis visitado en Paris? ¿Qué habeis hecho desde el juéves, dia en que llegásteis aquí?» A estas preguntas relató con literal sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en Paris y de su accion. «Despues del asesinato, ¿no habeis procurado huir?» «Me hubiese evadido por la puerta, á no impedírmelo.» «Sois soltera. ¿Habeis tal vez amado á algun hombre?» «Jamás.»

Estas respuestas exactas, altivas, y de vez en cuándo desdeñosas, soltadas con una voz cuyo timbre recordaba la infancia anunciando viriles pensamientos, hicieron reflexionar muchas veces á los demandantes sobre el poder de un fanatismo que se apoderaba y que vigorizaba un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras este candor y tras esta belleza, pero tan sólo entrevieron la magnanimidad de un corazon intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot se mostraba descontento, y su mirada devoraba los cabellos, la cara, el talle, el todo de la jóven que se hallaba atada ante sí. Creyó entrever un plegado papel sujeto á su seno por un alfiler. Al momento alargó el brazo para apoderarse de lo que creia cuerpo del delito. Carlota

habia olvidado aquel papel que veia Chabot, y que era una proclama á los franceses, redactada por ella misma, invitando á los ciudadanos á derrocar la tiranía y á la concordia. Creyó que el gesto, junto con lo que expresaban los ojos de Chabot, era un ultraje á su pudor. Impedida por las ligaduras, no pudo oponer sus manos. Sintió tal horror é indignacion, que hizo hácia atras un movimiento tan convulsivo del cuerpo y hombros, que se rompió el cordon de su vestido, separándose éste y dejando descubierto su seno. Confusa, y tan rápida como el pensamiento, se bajó y acurrucó para ocultar la desnudez á sus jueces; pero era muy tarde ya, y su castidad debia ruborizarse de la mirada de los hombres.

El patriotismo no hacía á estos hombres ni cínicos ni insensibles: pareció que sufrian tanto como Carlota Corday en este involuntario sacrificio de su inocencia. La jóven suplicó que le desatasen las manos para arreglarse el vestido; súplica que fué escuchada y admitida. El respeto á la naturaleza cerró los ojos de los hombres que tal escena presenciaban. Libres ya las manos de Carlota, la jóven, de cara á la pared, se arregló el vestido y pañoleta. Los jueces aprovecharon esta holgura para que firmase sus declaraciones. Las cuerdas habian dejado en sus brazos señales amoratadas. Cuando quisieron atarla de nuevo, rogó á los carceleros que le permitiesen ponerse guantes, para que se rebajasen aquellas señales, y le evitasen este tormento hasta el último suplicio, que bien luégo iba á sufrir. Tales eran el acento y gesto de la pobre jóven, que Harmand vertió algunas lágrimas y se alejó para ocultarlas.

Hé aquí los principales y textuales párrafos de la proclama á los franceses, documento hasta hoy oculto á las investigaciones de la historia, y que ya empezada esta obra nos ha suministrado el sujeto que lo posee, Mr. Paillet. Está escrita por la misma Carlota, con una letra grande, varonil, firme y muy señalada, como á propósito para atraer de léjos las miradas. La hoja de papel se halla plegada en octavo, para ocupar ménos espacio debajo de sus vestidos. Distintamente se ven ocho agujeros, hechos por el alfiler con que Carlota prendió el papel junto á su pecho.

PROCLAMA Á LOS FRANCESES AMIGOS DE LAS LEYES Y DE LA PAZ.

«¿Hasta cuándo, desgraciados franceses, os halagarán los trastornos y las disensiones? Harto tiempo ha que facciosos y malvados han pospuesto el interes general al interes de su ambicion. ¿Por qué, víctimas de su furor, os destrozais vosotros mismos, para fundar el deseo de su tiranía sobre las ruinas de Francia?

»Por doquiera estallan las facciones; la Montaña triunfa por el crímen y por la opresion, y algunos monstruos sedientos de nuestra sangre dirigen sus detestables complots... Trabajamos por nuestra propia perdicion, con más celo y más energía que si se tratase de conquistar la libertad. Franceses, permaneced impasibles un momento más, y á la posteridad se legará tan sólo el recuerdo de vuestra existencia.

»Ya los departamentos indignados se dirigen á Paris; el fuego de la discordia y la guerra civil cunde ya por la mitad de este vasto imperio. Aún hay un medio para extinguirlo; pero este medio debe ser pronto. Ya el más infame de los malvados, Marat, cuyo solo nombre presenta la imágen de todos los crímenes, sucum-

biendo bajo el hierro vengador, conmueve á la Montaña y hace palidecer á Danton, Robespierre y esos otros infames sentados sobre su sangriento trono, rodeados del rayo que los dioses vengadores de la humanidad suspenden tan sólo para que su castigo sea más temible, y para intimidar á todos los que quisieran cimentar su fortuna sobre las ruinas de los pueblos de que han abusado.

»Despertad, franceses; no desconoceis vuestros enemigos. ¡Marchad! Que abatida la Montaña, sólo queden hermanos, amigos. Ignoro si el cielo nos reserva un gobierno republicano, pero tan sólo en el exceso de sus venganzas puede darnos un montañes por jefe. ¡Oh Francia! La base de tu reposo es la ejecucion de las leyes; no falto á ellas matando á Marat: condenado por el universo, está fuera de la ley. ¿Qué tribunal me juzgará? Si soy culpable, ¿lo era Alcídes cuando destruia los monstruos?...

. . . . . .

»¡Oh patria mia! Tus infortunios laceran mi corazon, y no puedo ofrecerte más que mi vida. Gracias doy al cielo porque me ha dejado la libertad de disponer de ella. A nádie le perjudicará mi muerte. No imitaré á Páris (el asesino de Lepelletier de Saint-Fargeau) matándome. Quiero que mi último suspiro sea útil á mis conciudadanos, que mi cabeza en Paris sea la bandera de union para todos los amigos de la ley, que la caida de la vacilante Montaña sea escrita por mi sangre, y que el universo, vengado, declare que he merecido bien de la humanidad. Por lo demas, si bajo otro prisma se mira mi conducta, su juicio no me inquieta.

Qu'à l'univers surpris cette grande action,
Soit un objet d'horreur ou d'admiration,
Mon esprit, peu jaloux de vivre en la mémoire,
Ne considère point le reproche ou la gloire.
Toujours indépendant et toujours citoyen,
Mon devoir me suffit, tout le reste n'est rien.
Allez, ne songez plus qu'à sortir d'esclavage!...

»No debe incomodarse ni á mis parientes ni á mis amigos: todos ignoraban mis proyectos. Adjunta á esta proclama va mi partida de bautismo para que se conozca cuánto puede una débil mano dirigida por ferviente entusiasmo. Si la suerte no me favorece, franceses, ya os he indicado el camino, conoceis vuestros enemigos: levantaos, marchad y herid.»

Al leer estos versos delineados por la nieta de Corneille al final de esta proclama, y colocados como un sello antiguo en una página del tiempo, se cree á la primera ojeada que son versos de su abuelo, y que en tal situacion ha invocado el patriotismo romano del gran trágico de su familia. Sin embargo, no es lo cierto: los versos son de Voltaire en la tragedia *La muerte de César*.

La autenticidad de esta proclama se comprueba por una carta de Fouquier-Tinville anexa al respaldo. El acusador público dirige esta carta al comité de seguridad general de la Convencion; los términos en que está concebida son los siguientes:

«Ciudadanos: Os remito el interrogatorio de Carlota Corday, junto con las dos cartas que escribió en la cárcel, de las cuales dirigia una á Barbaroux. Estas cartas circulan por las calles, pero tan inexactas, que tal vez fuese necesario impri-

mirlas con rigorosa exactitud. Con todo, ciudadanos, si despues de haberlas leido juzgais que no hay inconveniente en imprimirlas, me lo participareis.

»Os manifiesto haberme informado que Carlota era la querida de Belzunce, coronel que murió en una revuelta en Caen; que desde aquella época concibiera un odio implacable contra Marat, que este odio pareció reanimarse en ella desde el momento que Marat delató á Biron, pariente de Belzunce, y que Barbaroux aprovechó las criminales predisposiciones de esta jóven contra Marat para instigarla á la ejecucion de este horrible asesinato.—Fouquier-Tinville.»

Se deduce de estas dudas y conjeturas que la opinion pública corria de hipótesis en hipótesis, haciendo causa del crímen, ya al amor, ya al resentimiento, y rehuyendo la verdadera causa, que era el patriotismo.

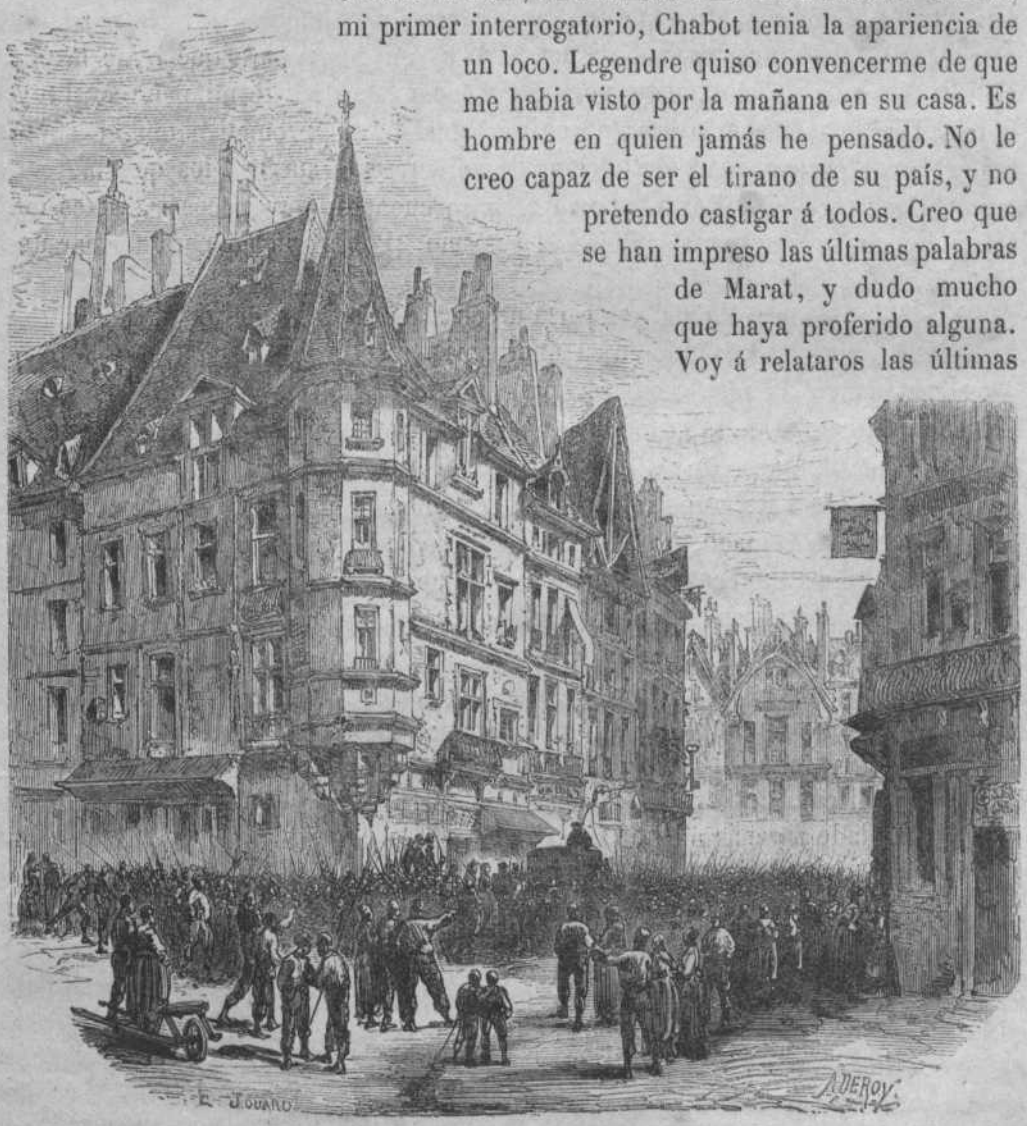
Carlota Corday fué puesta en un calabozo. Vigilada durante la noche por dos gendarmes, en vano reclamó contra aquella profanacion de su sexo. El comité de seguridad general avivaba su causa y su suplicio. Desde el fondo de su prision oia á los vendedores de papeles que pregonaban el relato de su asesinato acompañado de los gritos del furor del pueblo, que deseaba mil muertes al asesino. Carlota acogia esta voz del pueblo como el juicio de la posteridad. A traves del horror que inspiraba, presentaba la apoteósis. Bajo este pensamiento escribió al comité de seguridad general lo siguiente: «Puesto que aún me restan algunos instantes de vida, ¿puedo esperar, ciudadanos, que se me permita retratarme? Quisiera dejar este recuerdo á mis amigos. Se aprecia la imágen de los buenos ciudadanos; muchas veces la curiosidad es móvil para adquirir la de los grandes criminales, con objeto de perpetuar el horror de su crímen. Si accedeis á mi súplica, que venga mañana un pintor de miniatura. Os renuevo el deseo de que se me permita dormir sola. Sin cesar oigo anunciar por las calles la prision de mi cómplice Fauchet. Hace dos años le vi por primera vez desde la ventana. Ni le amo, ni le aprecio. Es de todos los hombres al que más dificilmente hubiera confiado mi proyecto. Si esta declaracion puede favorecerle, certifico la verdad».

XI

El presidente del tribunal revolucionario, Montané, compareció al siguiente dia 16, para interrogar á la acusada. Conmovido de tanta belleza y de tanta juventud, é íntimamente convencido de la sinceridad de un fanatismo que casi borraba el crímen á los ojos de la justicia humana, intentó salvar la vida de la acusada. Preguntaba y tácitamente insinuaba las respuestas, respuestas en las que apareciese el crímen cubierto por la demencia. Carlota rehuyó obstinadamente la piadosa intencion del presidente. La ejecucion de su proyecto la admitió como su gloria. Mandaron trasladarla á la Conserjería, y madama Richard, esposa del alcaide, la recibió con la compasion que inspira la juventud próxima al cadalso.

Merced á la indulgencia de sus carceleros, obtuvo Carlota tinta, papel y soledad, aprovechándose de esto para escribir á Barbaroux una carta interrumpida. En ella delineaba todas las circunstancias de su permanencia en Paris, en un estilo en que el patriotismo se mezclaba á la muerte y la jovialidad, como en las heces de la copa de un banquete de despedida se mezcla lo amargo con lo dulce. Despues de describir de un modo jovial los pormenores de su viaje en compañía de mon-

tañeses, y el repentino amor que le declaró un jóven viajero, continuó: «Ignoraba que el comité de salud pública hubiese interrogado á los viajeros. Desde el momento me afirmé en que no los conocia, para evitarles la molestia de dar explicaciones. En esto seguia á mi oráculo Raynal, que dice que debe negarse la verdad á los tiranos. Por la viajera que vino conmigo han sabido que os conozco y que he visto á Lauze de Perret. No ignorais la firmeza de alma de éste: ha contestado sin apartarse un ápice de la verdad. Nada se prueba contra él, pero su firmeza es un crímen. Me he arrepentido, pero tarde, de haberle hablado. Quise reparar mi falta aconsejándole que huyese y que se reuniese con sus colegas. No es hombre que se deje dominar... Mucho os sorprenderá cuando sepais que han preso á Fauchet como cómplice, hombre á quien hasta mi existencia le era desconocida. No les satisface poder ofrecer tan sólo una mujer á los manes del grande hombre. ¡Perdonad, hombres! El nombre de Marat deshonra vuestra raza. Era un animal feroz que se aprestaba á devorar la mitad de Francia, ayudado de la guerra civil. Gracias al cielo, su nacimiento no fué frances... Cuando mi primer interrogatorio, Chabot tenia la apariencia de un loco. Legendre quiso convencerme de que me habia visto por la mañana en su casa. Es hombre en quien jamás he pensado. No le creo capaz de ser el tirano de su país, y no pretendo castigar á todos. Creo que se han impreso las últimas palabras de Marat, y dudo mucho que haya proferido alguna. Voy á relataros las últimas



Prision de Carlota Corday.—Pág. 56.

que ante mí pronunció. Despues de apuntar vuestros nombres y todos los de los administradores del departamento del Calvados que se encuentran en Evreux, me dijo, como para consolarme, que dentro de muy pocos dias los haria guillotinar en Paris. Estas últimas palabras decidieron de su suerte. Declaro que lo que resueltamente me decidió fué el valor con que nuestros voluntarios se alistaron el domingo 7 de Julio. Recordareis que prometí que Petion se arrepentiria de las sospechas que en él despertó mi conducta. Consideré que miles de valientes marchaban para alcanzar la cabeza de un hombre, que pudiera faltarles la realizacion de su plan, ó que este hombre arrastraria en su caida innumerables ciudadanos. Consideré que Marat no merecia tanto honor, y que le bastaba la mano de una mujer. Confieso que he empleado un pérfido artificio para obligarle á recibirme... Mi proyecto era sacrificarle en medio de la Montaña; pero ya no asistia á la Convencion. ¡En Paris no comprenden que una mujer inútil, cuya larga vida no redundaria en provecho de nada, pueda sacrificarse por su país!... Como verdaderamente me dominaba la sangre fria, al salir de casa de Marat, dirigiéndonos á la Abadía, sufrí con los gritos de las mujeres; pero el que salva la patria no conoce el valor de su sacrificio. ¡Cuán vivo es mi deseo para que reine la paz! Ha dos dias que deliciosamente gozo de ella. La felicidad de mi país constituye la mia. Una imaginacion viva y un corazon sensible me prometian una vida muy inquieta; perspectiva que debe alegrar de mi presente suerte á los que me consagren algun recuerdo. Entre los modernos se cuentan muy pocos patriotas que sepan inmolarse por su país. Reina el egoísmo. ¡Pobre pueblo para formar una república!...»

Quedó aquí interrumpida esta carta á causa de la traslacion de la cautiva á la Conserjería, pero la prosiguió en su nueva prision, en estos términos: «Continúo. Ayer me ocurrió la idea de hacer presente de mi retrato al departamento del Calvados. El comité de salud pública no me ha contestado, y ya se hace tarde. Es de reglamento que necesito un defensor. Me he resuelto á que sea un montañes, y áun pienso elegir á Robespierre ó Chabot... Mañana á las ocho me juzgan. Adoptando el lenguaje romano, probablemente al mediodía habré vivido. Ignoro cómo pasaré los últimos momentos: el fin corona la obra. No necesito afectar insensibilidad, porque hasta este momento no abrigo el más leve temor de la muerte. Nunca he apreciado la vida más que por la utilidad que pudiera reportar. Marat no irá al Panteon; creo, sin embargo, que lo merecia... No olvideis el asunto de madama Forbin; adjunta va su direccion á Suiza. Decidle que la amo de corazon. Voy á escribir á mi padre. Nada digo á los demas amigos. Les exijo un pronto olvido: su afliccion deshonraria mi memoria. Decid al general Wimpfen que creo haberle ayudado á ganar más de una batalla, facilitando la paz. Adios, ciudadano. Los encarcelados en la Conserjería, en vez de injuriarme como el pueblo por las calles, aparentan compadecerme. La desgracia despierta la piedad. Esta es mi última reflexion».

XII

La carta á su padre, que fué la postrera, era corta, y el lenguaje rebosaba ternura, en vez de jovialidad como en la carta de Barbaroux. «Perdonadme que dis-

pusiese de mi existencia sin contar con vuestro permiso,—decia.—He vengado muchas víctimas inocentes y he evitado muchos otros desastres. Desengañado un dia el pueblo, se alegrará de lo que he hecho, porque le libré de un tirano. Si intenté persuadiros de que me dirigia á Inglaterra, es porque me esperanzaba el quedar desconocida. He tocado la imposibilidad. Creo que no os inquietarán; pero de todos modos, en Caen no os faltará quien os apoye. He elegido por mi defensor á Gustavo Doulcet de Pontecoulant. Un atentado de esta especie no admite ninguna defensa respecto á la forma. Adios, querido papá. Os suplico que cuanto ántes me olvideis, ó que os alegreis de mi suerte. La causa es hermosa. Abrazad á mi hermana, á quien amo de todo corazon. No olvideis este verso de Corneille:

¡La vergüenza es el crímen, no el cadalso!

Mañana á los ocho me juzgan...»

Esta alusion á un verso de su abuelo, recordando á su padre el orgullo de su nombre y el heroísmo de la sangre, parecia que intentaba colocar su accion bajo la salvaguardia del genio de su familia. Impedia la debilidad de su padre presentándole el cuadro de los sentimientos romanos, aplaudiendo anticipadamente su abnegacion.

XIII

Al dia siguiente á las ocho de la mañana, se presentaron los gendarmes para conducirla al tribunal revolucionario. La sala estaba situada encima de los arcos de la Conserjería. Una sombría escalera, estrecha y fúnebre, que se deslizaba por los huecos de espesas murallas del basamento del palacio de justicia conducia á los acusados al tribunal revolucionario, y por allí volvian de nuevo á su calabozo. Antes de subir, arregló Carlota sus cabellos y vestidos para presentarse decente ante la muerte. Despues dijo sonriendo al alcaide, que asistia á estos preparativos: «Mr. Richard, os encarezco que cuideis de que mi desayuno esté pronto para cuando baje. Es probable que mis jueces tengan prisa. Quiero que en mi última comida me acompañeis vos y vuestra esposa».

Todo Paris sabía desde la víspera la hora del juicio de Carlota Corday. La curiosidad, el horror ó la compasion atrajeron una multitud inmensa á la sala del tribunal revolucionario y las precedentes. Cuando se acercó la acusada, se levantó un sordo murmullo del seno de esta muchedumbre; murmullo que parecia encerrar una maldicion. Pero apénas atravesó el tropel y ostentó su belleza, cuando este murmullo de cólera se cambió por otro de interes y de admiracion. Las fisonomías expresaban horror ó ternura. La suya, exaltada por la solemnidad del momento, coloreada por la emocion, alterada por ser blanco de tanta mirada, ennoblecida por la magnitud de un crímen que ostentaba en su alma y frente como una virtud, finalmente, la majestuosidad y modestia juntas y confundidas en su actitud, prestaban á su persona un encanto que impresionaba todos los ánimos y todas las miradas. Sus mismos jueces parecian ante ella acusados. Creíasela la justicia divina ó la Nemesis antigua, sustituyendo la conciencia á las leyes, y que venía á pedir á la justicia humana, no la absolucion, sino que la reconociesen y temblasen.

XIV

Apénas se sentó en el banco de los acusados, le preguntaron si tenia defensor, y contestó que para tal encargo habia elegido á un amigo; pero que no viéndole en aquel recinto, creia que le habia faltado el valor necesario. El presidente le nombró un defensor de oficio, que fué el jóven Chauveau-Lagarde, ilustre despues por la defensa de la reina, y conocido ya por su elocuencia y valor, en el tiempo y en las causas en que el defensor compartia los peligros del acusado. Esta eleccion del presidente indicaba un remoto pensamiento de salvacion. Chauveau-Lagarde se colocó en la barra. Carlota le dirigió una mirada escrutadora é inquieta, como si temiese que para salvar su vida el defensor sacrificase algo de su honor.

La viuda de Marat prestó su declaracion entre continuos sollozos. Carlota, conmovida por el dolor de esta mujer, acortó su declaracion exclamando: «Sí, sí; yo soy la que le asesiné». Refirió en seguida que la concepcion de su proyecto contaba ya tres meses; declaró su intencion de herir al tirano en medio de la Convencion, y la estratagema á que recurriera para acercarse á Marat. «Convengo—dijo humildemente—en que este medio no era digno de mí; pero era necesario aparentar cariño á ese hombre para colocarle al alcance de mi puñal.» «¿Quién os ha inspirado tanto odio contra Marat?» «Inútil me era el odio de los demas; me bastaba el mio: no favorece el buen éxito cuando se adoptan otras ideas que no son las propias.» «¿Qué aborrecíais en él?» «Sus crímenes.» «Y dándole la muerte, ¿qué esperábais?» «Dar la paz á mi patria.» «¿Creeis acaso haber asesinado á todos los Marats?» «Muerto aquél, temblarán tal vez los otros.» Se le presentó el cuchillo para que le reconociese, y lo rechazó expresando disgusto. «Sí,—dijo,—le reconozco.» Pasado el calor del crímen, se le hacía éste odioso en el instrumento que lo habia consumado. «¿Qué sujetos visitábais ú os visitaban en Caen?» «Poca gente; veia á Larue, oficial municipal, y al cura de San Juan.» «En Caen, ¿os confesábais con sacerdotes juramentados ó no juramentados?» «Ni con los unos, ni con los otros.» «¿Cuándo formásteis vuestro designio?» «Despues de la jornada del 31 de Mayo, en la que se prendió aquí á los diputados del pueblo. He muerto un hombre para salvar cien mil. Era republicana mucho ántes que la revolucion.»

Carearon á Fauchet con Carlota. «Sólo conozco á Fauchet de vista,—dijo ésta con desden;—le considero hombre falto de hábitos morales y sin principios, y le desprecio.» El acusador le echó en cara el haber dirigido el golpe de arriba hácia abajo para que fuese más seguro, diciéndole que era forzoso, sin duda ninguna, que estuviese habituada al crímen. A esta suposicion que desconcertaba todos sus pensamientos, comparándola á los asesinos de profesion, arrojó una exclamacion de vergüenza. «¡Monstruo!—gritó.—¡Me toma por un asesino!»

Fouquier-Tinville reasumió los debates, y pidió la muerte.

Levantóse el defensor. «La acusada—dijo—confiesa el crímen, confiesa su larga premeditacion, y tambien las circunstancias de más peso. Ciudadanos, he aquí su defensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegacion de sí misma, que no revelan ningun remordimiento ante la muerte, esa calma y abnegacion que, aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, sólo pueden explicarse teniendo en cuenta la exaltacion del fanatismo que ha puesto el

puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndole preguntado el presidente si tenia algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le habia impuesto, desdeñó responder, y acercándose á su defensor, le dijo con penetrante y dulce voz: «Caballero, me habeis defendido segun mis deseos, y os doy gracias. Os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, y os le ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo

Carlota Corday registrada por Chabot.—Pág. 57.

alguna cantidad en la cárcel, y os lego esta deuda á fin de que la satisfagais por mí».

Durante el interrogatorio, y miéntras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomía. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hácia el artista para que pudiese retratar mejor su imágen. Pénsaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

Detras del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar más á su sabor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestacion de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calenturiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la accion, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada expresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emocion, provocó por excla-

maciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atencion de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el jóven con la actitud de un hombre que protesta en su corazon, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundia con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel jóven desconocido era Adam Lux, republicano aleman enviado á Paris por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razon humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció, entre los sables de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no la abandonó jamás.

XV

De vuelta ya en la Conserjería para salir en breves instantes hácia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus compañeros de cárcel, que estaban alineados en los patios y corredores para verla pasar. Al alcaide le dijo: «Creia que almorzaríamos juntos; mas los jueces me han tenido allá arriba tan largo tiempo, que es necesario me perdoneis el haber faltado á mi palabra». Entró el verdugo. Pidióle un momento para acabar una carta principiada. Esta carta no muestra ni debilidad ni enternecimiento: es el grito de la amistad indignada, que quiere dejar un cargo inmortal á la cobardía de un abandono. Dirigíase á Doulcet de Pontecoulant, á quien habia conocido en casa de su tia, y á quien creia haber invocado en balde para defensor. Hé aquí la esquela: «Doulcet de Pontecoulant es un cobarde por haber rehusado defenderme, cuando la cuestion era tan clara. El que lo ha hecho ha llenado su encargo con toda la dignidad posible. Mi reconocimiento para con él durará hasta mi último momento». Esta venganza heria sin razon al que acusaba desde el borde de la tumba. El jóven Pontecoulant, ausente de Paris, no habia recibido su carta. Para contar con la seguridad de su aceptacion basta atender á su generosidad y valor. Carlota llevó al cadalso un error y una injusticia.

XVI

El artista que habia bosquejado la fisonomía de Carlota Corday ante el tribunal era Mr. Hauer, pintor y oficial de la guardia nacional de la seccion del Teatro Frances. Encerrada en el calabozo, rogó al alcaide le dejase entrar para concluir su obra. Mr. Hauer fué introducido. Dióle gracias Carlota por el interes que parecia tomar por su suerte, y se situó con serenidad ante él. Se hubiese dicho que permitiéndole transmitir sus facciones y fisonomía á la posteridad, le encargaba igualmente el transmitir su alma y patriotismo visibles á las generaciones venideras. Habló con Mr. Hauer de su arte, del acontecimiento del dia y de la paz que originaba el acto que habia consumado. Habló de sus amigas de la niñez en Caen,

y rogó al artista que copiase más en pequeño el retrato que ejecutaba, y que enviase la miniatura á su familia.

Durante esta conversacion, entrecortada algunos momentos, oyóse golpear lentamente á la puerta del calabozo, que se hallaba detras de la acusada. Abrieron la puerta y se presentó el verdugo. Carlota, volviéndose al ruido, vió las tijeras y la túnica colorada que el ejecutor tenia bajo el brazo. Su rostro palideció y tembló de horror á la vista de este traje. «¡Tan pronto!»—exclamó involuntariamente. Rehízose al momento, y arrojando una mirada al retrato, aún no concluido, dijo al artista con una sonrisa triste y bondadosa: «Caballero, no sé cómo recompensaros el interes que os habeis tomado por mí; únicamente puedo ofreceros esto; conservadlo en memoria de vuestra bondad y de mi reconocimiento». Diciendo estas palabras, cogió las tijeras de la mano del verdugo, y cortando una trenza de sus largos cabellos rubios-cenicientos que se escapaban de la gorra, la presentó á Mr. Hauer. A estas palabras y ademan se asomaron las lágrimas á los ojos de los gendarmes y del verdugo.

La familia de Mr. Hauer posee aún este retrato, interrumpido por la muerte: la cabeza es lo que únicamente está pintado. Pero el pintor, que siguió mirando los preparativos del cadalso, quedó tan admirado del efecto del esplendor que la túnica encarnada añadia á la beldad del modelo, que despues del suplicio de Carlota la hermoseó con este traje.

Un sacerdote, autorizado por el acusador público, se presentó, segun la costumbre, para ofrecerle los consuelos de la religion. «Dad gracias—le dijo con afectuoso donaire—á los que han tenido la atencion de enviaros, mas no tengo necesidad de vuestro ministerio. La sangre que he derramado y la mia que va á verterse son los solos sacrificios que puedo ofrecer al Eterno.» El ejecutor le cortó los cabellos, que ella recogió, mirándolos por última vez, entregándoselos á madama Richard; luégo le anudó las manos y le ciñó la túnica de los ajusticiados. «Ved—dijo sonriéndose—el tocador de la muerte hecho por manos algo rudas, pero que conduce á la inmortalidad.»

XVII

En el momento en que subió á la carreta para marchar al suplicio, una tempestad estalló sobre Paris. Los relámpagos y la lluvia no dispersaron la multitud que obstruia las plazas, los puentes y las calles, tránsito del cortejo. Tropeles de mujeres encolerizadas la acompañaban con su maldicion. Insensible Carlota á tales ultrajes, paseaba su mirar radiante de serenidad sobre el pueblo.

El cielo se habia despejado. La lluvia ceñia sus vestidos sobre sus miembros, y dibujaba bajo el húmedo tejido los agraciados contornos de su cuerpo, como los de una mujer al salir de un baño. Sus manos atadas á la espalda la obligaban á levantar la cabeza, y esta contraccion muscular daba más fijeza á su actitud, destacando las curvas de su talle. El sol, pronto á ocultarse, iluminaba su frente con sus rayos semejantes á una aureola. El colorido de sus mejillas, que resaltaba con los reflejos de la colorada túnica, daba á su rostro un esplendor que ofuscaba la vista. Ignorábase si era el apoteósis ó el suplicio de la beldad lo que originaba este tumultuoso cortejo. Robespierre, Danton y Camilo Desmoulins habian salido al

tránsito para verla. Cuantos sentian el presentimiento del asesinato tenian curiosidad para estudiar en su fisonomía el fanatismo que mañana podia amenazarles. Carlota se semejaba á la venganza celeste satisfecha y transfigurada. A veces parecia buscar entre aquellos millares de rostros una mirada simpática sobre la que pudiese reposar la suya. Adam Lux aguardaba la carreta á la entrada de la calle de San Honorato, y siguió piadosamente las ruedas hasta el pié del cadalso. Imprimió en su corazon, dice él mismo, aquella inalterable tranquilidad en medio de los bárbaros aullidos de la multitud, aquella mirada tan dulce y penetrante, aquellos resplandores vivos y lánguidos que huian como pensamientos inflamados de sus bellos ojos, con los que hablaba un alma tan varonil como tierna. «Ojos encantadores capaces de conmover una roca,—exclamaba.—Recuerdos únicos é inmortales,—añadia,—que rompieron mi corazon y le llenaron de emociones hasta entónces desconocidas; emociones cuya dulzura, así como el pesar, sólo morirán al exhalar yo el último aliento. Santificad el sitio de su suplicio y elevad en él una estatua que diga: *¡Más grande que Bruto!* Morir por ella y como ella ser abofeteado por la mano del verdugo, sentir al dejar el mundo el frio del mismo cuchillo que cortó la angélica cabeza de Carlota, asemejarme á ella en el heroísmo, en la libertad, en el amor y en la muerte: ved desde ahora mis únicos votos. Jamás me igualaré á aquella sublime virtud; mas acaso, ¿no es natural que el objeto adorado sobrepuje al adorador?»

De este modo, un amor entusiasta é inmaterial, muerto con la última mirada de la víctima, la acompañó, sin saberlo, paso á paso hasta el cadalso, disponiéndose á seguirla para alcanzar con su guía y su ideal la eterna union de las almas. Paróse la carreta. Carlota palideció al ver el instrumento del suplicio. Recobró prontamente sus colores naturales, y subió los resbaladizos escalones del cadalso con un paso tan firme y tan ligero como le permitian su túnica y sus manos atadas. Cuando el ejecutor, para descubrir su cuello, arrancó la pañoleta que cubria su pecho, el pudor humillado le causó más emocion que la cercana muerte; pero recobrando su serenidad, y animada por un fervor casi gozoso, presentó su cuello bajo el hacha, y su cabeza rodó dando botes. Uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legros, tomó la cabeza con una mano, abofeteándola con la otra; vil adulacion ofrecida al pueblo. Dícese que las mejillas de Carlota se enrojecieron, como si la dignidad y el pudor hubiesen sobrevivido un momento al sentimiento de la vida. La irritada multitud no aceptó el homenaje. Una sensacion de horror recorrió la muchedumbre y pidió venganza de esta indignidad. Sin embargo, la violacion de la humanidad no paró en esto. La curiosidad infame de las maratistas buscó hasta en los restos inanimados de la jóven pruebas del vicio con el que sus calumniadores querian profanarla. Su virtud encontró un testimonio donde sus enemigos buscaban el deshonor. Esta profanacion de la beldad y de la muerte atestigua la inocencia de sus hábitos y la pureza de su cuerpo.

XVIII

Tal fué el fin de Marat. Tales fueron la vida y muerte de Carlota Corday. La historia no se atreve á santificar ante el asesinato, ni á condenar ante el heroísmo. El juicio sobre tal acto sitúa el alma en esa congojosa alternativa de despreciar la

virtud ó loar el crímen. Como el pintor que, temiendo no dar la expresion compleja de un sentimiento mixto, arroja un velo sobre la figura de su modelo y deja un problema al espectador, es necesario arrojar este misterio para debatirlo eternamente en el abismo de la conciencia humana. Existen cosas que el hombre no debe juzgar, y que suben sin intermediacion ni llamamiento al tribunal directo de Dios. Hay actos humanos en tal manera mezclados de debilidad y fuerza, de inten-

Carlota Corday conducida al cadalso.—Pág. 67.

cion pura y medios culpables, de error y de verdad, de muerte y martirio, que no pueden calificarse con una sola palabra, y que no se sabe si llamarles crímen ó virtud. La culpable abnegacion de Carlota es del número de estos actos, que la admiracion y el horror dejarian eternamente en duda si la moral no los reprobase. Por lo que á nosotros toca, si encontrar pudiésemos para esta sublime libertadora de su país y para este generoso asesino de la tiranía un nombre que á la vez encerrase el entusiasmo de nuestra emocion hácia ella y la severidad de nuestro juicio respecto á su acto, crearíamos una palabra que reuniese los dos extremos de la admiracion y del horror en la lengua de los hombres, y la llamaríamos el ángel del asesinato.

XIX

Pocos dias despues del suplicio, Adam Lux publicó la apología de Carlota Corday, y se asoció á su atentado para asociarse á su martirio. Arrestado por esta audaz provocacion, fué encerrado en la Abadía. Lux exclamó al pasar el umbral de la cárcel: «¡Voy á morir por ella!» Así fué, en efecto; murió bien pronto, saludando como el altar de la libertad y del amor el cadalso que la sangre de su amiga habia consagrado.

El heroísmo de Carlota Corday fué loado por Andres Chenier, quien bien pronto debia morir por la patria comun de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesía de todos los pueblos se apodera del nombre de Carlota Corday para amedrentar á los tiranos. «¿Qué tumba es ésa?—canta el poeta aleman Klopstock.—Es la tumba de Carlota. Vamos á coger flores y á deshojarlas sobre sus cenizas, porque ha muerto por la patria.—No, no, no cojais nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano por la patria.»

Al saber desde su cárcel el crímen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir».

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteósis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Robespierre desarrolla sus teorías.—Reorganizacion del comité de salud pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Excesos.—Suplicios.—Máximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

I

La virtud más pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crímen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien temian su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su ídolo. Sus funerales más parecieron una apoteósis que un duelo. La Convencion dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarle como colega, le dejó que le tratase como á un dios. La misma noche que siguió á su muerte fué el pueblo á colgar coronas en las puertas de su casa. La municipalidad mandó colocar su busto en la sala de sesiones. Las secciones fueron en procesion á llorar á la Convencion y á pedir el Panteon para sus cenizas. Otros pidieron que su cuerpo embalsamado se pasease por los departamentos y hasta los límites del mundo; otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la república. Unicamente Robespierre intentó moderar esa idolatría en los Jacobinos. «A mí tambien—dijo—me están reservados los honores del puñal. Sólo la casualidad ha determinado la prioridad, y mi caida avanza á grandes pasos.»

La Convencion decretó que asistiria en masa á las exequias. El pintor David las ordenó. Plagiario de la antigüedad, quiso parodiar los funerales de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos, sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada. El puñal, el baño, el tajo, el tintero, las plumas, los papeles, estaban esparcidos junto al cuerpo, como armas del filósofo y testigos de su indigencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, inciensos y flores alrededor del cadáver, y allí pronunciaron terribles juramentos.

II

El cortejo fúnebre, alumbrado por antorchas, se puso en marcha al anochecer, y no llegó hasta las doce al sitio que debia servir de tumba. Para dar descanso á

los restos de Marat eligieron el patio del club de los Franciscanos, sitio en el que tantas veces arengó su voz y agitó al pueblo; al que muere combatiendo le entierran en el mismo campo de batalla. Colocaron su cuerpo en la hoya á la sombra de los árboles, cuyas hojas, iluminadas por miles de lámparas, reflejaban sobre la tumba el apacible y sereno dia que reinaba en el antiguo Elíseo. Engrandecian esta ceremonia el pueblo, que agitaba las banderas de las secciones, los departamentos, los electores, la municipalidad, los Franciscanos, los Jacobinos y la Convencion. ¡Irrisoria apoteósis! Thuriot, presidente de la Asamblea, dirigió la suprema y nacional despedida á aquellos manes. Anunció que, por decreto de la Convencion, la estatua de Marat iba á colocarse junto á la de Bruto. El club de los Franciscanos pidió su corazon. Encerrado en una urna, le colocaron en la bóveda de la sala de las sesiones. Finalmente, la sociedad le votó un altar. «Apreciables restos de un dios,—dijo un orador desde el pié de este altar,—¿serémos perjuros á tus manes? ¡Tú nos pides venganza, y tus asesinos viven aún!...»

El pueblo organizó en todos los domingos sus peregrinaciones á la tumba de Marat. Este pueblo confundió las preces que merecia el corazon de aquel apóstol del asesinato con las que eran dignas del corazon del Cristo de paz. Los teatros aparecieron decorados con su imágen. Las plazas y las calles abandonaron su primitivo nombre para adoptar el de Marat. Algunos periodistas bautizaron sus diarios con el nombre de *La Sombra de Marat,* y las mujeres le levantaron un obelisco. Este delirio se propagó á los departamentos. Este nombre fué la enseña del patriotismo. El alcalde de Nimes se hizo llamar el Marat del Mediodía; el de Strasburgo, el Marat del Rhin. El convencional Carrier llamó á sus tropas el ejército de Marat. La viuda del *amigo del pueblo* se presentó en la Convencion á pedir venganza para su esposo. Muchas municipalidades de la república instituyeron aniversarios, que se celebraban con fiestas fúnebres y procesiones. Se erigian catafalcos, y en torno de estos monumentos, jóvenes vestidas de blanco y con coronas en la mano, elevaban sus voces cantando himnos en loor de Marat. Las estrofas de estos himnos respiraban exterminio. El puñal de Carlota Corday, en vez de estancar la sangre, parecia que abria todas las venas de Francia.

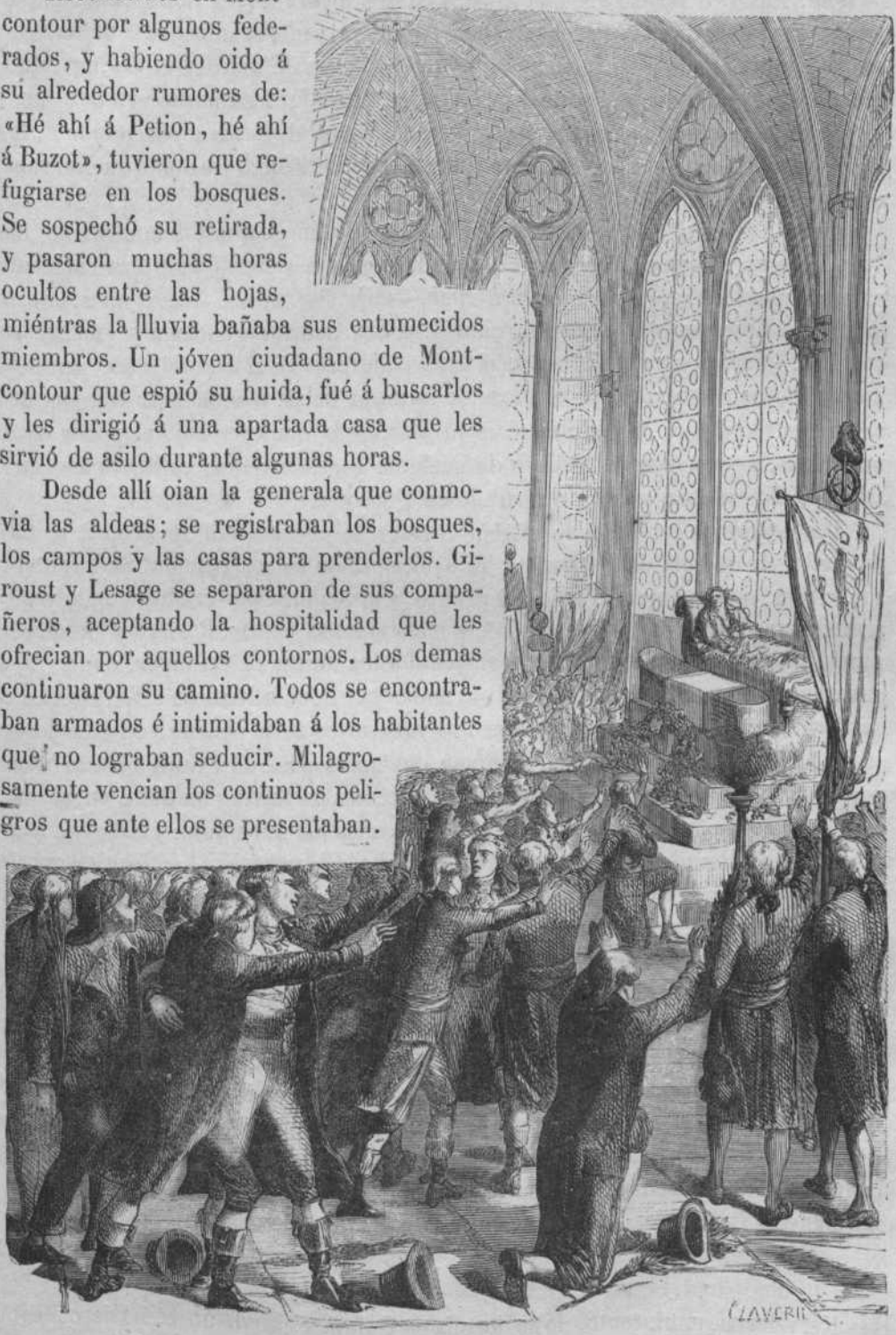
III

Por todas partes la Convencion adquiria de nuevo su ascendiente. Despues del encuentro de Vernon, en que el primer cañonazo dispersó la vanguardia de los federalistas, los girondinos refugiados en Caen intentaron llegar á Burdeos, abandonando por una parte Normandía y Bretaña á los realistas, y por otra á los comisarios de la Convencion. Petion, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhan, Kervelegan, Gorsas, Girey-Dupré, Marchena, español que voluntariamente se afilió en la Gironda, y finalmente Riouffe, jóven marselles que siguió con constancia esta causa hasta en sus desastres, vistieron el uniforme de voluntarios de Finisterre y se confundieron con estos soldados para llegar á Bretaña. Poco habia que Guadet llegó á Caen para reunírseles, y sólo presenció su ruina. Buzot, Duchastel, Bergoing, Lesage y Valady marcharon con los batallones. Lanjuinais se les habia adelantado á Brest, é infundia en torno de él su indignacion y valor. Enrique Lariviere y Mollevault, miembros de la fatal comision de los Doce, precedieron á los fugitivos á

Quimper, y les prepararon, no auxiliares, pero sí asilos. Reducidos á diez y nueve y ya separados del batallon de Finisterre que les protegiera hasta Lamballe, los diputados evitaban los caminos reales, eligiendo otros extraviados, donde fueron pidiendo de choza en choza una hospitalidad que á cada paso podia venderlos.

Reconocidos en Montcontour por algunos federados, y habiendo oido á su alrededor rumores de: «Hé ahí á Petion, hé ahí á Buzot», tuvieron que refugiarse en los bosques. Se sospechó su retirada, y pasaron muchas horas ocultos entre las hojas, miéntras la lluvia bañaba sus entumecidos miembros. Un jóven ciudadano de Montcontour que espió su huida, fué á buscarlos y les dirigió á una apartada casa que les sirvió de asilo durante algunas horas.

Desde allí oian la generala que conmovia las aldeas; se registraban los bosques, los campos y las casas para prenderlos. Giroust y Lesage se separaron de sus compañeros, aceptando la hospitalidad que les ofrecian por aquellos contornos. Los demas continuaron su camino. Todos se encontraban armados é intimidaban á los habitantes que no lograban seducir. Milagrosamente vencian los continuos peligros que ante ellos se presentaban.



Funerales de Marat.—Pág. 71.

IV

Sin embargo, el camino, el hambre, la sed, la inquietud y las enfermedades los iban diezmando. Cussy despedia sordos gemidos por la dolencia de un ataque de gota. Buzot, débil para los trabajos, tiró sus armas como inútil peso. Barbaroux, que apénas rayaba en los veintiocho años, presentaba el aspecto de un hombre de avanzada edad: tenia un pié hinchado á causa de una torcedura; marchaba apoyado en los brazos de Petion y de Louvet. Riouffe, lastimados sus piés por la aspereza del camino, se arrastraba, dejando señales de sangre por donde dirigia su cansado cuerpo. Petion, Salles y Louvet eran los únicos que aún conservaban su incansable vigor.

Cierta noche, al acercarse á un pueblo, les dijo un guía que á la siguiente mañana les esperaban en el camino diez gendarmes con algunos guardias nacionales para prenderlos. «Adelantémonos á ellos,—dijo Barbaroux,—avivemos nuestra marcha, y pasemos esta noche la ciudad. Antes que los gendarmes ensillen sus caballos, habrémos ya franqueado el sitio peligroso. Si nos persiguen, parapetémonos en los ribazos. Serán víctimas de nuestras balas, ó prenderán sólo nuestros cadáveres. Andemos de rodillas si es preciso ántes que caer bajo el poder de los maratistas. Escapemos del peligro de mañana, y desafiarémos ya los demas en el asilo que Kervelegan nos ha preparado en Quimper.»

Los enfermos y heridos preferian esperar la muerte allí mismo, á evitarla huyendo. La energía de Barbaroux les avergonzó de su resignacion. Se levantaron silenciosos, dejaron atras el sitio del peligro, y protegidos por la altura de la yerba, se entregaron al sueño, habiendo interpuesto algunas leguas. Postrados por el cansancio y hambrientos, se encontraban junto á los muros de Quimper, donde no se atrevian á entrar. Enviaron uno de sus guías para que advirtiese á Kervelegan de su llegada, y que les indicase los medios necesarios para penetrar en el asilo que su amistad les habia preparado. Treinta y dos horas pasaron expuestos á la intemperie, sin alimentos, cayendo sobre ellos torrentes de lluvia y tendidos en un pantano de helada agua que les entorpecia más y más los miembros; y esta situacion, que les hacía llevadera la esperanza de la vuelta del mensajero, se hizo insoportable, porque el guía no se presentaba para que abandonasen tan angustioso estado. Cussy invocaba la muerte, más clemente que el dolor. Riouffe y Girey-Dupré perdieron la jovialidad de su juventud, jovialidad que hasta entónces les prestara fuerzas. La frente de Buzot se veia dominada por una negra melancolía. Barbaroux notaba, no que perdia su valor, pero sí que se alejaba su esperanza. Louvet apretaba contra su pecho el arma cargada que era su defensa, y que podia hacerle insensible á las penas. Apreciaba aún la vida, porque corria tras la imágen de una mujer que adoraba. Petion conservaba la indiferencia estoica de un hombre que desafia la inconstante fortuna, fortuna que hoy le encenagaba en la desgracia, cuando un dia se complaciera en lisonjearle. Apuraba las heces del infortunio, y permanecia impasible.

V

Kervelegan, entre tanto, no se dormia en Quimper. Envió un mensajero á caballo, que encontró á los fugitivos en los pantanos y que les acompañó á casa de un

labrador, donde restauraron sus fuerzas con el fuego, pan y vino. Luégo les dió auxilio un cura constitucional, y de este modo acabaron de rehacer sus ánimos, y se separaron en muchos grupos, á cada uno de los cuales favoreció fortuna diversa. Cinco de ellos, entre los que estaban Salles, Girey-Dupré y Cussy, recibieron hospitalidad en casa de Kervelegan; Buzot quedó confiado á la discrecion de un generoso ciudadano del arrabal de Quimper; Petion y Guadet, en una aislada casa de campo; Louvet, Barbaroux y Riouffe, en casa de un ciudadano de Quimper. La amante de Louvet le habia precedido á Quimper, y traia al que adoraba el mundo de sus esperanzas y las caricias de su amor.

Desde el fondo de sus retiros concertaron los proscritos el medio de llegar á Burdeos, pero evitando el camino de tierra, que tanto obstáculo les presentaba. Duchastel descubrió un barco con cubierta anclado en el rio de Quimper. Hizo reparar aquella embarcacion, y la fletó para que transportase á sus amigos y á él á Burdeos. Aunque los comisarios de la Convencion no se atrevian á presentarse en el departamento de donde les rechazaba la opinion, descubrióse el proyecto de Duchastel y lo delataron. Otra embarcacion dispuesta en Brest condujo hácia la embocadura de la Gironda á Duchastel, Cussy, Bois-Guyon, Girey-Dupré, Salles, Meilhan, Bergoing, Marchena y Riouffe. Petion, Guadet y Buzot, por no separarse del moribundo Barbaroux, rehusaron embarcarse, y aguardaron en sus asilos el alivio de las dolencias de su amigo. Louvet se retiró con Lodoiska á una choza que le preparara su amante. Amenazado por dos tempestades, saboreó momentos de felicidad más y más grata, cuantos más eran los peligros que la rodeaban; momento pasajero que acaricia á los desgraciados en la senda de la muerte. Barbaroux, vário en sus amores, á los que nunca prestaba duradera constancia, decia que envidiaba la dicha de Louvet proscrito, dicha que le ofrecia el cariño y la fidelidad.

La noticia de la toma de Toulon por los ingleses aumentó la vigilancia y persecucion contra los federalistas, acusados del desmembramiento de la patria. Louvet, Barbaroux, Buzot y Petion se embarcaron de noche con un pescador que debia conducirles á un buque anclado en la rada. Cubiertos con esteras en el fondo de la escotilla, pasaron sin que los descubriesen por una escuadra de veintidos navíos republicanos. Si hubiesen registrado el buque, infaliblemente los reconocieran por Petion. Los trastornos de la revolucion, el ardor de sus ambiciones, las tempestades del favor popular, que ya le acariciaba, ó ya veia en él un enemigo, fueron causas de que encanecieran sus cabellos ántes que pasasen sobre él cuarenta años. Toda Francia conocia á este precoz anciano. Los proscritos entraron en la Gironda y desembarcaron en Bec-d'Ambes, insignificante puerto cerca de Burdeos. Creian que los recibia el suelo de la libertad, y aquel suelo les auguraba la muerte.

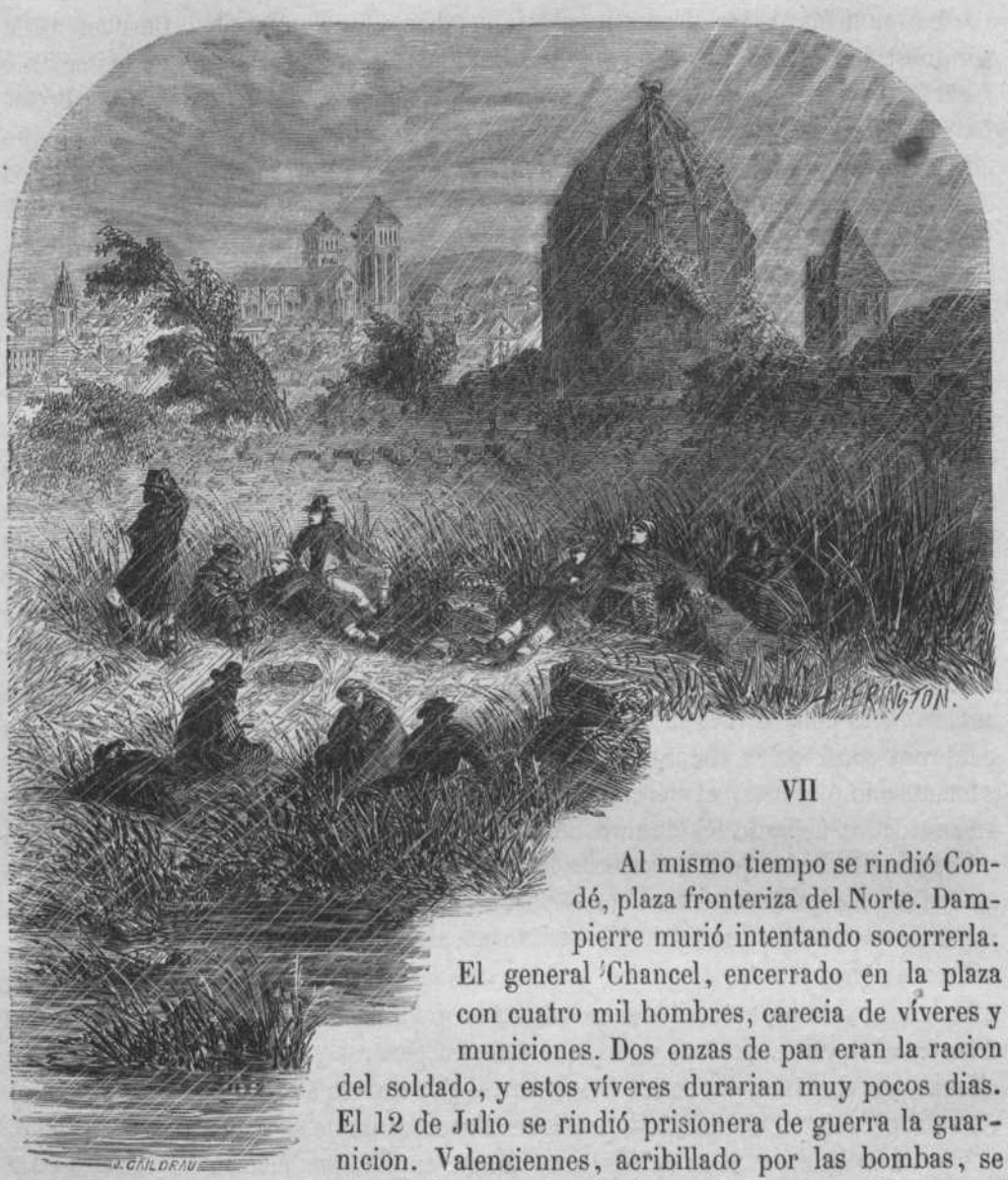
VI

Miéntras que los girondinos vencidos caian uno á uno en manos de sus enemigos, ó prolongaban huyendo la dolorosa agonía de su partido, vacilaba en los extremos la república, afirmándose en el centro. Las fronteras estaban descubiertas; las plazas que el ejército de Custine conquistó en Alemania y algunas francesas las rendia el cañon de la coalicion. Ya dijimos que Custine, que se replegara á

Landau, dejó en Maguncia imponente guarnicion como amenaza de una segunda entrada por Alemania. El general Doyré mandaba la plaza. Eran sus segundos los intrépidos y esclarecidos oficiales generales Dubayet y Kleber. El general Meynier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherbourg, mandaba Cassel, cabeza de puente sobre la orilla derecha del Rhin. Rewbell y Merlin de Thionville, que eran representantes y soldados, se encerraron en la plaza para que las tropas combatiesen ante la Convencion. Doscientos cañones defendian la ciudad. Cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones formaban el bloqueo. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin de Thionville con sus prodigios de habilidad, con su audacia y valor, y con la intrepidez de su corazon y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa paralizaba veinte mil de nuestros mejores soldados, detenidos en sus conquistas en la otra parte del Rhin. Custine envió un oficial al ejército prusiano. Este oficial pidió que como parlamentario le dejasen pasar las líneas prusianas para llevar la órden á Maguncia de una capitulacion honrosa. Los comisarios de la Convencion y los generales se reunieron en consejo de guerra, que rechazó indignado esta órden. Los austriacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio. Los franceses volvian á tomar la ofensiva con sangrientas salidas, y el ejército enemigo tenia que conquistar cada paso para acercarse á la muralla. El general Meynier murió algunos dias despues, por haberle roto una rodilla una bala de cañon, en una de las salidas. Conmovidos los prusianos de tanto valor, cesaron el fuego para que libremente pudiese el ejército frances dar sepultura á su general en uno de los bastiones de la ciudad. «Pierdo un enemigo que me ha causado mucho daño,—dijo Federico Guillermo,—pero Francia pierde un grande hombre.»

Comenzó el bombardeo con los disparos de trescientas bocas de fuego. Fueron incendiados los molinos harineros que abastecian la ciudad. Faltaba el pan y la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre se hacía sentir, y los generales determinaron que saliesen de la plaza la bocas inútiles. Los ancianos, mujeres y niños, rechazados por los franceses, lo fueron tambien por los prusianos, y de aquella indefensa multitud murió parte por las balas de los cañones, y la otra sintió los horrores del hambre. Los hospitales, faltos de víveres, medicamentos y medio destruidos, no podian ya recibir los heridos, y la ciudad capituló.

Las tropas salieron libres con sus armas y banderas, bajo la única condicion de que no debian hacer armas durante un año contra Prusia. La guarnicion murmuró de sus jefes. El instinto de los soldados les decia que por el Norte se acercaba en su socorro el general Houchard, y querian esperarle. Nuestros batallones creian esta primer retirada de los ejércitos franceses una mancha que empañaba el genio de la revolucion. Este pensamiento fué el juicio de la Convencion. Arrestaron á su entrada en Francia al general Doyré, gobernador de la plaza, y al general Dubayet, comandante de las tropas; presos, fueron conducidos á Paris. Merlin de Thionville, cubierto de gloria, no pudo sin muchísimo trabajo justificar la rendicion de este baluarte del Rhin. La reputacion de Custine quedó empañada. Desde estos primeros reveses se indagaron las faltas de este general. La Vendée recibió de refuerzo quince mil hombres fogueados en el sitio de Maguncia.



Los girondinos en las inmediaciones de Quimper.—Pág. 74.

VII

Al mismo tiempo se rindió Condé, plaza fronteriza del Norte. Dampierre murió intentando socorrerla. El general Chancel, encerrado en la plaza con cuatro mil hombres, carecia de víveres y municiones. Dos onzas de pan eran la racion del soldado, y estos víveres durarian muy pocos dias. El 12 de Julio se rindió prisionera de guerra la guarnicion. Valenciennes, acribillado por las bombas, se rindió el 28 á los ingleses y austriacos. El general Ferrand, ese animoso lugarteniente de Dumouriez, de setenta años de edad, defendió tres meses la ciudad, y parecia que su valor queria que fuese ésta su tumba. Las murallas, derribadas por doscientas mil balas de cañon, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas expeditas para el paso de la caballería. Defendia la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnicion, despues de matar veinte mil enemigos y contar una baja de siete mil combatientes, entró en Francia con sus armas y con sus banderas desplegadas.

La noticia de estos desastres llegó á Paris, en donde infundió la consternacion, pero no el desaliento. La constancia de la Convencion, á quien asediaba tanta desgracia, fortaleció el espíritu público. Todos se entristecieron, pero á ningun corazon abandonó la esperanza de la salvacion de la patria.

Las noticias de los departamentos alentaban á la Convencion. Burdeos abria las puertas á los comisarios de aquélla. Caen, despues de ocho dias de agitacion é incertidumbre, dió libertad á los comisarios prisioneros. La insurreccion de Bretaña y de Normandía se apago por sí misma. Los patriotas contuvieron algun tiempo en Toulon á los realistas. Tolosa prestó obediencia. La Lozere se apaciguó. Los dos diputados girondinos Chasset y Biroteau, instigadores de la insurreccion en Lyon y en el Jura, y Rebecqui, agitador de Marsella, observando que el movimiento de orígen republicano que habian suscitado degeneraba en realista, temblaron ante su obra. Nantes rechazó á los vendeanos de sus muros.

Estos reveses y estas victorias eran causa de que los jacobinos apareciesen desconfiados y temerosos. Aumentábanse las delaciones contra Custine, delaciones que adquirian más y más acritud. Mucho esperaron de este general, y por esto llegaban con más fuerza las denuncias. Su honradez y la felicidad de sus primeras campañas hizo esperar de él lo imposible. Se le castigaba porque prometió mucho. Le acusaban de complicidad con Brunswick, de avenencia con el rey de Prusia, de secreta inteligencia con los realistas del interior, con el general Wimpfen y con los girondinos de Caen. Bazire pidió que prendiesen á Custine en medio de su ejército. La Convencion podia temer que tropas fanáticas por su general se sublevaran, y marchando á Paris, complicasen la situacion de la república. No retrocedió ante tamaño peligro. Dió la órden á Custine de que viniese á justificarse. De esta peligrosa comision se encargó Levasseur de la Sarthe. Llegó al campo, y el representante pidió revistar al ejército. Cuarenta mil hombres estaban sobre las armas. Los soldados negaron los honores militares á Levasseur, porque sospechaban que venía á quitarles su jefe. Levasseur lo exigió, y se bajaron las banderas. «Soldados de la república,—les dijo,—la Convencion ha decretado que se prenda á Custine.» «¡Que nos le vuelvan!»—gritan con acento irritado los soldados. El representante arrostra estos clamores, y desenvainando el sable y recorriendo las filas, amenaza al soldado que viole la patria en su persona. Un sargento se presenta al frente: «Queremos que nos vuelvan á nuestro general»,—dijo. «Adelanta tú que clamas por Custine,—contestó Levasseur.—¿Te atreves á responder con tu cabeza de su inocencia?... Soldados,—prosigue el representante,—si Custine es inocente, volverá á mandaros. Si es culpable, su sangre expiará sus crímenes. ¡Castigo para los traidores y rebeldes!»

VIII

El deber del silencio fué el que contestó sólo á estas palabras. Se prendió al general. Custine no imitó á Dumouriez: prefirió el cadalso á la emigracion. Llegó á Paris y le saludó un resto de popularidad, popularidad que fué un crímen. Se paseó por el Palacio Real, y le aplaudieron los jóvenes y las mujeres.

Esta pasiva obediencia animó á los jacobinos á nuevas delaciones. El ministro del Interior, Garat, y el de Marina, Dalbarade, fueron objeto de odiosas indicaciones. El poder ejecutivo, rodeado de incesantes sospechas, carecia de accion. Robespierre, que favoreció la anarquía miéntras la creyó necesaria para el triunfo de la revolucion, combatió á los instigadores del desórden desde que creyó ya afirmada la revolucion. Defendió al comité de salud pública, acusado de contempla-

tivo, defendió á Danton, defendió á Garat y Dalbarade contra Chabot y Rossignol, y apostrofó á los delatores. No le intimidaron los murmullos de los exaltados jacobinos; estos murmullos los apagaba su voz. «¿Bastará que un ciudadano ocupe cualquier puesto público para que le calumnien?—dijo ahogando los murmullos de los jacobinos.—¡Siempre prestarémos fe á los ridículos cuentos que continuamente inventan! Se atreven á acusar á Danton. ¿Quieren que sobre él recaigan nuestras sospechas? Acusan á Bouchotte, acusan á Pache. Desgracia es que se delate sólo á los mejores patriotas. Ya es tiempo de que terminen tales infamias.» Algunos dias despues, Robespierre se opuso con igual fuerza á las acusaciones que se generalizaban contra los nobles empleados en los ejércitos. «¿Qué significan todos esos lugares comunes de nobleza que sin embargo comprais? Mis antagonistas no son más republicanos que yo. ¿Quereis que el comité de salud pública no deseche los andadores? Hombres desconocidos, patriotas de un dia, quieren que abandone á sus antiguos amigos. Calumnian á Danton, á quien nadie tiene derecho á dirigir la más mínima reconvencion; Danton, que tan sólo puede desacreditarse cuando se presente alguno que ostente más energía que él, más talento y más patriotismo. No pretendo identificarme con él para que los dos valgamos el uno ayudado por el otro; me limito á citarle. Dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, dos hombres que Marat delató, afectan en su necedad reemplazar á este escritor público. A ellos debemos el que sus enemigos destilen veneno contra nosotros. Uno de ellos es un sacerdote, conocido por sus infames acciones, llamado Santiago Roux; el segundo el jóven Leclerc, cuya conducta demuestra que las almas juveniles no están exentas de corrupcion. Con frases en extremo patrióticas dan á entender al pueblo que sus nuevos amigos son más solícitos que nosotros, y prestan fervientes elogios á Marat para comprar el derecho de denigrar á los patriotas actuales. ¿Qué importa elogiar á los muertos, con tal de calumniar á los vivos?»

IX

Miéntras que Robespierre, buscando en fin la popularidad en el asentimiento público y en la fuerza gubernamental, contenia á los jacobinos y se convertia en hombre de gobierno, Danton se dejaba proteger, digámoslo así, por Robespierre. La caida de los girondinos le habia desconcertado. Los girondinos eran para él un peso de equilibrio que habia pensado establecer en su provecho en la Convencion, poniendo su persona unas veces en el partido de la Montaña, otras en el de la Llanura. Despues del triunfo de la municipalidad, no era posible ninguna contemporizacion. Era necesario ú ordenar proscripciones ó ser proscrito. Uno y otro de estos dos papeles repugnaban á Danton. Embriagado en las delicias de la adhesion que le inspiraba la jóven con quien acababa de casarse, buscando reposo, humillado de su celebridad sanguinaria, y queriendo redimirla con amnistías y generosidades propias al estado presente de su corazon, queria dedicarse á su felicidad doméstica, y si no abdicar, aplazar al ménos su ambicion. Cansado de ser temido, deseaba ser amado.

La Montaña le amaba, en efecto. Era efectivamente su norte en las crísis, en los tumultos su voz, en la accion su mano; mas desde que Marat desapareció de la Montaña, Danton encontró en ella á Robespierre, rival más respetable y de mayor

importancia que aquél. Robespierre hacía gala para con él, como hemos visto, del mayor aprecio y le consultaba áun en las circunstancias más difíciles; pero Danton no desconocia que esta deferencia no era más que un homenaje, y que miéntras Robespierre existiera, nadie más que el ídolo de los jacobinos sería el primero en la república. Por esto Danton preferia mejor desaparecer que ser segundo. Su ambicion era menor que su orgullo. Podia eclipsarse, mas no queria ser arrojado con violencia. Tenia confianza en su fortuna y genio para elevarse á su verdadero lugar, es decir, al frente de la revolucion.

X

Danton habia llegado ademas, á lo ménos por un momento, á ese estado de fatiga moral que ocupa y languidece algunas veces las más fogosas ambiciones, cuando no las sostiene el gigante poderío de una idea desinteresada. Hombre de pasion y no de teoría, experimentaba las debilidades de la naturaleza. Las pasiones personales se fatigan y desgastan; las pasiones públicas, jamás. Robespierre contaba con esta ventaja sobre Danton; su pasion era infatigable, porque era impersonal. Danton era un hombre; Robespierre, una idea.

Así, Danton admiraba hacía algun tiempo á sus amigos por la languidez é incoherencia de sus resoluciones. Sus propósitos anunciaban el desórden y el desmayo del alma que mira á lo pasado y que tiene más fuerza para arrepentirse que para querer, para resignarse que para obrar; síntomas ciertos de la decadencia de la ambicion, y presagios de decaimiento del destino de los hombres públicos. «¡Desgraciados girondinos!—exclamaba algunas veces con sus ayes interiores.—Ellos nos han precipitado en el abismo de la anarquía, han sido sumergidos por ella, y á nuestra vez lo serémos nosotros. Presiento ya el bramido de la tempestad que ruge sobre mi cabeza.»

En tal situacion, Danton abandonó la tribuna de los Jacobinos, ocupada sin cesar por Robespierre; rara vez hablaba en los Franciscanos, y callaba en la Convencion. Parecia abandonar la revolucion á sí mísma, y sentarse sobre su borde para ver pasar los destrozos y aguardar que la opinion recobrara los fueros de la justicia. Pero Danton era muy grande para ser olvidado; el olvido sólo salva á las medianías. La revolucion descontenta se enconaba contra él y sus amigos. Legendre, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Chabot y él aparecian sospechosos á los Franciscanos y Jacobinos, y se les acusaba sordamente de estacionarios, de debilidad, de enriquecerse con los despojos, de agiotaje con capitalistas extranjeros, de simpatías hácia los vencidos, de cubrir con interesada indulgencia las traiciones de los generales, de imitar los vicios de los aristócratas, de enervar las costumbres populares, de sustituir la venalidad á la probidad en los resortes del gobierno, de transformar los espartanos en sibaritas, de formar, en fin, la faccion de hombres corrompidos, la peor de las facciones, en una república que sólo podia fundarse sobre la libertad y la virtud.

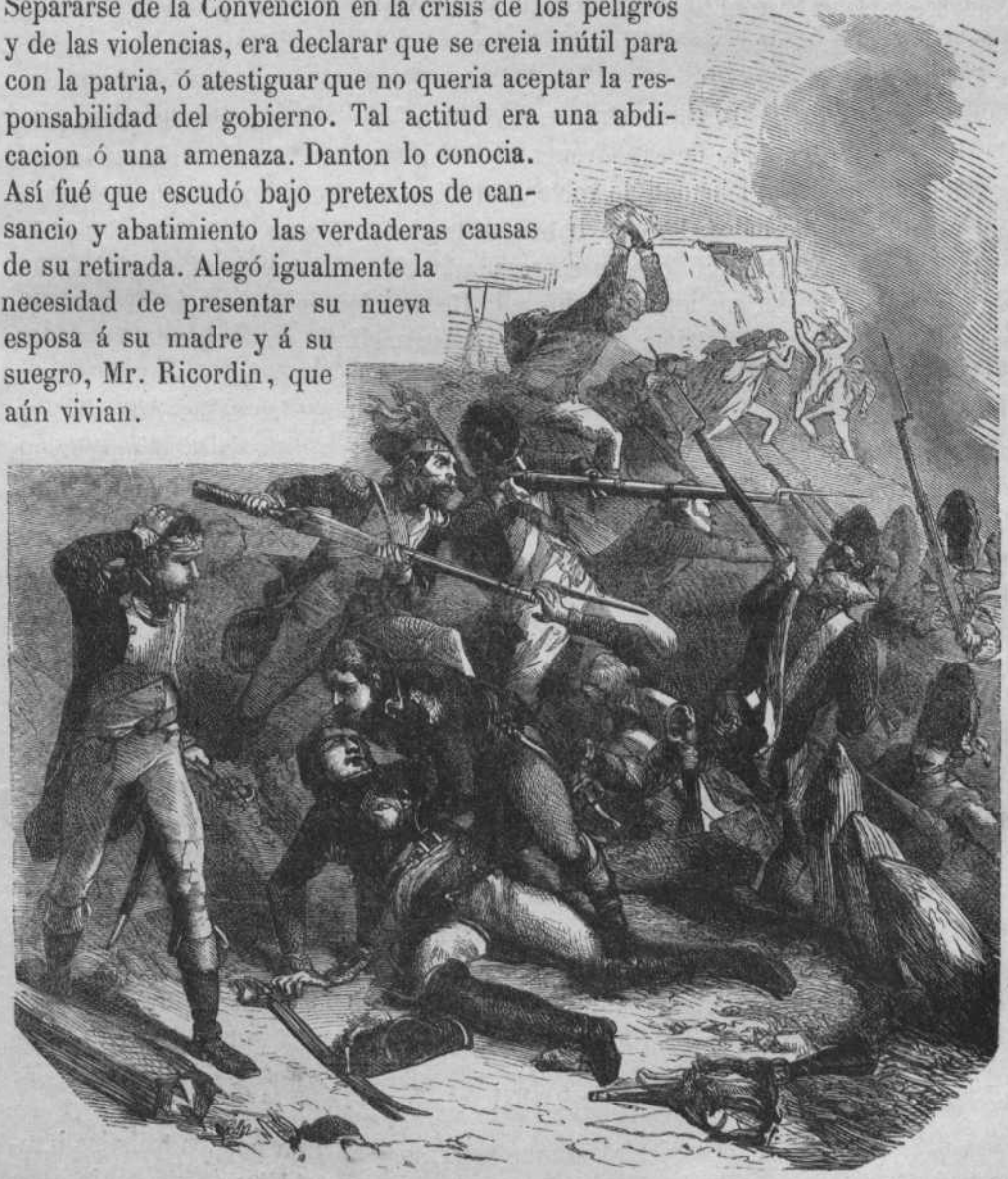
XI

Estas recriminaciones hacian sonreir á Danton con desden, y áun le inspiraban un secreto orgullo. No se jactaba de su austeridad, no conocia la hipocresía del

desinteres, y ántes de ocultarlas, explanaba sus debilidades. Confiaba á más en el porvenir. La muerte natural le habia libertado de la superioridad de Mirabeau; el puñal le desembarazó de Marat; el 31 de Mayo alejó á Vergniaud, cuya elocuencia temia; la casualidad podia destruir su rivalidad con Robespierre. En las revoluciones corre veloz el tiempo, y basta seguir su marcha para que traiga á su hora cuanto la fortuna puede dar. Así razonaba instintivamente Danton.

En esta época fué cuando, instado por su jóven esposa y nueva familia para separar su causa y nombre de la causa y nombre del terror que principiaba á agitar el alma de los buenos ciudadanos, se decidió á dejar la escena, á alejarse de Paris y retirarse á Arcis-sur-Aube.

Danton estaba harto versado en los misterios del corazon humano para no comprender que una retirada en tales momentos era un acto sobradamente humilde ó sobradamente orgulloso para un hombre de su importancia en la república. Separarse de la Convencion en la crísis de los peligros y de las violencias, era declarar que se creia inútil para con la patria, ó atestiguar que no queria aceptar la responsabilidad del gobierno. Tal actitud era una abdicacion ó una amenaza. Danton lo conocia. Así fué que escudó bajo pretextos de cansancio y abatimiento las verdaderas causas de su retirada. Alegó igualmente la necesidad de presentar su nueva esposa á su madre y á su suegro, Mr. Ricordin, que aún vivian.



Defensa de Maguncia.—Pág. 76.

El principal motivo de esta retirada, motivo que confesó á su mujer y deudos en la intimidad de las expansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el cercano juicio de la reina María Antonieta. El asesinato de una mujer prisionera por un pueblo repugnaba al alma de Danton. Habia jurado á menudo que salvaria las cabezas de mujeres y niños. Habia propuesto enviar á la reina y su hermana á Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interes que le inspiraban estas víctimas desarmadas. Queria lavarse las manos de la sangre femenil que se iba á derramar.

Antes de partir, tuvo Danton una entrevista secreta con Robespierre. Humillóse ante su rival hasta el punto de hacerle partícipe de su desconfianza respecto á los negocios públicos. Pidióle que le defendiese durante su ausencia de las calumnias que los Franciscanos no dejarian de asestar contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separacion del único hombre que podia contrarestarle en la república, no puso ningun obstáculo á la marcha de Danton. Los dos rivales, amigos en apariencia, se juraron mutuo cariño y constante apoyo, y Danton partió.

Danton, en su retiro campestre de Arcis-sur-Aube, vivió únicamente ocupado de su amor, del cuidado de sus jóvenes hijos, de la administracion de sus intereses domésticos, de la felicidad de volver á ver á su madre, á sus amigos de juventud y campos paternales. Parecia haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda su correspondencia, y ni recibia ni escribia carta alguna. Su sola visita era un diputado de la Convencion, y áun no con frecuencia; era éste Courtois, compatriota suyo, que poseia molinos en Arcis-sur-Aube. Les ocupaban constantemente los peligros de la patria.

En sus conversaciones íntimas con su mujer, su madre y Mr. Ricordin, no ocultaba Danton sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios en los cuales el fuego de las pasiones habia arrojado su nombre y su mano. Procuraba lavarse de toda complicidad en las matanzas de Setiembre. Hablaba de aquellos dias, no como lo habia efectuado la siguiente mañana, al decir: «He contemplado mi crímen de frente, y sin embargo, lo he cometido», mas sí como un exceso de furor patriótico, al que habian incitado al pueblo asesinos de la municipalidad, exceso que él no pudo contener y que se vió forzado á presenciar, aunque detestándolo. No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido á su genio político cuando las convulsiones presentes hubiesen gastado los medianos y débiles caractéres que reinaban en la Convencion. Hablaba de Robespierre como de un delirante, unas veces cruel, otras virtuoso, pero siempre quimérico. «Robespierre se ahoga en sus ideas,—exclamaba;—no sabe convencer á los hombres.» No creia en la duracion de la república. «Son necesarias—decia con frecuencia—muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno á otra. Antes de tener una ciudad, tened ciudadanos.»

Leia mucho los historiadores de Roma. Escribia mucho, mas al momento quemaba cuanto habia escrito. No queria dejar más huella de sí que su nombre.

XII

Por el contrario, Robespierre, aunque enfermo y abatido por los trabajos intelectuales que hubieran consumido muchos hombres, se olvidaba de sí propio para

entregarse con más ardor que nunca á la continuacion de su sistema de gobierno. Engrandecia su ambicion, confundiéndola toda entera con la ambicion de la república que queria fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las inconsecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos, le habian sinceramente persuadido que querian retrogradar hácia la monarquía ó constituir una república en la que la riqueza sustituiria á la dominacion de la iglesia y del trono, ó en la que el pueblo tendria algunos millares de tiranos en vez de uno. Habia visto en estos hombres, pertenecientes á la clase media, los más peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Despues de su caida creyó alcanzar su fin. Este era la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una eleccion tan extensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que sería todo el gobierno. La ambicion de Robespierre, tan á menudo calumniada entónces y despues, no traspasaba este límite. Creia que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios. No aspiraba á dominar, pero sí á ser el guía y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir á sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma, era el ensueño, el aliento de Robespierre.

XIII

Su actitud y su lenguaje cambiaron igualmente desde que los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinion pública en la Convencion por medio de los Jacobinos, de los que era oráculo; resistir á las usurpaciones anárquicas de la municipalidad, que amenazaban enfrenar la independencia de la Representacion, y establecer en fin la armonía y unidad de accion con la organizacion de un comité de gobierno. A estas ideas no se mezclaba ninguna ambicion personal. Su propia popularidad, más general y fanática de dia en dia entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin. Gastábala con tanta prodigalidad como afanes y paciencia tuvo para conquistarla. La oscuridad en la cual se encerraba al salir de la arena pública arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos á la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenia confusa ante el umbral de su cuarto, en la casa de un honrado artesano. El alma de la república se confundia con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad de las costumbres.

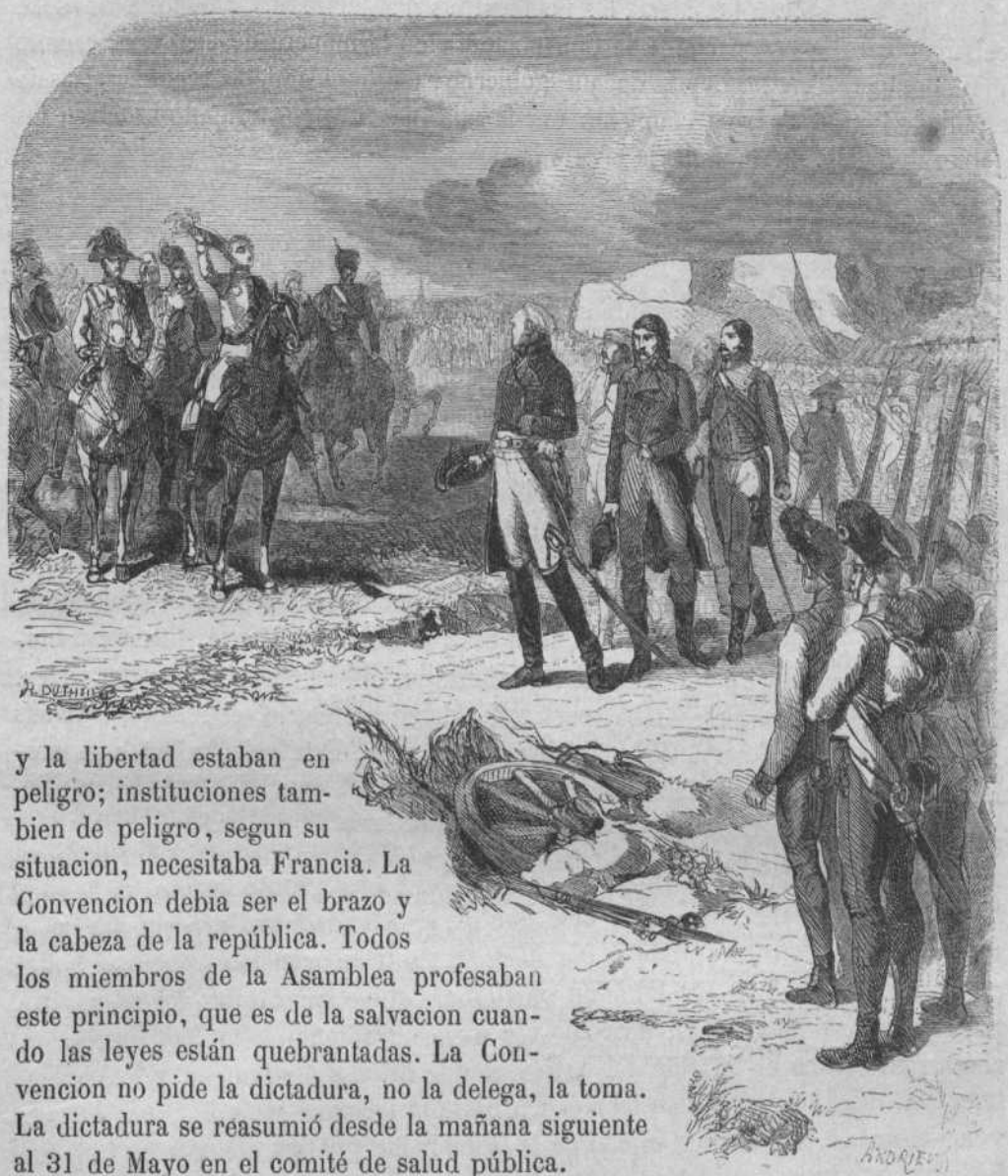
XIV

Desde este dia Robespierre concurrió con más asiduidad que nunca á las nocturnas sesiones de los Jacobinos. Dirigió las discusiones de aquella sociedad hácia los grandes problemas de organizacion social para desviarla de las facciones, cuyo reinado, segun él, habia pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de todos los hombres corrompidos que querian mezclar la demagogia con la revolucion, como se liga un metal puro con otro impuro que le hace más flexible para la elaboracion. No quiso rebajar los principios republicanos á los alcances de un pueblo viejo y gastado, y se propuso elevar el pensamiento popular á la esfera de los

principios abstractos. Por lo mismo lisonjeaba el orgullo del pueblo, persuadiéndole que era digno de instituciones virtuosas, haciéndole creer en su propia virtud. Unióse en íntima amistad con el corto número de hombres toscos, pero íntegros, que convertian hasta en culto la lógica rigurosa, empero vaga é implacable, de la democracia. Eran éstos Couthon, Lebas y Saint-Just, hombres completamente puros de todo hasta entónces, excepto de fanatismo. Ninguna mancha sangrienta tenian aún sobre sí. Esperaban que su sistema prevaleceria por la sola evidencia de la razon, por el solo atractivo de la verdad; pero estaban desgraciadamente resueltos á no rehusar nada á su sistema, ni áun el sacrificio de enteras generaciones. Estos diputados se reunian en pequeño número casi todas las noches en casa de su oráculo; allí inflamaban sus imaginaciones con las seductoras perspectivas de la justicia, de la igualdad y de la felicidad prometidas á la tierra por la nueva doctrina. Por la modestia de esta sala, por la sobriedad de las comidas, por el tono filosófico de sus conferencias, por las imágenes, reproducidas sin cesar, de virtud y desinteres en favor de la patria, nadie hubiese visto en ellos una conjuracion de demagogos, y sí una asamblea de sabios, ocupándose de las instituciones de la edad de oro. Imágenes pastorales se unian á las trágicas emociones del tiempo y del lugar. Hasta el amor hervia sin degradar en el corazon de estos hombres. La ternura de Couthon para con la desinteresada mujer que consolaba su doliente vida, el sentimiento tempestuoso y apasionado de Saint-Just hácia la hermana de Lebas, la predileccion casta y grave de Robespierre para con la segunda hija de su huésped, el amor de Lebas para con la más jóven, los proyectos de union, los planes de felicidad despues de las tempestades, daban á estas pláticas un carácter de familia, de tranquilidad y algunas veces de jovialidad, que no dejaba sospechar el conciliábulo de los jefes, y bien pronto tiranos, de la república. No se hablaba entre ellos más que de la felicidad que experimentarian al separarse de todo cargo público, tan luégo como triunfaran los principios, entregándose al ejercicio de un humilde oficio ó al cultivo del campo. El mismo Robespierre, más fatigado en apariencia y ménos tranquilo, sólo hablaba de una choza solitaria en el interior del Artois, donde llevaria á su mujer, y donde contemplaria desde el seno de su felicidad privada la felicidad general. ¡Cosa extraña, y sin embargo, sincero testimonio de la instabilidad y fatiga del corazon humano! Los dos hombres que entónces agitaban la república, y que iban uno y otro á sacrificarse chocando en sus movimientos, Robespierre y Danton, no aspiraban en aquel momento á más que á la abdicacion. Pero la popularidad no admitió tal intento. Para ella no hay términos medios: ó un altar, ó una tumba. El destino de estos dos hombres era el de agotar sus favores y morir despues.

XV

Aun cuando sus teorías fuesen distintas, el espíritu de Robespierre y el de Danton tendian entónces á concentrar el poder en la Convencion. No presentaban la Constitucion á los ojos del pueblo más que como un plan de institucion en perspectiva, sobre el que se echaria un velo despues de haberlo enseñado, aunque de léjos, á la nacion. El gobierno más á propósito para asegurar la victoria sobre las facciones enemigas de la revolucion era, segun ellos, el mejor gobierno. Francia



Capitulacion de Valenciennes. Pág. 77.

y la libertad estaban en peligro; instituciones tambien de peligro, segun su situacion, necesitaba Francia. La Convencion debia ser el brazo y la cabeza de la república. Todos los miembros de la Asamblea profesaban este principio, que es de la salvacion cuando las leyes están quebrantadas. La Convencion no pide la dictadura, no la delega, la toma. La dictadura se reasumió desde la mañana siguiente al 31 de Mayo en el comité de salud pública.

Del mismo modo que la nacion pidió para sí sola su inalienable soberanía en 1789, de igual suerte la Convencion pidió para sí sola todos los poderes en 1793. Las fuerzas transmitidas son esencialmente más débiles que las fuerzas directas. En las crísis extremas, los pueblos revocan sus delegaciones, ya se llamen majestades, ya leyes ó magistraturas. En ellas no puede dudarse. Las leyes son las relaciones definidas de los ciudadanos entre sí con el Estado en tiempo normal; pero cuando estas leyes quedan abolidas ó destruidas, cuando se invierten las relaciones, acudir á estas leyes, que han desaparecido ya ó que aún no existen, es acudir á la nada para salvar el imperio. El gobierno es entónces por sí la única ley viviente, y todos sus mandatos son golpes de Estado. Tal era la situacion de la Convencion en el mes de Julio de 1793. Esta situacion la condenaba ó á la dictadura ó á la muerte. Si hubiera aceptado la muerte, la nacion y la revolucion hubiesen muerto con ella. Tomó la dictadura; no es ésta su falta. Hay usurpaciones legítimas,

como las que salvan las ideas, los pueblos, las instituciones. La historia no debe echar en cara la usurpacion á la Convencion, sino la manera de ejercerla. Cuanto más desaparezcan las leyes de un gobierno, tanto más debe reemplazarlas la equidad. Esta es la sola condicion por la que Dios y la posteridad absuelven los gobiernos. La conciencia es la ley de las leyes.

XVI

Es una ley del poder, cuando se convierte en accion, tender sin cesar á estrecharse y personificarse en un reducido número de agentes. Los cuerpos políticos pueden tener mil cabezas y mil lenguas miéntras conservan el carácter de asambleas deliberantes, pero sólo les es necesario una mano cuando alcanzan el poder ejecutivo. Abrazó esta doctrina con debilidad en un principio la Convencion, y la sancionó luégo completamente. Principió por crear ministros revestidos de cierta responsabilidad é independencia, como bajo el ministerio girondino de Roland; anuló en seguida casi enteramente la accion de los ministros; instituyó comisiones de gobierno, tambien especiales y tan diversas como cada uno de esos ministerios; creó despues comisiones de gobierno en el seno mismo de la Representacion nacional, y distribuyó entre estas extensas comisiones las diferentes funciones del poder. Cada una de aquéllas presentaba, por medio de su secretario, el resultado de sus deliberaciones á la sancion de la Convencion reunida. Esta reinaba así, mas reinaba con incoherencia y debilidad. La unidad faltaba á aquel número de comisiones. Lo que formulaban eran dictámenes, y no órdenes.

La Convencion sentia la necesidad de personificarse en un comité que, aunque salido de su seno, le impusiese su propia voluntad, y por decirlo así, su propio terror. Temia su anarquía interior, tenia miedo de su misma instabilidad. Para destruir mejor las resistencias, consintió en someterse á obedecer y temblar. Organizó el comité de salud pública, y le transfirió todo el gobierno. Fué la abdicacion de la Convencion, pero abdicacion que le dió el imperio.

XVII

El nombre de comité de salud pública era ya antiguo en la Convencion. Desde el mes de Marzo precedente, todos los hombres de presentimiento en la Asamblea, Robespierre, Danton, Marat, Isnard, Albitte, Bentabole y Quinette, habian pedido la unidad de miras, la fuerza de accion concentrada en un comité de corto número de miembros, reuniendo en su mano todos los hilos esparcidos de la trama, en demasía floja, del poder ejecutivo. Instituyeron este centro de gobierno. Los girondinos obtuvieron la mayoría. Bajo su direccion debiera haber sido una palanca de fuerza, si aquella direccion fuera acertada. Los primeros miembros del comité de salud pública, cuyo número ascendia á veinticinco, eran: Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau (el colaborador de Buffon), Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmas, Condorcet, Guadet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barere, Quinette, Danton, Sieyes, Lasource, Isnard, Juan Debry y Cambaceres, futuro oráculo del despotismo salido de los comités de la libertad.

El comité de salud pública era dueño de la iniciativa de todas las leyes, y tambien respecto á las medidas que requerian los peligros de la patria; poder que alcanzaba ya dentro del ámbito de la república, ya en suelo extranjero. Llamaba á los ministros y censuraba sus actos; cada ocho dias daba cuenta de su cometido á la Convencion. Celosa la Asamblea, temia su despotismo en mano de sus delegados. Pesaban sobre el comité infinitos mandatos, y uno de ellos fué el prohibirle el secreto, vida de las dictaduras. La lucha de las opiniones originaba entre los miembros el antagonismo. Era la anarquía concentrada en ella misma. Robespierre, cuya ojeada lo alcanzó todo, no quiso eclipsar su popularidad aceptando medidas contrarias á su pensamiento, y se separó desde las primeras sesiones. La retirada de Robespierre despopularizó á este primer comité.

Los mismos girondinos, de acuerdo con Danton, propusieron transformarle, darle fuerza y acrisolarle. Buzot, presintiendo la muerte en el puñal que sus mismos amigos preparaban, combatió esta idea. Se adoptó á pesar de tales reclamaciones, y el número de los miembros del comité quedó reducido á nueve. Se le permitió el secreto, tuvo el cometido de vigilar todos los ministerios, el derecho de suspender los decretos que creyera no aceptables para el interes nacional, y el de expedir urgentes medidas. Le destinaron fondos particulares, y tan sólo se le prohibió un acto de soberanía, el prender arbitrariamente á los ciudadanos.

El comité de salud pública debia renovarse todos los meses, por eleccion de la Asamblea. Los miembros que lo componian eran: Barere, Delmas, Breard, Cambon, Danton, Guyton de Morveau, Treilhard, Lacroix (de Eure-et-Loire) y Robert Lindet. Los girondinos desterraron á Danton á este comité para neutralizar su influencia entre los débiles é indecisos de la Llanura; su táctica los engañó. Danton, no encontrando energía en sus colegas, la fué á buscar á la municipalidad. Danton dirigia los negocios extranjeros, direccion adecuada á su genio generalizador, militar y diplomático. En esta ocupacion estudiaba el gobierno, como hombre que hoy medita para apoderarse de él mañana. Despues de la retirada de los girondinos, dimitió Danton este cargo, que podia suscitar la envidia. Sentado en su banco, se le veia rodeado siempre de aparente indiferencia. Los que le observaban no se engañaron. Le acusaron por su retirada, como lo hicieron por su dominacion en el comité. Conoció entónces que ciertos nombres no se borran, ya les dé la luz, ya les cobije la sombra, de la memoria de los hombres, comprendiendo tambien que cierta fama brilla siempre porque es imposible que se oculte. «Elegid otro comité—dijo—de que yo no forme parte, comité de más vigor y más numeroso; yo seré la espuela en lugar de ser el freno.» Estas palabras, que revelaban en el tribuno el juicio que él formara de su importancia, y que expresaban el desden hácia sus colegas, presentaban á Danton usurpador y quitaban el velo á su ambicion. Fueron aplaudidas, pero tambien notadas.

XVIII

Despues de dudas, de nombramientos y de sucesivas eliminaciones, el comité definitivo de salud pública, proclamado por el mismo Danton gobierno provisional, adquirió la completa investidura del poder. Danton, á quien no inspiraba confianza una institucion que no le contaba en su seno, se negó imprudentemente á formar

parte de ella, ya porque creyó que aparecia más grande solo, ya porque deseaba aislarse, fastidiado de los asuntos públicos. Quiso que en el comité le representasen Herault de Sechelles, uno de sus partidarios, y Thuriot, uno de sus órganos. Robespierre no se atrevió á entrar al principio para no ofuscar á Danton. Sus amigos formaban la mayoría, y hacian dominar sus ideas. Los ocho miembros eran: Saint-Just, Couthon, Barere, Gasparin, Thuriot, Herault de Sechelles, Robert Lindet y Jean-Bon Saint-André. Gasparin se retiró, y el voto unánime de la Convencion eligió á Robespierre. Pocos dias despues formaron parte del comité Carnot y Prieur (de la Cote-d'Or), porque imperaba la necesidad de personificar el genio militar de Francia ante los ejércitos de la coalicion. Completaron el comité Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois, quienes llevaron en él á su colmo el espíritu del jacobinismo, que la Montaña se lamentaba de ver languidecer con las frias palabras de Robespierre, Saint-Just y Couthon.

Así se constituyó este *decenvirato,* que durante las convulsiones de los catorce meses hizo suyos todos los peligros, todos los poderes, todas las glorias y todas las maldiciones de la posteridad.

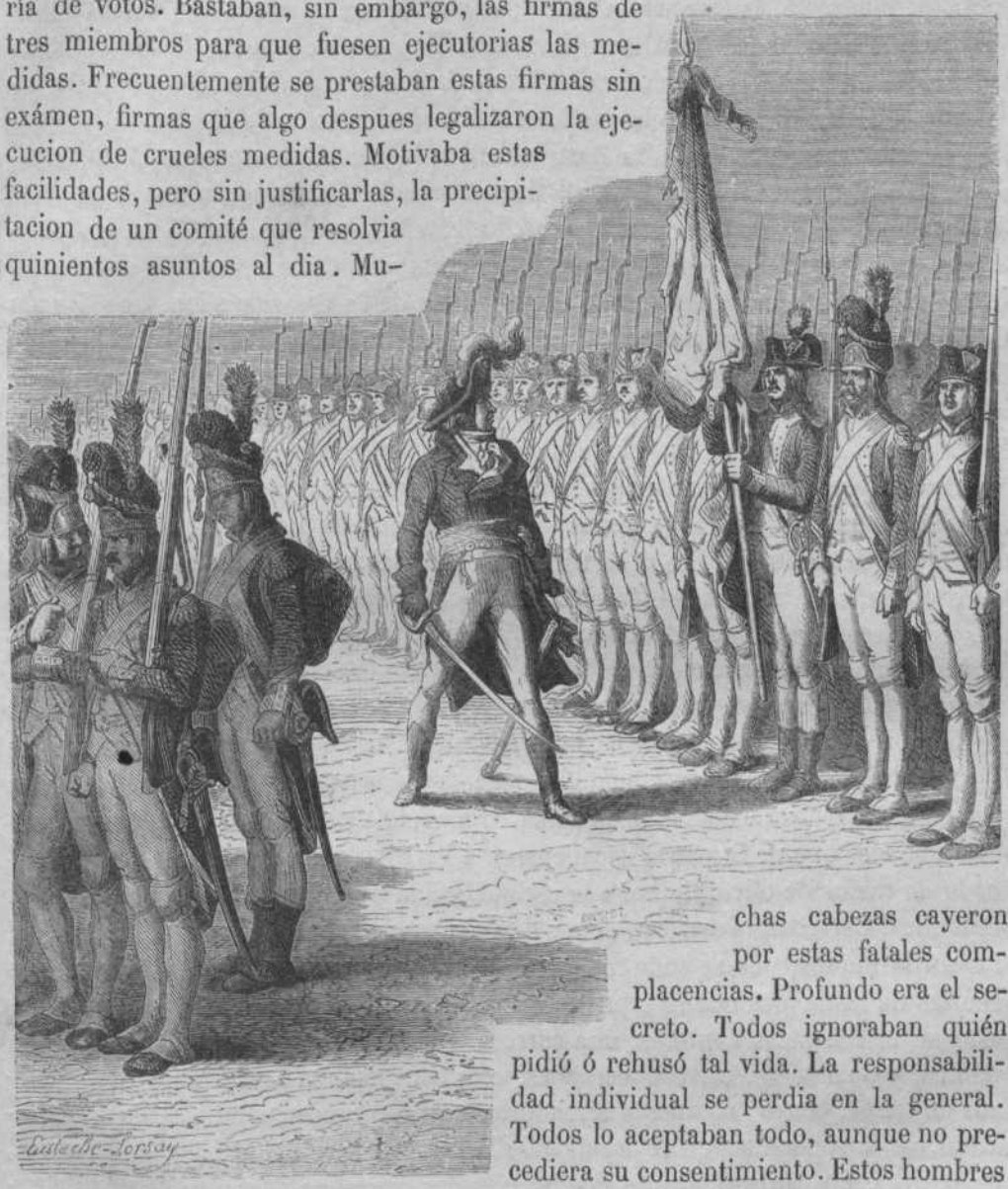
XIX

Los miembros del comité de salud pública se distribuyeron las diferentes atribuciones, segun la aptitud de cada uno. La capacidad eligió los puestos y el rango. Se atendió á la influencia y á los servicios. Ahuyentóse la importancia, pero sin romper la unidad. El peligro de la crísis, el celo inextinguible, el temor de debilitarse dando pábulo á la desunion, el secreto jurado y fielmente cumplido, la dificultad de su cargo, fueron circunstancias que hicieron indisoluble el comité, que sólo mostró sus disensiones cayendo por entero.

Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois incendiaban con sus ideas la opinion pública en la correspondencia que seguian con los agentes de la república en los departamentos; Saint-Just se arrogó el imperio de las teorías constituyentes, tan aéreo y tan absoluto como su impasible metafísica; Couthon tomó la policía, encargo adecuado á sus sombrías y escrutadoras ideas; Herault de Sechelles, inspirado por el genio europeo de Danton, los negocios extranjeros; Robert Lindet, las subsistencias, vital cuestion cuando la carestía hambreaba las poblaciones y desorganizaba los ejércitos; Jean-Bon Saint-André, la marina; Prieur, la administracion material de la guerra; Carnot, la alta direccion militar, los planes de campaña, la inspiracion á los generales, el juicio de sus faltas, la victoria y la reparacion de los reveses. Fué el genio armado de la patria, que cubrió las fronteras durante las convulsiones del corazon de Francia, y cuando se agotaron las venas de esta misma Francia. Prieur (de la Cote-d'Or) secundaba á Carnot en los detalles. Quince horas diarias de tarea, y fija su mente en todos los mapas y posiciones de nuestros ejércitos, daban vida al genio organizador de Carnot y nunca le postraban. En su gabinete ostentaba la sangre fria y el entusiasmo del campo de batalla. Su dedo marcaba los nombres á quienes esperaba porvenir. Pichegru, Hoche, Moreau, Jourdan, Desaix, Marceau, Brune, Bonaparte, Kleber, son nombres ilustres que hizo héroes el instinto de Carnot.

Barere, genio dócil y pronto, pero literario, redactaba las deliberaciones del

comité, y en breves é indelebles frases daba los informes á la Convencion. Desde la tribuna lanzaba palabras que eran para el pueblo. Robespierre alcanzaba todas las cuestiones, excepto la guerra. Era la política del comité. Designaba el fin y el camino que á él conducia; los demas impelian la máquina. Robespierre prescindia de las ruedas. Su atribucion era la idea. Las resoluciones se tomaban por mayoría de votos. Bastaban, sin embargo, las firmas de tres miembros para que fuesen ejecutorias las medidas. Frecuentemente se prestaban estas firmas sin exámen, firmas que algo despues legalizaron la ejecucion de crueles medidas. Motivaba estas facilidades, pero sin justificarlas, la precipitacion de un comité que resolvia quinientos asuntos al dia. Muchas cabezas cayeron por estas fatales complacencias. Profundo era el secreto. Todos ignoraban quién pidió ó rehusó tal vida. La responsabilidad individual se perdia en la general. Todos lo aceptaban todo, aunque no precediera su consentimiento. Estos hombres se habian entregado hasta su reputacion. ¡Cosa admirable! No habia presidente. Temian en un jefe un tirano. Querian una dictadura anónima. La falta de jefe no perjudicaba al comité. Todos mandaban, todos obedecian. La república presidia.



El representante Levasseur en el ejército del Norte. Pág. 78.

XX

Miéntras que el comité de salud pública, transformado así en Consejo ejecutivo, se apoderaba del gobierno, la Convencion llamaba á Paris á los enviados de

las asambleas primarias, depositarios de los votos del pueblo, que debian sancionar la nueva Constitucion. Llegaron los enviados en número de ocho mil. David fué el director de la fiesta que debia celebrar, en el Campo de Marte, el aniversario del 10 de Agosto y la aceptacion de la Constitucion. Robespierre inspiró á David. Las solas divinidades que presidian á esta regeneracion del mundo social eran la Naturaleza, la Razon y la Patria; el pueblo era la sola majestad; símbolos y alegorías, el culto. Faltaba la vida, porque Dios estaba ausente. Robespierre no se atrevia aún á rasgar el velo que encubria la imágen de Dios. El punto de reunion, y desde donde partió la comitiva, fué, como en todas las fiestas de la revolucion, el terreno que ocupó la Bastilla, marcado con el primer paso de la república. Al salir el sol se reunieron allí las autoridades de Paris, la municipalidad, los enviados de las asambleas primarias, los Franciscanos, los Jacobinos, las sociedades fraternales de mujeres, el pueblo en masa y la Convencion. En aquel mismo sitio erigieron una fuente, llamada la fuente de la Regeneracion, que *lavaba* las huellas de la antigua servidumbre. Dominaba la fuente una colosal estatua de la Naturaleza, y el agua corria de sus dos senos. Herault de Sechelles, presidente de la Convencion, recogió agua en una copa de oro, la acercó á sus labios y la pasó al más anciano de los ciudadanos. «Toco al borde del sepulcro,—dijo el anciano,—pero creo que rejuvenezco con el género humano regenerado.» La copa circuló de mano en mano por todos los que asistian á la ceremonia. En medio del estampido del cañon desfiló el cortejo por los boulevares. Cada sociedad ostentaba su bandera, cada seccion su símbolo. La Convencion era la última, y cada uno de sus miembros llevaba en la mano un ramillete de flores, frutos y recientes espigas. Ocho diputados colocados en medio de la Convencion conducian sobre sus hombros, como objetos sagrados, las tablas donde estaban escritos los derechos del hombre, y el arca que encerraba la Constitucion. Ochenta y seis enviados de las asambleas primarias, representando los ochenta y seis departamentos, rodeaban á la Convencion, teniendo en sus manos una larga cinta tricolor, como si hubiesen querido que los lazos de la patria encadenasen á los diputados. Un haz nacional, coronado de ramos de olivo, figuraba la reconciliacion y unidad de los miembros de la república. Cerraban la marcha, detras de los representantes, los niños de la inclusa, los sordo-mudos, que se comprendian con los signos que debian á la ciencia; las cenizas de los héroes que se sacrificaron por la patria, encerradas en urnas donde estaban inscritos sus nombres; una carroza triunfal que rodeaban el labrador y su familia, y finalmente, carretas cargadas, como si fuesen viles despojos, con pedazos de tiaras, cetros, coronas y armaduras hechas pedazos; símbolos de la esclavitud, de la supersticion, del orgullo, de la beneficencia, del trabajo, de la gloria, de la inocencia, de la vida rural y de las virtudes guerreras. Despues de una detencion frente á los Inválidos, la multitud se vitoreó á sí misma, vitoreando la alegoría del pueblo que destrozaba el federalismo. La muchedumbre invadió el Campo de Marte, y los representantes y los cuerpos constituidos se colocaron en las gradas del altar de la patria. Un millon de cabezas se agitaban en el ámbito de este anfiteatro. Un millon de voces juraron defender los principios del código social, que Herault de Sechelles presentó á la aceptacion de la república. El cañon retumbaba, y parecia jurar tambien exterminar á los enemigos de la patria.

XXI

A pesar de todo, el instinto público aceptaba la Constitucion tan sólo para lo futuro. Nadie dudaba que su imperio se aplazaria para cuando Francia quedase pacificada. Segun la Montaña, la libertad era un arma que la revolucion hubiese entregado á sus enemigos, arma que en este momento socavaria la misma libertad. Ninguna constitucion regular podia funcionar bajo el poder de los enemigos de toda constitucion democrática. Los enviados de los departamentos pidieron que sólo la Convencion fuese el gobierno. Los peligros santificaban la arbitrariedad. Pache reunió la municipalidad, y mandó tocar llamada para las secciones. Millares de ciudadanos llevaron á la Convencion una proclama de Robespierre, en que conjuraba á los representantes á conservar el supremo poder. La agitacion del pueblo y de sus representantes era acompañada por los toques del tambor y los sonidos del rebato. Los Jacobinos impelian al pueblo á la Convencion, para que ésta diese vida al terror. «Legisladores,—decian en la proclama,—llegad á la cumbre de los altos destinos de Francia. El pueblo frances sobrepuja á sus peligros. Os hemos indicado la medida salvadora de un llamamiento general al pueblo; sólo lo habeis cumplido con la primera clase. Las medidas á medias son siempre mortales en los peligros extremos. Más fácilmente se conmueve la nacion entera que una parte de ella. Si pedis cien mil hombres, no los encontrareis tal vez; si exigis millones de republicanos, los vereis levantarse para confundir á los enemigos de la libertad. El pueblo condena una guerra de táctica, en la que generales traidores y pérfidos venden la sangre de los ciudadanos. Decretad que á una hora fija se toque á rebato en toda la república, que no haya excepcion alguna, que sólo la agricultura conserve los brazos necesarios para las labores, que se suspendan los negocios, que el pensamiento y el deber de los franceses sea salvar á la república. No os inquiete la ejecucion, decretad tan sólo el principio. Al comité de salud pública indicarémos los medios para que el rayo nacional abrase á los tiranos y á los esclavos.»

XXII

Los Jacobinos dejaron traslucir el sentido de estas reticencias. Lo que aparecia tras aquellas frases era el terror, el tribunal revolucionario y la muerte. El comité de salud pública se abochornó de sus impotentes medidas para la defensa de las fronteras. A la siguiente sesion presentó el proyecto de un nuevo decreto que levantaba á Francia entera. «Los generales—decia Barere en su informe—han desconocido hasta ahora el temperamento nacional. La irrupcion, el ataque repentino, la inundacion de un pueblo que con sus masas entusiastas acribille las hordas enemigas y rompa los diques del despotismo: tal es la naturaleza de las guerras de libertad. Los romanos tácticos conquistaron el mundo esclavo; los galos libres, teniendo por táctica su impetuosidad, destruyeron el imperio romano. La impetuosidad francesa hará polvo el coloso de la coalicion. Cuando un pueblo quiere ser libre, lo es miéntras que su territorio le brinde los metales con que se construyen las armas.» La Convencion se levantó llena de entusiasmo, ejemplo de los representantes á los ciudadanos, y votó el siguiente decreto:

XXIII

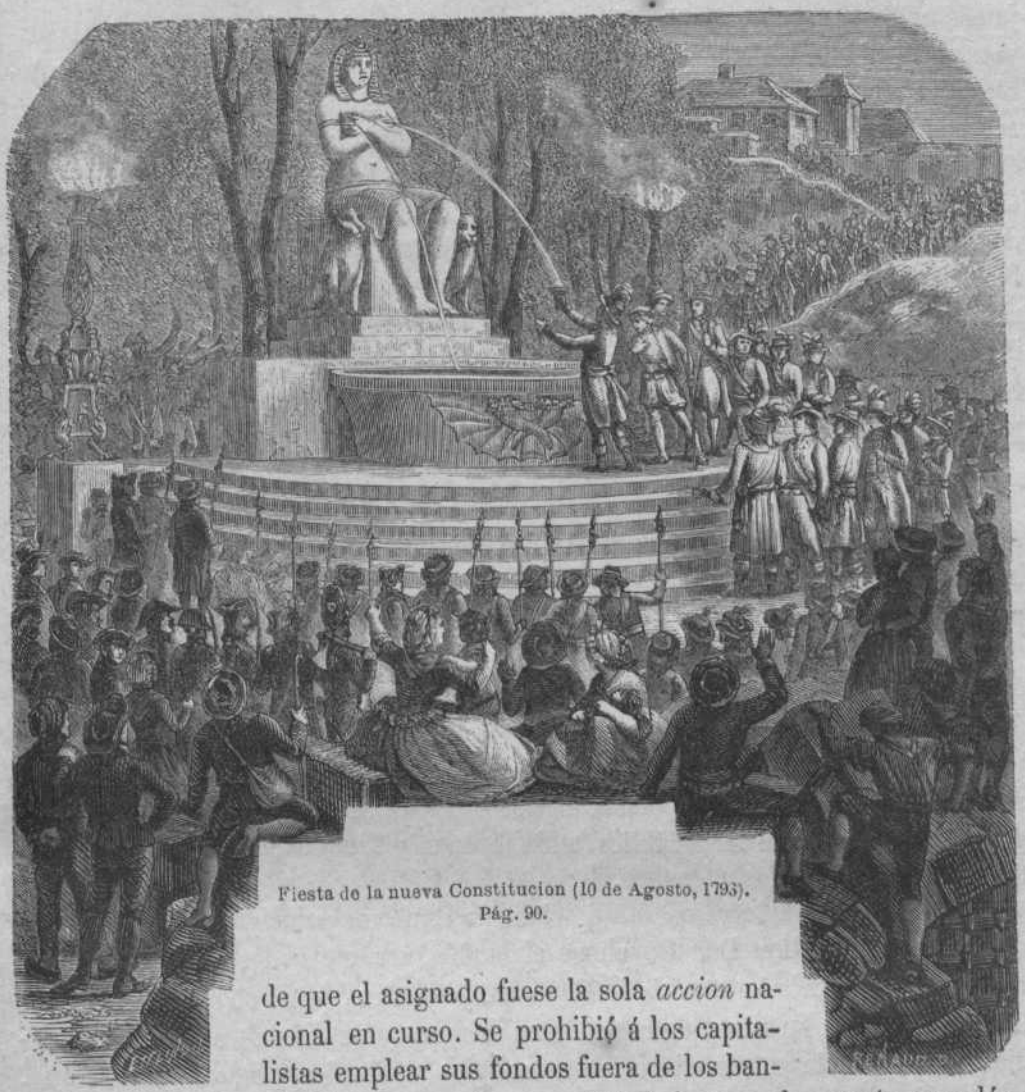
«Desde este momento, y hasta el dia en que los enemigos hayan sido arrojados del territorio de la república, todos los franceses están requeridos permanentemente para el servicio de las armas. Los solteros irán á combatir, los casados construirán armas y transportarán subsistencias, las mujeres coserán tiendas y uniformes y servirán en los hospitales, los niños harán hilas para curar á los heridos, los ancianos se harán conducir á las plazas públicas para excitar el ardor de los guerreros, el odio á los reyes y el amor á la república. Los edificios nacionales serán cuarteles; las plazas públicas, fábricas de armas. Las armas de calibre se entregarán sólo á los que marchen contra el enemigo. Las armas de caza y las blancas se entregarán á la fuerza pública del interior. Se requisarán los caballos de silla. Todas las caballerías de labor que no necesite la agricultura se destinarán á la artillería y conduccion de víveres. El comité de salud pública está encargado del cumplimiento de este decreto. Los representantes enviados á sus respectivos departamentos para cumplir esta mision están revestidos de poderes amplios. El levantamiento será general. Marcharán los primeros los solteros ó viudos de diez y ocho á veinticinco años sin hijos. Inmediatamente concurrirán á la cabeza de su distrito, y allí se ejercitarán en el manejo del arma, hasta que se reunan á los ejércitos. En la bandera de cada batallon organizado se leerá la siguiente inscripcion: *¡El pueblo frances se levanta contra los tiranos!*»

Estas medidas, muy léjos de consternar á la generalidad de Francia, fueron recibidas por los patriotas con ferviente entusiasmo. Se formaron los batallones con más regularidad que en 1792. Consultando las listas de los primeros oficiales que nombraron, aparecen los héroes de la Francia militar y del Imperio. Fueron los hijos de la república. La gloria que luégo sirvió de egida al despotismo contra la libertad pertenecia toda entera á la revolucion.

XXIV

A estos decretos siguieron otros, durante dos meses, que respiraban la misma energía defensiva. Era la organizacion del entusiasmo y de la desesperacion de un pueblo que sabe morir, y de una causa que quiere encadenar la victoria. Francia era las Termópilas de la revolucion; pero estas Termópilas eran tan extensas como las fronteras de la república, y los combatientes ascendian á veintiocho millones de hombres.

La comision de Hacienda, por medio de su órgano y oráculo Cambon, arregló el desórden del Tesoro y el cáos que en las transacciones públicas y privadas originaba el descrédito de los asignados. Circulaban con baja cuatro mil millones de asignados. El empréstito forzoso de los ricos, equivalente á las rentas de un año, hizo que el gobierno recogiese mil millones de asignados, los cuales quemó al recibirlos. Por otra parte, los impuestos atrasados representaban muy cerca de otros mil millones. Cambon los absorbió de la circulacion nominal en las cajas del Estado, reduciendo por este medio el papel moneda á sólo dos mil millones. Para acreditar estos asignados, abolió Cambon todas las compañías que emitian *acciones*, á fin



Fiesta de la nueva Constitucion (10 de Agosto, 1793).
Pág. 90.

de que el asignado fuese la sola *accion* nacional en curso. Se prohibió á los capitalistas emplear sus fondos fuera de los bancos franceses, y se vedó el comercio de oro y plata bajo pena de muerte, guardándose estos metales en la casa de moneda para alguna urgencia. A fin de aumentar la masa del numerario que servia para las pequeñas transacciones cotidianas del pueblo, hizo fundir las campanas, y se entregó al pueblo el metal sagrado forjado en el yunque republicano.

Cambon, ademas, sondeó el abismo de la deuda del Estado respecto á los particulares. La bancarota pudiera cubrir esta suma; pero hubiera sido orígen de expoliaciones, deudas y desgracias. Quiso Cambon que la probidad, virtud que debe reinar entre los ciudadanos, fuese la virtud del Estado para con sus acreedores, y recogió todos los títulos y los confundió en uno comun y uniforme que llamó el gran libro de la deuda nacional. En el gran libro se inscribió á cada acreedor por una suma igual á la que le debia el Estado. El Estado hacía valer la renta de esta suma reconocida al 5 por 100. Esta inscripcion de renta, comprándose y vendiéndose libremente, llegó á ser un capital en las manos de los acreedores del Estado. Este podia desempeñarla, si la renta descendia de la par en el comercio, es decir, de la relacion de interes al capital á 5 por 100. La citada operacion aliviaba al Estado sin violencia y sin injusticia. En cuanto al capital,

jamás podia ser reembolsable. El gobierno se reconocia deudor de una renta perpetua y no de un capital. Aquélla contaba á más con la ventaja política de cointeresar las masas de los ciudadanos á la fortuna del Estado y de republicanizar los acreedores por su interes. Creaba, en fin, un gérmen fecundo de riqueza pública en la misma ruina de las fortunas privadas. Si en la primera parte de su plan, Cambon, dominado por la urgencia de las circunstancias, se apartaba de los verdaderos principios de la economía pública, atentando contra la libertad de cambios, creando un máximo de dinero y proscribiendo su circulacion fuera del imperio, en la segunda creaba la moralidad del Tesoro y restauraba la confianza, poder ilimitado de las naciones. La fortuna pública de Francia reposa enteramente, áun en la actualidad, sobre las bases establecidas por Cambon.

XXV

La unidad de pesos y medidas, la aplicacion del descubrimiento de los globos aerostáticos á las operaciones militares, el establecimiento de líneas telegráficas para transmitir la accion del gobierno, tan veloz como su pensamiento, á los confines de la república; la creacion de museos nacionales para excitar con el ejemplo el gusto é imitacion á las artes, la redaccion de un código civil igual para todos los departamentos de Francia, con objeto de que la justicia fuese, como la patria, una sola; la educacion pública, en fin, esa segunda índole de los pueblos civilizados, fueron objeto de otras tantas discusiones y otros tantos decretos que atestiguan al universo que la república tenia fe en sí y fundaba un gobierno, disputando el porvenir á sus enemigos.

La igualdad de educacion fué proclamada como un principio deducido de los derechos del hombre. Dar dos almas al pueblo, era crear dos pueblos de uno, formar ilotas y aristócratas de inteligencia. Por otra parte, obligar á todos los hijos de distintas fortunas, de condiciones diversas y de diferentes principios religiosos, á recibir la propia educacion en colegios nacionales, era, por el contrario, segar todas las situaciones sociales, confundir todas las profesiones y violar la libertad en las familias.

Robespierre queria y debia querer esta educacion forzada, en la lógica radicalmente igualadora de sus ideas, por las que la condicion, la profesion y la fortuna desaparecian para dar lugar á dos solas unidades: la patria y el hombre. A la uniforme tiranía del pensamiento del Estado debia preceder, segun sus principios, la uniforme justicia é igualdad. Robespierre se indignaba al ver la razon y enseñanza general del Estado subordinada á las supersticiones y á la viciada razon de la familia y del individuo. No podia admitir que la nacion, teniendo poder sobre todos los actos de los ciudadanos, no lo tuviese igualmente sobre sus almas y no les enseñase su símbolo religioso, filosófico y social, primera deuda de los que piensan hácia los que no piensan aún. El sistema de Robespierre, útil en una sociedad jóven, moria ante una sociedad envejecida, en la que todos los dogmas antiguos no podian borrarse á la vez ante los nuevos, á ménos de inmolar las generaciones vivientes ante las futuras. Gregoire, Romme y Danton le combatieron, pero como hombres de Estado transigieron entre las necesidades y libertades de familia y el rigor filosófico de Robespierre. La Convencion decretó los colegios

nacionales, cuya asistencia era obligatoria para todos los jóvenes de la patria; mas dejó á las familias el derecho de conservar sus hijos bajo el techo paternal, dando así la instruccion al Estado, la educacion á los padres, el corazon á la familia y el alma á la patria.

XXVI

Varios decretos de violencia, de venganza y sacrilegio siguieron á estos decretos de energía, saber y magnanimidad. Los imponentes movimientos del pueblo de Paris, atormentado por la realidad del hambre y el fantasma de los logreros, y los delirios de Chaumette y Hebert en la municipalidad, forzaron á la Convencion á deplorables concesiones que parecian violentas, y sólo eran debilidades.

Al pedir al pueblo toda su energía, la Convencion se creyó en la necesidad de aceptar sus arrebatos. Aún no tenia suficiente vigor para dominar su propia fuerza. Parecia participar de las demencias que decretaba con rubor. Las peticiones de las secciones, las deliberaciones de los Jacobinos, los tumultos, vociferaciones y revueltas en los mercados públicos, los agrupamientos de la muchedumbre ante las puertas de los panaderos, de los carniceros y de los especieros, los saqueos de tiendas por mujeres y jóvenes hambrientos, pidiendo se tarifase el comercio de consumos de primera necesidad para el pueblo, todo tendia á destruir el mismo comercio. La Convencion obedeció y decretó el máximo, es decir, un precio arbitrario y el mayor á que se podia vender el pan, la carne, el pescado, la sal, el vino, el carbon, la leña, el jabon, el aceite, el azúcar, el hierro, los cueros, el tabaco y los tejidos. Fijó tambien el máximo de salarios. Esto era destruir la libertad en las transacciones de comercio, de especulacion y de trabajo, que sólo viven con aquélla; era hacer sentir la influencia del gobierno entre los comerciantes, compradores, obreros y propietarios de la república. Semejante ley no podia ménos de alejar los capitales, matar el trabajo y la circulacion, y causar la ruina de todos. Son las causas naturales las que fijan los precios de los comestibles de primera necesidad, y de ninguna manera la ley. Mandar al labrador dar el trigo y al panadero el pan á ménos precio que al que ellos compran estos comestibles, es prohibir que siembre el primero y que amase el segundo.

XXVII

La ley sobre el máximo dió sus frutos, disminuyendo por doquier el numerario, el trabajo y las subsistencias. El pueblo achacó á los ricos, á los comerciantes y á los contrarevolucionarios las calamidades naturales. Persiguió con sus peticiones á la contrarevolucion hasta en sus más indefensas víctimas aherrojadas en los calabozos del Temple, y hasta en los despojos de sus reyes sepultados en las catacumbas de Saint-Denis.

La Convencion decretó «que la reina María Antonieta sería juzgada, y destruido el regio panteon de Saint-Denis, barriendo las régias cenizas de un templo que les habia erigido el realismo y la supersticion». Estas concesiones no amenazaban al pueblo; queria arrojar sobre otros enemigos el terror que le agitaba. Sus ojos no encontraban únicamente aristocracia en la cuna y los privilegios, sino que la veian tambien en la riqueza, en el gobierno, en la propiedad y en los negocios de menor

cuantía. Cualquier poseedor de aquellas cualidades ó circunstancias era envidiado por la indigencia y el hambre, y se hacía sospechoso como logrero, egoista y criminal. Nadie podia poseer impunemente lo que faltaba al pueblo. Pedia con arrogancia una Cámara ávida de propiedad ó de pillaje. «Si no nos haceis justicia respecto á los ricos,—exclamó un orador en los Jacobinos,—nos la hará nuestra propia mano.»

Las peticiones de las sociedades departamentales reclamaban igualmente una institucion que reasumiera la fuerza del pueblo y regularizase su furor por medio de un ejército ambulante, encargado de ejecutar por donde quiera su voluntad. Este fué el ejército revolucionario, es decir, un cuerpo de pretorianos populares, compuesto de veteranos de la insurreccion, insensibles á las lágrimas, á la sangre y á los suplicios, el cual paseaba por toda la república la muerte y el terror.

«Queremos —escribia la sociedad de los Jacobinos de Macon á la sociedad principal de Paris—que un ejército revolucionario se extienda por el territorio de la república y arranque todos los gérmenes de federalismo, realismo y fanatismo que aún vegetan. Vuestra órden del dia es el terror, y para plantear éste, nadie mejor que un ejército de treinta mil hombres, organizado en diversas divisiones acompañadas de un tribunal y de una guillotina, que haga en todas partes justicia á los tiranos y á los conspiradores.»

Masas de trabajadores, de mendigos, de mujeres, pidiendo *¡Muerte ó pan!*, se agrupaban en derredor de la casa de ayuntamiento y amenazaban con un nuevo 31 de Mayo á la Convencion agitada. Hebert y Chaumette alentaban estos tumultos.

Robespierre se indignaba unas veces de tales excesos de anarquía que iban á anonadar la revolucion contra la propia revolucion, y otras aparentaba comprenderlos y promoverlos él mismo, á fin de dominarlos aún. «Alarman al pueblo persuadiéndole de que van á faltarle los comestibles,—decia en los Jacobinos;—quieren armarle contra sí mismo. Desean conducirle á los calabozos, para que en ellos degüelle á los presos, seguros de encontrar un medio para libertar á los asesinos que allí se encierran, y dar muerte al inocente y patriota á quien el error puede haber conducido. En el momento en que os hablo, me aseguran que Pache está rodeado por algunos miserables que le injurian, insultan y amenazan.»

En estas palabras se descubre la vacilacion de Robespierre, cediendo con una mano para contener con otra el extravío popular que le arrastraba. Una segunda matanza de encarcelados le causaba el mismo horror que la primera. Participaba de todas las preocupaciones de las masas contra los logreros y los ricos; creia en la posibilidad de nivelar la fortuna pública por medio de leyes que por sí mismas darian, con la igualdad de la justicia divina, el pan y bienestar proporcional á cada ciudadano; creia tambien que era necesario desplegar una fuerza implacable para vencer al rico, moderar al pobre, abatir todas las resistencias y refrenar los excesos. Pero Robespierre, como Marat, no contó con placer las cabezas que la cuchilla debia cortar para llegar á este fin. Deseaba prescindir de la muerte para cumplir su obra regeneradora, empero la aceptaba como última necesidad.

XXVIII

En vano intentó Robespierre diferentes veces refrenar aquellas peticiones, impregnadas de sangre y pillaje. Poco faltó para que esta resistencia á los excesos

acabase con su popularidad. Entró á menudo solo y abatido en su aposento. Pache fué una noche á concertarse secretamente con él sobre los medios de calmar tales efervescencias. «Todo está perdido,—dijo Robespierre á Pache,—todo está perdido si se abandona la revolucion á esos insensatos. Es forzoso anteponer al pueblo terribles instituciones, ó que él mismo se destroce con el arma con que cree defenderse. Un solo medio queda á la Convencion para arrancarle la cuchilla: empuñarla y herir sin piedad á sus enemigos.» Indignóse contra Chaumette, Hebert, Varlet y Vincent, que fomentaban los furores de la multitud. «No dejemos—dijo á Pache—á esos hijos de la revolucion jugar con el rayo popular; dirijámosle nosotros, pues de no hacerlo así, serémos sus víctimas.» Pache acudió á la sesion del 5 de Setiem-

Grupos delante de la casa de la ciudad.—Pág. 96.

bre, para presentar en ella el pretendido deseo de Paris. Encargó á Chaumette que leyese la peticion, á fin de dejar al procurador síndico la responsabilidad de un acto al que él se oponia abiertamente. «Ciudadanos,—dijo Chaumette,—se nos quiere matar de hambre. Se aspira á obligar al pueblo á trocar vergonzosamente su soberanía por un pedazo de pan. Nuevos aristócratas, no ménos crueles, no ménos ávidos ni insolentes que los pasados, se han levantado sobre las ruinas del feudalismo. Con atroz sangre fria calculan los resultados que pueden proporcionarles una carestía, una revuelta ó una matanza. ¿Dónde está el brazo que dirija vuestras armas contra el pecho de esos traidores? ¿Dónde la mano que hiera las cabezas criminales? Preciso es, ó destruir vuestros enemigos, ó que ellos os destruyan. Han arrojado el guante al pueblo, y el pueblo lo recoge. Las masas populares quieren al fin sepultarlos. ¡Y tú, Montaña siempre célebre en las páginas de la historia, sé el Sinaí de los franceses! ¡Lanza en medio de los rayos los decretos de la justicia y de la voluntad del pueblo! ¡Santa Montaña, transfórmate en volcan cuya lava consuma á nuestros enemigos! ¡No más cuartel, no más misericordia para los

traidores! ¡Establezcamos entre ellos y nosotros la barrera de la eternidad! Os pedimos, en nombre del pueblo de Paris reunido ayer en la plaza, la formacion del ejército revolucionario. Acompáñele un tribunal incorruptible, con el instrumento de muerte que corta con un solo golpe los complots y la vida de los conspiradores. Hemos notado—añadió Chaumette despues de esta arenga—que los coligados para sitiarnos de hambre son los labradores. Hemos pasado nuestros ojos por los alrededores de Paris, y visto terrenos inmensos, parques y jardines que sirven de lujo y que nada producen para el consumo público. Pedimos que sean cultivados todos los jardines de las propiedades declaradas nacionales. Mirad el precioso jardin de las Tullerías. Vuestras miradas republicanas, ¿no contemplarian con mayor placer ese regio dominio si produjese alimentos para los ciudadanos? ¿No fuera preferible cultivar en él plantas de que carecen los hospitales, á dejar esas estatuas y arboledas estériles, objeto del lujo y del orgullo de los reyes?»

XXIX

Cada apóstrofe de Chaumette era interrumpido por los aplausos de la Montaña y de las tribunas. Las proposiciones del orador, reasumidas en decretos por Moise Bayle, fueron votadas unánimemente. La diputacion de los Jacobinos, provocada la víspera por Royer, tomó al momento la palabra. «La impunidad alienta á nuestros enemigos,—dijo.—El pueblo desmaya al ver que su venganza no alcanza á los culpables. Brissot, ese monstruo vomitado por Inglaterra para detener y trabar la revolucion, respira aún. Júzguesele junto con sus cómplices. El pueblo se indigna al contemplar los privilegios en medio de la república. Pues qué, los Vergniaud, los Gensonné y otros infames, degradados por sus traiciones de la dignidad de representantes, ¿deben tener un palacio por cárcel, miéntras que los infelices sin calzones *(sans-culottes)* padecen en los calabozos bajo el puñal de los federalistas? Hora es ya de que la igualdad pase su hoz sobre todas las cabezas y amedrente á los conspiradores. ¡Legisladores, sea el terror la órden del dia!»

A estas palabras, como una revelacion del furor público, los aplausos atronaron la sala. «Permanezcamos en revolucion, ya que la contrarevolucion se trama en todas partes por nuestros enemigos.» «¡Sea, sea!»—exclamaron las tribunas. «¡Sea, sea!»—respondió levantándose la Montaña. «¡Que siegue el hierro las cabezas culpables! Formad un ejército revolucionario, instituid con él un terrible tribunal, y que el instrumento vengador de la ley le acompañe. ¡Arrojad á los nobles, encerradles hasta la paz! ¡Que esa raza de sangre maldita vea desde hoy correr sólo la suya!»

En su contestacion anunció el presidente que la Convencion se habia anticipado al deseo del pueblo y de los Jacobinos, y que iba á cumplirle. «Ya que nuestra virtud,—dijo,—ni nuestra moderacion, ni nuestra filosofía, han servido de nada, seamos bandidos, ya que lo pide la felicidad del pueblo.» «Francia—le respondió severamente Thuriot—no tiene sed de sangre, sino de justicia.»

XXX

Barere, advertido por Robespierre y preparado desde la víspera, subió á la tribuna, en nombre del comité de salud pública, para reivindicar la iniciativa del

terror y para regularizarle al sancionarlo. «Hace algun tiempo – dijo—que los aristócratas del interior preparan un movimiento. Pues bien, se efecctuará el movimiento, mas será en contra suya. Lo tendrán organizado, regularizado por un ejército revolucionario que pondrá en práctica ese gran lema debido á la municipalidad de Paris: Sea el terror la órden del dia. Los realistas ansían sangre; pues bien, tendrán la de los conspiradores, la de los Brissot, la de María Antonieta; resoluciones que no serán venganzas ilegales, sino fallos de tribunales extraordinarios que van á funcionar. No os admirarán los medios que os propondrémos cuando sepais que áun desde el fondo de los calabozos conspiran esos asesinos, siendo el punto de apoyo de nuestros enemigos. Vosotros quereis anonadar á la Montaña; pues bien, la Montaña os confundirá.»

El decreto que reasumia estas palabras, concebido en los siguientes términos, fué votado por aclamacion: «Habrá en Paris un ejército de seis mil hombres y mil doscientos artilleros, destinados á contrarestar la reaccion, á hacer cumplir por todas partes las leyes revolucionarias y las medidas de salvacion pública decretadas por la Convencion nacional. Este ejército quedará organizado hoy».

Un segundo decreto desterró á veinte leguas de Paris á todos cuantos habian pertenecido á la casa militar del rey ó de sus hermanos.

Un tercero mandó que Brissot, Vergniaud, Gensonné, Claviere, Lebrun y Baudry, secretario de Lebrun, fuesen llevados inmediatamente ante el tribunal revolucionario.

Un cuarto restableció las visitas nocturnas domiciliarias.

Un quinto ordenó la deportacion allende los mares de todas las mujeres públicas, que corrompian las costumbres y que enervaban el republicanismo de los jóvenes.

Un sexto señaló una gratificacion de dos francos diarios á los obreros que dejasen sus talleres para asistir á las asambleas de sus secciones, y de tres francos á los hombres del pueblo que fuesen nombrados miembros de comités revolucionarios. Señalaba dos sesiones semanales, el domingo y el júéves, para estas reuniones patrióticas. Aquéllas debian principiar á las cinco y concluir á las diez.

Por último, un sétimo decreto reorganizaba el tribunal revolucionario. Este era la justicia del terror.

Este tribunal, instituido por la venganza en la mañana siguiente al 10 de Agosto, se habia hasta entónces contenido por las formas y humanidad de los girondinos. En dos años habia juzgado únicamente un centenar de acusados, cuya mayor parte habian sido absueltos. La instalacion de este tribunal de Estado trae á la memoria, por sus formas, que el pueblo le concedia todos los poderes, áun los de justicia, y que él iba á dominarse á sí propio y á juzgar á sus mismos enemigos por medio de jueces ciudadanos, buscados y elegidos por la multitud. Antes de tomar asiento en el tribunal, los jurados se presentaban al pueblo sobre un tablado erigido en medio de la plaza pública. Desde allí dirigia cada uno en particular estas palabras á la multitud: «Pueblo, soy un ciudadano de tal nombre, de tal seccion, de tal barrio, habito en tal calle, y tal es mi profesion. Conjuro á todos los ciudadanos aquí presentes para que declaren si me creen digno de acusacion. Antes que juzgue á los otros, júzgueseme á mí».

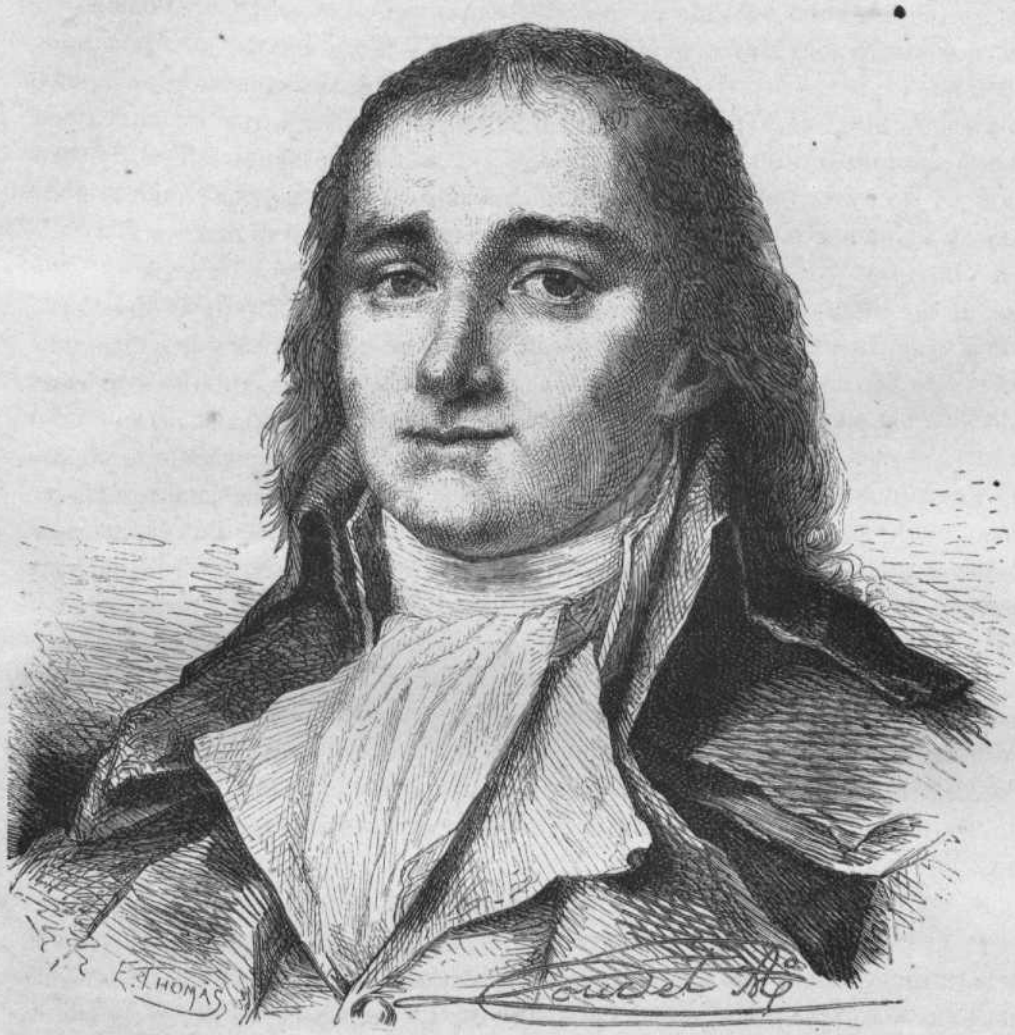
XXXI

No bien se hubo publicado el decreto de la reorganizacion del tribunal revolucionario, nombró la Convencion los jueces y jurados. Eran aquellos hombres escogidos por los jacobinos, de exaltados principios é inflexible corazon, y los jurados de ciego entusiasmo y esclavos del sentimiento que les dominaba. El espíritu de partido era toda su justicia. Creíanse probos no rehusando ninguna cabeza, é incorruptibles no conociendo la piedad. Fanáticos por un principio, la grandeza de la causa y el interes del pueblo les ocultaba el crímen y no les dejaba ver el resultado. Hombres incapaces, en general, de servir más noblemente á la causa á que querian cooperar, no pudiendo prestar otra cosa á la revolucion, le prestaban sus conciencias. Con tal de desempeñar algun cargo, consentian en hacer el más ínfimo papel. Se constituian voluntariamente en máquina organizada de los suplicios, y hasta tenian á gloria esta abyeccion. Segun ellos, era necesaria la muerte en el drama revolucionario, y se avenian á desempeñar el papel de matadores. Gente de esta clase la encontrareis en todas las historias. Así como se encuentra madera, fuego, hierro para construir el instrumento del suplicio, se encuentran jueces para condenar á los vencidos, satélites para perseguir á las víctimas, y verdugos para herirlas.

XXXII

Estos jueces eran: Hermann, presidente del tribunal del Pas-de-Calais; Sellier, juez de Paris; Dumas (de Lons-le-Saulnier), Brulé, Coffinhal, Foulcault, Bravetz (des Hautes-Alpes), Deliege, Subleyras (du Midi), Lefetz (d'Arras), Verteuil, Lanne (de Saint-Paul en Picardía), Ragmey (del Jura), Masson, Denizot, Harny, letrado; David (de Lille), Maire, Trinchard, Leclerc, casi todos abogados, juristas, legistas subalternos, avezados por la costumbre á los enredos que endurecen el corazon y á las formas que matan la conciencia. Los jurados eran ciudadanos de Paris ó de los departamentos, elegidos en las clases inferiores y de entre los que profesaban manuales oficios; hombres cuyas luces eran su instinto, y cuyos títulos su adhesion. Los eligieron ciegos, para que ciegamente obedeciesen. Excepto Antonelle, antiguo nombre de la aristocracia del Mediodía que se ilustró por sus lazos con Mirabeau, todos los demas de los sesenta jurados fueron sepultados por un eterno olvido, por su misma insignificancia. La virtud y la gloria, cuando rigen las revoluciones, brillan con frecuencia desde lo alto del cadalso, nunca junto á él.

La Convencion nombró despues á Ronsin general del ejército revolucionario. Desde las matanzas de Meaux, á las que asistió Ronsin, al nombre de Ronsin le prestara el terror su prestigio y la sangre derramada sus manchas. Ronsin, protegido por Danton y amigo de Chaumette y Hebert, recibió todos sus grados en las revueltas de Paris. La gloria que entrevió por las letras era su pasion, y para alcanzarla se lanzó en lo recio de la demagogia. Por el sable abandonó la pluma. Su uniforme popular y su exterior de jefe de muchedumbre encubrian ensueños é ideas ambiciosas; leia la historia y no comprendia el tiempo. Creia que la revolucion abortaria un Cromwell, y su intencion era desempeñar este papel. Le seducia el cometido de Henriot en el 31 de Mayo. Su esperanza era avasallar un dia á la



CHAUMETTE.

Convencion con la misma arma que le entregó ella. En el ejército revolucionario afilió todo lo que Paris encerraba de sediento de desórden, de pillaje y de sangre. «Qué quereis,—contestaba á los que le afeaban dar ingreso á todos los indisciplinados, todos los viciosos y criminales de la capital,—como vosotros sé que es un cuerpo de bandidos; pero designadme honrados ciudadanos que quieran desempeñar el cometido á que yo les destinaré.»

Organizado el ejército é instituido el tribunal, sólo faltaba indicarles y entregarles legalmente los culpables. La Montaña afirmaba que necesitaba la omnipotencia de la Convencion una gran ley de acusacion, universal como la república, arbitraria como la dictadura, aérea como la sospecha. Habia necesidad de entregar un arma á los delatores. El pueblo, ni en su cólera, ni en sus sospechas, habia esperado una ley de esta clase. Muchos meses hacía que los comités revolucionarios de Paris y las municipalidades de los departamentos encarcelaban bajo el nombre de sospechosos á los presuntos enemigos de la revolucion. A los que estaban exentos de crímen, recaia sobre ellos la sospecha que les juzgaba culpables. Era el derecho de proscribir, entregado á la arbitrariedad.

Los jacobinos reclamaban enérgicamente una medida general contra estos sospechosos, que aunque no convictos, inquietaban la república. Entre los inocentes y culpables querian crear una categoría de ciudadanos, que hasta la paz y triunfo de la revolucion fuesen sus ilotas y rehenes. La ley les ponia trabas durante el combate. Querian declarar por una ley superior la mitad de Francia fuera de la ley. Esta era tambien la opinion del comité de salud pública, no sólo para tener suspendida la cuchilla sobre todas las cabezas, sino para que al mismo tiempo que llenaba el cumplimiento de las sospechas y venganzas de todos, impidiese al pueblo encarcelar y castigar sirviéndole de norma el capricho. Danton y Robespierre querian que se legalizaran las injusticias y furores del pueblo.

XXXIII

Merlin de Douai presentó el 17 de Setiembre, con este objeto, un proyecto de decreto cuyas disposiciones, formadas por un hábil legista, abrazaban á Francia entera en una red de susceptibilidad legal, que quitaba la seguridad á la inocencia, y la inviolabilidad á la delacion. Merlin de Douai era uno de los legistas eruditos que, sin participar del furor de las pasiones en tiempos borrascosos, entregaban su sangre fria y su ciencia al hombre de ley de la idea reinante; jurisconsultos hoy impasibles de la república, y mañana juriconsultos moderados de la monarquía. Aunque estos hombres ofrezcan la forma legal á los excesos de los partidos que involuntariamente sirven con su autoridad y nombre, sería injusto acusar su memoria tan sólo por los crímenes que prohijó su legislacion. Justifican su fatal complacencia las pasiones extremas de los que los incitan á esta conducta, pasiones que engañan obedeciéndolas, y porque reservan alguna humanidad en las revoluciones, alguna libertad en las contrarevoluciones. Las intenciones secretas de Merlin, presentando la ley de los sospechosos, más propendian á poner en seguridad las víctimas de los degüellos populares, que á entregar culpables al tribunal revolucionario. A tal punto habian llegado las circunstancias, que las cárceles abiertas para los sospechosos le parecian el único asilo contra los asesinatos.

El decreto de Merlin, que contenia setenta y cuatro acriminaciones nuevas, acrecentando las sospechas que forjó la sombría imaginacion de los delatores, degeneró en el más completo arsenal de arbitrariedad que nunca un legista entregó al poder.

El artículo primero decia así: «Inmediatamente de la publicacion del presente decreto, se prenderá á todos los sospechosos que se encuentren en el territorio de la república.

»Se reputan sospechosos los que por su conducta, escritos ó ideas se han declarado partidarios de la tiranía y del federalismo y enemigos de la libertad.

»Los que no puedan justificar sus medios de subsistencia y el cumplimiento de sus deberes cívicos.

»Aquellos á los que se hayan negado certificados de civismo.

»Los ex-nobles, padres, madres, hijos, hijas, hermanos, hermanas, maridos, mujeres y agentes de los emigrados que constantemente no han manifestado su adhesion á la revolucion...»

«Sospechosos—añadia Barere comentando las categorías—los nobles; sospechosos los cortesanos, los jueces; sospechosos los sacerdotes; sospechosos los banqueros, los extranjeros, los agiotistas; sospechosos los que se quejan de los resultados de la revolucion; sospechosos los que se consternan por nuestras victorias.»

Un artículo final suplia todas las omisiones del legislador, y hacía partícipes de los efectos de la ley áun á aquellos que no reunian ninguna cualidad de los sospechosos, como tambien autorizaba á los tribunales para encarcelar á los acusados sobre quienes hubiese recaido la absolucion.

XXXIV

Las cárceles no bastaban para dar cabida al inmenso número de presos que arrancó esta ley de sus hogares. Se destinaron para cárceles los edificios nacionales, los palacios confiscados, las iglesias y los conventos. La pena de muerte, tanto más frecuente cuanto más lo eran estos crímenes, entregó á los jueces el derecho de diezmar á los sospechosos. ¿Rehusaban marchar á las fronteras ó entregar sus armas á los que á ellas se dirigian? ¡La muerte! ¿Daban asilo á un emigrado ó fugitivo? ¡La muerte! ¿Enviaban dinero á un hijo ó amigo que estaba en el extranjero? ¡La muerte! ¿Seguian una correspondencia indiferente con un emigrado, ó recibian una carta? ¡La muerte! ¿No denunciaban los conspiradores, los sujetos fuera de la ley ó los que les daban asilo? ¡La muerte! ¿Favorecian las correspondencias de los presos con sus parientes? ¡La muerte! ¿Desacreditaban los asignados? ¡La muerte! ¿Compraban con dinero? ¡La muerte! ¿Atestiguaban dos sujetos que un sacerdote, un noble ó un propietario tomaron parte en un movimiento contrarevolucionario? ¡La muerte! Finalmente, ¿se escapaban de la cárcel para evitar la muerte? ¡La muerte para castigar el instinto de la vida! No tardó tampoco en suspenderse la muerte sobre la cabeza de los jueces, pues se expidió un decreto mandando la destitucion, encarcelamiento y juicio de los comités revolucionarios que hubiesen puesto en libertad á un solo sospechoso.

XXXV

Así pues, una ley que no reconocia ningun inocente de los que quisiesen considerarse como culpables; la opinion imputada como crímen, la sospecha erigida en prueba, la delacion en deber; un tribunal revolucionario para aplicar este código bajo las indicaciones del comité de salud pública; un ejército revolucionario para contener á Paris, encarcelar á los sospechosos y presentar á los acusados ante el tribunal revolucionario; el patíbulo levantado en las principales ciudades y paseado en las secundarias; comisarios de la Convencion, designados por el comité de salud pública, vigilando los departamentos y ejércitos, y acelerando ó moderando los vaivenes de la dictadura; la Convencion, que deliberaba y obraba en el centro, presente en todas partes por medio de sus representantes, con quienes seguia incesante correspondencia, á quienes inspiraba, estimulaba, castigaba y llamaba á su seno, enviándolos otra vez impregnados de su energía revolucionaria: tal fué el terrible mecanismo de la dictadura que reemplazó las dudas y concesiones del gobierno despues de la caida de los girondinos; gobierno revolucionario que llamaron el *terror*. Irresistible y sangriento como la desesperacion de una nacion que presiente su aborto y de una nacion que presiente su muerte, esta dictadura hace temblar de admiracion y estremecer de horror á la vez. Imposible es juzgar á este gobierno revolucionario encerrándole en las reglas ordinarias de los gobiernos. El mismo se dió el dictado de gobierno revolucionario; dictado que significa subversion, combate y tiranía. La Convencion se creyó la salvaguardia de Francia, encerrada en una plaza sitiada. Resuelta á dar vida á la revolucion y la patria, ó morir sepultada la primera en sus ruinas, suspendió todas las leyes ante la ley del peligro comun. Creó la dominacion del comité de salud pública sobre ella misma y sobre sus enemigos, creó un poder revolucionario, al que la misma Convencion dió vida; poder que sobrepujó á la Asamblea, y poder que fué más pujante que ella. Voluntariamente permitió que la mandase y diezmase una tiranía que instituyó ella misma.

La Convencion no obró así sólo por la fuerza instintiva brutal que obliga á los hombres á reconocer como justa y legal la pasion que les fanatiza por una idea, ó el furor que les alienta contra sus enemigos, sino que tambien atendió en esta conducta la política. Tenia frente á sí un doble peligro que no quiso desconocer: la anarquía y la guerra extranjera. Presintió que sería muy luégo el juguete de los caprichos de la municipalidad y de las revueltas sediciosas del populacho de Paris, agitado por la turbulencia de los demagogos subalternos, si no aceptaba el arma del terror que estos demagogos le ofrecian, arma con la que á su vez amenazaria sus cabezas. Ni Danton, ni Robespierre, ni sus ilustrados colegas querian que la Convencion quedase á merced y fuese el juguete del primer faccioso de la municipalidad que viniese á dictar las leyes, como en 10 de Marzo ó en 31 de Mayo. Cuanto más se habian rozado estos hombres con la sedicion, miéntras que ésta favorecia sus principios ó su fortuna, mayor era en ellos el conocimiento de su demencia, más y más la temian cuando querian afirmar la república. Lo que apetecia Robespierre no era un populacho turbulento y sin freno por las calles, sino el apacible reinado del pueblo, personificado en sus representantes. Lo que deseaba Danton

no era la agitacion permanente de la capital, sino el gobierno pujante é irresistible de una república nacional. Ni el uno ni el otro personificaban la nacion en la municipalidad. Que la revolucion, concentrada en Paris y destrozada por las facciones de la plaza pública, espiraria muy luégo en el mismo sitio donde nació, era juicio que abrigaban ambos. Querian que se respetase la Representacion nacional. Ayudados con un terror legal, quisieron dominar el terror popular, que tan frecuentemente habia hecho temblar á la Representacion. Necesitaban el terror revolucionario. Se necesitaba para impeler las masas á las fronteras, contra Lyon, contra Marsella, contra Toulon, contra la Vendée, para imponer la disciplina á los ejércitos, la victoria á los generales, el estupor á Europa, y á todos el siniestro prestigio de la Convencion, y para arrancar á la nacion los sobrenaturales esfuerzos de impuestos, de armamentos, de levantamientos en masa, que ya no ofrecia el patriotismo desanimado. Robespierre y Danton inventaron el *terror* más bien para enfrenar los excesos y anarquía de la misma revolucion, que para castigar á los enemigos interiores.

Desde el momento en que lo organizó la Convencion, ya no inquietaron á nadie el realismo ni la aristocracia. El terror no podia alcanzar ni á los emigrados, ni á los vendeanos armados; al contrario, encarnaba en ellos el odio y entusiasmo, y les hacía más irreconciliables con una república que sólo les deparaba el cadalso. Los emigrados y vendeanos fueron el pretexto; los anarquistas, el objeto. El cadalso que pedian con descompasados gritos se levantó principalmente contra ellos.

XXXVI

Ademas de esto, el *terror* no fué, como se cree, un libre y cruel cálculo de algunos hombres que á sangre fria deliberaron un sistema de gobierno. No nació de un solo furor, ni en un dia. Tuvo vida, poco á poco, de las circunstancias, de la tension de las cosas y de los hombres que la fuerza de sus ideas colocó unos frente á otros, y que ahogados por las situaciones que crearon, creyeron el solo desenlace la cuchilla y la muerte. Particularmente le dió orígen esa fatal rivalidad de ambicion de popularidad, y ese mayor número de donativos patrióticos que cada hombre y cada partido vituperaban á los hombres y partidos rivales de ofrecer en pequeño número á la revolucion: Barnave á Mirabeau, Brissot á Barnave, Robespierre á Brissot, Danton á Robespierre, Marat á Danton, Hebert á Marat, todos á los girondinos. De modo que para justificar su patriotismo, cada hombre ó cada partido tuvo que exagerar sus pruebas, exagerando las medidas, las sospechas, los excesos, los crímenes, hasta que de esta presion comun que todos estos hombres y todos estos partidos ejercian resultase una emulacion general, en parte fementida, en parte sincera, que les arrollase en el mutuo terror que comunicaban y que arrojaban sobre sus enemigos para quedar exentos.

XXXVII

Añádase aún en el pueblo mismo la agitacion convulsiva de una revolucion de tres años; el temor de perder una conquista de la que más y más reconocia su valor, cuanto que era muy reciente y disputada; la fiebre incesante que las tribu-

nas, los diarios y los clubs arrojaban cada dia sobre la multitud; la falta de trabajo, la perspectiva de la ley agraria y del saqueo general por el hambriento populacho; la desesperacion del patriotismo, la traicion de los generales, las fronteras invadidas, los vendeanos que levantaban la bandera de religion y realismo destruidos; la desaparicion del numerario, la carestía, el hambre, el terror pánico, la costumbre del asesinato que el pueblo de Paris adquirió en las jornadas del 14 de Julio, del 6 de Octubre, del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre; el continuo espectáculo del cadalso que habia ya familiarizado las ejecuciones; finalmente, esa loca rabia de exterminio que como un gusto depravado se oculta en los instintos de la multitud para revelarse en las conmocio-

Incomodidades de las prisiones.—Pág. 102.

nes, pidiendo el asesinato cuando ha respirado el olor de la sangre: todas éstas fueron circunstancias que tambien dieron vida al *terror*. En algunos cálculo, adhesion en otros, debilidad en éstos, concesion en aquéllos, miedo y furor en los más; epidemia moral que infestó un aire ha tiempo viciado, y del que no se libran los ánimos predispuestos, como tampoco los cuerpos morbosos de la reinante enfermedad; acceso de fiebre que á la vez afecta á todo un pueblo, y que conduce hasta el enajenamiento la cabeza y brazos de una poblacion delirante; contagio al que todos prestan su miasma y su complicidad, aunque exclusivamente ninguno sea culpable, el *terror* nació de sí mismo, y murió tal como fué su orígen, cuando cedió la tension general de las circunstancias, sin adquiririr la conciencia de su fin y sin poseer la conciencia de su principio. Tal es el camino de las circunstancias

humanas, circunstancias que nuestra pobreza reconoce como producto de una sola causa, cuando son su orígen mil causas opuestas, causas que se reconocen con el dictado de un solo hombre, cuando es el tiempo quien debiera darles nombre.

XXXVIII

¿La Convencion podia prescindir de la necesidad de un gobierno arbitrario, dictatorial, armado con la poderosa intimidacion, en las circunstancias en que se hallaban la república y Francia, y hasta la misma Convencion? Cualquiera que sea la respuesta del filósofo ó del hombre de ley, no es de ningun modo dudosa en el juicio del hombre de Estado. Sin un gobierno concentrado y excepcional, inevitablemente sucumbia la revolucion, ya por la anarquía del interior, ya por la contrarevolucion exterior.

La coalicion de los reyes estrechaba á Francia, y setecientos mil hombres eran los ejecutores de la revolucion. Los emigrados marchaban á la cabeza de los extranjeros y fraternizaban con el realismo en Valenciennes y Condé. La Vendée sublevaba el Oeste, y su insurreccion religiosa daba la mano á la insurreccion de Normandía y á la del Mediodía. Recien abatido en Paris el pendon del federalismo, lo enarbolaba Marsella. Toulon y la escuadra preparaban su defeccion y abrian su rada y sus arsenales á los ingleses. Lyon, erigiéndose en municipalidad soberana, encarcelaba á los representantes del pueblo, y levantaba la guillotina contra los partidarios de la Convencion.

La municipalidad de Paris, orgullosa con su último triunfo, afectaba para con la Representacion nacional la moderacion de la fuerza, pero conservaba una actitud que se traslucia más por amenaza que por respeto. Pache, Hebert, Chaumette, Ronsin, Vincent, Leclerc, Jaime Roux, amigos y émulos de Marat, junto con los Franciscanos, que no habian aún licenciado los amotinados del 31 de Mayo, declamaban atrevidamente contra el letargo de Danton, contra la debilidad de Robespierre y contra las contemporizaciones del comité de salud pública. Envanecidos de haber diezmado la Convencion, pregonaban que iban á secundar tal resultado. Pedian imperiosamente contra las costumbres, contra el culto, contra la propiedad, contra el comercio, medidas que sólo transformando las leyes del órden social podia conceder la Convencion. Adoptaban estas ideas los clubs, los comités revolucionarios, las asambleas de las secciones, las plazas públicas, los arrabales y los periodistas, ofreciendo sus brazos para obligar á la Convencion á expedir estos decretos. Las conversaciones del pueblo sólo giraban sobre hacerse justicia por sí mismo y renovar, sobrepujándolas, las matanzas de Setiembre. ¿Cómo era posible que un cuerpo político arrojado en medio de esta tempestad, que no podia negociar con Europa, ni pacificar las insurrecciones del interior, ni defenderse él mismo en Paris con la fuerza de la ley, hecha trizas en su mismo seno, se salvase y salvase tambien á la república y á la patria por la sola fuerza de una Constitucion que no existia, sin rodearse del prestigio, de la omnipotencia y de un aparato atemorizador de fuerza y represion contra sus amigos y contra sus enemigos?

XXXIX

La dictadura de la Convencion no era una usurpacion completa, porque la Convencion era la misma revolucion concentrada en Paris, y la revolucion era Fran-

cia. En tal momento, el solo gobierno nacional de Francia y de la revolucion era la Convencion. La Convencion reasumia todos los derechos de la revolucion y de Francia. El primero de estos derechos era salvarse y sobrevivir. La sola ley que debia imperar en tal momento era un *fuera de la ley*, universal, que intimidase los complots, que abatiese todas las resistencias y todas las facciones, y que obrando con la celeridad del rayo, se apoderase de un poder de que carecian todos y sin el que todo pereceria á la vez. Robespierre, la Montaña y Danton tuvieron la audacia de buscar este poder, y le encontraron en el mismo corazon de la anarquía. La Convencion tuvo la arrogancia y la desgracia de asociarse á su empresa y reasumir sobre ella una responsabilidad eterna. Forjando la dictadura, creyó forjar un arma defensiva, indispensable en su opinion para salvar la libertad; pero el arma de la tiranía es demasiado pesada para el brazo del hombre. En vez de amenazar con acierto y calma, hirió á la casualidad, sin piedad ni justicia. El arma arrastró á la mano. Este fué el crímen, crímen que expía aún hoy la libertad.

Sus reflexiones eran éstas: «Las ideas tienen el derecho de la publicidad; las verdades, el de combatir; las revoluciones que encierran aquellas ideas y estas verdades, el de defenderse y triunfar. ¿La Convencion representa la revolucion? Sí. ¿Tiene el derecho de salvarla? Sí. ¿El mantenimiento de la idea y de la verdad revolucionaria exige de la Asamblea nacional una dictadura tan legítima y omnipotente como la misma nacion? Sí. ¿La soberana voluntad nacional es la ley del momento? Sí. ¿Las circunstancias exigen que esta ley sea eficaz, bajo pena de muerte, contra todas las facciones, intimidando irresistible y por consecuencia excepcionalmente? Sí.» El gobierno, pues, en esencia unitario de la Convencion era imprescindible en los momentos en que se creó. Dar leyes temporales, severas é imparciales, y aplicar penas, es el derecho de cualquier dictadura; proscribir y matar contra toda ley y justicia, inundar de sangre los cadalsos, entregar, no acusados á los tribunales, sino víctimas al verdugo, ordenar fallos ántes de juzgarles, dar á los ciudadanos sus enemigos por jueces, alentar á los delatores, arrojar á los asesinos los despojos de los ajusticiados, encarcelar y prender por simples sospechas, traducir por crímen los sentimientos naturales, confundir las edades, los sexos, los ancianos, los jóvenes, las mujeres y los hijos en los crímenes de los padres, de los maridos y de los hermanos, no es ya dictadura, sino proscripcion. Tal fué, pues, el doble carácter del *terror*. La Convencion permanecerá, por el uno, monumental sobre la brecha de la patria salvada y la revolucion defendida; por el otro, su memoria está bañada de sangre, sangre de que la historia se ocupará eternamente sin poderla borrar jamás.

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina María Antonieta.—La Conserjería.—Arrebatan á su madre el jóven Delfín.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville acusador público.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte.

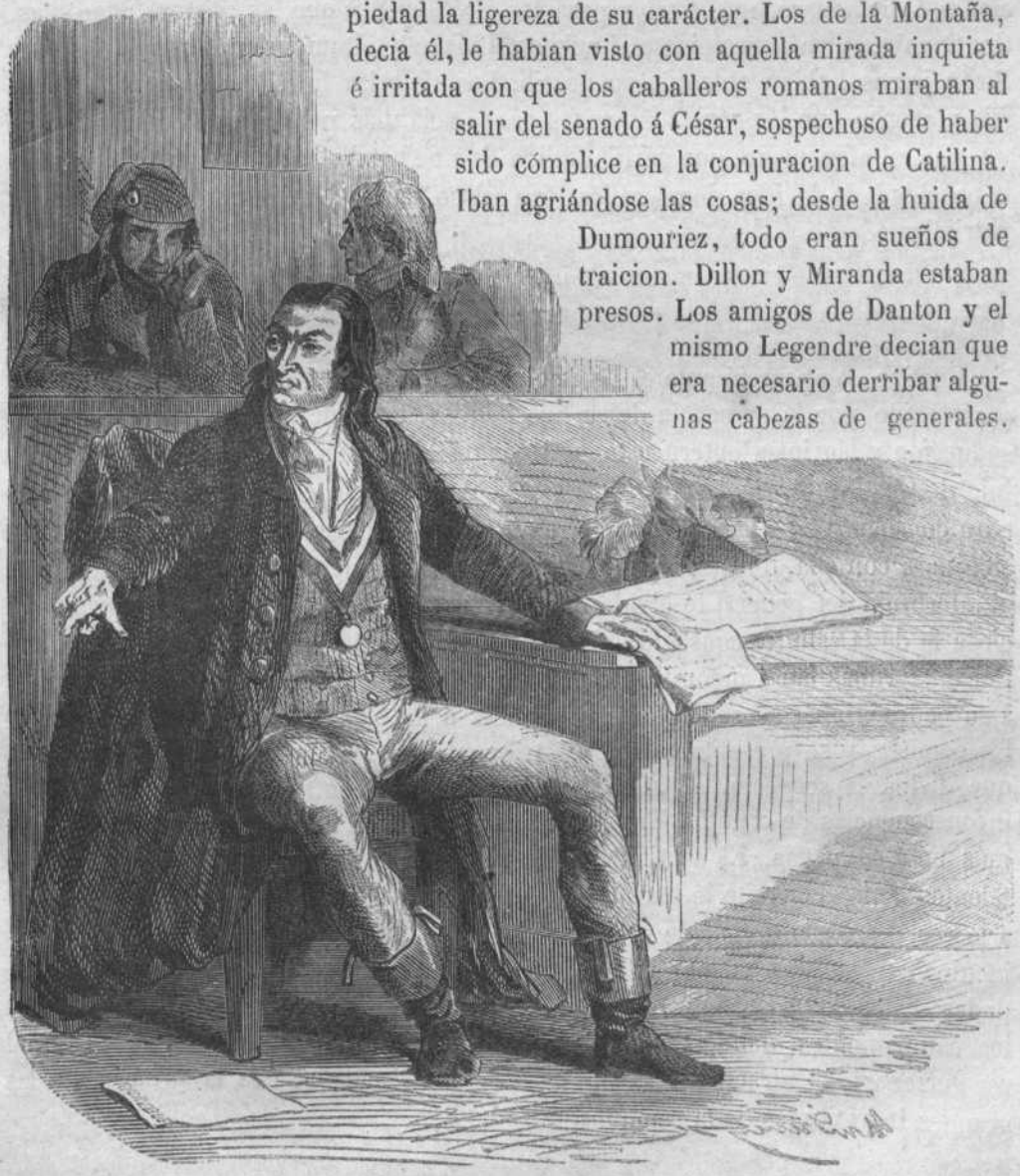
I

Una de las primeras víctimas importantes del terror fué el general Custine. Su crímen era regularizar la guerra. Los montañeses querian una guerra de paso precipitado y á la carga. Necesitaban generales plebeyos para dirigir las masas plebeyas, y generales ignorantes para inventar la guerra moderna.

Hemos visto ya cómo Custine, arrancado en medio de su ejército, que le adoraba, por el comisionado de la Convencion Levasseur, habia llegado á Paris para dar cuenta de su inaccion. La inmensa popularidad que le habian alcanzado sus primeras invasiones hasta el corazon de Alemania y la toma de Maguncia le rodeaba aún. Los oficiales le admiraban, y le querian los soldados. Cierta clase de coquetería soldadesca, que ocultaba la adulacion bajo la dureza; una disciplina más ó ménos rígida segun convenia, una elocuencia natural, costumbres á la vez libres y marciales, una colosal fortuna generosamente prodigada en los campamentos, la aristocracia de un nombre cuya misma democracia aumentaba su prestigio, opiniones al parecer simpáticas hácia los girondinos, y el favor secreto de los realistas, que se complacian en considerarle retrógrado y amante de la monarquía, todo contribuia á establecer en derredor de Custine el interes que se une á la gloria, á la esperanza y á la persecucion. Su presencia en Paris habia reanimado todos estos sentimientos; el entusiasmo y los aplausos arrancados por su aparicion en los sitios públicos, en los paseos, en los teatros, hicieron temer á la Convencion que llamando á Paris un acusado, hubiese llamado un dominador, y que tentase al general obediente el papel de Cromwell. Apresuróse á prenderle y á entregarle á los jueces. No era por cierto el momento en que queria apoderarse de la supremacía del poder el más á propósito para reconocer en el ejército otra popularidad que no fuese la suya, y moderar un ascendiente con el que más tarde hubiera querido contar. El crímen de Custine era el de aparecer como necesario. No se querian más hombres necesarios, se queria que la patria fuese sola y el todo.

Por lo que concernia al ejército, se dejaban traslucir dos partidos en la Convencion y en el comité de salud pública: el partido de Danton y el partido de Robespierre. Danton y los suyos, Fabre d'Eglantine, Legendre, Chabot, Drouet, Camilo Desmoulins, Bazire, Alquier, Merlin de Thionville, Merlin de Douai y Del-

mas, habian mantenido siempre con los generales de la república inteligencias que atestiguaban en aquellos convencionales un oculto pensamiento de intervencion militar, cuyos instrumentos halagaban de antemano. Se procuraban el favor del ejército, mantenian correspondencia y amistad con los jefes, visitaban los campamentos, se dividian, segun se decia, los despojos; eran los patronos de los generales en las oficinas del ministerio de la Guerra, y blasonaban de amistad con aquellos mismos que por sus nombres ilustres y republicanismo dudoso hacian su frecuentacion sospechosa á los jacobinos. Poco hacía que Camilo Desmoulins acababa de excitar la cólera de los patriotas declarándose amigo de Dillon, á quien queria entregar la comandancia del ejército del Norte, é hiriendo con invectivas á los acusadores de aquel general. Este escritor habia acusado al comité de seguridad pública de desorganizar los ejércitos, trastornando los planes de los generales con ineptas manos. La Montaña, indignada, sólo perdonó á Camilo Desmoulins por piedad la ligereza de su carácter. Los de la Montaña, decia él, le habian visto con aquella mirada inquieta é irritada con que los caballeros romanos miraban al salir del senado á César, sospechoso de haber sido cómplice en la conjuracion de Catilina. Iban agriándose las cosas; desde la huida de Dumouriez, todo eran sueños de traicion. Dillon y Miranda estaban presos. Los amigos de Danton y el mismo Legendre decian que era necesario derribar algunas cabezas de generales.



Fouquier-Tinville acusador público.—Pág. 111.

Robespierre no hacía más que seguir el instinto de su naturaleza y obedecer á los celos de su carácter, apresurando la acusacion de Custine é inutilizando todos los jefes militares sobre los que el ejército podia dirigir los ojos ántes que sobre la patria. La libertad era su fin; sólo queria ejército para defender su cuna. La única fuerza del pueblo debia ser, segun él, el mismo pueblo. La historia enseña que el ejército, instrumento de gloria, se convierte en instrumento de tiranía. El ejército era ante sus ojos el ejército de los reyes. La victoria daba á los generales la popularidad de los campamentos; la popularidad de los campamentos les hacía contemplar con desasosiego el yugo civil. Convertirse de dominantes generales en obedientes ciudadanos le parecia esfuerzo superior á la virtud humana. No queria ni que el ejército se acostumbrase á admirar un jefe, ni que el pueblo se dejase corromper por la gloria. Desde los tiempos de la Asamblea legislativa se opuso por sí solo á la guerra, pedida por los jacobinos. Habia previsto de antemano las traiciones ó dictaduras, más fatales para las revoluciones que las mismas anarquías. Continuaba en su pensamiento. Luckner, Lafayette, Dumouriez, Custine, Dillon y Biron jamás habian obtenido su gracia. Las victorias le habian encontrado más frio y acerbo que los contratiempos, porque veia más peligro en la celebridad de un general afortunado, que en la pérdida de una batalla. Adorador exclusivo hasta la crueldad de la idea democrática, fué celoso hasta el extremo de sacrificarle el patriotismo.

II

Custine compareció ante el tribunal, rodeado de los recuerdos de sus triunfos y sostenido por la presencia de su hija política, cuya hermosura, gracia, talento, seduccion y lágrimas enternecian el rigor de las almas. Era la mujer del único hijo de Custine, preso tambien á la sazon. Abandonaba el calabozo de su marido para consolar á su suegro en la prision y acompañarle al tribunal. Custine habia sido para con ella, durante su elevacion, un censor exigente y de mal humor; ante el infortunio del general lo olvidó todo aquella hermosa jóven, y se ocupaba con ciega fe de la salud y consuelo del hombre que con su dureza le habia hecho derramar lágrimas tan á menudo. Queria probar su amor á su marido conservándole á su padre. Habia acosado con sus súplicas á los jueces, jurados y miembros de los comités, y se presentaba ante el tribunal junto á Custine como la inocencia que disipa la sospecha. Custine tenia sólo en su contra algunas debilidades é inconsecuencias de orgullo. Habia hecho traicion á las esperanzas de la república, mas no á su patria. El sentimiento de su inocencia y la necesidad que de sus talentos tenia el ejército le hacian presentarse ante el tribunal apacible y orgulloso á la vez. La superioridad de sus conocimientos militares sobre los testigos que le inculpaban, su gran memoria, la prontitud y oportunidad de sus réplicas, el verdadero calor de su patriotismo, y aquella elocuencia marcial que habia ejercido en los campamentos, dándole el dón natural, prestaban á las sesiones del tribunal revolucionario el atractivo y solemnidad de una tragedia. Era la primera de las grandes ingratitudes de la república.

III

Fouquier-Tinville, acusador público, *boca de hierro* del terror, indiferente á la verdad ó á la calumnia, leyó una larga y confusa acusacion en que todos los actos militares de Custine, y principalmente sus retiradas y abandono de Maguncia, estaban disfrazados como actos de traicion. Escucháronse numerosos testigos. Unos eran delatores que decian haber visitado los campamentos para tomar acta de los vagos murmullos y descontentos personales de las tropas; eran los otros demagogos alemanes de Maguncia ó de Liege, que imputaban al general frances haber despreciado sus consejos y moderado sus excesos; eran los demas, en fin, los representantes del pueblo comisionados junto á los ejércitos, tales como Montaut, Lequinio, Leonard Bourdon, Merlin de Thionville, Couturier y Hentz. Estos fueron los más parcos en sus declaraciones. Hablaron de Custine como hombres que habian desaprobado alguna vez su conducta, mas creyendo en su inocencia y respetando su desgracia. Nadie pronunció la palabra traicion.

Contestó Custine á los diferentes puntos de la acusacion, contrarió las declaraciones, restableció los hechos, las circunstancias y las fechas, y anonadó todas las inculpaciones con tanta sangre fria y con tal lucidez y fuerza, que se aumentó, con justicia, la celebridad de su talento en el campo de batalla en que á la sazon disputaba su honor y su vida. Ninguna prueba se reprodujo, y sólo quedaron sospechas en las almas de los que querian abrigarlas. Los acentos del indignado general fueron acentos de grandeza y de sinceridad, acentos que confundian la ingratitud de la patria.

IV

Habiendo dicho Levasseur de la Sarthe en el tribunal que habia observado en la conducta de Custine los mismos síntomas de traicion que habian caracterizado la conducta de Dumouriez para entregar sus soldados á merced de los enemigos, exclamó Custine por toda respuesta y dirigiendo sus brazos al cielo: «¡Yo haber intentado que asesinaran á mis valientes hermanos de armas!» Algunas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron su sola refutacion.

Sin embargo, la impaciencia de los jacobinos estimulaba la lentitud del tribunal. La conviccion de la inocencia, el enternecimiento ó la admiracion ganaban todos los corazones. Los jurados vacilaban entre sus opiniones y sus conciencias. Custine terminó el debate con un discurso de dos horas, en el que la claridad de la refutacion, la dignidad de los sentimientos, el patético y varonil acento del hombre guerrero y la elocuencia revolucionaria de ardiente patriota inspiraron á los numerosos espectadores emocion y respeto. Creian todos, y hasta él mismo, su absolucion. Su hija política derramaba lágrimas de placer; empero los jurados le declararon culpable, con mayoría no esperada. El tribunal pronunció el fallo: la pena de muerte.

Era de noche. El general, entre dos filas de gendarmes, entró en la sala para escuchar su sentencia. La ansiedad de la duda palidecia su rostro. Dirigia inquietas miradas á la multitud, como para interrogar por su suerte á los rostros; pero

aquélla nada sabía. Las hachas, que iluminaban por la vez primera el pretorio desde el principio del proceso, mostraban á Custine que la deliberacion de los jurados habia sido larga y que su cabeza se habia disputado con encarnizamiento. El agitado auditorio y la consternada actitud de los jueces le hicieron concebir por vez primera el presentimiento del suplicio. Sentóse, fijando los ojos en el presidente. Coffinhal leyó la declaracion del jurado, y segun costumbre, le preguntó si tenia que reclamar algo contra la pena de muerte que pedia el fiscal.

El alma de Custine pareció decaer, más por la sorpresa de la injusticia que por el terror de la muerte. Dirigió miradas en derredor suyo para buscar sus defensores é implorar una última voz; pero éstos se habian retirado. No viéndolos, se dirigió Custine hácia el tribunal, y con una accion que expresaba su abandono, exclamó: «¡Ya no me queda ni un solo defensor, todos han desmayado! De nada me acusa mi conciencia. Muero tranquilo é inocente».

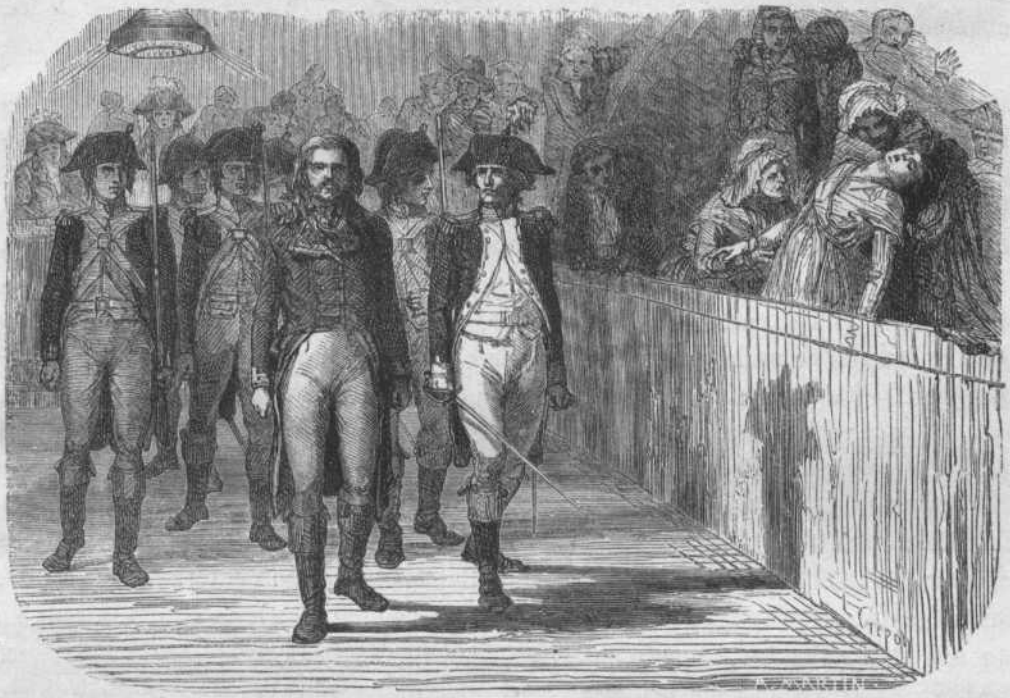
V

Lleváronse á su hija política desmayada. La gente del salon permanecia muda ó lloraba. La multitud de fuera aplaudió. Custine entró en el archivo de la Conserjería, antesala entre la vida y la muerte. Cayó arrodillado y con la cabeza entre sus manos, permaneciendo de esta manera y prosternado dos horas, abismado en reflexiones y sin proferir ni una sola palabra. Tal vez pensase en lo que habia sacrificado de su rango y sangre, de su deber hácia el trono y de su fe de cristiano para con la revolucion, que tal recompensa le daba en aquel momento. Levantóse y pidió un sacerdote, y pasó la noche entera con el ministro de Dios. Pidió fuerzas para morir á la religion, contra la que habia combatido al frente de los soldados de la república. Confesóse por este acto vencido por las doctrinas de que se habia declarado enemigo. No conservó nada en sus últimos momentos de aquel *decorum* de la muerte del soldado, del que con tanta frecuencia habia hecho gala en el campo de batalla. El hombre y el padre quedaron solos; el guerrero desapareció. Escribió una patética carta á su hijo, encareciéndole cuidase de su memoria y de la rehabilitacion de su inocencia en el corazon del pueblo, cuando el tiempo destruyese la sospecha. Subió á la carreta con las manos atadas. Un redingot de paño azul, que conservaba algunos vivos y galones de uniforme, mostraba la dignidad del general bajo el traje del ajusticiado. Besaba con ardor un crucifijo que un sacerdote, sentado junto á él, oprimia contra sus labios. Sus ojos, arrasados de lágrimas, se dirigian alternativamente de la multitud al cielo, como para acusar su inconstancia al pueblo y pedir justicia á Dios. Bajó de la carreta al pié del cadalso y cayó nuevamente arrodillado sobre el primer escalon. Su plegaria, que no osaron interrumpir, pareció redoblar su fervor y se prolongó largo tiempo. Subió al fin con firme paso, y mirando un momento la cuchilla como si fuese la bayoneta de la patria, se puso en manos del verdugo y murió. Esta muerte hizo retroceder todos los pensamientos de traicion á los corazones de los generales, todas las insubordinaciones en el deber; hizo rodar ante el ejército admirado la cabeza del más popular de sus jefes. Enseñóle que no tenia más jefe que la Convencion. Dió á los representantes del pueblo en las fronteras un carácter de inflexibilidad que crea la obediencia y el heroísmo por medio del terror. El partido

militar, emigrado con Lafayette, tránsfuga con Dumouriez, decapitado con Custine, vergonzoso y mudo contra Danton, fué completamente anonadado con este suplicio, y no intentó luchar más con Robespierre, símbolo del pueblo y única cabeza dominante de la república.

VI

Noventa y ocho ejecuciones acababan de ensangrentar el cadalso en sesenta dias. Una vez puesta en manos del pueblo la cuchilla del terror, jamás la suelta. La venganza implacable y cobarde pedia sin cesar la cabeza de María Antonieta.



Custine ante el tribunal revolucionario.—Pág. 112.

La ciega impopularidad de esta princesa habia sobrevivido á su caida y desaparicion. Ella era, segun los dichos del pueblo endurecido, la contrarevolucion encadenada, mas viva aún. Aunque inmolado Luis XVI, el pueblo conocia que únicamente se habia inmolado la mano. El alma de la corte era, para los enemigos del realismo, María Antonieta. Luis XVI era ante sus ojos la personificacion de la majestad, y su mujer el crímen. Ya hacía algunos dias que el Consejo de la municipalidad recibia acusaciones significativas contra algunos de sus comisarios que dispensaban á los encarcelados del Temple alguna consideracion ó piedad. Ordenábaseles la insolencia y el ultraje como virtud de sus opiniones. La demolicion de los sepulcros de Saint-Denis, ordenada por la Convencion, por las peticiones de la municipalidad, iba á esparcir hasta las cenizas de los reyes. ¿Por qué, pues, conservar las personas reales que respiraban aún en el centro de Paris? Pensaban los implacables jacobinos que la atmósfera de la república se *calmaria* y *purificaria* con esta sangre que les era odiosa, y el comité de salvacion pública mandó á Fouquier-Tinville que apresurase el proceso.

VII

Ningun miembro del comité consideraba á la reina como destituida de odio contra la república, pero ninguno la creia peligrosa para con la revolucion; algunos se avergonzaban, no obstante, de la necesidad de inmolarla. El mismo Robespierre, tan encarnizado contra los reyes, hubiera querido libertar á la reina. «Las revoluciones son en extremo crueles,—decia en esta época;—ante ellas nada es el sexo ni la edad. Las ideas son implacables, mas el pueblo debiera saber perdonar. Si mi cabeza no fuese necesaria á la revolucion, hay momentos en que la ofreceria al pueblo en cambio de una de las que nos pide.»

Unicamente Saint-Just no se desviaba por ningun sentimiento de la línea de inflexibilidad que trazó en el comité á la marcha de la república. En cuanto al resto de la Montaña, Collot, Legendre, Camilo Desmoulins, Billaud-Varennes y Barere, llevados por la cólera y arrastrados por la debilidad general del momento, procuraban acertar los instintos de la multitud á fin de halagarla sirviéndola. Quedaba la compasion de la opinion, que podia conmoverse por una reina, por una viuda, por una madre, por una cautiva, inmolada á sangre fria por todo un pueblo; mas la opinion, asfixiada por el terror, era dominada por el cadalso. El miedo vuelve egoista, como la prosperidad. Cada cual tenia demasiada piedad de sí propio para sentir piedad hácia la desgracia ajena.

VIII

Dejamos á la familia real en el Temple en el momento en que el rey daba sus últimos abrazos para marchar al patíbulo. La reina, acostada enteramente vestida, habia permanecido durante las largas horas de agonía del 21 de Enero sumida en fuertes desmayos, únicamente interrumpidos por el llanto y la oracion. Procuró acertar el preciso momento en que la cuchilla fatal cortaba la cabeza de su esposo, para unir su alma á la suya é invocar como protector en el cielo al que perdia como esposo en la tierra. Los gritos de *¡Viva la república!* que desde el pié de la guillotina se fueron reproduciendo hasta las puertas del Temple, junto con el ruido de la artillería que regresaba desde los boulevares á las secciones, fueron los anuncios que indicaron á la reina este momento. Deseaba con avidez saber los fúnebres detalles de los últimos pensamientos y últimas palabras de su esposo. No ignoraba que moria como bueno y como hombre, pero necesitaba saber si moria como rey. Más que el cadalso la hubiera humillado una debilidad ante su pueblo y ante el porvenir. El Consejo de la municipalidad rehusó este consuelo á María Antonieta. Clery, más querido de ella desde sus últimas comunicaciones con su rey y preso durante un mes en la torre, no tuvo ninguna comunicacion con la familia proscrita. No pudo enviar ni el rizo de cabellos ni el anillo de casamiento. Estas reliquias, casi impregnadas con la sangre del ajusticiado, fueron selladas y colocadas en la sala donde estaban los comisarios de la municipalidad. Algunos dias despues, el municipal llamado Toulan, que bajo la apariencia de sus funciones encubria una adhesion apasionada á la reina, las sustrajo, y fueron enviadas al conde de Provenza.

IX

La reina suplicó á sus carceleros que le permitiesen tributar á la memoria de su esposo la última prueba de respeto, vistiendo luto. Accedieron á esta súplica, pero bajo nimias y ridículas concesiones que parecian una ley relativa al dolor. Por otra especial deliberacion, el Consejo de la municipalidad concedió quince camisas al hijo del rey.

Desde la muerte de Luis XVI notáronse algunas contemporizaciones en la cautividad de las princesas. Los mismos comisarios del Temple creyeron en los primeros momentos que, satisfecha ya la república, quedarian luégo en libertad las princesas y los niños. Los municipales indulgentes dejaban entrever en sus conversaciones esta esperanza. Madama Isabel y la jóven princesa intentaron que la reina admitiese esta posibilidad, si no como esperanza, al ménos como consuelo á sus lágrimas; pero la reina conservó su impasibilidad, ya porque no creyese en los humanos sentimientos de un pueblo cuyo enojo llevó al cadalso á un rey que en otro tiempo vitoreó con entusiasmo, ya porque creyese preferible la muerte á la libertad sin el trono y sin su esposo.

Rehusó constantemente bajar al jardin, distraccion que de nuevo le concedian. «Imposible me sería—decia arrojándose en los brazos de su hermana—pasar por frente de la puerta del cuarto del rey, en el primer piso de la torre. Eternamente veria las huellas de sus últimas pisadas impresas en las escaleras.» Nada podia mitigar aquel suplicio de su alma. Alarmada respecto á la salud de sus hijos por una reclusion tan completa, consintió tan sólo á fines de Febrero en pasear y respirar el aire libre en la plataforma de la torre.

El Consejo de la municipalidad, informado de la curiosidad que despertaban en las casas vecinas estos paseos y temiendo que se estableciesen inteligencias con la mirada, disputó á sus cautivas la vista del horizonte, y por una órden expedida el 26 de Marzo mandó que se colocasen celosías en todas las almenas, que sin impedir la circulacion del aire, impidiesen las curiosas miradas.

Estas precauciones, crueles para los niños, eran un beneficio para la reina. Le privaban del aspecto de una odiada ciudad y del estruendo de la tierra, y sólo le dejaban entrever el cielo, al que ella aspiraba. Se alteraba su salud, sin que se apercibiese su alma de la decadencia de su cuerpo. Las noches las pasaba en insomnios que sus alteradas facciones revelaban por la mañana. Su hermana é hija le suplicaron que pidiese se abriera una puerta de comunicacion entre su cuarto y el contiguo, donde las encerraban todas las noches. La reina consintió, y atendiendo á su ternura, Chaumette, procurador general de la municipalidad, conmovido por las lágrimas de las princesas y el decaimiento de la reina, prometió apoyar la demanda; empero al dia siguiente, acompañado de Pache y de Santerre, volvió al Temple para anunciar á la reina que se habia desechado su peticion.

Pache y Santerre no pudieron ménos de contemplar con estupor la abatida víctima de tantas persecuciones, y se retiraron aterrados de su poder y encadenados con las exigencias de una opinion que, elevándolos sobre el pueblo, les prohibia ser hombres.

X

Fué estrechándose cada vez más el cautiverio. La sensibilidad, que tambien domina la opinion, fué el móvil que introdujo algunos hombres adictos hasta los ventanillos de los calabozos del Temple. Algunos municipales urdieron un complot para hacer más llevadera la prision de las princesas y poner en correspondencia á las cautivas con los agentes exteriores. Toulan, Lepitre, Beugneau, Vincent, Bruno, Merle y Michonis engañaban la vigilancia de los demas comisarios y las precauciones de la municipalidad.

Mr. Hue, ayuda de cámara del rey, libre y olvidado en Paris, se comunicaba con estos comisarios y transmitia á las princesas los pasos, las noticias, las esperanzas y las tramas que interesaban á su situacion. Estas comunicaciones, verbales ó escritas, sólo llegaban á los oidos de las princesas venciendo muchas precauciones y estratagemas para engañar á los demas comisarios. Los municipales se vigilaban mutuamente. Una mirada ó un gesto que uno á otro sorprendiera, le hubiera conducido al cadalso. Los medios de comunicacion que ponian en juego Toulan y Lepitre eran la mano de Turgy y los objetos inanimados. Una estufa calentaba el cuarto del piso tercero, antecámara comun de la reina y de madama Isabel; en los tubos de los caloríferos colocaba Turgy los billetes, los avisos ó los fragmentos de periódicos que instruian á las princesas de lo que queria que supieran. A su vez las princesas ocultaban los billetes escritos con las tintas simpáticas que sólo podian leerse calentándolas. De tal modo llegaban hasta el calabozo de María Antonieta las noticias de los acontecimientos exteriores é interiores, la disposicion de los ánimos, los progresos de la Vendée, las victorias de los ejércitos extranjeros, el falso brillo de esperanzas que alimentaban quiméricas conspiraciones para libertarlas, y algunas cartas impregnadas de lágrimas de verdadera amistad. Pero el corazon de la reina no abrigaba la esperanza. El horror de su situacion dependia precisamente de que nada temia ni nada esperaba. No poseia la agitacion del sufrimiento que lucha; adquirió la paz de la desesperacion y la inmovilidad del sepulcro, junto con la sensibilidad de la vida.

La eterna separacion del rey daba márgen á que recayese sobre ella todo el peso de sus infortunios. Más ocupada de él que de sí misma, el cuidado de mitigar el cautiverio de su esposo la distrajo gran parte de sus inquietudes. Nada la levantaba ya del suelo en que se arrastraba abatida. Sólo veia en sus hijos partes dolorosas y mutiladas de su corazon. Era la herencia de un suplicio que enfrente de sí tenia, herencia que le recordaba que algun objeto querido verteria sangre tras ella.

La rodeaba la serenidad de su hermana, pero sin comunicarse á su alma. Creia á madama Isabel una persona impasible, colocada por la sublimidad de su fe y por la resignacion de su naturaleza en una esfera inaccesible á las pasiones y á las inquietudes de la humanidad. La respetaba y la envidiaba; pero la naturaleza impresionable y apasionada de María Antonieta no tuvo otra semejanza con madama Isabel que su caida, otro contacto que la desgracia comun. La una era un ángel; la otra, una mujer. Se hallaban en contacto en la tierra, pero las separaba el cielo.

XI

El 31 de Mayo, las princesas oyeron sin comprenderlo el lejano murmullo de la sublevacion que abatia á los girondinos. Hasta algunos dias despues no supieron la caida de estos hombres, que en vez de salvarlas, las arrastraron más rápidamente á la muerte. Hebert y Chaumette venian de vez en cuándo á ser espectadores de su miseria, y ya se presentaban injuriosos, ya apiadados, retratando las variaciones populares. La criada de la reina, esposa de Tison, denunció á Toulan, Lepitre y sus cómplices, que fueron decapitados. Esta mujer, agitada por el remordimiento, enloqueció, se echó á los piés de la reina, y durante algunos dias alborotó la cárcel con sus gritos, ofreciendo el espectáculo de su demencia. Las princesas, frente á este arrepentimiento y locura, olvidaron las delaciones de esta desgraciada, y la cuidaron por turno, privándose de su propio alimento para consolarla.

La reina en la plataforma de la torre del Temple. Pág. 115.

Despues del 31 de Mayo, el terror que reinaba en Paris penetró hasta la torre, y revistió á los hombres, á las conversaciones y á las precauciones de un carácter más odioso de rigor y persecucion. Cada municipal acrisolaba su patriotismo sobrepujando la aspereza de su predecesor.

La Convencion, despues de decretar que la reina fuese procesada, ordenó que la separasen de su hijo. Quisieron leer esta órden á la familia real. El hijo se

arrojó en brazos de su madre, rogándole que no le abandonase á sus verdugos. La reina llevó á su hijo á la cama, y colocándose entre ésta y los municipales, les dijo que ántes que tocarle, la matarian. Amenazada en vano con la violencia si continuaba resistiéndose al decreto, luchó dos horas, hasta que le faltaron las fuerzas, contra las órdenes, amenazas, gestos é injurias de los comisarios. Cayó agobiada por el cansancio á los piés de la cama, y convencida por madama Isabel y por su hija, vistió al Delfin y le entregó, regado con sus lágrimas y bendiciones, á los comisarios. El zapatero Simon, elegido por la brutalidad de sus costumbres para reemplazar el corazon de una madre, condujo al Delfin al cuarto que debia ser tumba de este niño augusto. El Delfin permaneció dos dias tendido en el suelo, rechazando todo alimento. La reina elevó mil y mil súplicas para que le permitiesen ver á su hijo una sola vez; pero estas súplicas fueron desechadas. El cerrojo cerraba dia y noche la puerta del cuarto de las princesas. Los municipales desaparecieron tambien, y sólo tres veces al dia subian los llaveros, para entregar los alimentos é inspeccionar las rejas de las ventanas. Ninguna mujer reemplazó á la esposa Tison, encerrada en una casa de locos. Madama Isabel y la jóven princesa hacian las camas, barrian el cuarto y servian á la reina. El único consuelo de las princesas era subir todos los dias á la plataforma á la hora en que el Delfin paseaba por la de su departamento, y espiar la ocasion para cambiar una mirada. La reina, durante estos paseos, permanecia apoyada en las celosías de las almenas, procurando entrever por una rendija la sombra de su hijo y oir su voz.

Tison, á quien los remordimientos y la demencia de su mujer habian ablandado mucho, iba furtivamente y de cuándo en cuándo á informar á madama Isabel de la situacion y salud del Delfin. Esta princesa ocultaba á la reina gran parte de las crueles noticias que recibia. El cinismo y brutalidad de Simon depravaban á la vez el cuerpo y el alma de su pupilo. Le llamaba el lobezno del Temple; le trataba igual que á los cachorros de los animales feroces que han arrebatado á su madre, á la vez intimidados por el látigo y enervados por el trato de sus domadores. Castigaba en él la sensibilidad, recompensaba la bajeza y alentaba el vicio. Enseñaba al niño á injuriar la memoria de su padre, las lágrimas de su madre, la piedad de su tia, la inocencia de su hermana y la fidelidad de sus partidarios. Le hacía entonar canciones obscenas en loor de la república, de la linterna y del cadalso. Ebrio Simon con frecuencia, se complacia con aquellas irrisiones de la fortuna que adulaban su bajeza. Sentado en la mesa, le servia el príncipe de pié. Un dia, conservando cada cual esta terrible posicion, pegó Simon con la servilleta al Delfin en la cara, y muy poco faltó para sacarle un ojo. En otra ocasion cogió el morillo de hierro que sostenia la leña en el hogar, y amenazó matar al niño con aquella arma. Las más veces fingia condolerse bondadoso de su edad y de su desgracia, para engañar la confianza del jóven y relatar á Hebert y Chaumette sus conversaciones. «Capeto,—le dijo un dia, en el momento en que los vendeanos habian pasado el Loire,—si te libertasen los vendeanos, ¿qué harias?» «Perdonaros»,—le contestó el niño. Simon, conmovido con esta respuesta, reconoció la sangre de Luis XVI. Pero este hombre, engañado por el orgullo de su importancia, por el fanatismo y por el vino, no era susceptible ni de una constante ferocidad, ni de una durable contemporizacion. Eran la crápula y la brutalidad, destinadas por la fortuna para envilecer y desnaturalizar el último gérmen de la majestad.

XII

El 2 de Agosto á las dos de la madrugada despertaron á la reina para leerle el decreto que ordenaba su traslacion á la Conserjería miéntras durase su proceso. Escuchó la lectura sin admiracion ni dolor. Era un paso más que avanzaba hácia el fin que veia inevitable, y que deseaba cercano. En vano su hija y madama Isabel se arrojaron á los piés de los individuos de la municipalidad suplicando que no las separasen, á la una de su madre y á la otra de su hermana. Ni una palabra ni un gesto se les contestó. La reina, silenciosa y aún medio desnuda, se vió en la necesidad de vestirse delante del grupo de hombres que llenaban su cuarto. La registraron. Sellaron algunos insignificantes objetos y las alhajas que sobre sí llevaba, los cuales consistian en una cartera, un espejo de bolsillo, un anillo de oro con cabello entrelazado, un papel en el que estaban inscritos dos corazones con letras iniciales, el retrato de su amiga la princesa de Lamballe, dos retratos más de mujeres que le recordaban amigas de la infancia en Viena, y algunos signos simbólicos de devocion á la Vírgen, que le regaló madama Isabel como reliquia preservativa en sus infortunios y recuerdo del cielo en los calabozos. Sólo le dejaron un pañuelo y un pomito de vinagre, para volverla en sí si se desmayaba por la emocion de la despedida. La reina, cubriendo con sus brazos á su hija, la condujo á un ángulo del aposento, y allí, regándola con sus lágrimas y bendiciones, le dió su última despedida. Le recomendó el mismo perdon para sus enemigos y el olvido de las persecuciones que le legara el moribundo Luis XVI, y colocando las manos de la jóven entre las de madama Isabel, le dijo: «Esta será desde hoy vuestro padre y vuestra madre; obedecedla y amadla como á mí misma. Y en vos, hermana mia,—dijo arrojándose en brazos de madama Isabel,—dejo otra madre para mis pobres hijos; amadlos como nos habeis amado hasta el calabozo y hasta la muerte».

Madama Isabel contestó algunas palabras, pero en voz tan baja que nadie las oyó. Sin duda era una recomendacion de su piedad que dominaba y santificaba hasta su dolor. La reina hizo un gesto de deferencia con la cabeza, y salió del cuarto con paso lento, los ojos bajos, y sin atreverse á conceder á su hermana é hija la última mirada, temerosa de que la abatiese la suprema emocion. Al salir del aposento se pegó en la frente contra la viga de la puerta baja. Le preguntaron si se habia lastimado. «¡Oh! No,—contestó con un acento que abrazaba el todo de su destino;—nada puede hacerme daño en estos instantes.» La condujo á la Conserjería un coche en el que la acompañaban dos municipales y escoltado por gendarmes.

XIII

La cárcel de la Conserjería ocupa el piso subterráneo del palacio de justicia. Está, por decirlo así, abierta en sus mismos cimientos. Aquellas sombrías bóvedas del palacio de San Luis se hallan hoy muy encajonadas por la elevacion del piso; en las grandes ciudades, la tierra sumerge gradualmente los monumentos de los hombres. Estos subterráneos forman los calabozos, las antecámaras, los cuerpos de guardia de los gendarmes y los aposentos de los carceleros. Los largos corre-

dores, cuya bóveda va en disminucion como las naves de los claustros, comunican por una parte con arcadas que reciben la luz de los patios, y por la otra con calabozos á los que conducen algunos escalones. Los corredores estrechos, diseminados en este vasto cuadro de piedra, los oscurecen las altas murallas del palacio de justicia. La luz del dia baja perpendicular y en lontananza, como en el fondo de anchos pozos cuadrados. La alta calzada del muelle separa la Conserjería del Sena. La elevacion de esta calzada sobre el nivel de los calabozos y patios, junto con la filtracion del agua, cubre el piso, paredes y patios con una humedad sepulcral, que constantemente deteriora los cimientos, y que arboriza con musgo las piedras del edificio. Continuamente conmueven las bóvedas el embate del rio contra los puentes, el continuo ruido de los coches en el muelle, y el sordo de los pasos de la muchedumbre, que á la hora de los tribunales inunda las habitaciones superiores del palacio. Estos ruidos llegan á los oidos de los presos como un lejano trueno, y parece que se complacen en que nunca olviden los eternos gemidos de aquella mansion. Recuerdan el antiguo destino de este palacio de los reyes de las primeras razas, trocado hoy en morada del vicio y del crímen y en pórtico de la muerte, las macizas columnas, las bóvedas rebajadas, las estrechas ojivas y las sorprendentes esculturas con que el gótico cincel adornó los festones y capiteles. Estas gigantescas construcciones sirven de cimiento á la alta torre cuadrangular que en otro tiempo ostentaba los feudos del reino. Esta torre era el centro de la monarquía. En los cimientos de este palacio de la Edad Media, la venganza y lo inconstante de la fortuna encerraba la agonía de la monarquía y el suplicio del feudalismo. ¿Cómo hubieran creido los reyes de las primeras razas que con este palacio edificaban la cárcel y tumba de sus sucesores? El tiempo es el gran expiador de las cosas humanas; pero ¡ay! ¡cuán ciego se venga borrando con las lágrimas y la sangre de una mujer, víctima del trono, las injusticias y las opresiones de veinte reyes!

XIV

Despues de bajar los tramos de una ancha escalera y atravesar dos puertas de calabozos, se llega á un claustro cuyos arcadas comunican con un patio, paseo de los encarcelados. A la izquierda, bajo este corredor, se encuentra una serie de puertas de madera de encina toscamente trabajadas, reforzadas con travesaños, cerraduras y macizos cerrojos. La segunda de estas puertas daba entrada á un cuartito subterráneo; el pavimento de este cuarto era tres pasos más bajo que el del corredor. Una ventana con reja robaba la luz á un patio estrecho y profundo como una cisterna vacía. A la izquierda de esta primera celda, una puerta aún más baja que la primera, pero sin cerradura ni cerrojos, daba entrada á una especie de sepulcro abovedado, cuyo pavimiento y muro era de talladas piedras ennegrecidas por el humo de las antorchas y resquebrajadas por la humedad. Un tragaluz que daba al mismo patio de la antecámara, asegurado con entrelazadas barras de hierro, dejaba penetrar una luz semejante al crepúsculo. Formaban el miserable mueblaje de esta cueva, colocado en el fondo al lado opuesto de la ventana, una pobre cama sin cortinas, colchas iguales á las de los hospitales y cuarteles, una mesita de álamo, un cofre de madera, y dos sillas de paja. Aquí fué donde á medianoche y al resplandor de una vela de sebo sumieron á la reina de Francia, que de

infortunio en infortunio descendió de Versalles y Trianon hasta este calabozo. Colocaron de centinela en la primera cámara dos gendarmes con el sable desenvainado; la puerta de la reina debia permanecer abierta, de modo que nada del interior del calabozo pudiese ocultarse á los guardas; la consigna de los gendarmes era no perderla de vista ni durante el sueño.

XV

A pesar de todo, la ferocidad de los hombres suele no hallar siempre instrumentos implacables. Los calabozos tambien ofrecen quien se enternezca. Por un

El Delfin arrebatado á la reina.—Pág. 118.

gesto respetuoso, por una mirada de inteligencia, por una voz simpática, por una palabra robada á la vigilancia de las cárceles, conoce la víctima que no la abandona completamente la humanidad. Este contacto con lo que vive y con lo que sufre en la tierra alienta al desgraciado para respirar hasta su última hora. La reina comprendió en la actitud, en la mirada y en los sentimientos de madama Richard, esposa del alcaide, esa sensibilidad que se oculta con el rigor de su encargo. La mano que debiera maltratarla, fué la que le deparó consuelos. Las contemporizaciones que caben con la dureza de un arbitrario encarcelamiento, las modificaciones respecto á la consigna, á los alimentos y á la soledad, todo lo puso en juego madama Richard para que su prisionera conociese que áun desde el fondo de su calabozo reinaba sobre un corazon.

Madama Richard, realista por recuerdos, sentia más orgullo en tener la felicidad de secar una lágrima de la régia encarcelada, que en ver á la hija, mujer y madre de reyes á su disposicion. Introducia en el calabozo muebles necesarios ó

agradables á la reina, y envió á buscar al Temple las labores de tapicería, ovillos de lana y agujas que habia dejado María Antonieta. Ocupando sus manos en el trabajo, se distraian los pesares de la reina. Por sí misma preparaba madama Richard los alimentos de la prisionera. Entraba frecuentemente, bajo pretexto de cumplir su cargo, á recomendar á los gendarmes de servicio la vigilancia debida, pero con el solo fin en verdad de informarse de los deseos de la reina, dirigirle palabras de simpatía y esperanza y distraer la soledad del dia y los insomnios de la noche. Le llevaba noticias de su hermana é hijos, noticias que se procuraba por medio de sus conocimientos en el Temple, y transmitia las de la reina á su familia, valiéndose para ello de comisarios de policía con cuya adhesion contaba. El alcaide Richard, aunque más severo en apariencia para ocultar mejor su complicidad, participaba de todos los sentimientos de su mujer, y dividia con ella su solicitud para con la régia cautiva.

XVI

Ignoraba el pueblo la época en que debia juzgarse á María Antonieta. Esta dilacion del comité de salud pública hacía creer que queria engañar la feroz impaciencia del populacho ó debilitarla por medio del tiempo. Algunos municipales formaban secretos complots á fin de procurar la evasion de la princesa, y madama Richard favorecia la introduccion de estos adictos partidarios. Durante sus rápidas entrevistas, distraia sagazmente la atencion de los gendarmes que permanecian en la antecámara. En cuanto á Michonis, individuo de la municipalidad que con riesgo de su vida se habia ofrecido á la régia familia en el Temple, continuaba animado enteramente de iguales sentimientos en la Conserjería. Existen naturalezas generosas que seduce el infortunio y atrae el peligro. Michonis pertenecia á este número, así como Lepitre y Toulan.

Gracias á Michonis, un noble realista llamado Rougeville se introdujo en el calabozo, vió á la reina y le ofreció una flor que contenia un billete. Este escrito, en el que se hablaba de su libertad, fué sorprendido en las manos de la reina por uno de los gendarmes. Michonis fué preso, y los esposos Richard, privados de su empleo, fueron tambien encerrados en los calabozos donde habian dejado entrar la indulgencia. La reina tembló.

Pero todavía se encontró esta vez un corazon generoso para contener los ultrajes con que Hebert y Chaumette ordenaban martirizar á su víctima. Ni una sola mujer pudo hallarse que se prestara á ser instrumento de martirio de otra mujer que en tan elevada cuna se habia mecido, y que en tal desgraciada situacion se encontraba.

Pensóse en dar al feroz Simon la plaza de alcaide de la cárcel; pero Mr. Bault y su mujer, antiguos alcaides de la Force, solicitaron y obtuvieron dicha plaza, con la intencion de dulcificar la cautividad y consolar las últimas horas de su antigua señora. La princesa, que los habia protegido en sus dias de poder, alegróse de encontrar en ellos caras conocidas y corazones amigos.

Madama Bault, á pesar de las órdenes de la municipalidad, que mandaba dar á la reina el pan y agua de los presos, preparó por sí misma sus alimentos. En vez de la fétida agua del Sena, le hizo traer diariamente la cristalina de Arcueil,

que la reina tenia por costumbre beber en Trianon. Vendedores de flores y frutas del mercado, que surtian en otro tiempo las casas reales, llevaban furtivamente á la puerta del calabozo melones, albaricoques y ramilletes, que la esposa del alcaide hacía llegar á la reina como testimonio de la fidelidad del corazon en las más humildes condiciones. Así prestaba el interior del calabozo á la cautiva alguna imágen y fragrancia de los jardines que tanto habia amado. Madama Bault, para afectar más rigor é incorruptibilidad en su vigilancia, no entraba jamás á ver á la princesa. Sólo la visitaba su marido, acompañado de los administradores de policía. Estos notaron un dia que se habia colocado una vieja tapicería entre la cama y la pared para preservar á la reina de la humedad del calabozo. Reprendieron por esta tolerancia á Bault, en la que segun ellos se traslucia al cortesano. Este encubrió su fin diciendo que habia tapizado la pared para ensordecer el calabozo é impedir que los demas presos oyesen las quejas de María Antonieta.

La humedad del suelo habia destruido enteramente los dos únicos vestidos, uno blanco y otro negro, que conservó la reina y que llevaba alternativamente. Sus tres camisas, sus medias y sus zapatos, sin cesar empapados de agua, estaban en el propio estado. La hija de madama Bault le componia los vestidos y calzado, y distribuia secretamente como reliquias los pedazos y restos que se desprendian. Esta jóven, introduciéndose todas las mañanas en el calabozo y enterneciendo con su gracia y jovialidad la rudeza de los gendarmes, ayudaba á vestir á la reina, mullia los colchones de su cama y peinaba á la encarcelada. Los cabellos de ésta, en otro tiempo tan rizados y rubios, encanecian y caian de una cabeza que sólo contaba treinta y siete años, como si la naturaleza predijese la brevedad de su vida.

XVII

La reina escribia con la punta de una aguja en la capa de cal de las paredes los pensamientos que queria retener. Uno de los comisarios, que visitó el calabozo despues de la ejecucion, dió á conocer algunas de estas inscripciones. La mayor parte eran versos alemanes ó italianos alusivos á su suerte. ¡Glorioso y arrebatador destino el de los poetas, prestar su voz á todas las felicidades y á todos los infortunios de la vida, como patentizando que ninguna felicidad ni miseria es completa si no se expresa con esa lengua de la inmortalidad! Las demas inscripciones eran versículos de la Imitacion, los Salmos y el Evangelio. La pared del lado opuesto á la ventana se veia enteramente cubierta. Eran páginas de piedra del libro de su martirio. El comisario quiso copiarlas un dia, pero la inflexibilidad de sus colegas mandó borrarlas al momento con una capa de cal, para que los gemidos de una reina no tuviesen eco en la república.

Los ligeros consuelos del encarcelamiento no pudieron extenderse jamás hasta modificar la desnudez y la oscuridad é incuria de la cárcel. La reina pidió otro cobertor de algodon más ligero que las pesadas mantas de grosera lana que la fatigaban en su sueño. Bault transmitió esta peticion al procurador general de la municipalidad. «¿Qué te atreves á pedir?—le respondió brutalmente Hebert.—¡Por eso sólo merecerias ir á la guillotina!»

El agradecimiento de la reina por tan solícitas atenciones no podia expresarse libremente ante los gendarmes. Intentó dar una vez un rizo de sus cabellos y un

par de guantes á Mr. Bault; pero los gendarmes se apoderaron de estos presentes como sospechosos, y fueron entregados á Fouquier-Tinville, el cual los puso en manos de Robespierre.

La reina buscaba con avidez todos los medios de hacer llegar á sus hijos ó amigos algunas pruebas materiales del recuerdo que conservaba de ellos hasta la muerte. Arrancó, pues, uno por uno los hilos de lana del viejo tapiz tendido junto á su cama, y por medio de dos mondadientes de marfil, transformados en agujas de tapicería, tejió una liga; cuando la concluyó, hizo seña á Bault y la dejó caer á sus piés. El alcaide, fingiendo que se le caia el pañuelo, se bajó para cogerla, y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, que se retirasen los gendarmes del interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entónces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia más sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oidos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debia presentarse ante el tribunal.

XVIII

El 13 de Octubre fué Fouquier-Tinville á notificarle su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crímen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no habia proceso, sino guerra á muerte. La más terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabía, la mujer lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducoudray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacía buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion, ocupó á la reina todo el resto del dia y la noche siguiente, y halló algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El 14 de Octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los jirones que hubiesen avergonzado á la república, ni pensó en excitar la compasion del pueblo. La dignidad de mujer y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió, rodeada de fuerte escolta de gendarmes, la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraido á los pasillos,

y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Sus ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los párpados del desgraciado, lanzaban aún rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado á Europa, pero se adivinaba su existencia. Su boca contris-

El Delfin y Simon.—Pág. 118.

tada mostraba la dignidad real, no oculta aún por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aún con la lívida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrision del destino á la juventud y la beldad. Su ademan era natural; no el de una reina irritada insultando con su desprecio al pueblo que triunfa de ella, ni el de una suplicante que intercede por medio de su decaimiento, sino el de una víctima que los prolongados infortunios han habituado á sufrir, que ha olvidado que ha sido reina, que se acuerda solamente de que es mujer, que no

quiere reivindicar nada de su desvanecido rango, ni abdicar nada de la dignidad de su sexo y de su desgracia.

XIX

La multitud, muda más por curiosidad que por emocion, la contemplaba con ávida mirada. El populacho parecia gozar en ver por fin bajo sus piés aquella altanera mujer, y en medir su grandeza y fuerza en el abatimiento de su temible enemiga. Componíase la multitud generalmente de mujeres que habian tomado por oficio acompañar con sus insultos á los condenados al cadalso. Los jueces eran: Hermann, Foucault, Sellier, Coffinhal, Deliege, Ragmey, Maire, Denizot y Masson. Hermann presidia.

«¿Cuál es vuestro nombre?»—preguntó el presidente á la acusada. «Me llamo María Antonieta de Lorena de Austria»,—respondió la reina. Su débil y conmovida voz parecia pedir perdon al auditorio del poderío de estos nombres. «¿Vuestro estado?» «Viuda de Luis, ha poco rey de los franceses.» «¿Vuestra edad?» «Treinta y siete años.»

Fouquier-Tinville leyó al tribunal el acta de acusacion. Era el resúmen de todos los supuestos crímenes de nacimiento, de rango y situacion de una jóven reina extranjera, adorada de su corte, omnipotente sobre el corazon de un débil rey, contraria á ideas que no podia comprender y á instituciones que la destronaban. Esta parte del acta no era más que la acusacion de su destino. Eran verdaderos crímenes para sus enemigos, pero eran crímenes de nacimiento. Ni la reina podia absolverse, ni el pueblo acusarla. Lo restante del acta era un odioso eco de todos los rumores y murmullos que durante diez años habia sustentado la opinion pública: las prodigalidades, los desenfrenos supuestos y pretendidas traiciones de la reina. Era su impopularidad, traducida en crímen. Escuchó todo, sin dar muestra ninguna de emocion ó sorpresa, como mujer acostumbrada al odio y sobre la que la calumnia habia perdido su amargura, y el ultraje su dureza. Sus dedos recorrian distraidos el respaldo del escaño, como los de una mujer que busca reminiscencias sobre el piano. Sufria la voz de Fouquier-Tinville, pero no la escuchaba.

Los testigos fueron llamados é interrogados. Despues de cada deposicion interpelaba Hermann á la acusada, la cual respondia con presencia de espíritu y discutia brevemente sus aseveraciones refutándolas. El solo mal de esta defensa era la misma defensa.

XX

Varios de los testigos, arrancados de las cárceles en que estaban detenidos, le recordaron dias más felices y se enternecieron al ver á la reina de Francia en tanto abatimiento. De este número fueron Manuel, acusado de humanidad en el Temple, de cuya acusacion se honró, y Bailly, que se inclinó con más respeto ante la caida de la reina que lo habia efectuado ante su poder. Las respuestas de María Antonieta no comprometieron á nadie. Ofrecióse sola al odio de sus enemigos y cubrió generosamente á sus amigos. Todas las veces que se pronunciaron en los debates del proceso los nombres de la princesa de Lamballe ó la duquesa de Polignac, obje-

tos de su mayor ternura, se notó en ella un acento de sensibilidad, de tristeza y de respeto para con estos nombres. Aseguró que no abandonaba sus sentimientos ante la muerte, y que si entregaba su cabeza al pueblo, no le entregaba su corazon para profanarlo.

La ignominia de ciertas acusaciones quiso deshonrar en ella hasta los sentimientos maternales. El cínico Hebert, oido como testigo sobre lo que habia sucedido en el Temple, imputó á la reina actos de depravacion y disolucion, tendiendo hasta corromper á su propio hijo, «con la intencion—decia—de enervar el alma y cuerpo de este niño, y reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia». La piadosa madama Isabel estaba presente como testigo y cómplice de tales maldades. La indignacion del auditorio se desbordó á tales palabras, no contra la acusada, sino contra el acusador. La naturaleza ultrajada se rebeló. La reina hizo un ademan de horror, embarazada por no poder responder sin mancillar sus labios. Un jurado reprodujo el testimonio de Hebert, y preguntó á la reina por qué no habia respondido á tal acusacion. «No he respondido—contestó con la majestad de la inocencia y con la indignacion del pudor—porque hay acusaciones á las cuales la naturaleza rehusa contestar.» Volviéndose despues hácia las mujeres del auditorio, las más encarnizadas contra ella, é interpelándolas por el testimonio de sus corazones y por la igualdad de sexo, exclamó: «¡Apelo á todas las madres aquí presentes!» Un murmullo de horror contra Hebert recorrió la multitud.

La reina no respondió con ménos dignidad á las imputaciones que se le hacian de haber abusado de su ascendiente sobre la debilidad de su marido. «Tenia sobrada firmeza de carácter,—dijo;—yo era únicamente su esposa, y mi deber, como mi felicidad, me imponian la obligacion de conformarme con su deseo.» No sacrificó, ni por una sola palabra, la memoria y honor del rey al cuidado de su propia justificacion ó al orgullo de haber reinado bajo su nombre. Quiso llevarle al cielo su memoria honrada y vengada.

XXI

Despues de terminados estos largos debates, recapituló Hermann la acusacion, y declaró que el pueblo frances entero deponia contra María Antonieta. Invocó la pena en nombre de la igualdad en los crímenes y la igualdad en los suplicios, y sentó las cuestiones de culpabilidad ante el jurado. Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducoudray conmovieron con sus defensas la posteridad, sin conmover al auditorio ni á los jueces. Por cumplir con las formas, deliberó el jurado y entró en la sala una hora despues de su interrupcion. Luégo se llamó á la reina para que oyese su sentencia. María Antonieta la habia ya deducido anticipadamente por los gritos y vociferaciones de alegría de la multitud que llenaba el palacio, y la escuchó sin pronunciar una palabra ni hacer el menor gesto. Díjole Hermann si tenia que manifestar algo contra la pena de muerte fulminada, y la reina meneó la cabeza y se levantó para marchar por sí misma al suplicio. Desdeñóse de acriminar su rigor al destino y su crueldad al pueblo. Suplicar hubiese sido reconocer; quejarse, perder su dignidad; llorar, envilecerse. Se resignó, pues, al silencio, que era su última inviolabilidad. Feroces aplausos la acompañaron hasta lo más hondo de la escalera cuando bajó desde el tribunal á la cárcel.

Los primeros rayos del dia empezaban á luchar bajo aquellas bóvedas con las antorchas con que los gendarmes iluminaban sus pasos. Eran las cuatro de la mañana. Cuatro horas iban transcurridas del último dia de su vida. Dejáronla aguardando la hora del suplicio en la estancia fatal en que los condenados á muerte esperan al verdugo. Pidió al conserje tinta, papel y pluma, y escribió á su hermana la siguiente carta, encontrada despues en los papeles de Couthon, á quien Fouquier-Tinville hizo el presente de las particularidades de la muerte y de aquellas reliquias de la majestad:

«El 15 de Octubre á las cuatro y media de la mañana.

»A vos, hermana mia, es á quien escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, porque ésta lo es sólo para los criminales, sino á ir á unirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundo pesar en abandonar á mis pobres hijos; no ignorais que sólo por ellos y por vos vivia; por vos, que incitada por vuestro cariño lo habeis sacrificado todo para estar junto á nosotros. ¡En qué situacion os dejo! He sabido por el relator del proceso que está mi hija separada de vos. ¡Ah, infeliz hija mia! No me atrevo á escribirle; tampoco recibiria mi carta, y áun dudo que llegue hasta vos ésta. Recibid para ellos dos mi bendicion. Espero que un dia, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar en libertad de vuestros solícitos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles. Que su amistad y confianza mutua hagan su felicidad. Que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra, debe ayudar constantemente á su hermano con los consejos que su superioridad de experiencia y su cariño puedan inspirarle. Que mi hijo á su vez le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer. Que conozcan ambos, finalmente, que en cualquier posicion en que puedan encontrarse, sólo les hará verdaderamente dichosos su constante union. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto ha dulcificado nuestra desgracia el amor que nos ha unido! Y en la felicidad se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo. ¿Dónde le encontrarán más tierno ni más afectuoso que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que expresamente le repito: *Que no intente jamás vengar nuestra muerte.*

»Voy á hablaros de un asunto muy penoso para mi corazon. Conozco cuánto os habrá hecho padecer mi hijo. Perdonadle, hermana querida; pensad en la edad que cuenta y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere y que aún no comprende. Confio en que llegará un dia en que conocerá todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentis. Réstame aún confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido apuntarlos desde el principio de mi proceso; pero á más de no dejarme escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida que no me hubiera dado tiempo para efectuarlo. Muero en la religion católica apostólica romana, religion de mis padres, religion en la que me he educado y he profesado siempre, sin aguardar ningun consuelo espiritual, ignorando si aún existen sacerdotes de esta religion, y temiendo por ellos si penetrasen hasta el calabozo. Pido sinceramente á Dios que perdone todas las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como tambien las que ha tiempo le dirijo para que su misericordia y bondad acepten mi

alma. Pido perdon á todos los que conozco, y particularmente á vos, hermana mia, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido causar. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho. Dirijo mi postrer adios á mis tias, hermanos y hermanas. Tenia amigos, y la idea de que los abandono para siempre, junto con los trabajos que sufren, es la que más atormenta mi agonía; que no ignoren á lo ménos que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adios, mi bondadosa y amante hermana! ¡Ruego al cielo que recibais esta carta! ¡Pensad en mí! Os abrazo con toda la efusion de mi corazon, como tambien á esos pobres y queridos hijos... ¡Dios mio! ¡Cuán doloroso es abandonarlos para siempre! ¡Adios! ¡Adios!... Mi deber es ocúparme tan sólo de lo espiritual. Como estoy encadenada en mis acciones, se me destinará tal vez un sacerdote; pero ni una palabra oirá de mi labio; para mí será completamente un extraño.»

XXII

Al terminar esta carta la besó una y mil veces, como si hubiese querido que sus hijos recibiesen por ella el calor de su labio y la humedad de sus lágrimas. La plegó, y sin cerrarla la entregó al alcaide Bault. Este la remitió á Fouquier-Tinville.

Se ha escrito que en aquellos supremos momentos le concedieron un sacerdote no

La reina en la Conserjería.—Pág. 123.

juramentado, y los sacramentos de la religion católica. En su agonía no recibió ninguno de estos consuelos que le ayudasen á fortalecerse ó defenderse en su última lucha. Vamos á transcribir el relato de un testigo ocular de las circunstancias religiosas que precedieron al suplicio de la reina.

La república, áun en sus más terribles accesos, no desconoció á Dios, como algunos creen, ni rompió los lazos del hombre con la religion y del alma con la inmortalidad. Habia republicanizado su culto, pero no abolió ni el ejercicio ni la dotacion de este culto republicano. No desechó las antiguas prácticas de la justicia criminal, ni la costumbre de enviar sacerdotes á los condenados á muerte, pero eran sacerdotes constitucionales. El obispo de Paris, Gobel, vigilaba escrupulosamente este caritativo servicio confiado á su clero. Multiplicáronse las ejecuciones, y tuvo que aumentar el número de sacerdotes á quienes confiaba aquella mision. En el obispado permanecian siempre cinco ó seis sacerdotes que se relevaban en esta especie de centinela fúnebre. Cada vez que el tribunal revolucionario pronunciaba una sentencia de muerte, el presidente remitia la lista de los condenados á Fouquier-Tinville, Fouquier la enviaba al obispo, el prelado advertia á los sacerdotes, y éstos se distribuian las cárceles.

Igual formalidad se cumplió con la reina. Pero en esta ocasion, la alta categoría de la víctima, la aversion á este encargo, la repugnancia á que la historia revelase su nombre ligado á un asesinato que tanto pregonaria la posteridad, el miedo de que el pueblo asaltara al acompañamiento ántes de llegar al cadalso, inmolando en la carreta la víctima y al sacerdote, y por último, la seguridad de no ser admitidos por una mujer que todo lo rechazaba de la revolucion, hasta las preces, retrajeron algun tanto á los sacerdotes de Gobel, mostrándose tímidos y remisos en llenar su deber al lado de María Antonieta; así es que se transmitian el encargo unos á otros.

Tres se presentaron, no obstante, por la noche en la Conserjería, y ofrecieron tímidamente su ministerio á la reina. El uno de ellos era el cura constitucional de Saint-Landry, llamado Girard; el otro, uno de los vicarios del obispo de Paris, y el tercero, un sacerdote alsaciano llamado Lothringer. La reina les recibió más como precursores del verdugo que como precursores de Cristo. El cisma que admitieron era para la reina una mancha de la república. Sin embargo, conmovió á la reina su actitud respetuosa y su lenguaje. Adornó su repulsa con una expresion de reconocimiento y demostrando pesar. «Os doy gracias,—dijo al abate Girard,—pero mi religion me prohibe que el perdon de Dios me lo transmita la voz de un sacerdote que no pertenece á la comunion romana... Sin embargo, siento necesidad de un confesor,—añadió con apacible y tímida humildad, la cual reconocia en su corazon, no ante el sacerdote, sino ante el hombre,—porque soy gran pecadora; pero voy á recibir un gran sacramento.» «Sí, el martirio»,—dijo en voz baja el cura de Saint-Landry, y se retiró inclinándose.

El abate Lambert, jóven, de noble aspecto, de una apostura más militar que sacerdotal, de acrisolado republicanismo y de fe sincera, aunque alterada por las tempestades del tiempo, se mantuvo á respetuosa distancia detras de sus dos cohermanos. Contempló silencioso esta terrible expiacion de la majestad por una mujer, y salió admirado de las lágrimas que arrasaban sus ojos.

El abate Lothringer se obstinó en ofrecer su ministerio. Era un hombre pia-

doso por conviccion, servicial, limitado de inteligencia y que creia el sacerdocio un oficio. Le ejercia con agitacion y vanidoso celo; asistia en sus calabozos á cuantos sentenciados le era posible, espiando una idea que se dirigiese á Dios hasta al pié del cadalso. Tal fué el único consolador que la Providencia deparó en sus últimos momentos á la mujer que más que todas necesitaba de su consuelo.

A pesar de sus importunas amonestaciones, el abate Lothringer no consiguió que la reina doblase la rodilla ante él. Sola elevó sus preces, sola se confesó á Dios. No poseia la apacible y viva fe de su esposo para fortalecerse en su último momento. Su alma era más apasionada que piadosa. La atmósfera del siglo XVIII, que respiró, las mundanas distracciones de sus costumbres, y algo despues las agitaciones del trono é intrigas políticas, evaporaron la religion de su alma, demasiado combatida por los vientos del mundo para que conservase siempre impresos los pensamientos consagrados á Dios. Durante mucho tiempo, la religion fué para ella una manifestacion pública, una etiqueta de la corona, cuya degradacion humillaria la corte y debilitaria el trono. Sólo la encontró en el fondo del abismo de sus desgracias. El ejemplo de la fe de Luis XVI y de su hermana fué como un piadoso contagio que afectó su alma. Pero esta fe de deseo y de imitacion no alcanzó en ella ese estado de seguridad y de beatitud que cambia las tinieblas en luz, la muerte en apoteósis. A María Antonieta le asistia sólo la resolucion de morir como cristiana, fe en la que murió su esposo, fe en la que vivia su angelical hermana, á quien dejaba por madre de sus hijos. Esta hermana le deparó secretamente un consuelo que su piedad consideraba una necesidad para su salvacion. Era el *número* y *piso* de una casa de la calle de San Honorato, delante de la cual pasaban los ajusticiados, en la que en el dia y á la hora de su ejecucion estaria un sacerdote católico para absolverla y bendecirla en nombre de Dios; bendicion invisible para el pueblo. La reina confiaba en este sacramento para morir en la fe de su raza y reconciliada con el cielo.

XXIII

La reina, despues de haber escrito y orado, durmió tranquilamente algunas horas. Cuando despertó, la hija de Bault la vistió y peinó con algun cuidado más que los otros dias. María Antonieta se quitó el vestido negro que usaba desde la muerte de su esposo, para vestirse otro blanco, símbolo de inocencia para la tierra y de alegría para el cielo. Un pañuelo tambien blanco cubria sus espaldas, y una gorra igualmente blanca su cabeza. Una cinta negra que afirmaba esta gorra á las sienes recordaba al mundo su luto, á la reina su viudedad, y al pueblo su inmolacion.

Inundaban numerosos espectadores las ventanas, los parapetos, los tejados y áun los árboles. Bullia por las rejas y hasta en los patios un tropel de mujeres animadas de furor contra la *Austriaca*. Cubria el Sena una pálida niebla de otoño, que por algun punto permitia que los rayos del sol hiriesen los techos del Louvre y del palacio. A las once, los gendarmes y ejecutores entraron en la sala de los sentenciados. La reina abrazó á la hija del alcaide, y ella misma se cortó los cabellos. Se dejó atar las manos sin murmurar, y salió con firme paso de la Conserjería. No dejó entrever ninguna debilidad femenina, ningun desfallecimiento del

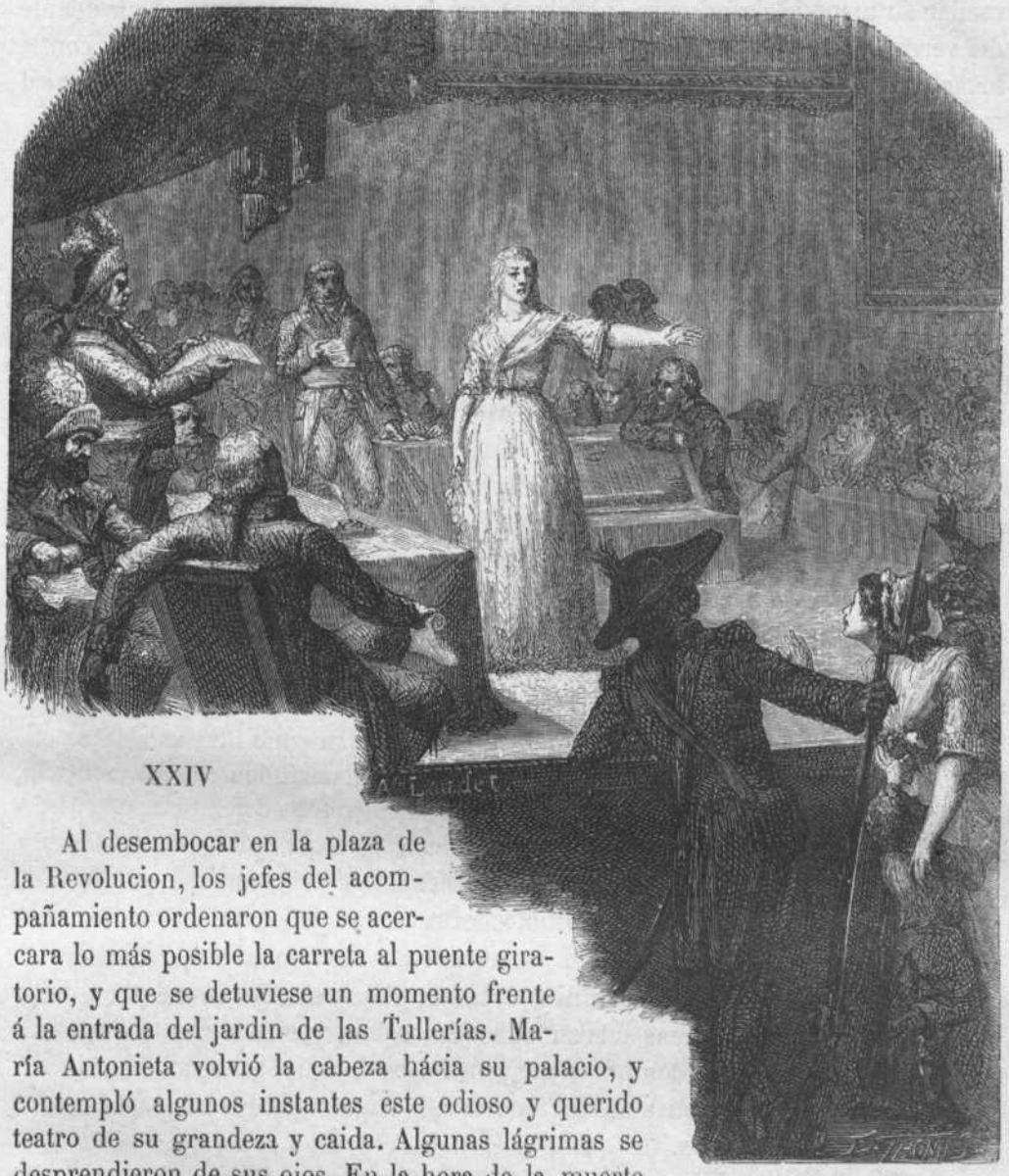
corazon, ningun escalofrio, ninguna palidez en sus facciones. La naturaleza obedecia á la voluntad y le prestaba toda su energía para morir como reina.

Al bajar la escalera del patio vió la carreta de los ajusticiados, hácia la que se dirigian los gendarmes. Se detuvo como para cambiar de direccion, y manifestó horror y sorpresa. Creyó que el pueblo revestiria su odio con la decencia, y que, como al rey, la conducirian en un coche cerrado. Dominado este movimiento, bajó la cabeza en señal de aceptacion, y subió á la carreta. A pesar de no haber admitido sus ofertas, el abate Lothringer se colocó detras de ella.

La comitiva salió de la Conserjería en medio de los gritos de *¡Viva la república! ¡Plaza á la Austriaca! ¡Plaza á la viuda de Capeto! ¡Abajo la tiranía!* El cómico Grammont, ayudante de campo de Ronsin, iniciaba estos gritos con su ejemplo, blandiendo su sable y abriéndose paso atropellando con su caballo. La carreta daba vaivenes por el mal piso, y la reina no podia apoyarse por tener sus manos atadas; sin embargo, aunque con trabajo, procuraba guardar el equilibrio y una actitud llena de dignidad. «¡No son ésos tus cojines de Trianon!»—le decian algunos infames. La humillaban las voces, las miradas, las risas y los gestos del pueblo. Sus mejillas alternaban continuamente entre el sonrosado y la palidez, revelando el hervor y la fermentacion de su sangre. A pesar del cuidado que puso en su último adorno, deshonraban su rango el desarreglo de su ropa, la grosera y comun tela y los magullados pliegues. Los bucles de sus cabellos caian por debajo de su gorra, y el viento hacía que azotasen su rostro. Sus secos é hinchados ojos revelaban los accesos de un dolor que carecia ya de lágrimas; alguna vez se mordia el labio inferior, como acallando el grito de un dolor agudo.

Luégo que hubo atravesado el puente del Cambio y los tumultuosos barrios de Paris, el silencio y la actitud de la muchedumbre indicó otra region del pueblo. Si no inspiraba piedad, reinaba al ménos la consternacion. Sus facciones volvieron á adquirir la calma y uniformidad de expresion que les robaron los ultrajes del populacho. Guardando esta actitud pasó toda la calle de San Honorato. Vanamente se esforzaba el sacerdote en llamar su atencion con palabras que parecia rechazar. Asistiéndola toda su comprension, paseaba las miradas por las fachadas de las casas, por las inscripciones republicanas y por las costumbres y aspecto de una capital tan transformada en los quince meses de su prision, y sus ojos se fijaban con especialidad en los pisos superiores, donde flotaban banderolas tricolores, emblema del patriotismo.

El pueblo creia, y así lo han escrito testigos oculares, que su pueril y vária atencion se fijaba en estos signos exteriores del republicanismo; pero su pensamiento vagaba por otra esfera. Sus ojos buscaban entre estos signos de su ruina otro signo de salvacion. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debia descender la absolucion del disfrazado sacerdote. Un gesto incomprensible para el pueblo la dió á conocer. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecia; impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola, y respetaron su arrobamiento. Desde aquel instante brillaron en su rostro una alegría interior y un consuelo secreto.



La reina ante el tribunal revolucionario.—Pág. 127.

XXIV

Al desembocar en la plaza de la Revolucion, los jefes del acompañamiento ordenaron que se acercara lo más posible la carreta al puente giratorio, y que se detuviese un momento frente á la entrada del jardin de las Tullerías. María Antonieta volvió la cabeza hácia su palacio, y contempló algunos instantes este odioso y querido teatro de su grandeza y caida. Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos. En la hora de la muerte recordó todo su pasado. La condujeron al pié del cadalso, y la ayudaron á bajar, sosteniéndola por los codos, el sacerdote y el verdugo. Subió las escaleras con majestad. Colocada ya en el cadalso, pisó inadvertidamente el pié del ejecutor. Este hombre exhaló un gemido. «Perdonadme»,—le dijo la reina, con igual timbre de voz que hubiese empleado para uno de sus cortesanos. Se arrodilló y oró un momento. Luégo se levantó, y dijo mirando á las torres del Temple: «¡Adios por última vez, hijos mios! Voy á reunirme con vuestro padre». No intentó como Luis XVI justificarse ante el pueblo y enternecerle con su memoria. Su fisonomía, como la de su esposo, no retrataba la anticipada mansedumbre del justo y del mártir, sino el desden hácia los hombres y la justa impaciencia de abandonar la vida. No se elevaba al cielo, pero huia de la tierra, legándole su indignacion y los remordimientos.

El verdugo, más conmovido que la reina, sintió un estremecimiento que hizo

vacilar su mano al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la cogió de los cabellos, dió vuelta al cadalso, y levantándola con la mano derecha, la enseñó al pueblo. Un grito de *¡Viva la república!* saludó á aquel mudo y ya yerto rostro.

La revolucion se creyó vengada, pero sólo una mancha recaia sobre ella. Esa sangre de mujer empañaba su gloria sin cimentar su libertad. Paris se conmovió ménos por aquella ejecucion que por la del rey. La opinion afectó indiferencia por una de las más odiosas ejecuciones que consternaron la república. El suplicio de una reina y de una extranjera, en medio de un pueblo que la habia adoptado, no obtuvo la recompensa de los fines trágicos: los remordimientos y la compasion de un reino.

XXV

Así murió aquella reina, frívola en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso, ídolo de una corte diezmada por el pueblo, durante mucho tiempo el cariño, despues el ciego consejo de la corona, y más tarde el personal enemigo de la revolucion. La reina no supo prever, ni comprender, ni aceptar esta revolucion; sólo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda su ira contra el antiguo régimen. Personificó en ella todos sus escándalos y todas las traiciones de las cortes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, le envolvió en su impopularidad, y con su amor le arrastró á su ruina. Su vacilante política, que se amoldaba á las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo ni avanzar ni retroceder á tiempo, y degeneró en intrigas con la emigracion y con el extranjero. Favorita encantadora y peligrosa de una envejecida monarquía, careció del respeto, antiguo prestigio de la corona, y de la popularidad, prestigio del nuevo reinado. Su mision fué sólo admirar, extraviar y morir. La poca firmeza de su alma la excusa, la hace inocente la admiracion de su hermosura y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre un cadalso; condolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarman la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mujeres, sino con lágrimas.

La historia, cualquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una mujer indefensa, inmolada en tierra extranjera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni áun le concede una tumba. En el registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por el ataud de la viuda de Capeto, 7 francos.*

Hé aquí el resúmen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres y las generosidades de una mujer dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice más con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de Octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veintiun girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atras, hasta el 3 de Octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de Junio, fecha de su caida y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, más sediento que harto de venganzas. El comité de seguridad general encargó á Amar, uno de sus más implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales jefes de este partido, que habian sido presos el 31 de Mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 19 de Junio, por medio de un acto valiente y público, contra la violencia del pueblo y contra la mutilacion de la Representacion nacional. Un profundo misterio envolvió esta medida del comité de seguridad general, que obró como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando con el disimulo y el silencio las víctimas que temia se le escapasen.

II

El 3 de Octubre, en una de esas espléndidas mañanas del otoño que parecen convidar á los hombres con la serenidad del cielo á la libre contemplacion de los últimos dias de la hermosa estacion que va á morir, los setenta y tres diputados del centro, resto amenazado siempre y siempre inquieto del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, fueron á la Convencion para la sesion de aquel dia, quedando admirados del aparato inusitado de fuerza armada que habia alrededor de las Tullerías. En el recinto del salon, las tribunas frecuentadas por el pueblo, y en donde asistia á sus negocios, estaban más concurridas que de ordinario. Una sorda agitacion, una esperanza impaciente se traslucia en las conversaciones, en los movimientos y en las fisonomías de los espectadores. Un peso invisible de ansiedad parecia gravitar sobre los diputados, que iban ocupando lentamente sus puestos. Se hubiera dicho que la Montaña y el pueblo habian recibido la siniestra con-

fidencia de la escena trágica que se preparaba. Los setenta y tres miraban sin comprender, y se preguntaban, sin poderse responder, qué nuevo acto de tiranía habia traspirado aquella noche del seno del comité.

III

Un diputado de la Montaña bajó de su banco, subió á la tribuna y anunció que el relator del comité de seguridad general, Amar, vendria muy pronto á dar su informe sobre los girondinos presos desde el 8 de Junio. Este diputado, para calmar la impaciencia de los espectadores, mostró con sus acciones y hojeó rápidamente los documentos auténticos de este informe, depositados con anticipacion sobre la tribuna y que contenian la vida ó la muerte ilegible aún de tantos proscritos. En seguida compareció Amar. Era éste uno de esos hombres de carácter moderado cuando los tiempos son tranquilos y cuando no hay peligro en serlo, pero que tratan de desmentir su moderacion pasada por medio de la violencia cuando llega la época del trastorno y de la efervescencia de las pasiones populares. Amar, antiguo noble del parlamento de Grenoble, habia combatido en un principio á la Montaña. Esforzábase despues por aplacarla, presentándole culpables que castigar para apartar de sí las sospechas y los resentimientos. Su informe extenso y calumnioso, resúmen de todos los rumores contradictorios esparcidos contra los girondinos por sus enemigos, concluia:

1.° Por declarar culpables de conspiracion contra la unidad é indivisibilidad de la república á los diputados Brissot, Vergniaud, Gensonné, Lauze de Perret, Carra, Mollevault, Gardien, Dufriche-Valazé, Vallée, Duprat, Sillery, Condorcet. Fauchet, Pontecoulant, Ducos, Boyer-Fonfrede, Lasource, Lesterpt-Beauvais, Isnard, Duchastel, Duval, Deverité, Mainvielle, Delahaye, Bonnet, Lacaze, Mazuyer, Savary, Hardy, Lehardy, Boileau, Rouyer, Antiboul, Bresson, Noël, Coustard, Andrei (de la Corse), Grangeneuve, Vigée, y en fin, Felipe Igualdad, ántes duque de Orleans, olvidado por un momento, pedido nominalmente por Billaud-Varennes y concedido por unanimidad.

2.° Por declarar traidores á la patria, en conformidad de un decreto anterior del mes de Julio, á los diputados girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Petion, Guadet, Chasset, Cambon, Libon, Valady, Kervelegan, Henri Lariviere, Rabaut Saint-Etienne, Lesage, Cussy, Meilhan y Biroteau.

El relator suspendió un momento la lectura de sus conclusiones despues de estos dos artículos. Los miembros del centro, cómplices en la política de los diputados de la Gironda aprisionados ó proscritos, respiraron, creyéndose olvidados ó amnistiados. Nada les habia revelado en las confidencias de sus colegas de los comités que la cuchilla estuviese suspendida y tan próxima á caer sobre sus cabezas. Resignábanse con dolor á la proscripcion ó al suplicio de los jefes de una opinion que no podian salvar, y trataban de ocultarse y de confundirse en los sitios más oscuros de la Convencion, mudos por temor de que el pueblo al oir hablar de ellos se acordase de que le habian ofendido y de que aún vivian. A las primeras frases del informe de Amar, algunos se deslizaron furtivamente fuera del recinto, temiendo por un presentimiento vago que la inmensa red de la acusacion

tendida por el órgano del comité de seguridad general llegase hasta ellos y los envolviese en sus mismos bancos; otros permanecieron en sus puestos, felicitándose interiormente de no haber provocado sospechas. Esta ilusion no duró más que algunos momentos. Amar volvió á coger con mano implacable los pliegos de la segunda parte de su informe; pero ántes de leer pidió que se cerrasen las puertas del salon por un decreto instantáneo, y que nadie pudiera salir ni áun de las tribunas. Los sospechosos votaron como los demas este decreto inesperado, por aparentar que no les causaba temor. Amar prosiguió. «Aquellos—dijo—de los signatarios de las protestas del 6 y 19 de Junio último (contra el 31 de Mayo, expulsion de los girondinos) que no han sido entregados al tribunal revolucionario,

La reina y los sacerdotes.—Pág. 130.

serán puestos en prision y sellados sus papeles. Con respecto á éstos, se redactará un informe particular por el comité de seguridad general».

Entónces empezó á leer los nombres de los setenta y tres diputados. Un largo silencio sucedia á cada nombre que pronunciaba, dejando por un momento en el alma de todos la esperanza de ser omitidos, ó el terror de ser nombrados. Hé aquí los que oyeron el decreto nominal de su proscripcion inmediata y de su próxima muerte de los labios de Amar: Cazeneuve, Laplaigne, Chasset, Defermon, Rouault, Girault, Chastelin, Dugué-d'Assé, Lebreton, Dussaulx, Couppé, Saurine, Queinnet, Salmon, Lacaze (mayor), Corbel, Guiter, Ferroux, Bailleul, Ruault, Obelin, Babey, Blad, Maisse, Peyre, Bohan, Fleury, Vernier, Grenot, Amyon, Laurenceot, Jarry, Rabaut, Fayolle, Aubry, Ribereau, Derazey, Mazuyer (de Saone-et-Loire), Vallée, Lefebvre, Olivier Gerente, Royer, Duprat, Garithe, Devilleville, Varlet, Dubusc, Savary, Blanqui, Massa, Debray-Doublet, Delamarre, Faure, Hecquet, Deschamps, Lefebvre (del Sena Inferior), Serre, Laurence, Saladin, Mercier, Daunou, Peries,

Vincent, Tournier, Rouzet, Blaux, Blaviel, Marboz, Estadenz, Bresson (de los Vosgos), Moysset, Saint-Prix, y Gamon.

El decreto de acusacion fué aprobado sin discusion. Algunos de los diputados designados quisieron reclamar, pero la impaciencia ahogó sus voces, y se reunieron en silencio, como un rebaño destinado á la carnicería, en el estrecho espacio de la barra. Varios miembros de la Montaña pidieron con animosidad la inclusion de los nombres de sus enemigos en la lista de los proscritos. A la conclusion de esta larga sesion llevaron á los diputados designados á las cárceles de Paris, y la mayor parte á la de la Fuerza.

Pidióse entónces á gritos que su juicio se celebrase con el de los girondinos entregados al tribunal revolucionario. Este juicio era la muerte. Robespierre empleó, con más valor que el que mostró en defender á tantas otras víctimas, su influencia para librarlos del cadalso, no temiendo resistir á los clamores del pueblo ni importunar á sus colegas en los comités para sustraer sus setenta y tres colegas á la impaciencia de sus enemigos. El porvenir ha mostrado que él los reservaba como un contrapeso á la omnipotencia de la Montaña para el momento en que dominase solo sobre la Convencion. Este testimonio le fué dado despues por los mismos que creian ver en él el instigador secreto de su proscripcion. El diputado girondino Blanqui, uno de los setenta y tres presos en la Fuerza, habia tenido relaciones personales con Robespierre en el comité de instruccion pública. Este le escribió quejándose del trato indigno que se les hacía sufrir, tanto á él como á sus colegas, en los calabozos, y afeándole la mutilacion violenta de la Representacion nacional. Robespierre osó responder á Blanqui, pero lo hizo en términos vagos y oscuros, que dejaban entrever sentimientos de humanidad, esperanzas de libertad y promesas de proteccion oculta, que se realizarian despues en beneficio de todos aquellos presos. Blanqui y sus compañeros de prision comprendieron por estos síntomas que su proscripcion era más bien una concesion que una incitacion de Robespierre, y que queria atraérselos por el reconocimiento para que le sirviesen en sus ulteriores planes. En cuanto á los diputados encarcelados desde el 31 de Mayo, su suerte acababa de decidirse por la boca de Amar. Ellos la podian presentir hacía mucho tiempo. La Montaña al principio, satisfecha de su victoria, y Danton y Robespierre, avergonzados de unos asesinatos odiosos é impolíticos, se habian esforzado en vano para hacerlos olvidar. No se levantaba un cadalso en Paris sin que la multitud preguntase por qué no subian á él los girondinos. El comité de salud pública temblaba dejar por más tiempo á disposicion de los montañeses y de los exaltados del ayuntamiento un arma tan terrible para él, y que tanto mal podia hacerle, como el ser acusado de debilidad. Los jacobinos habian arrancado á los girondinos la cabeza de Luis XVI; la demagogia de Hebert, de Pache y de Audouin intimaba á los jacobinos que diesen á la república en prendas y como prueba de su energía las veintiuna cabezas de sus colegas. Robespierre cedió á su pesar. Garat, ministro aún del Interior, fué á suplicarle que salvarse á los presos. «No me hableis más de ellos,—dijo Robespierre;—yo mismo no podria salvarlos. Hay dias en la revolucion en que el crímen consiste en vivir, y en que es menester saber entregar la cabeza cuando os la pidan. Tambien puede ser que me pidan la mia,—añadió llevando las manos á sus cabellos, como un hombre que coge un fardo de encima de sus hombros

para arrojarlo al suelo.—Vos vereis si yo la disputo.» Garat se retiró consternado.

IV

Como se ha visto en el curso de esta narracion, Vergniaud, Gensonné, Ducos, Fonfrede, Valazé, Carra, Fauchet, Lasource, Sillery, Gorsas y sus colegas permanecian presos voluntariamente en Paris. Condorcet se habia sustraido á tiempo á las pesquisas del ayuntamiento y al decreto de acusacion lanzado contra él.

Roland se habia refugiado y ocultado en las cercanías de Rouen despues de la prision de su esposa. Brissot, á quien la opinion pública consideraba como el jefe de esta faccion porque él habia sido su publicista y porque le habia dado nombre, se habia prevenido contra la órden de prision por la fuga. En Chartres, su patria, no encontró ningun amigo, y salió de la ciudad solo, á pié, con un traje prestado, con intento de dirigirse á traves de los campos y por caminos extraviados hácia las fronteras de Suiza ó hácia los departamentos del Mediodía. Provisto de un pasaporte falso, Brissot erró, sin ser conocido, por gran parte de Francia, comiendo y durmiendo en las cabañas de los pastores, volviendo por el dia á proseguir su camino por medio de unos campos cubiertos en aquel momento de la más brillante vegetacion. Este hombre volvia á encontrar, al aspecto de un cielo despejado, de unos campos esmaltados de flores y de los solitarios bosques situados á orillas del Loire, aquella pasion por la naturaleza y aquella aficion por la soledad que las tempestades políticas no habian podido alterar en su alma, y de las que el destino parecia querer privarle para siempre. En Moulins fué reconocido y preso, y con trabajo pudo escapar del furor de los jacobinos de aquella ciudad. Conducido á Paris en medio de mil imprecaciones y mil gritos de muerte, le habian arrojado á los calabozos de la Abadía, en donde se consumia hacía ya cinco meses.

V

El cautiverio de los demas girondinos presos despues del 31 de Mayo habia seguido, en su indulgencia ó en sus rigores, las oscilaciones de la opinion pública. Dulce en un principio, avergonzado de sí mismo, y por decirlo así, nominal, se habia limitado aquel encierro á un confinamiento de los detenidos en sus propias habitaciones, bajo la vigilancia de un gendarme. Las ocasiones de evadirse eran frecuentes y fáciles. Reunidos con sus familias, visitados por sus amigos, servidos por sus criados, provistos de oro y de pasaportes falsos, parecia que se les habia dejado con tan inusitada lenidad en disposicion y áun en libertad de emprender la fuga. Causábanle á la Montaña más embarazo que envidia aquellas víctimas; pero despues de los desastres del ejército del Norte, de los sucesos de la Vendée, de las insurrecciones del Calvados, de Marsella, de Lyon y de Toulon; despues de la proclamacion del *terror*, del juicio de Custine, del suplicio de la reina y de la ley sobre los sospechosos, los girondinos eran tratados con más rigor. Se les habia puesto en la Abadía, despues en el Luxemburgo y luégo en los Carmelitas, reunidos por el mismo crímen y agrupados para sufrir la misma suerte. Por mucho tiempo confundidos con los sospechosos de realismo ó de federalismo, los girondinos se habian hallado asociados por la casualidad, vengadora ciega de los vence-

dores y de los vencidos, con las víctimas de su política, esto es, con los vencidos del 10 de Agosto, con los amigos de Lafayette y de Dumouriez, con los servidores del trono, con los moderadores de la revolucion, con los nobles, con los sacerdotes, con los magistrados, con Barnave, con Bailly y con Malesherbes. La neutralidad de los calabozos habia hecho que todos aquellos hombres, tan distantes en ideas, se reuniesen para hablar, jugar ó matar el tiempo del mejor modo posible. ¡Leccion provechosa de todas las revueltas civiles! Ellos se vieron y se hablaron unos á otros, no sin extrañeza, pero sí sin recriminaciones ni rencores. La misma adversidad comun hacía que todos se disculpasen mutuamente respecto al partido que cada uno habia abrazado.

Todos los girondinos, inflexibles en su republicanismo, conservaban la actitud revolucionaria de su primera naturaleza, no afectando arrepentimiento en sus opiniones ni humillacion por su caida. Se confundian con la Convencion en todos sus actos de energía patriótica y de severidad contra los realistas, separándose de ella en lo que ellos llamaban su esclavitud y sus crímenes. En la prision formaban una sociedad aparte y un grupo distinto, que no era un rompimiento, pero sí un cisma en la república. Sus nombres, su celebridad, su juventud y su elocuencia inspiraban curiosidad á sus enemigos, respeto á los presos y atenciones áun á sus carceleros. Algo de su carácter de representantes del pueblo, de su prestigio y de su poder les habia seguido hasta los calabozos. Aunque cautivos, reinaban todavía por la memoria ó por la admiracion que les rodeaba.

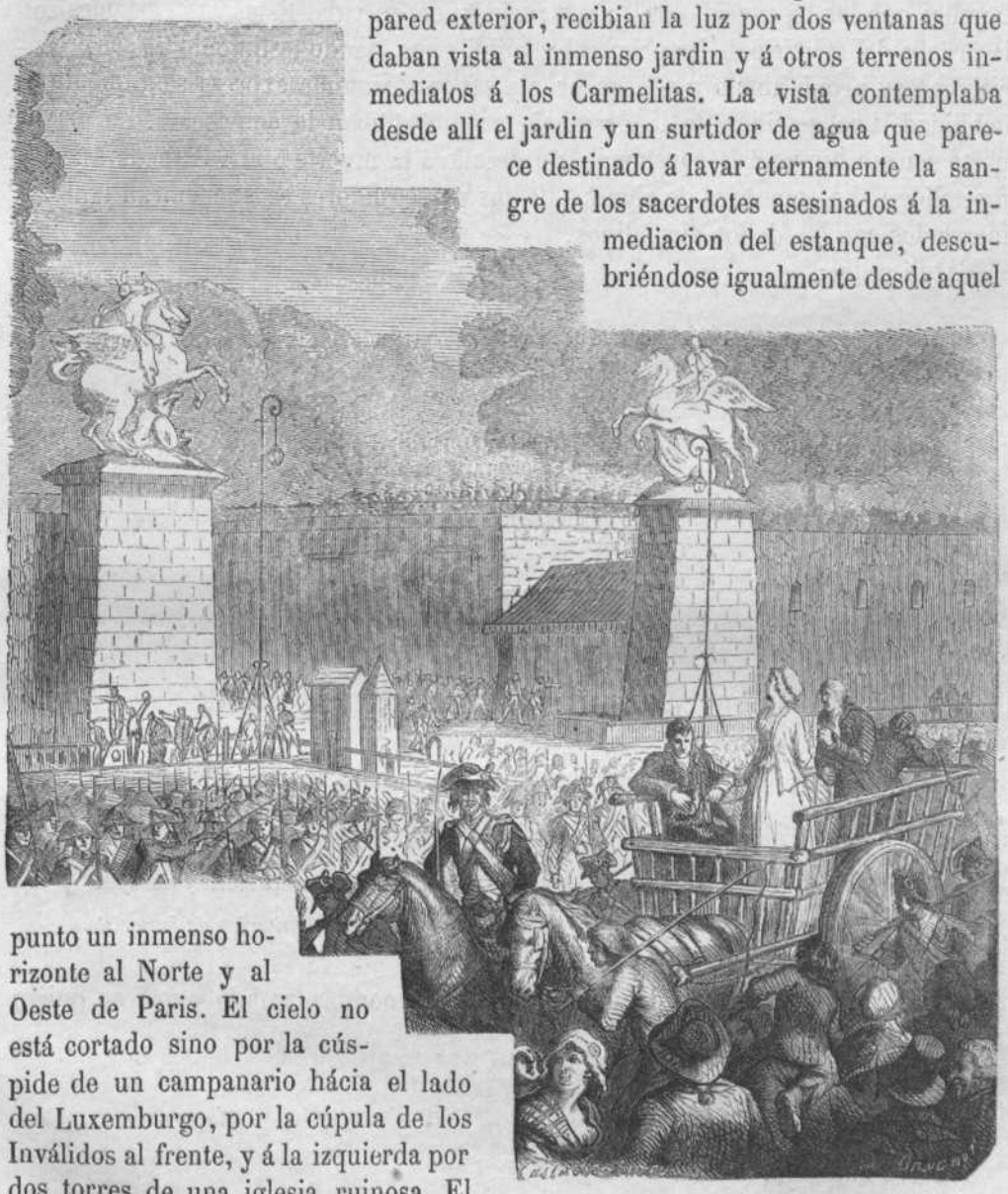
VI

Cuando se decidió su causa, se estrechó más este cautiverio. Por algunos dias se les encerró en la inmensa casa de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, monasterio convertido en cárcel, siniestro por los recuerdos y por las manchas de sangre de los asesinatos de Setiembre. Los pisos inferiores de esta cárcel, ya atestados de presos, no les dejaban á los girondinos sino un reducido espacio bajo el tejado del antiguo convento, compuesto de un corredor oscuro y de tres celdas bajas que se comunicaban unas con otras, y semejantes á los *plomos* de Venecia. Una escalera oculta en una esquina del edificio conducia desde el patio hasta el tejado. En esta escalera se habian hecho várias separaciones, atajándola toda con puertas para hacer más calabozos. Una sola puerta maciza y cubierta de planchas de hierro daba entrada á estos cuartos. Como desde 1793 esta puerta estaba cerrada, y como se ha abierto para nosotros, nos ha exhumado aquellas celdas, y nos ha representado la imágen y recordado los pensamientos de aquellas víctimas, tan intactos como el dia en que ellos los dejaron para ir al cadalso. Ni la huella, ni la mano, ni las injurias del tiempo, han borrado allí sus vestigios. Los letreros escritos por los demas proscritos se encuentran confundidos con los de los girondinos. Los nombres de los amigos y de los enemigos, los de los verdugos y los de las víctimas, están reunidos en un mismo lienzo de pared.

VII

Encima del dintel de la puerta se lee desde luégo en letras de molde la inscripcion de todos los monumentos públicos de aquel tiempo: *La libertad, la igual-*

dad ó la muerte. Se entra en seguida en una celda bastante grande que servia de sala comun, y en la cual los presos se reunian á hablar y á comer. A la izquierda hay una pequeña buhardilla oscura en la que dormian los más jóvenes. A la derecha habia una puerta que daba á un cuarto piso, más grande que el primero y que servia de dormitorio comun. Estos dos cuartos, abuhardillados por el lado de la pared exterior, recibian la luz por dos ventanas que daban vista al inmenso jardin y á otros terrenos inmediatos á los Carmelitas. La vista contemplaba desde allí el jardin y un surtidor de agua que parece destinado á lavar eternamente la sangre de los sacerdotes asesinados á la inmediacion del estanque, descubriéndose igualmente desde aquel punto un inmenso horizonte al Norte y al Oeste de Paris. El cielo no está cortado sino por la cúspide de un campanario hácia el lado del Luxemburgo, por la cúpula de los Inválidos al frente, y á la izquierda por dos torres de una iglesia ruinosa. El dia, la luz, el silencio, la serenidad de este horizonte, entraban á torrentes en aquellos elevados cuartos y ofrecian á los presos la imágen del campo, las ilusiones de la libertad y la calma de la meditacion. Las paredes y el techo de estos cuartos, blanqueados con una argamasa grosera, proporcionaban á los presos, en vez de papel, cuyo uso les estaba prohibido desde que fueron trasladados allí, páginas lapidarias sobre las cuales podian grabar sus últimos pensamientos con las puntas de los cuchillos, ó escribirlos con el pincel. Estos pensamientos, gene-



La reina conducida al cadalso.—Pág. 132.

ralmente expresados en máximas breves y proverbiales ó en versos escritos en la lengua inmortal del Lacio, cubren todavía aquellos muros, en los cuales asistimos á la última conversacion y recibimos la suprema confidencia de los girondinos. Casi todos los letreros están escritos con sangre, que conserva aún su color, pareciendo imprimir así en las miradas de los que los leen cierta cosa del mismo hombre que los ha escrito con su sustancia y con su vida. Estas inscripciones son la prueba del martirio de los primeros republicanos, dando testimonio de sus creencias con su propia mano y con su propia sangre. Ninguna expresa sentimiento ni debilidad. Los gemidos de la desgracia no amortiguan la conviccion. La mayor parte son un himno á la constancia, un desafío á la muerte ó una llamada á la inmortalidad. Los nombres de algunos de sus perseguidores se encuentran tambien mezclados con los de los girondinos.

Aquí se lee:

«Cuando Caton no pudo salvar la libertad de Roma, siguió viviendo libre y supo morir como hombre.»

Más allá:

«Justum et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava juventium,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solidâ.»

Más alto:

«Cui virtus non deest,
Ille
Nunquam omnino miser.»

Más bajo:

«La verdadera libertad es la del alma.»

A su lado hay una inscripcion religiosa, en la cual se cree reconocer la mano de Fauchet:

«Acordaos que sois llamados, no para hablar y estar ociosos, sino para sufrir y trabajar.»

(Imitacion de Jesucristo.)

En otro lado de la pared, un recuerdo á un nombre amado y que no quiere revelar ni á la muerte:

«Muero por...»

(MONTALEMBERT.)

Sobre una viga:

«Dignum certe Deo spectaculum fortem virum colluctantem cum calamitate.»

Encima:

«¡Qué apoyos tan sublimes tengo en mi suprema desgracia! Tengo en mi favor á mi virtud, á la equidad y al mismo Dios.»

Debajo de esto:

«El dia no es más puro que el fondo de mi corazon.»

En el marco de la ventana:

«Cui virtus non deest,
Ille
Nunquam omnino miser..

Rebus in arduis facile est contemnere vitam.
Dulce et decorum pro patriâ mori.
Non omnis moriar.
¡Summum credo nefas animam præferre pudori!»

En gruesas letras escritas con sangre por la mano de Vergniaud:

«Potius mori quàm fœdari.»

En fin, una indescifrable multitud de inscripciones, de iniciales, de estrofas y de pensamientos no acabados, manifiestan toda la intrepidez de aquellos hombres estoicos, nutridos en la doctrina de la antigüedad, y que buscan un consuelo, no en la esperanza de la vida, sino en la contemplacion de la muerte. Estas paredes, así como las víctimas que han encerrado, chorrean sangre, pero no lloran.

VIII

Los girondinos fueron trasladados durante la noche á su última prision, á la Conserjería. La reina aún estaba allí. Así, el mismo techo cubria á la reina y á los hombres que la habian precipitado del solio el 10 de Agosto, á la víctima del trono y á las víctimas de la república. Allí se reunieron con Brissot, que hacía tiempo se hallaba solo en la Abadía, y con otros colegas y amigos suyos que habian traido del Mediodía ó de Bretaña para ser juzgados con ellos.

Se les puso en un departamento separado del resto de los presos; sus calabozos estaban contiguos, y uno solo contenia ocho camas; no se comunicaban con los otros presos sino en los patios, en las largas horas de ociosidad y de paseo. La imposibilidad de evadirse de estas paredes cerradas con triples puertas, barras de hierro, cerrojos y centinelas, habia endulzado el régimen de *incomunicacion* á que estaban condenados algun tiempo hacía. Se les permitió el uso de la tinta y del papel, tenian periódicos, y se comunicaban por los postigos con sus esposas, sus hijos y sus amigos. Allí era únicamente donde se enternecian al dirigirles algunas palabras, al apretarles las manos y al mirarles con los ojos arrasados de lágrimas, consuelo y suplicio de semejantes entrevistas en todas las cárceles. Brissot veia de cuándo en cuándo á su mujer, que levantaba á su hijo en sus brazos para que besase á su padre. Como la mayor parte eran jóvenes, solteros, sin familia en Paris, y relacionados con mujeres que no llevaban sus apellidos, ni podian confesar su amor ni su dolor, no conseguian sino á fuerza de engaños y de astucias deslizar un billete, ó cambiar un suspiro ó una mirada con los que amaban.

El cuñado de Vergniaud, Mr. Alluaud, llegó de Limoges con algun dinero para el preso, porque Vergniaud estaba en una desnudez completa; sus vestidos se caian á pedazos. Mr. Alluaud se habia traido consigo á su hijo, niño de diez años, y cuyas facciones recordaron á Vergniaud la imágen de su querida hermana. El niño, viendo á su tio preso como un malhechor, con la cara flaca, el color pálido, el cabello descompuesto, la barba crecida, el vestido sucio y roto cayéndosele á

pedazos, se echó á llorar y fué á refugiarse asustado entre las rodillas de su padre. «Hijo mio,—le dijo el preso tomándole en sus brazos,—tranquilízate y mírame bien: cuando seas hombre, podrás decir que has visto á Vergniaud, el fundador de la república, en su mejor tiempo y con el mejor traje de su vida, traje con el cual sufrió la persecucion de los malvados, y se preparó á morir por los hombres libres.»

El niño se acordó, en efecto, y cincuenta años despues se lo dijo al que escribe estas líneas.

IX

En las horas de reunion en el patio de la cárcel, los demas presos se agrupaban alrededor de los girondinos para contemplarlos y para oirles. Sus conversaciones versaban sobre los acontecimientos del dia, sobre los peligros de la patria, sobre las dificultades de la libertad y sobre los males de la república. Hablaban como hombres que nada tenian ya que ver con los sucesos, y que contemplaban ensangrentada y deshonrada la obra de sus manos. Su elocuencia, que nada habia perdido de su antiguo patriotismo, parecia adquirir bajo aquellas bóvedas cierta solemnidad que participaba de la profecía y de la impasibilidad celeste. Su voz imparcial parecia salir del sepulcro. Brissot leia á sus colegas las páginas que legaba al porvenir para su justificacion. En ellas se traslucia el pesar de que aquella libertad que habia ido á contemplar á un pueblo nuevo en los bosques de América, en donde las más puras virtudes la naturalizaban, se alimentase con sangre y veneno en un pueblo envejecido y corrompido como el nuestro, en que es necesario crear hasta los hombres para regenerar las instituciones humanas. Gensonné conservaba la acritud del sarcasmo y la sal corrosiva de su palabra, y se vengaba de la persecucion despreciando á los perseguidores. Lasource iluminaba con el fuego de su ardiente imaginacion los abismos de la anarquía, consolándose al ver que al hundirse su partido se verificaba un hundimiento general de Europa. Su místico espíritu mostraba por todas partes el dedo de Dios señalando la ruina de la sociedad. Carra soñaba en nuevas combinaciones y en nuevas divisiones de países entre las potencias de Europa, designando sobre el globo la carta de la libertad y tomando las quimeras de su imaginacion por el genio del hombre de Estado. Fauchet se daba golpes de pecho delante de sus colegas, y se acusaba con un arrepentimiento sincero y firme de haber abandonado la fe de su juventud. Demostraba que sólo la religion podia guiar los pasos de la libertad, alegrándose de poder dar á su próxima muerte el carácter del doble martirio, el del sacerdote que se arrepiente, y el del republicano que persevera. Sillery callaba, porque encontraba el silencio más digno que las quejas, volviendo como Fauchet á las creencias y prácticas religiosas. Los dos se separaban con frecuencia de sus colegas para hablar aparte con un venerable sacerdote encerrado por su fe en la Conserjería. Este era el abate Emery, superior que habia sido de la congregacion de San Sulpicio, y de quien Fouquier-Tinville decia: «Le dejamos vivir, porque ahoga más quejas y más tumultos en las cárceles con su dulzura y con sus consejos que pudieran hacerlo los gendarmes y el miedo de la guillotina».

Ducos y Fonfrede, jóvenes en quienes la prision no podia enfriar el fuego de la

EL ABATE FAUCHET.

juventud y la verbosidad del Mediodía, jugaban con la muerte, escribian versos, afectaban la alegría de sus dias serenos, y no encontraban gravedad ni se enternecian sino en las confidencias de su amistad y con el temor que cada uno de ellos manifestaba por la suerte del otro. Muchas veces se abrazaban y se daban las manos como para apoyarse contra la suerte. Ni el sentimiento de la fortuna inmensa y de la larga perspectiva de dias dichosos que iban á dejar, ni los recuerdos de dos jóvenes amadas, cuya próxima viudez presentian, les hacian arrepentirse ni un momento, al ménos en la apariencia, del sacrificio que hacian de su vida en aras de la libertad.

Sin embargo, una vez Fonfrede, ocultándose de Ducos y hablando con el jóven Riouffe, dejó escapar un torrente de lágrimas contenido hacía mucho tiempo, al recordar á su mujer y á sus hijos. Ducos lo notó, se le aproximó, é interrogándole con vivacidad, dijo con tono de tierna reconvencion á su cuñado: «¿Qué tienes y qué es lo que me ocultas?» «Nada... es éste, que me habla y me enternece»,—respondió Fonfrede señalando á Riouffe. Ducos no se engañó, sin embargo, sobre el llanto de Fonfrede. Los dos amigos se arrojaron en brazos uno de otro, ocultando sus lágrimas mutuamente.

Valazé veia aproximarse la muerte como la coronacion del sacrificio que habia hecho hacía tiempo de su vida por la patria. Sabía que las nuevas doctrinas crecen con la sangre de sus apóstoles, felicitándose interiormente de darles la suya. Tenia el fanatismo del sacrificio y la impaciencia del martirio. Sus facciones, radiantes de inmortalidad en aquellos calabozos, atestiguaban el gusto anticipado de una muerte que buscaba en lugar de huirla. «Valazé,—le decian sus compañeros de miseria,—para tí sería un castigo el que no te sentenciasen.» El se sonreia al oir estas palabras, como un hombre cuyo pensamiento ha sido adivinado. Algunas horas ántes de verse la causa, dió al jóven Riouffe unas tijeras que tenia ocultas hasta entónces. «Ten,—le dijo con una ironía que Riouffe no entendió hasta despues;—dicen que ésta es un arma peligrosa, y temen que atentemos contra nuestros dias.» El llevaba consigo un arma más segura, y este donativo no fué más que una chanza socrática dirigida á sus verdugos.

X

Vergniaud no afectaba ni la alegría aturdida de sus jóvenes amigos Ducos y Fonfrede, ni la solemnidad de Lasource, ni el imprudente ardor por morir de Valazé, ni la preocupacion laboriosa de Brissot por justificar su memoria ante la posteridad. Sereno, grave, natural, risueño alguna vez, y pensativo las más, no escribió, y habló muy poco, pasando los dias sin afan y sin remordimientos, en una ociosidad forzada que por otra parte no repugnaba mucho á su carácter. Así como el piloto separado del timon durante una tempestad, descansaba sobre cubierta en medio de las vacilaciones del bajel, cuyas maniobras no eran ya de su inspeccion. Sér fuerte, alma á quien su misma fuerza hacía á veces demasiado inmóvil, su espíritu profético, aunque perezoso, le dejaba poca sensibilidad para consigo mismo. Con una mirada ó con una palabra reasumia una situacion sin conocerla en sus pormenores. Solo y taciturno, recostado sobre su cama ó paseando en el patio, ilustraba algunas veces la conversacion con uno de aquellos rasgos de elocuencia

tan majestuosa en el calabozo como en la tribuna. Conmovidos sus colegas, le aplaudian y le suplicaban que anotase aquellas improvisaciones para el tribunal ó para la posteridad; pero Vergniaud se desdeñaba de recoger aquellas migajas de su genio. En él la elocuencia no era un arte, era su misma alma, estando seguro de llevarla siempre consigo y de encontrarla en las ocasiones. La estimaba como un arma para combatir, y no para adorarse con ella ante sus contemporáneos ni ante la posteridad. Emitida la idea, no pensaba en reproducir un eco inútil de ella, y volvia á su sueño ó á su indiferencia habitual.

Algunas veces hablaba con Fauchet, y sin participar de la fe de éste, hallaba buenas las teorías y las esperanzas del cristianismo. Consideraba esta religion como la verdadera filosofía de la humanidad, revestida de misterios y de imágenes para hacerla accesible á la debilidad de la infancia eterna del género humano; respetaba el cristianismo, como el fundidor respeta el oro en una moneda alterada; no queria la destruccion, pero sí la depuracion lenta, libre y prudente del culto. «Separar á Dios de su imágen,—decia,—es la última obra de la filosofía y de la revolucion.» Vergniaud apreciaba mucho más el talento de Fauchet desde que aquel talento vago y declamatorio se habia vivificado y como santificado por la resurreccion del sentimiento religioso en el alma del obispo del Calvados con el presentimiento del martirio. Fuera de estas conversaciones, la actitud exterior de Vergniaud era la indolencia; no aquella indolencia del hombre ligero, que no se eleva hasta la dignidad de su suerte y que profana las tres cosas más santas de la vida, la conciencia, el infortunio y la muerte, pero sí la indolencia del hombre grave que juzga su propia situacion, que la domina y que busca distracciones á su existencia hasta la hora en que la sacrifica á un deber.

Tal era Vergniaud en la cárcel. No parecia el más impasible de sus compañeros de infortunio sino porque era el más reflexivo y el más grande de todos ellos. La amistad tenia un ascendiente poderoso en su alma. El dia ántes de abrirse el proceso de sus coacusados, arrojó al patio de la cárcel el veneno que llevaba consigo hacía cinco meses, á fin de morir con la misma muerte que sus amigos, y acompañarles hasta el cadalso.

XI

El 22 de Octubre se les comunicó el acta de acusacion, y el 26 principió á verse el proceso. Desde la causa de los Templarios no se habia visto comparecer todo un partido con jefes más numerosos, más ilustres y más elocuentes ante ningun tribunal. La fama de los acusados, su prolongacion en el poder, su peligro presente, la dura venganza que empuja á los hombres á presenciar el espectáculo de los grandes trastornos de la fortuna, y que les causa una alegría secreta al contemplar sus caidos restos, habian atraido y retenido hasta el fin de la lectura de la causa una multitud de gentes que se apiñaba en el recinto y los alrededores del tribunal revolucionario. La mayor parte de los jueces y de los jurados habian sido amigos ó clientes de los acusados. Estos jueces estaban resueltos á hallarles culpables y á librarse de toda sospecha de complicidad, arrojando este partido á que fuese devorado por el pueblo, y con todo, no se atrevian á dirigir la vista á los acusados, temerosos de encontrar un amigo que les dirigiese en una mirada una súplica y una reconvencion.

Una masa imponente de fuerza armada ocupaba los puestos de la Conserjería y del palacio de justicia. La artillería, los uniformes, los pabellones de armas, los centinelas, la gendarmería con los sables en las manos, anunciaban claramente la vista de una de esas causas políticas cuyo juicio es una batalla y cuya justicia es una ejecucion.

Los acusados fueron introducidos en el tribunal. Eran veintidos. Este número fatal, escrito en la primera idea de proscripcion del 31 de Mayo, no habia disminuido á pesar de la fuga ó de la muerte de algunos de los primeros veintidos-diputados designados para la depuracion de la Convencion. Se habia completado el número añadiendo á los girondinos otros acusados extraños á su faccion, como Boileau, Mainvielle y Antiboul, para que el pueblo, al ver aquella igualdad numérica, creyese encontrar en ella el mismo complot, detestar el mismo crímen y herir á los mismos conspiradores.

XII

A las once de la mañana entraron uno á uno, por medio de dos filas de gendarmes, en la sala de la audiencia. La multitud, viéndolos pasar, preguntaba sus nombres y buscaba en sus facciones las señales imaginarias de las maldades que se decia hallarse personificadas en ellos. Aturdíase, no obstante, de que aquellas frentes tan jóvenes y aquellas caras tan serenas ocultasen bajo la belleza y la dulzura de sus facciones tanta maldad y tanta perfidia.

El primero que se sentó en el banco fué Ducos, de edad apénas de veintiocho años; su aspecto juvenil, sus ojos negros y perspicaces y la movilidad de su fisonomía, revelaban uno de esos naturalistas meridionales á los que la vivacidad de sus impresiones impide hacerse profundos; hombres en quienes todo es ligero, hasta el heroísmo.

Fonfrede, más jóven que su cuñado, seguia á éste. Una sombra de melancolía más grave estaba esparcida por todo su rostro. Se veia en su aspecto pensativo la lucha interior entre el amor que le unia á la vida y la generosa amistad que le hacía sacrificarse voluntariamente á la muerte. Muchas veces se le habian ofrecido á Fonfrede los medios de evadirse. «No, —respondia;—la suerte de Ducos será la mia: salvarme yo solo no sería salvarme, sería perderle.» Salido Fonfrede de la cárcel, habia vuelto á ella voluntariamente. Las miradas de estos dos jóvenes girondinos se fijaban con más seguridad sobre la multitud y se dirigian con más confianza sobre los jurados. Ducos y Fonfrede no habian participado en la Convencion y en la comision de los Doce ni de la sabiduría de Condorcet y de Brissot, ni de la moderacion de Vergniaud. Entusiastas y fogosos como la Montaña, habian reprendido muchas veces la tibieza revolucionaria de su partido. No aborrecian en Danton sino las manchas de la sangre de Setiembre. Este hubiera sido su jefe si no hubiera existido Vergniaud. Queridos de la Montaña, para la cual la juventud era un atractivo, esperaban en secreto que los montañeses tendrian en consideracion lo exaltado de sus opiniones, y que en los últimos momentos se harian cargo de que no habia en ellos otra culpabilidad que la de llevar el nombre de un partido proscrito.

XIII

Despues de éstos seguia Boileau, juez de paz de Avallon. Hombre débil, mezclado por casualidad en las filas de la Gironda, cayó en la cuenta de su error ante la muerte, y proclamó con un tardío arrepentimiento las opiniones triunfantes y el patriotismo sin piedad de la Convencion. Boileau tenia cuarenta años. Su aspecto indeciso atestiguaba la fluctuacion de sus ideas. Sus miradas imploraban las miradas de los jueces y parecian decirles: «No me confundais con mis pretendidos cómplices; si no estuviese con ellos, sería su primer enemigo».

Mainvielle iba despues; jóven diputado por Marsella, de edad de veintiocho años como Ducos, era de una belleza admirable, pero más varonil que la de Barbaroux. Se habia manchado con la sangre de Avignon, su patria, para arrancarla por la violencia del partido papal y unirla á Francia y á la revolucion. Acusado por Marat de moderantismo, esta acusacion le habia confundido con la Gironda.

Duprat, su compatriota y amigo, le acompañó por el mismo crímen en los calabozos y el tribunal.

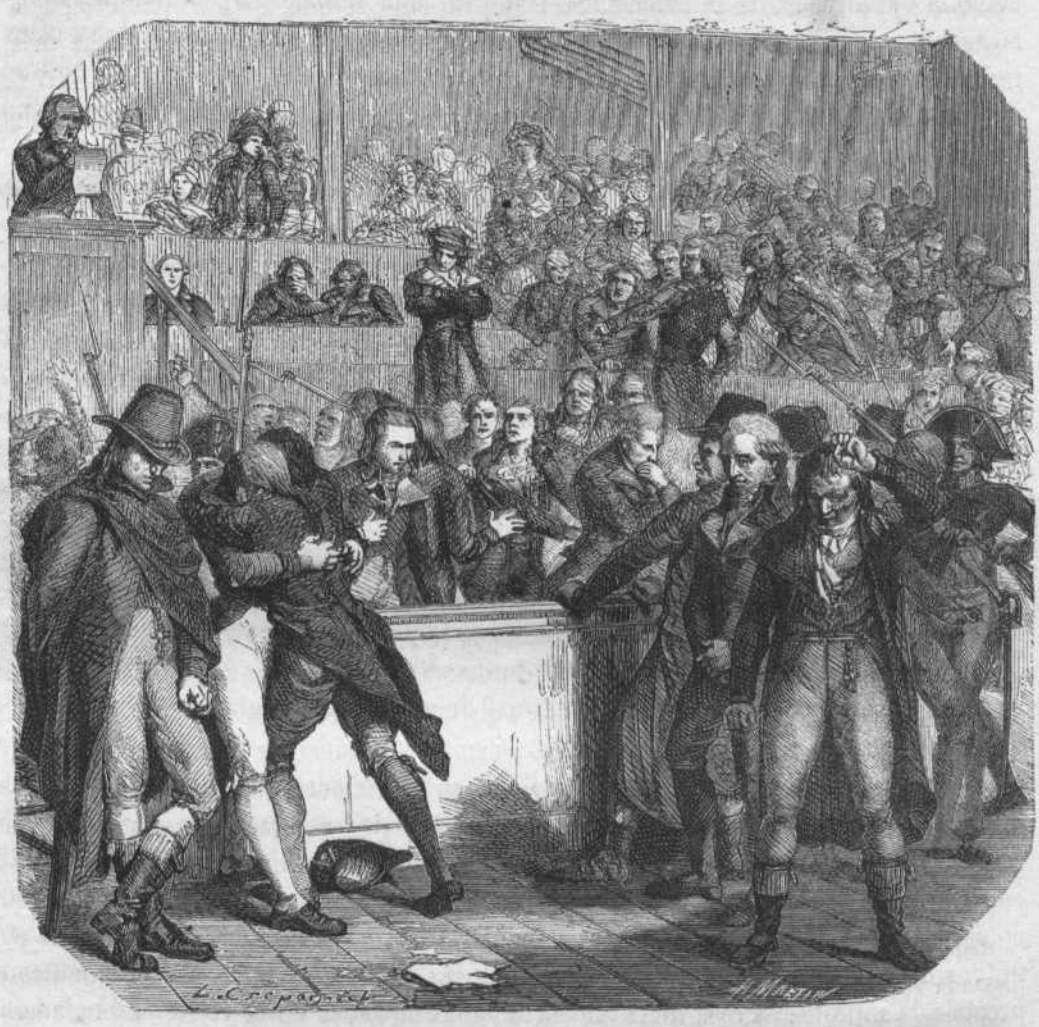
Despues de éstos seguia Antiboul, natural de Saint-Tropez y diputado por Var. Culpable por la valerosa humanidad que desplegó en el proceso de Luis XVI, Antiboul habia consentido en proscribirle como rey, pero no en ajusticiarle como hombre. Su crímen era su conciencia. La calma y la pureza resplandecian en sus facciones.

Luégo seguia Duchastel, diputado por Deux-Sevres, de edad de veintisiete años, que se habia hecho llevar moribundo á la tribuna, envuelto en una manta, para votar en contra de la muerte del *tirano*, y á quien llamaban en la Convencion, á causa de su traje en aquella ocasion, el *aparecido de la tiranía*. La elevacion de su estatura, la actitud marcial de su cuerpo, la gracia y la nobleza de su persona, atraian todas las miradas.

Carra, diputado por el Saone-et-Loire en la Convencion, se sentó al lado de Duchastel. La expresion vulgar y desordenada de su fisonomía, su encorvado cuerpo, su cabeza gruesa y basta, y el desaliño de su traje, que recordaba el de Marat, contrastaban con la estatura y con la belleza de Duchastel. Carra era uno de esos hombres que tienen la impaciencia de la gloria en el alma, sin alcanzarla por su talento, que se arrojan en la corriente de las ideas de la época, pero que teniendo en sus sentimientos más luces que en la inteligencia, se detienen cuando notan que la corriente los lleva al crímen; tal era Carra, sabio, confuso, fanático, declamatorio, fogoso en el movimiento y fogoso en la resistencia. Se habia refugiado en la Gironda para combatir los excesos del pueblo, sin separarse de la república. Su periódico habia sido eco de sus doctrinas y de su elocuencia, pero este eco debia perecer con la voz que lo producia.

Un hombre oscuro, con traje y aspecto rústicos, llamado Lauze de Perret, víctima involuntaria de Carlota Corday, estaba sentado al lado de Carra. Era noble, y sin embargo, cultivaba con sus propias manos la herencia rural de sus padres. Sin ambicion y sin vanidad, la revolucion le habia cogido, como á Cincinnato, con el arado en la mano. Sus conciudadanos le habian elegido á su pesar, como al hombre más honrado, y pagaba bien caro en esta ocasion el precio de su fama. Tenia cuarenta y siete años.

En seguida estaba Gardien, diputado por Vienne, de la misma edad y de igual exterior. Gardien habia votado en contra de la muerte del rey, y formado parte de la comision de los Doce. Habia desplegado la energía serena de un buen ciudadano contra los facciosos, habia pedido la prision de Hebert, de Chaumette y de los conspiradores del ayuntamiento; merecia, pues, un lugar en la primera fila de los vencidos del 31 de Mayo, y lo aceptaba.



Los diputados proscritos (sesion del 3 de Octubre, 1793).—Pág. 138.

Despues de éste iban Lacaze, diputado por Libourne, y Lesterpt-Beauvais, diputado por la Alta Vienne; los dos eran amigos de Gensonné, admiradores apasionados de su elocuencia y de su valor, y se gloriaban de ser acusados de las mismas virtudes que él. Su semblante manifestaba ser éste su sentimiento. Tenian á honor el verse envueltos en la acusacion de Gensonné, como si de esto les resultase una gran gloria.

Gensonné estaba á su lado. Este era un hombre de treinta y cinco años, pero en cuyas facciones la madurez de juicio, la importancia de su representacion y la firmeza reflexiva de sus opiniones habian impreso un sello de dureza y de fijeza, que le hacía aparecer tan grave cual otro Nestor agobiado por el peso de los años.

Su frente alta é inclinada hácia atras, sus cabellos espesos, erizados y empolvados segun la costumbre de la antigua época, manifestaban la altivez de su persona. Aquel hombre tenia la cabeza erguida cual si amenazase con su reto á los mismos que iban á decidir de su vida, y en su imperceptible sonrisa se revelaba el sarcasmo y el desprècio interior que le infundian jueces, acusadores y pueblo. Parecíase á la estatua de la impopularidad, ó á la de la aristocracia intelectual, desdeñosa como la aristocracia de la sangre. Su traje, no sólo aseado, sino elegante, era de la hechura y de las telas que estaban proscritas, lo cual añadia aún mucha más impopularidad á la fisonomía de Gensonné.

Un médico de Dinan, llamado Lehardy, diputado del Morbihan, hombre sin otra ambicion que el amor de los hombres y sin otro brillo que su muerte, se guarecia modestamente en los brazos de Gensonné. Habia considerado en la minoría de los girondinos el centro de las virtudes cívicas, y se habia reunido á ellos por horror á sus enemigos. Su pensamiento sensible y sufrido parecia más ocupado de la suerte de aquéllos que de la suya propia.

En seguida se dejaba ver Lasource, hombre de bien, de palabra exaltada y de imaginacion trágica. Sus cabellos cortados y sin polvos, su vestido negro, su aspecto austero, su fisonomía ascética y concentrada, recordaban en él el ministro del Santo Evangelio, y á los puritanos de Cromwell que buscaban á Dios en la libertad, y en su proceso el martirio.

Vigée, hombre desconocido y que apénas llegó á la Convencion cayó en el lazo de las primeras votaciones, pasó desapercibido despues de Lasource.

Este y Vigée precedian á Sillery, antiguo confidente del duque de Orleans, acusado de inspirarle por medio de su esposa ideas ambiciosas y el deseo de subir al trono. Sillery se habia separado del duque despues de la muerte del rey, porque su corazon honrado se sublevó contra el regicidio. Se habia detenido, no como un hombre tímido que se arrepiente en silencio y desaparece entre las sombras, sino como un hombre resuelto que se vuelve y hace frente al peligro. Una república grande y pura le habia parecido ser una ambicion más noble que una corona recogida entre arroyos de sangre. Este hombre, en resúmen, se habia identificado con los girondinos, y aunque respetuoso hácia Orleans, aconsejaba á este príncipe en secreto la enmienda, y le predecia la catástrofe que le aguardaba. La actitud militar de Sillery, su traje y su fisonomía altiva, revelaban en él el noble que desprecia á la multitud. Presa de las primeras enfermedades de la vejez, empeoradas por la humedad de los calabozos, Sillery andaba apoyado en unas muletas. Pero esta señal de sus padecimientos físicos daba más realce á su persona que lo que le quitaba en gracia y ligereza. La expresion de sus facciones era la de la felicidad, y parecia que se gozaba en libertarse de las dificultades de su situacion y en escapar de las reconvenciones que sus antiguas faltas merecian, por una muerte noble, en medio de sus amigos y con lo más escogido de la república.

Valazé tenia la actitud de un soldado en medio del fuego. La consigna de su conciencia le dictaba que era preciso morir, y murió. Su traje y el modo de llevarle revelaban el hábito de vestir uniforme. Sus miembros delgados, sus facciones pálidas y macilentas, el fuego sombrío de sus ojos, revelaban en él uno de esos hombres obstinados en quienes el pensamiento es la enfermedad crónica del cuerpo.

El abate Fauchet seguia despues de Valazé. Tenia cerca de cincuenta años,

pero la belleza de sus facciones, la elevacion de su estatura y el color de su rostro le hacian parecer más jóven. Su traje recordaba su antiguo ministerio por el color y por la hechura. Su cara no tenia más expresion que la de su alma: el entusiasmo. Se conocia que su pecho no era más que un hogar. Fauchet habia alimentado en él sucesivamente, ó á la vez, el triple fuego del amor, de la libertad y de Dios. El momento de Dios habia llegado, y le daba su vida en expiacion. La aureola del inspirado, del apóstol y del orador iluminaba su frente. El tribunal era para Fauchet un santuario adonde iba á confesar sus faltas y á ofrecer el sacrificio de su propia sangre.

XIV

Brissot estaba el penúltimo. Era un hombre de mediana edad, de estatura pequeña, cara macerada, alumbrada solamente por una inteligencia animosa, y ennoblecida por una intrépida obstinacion de ideas. Vestido con una sencillez afectada de filósofo ó de hombre de la naturaleza, su raido traje negro no era más que un pedazo de paño cortado geométricamente para cubrir sus miembros. Su cabello corto y sin polvos se parecia al de un cuákero americano. Brissot tenia en la mano un lápiz y un papel en donde apuntaba á cada instante algunas notas. Sólo él estaba agitado. Se veia que, perseguido por la mala é injusta fama de libelista y de aventurero político de que habia sido tachado en su juventud, atormentado por sus desgracias más que por sus faltas, conocia más que sus colegas la necesidad de defenderse, y que aceptaba más resueltamente el suplicio que la calumnia. Gozaba en poder confundirla, aceptando el martirio como un sabio.

XV

En fin, el último que venía, atrayéndose las miradas de todos, era Vergniaud. Todo Paris le habia conocido y le habia visto en su majestuosa perspectiva sobre el pedestal de la tribuna. Habia curiosidad por contemplar, no solamente al orador á la misma altura con sus enemigos, sino al hombre colocado en el banquillo de los acusados. Se esperaban de él esfuerzos y explosiones de elocuencia que diesen al drama del proceso las peripecias y los retrocesos de opinion dignos de los dias de Demóstenes ó de Ciceron. El prestigio de Vergniaud le rodeaba completamente. Era uno de esos hombres de quienes se espera todo, áun lo imposible.

Un murmullo de interes y de compasion resonó al verle. No era éste ya el Vergniaud de la Convencion, sino el preso del pueblo. Sus músculos, flojos por la ociosidad y por el decaimiento del alma, no marcaban la armazon un poco maciza y fofa de su cuerpo. Habia en su actitud una dejadez de sí mismo que parecia el desfallecimiento. Su paso era tardo, su mirada desvanecida ó apagada, sus mejillas hinchadas, su color lívido y marcado con la palidez de las cárceles; su frente sudaba, y los bucles de su cabello parecian pegados á su piel por un sudor continuo. Vestia la misma casaca azul con largos faldones y un ancho cuello vuelto con que se le habia visto siempre en la Convencion; pero esta casaca, ya demasiado estrecha por haber engordado, se le rompia por la espalda y se le separaba por el pecho, impidiéndole la libertad de los movimientos, como si fuese un vestido pres-

tado. Toda su persona respiraba la decadencia de las grandes cosas. Se enternecia uno involuntariamente viéndole, pero no temblaba. Era el atleta vencido y caido en tierra. Aunque Vergniaud entró el último, sus colegas le hicieron lugar en el centro del banco, como un jefe alrededor del cual tenian la gloria de agruparse; los gendarmes le permitieron sentarse allí.

XVI

El acta de acusacion de Fouquier-Tinville, concertada segun se dice con Robespierre y Saint-Just, no era más que una extensa y amarga reproduccion del folleto de Camilo Desmoulins, titulado *Historia de la faccion de la Gironda*. Esta era la historia de la calumnia escrita por el calumniador, y de la que daba testimonio el verdugo. Nada añadieron á ella. El rencor no tenia necesidad de convencerse, porque habia sentenciado ya con anticipacion.

Los jueces hicieron comparecer como testigos á todos los enemigos más encarnizados de los acusados. Pache, Chabot, Hebert, Chaumette, Montaut, Fabre d'Eglantine, Leonard Bourdon y el jacobino Deffieux leyeron, en lugar de testimonios, largas invectivas contra los girondinos. Estos discutieron en breves palabras con los testigos. En lugar de llevar la defensa á la altura de su situacion y de su alma sobre el terreno de la política general, y confesar el crímen glorioso de haber querido moderar la revolucion para hacerla irreprensible y vencedora, se limitaron á cubrirse individualmente contra los golpes de sus enemigos. Su defensa fué poco digna, rebajándose su dignidad. El mismo Vergniaud pareció excusarse más que envanecerse por sus opiniones. Brissot, más firme y con más fiereza delante de sus enemigos, refutó victoriosamente á Chabot, y luchó hasta el fin con sus acusadores. Sillery confesó su verdadero crímen, el voto contra la muerte del rey, lo que ilustró su memoria. Ninguna palabra digna de reservar en la historia salió del corazon de aquellos grandes acusados. El temor de comprometer un resto de vida selló sus labios. El cuidado de salvar sus dias perjudicó al de vengar su memoria. No fueron grandes sino despues de haber perdido toda esperanza.

XVII

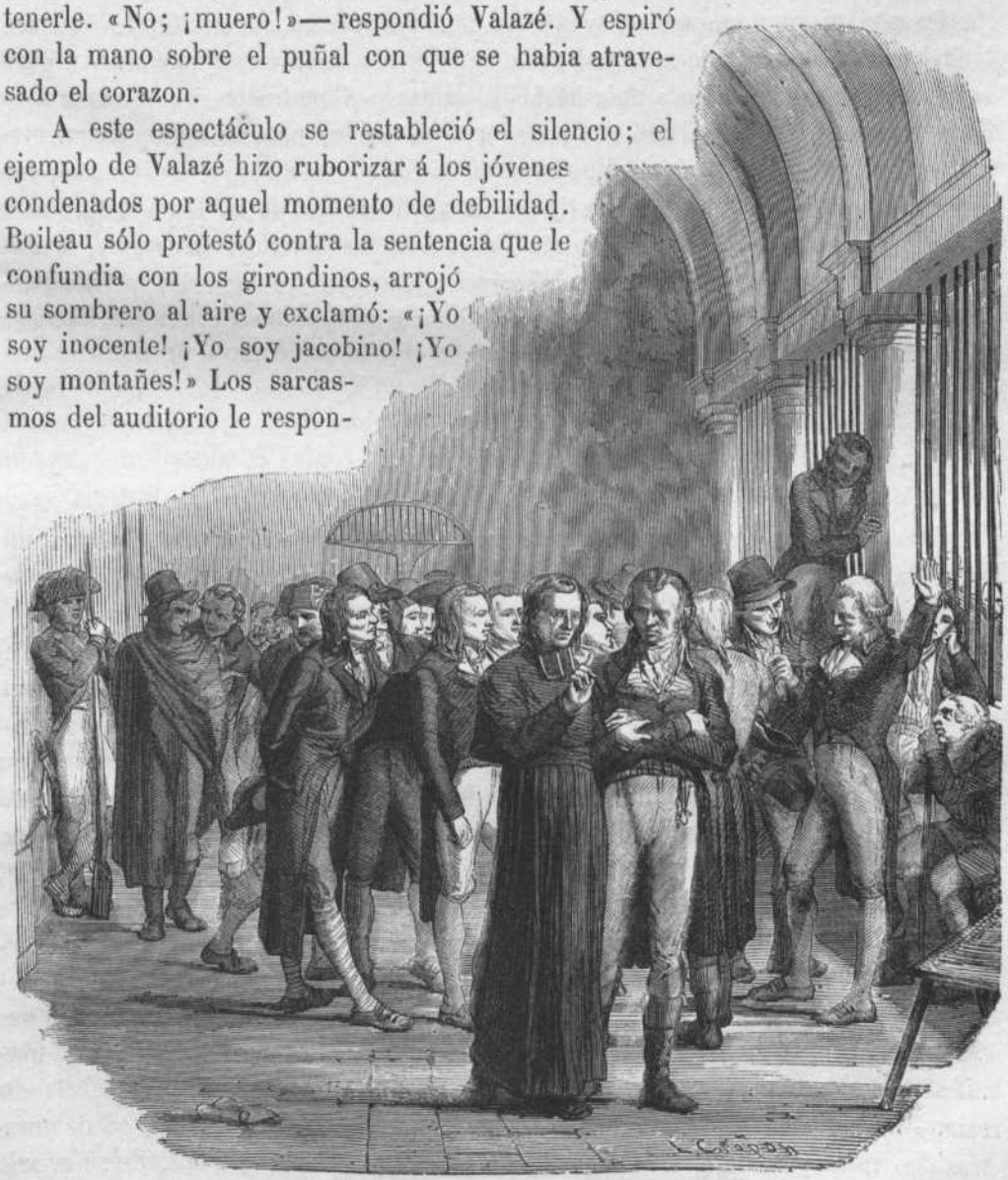
Entre tanto, la vista de la causa se prolongaba hacía siete dias, y la palabra pedida por Gensonné en nombre de todos los acusados para refutar la acusacion cansaba al tribunal y á los jurados é inquietaba á la Montaña. La opinion pública, que se deja ablandar y que cambia tan pronto al aspecto de las víctimas, comenzaba á inclinarse á la indulgencia. Se preguntaban en alta voz, al salir de las sesiones del tribunal, qué recompensa tendria la república para sus enemigos, cuando trataba de aquel modo á sus fundadores. Se lamentaban de que tanta juventud, tanta belleza y genio se sacrificase por un delito de opinion. Se hablaba de la baja envidia de Robespierre y Danton, que encargaban á la muerte cerrase aquellas elocuentes bocas, para no tener el cuidado, y con frecuencia la humillacion, de responderles.

Estos primeros síntomas en favor de los girondinos alarmaron al ayuntamiento. El yerno de Pache, Audouin, que habia sido clérigo y á la sazon era perseguidor

encarnizado, fué á intimar al comité de salud pública que cerrase el debate, permitiendo al presidente que declarase á los jurados suficientemente instruidos. El jurado, obligado por esta declaracion, cerró los debates el 30 de Octubre á las ocho de la noche. Todos los acusados fueron declarados culpables de haber conspirado contra la unidad y contra la indivisibilidad de la república, y condenados á muerte.

A la palabra *muerte,* un gesto de admiracion y horror se elevó de los bancos de los acusados. El mayor número, y sobre todo Boileau, Ducos, Fonfrede, Antiboul y Mainvielle, esperaban ser absueltos. Su actitud de consternacion, sus manos extendidas hácia los jueces, sus convulsivas maldiciones, causaron un momento de turbacion en el pretorio. Uno de los acusados hizo un movimiento inapercibido con la mano sobre su pecho como para romper sus vestidos, y cayó del banco; éste fué Valazé. «¡Cómo! ¿Tienes miedo?»—le dijo Brissot esforzándose por sostenerle. «No; ¡muero!»—respondió Valazé. Y espiró con la mano sobre el puñal con que se habia atravesado el corazon.

A este espectáculo se restableció el silencio; el ejemplo de Valazé hizo ruborizar á los jóvenes condenados por aquel momento de debilidad. Boileau sólo protestó contra la sentencia que le confundia con los girondinos, arrojó su sombrero al aire y exclamó: «¡Yo soy inocente! ¡Yo soy jacobino! ¡Yo soy montañes!» Los sarcasmos del auditorio le respon-



Los diputados en el patio de la Conserjería.—Pág. 144.

dieron. En lugar de compasion, no encontró en todas las miradas sino desprecio. Brissot inclinó la cabeza sobre el pecho, y parecia que reflexionaba. Fauchet y Lasource juntaron las manos y levantaron los ojos al cielo. Vergniaud, situado en el banco más elevado, dirigió impasible sobre el tribunal, sobre sus colegas y sobre la multitud una mirada que parecia reasumir la escena y buscar en lo pasado un ejemplo y una imágen de semejante irrision del destino y semejante ingratitud del pueblo. Sillery arrojó sus muletas y exclamó: «¡Hoy es el mejor dia de mi vida!» Fonfrede se volvió hácia Ducos, y abrazándole, le dijo llorando: «Amigo mio, yo soy quien te da la muerte; pero consuélate, vamos á morir juntos».

XVIII

En este mismo momento se levantó un grito del medio de la multitud. Un jóven luchaba entre el grupo de espectadores y se esforzaba inútilmente por abrirse paso entre las filas apiñadas para huir hácia la puerta. «¡Dejadme huir, dejadme huir de este espectáculo!—exclamó tapándose los ojos con las manos.—¡Soy un miserable, yo soy quien los asesina! ¡Mi *Brissot sin máscara* es el que los acusa y los juzga! ¡No puedo soportar la vista de mi obra! ¡Siento las gotas de su sangre caer en esta mano que los ha denunciado!» Este jóven era Camilo Desmoulins, inconsecuente en su piedad como en su aborrecimiento, y cuya ligereza pueril ó perversa cedia á las lágrimas con tanta facilidad como provocaba á la sangre. La multitud, indiferente ó desdeñosa, le contuvo y le hizo callar como á un niño.

XIX

Eran las once de la noche. Despues de un momento dedicado al efecto que causó la sentencia, á la emocion de los condenados y á los gritos de *¡Viva la república!* dados por la multitud, se levantó la sesion.

Los girondinos, bajando uno á uno de sus bancos, se agruparon alrededor del cadáver de Valazé, tendido sobre una alfombra, tocándolo respetuosamente con sus manos para asegurarse de que ya no respiraba; despues, como si estuviesen dominados por una inspiracion eléctrica al contacto del republicano sacrificado por su propia mano, exclamaron á una sola voz: «¡Morimos inocentes! ¡Viva la república!» Algunos de ellos arrojaron en el mismo instante una cantidad de asignados, no para corromper al pueblo y excitar á un motin, como se ha creido, sino para legarle, como hacian los romanos, una moneda ya inútil á su propia vida. La multitud se arrojó sobre el legado de los moribundos, y pareció compadecerse de ellos. Hermann mandó á los gendarmes que hiciesen su deber, que se llevasen á los condenados, y que volvieran á entrar bajo las bóvedas de la escalera que conducia á sus calabozos. Su presencia de espíritu, desconcertada por un momento, volvió á manifestarse al saber su suerte. «Amigo mio,—dijo Ducos á Fonfrede afectando reir,—no veo más que un medio de salvarnos, que es declarar la *unidad* de nuestras dos vidas y la *indivisibilidad* de nuestras dos cabezas.» Fonfrede se sonrió melancólicamente. Su pensamiento, más conforme con aquel momento, lloraba

el hogar doméstico, adonde no debia volver. «¡Pobres hijos mios!»—fué su única respuesta.

Sin embargo, fieles á la promesa que habian hecho á los demas presos de la Conserjería de informarles de su suerte por el eco de su voz, entonaron al salir del tribunal el himno de los marselleses:

«¡Marchemos, hijos de la patria,
Ha llegado el dia de la gloria!»

cantándolo en coro con una energía que hizo temblar los peldaños de la escalera y las bóvedas de los calabozos y corredores.

A estos acentos, los presos se despertaron y comprendieron que los acusados cantaban el himno de su propia muerte. El horror y la compasion les respondieron con exclamaciones, gemidos y adioses desde el interior de todos los calabozos.

En esta última noche se les puso en el calabozo grande, antesala de la muerte. El tribunal habia mandado que el cuerpo apénas frio de Valazé *fuese vuelto á la cárcel, conducido en la misma carreta con sus cómplices al lugar del suplicio, é inhumado con ellos.* ¡Unico decreto tal vez que haya dispuesto ajusticiar á la muerte!

Cuatro gendarmes ejecutaron el decreto de Hermann, siguiendo detras del grupo de los condenados por la bóveda del corredor, llevando en una camilla el sangriento cadáver, y depositándolo en un rincon del calabozo. Los girondinos fueron uno á uno á besar la mano heroica de su amigo, y le cubrieron la cara con su capa. Próximos á reunírsele, la despedida fué más respetuosa que triste. «¡Hasta mañana!» —dijeron al cadáver. Y recogieron sus fuerzas para el dia siguiente.

XX

Casi estaban en él: era medianoche. El diputado Bailleul, su colega en la Asamblea, su cómplice de opinion y proscrito como ellos, pero que habia escapado de la proscripcion y estaba oculto en Paris, les habia prometido hacerles llevar desde fuera el dia de su juicio una comida triunfal ó fúnebre, segun la sentencia, en regocijo de su libertad ó en conmemoracion de su muerte. Bailleul, aunque invisible, habia cumplido su promesa por medio de un amigo. La cena funeraria estaba dispuesta en el calabozo grande. Delicados platos, exquisitos vinos, fragrantes flores y numerosas luces cubrian la mesa de pino de la cárcel; lujo del adios supremo, prodigalidad de los moribundos que nada tienen que ahorrar para el dia siguiente. Los sentenciados se sentaron á aquel último banquete, tanto para restaurar en silencio sus fuerzas, como para esperar con paciencia y distraccion el siguiente dia. No valía la pena de acostarse. Un sacerdote, jóven entónces y destinado á sobrevivirles más de medio siglo, el abate Lambert, amigo de Brissot y de otros girondinos, introducido en la Conserjería para consolar á los moribundos ó para bendecirlos, esperaba en el corredor el fin de aquella cena. Las puertas estaban abiertas, y asistia desde allí á aquella escena, notando en su alma las acciones, los suspiros y las palabras de los convidados.

La posteridad le debe la mayor parte de estos detalles, verídicos como la conciencia y fieles como la memoria de un amigo.

XXI

La cena se prolongó hasta los primeros crepúsculos del dia. Vergniaud, puesto en el centro de la mesa, la presidia con la misma dignidad tranquila que habia tenido la noche del 10 de Agosto presidiendo la Convencion. Vergniaud era entre todos el que ménos tenia que sentir dejando la vida, porque habia conquistado su gloria y no dejaba ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos detras de sí. Los otros se sentaron por grupos, reunidos por casualidad ó por el cariño. Brissot estaba solo al cabo de la mesa, comiendo poco y sin hablar nada.

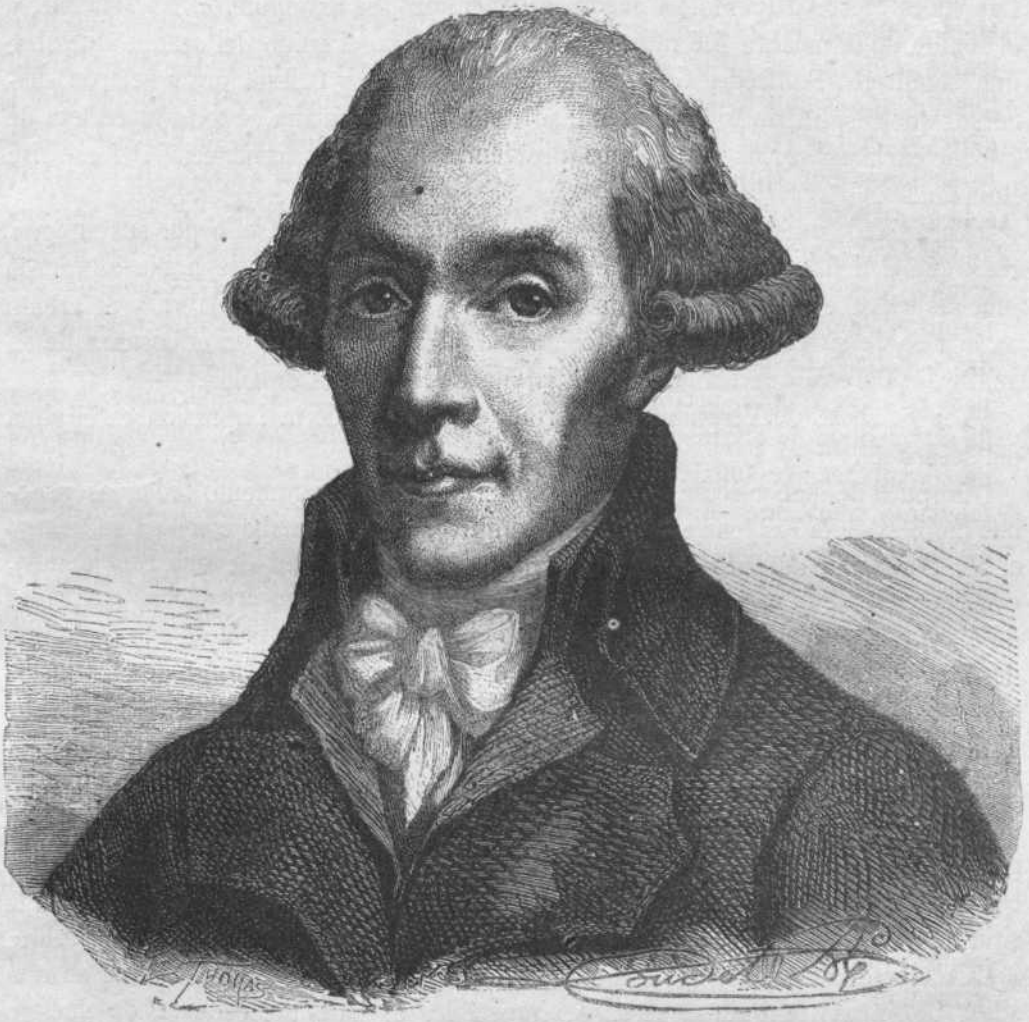
Nada indicó durante mucho tiempo en las fisonomías y en los dichos que esta comida fuese el preludio de un suplicio. Se hubiera dicho que era un encuentro fortuito de algunos viajeros en una posada sobre un camino, apresurándose á gozar de las delicias de una comida fugitiva que el viaje iba á interrumpir. Comieron y bebieron con apetito, pero sobriamente. Desde la puerta se oia el ruido de la vajilla y el choque de los vasos mezclado con pocas conversaciones; silencio ordinario de convidados que satisfacen el primer apetito. Cuando se levantaron los platos y quedaron solamente sobre la mesa los postres, las botellas y las flores, la conversacion fué más animada, ruidosa y grave, como hombres sin cuidados á quienes el calor del vino desata la lengua y las ideas. Mainvielle, Antiboul, Duchastel, Fonfrede, Ducos, toda aquella juventud que no podia creer que habia envejecido en una hora para morir al otro dia, se desahogó con palabras ligeras y ocurrencias alegres.

Estas palabras contrastaban con tan próxima muerte, profanando la santidad de la última hora, y helaban la falsa sonrisa que aquellos jóvenes se esforzaban por esparcir alrededor de ellos. Esta afectacion de alegría ante Dios y ante la última hora era igualmente una falta de respeto á la vida y á la inmortalidad. No podian ni dejar la una ni acercarse á la otra con tanta ligereza. Estas bromas póstumas caian de sus labios como caen sobre una sepultura las flores que nadie aspira, que contraen el olor del sepulcro, y que, cuando no son reliquias, parecen irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lasource, Lehardy y Carra trataron alguna vez de responder á estas provocaciones ardientes de una alegría fingida y de una falsa indiferencia; pero esta alegría inoportuna de sus jóvenes colegas apénas asomó á los labios de los hombres maduros. Vergniaud, más grave y más realmente intrépido en su gravedad, miraba á Ducos y á Fonfrede con una sonrisa en que habia tanta indulgencia como compasion.

Terminadas estas explosiones de ruido y alegría fúnebre, la conversacion tomó hácia la mañana un giro más serio y un acento más solemne. Brissot habló como profeta de las desgracias de la república, decapitada de sus más virtuosos y de sus más elocuentes ciudadanos. «¡Cuánta sangre no correrá para lavar la nuestra!»—exclamó al concluir. Se callaron todos un momento, pareciendo consternados ante el fantasma del porvenir evocado por Brissot. «Amigos mios,—repuso Vergniaud,—

al podar el árbol lo hemos muerto; era demasiado viejo; Robespierre lo ha cortado. ¿Será más dichoso que nosotros? No. Este terreno es demasiado ligero para nutrir las raíces de la libertad cívica, este pueblo es demasiado jóven para manejar sus leyes sin herirse: él volverá á sus reyes, como el niño vuelve á sus juguetes. Nosotros hemos equivocado la época naciendo y muriendo por la libertad del mundo,—prosiguió;—¡nos hemos creido en Roma, y estábamos en Paris! Pero las revolu-



Valazé.

ciones son como aquellas crísis que encanecen en una noche la cabeza de un hombre: maduran pronto á los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante caliente para fecundar la tierra de la república. No nos llevemos el porvenir, y dejemos la esperanza al pueblo en cambio de la muerte que nos va á dar.»

XXII

Un largo silencio siguió á estas palabras de Vergniaud, y la conversacion se remontó desde la tierra al cielo con el pensamiento. «¿Qué harémos mañana á

estas horas?»—dijo Ducos, que siempre hablaba en tono de chanza, áun en los asuntos más serios. Cada uno respondió segun su carácter. «Dormirémos despues de la jornada»,—respondieron algunos. El escepticismo de la época corrompia hasta las últimas ideas, y no prometia más que el aniquilamiento del alma á unos hombres que iban á morir por la inmortalidad de un pensamiento humano. La inmortalidad del alma y las sublimes conjeturas de la vida futura, á la cual tocaban, ocuparon más convenientemente los instantes que quedaban de conversacion. Las voces fueron bajando, el acento se solemnizó, se extinguieron las sonrisas, y el sonido de la palabra fué más grave y sordo, como el ruido del azadon que abre una sepultura. Fonfrede, Gensonné, Carra, Fauchet y Brissot pronunciaron discursos que respiraban toda la divinidad de la razon humana, y toda la certeza de la conciencia sobre los misteriosos problemas del destino inmaterial del espíritu humano.

Vergniaud, que se habia callado hasta entónces, interpelado por sus amigos, reasumió el debate. Nunca, dice el testigo que citamos, y que le habia admirado muchas veces en la tribuna, nunca su frente, su accion, su palabra y el acento cavernoso de su voz habian conmovido tan profundas fibras en el corazon de su auditorio. Parecia que hablaba desde lo alto de la tribuna de Dios.

Las palabras de Vergniaud se perdieron; sólo quedó la impresion en el alma del sacerdote.

Despues de haber reunido en un solo é invencible argumento todas las pruebas morales de la existencia de un sér primitivo, que él llamaba como en su tiempo el Sér Supremo; despues de haber demostrado la necesidad de una Providencia, consecuencia de la excelencia de este Sér Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia divina del Criador con respecto á sus criaturas; despues de haber citado, desde Sócrates á Ciceron y de Ciceron á todos los justos sacrificados, la creencia universal de los pueblos y de los sabios, prueba superior á todas las pruebas, pues que está en la naturaleza un instinto de otra segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; despues de haber llevado hasta la evidencia y hasta el entusiasmo la certeza de la continuacion del sér despues de este sér mortal, no destruido, sino metamorfoseado por la muerte, entónces, elevándose hasta el lirismo del profeta político, y contrayendo el asunto á la situacion de sus coacusados, para tomar su última prueba en ellos mismos, dijo: «¿La mejor demostracion de la inmortalidad no somos nosotros? ¿nosotros en este sitio? ¿nosotros tranquilos, serenos, impasibles al lado del cadáver de nuestro amigo, frente á nuestro propio cadáver, discutiendo como en una pacífica asamblea de filósofos sobre el relámpago ó sobre la noche que seguirá inmediatamente á nuestro último suspiro, y muriendo más dichosos que Danton que va á vivir, y que Robespierre que va á triunfar? Pero ¿por qué hay esta calma en nuestros discursos y esta serenidad en nuestras almas? ¿No es por la conviccion de haber cumplido con un gran deber hácia la humanidad? Y bien, ¿qué es la patria, qué es la humanidad? ¿Es acaso un monton de polvo animado que hoy es hombre y mañana no será sino barro y sangre? ¡No, no es por este barro viviente, sino por el alma de la humanidad y de la patria, por lo que nosotros vamos á morir! Pero ¿qué somos nosotros mismos, sino una partícula de esta alma colectiva del género humano? Cada hombre de los que componen nuestra especie tiene tambien un

espíritu inmortal, imperecedero y confundido con esta alma de la patria y del género humano, por la cual es tan bello y tan dulce sacrificarse y morir. Nosotros no somos unos alucinados ilustres,—continuó,—sino unos séres consecuentes á su instinto moral, y que van, despues de cumplir con este deber, á vivir aún, á sufrir ó á gozar en la inmortalidad de los destinos del hombre. Muramos, pues, no con confianza, sino con conviccion. Nuestro testigo, en este gran proceso con la muerte, es nuestra creencia. Nuestro juez es aquel gran Sér cuyo nombre veneran los siglos, y á cuyos designios contribuimos nosotros como unos instrumentos que él rompe en su obra, pero cuyos pedazos caen á sus piés. La muerte no es sino el acto más poderoso de la vida, porque engendra una vida superior. A no ser así,—continuó con más recogimiento,—habria otra cosa más grande que Dios. Este sería el hombre justo como nosotros, sacrificándose sin recompensa y sin porvenir por su patria. Esta suposicion es una inepcia ó una blasfemia. Yo la rechazo con desprecio y con horror... ¡No, Vergniaud no es más grande que Dios; pero Dios es más justo que Vergniaud, y no le hará subir mañana á un cadalso sino para justificarle y vengarle en los tiempos venideros!»

Tales fueron las palabras, cuyo sentido sólo fué sumariamente notado. «Esto es bien dicho,—dijo Lasource;—pero yo tengo en mi corazon una prueba más cierta que la elocuencia del genio moribundo, y es la palabra de un Dios muerto por los hombres.» «¡Fuera!—dijo sonriéndose irónicamente uno de los jóvenes convidados.—Lasource, nada de sueños ántes de dormir. Guardemos nuestro buen sentido hasta mañana. La razon piensa, las religiones sueñan. Yo no creo más que en la razon.» «Y yo—dijo Sillery—creo en las dos. Cristo, muriendo en un suplicio como nosotros, no es más que un testigo divino de la razon humana. No, su religion, que nosotros hemos confundido con la tiranía, no es la opresion, sino la libertad. ¡Cristo era el girondino de la inmortalidad!»

Fauchet pronunció un discurso patético sobre la Pasion, comparando su suplicio con el Calvario. Todos se enternecieron, y muchos lloraron.

Vergniaud lo concilió todo al fin en algunas frases recogidas á medida que caian de sus labios. «Creamos lo que nos acomode,—dijo,—pero muramos ciertos de nuestra vida y del premio de nuestra muerte. Demos cada uno en sacrificio lo que tenemos, uno su duda, otro su fe, y todos nuestra sangre, por la libertad. Cuando el hombre se ofrece en holocausto á Dios, ¿qué más debe?...»

XXIII

La luz del dia entraba por la claraboya del calabozo, empezando á disminuir la de las bujías. «Vámonos á acostar,—dijo Ducos;—la vida es cosa tan ligera, que no vale la hora de sueño que perdemos pensando en ella.» «Velemos,—dijo Lasource á Sillery y á Fauchet;—la eternidad es tan cierta y tan terrible, que no bastarian mil vidas para prepararse á ella.» Se levantaron de la mesa á estas palabras, separándose para ir á sus cuartos, y se recostaron casi todos en sus colchones.

Trece quedaron en el gran calabozo. Unos se hablaban en voz baja, otros ahogaban su llanto, y algunos dormian. A las ocho se les dejó salir en grupos por el

corredor. El abate Lambert, este piadoso amigo de Brissot, que habia pasado la noche á la puerta de su calabozo, esperaba aún allí el permiso de comunicar con ellos. Brissot, apercibiéndole, se dirigió hácia él y le abrazó con un transporte convulsivo. El sacerdote le ofreció tímidamente la asistencia de su culto para endulzar ó santificar la muerte. Brissot lo rehusó con reconocimiento, pero con firmeza. «¿Conoces tú alguna cosa más santa que la muerte de un hombre de bien que muere por haber rehusado la sangre de sus semejantes á los malvados?»—dijo al abate Lambert. El sacerdote no insistió.

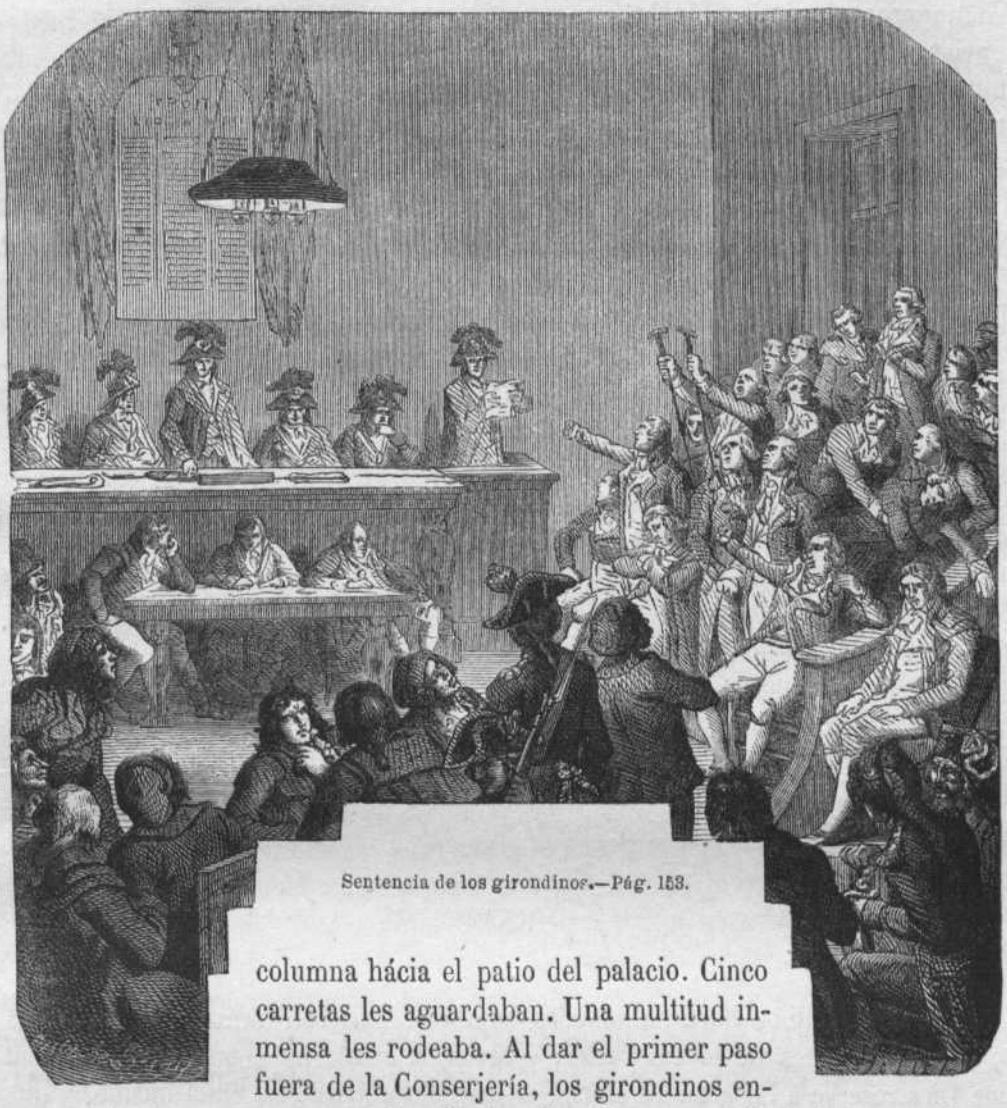
Lasource, testigo de esta conversacion, se aproximó á Brissot. «¿Crees tú—le preguntó—en la inmortalidad de tu alma y en la providencia de Dios?» «Sí,—respondió Brissot,—creo, y porque creo voy á morir.» «Pues bien,—repuso Lasource,—de esto á la religion no hay más que un paso. Yo, ministro de otro culto que el tuyo, no he admirado nunca tanto á los sacerdotes de tu religion como en estos calabozos, adonde vienen á traer el perdon, la esperanza y á Dios mismo á los sentenciados. En tu lugar, yo me confesaria.» Brissot se retiró sin responder, y fué á hablar con Vergniaud, Gensonné y los jóvenes. La mayor parte de éstos rehusaron los socorros de la religion. Sentados unos en el pretil de piedra del patio, otros paseándose agarrados del brazo, otros de rodillas á los piés del sacerdote, recibiendo su bendicion despues de una corta confesion de sus faltas, y todos esperando con serenidad la señal para salir, sus grupos semejaban un alto ántes del combate.

El abate Emery, aunque sacerdote sin juramentar, habia obtenido permiso para hablar con Fauchet por la reja que separaba el patio del corredor. Allí oyó y absolvió al obispo del Calvados. Fauchet, absuelto y penitente, oyó en confesion á Sillery y transmitió á su amigo el perdon divino que acaba de recibir.

A las diez entraron los ejecutores para preparar las cabezas de los reos á la cuchilla y atar sus manos. Todos fueron espontáneamente á inclinar sus cabezas bajo las tijeras y ofrecer los brazos á los cordeles. Gensonné, recogiendo un rizo de sus negros cabellos, se le dió al abate Lambert, suplicándole le remitiese á su esposa, indicándole su retiro. «Díle que esto es todo lo que puedo enviarle de mis restos, pero que muero dirigiéndole todo mi pensamiento.» Vergniaud sacó su reloj, escribió con la punta de un alfiler algunas iniciales y la fecha del 30 de Octubre en el interior de la caja de oro, y lo puso disimuladamente en la mano de uno de los asistentes para que se lo llevase á una jóven que amaba con un amor fraternal, y con quien se proponia, segun decian, casarse más tarde. Todos tuvieron un nombre, una amistad, un amor ó un recuerdo que dar á conocer durante estos preparativos; casi todos, alguna memoria suya que enviar á los que dejaban en la tierra. La esperanza de dejar un recuerdo en la tierra es el último lazo que une al moribundo á ella al abandonarla. Estos legados misteriosos fueron lealmente cumplidos.

XXIV

Cuando aquellas hermosas cabelleras llenaron el suelo del calabozo, los ejecutores y los gendarmes reunieron á los sentenciados y les hicieron marchar en



Sentencia de los girondinos.—Pág. 153.

columna hácia el patio del palacio. Cinco carretas les aguardaban. Una multitud inmensa les rodeaba. Al dar el primer paso fuera de la Conserjería, los girondinos entonaron á una voz y como marcha fúnebre la primera estrofa de la *Marsellesa*, apoyándose con energía significativa sobre estos versos de doble sentido:

«El estandarte sangriento de la tiranía
se ha alzado en contra nuestra.»

Desde este momento dejaron de ocuparse de sí mismos, para no pensar sino en el ejemplo de muerte republicana que querian dejar al pueblo. Sus voces no se apagaban un momento al fin de cada estrofa sino para elevarse con más energía y más sonoras al primer verso de la estrofa siguiente. Su marcha y su agonía no fueron más que un cántico. Iban cuatro en cada carreta, y sólo una llevaba cinco; el cadáver de Valazé iba tendido en la última. Su cabeza, descubierta y traqueteada por las sacudidas del empedrado, rebotaba á la vista y en las rodillas de sus amigos, que tuvieron que cerrar los ojos para no ver aquel rostro lívido, y sin embargo, éstos cantaban como los demas. Al llegar al pié del cadalso se abrazaron todos en señal de comunion en la libertad, en la vida y en la muerte. Despues

continuaron el cántico fúnebre, para animarse mutuamente al suplicio y para enviar, hasta el momento supremo, al que moria la voz de sus compañeros de muerte. Todos murieron sin debilidad; Sillery con ironía; así que subió sobre el tablado le dió vuelta, saludando al pueblo á derecha é izquierda, como para darle gracias de la gloria y del cadalso. El coro disminuia cuantas veces caia la cuchilla fatal, las filas se aclaraban al pié de la guillotina. Una sola voz continuó la *Marsellesa:* era la de Vergniaud, ajusticiado el último. Aquellas sublimes notas fueron sus últimas palabras. Lo mismo que todos sus compañeros, este grande hombre no moria: se evaporaba en el entusiasmo, y su vida, que habia principiado por discursos inmortales, concluyó por un himno á la eternidad de la revolucion.

Un mismo carro transportó los cuerpos decapitados, y una misma zanja los cubrió, al lado de la de Luis XVI.

Algunos años despues, registrando en los archivos de la parroquia de la Magdalena para encontrar las huellas de las sepulturas de la época, los curiosos leian en una hoja de papel timbrado la cuenta de gasto del enterrador de este cementerio, visada por el presidente, autorizando el pago á la tesorería nacional, con estas palabras: «Por veintiun diputados de la Gironda: los ataudes, 147 libras; gastos de inhumacion, 63 libras. Total, 210».

Tal fué el precio de las espuertas de tierra que cubrieron á todo el partido de los fundadores de la república. Eschilo ó Shakspeare no inventaron nunca más amarga irrision de la suerte que aquella cuenta del enterrador, pidiendo y recibiendo su salario por haber enterrado sucesivamente á toda la monarquía y á toda la república de una gran nacion.

XXV

Tal fué la última hora de aquellos hombres. Tuvieron durante su corta vida todas las ilusiones de la esperanza, y tuvieron al morir la más gran felicidad que Dios reserva á las grandes almas: el martirio que se goza en sí mismo, y que eleva hasta la santidad de víctima al hombre sacrificado por su conviccion y por su patria.

Sería superfluo juzgarlos. Lo han sido en vida y en muerte. Cometieron tres faltas: la primera, no haber tenido la audacia de su opinion, vacilando en proclamar la república ántes del 10 de Agosto, á la apertura de la Asamblea legislativa; la segunda, haber conspirado contra la Constitucion de 1791, que habian hecho y jurado; haber reducido de este modo á la soberanía nacional á obrar como si fuese una faccion, prestado su auxilio para el suplicio del rey, y forzado á la revolucion á emplear medios crueles; la tercera, haber querido gobernar bajo la Convencion, cuando era necesario combatir.

Tuvieron tres virtudes que compensan muchas de sus faltas á los ojos de la posteridad: adoraron la libertad, fundaron la república, verdad precoz de los gobiernos futuros, y en fin, murieron por no conceder más sangre á un pueblo sediento de ella. Su época los sentenció á muerte; el porvenir los juzgará para la gloria y el perdon. Murieron por no haber querido permitir á la libertad que se manchase, y se grabará sobre su memoria la inscripcion que Vergniaud, su voz,

habia grabado con su mano en la pared de su calabozo: «¡Antes la muerte que el crímen! *¡Potius mori quam fœdari!*»

Apénas sus cabezas habian caido á los piés del pueblo, cuando el brillo de su partido en la Convencion y en toda Francia fué sustituido por un carácter taciturno, sanguinario y siniestro. Juventud, belleza, ilusiones, genio y elocuencia antigua, todo pareció haber huido con ellos de la patria. Paris pudo decirse lo que se habia dicho en otro tiempo á sí misma Lacedemonia, cuando el asesinato de su juventud en el campo de batalla: «La patria ha perdido su flor, la libertad su prestigio, y la revolucion su primavera».

Miéntras que veintiun girondinos perecian así en Paris, Petion, Buzot, Barbaroux y Guadet erraban, como bestias feroces acosadas, en los bosques y cavernas de la Gironda, madama Roland esperaba su última hora en una celda de la cárcel de la Abadía, Dumouriez se agitaba en el destierro para libertarse de sus remordimientos, y Lafayette, fiel al ménos á la libertad, expiaba en los subterráneos de la ciudadela de Olmutz el crímen de haber sido su apóstol y de confesarla áun en las cadenas.

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans es trasladado de Marsella á Paris y conducido á la Conserjería.—Su proceso. Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este príncipe.

I

La Convencion, despues de haber castigado la sospecha de traicion en la persona de Custine, el realismo en la reina, el federalismo en la Gironda, quiso extinguir, hiriendo otra cabeza, la eventualidad de una dinastía futura, y rodear la república de los cadáveres de todos sus enemigos pasados, presentes y venideros. Pensó en el duque de Orleans, tanto tiempo su cómplice y ahora su víctima.

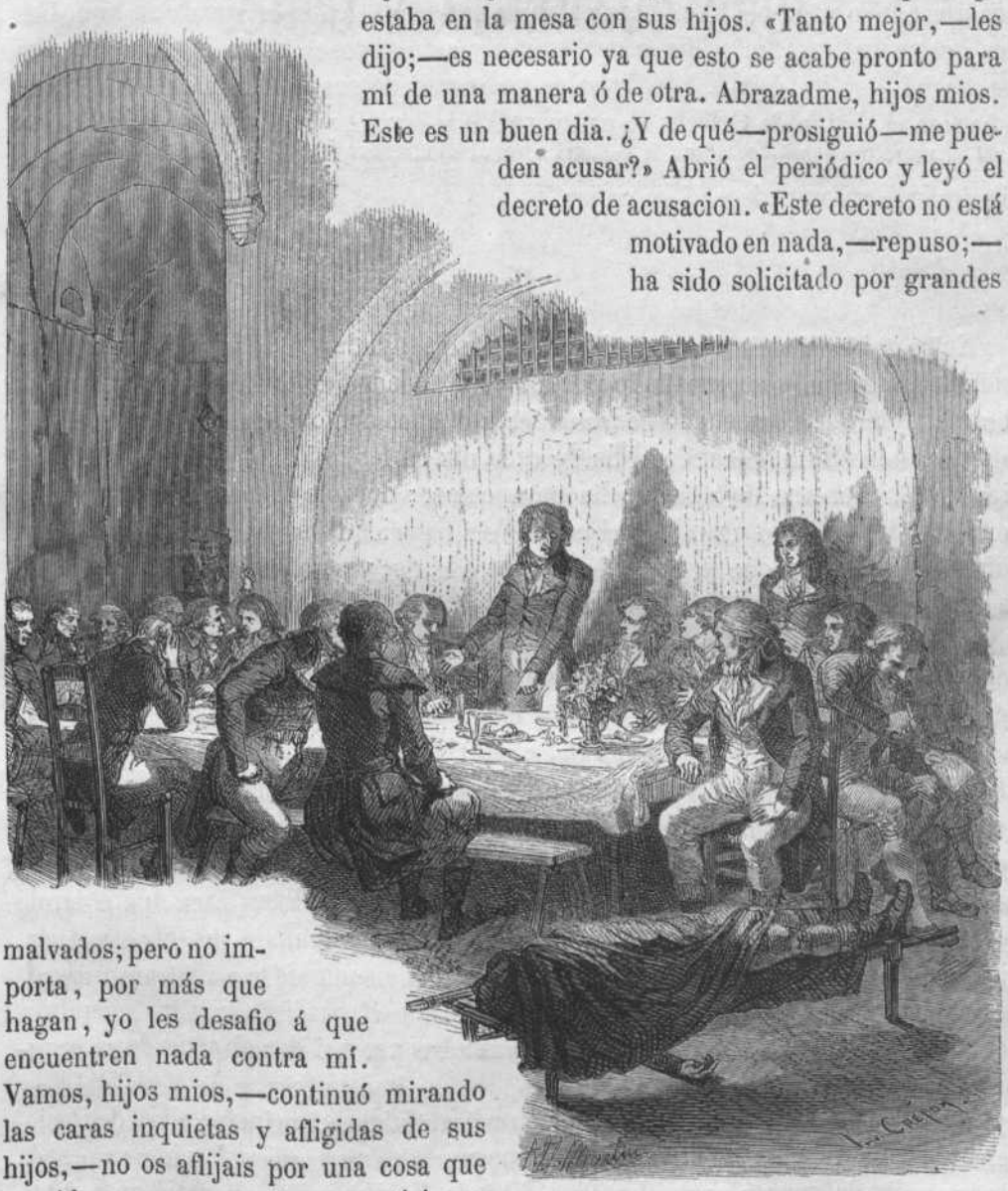
Hemos dejado á este príncipe encerrado con dos de sus hijos en el fuerte de San Juan, en Marsella, y sufriendo en los calabozos de esta prision de Estado todas las angustias de la cautividad. Interrogado por primera vez el 7 de Mayo por el presidente del tribunal revolucionario de las Bocas del Ródano sobre sus relaciones con Mirabeau, con Lafayette y con Dumouriez, y sobre sus tramas para restablecer y apropiarse el trono, el duque de Orleans confundió á sus acusadores. Respondió como republicano convencido que sacrificaba su ambicion á sus opiniones, su rango á su deber, y su sangre á su patria. Citó sus actos y demostró sus compromisos. Estos eran tan evidentes como siniestros. El interrogatorio fué publicado, pero alterado, dando lugar á los periódicos de Paris para una controversia peligrosa, que al mismo tiempo que justificaba al príncipe, le señalaba más á la atencion de los jacobinos. Los girondinos, sus enemigos, le arrastraron en su muerte.

Hacía algunas semanas que el rigor de la cárcel se habia mitigado respecto á él. Se le permitia ver á sus hijos los duques de Montpensier y de Beaujolais, y comer con ellos. Estos jóvenes príncipes, casi niños, inocentes por su edad y culpables por su apellido, estaban encerrados con su padre, pero en distinto paraje. Le dejaban recibir los papeles públicos y alguna correspondencia del exterior. La esperanza habia renacido en el alma del príncipe. Viendo perecer primero á Marat, y despues á Buzot, Barbaroux y Petion, sus acusadores más encarnizados, habia creido que la Montaña, más justa, le llamaria bien pronto á su seno. Montañes irreprensible, tanto en sus actos como en su corazon, no podia pensar que los republicanos sinceros quisiesen sacrificar en él el primero y más desinteresado de los republicanos. El exceso de ingratitud del pueblo es siempre la asechanza, y causa admiracion á los hombres populares. Piensan en sus servicios, y sus ser-

vicios se convierten en delitos con las vicisitudes de los acontecimientos y con la inconstancia natural de la opinion.

II

El 15 de Octubre, los periódicos de Paris anunciaron en Marsella que la Convencion acababa de decretar el próximo juicio del duque de Orleans. Este príncipe estaba en la mesa con sus hijos. «Tanto mejor,—les dijo;—es necesario ya que esto se acabe pronto para mí de una manera ó de otra. Abrazadme, hijos mios. Este es un buen dia. ¿Y de qué—prosiguió—me pueden acusar?» Abrió el periódico y leyó el decreto de acusacion. «Este decreto no está motivado en nada,—repuso;—ha sido solicitado por grandes malvados; pero no importa, por más que hagan, yo les desafio á que encuentren nada contra mí. Vamos, hijos mios,—continuó mirando las caras inquietas y afligidas de sus hijos,—no os aflijais por una cosa que considero como una buena noticia, y pongámonos á jugar.»



Cena funeraria de los girondinos.—Pág. 158.

A los dos dias, algunos comisionados llegaron de Paris. Estos halagaron al príncipe, considerando su próximo juicio como una justificacion y una libertad cierta. La seguridad y la alegría brillaban en los rostros del padre y de los hijos. Pero el 23 de Octubre, á las cinco de la mañana, el príncipe, en traje de camino y acompañado de los comisionados y de gendarmes, entró en la habitacion del duque de Montpensier, el mayor de sus hijos, y abrazándole con la ternura de

padre, el último y el más indeleble de los instintos, le dijo humedeciendo la cara de su hijo con sus lágrimas: «Vengo á decirte adios, porque voy á partir». El jóven no respondió sino con sollozos. «Yo queria—añadió el padre—marchar sin despedirme de tí, porque siempre es un momento doloroso; pero no he podido resistir al deseo de verte ántes de mi viaje. Adios, hijo mio; consuélate y consuela á tu hermano, y acordaos los dos de la felicidad que experimentarémos volviéndonos á ver bien pronto.» Con estas palabras se separó de los brazos de su hijo. Los dos hermanos pasaron el dia consolándose y animándose contra el dolor de una separacion que les dejaba huérfanos en las manos de sus crueles carceleros. Adoraban en el duque de Orleans al padre tierno y bueno, y no juzgaban al príncipe ni sondeaban al hombre. La naturaleza, por otra parte, no les mandaba juzgar, sino querer y compadecer á su padre.

III

Entre tanto el príncipe, seguido de un solo ayuda de cámara de confianza llamado Gamache, y acompañado por los comisionados de la Convencion, tomaba el camino de Paris, escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería. Hacía el viaje con lentitud, parando al fin de cada dia en las fondas de los pueblos principales. En Auxerre bajó del coche para comer; durante la comida, uno de los comisionados escribió un billete al comité de seguridad general, para anunciar al gobierno la hora en que llegaria el príncipe á Paris, y para preguntar á qué cárcel se conduciria al preso.

En la barrera de Paris, un hombre apostado hizo detener los caballos, subió al coche, é indicó á los postillones que se dirigiesen á la Conserjería. El príncipe se apeó en el patio del palacio de justicia, que estaba lleno de curiosos atraidos por la novedad de su llegada. Se le destinó una habitacion inmediata á la en que María Antonieta habia pasado sus últimas horas de agonía, dejándole á su fiel servidor. Cuando los comisionados se retiraron, dijo el duque á Gamache: «Y bien, habeis querido encerraros conmigo en este calabozo. Yo os lo agradezco, Gamache, y espero que no siempre estarémos presos». Quiso escribir á sus hijos, pero temió que sus cartas fuesen abiertas é interceptadas. Los nombres de sus hijos y de su hija estaban siempre en sus labios.

Voidel, su defensor, comunicaba libremente con él, mediaba con los miembros del comité de seguridad general, y volvia muchas veces á dar al acusado la seguridad de su libertad.

Durante los cuatro dias que precedieron á su juicio, el príncipe vivia de ilusiones ó de indiferencia sobre su suerte, como un hombre á quien la vida es pesada y para quien la muerte es un descanso. El 6 de Noviembre compareció ante el tribunal. La acusacion fué tan vaga y tan quimérica como la de los girondinos. Las respuestas breves y precisas del acusado no dejaban ningun pretexto plausible para sentenciarle. Su vida entera respondia mejor aún que sus palabras. Habia sacrificado á la república hasta sus remordimientos. Interrogado por Hermann si habia votado la muerte del tirano con la ambiciosa premeditacion de sucederle, dijo: «La he votado en mi alma y en mi conciencia». Oyó su sentencia como si hubiera oido la de otro cualquiera, y sólo dijo con un tono de ligera ironía á sus

jueces: «Ya que estábais decididos á matarme, deberíais al ménos buscar pretextos más especiosos para mi sentencia, porque no persuadireis jamás á nadie de que me hayais creido culpable de las traiciones de que acabais de declararme convicto». En seguida, mirando fijamente al antiguo marqués de Antonelle, confidente que habia sido ántes de sus actos revolucionarios, y entónces presidente del jurado que le condenaba á muerte, le dijo como reconviniéndole: «¡Y vos, sobre todo, vos que me conoceis tan bien!» Antonelle bajó los ojos. «Por lo demas,—repuso el príncipe con un acento de animosa impaciencia,—puesto que mi suerte está decidida, os pido que no me hagais padecer aquí hasta mañana (señalando con la mano la puerta de la Conserjería), y que mandeis que sea conducido á la muerte en el acto.» Y tomó con paso firme el camino del calabozo.

IV

Dos sacerdotes, los abates Lambert y Lothringer, los mismos que habian asistido á los girondinos durante su última noche, esperaban cerca de la lumbre, en el calabozo grande, hablando con el llavero y con los gendarmes, la hora en que bajasen los acusados del tribunal. Vieron entrar al duque de Orleans, no con aquella impasibilidad exterior que todo hombre de valor adquiere delante de las miradas de sus enemigos, sino con el desórden de un hombre indignado por las injusticias de los hombres, y que se desahoga al abrigo de los calabozos, delante de sí mismo y delante de Dios. Su paso era rápido, sus maneras rígidas y violentas, y su cara estaba inflamada por la ira. Algunas exclamaciones involuntarias y sin concluir salian de su boca; levantaba los ojos al cielo, y paseándose á grandes pasos por el calabozo, exclamaba, deteniéndose algunas veces como delante de una idea súbita ó como delante de una aparicion: «¡Malvados, malvados! Yo se lo he dado todo, rango, fortuna, ambicion, honor, la fama de mi raza en el porvenir, la repugnancia misma de la naturaleza y de la conciencia para condenar á sus enemigos... ¡Y ésta es la recompensa que me guardaban!... ¡Ah! Si yo hubiera obrado como ellos dicen, por ambicion, ¡cuán desgraciado sería ahora! Mi ambicion era más elevada que la de un trono: era la ambicion de la libertad de mi país y de la felicidad de mis semejantes. Y bien, ¡viva la república! Este grito saldrá de mi calabozo, como ha salido de mi palacio.» En seguida, enterneciéndose por la suerte de sus hijos, presos ó proscritos, los llamaba como si hubiera estado solo, y hablaba en voz alta, golpeando el suelo con el pié, y con las manos las paredes del calabozo.

V

Los gendarmes y los carceleros que estaban separados á un lado, inmóviles y silenciosos, dejaban desahogar sin interrumpirla esta explosion del alma del sentenciado. Cuando se calmó este acceso, el duque de Orleans se acercó á la chimenea. El sacerdote aleman Lothringer, torpe é importuno como el contrasentido, se aproximó al príncipe y le dijo sin más preparacion: «Vamos, señor, ya es demasiado gemir; es necesario que os confeseis». «¡Dejadme descansar, imbécil!»—respondió con un juramento enérgico y un ademan de impaciencia el duque de

Orleans. «¿Queréis, pues, morir como habeis vivido?»—repuso el obstinado clérigo. «¡Oh! Sí,—dijeron los gendarmes con un todo de broma cruel;—ha vivido bien; dejadle morir como ha vivido.»

El abate Lambert, hombre delicado y sensible, sufria interiormente al ver la poca destreza de su compañero, la grosería de los soldados y la humillacion del sentenciado. Se acercó al príncipe con aspecto respetuoso y compasivo. «Igualdad,—le dijo,—vengo aquí á ofrecerte los sacramentos, ó al ménos los consuelos de un ministro del cielo. ¿Quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que se compadece de tí sinceramente?» «¿Quién eres tú?»—respondió endulzando su fisonomía el duque de Orleans. «Soy—repuso el sacerdote—el vicario general del obispo de Paris. Si tú no quieres mi ministerio como sacerdote, ¿puedo prestarte como hombre algun servicio al lado de tu mujer y de tu familia?» «No,—replicó el duque de Orleans;—te doy gracias; no quiero que nadie vea en mi conciencia sino yo; no tengo necesidad más que de mí mismo para morir como buen ciudadano.» Se hizo traer el desayuno, comiendo y bebiendo con apetito, pero no hasta embriagarse. Un miembro del tribunal vino á preguntarle si tenia algunas revelaciones que hacer en interes de la república. «Si yo hubiera sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria,—respondió,—no hubiera esperado hasta esta hora para decirlo. Ademas, no llevo ningun resentimiento contra el tribunal, ni áun contra la Convencion y los patriotas: no son ellos los que quieren mi muerte; viene de más alto...» Y calló.

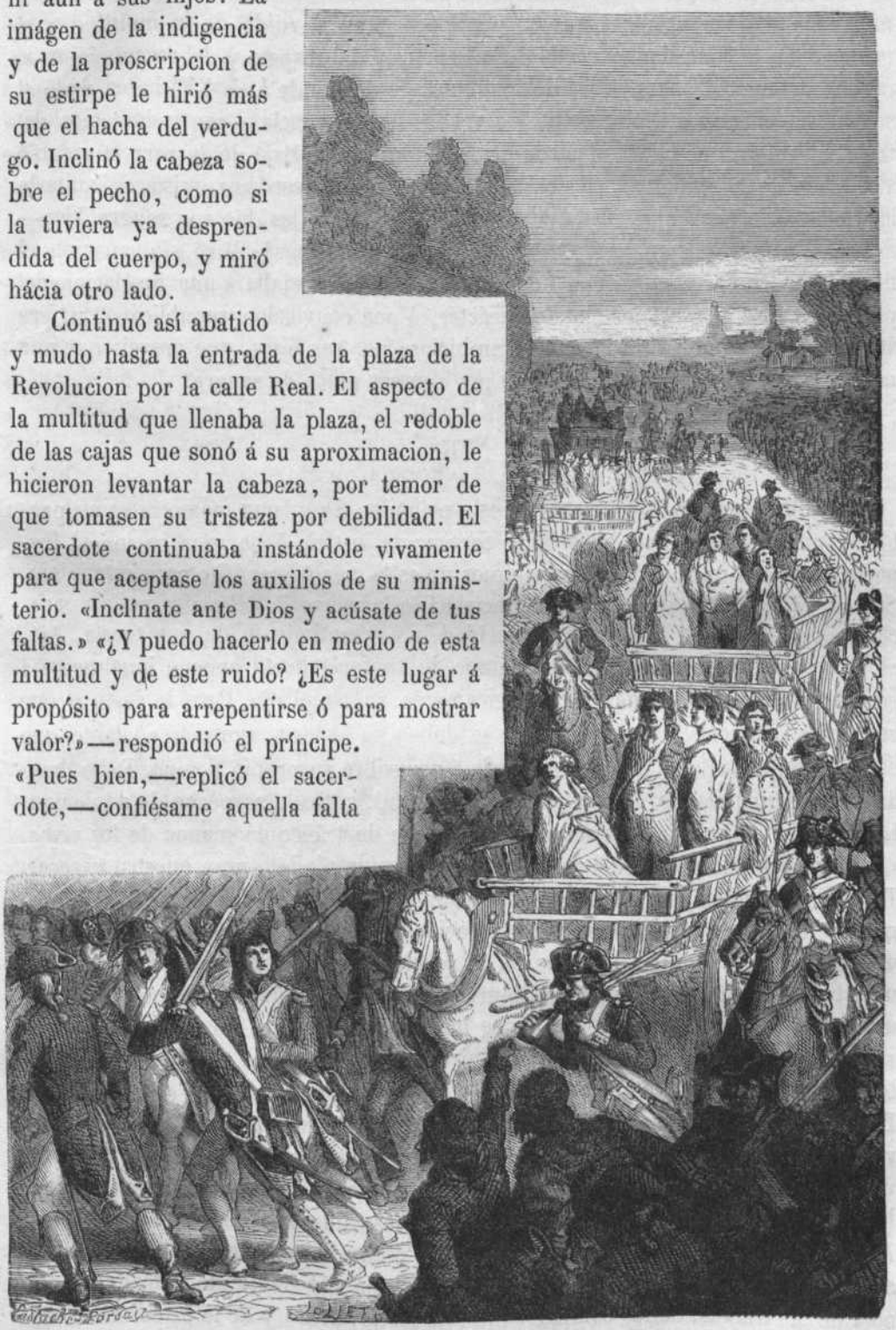
VI

A las tres de la tarde fueron á buscarle para llevarle al cadalso. Los presos de la Conserjería, casi todos enemigos del papel y del nombre del duque de Orleans en la revolucion, se apiñaban en los patios, en los corredores y en las puertas para verle pasar. Iba escoltado por seis gendarmes con los sables en la mano. Por su aspecto, por su actitud, por la altivez de su frente y por la energía de su paso sobre el pavimento, se le hubiera tomado más bien por un soldado marchando al combate, que por un sentenciado á quien se conduce al suplicio. El abate Lothringer subió con él y otros tres sentenciados en la misma carreta. Algunos escuadrones de gendarmería formaban la escolta. El carro rodaba lentamente. Todas las miradas buscaban al príncipe, los unos como una venganza, y los otros como una expiacion. Nunca tuvo como en este dia terrible la dignidad y la nobleza de su rango: se habia convertido otra vez en príncipe por el sentimiento de morir como ciudadano. Llevaba con orgullo la cabeza, dirigiendo con toda su libertad de espíritu miradas de indiferencia sobre la multitud, y separaba el oido de las exhortaciones del sacerdote, que no cesaba de molestarle. Una detencion por el piso de la calle, ó por un refinamiento de crueldad, hizo parar un momento la carreta en la plaza del Palacio Real, delante de su morada. «¿Por qué se detiene aquí?»—preguntó. «Es para hacerte contemplar tu palacio,—le respondió el eclesiástico.—Ya lo ves, el camino se acorta, el fin se acerca; piensa en tu conciencia y confiésate.» El príncipe, sin responderle, miró largo rato las ventanas de aquella mansion, en donde habia fomentado todos los gérmenes de la revolucion, saboreado todos los desórdenes de su juventud y cultivado todos los lazos de la familia. La inscripcion

de *Propiedad nacional,* grabada en la puerta del Palacio Real en lugar de su escudo de armas, le hizo comprender que la república habia repartido sus despojos ántes de su muerte, y que aquellos techos y aquellos jardines no guarecerian ya ni áun á sus hijos. La imágen de la indigencia y de la proscripcion de su estirpe le hirió más que el hacha del verdugo. Inclinó la cabeza sobre el pecho, como si la tuviera ya desprendida del cuerpo, y miró hácia otro lado.

Continuó así abatido y mudo hasta la entrada de la plaza de la Revolucion por la calle Real. El aspecto de la multitud que llenaba la plaza, el redoble de las cajas que sonó á su aproximacion, le hicieron levantar la cabeza, por temor de que tomasen su tristeza por debilidad. El sacerdote continuaba instándole vivamente para que aceptase los auxilios de su ministerio. «Inclínate ante Dios y acúsate de tus faltas.» «¿Y puedo hacerlo en medio de esta multitud y de este ruido? ¿Es este lugar á propósito para arrepentirse ó para mostrar valor?»—respondió el príncipe.

«Pues bien,—replicó el sacerdote,—confiésame aquella falta



Los girondinos conducidos al cadalso.—Pág. 161.

que más pese sobre tu vida. Dios te tendrá en cuenta la intencion y la imposibilidad actual, y yo te perdonaré en su nombre.»

Sea mortificacion y cansancio, sea inspiracion tardía del cadalso á que se acercaba á cada paso de la carreta, el príncipe se inclinó ante el ministro de Dios y murmuró algunas palabras que se perdieron entre el ruido de la multitud y el misterio de la confesion, y recibió con la actitud del respeto y del recogimiento el perdon del cielo á pocos pasos del patíbulo, desde donde Luis XVI habia dado el suyo á sus enemigos. El príncipe iba vestido con elegancia y con la imitacion del traje extranjero que habia afectado desde su juventud. Bajó de la carreta y subió al tablado de la guillotina, en donde los sirvientes del verdugo quisieron quitarle las botas estrechas y ajustadas á sus piernas. «No, no,—les dijo con sangre fria;—despues las sacareis mejor. ¡Despachemos, despachemos!» Miró sin emocion el filo de la cuchilla, y murió con una seguridad que semejaba á una revelacion del porvenir. ¿Era por estoicismo de carácter, ó por conviccion republicana? ¿O era acaso el presentimiento de un padre ambicioso por sus hijos, que preveia que una nacion inconstante les daria un trono por algunas gotas de sangre?

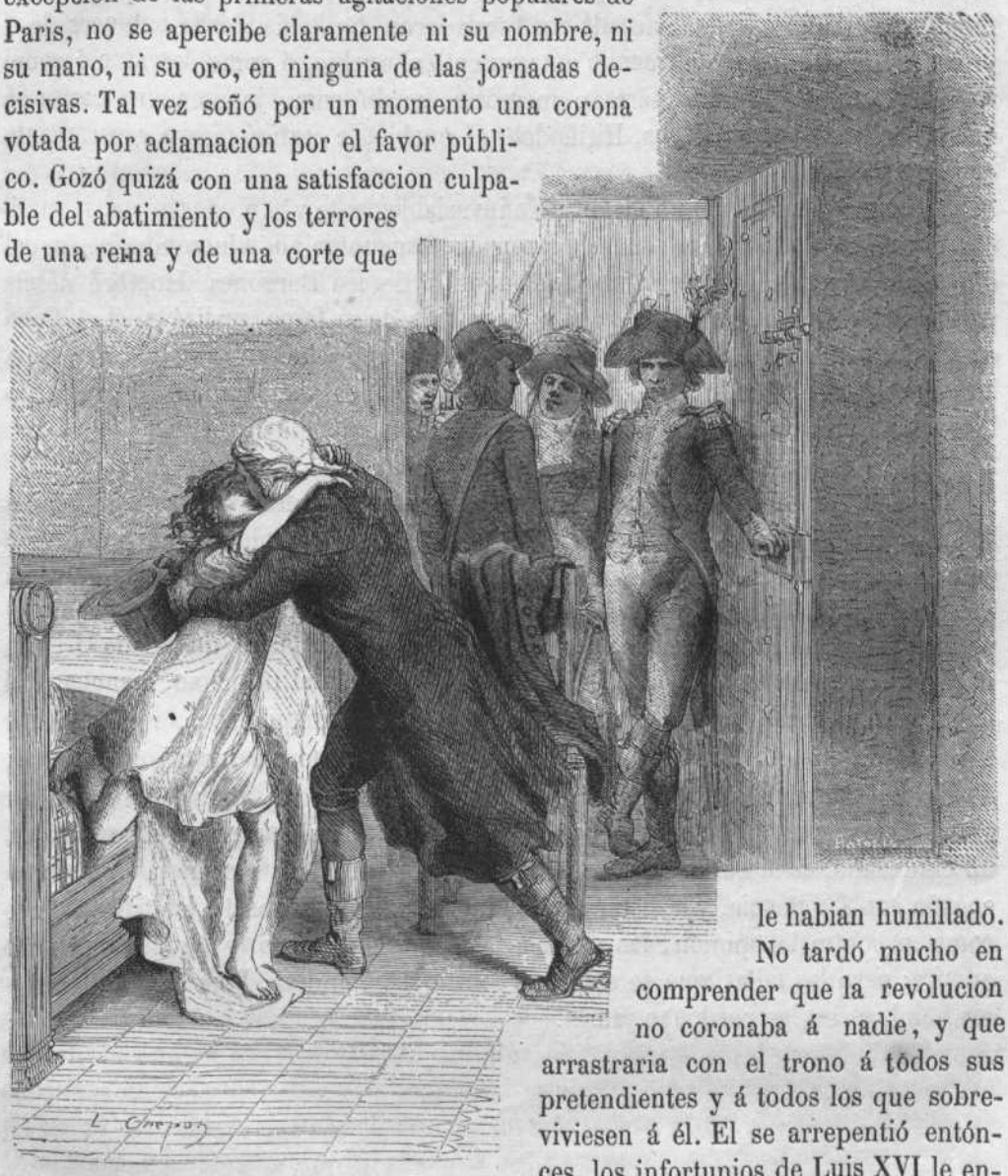
VII

Todo ha quedado inexplicable en este príncipe. Su misma memoria es un problema que hace temer al historiador carecer de justicia ó de reprobacion al juzgarla. La época misma en que escribimos no es la más á propósito para este juicio. Su hijo reina en Francia. La indulgencia hácia la memoria del padre podria parecer una adulacion al sucesor; la severidad, un resentimiento de una teoría. Así, el temor de aparecer servil ó el temor de aparecer hostil expone igualmente á ser injusto al escritor que piense únicamente en aquel dia. Pero la justicia que se debe á la muerte, y la verdad que se debe á la historia, van más adelante que estos miramientos que el escritor puede tener sobre su propio tiempo. Debe desafiar, para ser equitativo, la sospecha de enemistad, como la sospecha de adulacion. La memoria de los muertos no es una moneda de tráfico en manos de los vivos.

Como republicano, aquel príncipe ha sido calumniado, segun nuestro parecer. Todos los partidos, por decirlo así, se han puesto de acuerdo para hacer de su nombre un objeto de injuria y de execracion comun: los realistas, porque él fué uno de los más grandes motores de la revolucion; los republicanos, porque su muerte fué una de las más odiosas ingratitudes de la república; el pueblo, porque era príncipe; la aristocracia, porque se habia hecho pueblo; los facciosos, porque rehusó prestar su nombre á sus conspiraciones alternativas contra la patria, y todos, porque quiso imitar aquella gloria sospechosa que se llama el heroísmo de Bruto. A los ojos de los hombres imparciales, si votó la muerte del rey por conviccion y por republicanismo, esta conviccion repugnaba al sentimiento y parecia un atentado contra la naturaleza. Pero el rencor tenia demasiadas verdades crueles que verter sobre su nombre para excusarle las calumnias y las murmuraciones. A medida que la revolucion se despoja de sus oscuridades, y que cada partido lega al morir sus confidencias á la historia, la memoria del duque de Orleans se despoja de las tramas, de las complicidades, de los crímenes y de la importancia que se le ha dado. La revolucion no debió á este hombre ni tanto reconocimiento ni

tanto rencor; fué sólo un instrumento sucesivamente empleado y roto por ella. El no fué ni el autor, ni el dueño, ni el Júdas, ni el Cromwell.

La revolucion no fué una conjuracion, fué una filosofía; no se vendió á un hombre, sino se sacrificó á una idea. Verla entera en el duque de Orleans, es engrandecer demasiado á un hombre y rebajar demasiado los acontecimientos. A excepcion de las primeras agitaciones populares de Paris, no se apercibe claramente ni su nombre, ni su mano, ni su oro, en ninguna de las jornadas decisivas. Tal vez soñó por un momento una corona votada por aclamacion por el favor público. Gozó quizá con una satisfaccion culpable del abatimiento y los terrores de una reina y de una corte que le habian humillado.



Despedida del duque de Orleans y el de Montpensier. Pág. 165.

No tardó mucho en comprender que la revolucion no coronaba á nadie, y que arrastraria con el trono á todos sus pretendientes y á todos los que sobreviviesen á él. El se arrepentió entónces, los infortunios de Luis XVI le enternecieron, y quiso de buena fe reconciliarse con el rey y sostener la Constitucion. Los insultos de los cortesanos y las antipatías de la corte le rechazaron, y tomó las opiniones extremas como un asilo á que se arrojó por desesperacion, no encontrando más que los recelos y las injurias de los jefes populares, que no le perdonaban su nombre. Danton le abandonó, Robespierre afectó temerle, Marat le denunció, Camilo Desmoulins le señaló á los terroristas, los girondinos le acusaron, y los montañeses le llevaron al cadalso.

VIII

Recorrió todas las fases de su fortuna con el estoicismo de un príncipe que no pide á su patria más que el título de ciudadano, y á la república el honor de morir por ella. Murió sin dirigir una queja á esta causa, y como si la ingratitud de la república fuese la corona cívica de sus fundadores. Se habia desde entónces desprendido de su rango y entregado enteramente al pueblo, ó como servidor ó como víctima. Desgraciadamente para su memoria, se dió como juez en una causa en que la naturaleza le recusaba. Hiriéndole el pueblo, le castigó ménos severamente que la posteridad.

Si alguno siguió como un ciego, pero invariablemente y con constancia, la marcha de la revolucion hasta su término y sin preguntar adónde conducia, fué el duque de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irreprensible patriota y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria, y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinion, odioso si lo hizo á su ambicion, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos, la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolucion una grandeza que se comunica á los caractéres, y que agranda alguna vez á las almas más vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans fué tal vez uno de estos hombres. Su vida, desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero ésta sacará una gran leccion, y es que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia, y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona el corazon humano, y algunas veces las admira; pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba, y los hombres no las perdonan jamás.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberacion de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin, y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Toulon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la resistencia á la rebelion.—Chasset y Birotéau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lyoneses.—Mres. de Chenelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lyoneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy, fugitivo, consigue refugiarse en Suiza.

I

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdia en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era más terrible en el interior, era más formidable en el exterior. Sus fronteras, atacadas en el Norte, le inspiraban más patriotismo que espanto. Todas las medidas para el levantamiento en masa y armamento general se ejecutaban con órden y prontitud. Carnot, á quien con razon llamaban el *Louvois* del Terror, tenia su cuartel general en el comité de salud pública. Carnot, desde la muerte de Custine, era el verdadero generalísimo de los ejércitos de la república. Estos ejércitos, esparcidos, prisioneros en los campamentos, fortificados detras de las líneas de atrincheramiento, sin confianza en sus jefes, sin cohesion entre sí mismos, sin otra táctica que una resistencia pasiva, empezaban á adquirir de nuevo, con su union, la fuerza y la movilidad, que dan la victoria. El genio de la revolucion, revelado á Carnot y á sus colegas del comité por los mismos apuros de la patria, inventaba la guerra moderna, es decir, la guerra popular. Hasta entónces la guerra habia sido un arte, y las campañas evoluciones sábias en que la habilidad de los generales consumia el tiempo en maniobras estratégicas y en la toma de algunas plazas. Carnot la convirtió en un instinto. Desdeñó aquellas pueriles tácticas, y las cambió en una táctica soberana. Esta táctica consistia en llevar á un pueblo sobre la frontera, á marchar recto y pronto, á herir en el corazon, á descuidar los pequeños lances y la pérdida de algunos pueblos en cambio de grandes resultados, y á excitar el

entusiasmo por la disciplina y dar la victoria por santo á los ejércitos y á los generales. Este sistema no tardó en afirmar nuestros batallones y en desconcertar á nuestros enemigos.

II

Nunca la debilidad de los coligados apareció mayor que en las campañas que se siguieron á la de 1792. Los gabinetes y los generales de Europa parecia que ignoraban el precio de dos cosas que los hombres de guerra deben disputarse ante todo: el tiempo y el movimiento. Se ha visto con cuánta lentitud Austria, Prusia y el imperio habian formado sus contingentes armados en 1791, y con qué dudas, más semejantes á traiciones que á prudencia, el generalísimo duque de Brunswick habia abordado el territorio y explorado el ejército de Dumouriez. Si el duque de Brunswick, y despues de él el príncipe de Coburgo, hubiesen tenido por instruccion secreta ejercitar y aguerrir poco á poco al ejército frances en maniobras y escaramuzas que le hiciesen capaz de vencerlos un dia, no hubieran seguido otro sistema. En lugar de sorprender á Francia desarmada y dividida, de marchar en columnas de ciento ó doscientos mil hombres sobre Paris, por uno de esos numerosos boquetes que la naturaleza ha abierto en nuestras fronteras en los valles del Rhin, ó por las llanuras del Norte, estos generales habian empleado diez y ocho meses en consejos de guerra, en armamentos insuficientes y en tímidas probaturas, no oponiendo casi nunca á nuestros batallones sino batallones en número igual ó inferior, y no avanzando sino para replegarse, como si Francia hubiese sido un terreno ardiente que debia quemar los piés de sus soldados y de sus caballos. El genio de la libertad debia tales enemigos á la revolucion. Unos aliados secretos no le hubieran sido más útiles.

La rivalidad de los gabinetes no contribuyó ménos que la falta de genio de los generales para hacer ganar tiempo á Francia. Ningun concierto formal existia entre ellos; ninguna de las potencias queria ayudar demasiado á la otra á vencer. Todas temian la victoria, tanto y acaso más que la derrota, limitándose sólo á guardar el decoro de la guerra contra nosotros, á defender sus territorios y amenazar aquí ó allá alguna de nuestras plazas, ó combatir una á una por ejércitos aislados y nunca reunidos; dejando á Dumouriez volar, con sus mejores batallones, de Champaña libertada á Bélgica conquistada; viendo caer el trono, juzgar al rey, surgir la república, inmolar á la reina, estallar las explosiones de Paris hasta en sus tronos, sin reunirse por el peligro comun. ¿Y por qué esta diferencia entre la coalicion y Francia? Porque el entusiasmo levantaba á Francia, y el egoísmo encadenaba á los miembros lánguidos de la coalicion. Francia se levantó, combatió y murió por el principio de libertad, cuya santidad conocia en su causa, y de la cual queria ser el apóstol y el mártir.

Si la coalicion, sacrificándose por el principio de la monarquía, con el sentimiento desinteresado de pueblos y de gabinetes que defienden otro órden social, hubiese puesto su causa general por cima de sus intereses de corte, la lucha hubiera sido más terrible, y puede ser que la causa de la monarquía hubiera triunfado. Pero el interes general de los tronos no era, en el lenguaje oficial de la coalicion, sino una palabra que ocultaba las rivalidades en Alemania y las ambicio-

nes territoriales en Francia y Polonia. Cada una de las potencias impulsaba ó retenia á la otra por sus miras particulares, y con frecuencia pérfidas. Todas tenian otro objeto que sofocar la revolucion de Paris. De aquí la incoherencia, los miramientos, las demostraciones sin efecto, las retiradas sin motivo, las marchas sin objeto, los combates parciales, y en fin, la vergüenza comun. No es dado al egoísmo producir milagros de abnegacion. Las ambiciones hacen á los soldados: sólo los principios hacen á los héroes.

III

Polonia, destrozada por sus últimas disensiones, tocaba á una segunda particion. Rusia, Prusia y Austria, más atentas á Polonia que á Francia, se vigilaban mutuamente sin cesar, para impedir que una de estas tres potencias se apoderase sola de la presa, miéntras se distraian las otras. Rusia, so pretexto de observar á los turcos y de ahogar la revolucion en la Polonia Meridional, no envió su contingente á la coalicion, limitándose á tener una escuadra en el Báltico para impedir que los neutrales llevasen socorros de víveres y hierro á los puertos franceses. La política de la corte de Viena estaba amortiguada por el baron de Thugut, recientemente nombrado primer ministro.

El baron de Thugut, hijo de un armador de Lintz, señalado por sus facultades precoces por María Teresa, educado por ella en la diplomacia, largo tiempo empleado en negociaciones secretas en Constantinopla, en Varsovia y en San Petersburgo, habia residido en Paris durante las tempestades de la revolucion. Probó los principios, conoció á los autores, y pasaba por haber respirado en aquel foco político los miasmas contagiosos de la filosofía y de la libertad. Thugut, que estaba afiliado en las sociedades secretas como el duque de Brunswick, no queria extinguir, pero si moderar el fuego de la revolucion que en Francia germinaba para el mundo. De acuerdo en esto con José II, aquel emperador filósofo, habia pasado del servicio de este príncipe al de Francisco II, príncipe antirevolucionario.

Thugut, para adular al novel emperador, habia aconsejado la guerra á Francia, pero habia hecho nombrar para dirigirla al príncipe de Coburgo, del todo sumiso á su oculta direccion. Thugut contenia la guerra al mismo tiempo de declararla.

Desde la victoria de Nerwinde, el gabinete de Viena y el príncipe de Coburgo se ocupaban en afirmar la dominacion austriaca en Bélgica más que en proseguir sus victorias en Francia. Dampierre habia sucedido á Dumouriez. Habiendo recibido la órden de la Convencion para atacar al ejército austriaco, acampado entre Maubeuge y Saint-Amand, Dampierre obedeció sin esperanza y marchó contra el enemigo, cubierto por bosques, talas y reductos. Cinco veces nuestras columnas de ataque retrocedieron en desórden delante de Clairfayt, el más enérgico de los generales de Coburgo. Al sexto ataque, Dampierre, puesto á la cabeza de un destacamento de preferencia, se lanzó á caballo sobre un reducto. «¿Adónde vais, padre mio?—le gritó su hijo, que le servia de ayudante de campo.—Vais á una muerte inútil y segura.» «Sí, amigo mio,—le respondió su padre;—mas prefiero morir en el campo del honor, á caer bajo la cuchilla de la guillotina.» Apénas el general habia proferido estas palabras, cuando una bala de cañon le llevó una pierna y le arrojó moribundo sobre la arena.

IV

El príncipe de Coburgo, estimulado en vano por Clairfayt y por el duque de York, que mandaba el ejército anglo-hanoveriano combinado, no persiguió al ejército frances, y le dejó tomar tranquilamente la fuerte posicion del campo de César. En doce dias los coligados hubieran podido acampar sobre la altura de Montmartre. Austria no queria ni vencer demasiado ni ser demasiado vencida; Prusia lo queria ménos aún. Unicamente ocupada en rebajar en Alemania la influencia de Austria, en roer al imperio por un lado, en asimilarse á Polonia por otro, el gabinete de Berlin seguia la misma política que le habia hecho lanzarse tímidamente y retirar con vergüenza sus ejércitos de Champagne el año precedente. El duque de Brunswick, siempre á la cabeza de las fuerzas prusianas, se habia contentado con volver á tomar á Maguncia. Imponente, numeroso, pero casi inmóvil, el ejército prusiano estaba en observacion más que en campaña.

El rey de Prusia, con los ojos vueltos hácia Polonia, estaba en su campo. Lord Beauchamp, negociador inglés, fué de Lóndres para poner un término á la indecision de este príncipe y hacerle firmar un tratado de alianza con Inglaterra. Las dos potencias se garantizaban respectivamente sus Estados contra Francia.

Entre tanto, habiendo tomado á Condé el príncipe de Coburgo y declarado que lo ocupaba por el emperador y por derecho de conquista, el gabinete prusiano se indignó de ser engañado por los designios ambiciosos de Austria y de Inglaterra, y meditó nuevas defecciones. Algunas palabras de inteligencia y algunas combinaciones de paz mediaron más de una vez entre los generales franceses Biron y Custine y el agente confidencial del rey de Prusia, el hábil é insinuante Lucchesini. Se combatia como pueblos que debian reconciliarse bien pronto.

De repente el rey de Prusia partió inopinadamente para Polonia. Inglaterra sola se obstinó en luchar á muerte contra Francia. Para esto tenia dos motivos, uno material y el otro moral. Rival de Francia en los mares, en las colonias y en las Indias Orientales, disputando á los navíos franceses la navegacion y el comercio marítimo, la destruccion de la marina francesa y la ocupacion de nuestros puertos en el Mediterráneo ó en la Mancha eran para ella una ambicion muy natural y un rico despojo de la guerra para que no lo ambicionase. Por otro lado, aunque las teorías liberales establecen en los espíritus pensativos de los dos pueblos una especie de fraternidad y solidaridad, no obstante, como la libertad francesa se anunciase una vez más como enteramente democrática, el instinto de la aristocracia británica se indignaba y se espantaba del ejemplo de una democracia victoriosa que queria pasar sin aristócratas, así como sin reyes. Esta aristocracia británica se reconocia atacada en su principio. Indiferente ántes á la caida del trono y á las humillaciones del rey, la república le era odiosa desde que Francia pretendia coronar la soberanía del pueblo. Las doctrinas de los jacobinos le parecian blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de aquellas doctrinas en Paris y sobre el continente era á sus ojos la subversion de toda sociedad conocida. Inglaterra inspiraba sus terrores y su aborrecimiento á toda Europa, formando del mundo un cordon sanitario alrededor de aquel foco de igualdad. Anudaba y deshacia continuamente la madeja, siempre floja y con frecuencia rota,

de la coalicion. Mr. Pitt, que fué para su país el genio personificado de la aristocracia, era allí omnipotente, porque era el primero que habia comprendido sus peligros. En vano la oposicion más declamatoria que sólida de Mr. Fox y de sus amigos persistia en censurar la guerra y en disputar los subsidios. La opinion británica abandonaba á aquellos amigos obstinados de la revolucion francesa, desde que esta revolucion mataba á sus reyes y á sus reinas y proscribia á sus primeros ciudadanos. Robespierre desacreditaba á Fox. La guerra contra Francia perdia á los ojos de los ingleses el carácter de guerra de ambicion ó de guerra política, y se convertia en guerra social. Mr. Pitt lo obtenia todo, porque pasaba por querer salvarlo todo.

El duque de Orleans conducido al cadalso.—Pág. 168.

V

La red de las alianzas contrarevolucionarias de Mr. Pitt se extendia ya á todo el continente. Este ministro tenia por aliados á España, arrancada al pacto de familia por el destronamiento de los Borbones de Francia; á Rusia y á Holanda, que le respondian de Suecia y Dinamarca; á Prusia, empeñada por el tratado del 14 de Julio último; al Austria, el imperio y la mayor parte de los príncipes independientes de Alemania, Nápoles, Venecia, y á Turquía en fin, que habia rehusado á instancia suya recibir al embajador frances Semonville. Los mismos cantones suizos, y sobre todo Berna y los pequeños cantones, trabajados por sus agentes é irritados por los asesinatos de los desgraciados hijos de Suiza el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, hacian detener á los enviados franceses Maret y Semonville sobre el lago Mayor, y los entregaban al Austria, que los encerró en sus casamatas. Así, á pesar de las envidias interiores de la coalicion y del antagonismo

secreto de las tres principales potencias que la componian, Inglaterra consiguió tenerla en batalla más que en campaña sobre el Mosela y el Rhin, pagando los esfuerzos que le arrancaba contra nosotros.

El duque de York, hijo del rey, príncipe valiente y militar instruido, mandaba en la extremidad de la línea del príncipe de Coburgo un ejército anglo-hanoveriano mezclado con algunos cuerpos austriacos y hesseses. El duque de York se impacientaba al ver la lentitud y la timidez del generalísimo. El único ejército que podia defender aún á la Convencion estaba acampado en Arras. El paso del Somme podia sólo detener un momento á los doscientos mil combatientes que el príncipe de Coburgo podia llevar sobre Paris. Los plenipotenciarios enviados de Viena y de Berlin á Lóndres deliberaron allí con Mr. Pitt y el gabinete inglés sobre el plan de campaña. En lugar de concentrar las fuerzas de la coalicion y marchar en masa sobre el Somme, se tomó un partido más conforme al espíritu de division y de incertidumbre que neutralizaba á los gabinetes, y que impedia los grandes resultados.

Mr. Pitt, para quien las disposiciones de las cortes eran muy conocidas, y que no esperaba ningun esfuerzo enérgico y sincero, quiso al ménos asegurar á Inglaterra un punto á la vez marítimo y terrestre sobre el suelo frances. Se resolvió sitiar á Dunkerque.

El almirante Maxbridge recibió órden de hacer preparar una escuadra para batir la plaza, miéntras que el duque de York la atacaria por tierra. El ejército anglo-hanoveriano avanzó por Furnes y se dividió en dos cuerpos, de los cuales el uno, al mando del duque de York, sitió la plaza, y el otro, á las órdenes del mariscal Freytag, ocupó la pequeña ciudad de Hondschoote, y cubrió así al ejército sitiador. Estos dos ejércitos contaban lo ménos treinta y seis mil combatientes. Estaban tambien en comunicacion con el ejército del príncipe de Orange, que constaba de diez y seis mil hombres.

VI

El general Houchard, que mandaba en jefe el ejército frances del Norte, recibió órden de Carnot para libertar á Dunkerque á toda costa. Esta plaza, incapaz de resistir por mucho tiempo, hacía prodigios de patriotismo y de valor para librarse de la humillacion de tener que rendirse á los ingleses. Jourdan, comandante de batallon pocos dias ántes, y á la sazon general por inspiracion de Carnot, mandaba un cuerpo de diez mil hombres acampados en las alturas de Cassel, á cinco leguas de Dunkerque. Informado de los proyectos del enemigo sobre esta ciudad, se habia apresurado á ir á ella; dirigió las disposiciones para la defensa, y al regresar á su division de Cassel, habia dejado el mando de Dunkerque al general Souham.

Un oficial cuyo nombre no debia tardar mucho tiempo en resonar en nuestras guerras, llamado Lázaro Hoche, acompañaba al general Souham en los cuidados de la defensa. Este jóven militar se señaló al golpe de vista de Carnot por un ardor y una inteligencia que son los albores de los grandes hombres.

Carnot destacó quince mil de los mejores soldados del ejército del Rhin y los envió al general en jefe del ejército del Norte, para dar más fuerza á los reclutas

que componian la masa de este ejército. Carnot fué en persona á llevar á Houchard el ejército y el plan de las operaciones difíciles de que el comité de salud pública le encargó.

Houchard avanzó á la cabeza de cuarenta mil hombres contra la línea de los ingleses. Pasando por Cassel, reunió los diez mil hombres de Jourdan y marchó sobre Hondschoote. El duque de York y el mariscal Freytag se habian fortificado en esta posicion. Su flanco derecho se apoyaba sobre Bergues, el izquierdo sobre Furnes, y su centro en los molinos, reductos, tapias y paredes aspilleradas con que habia erizado á Hondschoote. Estaban de este modo apoyados en el inmenso pantano de Moers, que se extiende entre Hondschoote y el mar. Algunos caminos fáciles de cortar aseguraban su retirada ó sus comunicaciones con el cuerpo que estaba sobre Dunkerque, siendo casi imposible que el enemigo los atacase en esta posicion.

El duque de York, Freytag y Walmoden descansaban con entera seguridad en la fuerza de esta posicion y en el número de sus tropas; pero no dejaban por eso de acusar la lentitud del almirante Maxbridge en ejecutar las órdenes de Mr. Pitt y conducir delante de Dunkerque la escuadra, que debia secundar á los sitiadores. Esta escuadra no se divisaba en el mar. Una escuadrilla de chalupas cañoneras francesas, ancladas en la gran rada de Dunkerque, surcaba continuamente con sus proyectiles las dunas de arena en donde acampaba el ejército inglés.

VII

El 6 de Agosto, los puestos avanzados de los dos ejércitos se encontraron en Rexpoede, pueblo grande entre Cassel y Hondschoote. Jourdan, dispersando todo lo que encontraba delante, habia barrido el camino y las aldeas hasta allí, y habia hecho alto para pasar la noche. Tres batallones ocupaban el pueblo. El cuerpo principal de Jourdan acampaba en retaguardia, y la caballería vivaqueaba en las praderas y en los huertos. A la caida del dia, el general Freytag y el príncipe Adolfo, uno de los hijos del rey de Inglaterra, que precedian á corta distancia á sus tropas, cayeron en uno de estos vivacs, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Walmoden ocupaba á Wormouth. Sabiendo la presencia de los franceses en Rexpoede, dejó á medianoche su posicion, cayó sobre este pueblo, dispersó la vanguardia de los tres batallones, libertó á Freytag y al príncipe Adolfo, y faltó poco para que cogiese al general Houchard y á los dos representantes del pueblo Delbrel y Levasseur, que acababan de llegar y estaban cenando en aquel pueblo. Jourdan, corriendo al estruendo del fuego, no pudo salvar más que á su general en jefe y á los representantes. Los tres batallones que ocupaban el pueblo se desbandaron y fueron recogidos por el general Collaud, que vivaqueaba en Ost-Capelle. Jourdan, despues de inútiles esfuerzos para entrar en Rexpoede, volvió en la misma noche á reunirse con Houchard y los representantes en Rembek. Su caballo, acribillado de balazos, murió debajo de él á las puertas del pueblo. Walmoden, despues de este dichoso encuentro, replegó su division sobre Hondschoote y reanimó con su relacion la confianza del ejército inglés.

El 7, Houchard agrupó sus fuerzas y reconoció más de cerca el pueblo y las avanzadas de Hondschoote. Un exceso de prudencia le indujo á destacar una de

sus divisiones para observar á los ingleses acampados cerca de Dunkerque. Con esta medida se debilitó y diseminó. Todos aquellos generales envejecidos en las rutinas olvidaban que una victoria se lo da todo al vencedor. El 8 atacó.

Freytag, herido el dia anterior en Rexpoede, no podia montar á caballo; Walmoden mandaba, y habia desplegado su ejército en las praderas que están delante de Hondschoote. En el ejército frances, Collaud mandaba la derecha, Jourdan la izquierda, Houchard el centro, y Vandamne la vanguardia. Un reducto con once piezas cubria al pueblo y batia á la vez los dos caminos de Bergues y de Blenheim; otro reducto barria tambien el camino de Warem. Las avenidas de estos reductos estaban inundadas, y era necesario para tomarlos marchar con el agua á la cintura, expuestos por diez minutos al fuego de las piezas y de los batallones cubiertos con parapetos. Houchard, que economizaba sus tropas, empleó el fuego y perdió el dia en ataques vivos, pero lentos, que no permitian á un cuerpo de su ejército adelantarse á otro, y que no comprometiendo nada, lo perdian todo.

El representante del pueblo Levasseur, militar ignorante, pero patriota intrépido, no cesaba de reprender al general, de pedirle cuenta de cada una de sus órdenes, de amenazarle con destituirlo si no obtemperaba á sus observaciones. Puesto á caballo á la cabeza de las columnas, corriendo de la izquierda al centro y del centro á la derecha, Levasseur, adornado con la banda tricolor y el penacho ondulando en su sombrero, hacía avergonzar á los soldados y temblar á los generales, mostrándoles á Hondschoote delante y la guillotina detras. La Convencion habia decretado la victoria, la patria queria salvar á Dunkerque; Levasseur no admitia discusion, ni áun con el fuego.

En el momento en que arengaba desde lo alto de un cerro á una columna que titubeaba, comprometida y batida en el camino hondo de Kellem, una bala de cañon atravesó su caballo. Levasseur cayó, se volvió á levantar, se hizo traer otro caballo, y notó que el batallon se habia detenido. «Seguid marchando,—exclamó.—Yo estaré en el reducto ántes que vosotros.» Y se puso otra vez á su cabeza.

Encontró á Jourdan herido, desangrándose é indignado por la indecision del general en jefe. «¿Qué vamos á hacer con semejante jefe?—exclamó Jourdan.—Hay dos veces más gente para defender á Hondschoote que tenemos nosotros para atacarle.» «Jourdan,—le dijo Levasseur,—sois militar; decidme lo que hay que hacer, y se hará.» «Una sola cosa,—dijo Jourdan,—y podrémos vencer aún: cesar el fuego, que nos diezma sin debilitar al enemigo, tocar á ataque en toda la línea, y marchar á la bayoneta.»

VIII

Levasseur y Delbrel sancionaron con sus órdenes la inspiracion de Jourdan. Este, restañando su sangre, se lanzó delante de sus columnas. Un silencio más terrible que el fuego reinaba en toda la línea francesa, que avanzó como una barra de acero sobre los atrincheramientos ingleses. Cuatro mil, entre soldados y oficiales, quedaron heridos ó muertos en los caminos hondos, al pié de las tapias y de los molinos de viento fortificados que rodeaban los reductos. Estos mismos, atacados de frente, cesaron en sus disparos cuando se derramó la última gota de la sangre de los artilleros que los servian. Collaud, Jourdan y Houchard hicieron

Muerte del general Dampierre.
Pág. 175.

avanzar la artillería y los obuses á la entrada de las calles, cuyos atrincheramientos arrasaban los proyectiles. Los hanoverianos y los ingleses se replegaron en buen órden, defendiendo aún en su retirada la plaza, la iglesia y la casa del ayuntamiento, acribilladas á balazos. El antiguo castillo de Hondschoote, habitado por los generales enemigos, y testigo muchos dias habia de las fiestas del estado mayor inglés y hanoveriano, fué incendiado por las granadas. Este edificio enterró bajo sus techos, bajo los trozos de pared derribados y en los fosos, centenares de cadáveres, entre los cuales quedó el del general Cochenhousen, que habia muerto en el combate.

Acometido y acosado por todas partes excepto por el lado de Bélgica, Walmoden se retiró con los restos de su ejército sobre Furnes. El duque de York, que habia presenciado y áun combatido personalmente en Hondschoote, se trasladó al galope por medio del pantano de Moers á su campo de Dunkerque para levantar el sitio. Houchard, á pesar de las observaciones de Jourdan y de los representantes, que le suplicaban acabase la victoria y recogiese el fruto de ella persiguiendo á los hanoverianos sobre el camino de Furnes, cortando de este modo en dos el ejército enemigo, se detuvo dos dias en Hondschoote. Esta maniobra, tan sencilla como fácil, hubiera encerrado al ejército sitiador del duque de York entre las murallas de Dunkerque y los cuarenta mil hombres victoriosos de Houchard. Ningun

inglés se hubiera escapado, y la mar hubiera quedado por los franceses. Hoche y una valiente guarnicion quedaban en Dunkerque, y las dunas de esta plaza, con sólo hacer una marcha de dos horas, hubieran sido las horcas caudinas de Inglaterra. El general no vió ó no conoció lo propicia que le habia sido la fortuna; dejó al ejército del duque de York que desfilase en paz á lo largo del mar por una lengua de arena que une á Dunkerque con Furnes, y que fuese á reunirse á Bélgica á los cuerpos de Walmoden y del príncipe de Orange. Houchard, vencedor, se condujo como vencido y se volvió á Menin, en medio de las murmuraciones del ejército.

La noticia de la victoria de Hondschoote colmó de alegría á Paris; pero el pueblo fué cruel áun en medio de su júbilo. La Convencion echó en cara al general vencedor su misma victoria, y le acusó de traicion. Sus comisionados en el ejército del Norte, Hentz, Peyssard y Duquesnoy, destituyeron á Houchard y le hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario. «Houchard es culpable—decian á la Convencion—por haber vencido á medias; el ejército es republicano, y verá con placer que se entregue un traidor á la justicia, y que los representantes del pueblo vigilan á los generales.» El desgraciado Houchard fué condenado á muerte, y sufrió su suplicio con la intrepidez de un soldado y la calma de un inocente. No era culpable sino de vejez. Su muerte enseñó á los generales de la república que ni la victoria libertaba del cadalso, y que no habia seguridad sino en la completa obediencia á las órdenes de los representantes del pueblo. En una guerra extrema y en la cual combate la nacion entera, el pueblo es quien manda, y sus representantes son los verdaderos generales.

IX

Las operaciones militares sobre nuestras fronteras hasta el mes de Enero de 1794 se limitaron á la ocupacion de Saboya por Kellermann, á la del condado de Niza por Biron, cuyos dos generales lucharon en acciones brillantes pero parciales contra el ejército austro-sardo, fuerte de ochenta mil hombres, y contra inexpugnables murallas naturales; á una campaña desgraciada para los franceses en los Pirineos contra el general Ricardos, pero en donde el anciano general frances Dagoberto, de edad de setenta y cinco años, se cubrió de gloria y reparó veinte veces los descalabros que la insuficiencia del número y los azares de la guerra de montaña hicieron sufrir á nuestro ejército; y finalmente, á las maniobras de Houchard y de su sucesor Jourdan para cubrir á Maubeuge, objeto combinado de las operaciones de los coligados, á quienes aquel punto abria las avenidas de Paris.

Defendida Maubeuge por una fuerte guarnicion y por un campo atrincherado de veinticinco mil hombres, era diezmada por el hambre y por enfermedades epidémicas. Ciento veinte mil hombres la cercaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo, y el general Chancel la plaza. Su intrepidez no podia nada contra el hambre, contra las enfermedades y contra la falta de municiones que un largo sitio habia apurado. El patriotismo de los generales, de los soldados y de los habitantes sólo servia para disputar algunas horas más esta puerta de Francia, cuando Jourdan y Carnot anunciaron su proximidad por el estampido del cañon. Ochenta mil hombres del príncipe de Coburgo atrincherados, como habia hecho en otro

tiempo Dumouriez en el Argonne, en una posicion cuyo centro es Wattignies, esperaban á los franceses. Estos los atacaron en cinco columnas, el 15 de Noviembre á las diez de la mañana. Nuestros soldados titubeaban y áun retrocedian en muchos puntos. Carnot, que estaba presente, combate y acusa de cobardía á Jourdan. Esta palabra odiosa llega á oidos del general, y le hace indignarse hasta la demencia. Al oirla, se lanza á una muerte cierta con una division para escalar una meseta inaccesible bajo el fuego de las baterías de Clairfayt. Su columna fué barrida por la metralla, pero él siguió adelante casi solo. Carnot le consoló, reconociendo su injusticia y su error, y le dejó en libertad de ejecutar su primer plan. Jourdan formó entónces su centro de ataque con una masa de veinticinco mil hombres. Los batallones franceses, encerrando dentro de sus cuadros baterías volantes, abriéndose para hacer sus disparos y cerrándose para cubrirlas, construyeron así una ciudadela movible con ellos en la cima de la meseta. Todo fué barrido por esta formidable columna. Algunas masas de caballería imperial hicieron inútiles esfuerzos para arrollar las cabezas de las otras columnas. Solo una, la del general Gratien, se dejó desbaratar y se desbandó. El representante Duquesnoy, que se encontraba allí, destituyó á Gratien, tomó el mando en nombre de la patria, reunió á los soldados y los condujo á la victoria. Wattignies fué tomado, y los austriacos huyeron ó quedaron muertos en el campo. Desde lo alto de éste, Carnot y Jourdan divisaron á Maubeuge y oyeron los disparos de aquella plaza, que respondia con salvas de alegría á las descargas de sus libertadores.

La batalla de Wattignies, primera ventaja obtenida por un general cuyo genio habia adivinado Carnot, hubiera sido más decisiva si los veinticinco mil hombres del campo de Maubeuge, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado á la accion é impedido al príncipe de Coburgo y á Clairfayt que repasasen el Sambre. Los soldados de la guarnicion y los del campo, con el instinto de la guerra, pidieron que se ejecutase esta maniobra. Chancel, que mandaba en Maubeuge, tambien opinaba del mismo modo. La falta de órdenes para hacerlo y la excesiva prudencia de Ferrand no le permitieron acceder á aquellos deseos. La Convencion, sin embargo, necesitaba una víctima, y el inocente Chancel subió al cadalso.

X

En el ejército del Rhin, el carácter desconfiado de los representantes del pueblo acababa de reemplazar en el mando á Custine por Beauharnais, á éste por Landremont, á Landremont por Carlen, simple capitan un mes ántes, y á éste, en fin, por Pichegru. Este ejército, fuerte de cuarenta mil hombres, defendia la entrada de la Alsacia en las líneas fortificadas de Wissembourg. Wurmser, el más afortunado, aunque el más anciano de los generales del imperio, sorprendió estas líneas y las tomó por la impericia de Carlen. Este general, amenazado por otro flanco por el duque de Brunswick, se habia retirado hasta las alturas de Saverne y de Strasburgo. Wurmser, alsacio de nacion, entró triunfante en Haguenau, su patria. El terror habia pervertido hasta la traicion el espíritu de una parte de la poblacion de Strasburgo, verdadero baluarte del patriotismo, y se habian entablado sordas negociaciones para entregar la plaza entre Wurmser y las principales familias de la ciudad. La única condicion que se ponia era que el general austriaco ocupase la

plaza en nombre de Luis XVII. Descubierto á tiempo este complot, setenta vecinos de Strasburgo subieron á la guillotina, unos convictos de conato de traicion, otros de simple realismo. El fuerte Vauban fué tomado por los austriacos, y Landau iba ya á caer. Saint-Just y Lebas fueron enviados á la Alsacia para intimidar á la traicion ó á la debilidad con la muerte. Pichegru y Hoche llegaron al mismo tiempo, uno para tomar el mando del ejército del Rhin, y el otro para tomar á los veinticinco años el del ejército del Mosela. La esperanza entró con ellos en los campos, miéntras que el terror entraba con Saint-Just en las ciudades. «Vamos á ser mandados como los franceses deben serlo,—escribian del ejército despues de haber sido revistado por los dos generales.—Pichegru tiene la gravedad del genio. Hoche es jóven como la revolucion, y robusto como el pueblo. Su mirada es orgullosa y altiva como la del águila.» Estos dos nuevos jefes debian justificar el entusiasmo del ejército. Pichegru habia sido sustituto de una cátedra de matemáticas en el monasterio de Arbois, pueblo de su naturaleza; despues se alistó como simple soldado en la guerra de América, y vuelto á su patria al principio de la revolucion, habia presidido el club de Besançon. Un batallon sin comandante, que pasaba por esta ciudad en 1791, le sacó del club para que se pusiese á su cabeza. En dos años, su energía, sus luces y el imperio que tenia sobre los hombres, le habian elevado al grado de general de division. Robespierre y Collot-d'Herbois le protegieron, viendo en él uno de esos jefes que convienen á la república, salidos de la oscuridad, modestos, llenos de genio, pero sin brillantez, capaces de servir, pero incapaces de ofuscar. «¡Juro—les escribió Pichegru cuando tomó el mando—que haré que triunfe la Montaña!» No debia tardar mucho en dar cumplimiento á su promesa y en engañarles, en cubrir de gloria y en vender la república; hombre á quien su elevacion rápida y el sentimiento de su genio hicieron soñar en una dictadura quimérica sobre los restos de la república y del trono, fatal á los dos partidos, y sobre todo á sí mismo. Hoche, jóven, hermoso y de aspecto marcial, héroe antiguo por su presencia, por su estatura y por su brazo, moderno por el estudio, por la lectura y por la meditacion, prendas todas que hacen conocer al que las posee que la fuerza consiste en la inteligencia; hijo de una pobre familia, pero marcado con el sello de la aristocracia de los grandes destinos, se alistó á los diez y seis años en las guardias francesas, haciendo por la mitad del haber el servicio de sus camaradas, y empleando lo que este trabajo material le producia en comprar obras militares y de historia con que pasar las noches instruyéndose y preparándose á igualar la gloria de tantos ilustres modelos. Enviado á Paris como ayudante de campo del general Leveneur despues de la defeccion de Dumouriez, fué introducido en el comité de salud pública para manifestarle el estado del ejército. Allí llamó la atencion general por la precision de sus respuestas, por la extension de sus miras y por la elocuencia marcial de su palabra. Esta entrevista, en que los hombres de Estado presintieron el hombre de guerra, le valió el grado de ayudante general. La defensa de Dunkerque llamó la atencion de Carnot, y le mereció el grado de general de brigada. Se apoderó del mando como si fuese una herencia. Cuanto más se le elevaba, más grande parecia; ésta es la perspectiva de los hombres predestinados á la admiracion de la posteridad. Algunas maniobras hábiles sobre Furnes é Ipres, para enmendar las faltas de Houchard, le llevaron como por la mano al mando del ejército del Mosela. Hoche no tenia más que un defecto,

Batalla de Hondschoote.—Pág. 180.

que era el conocimiento de su superioridad, que degeneraba muchas veces en desprecio de sus colegas. La superioridad en todo le parecia pertenecerle tan exclusivamente, que no podia sufrir que se le disputase. En una revolucion en que la ambicion y el talento podian aspirar á todo, no es fácil saber hasta dónde hubiera llegado Hoche, si la muerte no hubiese cortado su carrera.

En la Vendée, los generales enviados continuamente por el comité de salud pública destruian sus batallones en una guerra civil, que volvia á reproducirse apénas se habia sofocado. Ganaban batallas parciales, y perdian la campaña. Esta guerra social, la más peligrosa de todas las que tuvo que sostener la república, merece un sitio aparte y una relacion no interrumpida. Hablarémos de ella con más extension cuando tratemos de aquel momento en que esta guerra fué á la vez más activa, más grande y más desastrosa.

Otros dos focos de insurreccion, Lyon y Toulon, estallaban á un mismo tiempo en el seno de la república, llamando hácia el Mediodía las miradas y la energía desesperada de la Convencion. Vamos á trazar brevemente sus elementos, su fermentacion, su explosion y modo de apagarla, ora con las armas, ora con los suplicios, doble medio de accion del comité de salud pública.

XI

Lyon está situado, como todas las grandes ciudades industriales, en cierto punto preciso de terreno en que el suelo, el cultivo, los combustibles, el fuego, las aguas y las poblaciones apiñadas alrededor suministran todos los elementos y todos los brazos necesarios para un gran trabajo, y en el cual los valles, las llanuras, los caminos y los rios se abren, se ramifican y corren para llevar y distribuir sus productos á las provincias y á los mares. La geografía y la industria se comprenden y parece que combinan de acuerdo la situacion de estos vastos talleres humanos. Este fenómeno es tan instintivo que se observa tambien en los animales desprovistos de raciocinio. Los grandes hormigueros y los grandes enjambres de abejas siempre se establecen en la embocadura y en las encrucijadas de los caminos, de las aguas y de los valles.

La posicion militar de Lyon guarda la debida proporcion con su posicion como ciudad mercantil. Una elevada península llamada la Dombe se extiende desde Trevoux por un lado y desde Meximieux por el otro, entre dos grandes corrientes de agua, el Ródano y el Saona. Aquella lengua de tierra fértil corre estrechándose siempre hasta una meseta elevada llamada la Croix-Rousse, que es un arrabal de Lyon; allí la meseta, cortada casi á pico por los dos rios, se extingue de pronto, descendiendo en cuestas rápidas, seguidas despues de una llanura baja y triangular que llega hasta la confluencia de los dos rios. Esta llanura estrecha y larga es el sitio en donde está fundada la ciudad.

El Ródano, un torrente inmenso mal encajonado por la naturaleza, corre con estrépito por la izquierda de la poblacion, y va á desembocar en el profundo valle de Vienne, de Valence y de Avignon hasta perderse en el Mediterráneo. Este caudaloso rio arrastra con la rapidez de una esclusa las barcas, las almadías, la madera, el hierro, los fardos y los carbones que los bosques, las minas, las fábricas y la navegacion confian á su corriente.

A la derecha el Saona, rio casi tan ancho, pero un poco ménos impetuoso y más accesible que el Ródano, corre lentamente desde las montañas y valles de la antigua Borgoña, penetra en Lyon por una garganta estrecha, en la que hay todavía algunos islotes, y deslizándose por los muelles de la ciudad bajo las colinas de Fourvieres y de Sainte-Foi que le dominan al Oeste, va á mezclar sus aguas con las del Ródano en la parte pantanosa de Perrache.

La ciudad, demasiado encerrada entre estos dos rios, ha roto su primitiva valla, y por decirlo así, se ha desbordado hácia la península situada á la parte del Saona. Su catedral, sus tribunales y sus barrios más pacíficos están amontonados entre la montaña y el rio. Las calles están construidas casi en anfiteatro. Parece que las casas, queriendo trepar por aquella inmensa roca, se han visto obligadas á agarrarse á las faldas de la colina. Infinidad de puentes, unos de piedra, otros de madera, facilitan la comunicacion entre los dos cuarteles en que se divide la ciudad.

XII

Por el lado opuesto, la ciudad está situada sobre una playa elevada, ostentando hácia la parte de Levante la extensa y opulenta fachada de los diques de Saint-

Clair. Ninguna colina, ninguna ondulacion de terreno encajona el Ródano ni intercepta la vista. El rio corre allí casi al nivel de las tierras bajas de Brotteaux. Las vastas llanuras del Delfinado, con frecuencia inundadas por los desbordes del Ródano, se extienden á lo léjos, y dejan que la vista se explaye hasta las colinas negras y ondulantes del Bugey á la izquierda; de frente y por la derecha, hasta la cima de los Alpes, de Suiza, de Saboya y de Italia. Las nieves rêsplandecientes de estas montañas se confunden en el horizonte con las nubes.

Entre los diques del Ródano y los del Saona se extiende la ciudad propiamente dicha, con sus cuarteles populosos, sus plazas, sus calles, sus establecimientos públicos, su casa de ayuntamiento, sus mercados, sus hospitales y sus teatros. Como el espacio es estrecho, ha habido precision de apiñar y amontonar los edificios. En todas partes se ve que la poblacion, los talleres, la actividad, la riqueza y el trabajo han disputado el sitio al aire y á la luz, cosas de inestimable valor en el comercio. Al entrar en la ciudad, su aspecto sombrío, austero y monacal angustia el corazon. Las habitaciones estrechas, las casas altas, la luz opaca, las paredes ahumadas, la puertas bajas, las ventanas guarnecidas de papel untado de aceite para ahorrar los vidrios, obstruidos los almacenes de cajas y de fardos; el movimiento continuo pero silencioso de las calles, de los diques, de las plazas públicas; las caras recelosas y preocupadas de los habitantes, que no pierden el tiempo en conversaciones ociosas, pero que se acercan unos á otros con sólo hacerse una señal, separándose en seguida en cuanto se han dicho una palabra al oido sin detener su marcha; la falta de coches de lujo, de caballos y de paseantes en los cuarteles ricos, todo esto anuncia una ciudad séria, preocupada de un solo pensamiento, alma de esta ciudad del trabajo: este pensamiento visible es la ganancia.

XIII

Su poblacion ofrece en sus diferentes rasgos un contraste chocante con la poblacion risueña, ligera y marcial de las grandes ciudades de Francia. Los hombres son altos, fuertes y corpulentos, pero ágiles y ligeros, porque el pensamiento domina allí á la materia. Las mujeres son de una belleza ideal y casi asiática, y tienen en sus ojos, en su fisonomía y en su porte cierta molicie y cierta languidez que recuerdan la vida inanimada y sedentaria del Oriente. Conócese en la frescura de su semblante que ellas son para los hombres unos objetos de cariño, pero no unos ídolos ni un objeto exclusivo de placer. Aunque seductoras, obsérvase en ellas aquella decencia grave, que es como la santidad de la hermosura; su mirada es tierna, pero casta, sus pasiones moderadas por la razon, y la poblacion entera ardiente como las del Mediodía, pero juiciosa como las del Norte.

Al lado de la ligereza de la Francia central y de la vivacidad turbulenta de la Francia meridional, el pueblo de Lyon forma un pueblo aparte: es una colonia lombarda, trasplantada y naturalizada entre dos rios en el suelo frances. Su carácter es análogo á su conformacion. Aunque nada tenga que envidiar á las de otros países, ni por la naturaleza ni por el clima, la inteligencia del pueblo es allí paciente, lenta y perezosa. La atencion exclusiva y uniforme de la poblacion entera hácia un solo objeto, que es el lucro, absorbe en este pueblo los demas sentimientos. Las letras están descuidadas en Lyon, y las ciencias languidecen, por-

que los oficios ocupan allí el lugar preferente. La pintura florece, y la música, la ménos intelectual y la más sensual de todas las artes, es cultivada con esmero. Este arte conviene á una ciudad que por las noches, despues de un dia de continuo trabajo, va á comprar en los teatros sus placeres, como compra todo lo demas.

El choque de las ideas y de los sistemas que agita y alborota el mundo intelectual, se amortigua en aquellos muros. Una ciudad semejante cambia poco sus ideas, porque no tiene tiempo para reflexionarlas. Vive de sus tradiciones, y se transmite sus costumbres y sus opiniones hereditarias, del mismo modo que sus monedas de oro, sin reconocerlas y sin pesarlas. Esta ciudad es la de la regularidad, del hábito y del órden. Una sábia rutina de costumbres y de vida es, unida á la economía, la virtud que eleva al más alto grado de estimacion pública. Las grandes luces ofuscan, los grandes talentos inquietan allí, porque destruyen la regla, reina absoluta de las costumbres. Las capacidades superiores sufren el ostracismo de la indiferencia. Así, Lyon se ha dado á conocer con frecuencia como un gran pueblo, pero rara vez han salido de él grandes hombres.

XIV

Se concibe que las virtudes de un pueblo semejante deben participar de su naturaleza. Posee muchas, y entre todas el trabajo, la economía y la probidad. Hasta sus virtudes son lucrativas. Es religioso, pero no hasta el fanatismo que supone el entusiasmo. Su clero es numeroso, respetado, obedecido, y ejerce un imperio absoluto sobre las familias, sobre las mujeres, en la educacion de los niños, en la nobleza y en el pueblo. Varios monasterios de todas las órdenes religiosas de hombres y mujeres cubren sus colinas. Parece que Italia ha desbordado hasta allí por encima de los Alpes con sus pompas religiosas y su espíritu clerical. La imaginacion del pueblo conserva siempre una infatigable avidez de imágenes milagrosas, de estatuas animadas, de capillas privilegiadas, de peregrinaciones, de predicciones, de apariciones y de prodigios. Lyon se acuerda de haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias. Los sepulcros de sus santos y de sus mártires, sus catacumbas, sus iglesias romanas y catedral gótica de San Juan, todo recuerda la Roma de los galos. Todo atestigua en el aspecto exterior de la ciudad y en los ritos de su piadoso pueblo que el catolicismo estaba profundamente incrustado en su alma, del mismo modo que en su suelo, y que para extirparlo era necesario extirpar toda la ciudad.

XV

Lyon forma dos ciudades distintas, y contiene en la apariencia dos pueblos: la ciudad comerciante, que se extiende desde las alturas de la Croix-Rousse hasta la plaza de Bellecour, y que tiene por centro la plaza de Terreaux; la de la aristocracia, de los capitalistas y comerciantes retirados ya del tráfico, por haberse enriquecido, se extiende alrededor de la plaza de Bellecour y por los cuarteles opulentos de Perrache. Allá está el trabajo, aquí el placer; allí la clase media, aquí la aristocracia. Pero á excepcion de un corto número de familias militares y feudales,

esta aristocracia bursátil difiere poco de la clase media, de donde procede. Cierto es que no trabaja ya materialmente, pero pone sus capitales y está á la mira de sus intereses en las fábricas y demas comercios de la ciudad manufacturera. Los fabricantes son unos arrendatarios industriales de estos ricos prestamistas.

La ciudad es esencialmente plebeya. La clase media, innumerable, rica, sin fausto, hija del pueblo, de donde está saliendo continuamente y volviendo á él sin

Batalla de Wattignies.—Pág. 183.

avergonzarse por el trabajo de sus manos, recuerda aquellos gremios de artes y oficios de la *seda* y de la *lana* de la república mercantil en Florencia, cuya historia cuenta Maquiavelo, y que honrándose de su industria y llevando por bandera los útiles del lagarero y del tejedor, formaban facciones en el Estado y castas en la democracia. Tal era entónces y tal es en el dia Lyon. En el lugar inferior al que ocupa esta clase media, que puede llamarse universal, se agita una poblacion de doscientos mil obreros, que habitan la ciudad, los arrabales y las pequeñas poblaciones del territorio lyones. Esta poblacion se ocupa en los diferentes oficios de la industria, y sobre todo en la preparacion de la seda.

Este pueblo de trabajadores no está acumulado, como sucede en otras poblaciones, en inmensos talleres comunes, en donde el hombre, tratado como un rodaje mecánico, se envilece entre la multitud, se pervierte por el contacto y se gasta por el roce continuo con los otros hombres. Cada taller en Lyon se reduce á una familia compuesta del marido, de la mujer y de los hijos. Esta familia va cada semana á proveerse de obra, de seda y de muestras. Los obreros llevan á sus casas las primeras materias, las urden allí mismo, y reciben cuando se las entregan á los fabricantes el precio convenido para cada pieza de seda manufacturada. Este género de fabricacion, conservando al obrero su individualidad, su aislamiento, su hogar doméstico, sus costumbres y su religion, es mil veces ménos á propósito para seducir y corromper al pueblo, que esos ejércitos de máquinas vivientes disciplinados para las demas industrias en talleres comunes, en donde una chispa produce la explosion y el incendio. Este trabajo por piezas establece ademas entre la clase media y el pueblo relaciones continuas y una mutua solidaridad de beneficios ó de pérdidas, cosas las más propias para unir las dos clases por una comunidad de costumbres y de intereses. Las ciudades de las montañas del Forez, de Saint-Etienne, Rive-de-Giers, Vienne, Monbrison y Saint-Chamon son otras tantas colonias ocupadas por los mismos industriales, regidas por las mismas costumbres y animadas por el mismo espíritu. Esta poblacion de la misma raza, agrupada ó diseminada, que cuenta cerca de quinientas mil almas, es esencialmente activa como el trabajo, moral como la religion, sedentaria como la costumbre, económica como la ganancia, y conservadora como la propiedad. Toda conmocion la inquieta. Las fiestas ó el trabajo, la pérdida ó el beneficio, son la única política y el solo gobierno en que piensa este pueblo.

XVI

Se comprende que una poblacion semejante es más bien republicana que monárquica, porque su constitucion social es en el fondo una república de intereses y una democracia de costumbres. Extraña á las cortes, desdeñosa con la nobleza, la caida de aquellas altas capacidades del Estado era más propia para lisonjear su espíritu plebeyo, que para afligirla. En todas partes el trabajo es republicano, y la ociosidad monárquica. Así, aunque la ciudad de Lyon fijase ménos su atencion que cualquiera otra de Francia en el movimiento y en la inteligencia de la filosofía social que preparaba la revolucion, los primeros síntomas de decadencia de la monarquía y de soberanía popular regocijaron á la clase media. No vió en esto sino el abatimiento de sus patricios y la restauracion de su gobierno municipal. Por espacio de muchos siglos, su municipalidad y sus obispos habian sido su gobierno, como en los restos de las ciudades romanas que se habian conservado á traves de la Edad Media. Los Estados generales, la resurreccion de la Asamblea nacional, la humillacion de la corte, la igualdad de las órdenes del Estado, la destruccion de privilegios, la caida de la Bastilla, las doctrinas de la Asamblea constituyente, las reformas de Mirabeau, la popularidad de Lafayette y de Lameth, la creacion de la guardia nacional, y en fin, la Constitucion de 1791, todos aquellos despojos de la aristocracia y del poder real arrancados al trono, arrojados á la nacion por los girondinos el 10 de Agosto, dia en que se creyó llenar pronto y

cómodamente el vacío del trono por una constitucion de república regular y propietaria, eran cosas que no podian ménos de halagar como principios á la clase media de Lyon. La revolucion de Paris habia tenido allí mucho eco, si bien moderado por el espíritu esencialmente propietario del país.

Las primeras agitaciones de Lyon habian sido impulsadas por Roland y su esposa, que habitaba entónces en las cercanías. Roland y sus amigos habian atizado con sus escritos, sus periódicos y sus clubs el fuego oculto del jacobinismo. Este fuego, tan voraz en el resto de Francia, se encendió lenta y difícilmente en Lyon. Tan pronto como una doctrina se convertia en desórden y amenazaba al comercio, se hacía impopular; la sociedad entera de Lyon no tiene más que un signo: la moneda. Todo lo que la ataque ó todo lo que la haga desaparecer, es antisocial; este pueblo ha deificado la propiedad.

De todo esto resultó que el jacobinismo, no encontrando sus agitadores, sus oradores y moderadores entre la clase media comercial ó del pueblo honrado y laborioso, se vió forzado á buscarlos en la hez de la poblacion flotante de esta populosa ciudad, en los extranjeros vagabundos, en los hombres de costumbres depravadas y llenos de deudas, que nada tenian que perder en el incendio, y que podian hallarlo todo en los escombros. Aquella constitucion de los clubs del jacobinismo en Lyon hacía que sus miembros fuesen muy mal mirados, razon por la cual aquellos hombres perdidos eran más sediciosos y más exagerados que en otras partes. Allí todo era extremado. A imitacion de Burdeos, de Marsella y de Toulon, Lyon habia adoptado apasionadamente las doctrinas y héchose partidaria de los hombres de la Gironda. Robespierre, Danton y la Montaña causaban horror á la mayoría de sus habitantes. El rico veia en este partido de la Convencion los expoliadores de su fortuna, y el pobre unos perseguidores de su religion. El comercio decaia, el lujo se extinguia, y no se fabricaban más que armas. El dia en que la república suprimiese sus bancos, sus mercados, sus fábricas, sus oficios y sus sacerdotes, Lyon dejaria de reconocerla. La ciudad empezaba á confundir sus quejas con las de los realistas que de todas las provincias inmediatas iban á buscar un asilo en sus muros. Estas disposiciones irritaban é inflamaban más los ánimos de los miembros de los clubs, que aunque amenazadores, se veian obligados á contenerse en una poblacion cuya inmensa mayoría no les era favorable.

XVII

Habia por entónces en aquella ciudad un hombre estrambótico y de la peor clase que puede darse en tiempo de agitacion: un fanático de lo imposible. Este era uno de aquellos hombres insensatos que reunen en su cabeza, no la pasion, pero sí la demencia de la multitud; uno de esos profetas del pueblo á quienes éste tiene por inspirados porque son locos, á los cuales escucha cual si fuesen oráculos, porque le predican unos destinos colosales y unos triunfos tan desmedidos, que nunca han estado al alcance del espíritu humano. A favor de esta pasion del hombre hácia lo imposible, y en vista de esas halagüeñas perspectivas que á los primeros que seducen es á los mismos que las presentan, los hombres de esta clase arrastran al pueblo á un abismo á traves de cien falsas ilusiones y de lagos de sangre. El hombre que nos ocupa se llamaba Chalier.

Del mismo modo que Marat, este hombre habia venido del extranjero atraido por la revolucion. Era natural del Piamonte ó de Saboya, y de una familia oscura, pero bastante acomodada para darle educacion y carrera. Destinado al estado eclesiástico, escala que apoyada en el pueblo llegaba hasta la cúspide de la sociedad, Chalier habia sido educado por unos monjes de Lyon. En su trato con ellos habia adquirido aquella rigidez, aquel recogimiento de espíritu, aquel escepticismo exterior, aquella afectacion de inspiraciones sobrenaturales y aquellos retazos de poesía y de elocuencia sagrada que, fermentando en una cabeza débil con los principios del momento, habian producido en él una de aquellas mezclas extrañas en las cuales el sacerdote y el tribuno, el profeta y el demagogo, el santo y el malvado, se reunen en un solo hombre para engendrar un monstruo imposible de comprender y más difícil aún de definir. Con razon podia decirse al ver á Chalier que el destino de Lyon, tan semejante al de Florencia, habia querido completar la semejanza, dando á esta ciudad un agitador inexplicable que tenia mucho de Savonarola y de Marat.

El rumor de la revolucion que penetraba en su claustro agitaba al jóven levita, y le distraia de sus estudios. Soñaba en una regeneracion despues de un cataclismo, espantando á sus condiscípulos con las fantasmas sangrientas que asediaban su imaginacion y le hacian escribir entónces aquellas líneas cuyos movimientos interrumpidos é incoherentes remedan los sobresaltos, las inspiraciones y los oráculos bíblicos: «Las cabezas son reducidas, las almas de hielo; el género humano está muerto. ¡Genio creador, haz salir una nueva luz y una nueva vida de este cáos! Yo quiero los grandes proyectos, los vértigos, la audacia, los choques y las revoluciones. El gran Sér ha hecho cosas muy grandes, pero está demasiado tranquilo. Si yo fuese Dios, yo mudaria las montañas, las estrellas y los imperios; yo trastornaria la naturaleza para renovarla».

El destino de Chalier, abortado para el bien y para el mal, estaba todo reasumido en estos primeros rasgos de su alma. La locura no es sino el aborto de una idea fuerte, pero impotente, porque no ha sido concebida y dirigida por la razon. Dominado por esta obsesion, Chalier dejó la carrera eclesiástica, entró en un escritorio y viajó algun tiempo como comisionado de una casa de comercio. Fué echado de Italia por haber propagado dogmas revolucionarios, y aquella proscripcion le dió á conocer é hizo que le adoptasen Robespierre, Marat, Camilo Desmoulins y Fauchet. Bajo estos auspicios fué á Lyon á fundar el club central, foco ardiente que alimentaba con su aliento y que agitaba noche y dia con su palabra. Sus discursos, á un mismo tiempo bufones y místicos, chocaban al pueblo. Nada era razonado, todo era lírico en su elocuencia. Su ideal era evidentemente el papel de aquellos falsos profetas de Israel, servidores de Jehová y degolladores de hombres.

XVIII

El misterio que envolvia su vida, su pobreza, su incorruptibilidad, su adhesion á la causa popular, su asiduidad en las sesiones públicas del club central, le habian dado un inmenso ascendiente sobre los jacobinos de Lyon. Habia sido nombrado por los electores presidente del tribunal civil. Su mano se veia ó se creia ver en todos los desórdenes y en todos los crímenes. Aquellos desórdenes y

CHALIER.

aquellos crímenes habian sido tanto más atroces, cuanto que en Lyon, el partido de Chalier, reconociéndose más débil y más expuesto, se veia forzado á infundir terror para ser obedecido. Entre Paris y Lyon habia una gran emulacion por derramar sangre.

Al siguiente dia de los asesinatos de Setiembre, un corto número de asesinos, acompañado de una turba de muchachos y de mujerzuelas, se dirigió al castillo de Pierre-Cise. Allí degollaron once oficiales del regimiento Real de Polonia, presos el dia anterior como sospechosos de realismo. En vano una jóven tan valiente como hermosa, la señorita de Bellecice, hija del gobernador del fuerte, se precipitó entre el pueblo y las víctimas, hiriéndose ella misma por apartar los sables y las picas de los cuerpos de los presos; en vano el corregidor de Lyon, Vitet, hombre de ardientes principios, pero de conciencia y de un corazon humano, habia acudido con algunos granaderos adictos y habia empleado para libertar á los presos, ora las súplicas, ora las amenazas: los umbrales de todas las cárceles de Lyon habian quedado sembrados de cadáveres, que colgados al dia siguiente en las ramas de los árboles y en el paseo público de Bellecour, habian sido encadenados unos á otros, formando con sus miembros una especie de horrorosas guirnaldas que debian infundir el espanto en los barrios de los aristócratas. Al mismo tiempo los comisarios del club de los Franciscanos de Paris, entre los cuales se distinguia Huguenin, el orador del 20 de Junio, habian ido allí para animar la tibieza del club central de Lyon. El populacho habia robado los almacenes y regularizado la expoliacion, nombrando comisionados para el pillaje. La municipalidad, dividida en dos partidos casi iguales, y cuyas resoluciones daban simultáneamente fuerza al órden y ánimo al desórden, se habia convertido en juguete del club central, en donde reinaba Chalier. Este, Laussel su cómplice, clérigo incestuoso que se habia casado con su propia hermana; Roullot, miembro de la municipalidad, y en fin, Cusset, electo diputado de la Convencion, predicaban públicamente los dogmas de la ley agraria y del vandalismo. «Ha llegado el tiempo—decian—en que debe cumplirse esta profecía: Los ricos serán despojados y los pobres enriquecidos.» «Si al pueblo le falta su subsistencia,—proclamaba Tarpan,—que se aproveche del derecho que le da su miseria para apoderarse de los bienes de los ricos.» «¿Quereis—escribia Cusset—una palabra que pague todo lo que os hace falta en Lyon? *Morid ó matad.*»

XIX

Para dar á estas excitaciones la autoridad del terror, aquellos hombres habian hecho traer una guillotina de Paris, estableciéndola en la plaza de Bellecour para que el instrumento recordase el suplicio. Los girondinos, para moderar este delirio, habian vuelto á mandar á su colega y amigo Vitet á Lyon. Vitet se presentó al club central y le arengó con la varonil severidad de un ciudadano que trata de convencer á los facciosos ántes de herirlos. El club le habia cubierto de desprecios y de ultrajes. «Ha llegado el dia de la venganza,—exclamó Chalier;—quinientas cabezas hay entre nosotros que merecen la misma suerte que el tirano. Yo os daré la lista, y no tendreis más que herir.» Entónces propuso el establecimiento de un tribunal revolucionario, y despues, tomando un crucifijo, exclamó: «No es sufi-

ciente haber dado muerte al tirano de los cuerpos; es menester destronar al tirano de las almas». Y rompiendo el crucifijo, lo pisoteó. Desde allí, conduciendo el tropel de sus sectarios á la plaza de Terreaux, Chalier les hizo jurar delante del árbol de la libertad el exterminio de los aristócratas, de los rolandistas, de los moderados, de los agiotistas, de los monopolistas y de los sacerdotes.

La municipalidad, subyugada por un momento al club central, imitó, á peticion de éste, las visitas domiciliarias, preludio del 2 de Setiembre, y confió á los comisionados del club el cuidado de señalar á los sospechosos. La ciudad entera estaba en poder de una faccion de Catilinas subalternos. Un hombre solo, que fué el corregidor Niviere, que habia sucedido á Vitet, contuvo con la intrepidez de un magistrado antiguo la audacia de los sediciosos, y calmó la desesperacion de los hombres de bien. Niviere sabía que Chalier y Laussel habian reunido por la noche su sesion, nombrado un tribunal revolucionario secreto, preparado la guillotina, escogido el sitio para las ejecuciones en uno de los puentes del Ródano desde donde se precipitarian los cadáveres al agua, hecho listas de proscripcion, y que á no haber suficiente número de ejecutores, Laussel habia dicho: «Todo el mundo debe ser verdugo: la guillotina cae por su propio peso».

Algunos testigos de la conjuracion, indignados al oir tales palabras, se habian escapado del conciliábulo, y habiendo divulgado el plan de Chalier, Niviere situó en derredor de la casa de ayuntamiento algunos batallones y ocho piezas de artillería. La primera cabeza señalada al furor de los asesinos era la de este generoso magistrado. El se la jugaba por la libertad de su patria, y su firmeza impuso á los facciosos.

«Retirémonos, se ha desgraciado el golpe»,—exclamó Chalier al encontrarse con aquellos batallones y con aquellos cañones formados en batalla en la casa del ayuntamiento. Despues de este triunfo, Niviere volvió á entrar en las filas de los simples ciudadanos; pero reelegido en seguida por ocho mil sufragios entre nueve mil votantes, volvió á tomar el mando de la ciudad, en medio de las aclamaciones de los propietarios.

XX

El partido de Chalier, amenazado á su vez por la reaccion de los republicanos moderados, se salvó del furor público por aquel mismo Niviere que queria sacrificar. El club central se deshizo, y los miembros que le componian invocaron el auxilio de sus hermanos de Paris. La Convencion decretó que dos batallones marselleses fuesen á restablecer el órden en Lyon, enviando ademas tres comisarios escogidos del seno de la Montaña, que fueron Bazire, Rovere y Legendre; pero varios batallones de Aix y de Marsella que llegaron á Lyon poseidos del espíritu que animaba á la Gironda, fueron acogidos como unos libertadores por la masa de la poblacion, é hicieron temblar y huir á Chalier y á su partido. Los jacobinos, reducidos á la impotencia, resolvieron un 10 de Agosto contra el ayuntamiento, y reapareciendo Chalier, avivó el fuego del club central. «Trescientos romanos—dijo—han jurado dar de puñaladas á los modernos Porsenna, y enterrarse con sus enemigos bajo los escombros de esta nueva Sagunto. ¡Aristócratas, rolandistas, moderados egoistas, temblad! El 10 de Agosto puede aún renacer; las aguas del Saona

y del Ródano arrastrarán bien pronto vuestros cadáveres al mar.» Cusset le respondió desde la cima de la Montaña: «La libertad para nosotros, y la muerte para nuestros enemigos: ved aquí el escrutinio epuratorio de la república». Un banquete patriótico reunió á los jacobinos bajo los árboles de Bellecour el 9 de Mayo; animados por el número y por los aplausos de la multitud, fueron despues de la comida á intimar á la municipalidad que instalase el tribunal revolucionario, pero fueron rechazados.

Otros comisionados más enérgicos de la Convencion llegaron al poco tiempo á esta ciudad; éstos fueron Abitte, Dubois-Crancé, Gauthier y Nioche, que empezaron por imponer á los ricos un empréstito forzoso de seis millones, organizaron un comité de salud pública á imitacion del de Paris, decretaron la formacion de un ejército revolucionario, y aumentando con estas medidas la audacia de Chalier, se marcharon en seguida al ejército de los Alpes, dejando la ciudad á merced de aquel comité dictatorial. Este se apresuró á expoliar á los ciudadanos honrados, á armar á sus partidarios y á enviar á la guillotina á sus enemigos. Chalier publicó sus listas bajo el título de *Brújula de los patriotas*. «¡A las armas! ¡á las armas!—exclamó recorriendo las calles á la cabeza de los jacobinos.—¡Vuestros enemigos han jurado degollar hasta vuestros niños de pecho! ¡Daos prisa á vencerlos, ó sepultaos bajo las ruinas de la ciudad!»

Aquellos gritos feroces resonaron hasta en la Convencion, sublevaron al partido moderado á la voz de la Gironda, y arrancaron un decreto que autorizaba á los ciudadanos de Lyon á repeler la fuerza con la fuerza. «¿Creeis,—dijo Chalier cuando se recibió el decreto,—creeis que este decreto me intimida? No; se levantará conmigo bastante parte de pueblo para herir á veinte mil ciudadanos, y yo me reservo para hincaros el cuchillo en la garganta.» Fué corriendo al club, armó á sus amigos, distribuyó á cada uno media libra de pólvora, indicó el punto de reunion, y preparó el asalto de la casa de la ciudad. Las secciones, advertidas de aquellos designios, se reunieron y se armaron contra los jacobinos. La ciudad se dividió en dos campos. La municipalidad se fué á las filas de los jacobinos, y los representantes del pueblo Gauthier y Nioche entraron en la ciudad de Lyon á la cabeza de dos batallones y dos escuadrones. Las masas de Chalier, armadas de hoces, de picas y de mazas, les precedian, insultando á los ciudadados armados de las secciones. La sangre empezó á correr. Chalier arengó al club. «¡Marchemos!—les dijo.—Vamos á apoderarnos de los miembros del departamento, de los presidentes y de los secretarios de las secciones. Hagamos con ellos un haz que colocarémos debajo de la guillotina, y despues nos lavarémos las manos en su sangre.»

XXI

En tanto que las secciones se ponian de acuerdo, la municipalidad jacobina se apoderó del arsenal, se fortificó en él y llenó la casa de la ciudad de cañones, de municiones y de tropas. Los seccionarios, reunidos en número de veinte mil en la plaza de Bellecour, escogieron por jefe á un aparejador de paños llamado Madinier, hombre de un corazon de fuego y de un brazo de hierro. Madinier tomó el arsenal y marchó contra la casa de la ciudad. El representante Nioche quiso interponer su mediacion entre ambos partidos. «Idos de aquí,—le dijo Freminville,

presidente del departamento.—Vos habeis firmado aquellos infames decretos que atentan á nuestra sangre, y no podemos tener confianza en vos; retiraos. Profesamos como vos el republicanismo, pero queremos la república legal, y no la opresion de una municipalidad. Si quereis que depongamos las armas, retirad vuestras tropas, retirad los cañones y suspended de sus funciones á todo el cuerpo municipal.» Miéntras que se negociaba de esta suerte en el arsenal, la municipalidad se habia rodeado de tropas de línea y de grupos de gentes del pueblo en la plaza de Terreaux. Los cadáveres de los primeros seccionarios asesinados en las calles estaban tendidos en los escalones de la casa de la ciudad, ultrajados y mutilados por el pueblo.

Informado Madinier de aquellos excesos, retuvo á Nioche en rehenes, é hizo marchar sus secciones en dos columnas, la una por los diques del Saona, y la otra por los del Ródano, para que se reunieran á la altura de la casa de la ciudad. La cabeza de la columna del dique del Ródano fué destruida á su aproximacion á aquel edificio por una batería situada en el estribo del puente Morand, que barria el dique en toda su extension. Centenares de seccionarios perecieron allí, contándose en este número algunos oficiales realistas y muchos hijos de las principales familias de la nobleza y del comercio de Lyon.

La columna del dique del Saona fué igualmente ametrallada al desembocar sobre la plaza de Terreaux. Esta se replegó y fué á tomar una posicion más resguardada en la plaza de las Carmelitas, frente á la casa de la ciudad, pero casi cubierta por una parte de los edificios. Desde allí, esta columna tiró á bala rasa sobre la casa de la ciudad. Diezmados los jacobinos, huyeron de las salas y se refugiaron en los patios. El representante Gauthier se presentó á los seccionarios para parlamentar, pero se le retuvo en rehenes, como se habia hecho con su colega. Amedrentado entónces al ver el furor de las secciones, firmó la suspension de la municipalidad. Madinier hizo su entrada triunfal á caballo en la casa de la ciudad, y prendió á Chalier y á sus principales cómplices y los condujo á la cárcel por medio de las oleadas de un pueblo indignado, que queria sacrificarlos por sus crímenes. Este triunfo de la Gironda fué el 29 de Mayo, antevíspera del dia en que los girondinos, vencedores en Lyon, sucumbian en Paris. Chalier fué condenado á muerte algunos dias despues por el tribunal criminal, y desde el interior de su calabozo veia el resplandor de la iluminacion mandada poner en celebridad de la victoria de los moderados. «Estas son las hachas de mis funerales,—dijo.—Los lyoneses cometen una gran falta pidiendo mi muerte. Mi sangre, como la de Jesucristo, caerá sobre ellos y sobre sus hijos, porque yo soy en Lyon el cristo de la revolucion. El cadalso será mi Gólgota, la cuchilla de la guillotina mi cruz, en donde yo moriré bien pronto por la salud de la república.»

Aquel hombre, que aspiraba la sangre por el fanatismo de su demagogia, se mostró el más sensible y el más tierno de los hombres en la soledad del calabozo. Una mujer que le amaba le habia dado una tórtola domesticada, de la cual hizo la compañera de su cautiverio y á la que acariciaba sin cesar. Imágen de inocencia sobre una cabeza llena de sueños sangrientos, el pájaro estaba constantemente sobre los hombros de Chalier. Este, despues de haber oido su sentencia, hizo mil siniestros vaticinios sobre la ciudad. Se le concedió que viese por última vez á sus amigos y á la mujer con quien estaba en relaciones. El mismo los consoló y les

legó todo lo que poseia, sin olvidar la tórtola, que bañó con sus lágrimas. La guillotina que Chalier habia hecho venir de Paris y colocar en la plaza de Terreaux para inmolar á sus enemigos, se estrenó en su cabeza; el crucifijo que alternativamente habia adorado y hecho pedazos, no salió de sus manos miéntras estuvo en el calabozo; Chalier no cesó de contemplar en él al Dios del suplicio. A las cuatro de la mañana fué sentenciado, y empleó el resto del dia en hacer su testamento. Se despidió de los demas presos, y marchó al cadalso con paso firme, mirando al pueblo á derecha é izquierda como para reprenderle su muerte. Al pié del cadalso abrazó á su confesor, imprimió por última vez los labios en el crucifijo, y entregó el cuello al verdugo.

Jornada del 29 de Mayo, 1793, en Lyon.—Pág. 196.

La cuchilla estaba mal afilada, y en vez de cortar de un solo golpe la cabeza de Chalier, cayó y hubo que volverla á levantar hasta cinco veces, sin que en ellas pudiese separar la cabeza del tronco, muriendo más bien despedazado que decapitado. Chalier, con la cabeza medio separada del cuerpo, dirigió una mirada al verdugo como suplicándole abreviase su agonía. Murió al sexto golpe. Saboreó lentamente aquella muerte, cuya sed habia inspirado tantas veces al pueblo. Este se sació de sangre, pero fué de la suya. El pueblo le aborreció al principio, despues lo sintió, y finalmente, le deificó como habia deificado á Marat, hasta que al cabo dió su memoria al olvido ó al horror, como sucede siempre con las de aquellos hombres que sólo respiran furor y horrores en las grandes crísis, en vez de hacer ver al pueblo sus derechos y las virtudes que deben adornarle. La sangre de Chalier, especie de reto hecho á la Convencion, hizo imposible en adelante toda reconciliacion entre los partidos. Lyon no podia someterse ya sino aceptando la venganza de los montañeses. Los lyoneses pasaron de la resistencia á la rebeldía.

XXII

Los elementos de insurreccion eran numerosos y diversos en aquella ciudad. Destruidos los girondinos, diezmada la Convencion, mutilada en Paris la Representacion nacional el 31 de Mayo, sufrida en un principio y rota al cabo la tiranía anárquica de Chalier y de su populacho, deshecha completamente su fuerza, émula esta ciudad de Toulon y de Marsella respecto á insurrecciones, aniquilado el comercio, perseguidos los sacerdotes, amenazadas las vidas de todos los ciudadanos por la ley de los sospechosos, horrorizados todos los ánimos por el terrorismo que vertia gota á gota la sangre de tantas víctimas ilustres en Paris, y en fin, concentrado el realismo en Lyon como en un asilo adonde llamaba á todos sus partidarios, y desde donde reanudaba sus negociaciones con el extranjero, todo concurria á convertir esta ciudad en la capital contrarevolucionaria de la república.

Sin embargo, la insurreccion no tremolaba aún descaradamente esta bandera, y se cubria con las apariencias del republicanismo. Los administradores y los presidentes de las secciones que acababan de triunfar en la casa de la ciudad eran hombres de la revolucion adictos al sistema de los girondinos, y que limitaban su ambicion á la esperanza de ensalzar y vengar á los amigos de Vergniaud y de Roland. Los dos diputados de este partido refugiados en Lyon, Chasset y Biroteau, mantenian con sus discursos y sus recriminaciones el espíritu de la Gironda. El gobierno de la ciudad habia tomado las formas de la dictadura, componiéndose de administradores nombrados y delegados por las secciones, y era su título el de comision popular republicana. Estos delegados habian sido nombrados bajo la impresion del horror contra los jacobinos. Se habian escogido para gobernantes los hombres que más se alejaban por sus opiniones de los terroristas, y que por consecuencia se aproximaban más á los contrarevolucionarios. De un republicano rebelado contra la república, á un realista conspirando contra ella, habia tan poco espacio, que los actos y los hombres no podian dejar tarde ó temprano de confundirse. Una opresion comun se convierte involuntariamente en una causa comun: esto fué lo que sucedió en Lyon, no por instancia de los hombres, sino por la fuerza de las cosas.

La comision popular republicana estaba presidida por Mr. Rambaud, cuyos principios y sentimientos monárquicos eran notorios. Los demas miembros eran *girondinos* ó *moderados* comprometidos para quienes la sumision á la Convencion no dejaba otra perspectiva que la muerte. El comercio, que no tiene más opinion que su interes, deploraba cada dia la ruina de los negocios, y echaba de ménos secretamente el trono como prenda de trabajo, de crédito y de seguridad. La nobleza y los sacerdotes, refugiados y ocultos en gran número en Lyon, arrojaban leña al fuego, con la esperanza de hacer estallar aquel volcan interior, cuya explosion haria saltar la república, y volveria á abrir el camino de Francia y del trono á los emigrados y á los príncipes proscritos.

XXIII

Ya hacía mucho tiempo que Lyon era el espejo donde se miraban los realistas emigrados. Tan pronto como esta ciudad rompió con la Convencion, sus emisarios

creyeron que habia roto con la república, y se dejaron ver allí para apoderarse del movimiento y para dirigirlo en sentido realista. El conde de Artois estaba refugiado en Hamm, en el territorio prusiano. En seguida envió al general marqués de Autichamp á Saboya, con órden de estudiar de cerca el carácter de la insurreccion lyonesa, de hacer que la corte de Turin se resolviese, y en tal caso, de hacerle que dirigiese fuerzas imponentes sobre Chambery.

Otro oficial de la comitiva de aquel príncipe fué enviado á Berna, para decidir á Suiza á declararse contra Francia, y para que reuniese sus fuerzas á las del rey de Cerdeña, á fin de que fuese el golpe más decisivo contra la república. Dos enviados del rey de Cerdeña, el baron de Etolles y el conde de Maistre, este profeta siempre desmentido pero siempre fulminante del antiguo régimen, secundaban en este momento cerca de los cantones helvéticos los esfuerzos de los emigrados. Lord Fitz-Gerald, enviado por el gabinete británico, trabajaba en los cantones en el mismo sentido. Pero los cantones aristócratas de Suiza, amenazados en su propio país por el espíritu revolucionario que fermentaba en ellos, no se atrevian á hacer un movimiento que sería tal vez la señal del desquiciamiento de su constitucion. La corte de Cerdeña, reforzada con ocho ó diez mil austriacos, lanzaba á toda prisa sus principales fuerzas sobre el condado de Niza para cubrir ante todo el Piamonte, contentándose con defender palmo á palmo las gargantas de Saboya contra los batallones poco numerosos de Kellermann. El marqués de Autichamp y los oficiales de Condé no tardaron en reconocer la imposibilidad de poner á los emigrados á la cabeza de un movimiento que conservaba las apariencias del republicanismo. Los realistas de Lyon y del interior se vieron obligados á renunciar á toda idea de una poderosa intervencion extranjera, no quedándoles más esperanzas que en el tiempo, en la prudencia y en la victoria para levantar el trono en Lyon sobre las ruinas del partido girondino. Ademas de la parte de la poblacion que les era adicta por su modo de pensar, contaban en la ciudad con cuatro mil sacerdotes no juramentados, y con seis mil nobles decididos á tomar las armas contra las tropas de la Convencion.

XXIV

Toda tentativa de conciliacion era ya tardía. Lyon corrió á las armas. La comision popular republicana hizo que todo se preparase para la defensa, mandó fundir cañones, construir reductos, almacenar provisiones, circular una moneda obsidional por valor de muchos millones, valor de que salia responsable la ciudad, y reclutar un ejército de nueve mil hombres pagados á su costa, rechazando al mismo tiempo, por una deliberacion formal, la Constitucion de 1793. En fin, nombró un comandante general de aquellas fuerzas.

Este general, cuyo nombre, desconocido hasta entónces, era á propósito para tranquilizar á los realistas sin ser muy sospechoso á los republicanos, fué el conde de Precy. Mr. de Precy era un noble del Charolais, antiguo coronel del regimiento de los Vosges, que pertenecia á aquella parte de la nobleza militar que no se habia desnacionalizado por la emigracion, que conservaba el patriotismo del ciudadano unido á la fidelidad del caballero, monárquico por honor, patriota por el espíritu del siglo, y frances por la sangre. Habia servido en Córcega, en Alemania y en la

guardia constitucional de Luis XVI, confundiendo en un mismo culto la Constitucion y el rey. Habia combatido el 10 de Agosto con los oficiales adictos que quisieron cubrir el trono con sus cuerpos, y llorado la muerte de su señor, pero sin maldecir á su patria. Retirado en sus haciendas de Semur, en Brionnais, sufria en silencio la suerte de la nobleza perseguida.

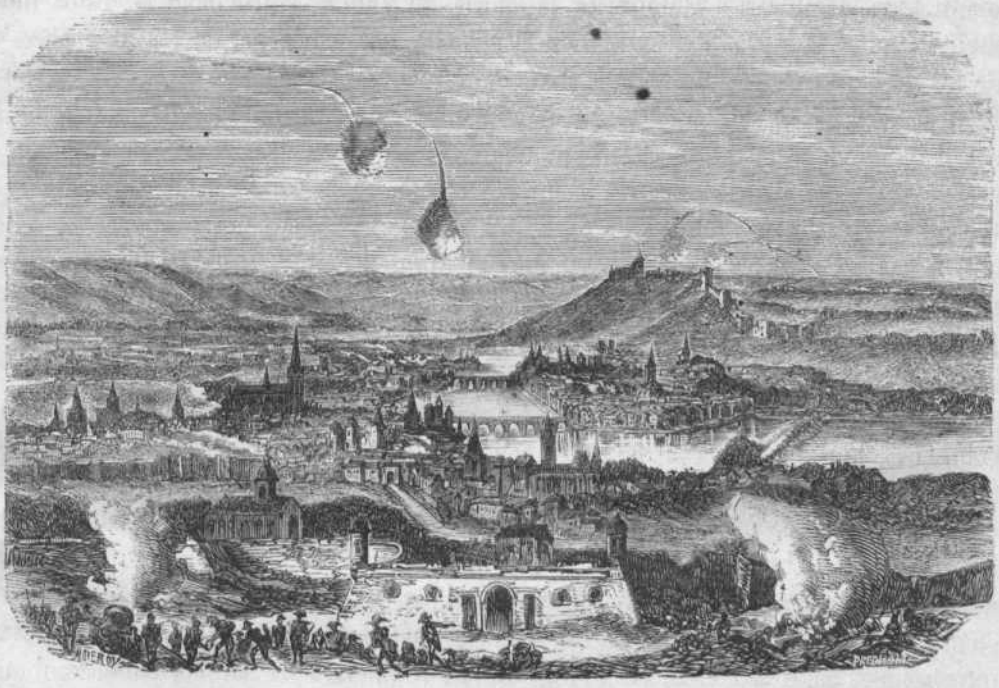
Los amigos que tenia en Lyon le designaron á la comision republicana como el jefe más adecuado para dirigir y moderar el movimiento mixto que Lyon osaba tentar contra la anarquía. Precy no era un jefe de partido, era principalmente un guerrero. No obstante, la moderacion de su carácter y la costumbre de manejar soldados, habilidad peculiar de los naturales de su provincia, le hacian capaz de reunir en una tantas opiniones confundidas, y de conservar su confianza y convenirse á su objeto sin descubrírselo anticipadamente. Precy tenia cincuenta años, pero su exterior marcial, su franca fisonomía, sus ojos azules y serenos, su sonrisa fina y firme, el dón natural del mando y de persuasion á la vez, y su cuerpo infatigable, hacian de él un jefe agradable á los ojos del pueblo.

XXV

Los diputados de Lyon fueron á ofrecer el mando á Mr. de Precy, á quien encontraron como los romanos habian hallado al dictador, esto es, en el campo, con la azada en la mano, cultivando sus legumbres y sus flores. En el mismo campo y debajo de una haya se entabló un diálogo digno de la antigüedad entre el militar y los ciudadanos. Precy declaró modestamente que se consideraba muy inferior para el cargo que venian á ofrecerle; que la revolucion habia roto su espada y la edad amortiguado su ardor; que la guerra civil repugnaba á su alma; que éste era un remedio extremo que perdia más causas que salvaba; que precipitándose en ella, no quedaba otro asilo que la victoria ó la muerte; que las fuerzas organizadas de la Convencion, dirigidas sobre una sola ciudad, destruirian tarde ó temprano á Lyon; y que era necesario tener presente que los combates y las necesidades de un largo sitio devorarian un gran número de sus ciudadanos, y que el cadalso concluiria con los restantes. «Ya lo sabemos,—respondieron los negociadores de Lyon;—pero nosotros hemos pesado en nuestro juicio el cadalso con la tiranía de la Convencion, y hemos escogido el cadalso.» «¡Y yo lo acepto con tales hombres!»—exclamó Precy. Y tomando su casaca, que estaba colgada de un peral, volvió á su casa para abrazar á su jóven esposa, y tomando sus armas, que hacía diez y ocho meses que estaban escondidas, siguió á los lyoneses.

A su llegada á esta ciudad se vistió el uniforme cívico, se puso la escarapela tricolor y montó á caballo para pasar revista al ejército municipal. Los batallones de nueva creacion y los de los guardias nacionales, formados en batalla en la plaza de Bellecour para reconocer al general, saludaron á Precy con unánimes aclamaciones. El mando de la artillería fué confiado á Mr. de Chenelette, teniente coronel de esta arma, oficial consumado en la guerra y estimado por su talento y por sus virtudes en la paz. El conde de Virieu reunió el mando general de la caballería. El conde de Virieu era el hombre que daba más significacion realista á la sublevacion de Lyon. Orador célebre en la Asamblea constituyente, habia reclamado al principio de la revolucion los derechos de la nacion, asistido á la asamblea de Vizille en el

Delfinado, pedido la representacion por cabezas y no por órden en los Estados generales, y se habia pasado finalmente con los cuarenta y siete miembros de la nobleza el 25 de Junio al partido popular. Despues pareció que el conde de Virieu se habia arrepentido de estos actos. Así lo demuestra el haberse apresurado á apoyar el trono despues de haberlo conmovido. El hubiera deseado, como Mounier, Lally-Tolendal, Clermont-Tonnerre y Cazales, sus amigos, reducir la revolucion á la conquista de un derecho representativo distribuido en dos Cámaras, á imitacion de Inglaterra. La lucha de la aristocracia y de la democracia, moderada por la monarquía, le parecia el único gobierno compatible con la libertad. Desde que la Asamblea nacional habia roto el círculo en que la aristocracia queria encerrar al



Sitio de Lyon.—Pág. 201.

estado llano, todos los pasos de la revolucion le habian parecido excesos, y todos sus actos crímenes. Habia salido de ella como se sale de una conjuracion culpable, sacudiendo el polvo de sus zapatos y maldiciendo su error. Se consagró á la restauracion de la monarquía y de la religion destruidas, y seguia correspondencia con los príncipes emigrados. Era en el Delfinado, su patria, y en Lyon el hombre político de la monarquía desterrada. Ademas, su fe religiosa, avivada por la persecucion del culto y exaltada en su alma hasta ser visionario, le hacía aspirar á morir por su rey y por su Dios, así como habia aspirado en otros tiempos á dar la libertad á su patria. De sangre ilustre, de casta proscrita, y defensor ardiente de un culto perseguido, la guerra civil le parecia una cruzada bajo este triple aspecto de aristócrata, de monárquico y de cristiano. Militar valiente, orador fácil y político diestro, reunia todas las condiciones de un jefe de partido. Lyon, al darle el mando, manifestaba, no el objeto patente, sino el pensamiento oculto de su insurreccion.

XXVI

Por su parte la Convencion aceptaba la lucha con la ineflexible resolucion de un poder que no retrocede ante la amputacion de un miembro, con tal que salve el cuerpo. La unidad de la república le pareció que era más preciosa de conservar que la segunda ciudad de Francia. La Convencion tampoco hubiera retrocedido ante la destruccion de Paris. La patria no era á sus ojos una ciudad, sino un principio. Ella no vaciló un momento, creyó en su derecho, y sacó su fuerza de esta conviccion.

La Convencion ordenó á Kellermann, general en jefe del ejército de los Alpes, que dejase las fronteras y que concentrase sus fuerzas alrededor de Lyon. Kellermann, que disputaba á Dumouriez la gloria de Valmy, sufria solo en estos momentos por el lado del Mediodía todo el peso de los austriacos, de los alogrobos y de los piamonteses, cuyas fuerzas iban en aumento al otro lado de los Alpes. Saboya, indecisa y dividida entre su aficion á nuestros principios y su fidelidad á sus príncipes, estalló en insurreccion contra nosotros en las provincias montañosas de Faucigny y de Conflans. Con un corto número de tropas, Kellermann sofocó todas aquellas insurrecciones en todos los puntos. El pequeño cuerpo de ejército que tenia en Saboya se presentaba como un dique movible en donde era necesaria su presencia, corriendo de valle en valle, franqueando las cumbres de las montañas con increible ligereza, y conteniendo en todas partes la irrupcion que descendia al desbordamiento sobre nosotros desde las alturas.

Kellermann pertenecia á una de esas razas militares hábiles é intrépidas en los combates, más á propósito para conducir soldados que para mezclarse en debates de partido, y queria ser el jefe de los ejércitos de la república, pero no el ejecutor de sus severidades. Temia adquirir en lo sucesivo la fama de destructor de Lyon, y sabía el horror que acompaña á la memoria de los hombres que mutilan á su patria; le repugnaba el renombre de Mario del Mediodía, y contemporizó un cuanto tiempo, tanteando la vía de las negociaciones y enviando cada dia nuevas intimaciones á los lyoneses, en tanto que iba reuniendo sus tropas para combatir en caso necesario. Todo fué inútil. La única respuesta que de Lyon recibió fué la proposicion de unas condiciones que imponian á la Convencion la retractacion del 31 de Mayo, la revocacion de todas las medidas tomadas desde este dia, la reposicion de los diputados girondinos, la reprobacion de sus propios actos y la humillacion de la Montaña. Kellermann, apurado por los representantes del pueblo Gauthier, Nioche y Dubois-Crancé, estrechó más el bloqueo incompleto aún de la ciudad. El comité de salud pública hizo marchar á Couthon y á Maignet á levantar en masa los departamentos de la Auvernia, de la Borgoña, del Jura, de la Bresse y del Ardeche, con el objeto de sofocar á Lyon bajo el peso de los batallones de patriotas voluntarios que el terror hacía salir de debajo de tierra á la voz de los representantes. De las orillas del Saona, de las del Ródano, de las montañas populosas de la antigua Auvernia y del Allier, otras columnas, conducidas por Reverchon, Javogues, Couthon y Maignet, avanzaban por todos los caminos que conducen á Lyon. Los aldeanos no tenian necesidad de disciplina para formar, detras de las tropas de línea ó en los intervalos que separaban los campamentos, unas murallas de bayonetas que estrechaban el bloqueo y ahogaban á la ciudad.

XXVII

Lyon no tenia otros recintos fortificados que las alturas de la Croix-Rousse, meseta que separa los dos rios, y la cadena de colinas que se extiende paralelamente al curso del Saona, desde la roca de Pierre-Encise, en donde este rio entra en la ciudad, hasta el arrabal de Sainte-Foi, que se eleva á la extremidad de estas colinas, no léjos de la confluencia del Saona con el Ródano. Esta confluencia defendia por sí misma á la ciudad por el lado del Mediodía. Un puente llamado de la Mulatiere atravesaba en este punto de la union de los dos rios el lecho del Saona. Defendido por algunos reductos este puente, interceptaba el paso á las columnas de los sitiadores. Entre la ciudad y la Mulatiere, una calzada estrecha, fácil de cortar y de defender, se extiende sobre la orilla del Ródano. El resto del espacio, que forma la punta Perrache, era un terreno bajo, pantanoso, cruzado de balsas y canales, plantado de mimbres, cañas, álamos, cubierto de empalizadas, propio para ser defendido por un corto número de tiradores emboscados, é inaccesible á la artillería. Por el lado del Este, y frente á las llanuras bajas del Delfinado, Lyon no tenia otra defensa que el Ródano, cuya anchura y rapidez forma en los diques un foso corriente imposible de salvar. Se habia añadido á esta defensa natural dos reductos construidos en las cabezas de los puentes de la Guillotiere y Morand, únicos puntos que ponian entónces en comunicacion á la ciudad con el cuartel de Brotteaux y con el arrabal de la Guillotiere, situado al otro lado del rio. Lyon no tenia más que cuarenta piezas de artillería para guarnecer esta inmensa circunferencia, pero se fundian otras nuevas todos los dias, y merced al infatigable ardor del general Precy y de su estado mayor, los parapetos, las baterías, los reductos y los puentes cortados ó dispuestos á volarse, presentaban por todas partes un aparato formidable de resistencia á los ejércitos de la Convencion.

XXVIII

El ejército sitiador tomó posicion en los primeros de Agosto, dividiéndose en dos campos: el de la Guillotiere, compuesto de diez mil hombres, provisto de una numerosa artillería y mandado por el general Vaubois; este campo estaba á las orillas del Ródano y cerraba el Delfinado, la Saboya y los Alpes á los lyoneses; y el campo de Mirebel, que se extendia desde el Norte del Ródano al Saona, atravesando la meseta de la Dombe que los separa, y amenazando al arrabal de la Croix-Rousse, posicion que era la más fuerte.

Kellermann habia establecido su cuartel general en el castillo de la Pape, á corta distancia de Mirebel, sobre la orilla escarpada del Ródano. Un puente de barcas echado en el rio al pié del castillo daba comunicacion á los dos ejércitos republicanos. Los batallones del Ardeche, del Forez, de la Auvernia y de la Borgoña, conducidos por los representantes de estos departamentos, se apilaban sucesivamente sobre una línea inmensa que se extendia desde la orilla derecha del Ródano al otro lado de su confluencia hasta las mesetas de Limonest, que dominan el curso del Saona ántes de entrar en Lyon. Pero esta línea de tropas ondulosa, débil, cortada en muchas partes por los cuerpos avanzados de los lyoneses y por

las ciudades de Saint-Etienne, Saint-Chamond y Montbrison, que hacian causa comun con los sitiados, dejaba á Lyon en comunicacion libre con las montañas del Vivarais y con el camino de Paris por el Borbones. Estos pueblos y los adyacentes eran para los lyoneses otras tantas colonias fieles que les suministraban armas, víveres y áun los combatientes necesarios para hacer el servicio de avanzadas. El campo de batalla no tenia ménos de sesenta leguas cuadradas de extension.

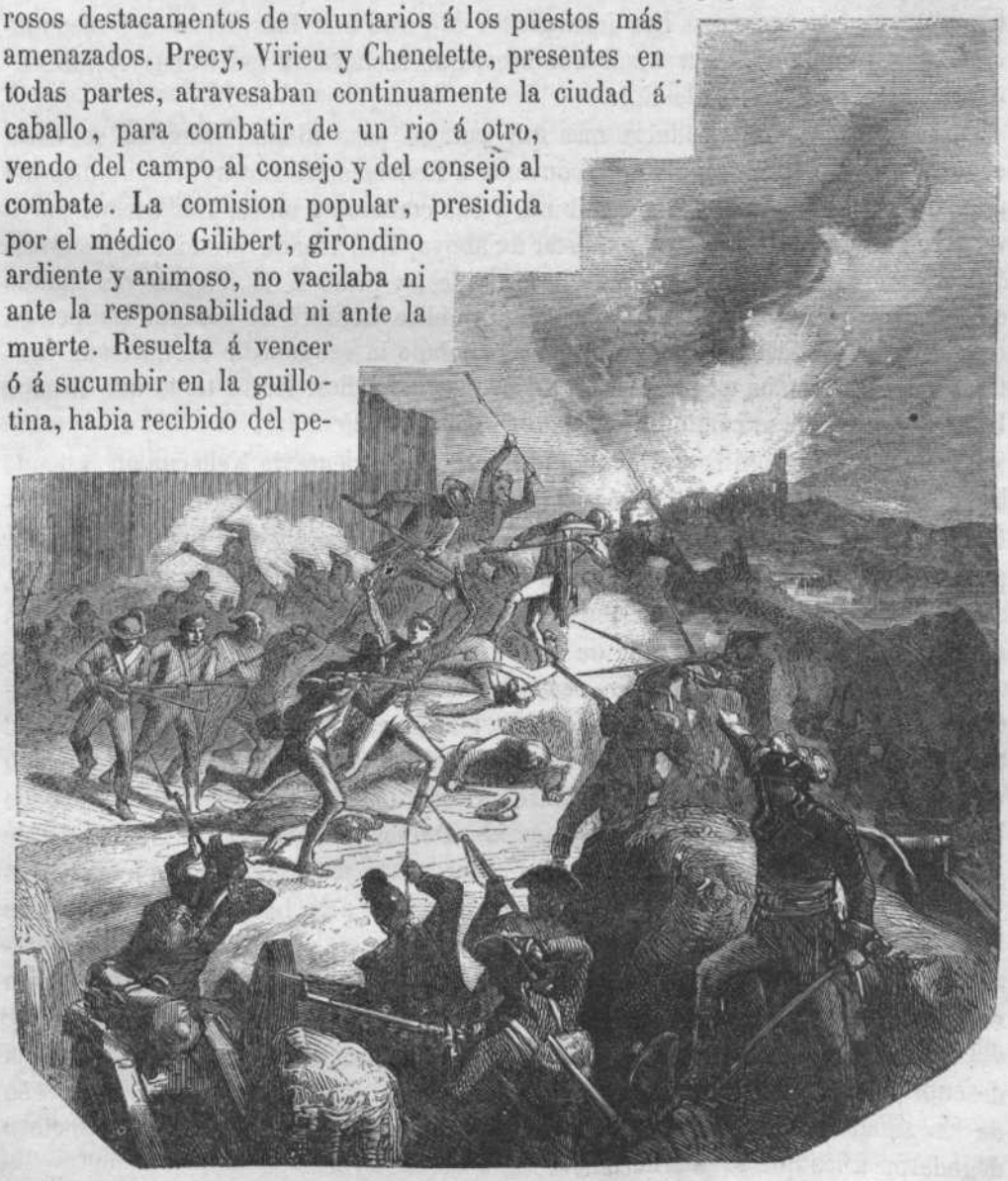
A medida que las columnas sitiadoras tomaban posicion, ocupaban estos pueblos, aldeas y puestos avanzados, haciendo refluir al ejército de Precy á los puntos fortificados detras de los reductos, ó bajo las murallas de la ciudad. Precy aguerria de este modo su ejército móvil de cerca de diez mil hombres, haciendo de los cuerpos de tropas que se habian levantado y de los jóvenes voluntarios fogeados ya el núcleo y el nervio de su defensa interior. Entusiasmados por su causa, apasionados por su general, que veian siempre el primero á caballo en el fuego ó á la bayoneta con ellos, premiados por sus miradas, recibian su recompensa al entrar en Lyon en los brazos de sus madres, de sus esposas, de sus hermanas y de sus concidadanos. Aquellos jóvenes, casi todos realistas, se habian convertido en un ejército de héroes. Con éstos fué con los que Precy hizo aquellos prodigios de valor, de movilidad y de constancia, que detuvieron más de dos meses á Francia entera ante un puñado de combatientes, en medio de una poblacion dudosa, batida, incendiada y famélica.

XXIX

El bombardeo principió el 10 de Agosto, aniversario de dichoso augurio para la república. Las baterías de Kellermann y las de Vaubois hicieron llover sin intermision durante diez y ocho dias bombas, balas rasas y cohetes incendiarios sobre la ciudad. Algunas señales pérfidas hechas durante la noche por los amigos de Chalier indicaban los cuarteles y casas que se habian de incendiar, escogiendo de este modo los artilleros su blanco y reventando las bombas casi siempre en las calles, en las plazas y en las habitaciones de los enemigos de la república. Durante estas siniestras noches, el opulento muelle de Saint-Clair, la plaza de Bellecour, el puerto del Temple, la calle Merciere, inmensa avenida atestada de riquezas fabriles y comerciales, se incendiaron trescientas veces con la explosion de los proyectiles, devorando en su incendio los millones de productos del trabajo de Lyon, y enterrando en las ruinas de sus fortunas á millares de habitantes.

Aquel pueblo, aterrorizado por un momento, no tardó mucho en acostumbrarse á este espectáculo. La atrocidad de sus enemigos no producia en él más que indignacion. La causa de la guerra, que no era sino la de un partido, se convirtió de este modo en una causa unánime. El crímen del incendio de Lyon fué á los ojos de los ciudadanos el sacrilegio de la república, y no comprendian ningun acomodamiento posible con aquella Convencion que tomaba el incendio por auxiliar, y que quemaba á Francia para someter una opinion. La poblacion en masa se armó para defender sus murallas hasta la muerte. Despues de haber sacrificado sus hogares, sus bienes, sus casas y sus riquezas, poco les costaba ya sacrificar sus vidas. El heroísmo se convirtió en una costumbre del alma. Las mujeres, los niños y los ancianos se habituaron en pocos dias al fuego y á la explosion de los

proyectiles. Tan pronto como una bomba describia su curva sobre un cuartel ó sobre un tejado, echaban á correr, no para huir, sino para apagarla arrancándole la espoleta. Si lo conseguian, jugaban con el proyectil apagado y lo llevaban á las baterías de la ciudad, para devolverle á los enemigos; si llegaban tarde, se arrojaban al suelo, levantándose cuando habia estallado el proyectil. Los socorros contra incendios estaban organizados en todas partes, y el agua de los dos rios corria de mano en mano por una inmensa cadena de personas hasta la casa incendiada. La poblacion entera estaba dividida en dos pueblos, uno que combatia en las murallas, y otro que apagaba los incendios, llevaba á las avanzadas las municiones y los víveres, transportaba los heridos á los hospitales, curaba á los enfermos y enterraba á los muertos. La guardia nacional, mandada por el intrépido Madinier, contaba treinta y seis mil bayonetas. Contenia á los jacobinos, desarmaba á los clubistas, hacía ejecutar las requisiciones de la comision popular, y enviaba numerosos destacamentos de voluntarios á los puestos más amenazados. Precy, Virieu y Chenelette, presentes en todas partes, atravesaban continuamente la ciudad á caballo, para combatir de un rio á otro, yendo del campo al consejo y del consejo al combate. La comision popular, presidida por el médico Gilibert, girondino ardiente y animoso, no vacilaba ni ante la responsabilidad ni ante la muerte. Resuelta á vencer ó á sucumbir en la guillotina, habia recibido del pe-



Combate de los insurgentes de Lyon en las alturas de Sainte-Foi.—Pág. 206.

ligro comun el poder que ejercia con el concurso unánime de todas las voluntades. La autoridad es hija de la necesidad. Todo el mundo cede sin murmurar á lo que dispone la autoridad en un pueblo sitiado.

XXX

Los jacobinos, comprimidos, desarmados y vigilados, se escondian en los arrabales, se refugiaban en los campos republicanos, ó tramaban ocultamente inútiles complots. En la noche del 24 al 25 de Agosto y en medio de la confusion del bombardeo de la plaza de Bellecour, el fuego encendido por manos de una mujer devoró el arsenal, inmenso edificio construido en las orillas del Saona, á la extremidad de la ciudad. Aquella noche dispersó millares de quintales de municiones y desarmó una parte de la insurreccion, pero no desarmó ni el brazo ni los corazones de los lyoneses. Los insurgentes hicieron á la luz misma del incendio una salida en número de tres mil hombres, que rechazaron las tropas republicanas de las alturas de Sainte-Foi.

El bombardeo no producia más que ruinas, pero ningun progreso se hacía contra la plaza. La Convencion reconvenia á Kellermann. Los representantes del pueblo en el ejército acusaban su tibieza y sus contemplaciones. Los sardos aprovecharon su ausencia para reconquistar á Saboya. Kellermann pretextó lo necesaria que era su presencia en el ejército de los Alpes, y pidió se le relevase del mando del ejército de Lyon. El comité de salud pública nombró el general Doppet en reemplazo de Kellermann. Doppet habia mandado la vanguardia de Carteaux contra Marsella, y estaba acostumbrado á las guerras civiles. Entre tanto que llegaba Doppet al campo, se confió el mando á Dubois-Crancé.

Dubois-Crancé era representante del pueblo y teniente de Kellermann, y hacía la guerra con todo el furor que le inspiraba su republicanismo. Noble, pero tránsfuga de la causa del rey, Dubois-Crancé queria destruir á Lyon como soldado, pero más aún como republicano. Veia dentro de sus muros los dos objetos de su odio: la Gironda y el realismo. Imprimió á su ejército, que se engrosaba todos los dias, el movimiento y la energía de su alma. La bóveda de hierro y de fuego que cubria á Lyon hacía dos meses se espesaba cada vez mas. Hizo atacar por el ejército de Reverchon, que bajó para esto de las alturas de Limonest, el puerto del castillo de Laduchere. Defendido por cuatro mil lyoneses y por algunos reductos, este punto dominaba el arrabal de Vaise. Al otro dia por la noche, bajo un fuego terrible y combinado de todas las baterías, Dubois-Crancé avanzó á la cabeza de los batallones del Ardeche contra los reductos de los sitiados que cubrian el puente de Oullins y el de la Mulatiere, tomándolos á la bayoneta ántes que los trescientos lyoneses que los defendian tuviesen lugar de volar el puente. La península Perrache quedó abierta á los republicanos. Las alturas de Sainte-Foi les fueron entregadas por traicion. El cabo de guardia del reducto principal situó en la noche del 27 de Setiembre el centinela avanzado en una posicion desde la cual no podia descubrir nada. Este cabo avanzó hasta los puestos republicanos, y reveló la seña de los sitiados. Los republicanos entraron á favor de esta seña en el reducto y degollaron á los que lo guarnecian.

La toma de los reductos de Sainte-Foi descubrió todas las alturas de Lyon por

la parte del Oeste. Precy resolvió hacer un esfuerzo desesperado para volver á apoderarse de aquella posicion: avanzó á la cabeza de sus batallones de preferencia contra los republicanos, fortificados ya en las obras que acababan de conquistar. Rechazado desde luégo por el fuego de sus reductos, muerto su caballo, que cayó encima de él, pudo desprenderse, y reuniendo sus tropas, cogió el fusil de un soldado, y marchando el primero hácia las piezas, recibió un metrallazo que le hizo arrojar sangre por dos heridas. Se la contuvo con un pañuelo, y agitándolo en el aire como una bandera, lanzó sus batallones sobre el enemigo, que huyó, dejando clavadas las piezas y demolidos los reductos.

Pero miéntras que Precy triunfaba en Sainte-Foi y en Saint-Irenée, el general Doppet, aprovechándose del boquete abierto el dia anterior en sus tropas por la toma del puente de la Mulatiere, lanzó sus batallones sobre la avenida de Perrache, tomando los dos reductos que la defendian, y avanzó en columna fulminante sobre el cuartel del dique del Ródano hasta el centro de Lyon. Las balas de cañon barrian ya el dique del Ródano, cuando Precy, informado de la invasion de los republicanos, bajó con los restos de sus batallones de las alturas de Sainte-Foi, atravesó el Saona y la ciudad, recibió al paso el puñado de valientes que aún estaba en disposicion de combatir, los formó en columna en la plaza de la ciudad, cubrió la cabeza de la columna con cuatro piezas, desplegó una nube de tiradores en los terrenos bajos de Perrache para proteger su flanco derecho, y desembocó al paso de carga sobre la calzada para rechazar al ejército republicano ó morir.

XXXI

Los soldados de Doppet esperaban el ataque. El campo de batalla era una calzada de veinticinco toesas, entre el Ródano y el pantano de Perrache. No habia maniobra posible. La victoria era del partido que se obstinase más en querer morir. Las baterías republicanas, situadas unas sobre la orilla izquierda del Ródano, otras en la orilla derecha del Saona, y otras en la calzada, batian en tres direcciones á la columna lyonesa. Aquello era un infierno de metralla. Las primeras compañías fueron destruidas por completo por este volcan de fuego. Precy, pasando por encima de los cadáveres, se precipitó con los más valientes de sus voluntarios sobre los batallones republicanos que sostenian la batería del frente. El choque fué tan terrible y el furor tan encarnizado, que las bayonetas se rompieron en los cuerpos de los combatientes sin arrancarles un grito, y los republicanos, precipitados y envueltos en los fosos que ciñen la calzada, no quisieron aceptar el cuartel que les ofrecieron, dejándose matar hasta que no quedó uno de ellos.

Prosiguiendo Precy su victoria, rechazó la columna desbandada de Doppet hasta el puente de la Mulatiere. Los republicanos no tuvieron apénas tiempo de cortarlo despues de haberlo pasado, y se replegaron en Oullins. Lyon respiró algunos dias, pero Precy perdió en esta victoria la flor de la juventud lyonesa. Las fatigas, el fuego, la muerte y los heridos redujeron á tres mil combatientes los defensores de tan vasto recinto. No se separaban de una brecha sino para volar á otra, dejando en todas partes lo más puro de su sangre. Las baterías del general de la Convencion, Vaubois, enrojeciendo las balas en hornillos que hicieron traer de Grenoble, no dejaron una hora de descanso á la ciudad, ni un abrigo á los heri-

dos y á los moribundos. En vano, como para reclamar que se siguiese allí la costumbre de todas las plazas sitiadas, en que no se hace fuego sobre los asilos consagrados á la humanidad, Lyon habia enarbolado una bandera negra sobre su hospital, monumento admirable de arquitectura y de caridad; los artilleros de la Convencion acribillaron á balazos las paredes y bóvedas de aquel asilo de la humanidad doliente. Las bombas, al reventar en las salas, enterraban á los heridos bajo las bóvedas adonde se habian refugiado para salvarse. El curso de los dos rios y los caminos que servian para llevar víveres á Lyon estaban cerrados por todas partes. Los víveres y las municiones estaban agotados; ya se comian los pocos caballos que les restaban, y se fundian balas con el plomo de los edificios. El pueblo murmuraba al morir, viendo que su muerte era ya inútil. Los socorros que se lisonjeaban recibir de Saboya y de Italia habian sido interceptados por el ejército de Kellermann en los Alpes. Carteaux habia pacificado á Marsella. El incendio, que Lyon se habia prometido propagar con su ejemplo en el corazon de Francia, se habia sofocado en todas partes, y no devoraba más que sus muros. La ciudad entera no era sino un campo de batalla, lleno de los escombros de sus edificios y de los restos de su poblacion. Un último asalto la entregaria al furor de un ejército de cien mil campesinos irritados y sedientos de pillaje, y podia á cada instante entregar las mujeres, los niños, los ancianos, los enfermos y todo lo que hay de más sagrado en el hogar de una ciudad al ultraje, á la carnicería y á la muerte. El hambre contaba las horas, y morian contándolas. Ya no habia alimentos más que para dos dias, y áun eso disputándoselos los hombres á los caballos. Habia cesado la distribucion de media libra de avena disuelta en agua. Couthon y Maignet dirigian á los lyoneses intimaciones moderadas é insidiosas. La comision popular las comunicó á las secciones reunidas, y éstas nombraron diputados que fueron al campo de Couthon para conferenciar con los generales y con los representantes. Estos concedieron quince horas de término á la ciudad para dar tiempo á aquellos de sus defensores que más se habian comprometido de proveer á su seguridad.

XXXII

Precy reunió en la noche del 8 al 9 de Octubre á sus compañeros de gloria y de desgracia. Les anunció que habia llegado la última hora para Lyon; que á pesar de las promesas de Couthon, el terror y la venganza entrarian al dia siguiente en la ciudad con el ejército republicano, y que ninguno de aquellos á quienes sus funciones, su uniforme, sus armas y sus heridas señalasen como principales defensores de la ciudad escaparia del resentimiento de la Convencion y de las delaciones de los jacobinos. Añadió que en cuanto á él, estaba decidido á morir como soldado y no como víctima; que saldria aquella misma noche de Lyon con los últimos y más valientes ciudadanos, que burlaria la vigilancia de los campamentos republicanos atravesándolos por el punto en donde ménos se le esperase, y remontando la orilla izquierda del Saona por el camino de Macon, al llegar á la altura de Montmerle, atravesaria el rio, se arrojaria al Dombe, pasaria por retaguardia del campo de Dubois-Crancé á Meximieux, y llegaria á las fronteras de Suiza por las gargantas del Jura. «Que los que quieran probar conmigo esta última fortuna del soldado,—añadió,—se hallen con sus armas y con lo que ten-

gan en más estima, ántes de amanecer, en el arrabal de Vaise para seguirme. ¡Yo pasaré ó moriré con ellos!»

Aquella noche fué una agonía mortal para la ciudad. Toda se pasó en deliberar en el seno de las familias sobre el partido más seguro que podian tomar para salvarse al otro dia. La permanencia en Lyon tenia perspectivas siniestras, la salida ofrecia peligros ciertos. Dos mil hombres solamente, casi todos jóvenes, nobles realistas ó hijos de las más distinguidas familias de Lyon, se encontraron al rayar el alba en el lugar de la cita dada por Precy. Trescientas ó cuatrocientas mujeres, madres, esposas ó hermanas de los fugitivos, cargadas con sus niños de pecho ó conduciéndolos por la mano, acompañaban á sus maridos, á sus padres

Combate de Perrache.—Pág. 207.

y á sus hermanos, refugiándose en la columna para participar de sus peligros. Esta multitud confusa ahogaba su llanto, temerosa de llamar la atencion del campo de Laduchere.

XXXIII

Miéntras esta masa se reunia lentamente bajo los frondosos árboles de un parque llamado el bosque de la Claire, algunos centenares de combatientes asistian en una cueva inmediata á unas honras fúnebres en honor de sus hermanos muertos en los combates, y de los que iban aún á morir de entre ellos. El general Virieu, cuyo valor se fortificaba por la fe, recibió allí la comunion, viático de su último dia. Cuando todos estaban reunidos, Precy, colocado sobre una cureña, arengó á su tropa. «Estoy satisfecho de vosotros,—les dijo,—pero ¿vosotros lo estais de mí?» Los gritos unánimes de *¡Viva nuestro general!* le interrumpieron. «Habeis hecho—continuó Precy—todo lo que humanamente era posible por vues-

tra desgraciada ciudad. No ha dependido de mí que se salvase libre y triunfante. Depende ahora de vosotros el volverla á ver dichosa y próspera. Acordaos que en unos apuros como los que nos encontramos, no hay salvacion sino en la disciplina y en la unidad del mando. No os digo más, porque el tiempo urge y el dia se acerca á toda priesa. Fiad en vuestro general.» «¡Viva Lyon!»—respondió la columna, como despidiéndose de sus hogares abandonados.

Precy dividió aquel cuerpo de ejército, ó por mejor decir, aquel convoy fúnebre, en dos columnas: la primera, de mil quinientos hombres, precedida de cuatro piezas de artillería, mandada por él, y la segunda de quinientos, á las órdenes del conde de Virieu, en la que iban las mujeres, los niños y los ancianos desarmados entre filas.

A la salida del arrabal de Vaise, cinco baterías republicanas, sostenidas por algunos batallones emboscados detras de las paredes y vallados, batieron á los lyoneses. Precy ordenó á los granaderos que les atacasen á la bayoneta. Uno de sus mejores oficiales, llamado Burtin de Lariviere, que le servia de ayudante de campo, se lanzó á la cabeza de la columna. «¡Granaderos, adelante!»—exclamó. Los granaderos obedecieron; pero en el momento en que Lariviere les enseñaba el enemigo, una bala de cañon le rompió un brazo, y abriéndole el pecho, le arrojó muerto á los piés de su caballo. La columna titubeó. Precy reune dos compañías del centro, inflama su ardor y franquea á su cabeza un barranco de fuego, rechazando con su atrevimiento á mucha distancia á los republicanos. Miéntras que él combatia, la columna pasó, y Precy pudo reunirse luégo con ella, protegido por sus baterías.

XXXIV

A favor de esta diversion, la columna salió del desfiladero y se deslizó por debajo de las colinas escarpadas que ciñen el Saona hasta las gargantas de Saint-Cyr. Precy pasó con felicidad estas gargantas. Marcharon ya con más seguridad en un espacio abierto y libre. Virieu y su columna iban á entrar á su vez en el desfiladero de Saint-Cyr, cuando ocho mil hombres de Limonest, mandados por el representante Reverchon, cayeron sobre él, cortaron su columna, precipitaron en el Saona ó fusilaron en los caminos hondos y en las viñas á todos los que la componian, y no perdonaron ni hombres ni niños ni mujeres; todos perecieron al filo de las bayonetas de los republicanos. La carnicería fué tan completa, que nadie pudo conocer la suerte de Virieu. Un dragon del ejército republicano aseguró haberle visto batirse como un héroe contra muchos jinetes, rehusando todo cuartel, y precipitarse con su caballo cubierto de sangre en el rio. No se halló rastro de su cuerpo, ni de su caballo, ni de sus armas en el terreno. Esta desaparicion repentina y esta ausencia de todo vestigio hicieron esperar á la condesa de Virieu, que tambien huia disfrazada de labradora, que su marido habia escapado de la muerte; obstinada en su ternura y en su esperanza, erró algunos meses por las cercanías para descubrir sus huellas, y esperó inútilmente por muchos años la vuelta del muerto, creyendo que no lo estaba.

XXXV

Precy, haciendo frente alternativamente con sus piezas á la caballería que le perseguia, á los tiradores de Limonest que le fusilaban de flanco, y á los batallones que le cerraban el paso, atacó por último á la bayoneta una batería republicana que dispersó, y pudo entrar con su columna en el bosque de Alix. La orilla izquierda del Saona estaba erizada de tiradores, y era imposible pasar el rio; no habia más medio de libertar aquel ejército que dispersarlo por las montañas del Forez. Entre aquellas poblaciones religiosas, realistas y contrarevolucionarias, en aquellos parajes cortados por torrentes y por bosques, el pequeño ejército de los lyoneses sublevaria al país, ó encontraria al ménos asilo ó los medios de fugarse individualmente. Precy reunió su tropa en consejo de guerra, y les comunicó su resolucion, que fué combatida con obstinacion por una parte de sus compañeros que no veian su salvacion sino pasando al otro lado de los Alpes. Armóse entónces un altercado terrible entre los dos partidos; pero en lo más recio del debate se oyó tocar á rebato en todas las aldeas vecinas, y los aldeanos cercaron el bosque. La mitad del ejército abandonó á su general, pasó el Saona y pereció al otro lado. Precy, seguido sólo de trescientos combatientes, abandonó los cañones y los caballos, salió del bosque de Alix, se alejó del Saona y marchó por espacio de tres dias de combate en combate, sembrando el camino de rezagados, de heridos y de muertos. Acosados los fugitivos por los habitantes del país, perseguidos por la caballería ligera de Reverchon, y á cada instante á punto de ser envueltos, aquellos restos de los diez mil combatientes que habian sido al empezarse el sitio, llegaron en número de ciento diez á la cima del monte de San Roman, meseta elevada y defendida por barrancos y malezas. El círculo se estrechaba á cada momento. En algunas cabañas encontraron aún víveres. Los parlamentarios republicanos, admirando su intrepidez y sintiendo su suerte, les ofrecieron una capitulacion en que se aseguraba la vida á todos ménos al general. Sus valientes compañeros rehusaron separar su suerte de la suya. Precy los abrazó á todos por última vez, se quitó su uniforme de general, rompió su espada, soltó á su caballo, y deslizándose por entre los matorrales conducido por un soldado, se internó por unas cavernas inaccesibles cubiertas por un bosque de pinos. Apénas se habia separado Precy de su ejército, cuando se presentó en la avanzada un oficial de húsares de los republicanos. «Entregadme á vuestro general, y os salvareis»,—dijo al jóven Reyssié, ayudante de campo de Precy y uno de los héroes del sitio. «No está entre nosotros,—respondió Reyssié,—y si quereis una prueba de ello, mirad á su caballo que pace en libertad detras de nosotros.» «Tú me engañas,—replicó el oficial tirando del sable;—el general eres tú, y te hago prisionero.» A estas palabras, Reyssié, cansado de la vida, de un pistoletazo deshizo la cabeza al oficial republicano, y poniéndose en la boca el cañon de otra pistola, se levantó la tapa de los sesos y cayó muerto sobre el cuerpo de su enemigo. Al ruido de esta doble detonacion, los republicanos caen sobre los restos del ejército lyones y los degüellan sin piedad, escapándose apénas algunos soldados que lograron ocultarse entre la maleza. Reyssié y el oficial que él habia muerto fueron enterrados por los campesinos en un mismo hoyo.

XXXVI

Entre tanto, informado Precy por dos de aquellos soldados fugitivos de la inutilidad de su sacrificio y del degüello de su ejército, anduvo errante tres dias y tres noches, sin tomar alimento y sin abrigo, en medio de los bosques y en los barrancos de aquellas montañas. Sus dos últimos compañeros no le abandonaron: el uno de ellos, natural de la cabaña de Violay, á la orilla del Saona, consiguió conducirle en tres noches de marcha hasta un bosque inmediato á la cabaña de su padre; allí le mantuvo algunos dias con el pan que sustraia á su indigente familia, que no sabía nada de todo esto, hasta que pudo proporcionarle un traje de labrador. Cuando al fin la noticia de la muerte de Precy se acreditó en Lyon, y cuando disminuyó el ardor de las pesquisas, el general consiguió refugiarse en Suiza atravesando las gargantas del Jura. Precy pasó la frontera con dos soldados, únicos restos de la inmensa insurreccion civil de la ciudad que la república rechazaba de su seno, como bien pronto iba á rechazar los restos de la coalicion de los reyes.

Precy fué acogido con respeto en el destierro, y no volvió á su patria sino con los Borbones, envejeciendo sin recompensa y sin honores bajo su reinado, porque las cortes no quieren sino á los cortesanos. No habia combatido á la república, sino á sus excesos, y habia conservado los colores de la nacion en sus banderas. Como soldado de la nacion y no de una familia, fué olvidado. Los príncipes y los hombres son de tal naturaleza, que aprecian más á los que participan de sus faltas, que á los que sirven sus intereses. Nadie se acordó de Precy sino despues de su muerte. Lyon le hizo unas magníficas exequias, en la misma meseta de Brotteaux, regada con la sangre de sus compañeros de armas, enterrándole al lado de los restos de aquellos héroes del sitio. Sus restos mortales descansan allí en el sitio de su gloria. Las guerras civiles no premian sino con sepulcros.

LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot-d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destruccion.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Toulon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Toulon por el ejército republicano.—Napoleon Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Toulon, despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones.

I

Lo que hace triste la historia en la relacion de las guerras civiles, es que despues de las campañas es necesario hablar de los cadalsos.

El ejército republicano entró en Lyon con una apariencia de moderacion y de fraternidad que daba á esta ocupacion el aspecto de una reconciliacion, más bien que de una conquista. Couthon mismo mandó en los primeros momentos el respeto á las personas y á las propiedades; ningun desórden, ninguna violencia fué tolerada. Los naturales de la Auvernia, que habian acudido allí con carros, con mulas y con sacos para transportar los despojos de la más opulenta ciudad de Francia prometidos á su rapacidad, fueron despedidos con las manos vacías y se volvieron murmurando á sus montañas. Los republicanos se condujeron como vencedores afligidos por su victoria, y no como bandas salvajes é indisciplinadas. La generosidad natural del soldado frances precedió á la venganza. Los representantes no la proclamaron sino algunos dias despues, y á peticion del comité de salud pública, y Lyon fué escogido para ejemplo de la severidad de la república. No eran bastantes los suplicios individuales; el Terror queria ofrecer el suplicio de una ciudad como ejemplo y como amenaza á sus enemigos.

Los jacobinos amigos de Chalier, comprimidos por tanto tiempo por los realistas y por los girondinos de Lyon, salieron de sus guaridas clamando venganza á los representantes, é intimando á la Convencion que les entregase en fin sus enemigos. Los representantes trataron por algun tiempo de contener esta rabia, pero concluyeron por complacerla, limitándose sólo á regularizarla por medio de la instalacion de tribunales revolucionarios y dando decretos de exterminio.

II

Allí, como en todos los actos del Terror, se ha atribuido á un solo hombre horror de la sangre derramada. La confusion del momento, la desesperacion de

los que mueren, y el resentimiento de los que sobreviven, no saben distinguir los culpables, y hacen á veces caer la execracion de la posteridad sobre el ménos criminal. La historia tiene sus contingencias como los campos de batalla, absuelve ó sacrifica reputaciones sin discernimiento y sin compasion. Al tiempo toca exclusivamente dar á cada uno lo que le pertenece. Sin debilitar la reprobacion que va unida á las grandes ejecuciones de las guerras civiles, pertenece á él señalar á cada partido y sobre cada hombre la parte exacta de responsabilidad que le corresponde. Las preocupaciones de la calumnia no se legitiman con el tiempo: la justicia es debida á todos los nombres, áun á los más odiosos. No se prescribe contra la memoria de los hombres.

Todos los crímenes cometidos por la república en Lyon han sido atribuidos á Couthon, porque éste era el amigo y el confidente de Robespierre en la represion del federalismo y en la victoria de los republicanos unitarios contra la anarquía civil. Las fechas, los hechos y las palabras, imparcialmente estudiados, desmienten estas preocupaciones. Couthon entró en Lyon como pacificador más bien que como verdugo, combatiendo con toda la energía que le permitia su representacion los excesos y las venganzas de los jacobinos, luchando contra Dubois-Crancé, Collot-d'Herbois y Dorfeuille para moderar la reaccion de aquellos arrebatos del Terror. Por esto fué denunciado á la Montaña y á los Jacobinos como indulgente y prevaricador, y se retiró, en fin, ántes de las primeras ejecuciones, para no ser testigo y cómplice de la sangre vertida por los representantes del partido implacable de la Convencion.

III

Couthon, Laporte, Maignet y Chateauneuf-Randon entraron en triunfo en Lyon á la cabeza de las tropas, y se constituyeron en la casa de ayuntamiento, escoltados por todos los jacobinos y por una muchedumbre de pueblo que les pedia á grandes gritos los despojos de los ricos y las cabezas de los federalistas. Couthon arengó á la multitud, prometiéndole la venganza, pero recomendó el órden y reivindicó sólo para la república el derecho de escoger, de juzgar y de herir á sus enemigos. Los representantes fueron desde allí á instalarse en el palacio del arzobispado, que estaba vacío. Las devastadas habitaciones de este edificio, las paredes y los techos derruidos por las bombas, daban á su residencia el aspecto de un campamento situado entre escombros. Dubois-Crancé, segundo general del ejército sitiador, y miembro tambien de la Convencion, se presentó la misma noche en aquel sitio con la concubina que le seguia hasta en los campamentos, no pudiendo hallar otro albergue en aquel desmantelado palacio que un desvan fétido, cuyo techo amenazaba ruina. El vencedor de Lyon tuvo que dormir en una miserable cama, indignado por el desprecio que de él hacian sus colegas alojándole en aquel granero. En cuanto amaneció, salió de palacio murmurando contra la insolencia de Couthon, y fué á alojarse en una fonda de la ciudad. Los jacobinos, ofendidos por las dilaciones de Couthon, se agruparon alrededor de Dubois-Crancé. Este general los reunió por la noche en el teatro. Los palcos y las decoraciones se habian quemado, y los techos, abiertos por cien partes, recordaban la resistencia y el castigo. Dubois-Crancé reformó el club central y arengó á los

jacobinos como cómplice más bien que como general. El pueblo salió gritando *¡Viva Dubois-Crancé!*, desbordándose por las calles cantando canciones feroces. En los parajes públicos se firmó una súplica á la Convencion pidiéndole que confiase el mando del ejército á aquel general.

Couthon y sus colegas, viendo á los jacobinos y á Dubois-Crancé dispuestos á arrastrar la tropa de grado ó por fuerza á su causa, y al ejército minado por los

Persecucion de los restos de la columna de Virieu.—Pág. 210.

clubistas, escribieron al comité de salud pública pidiéndole que llamase en seguida al general jacobino, dirigiendo entre tanto continuas proclamas á las tropas y al pueblo, invitándoles á la disciplina, al órden y á la clemencia. «Valientes soldados,—decia Couthon ántes de entrar en la ciudad,—habeis jurado respetar la vida y los bienes de los ciudadanos. Este solemne juramento no será vano, porque os lo ha dictado el sentimiento de vuestra propia gloria. Podrá haber fuera del ejército hombres que se dejen llevar á los excesos ó á las venganzas, á fin de atribuir la infamia á los valientes republicanos. Denunciadlos y prendedlos para que nosotros hagamos pronta justicia. Soldados franceses,—decia en otra parte,—

guardaos de perder todo el mérito de la guerra que acabais de hacer con tanta magnanimidad. Sed siempre lo que habeis sido. Dejad á las leyes el derecho de castigar á los culpables. Los enemigos del pueblo adoptan la máscara del patriotismo para extraviar á algunos de vosotros, tratando de haceros ultrajar, por actos injustos, opresivos y arbitrarios, el honor del ejército y de la república.»

Couthon mandó que se abriesen las manufacturas y que las relaciones comerciales volviesen á seguir su curso. Los jacobinos temblaron. El ejército obedeció. Dubois-Crancé, intimidado y llamado por la Convencion, tembló ante Couthon y se humilló ante Robespierre. Couthon cerró los clubs, inconsideradamente abiertos por Dubois-Crancé. «Considerando—decia—que, por consecuencia del sitio que acaba de sufrir Lyon, las pasiones individuales de los ciudadanos deben fermentar aún, y que los malintencionados podrán aprovecharse de estas circunstancias para atizar el fuego de la discordia civil... se prohibe á los ciudadanos reunirse en secciones ó comités.» «¿Qué harán los ciudadanos—escribia Couthon al comité de salud pública—cuando vean que los diputados son los primeros en excitarlos á la violacion de las leyes?» El se ciñó, en virtud de las leyes existentes, á enviar ante una comision militar á los lyoneses fugitivos presos con las armas en la mano despues de la capitulacion. Instituyó algunos dias despues, de órden del comité de salud pública, otro tribunal que recibió el nombre de *Comision de justicia popular*. Este tribunal debia juzgar á todos los ciudadanos que sin ser militares hubiesen tomado parte en la sublevacion armada de Lyon contra la república. Las formas jurídicas y lentas de este tribunal daban, si no garantías á la inocencia, al ménos el tiempo necesario para la reflexion. Couthon tardó diez dias en dar el decreto que instituia aquel tribunal, para dar á los ciudadanos comprometidos, y á los que habian firmado actas que se reputaban criminales, ocasion y tiempo de evadirse. Veinte mil ciudadanos á quienes halló medio de avisar del peligro que les amenazaba, salieron de la ciudad y se refugiaron en Suiza ó en las montañas del Forez.

IV

Sin embargo, la Montaña y los Jacobinos de Paris, sublevados contra la apatía de Couthon por las acusaciones de Dubois-Crancé, instaban al comité de salud pública para que diese un memorable ejemplo á las insurrecciones venideras, y vengase á la república en su segunda ciudad. Robespierre y Saint-Just, aunque amigos particulares de Couthon, y satisfechos de haber vencido, se reconocian impotentes contra el arrebato de la Montaña, y fingieron participar de él. Barere, siempre dispuesto á servir indiferentemente al furor ó á la sabiduría de los partidos, subió el 12 de Noviembre á la tribuna, y leyó á la Convencion, en nombre del comité de salud pública, un decreto, ó por mejor decir, un *plebiscito* contra la desdichada ciudad. «¡Sepúltese Lyon en sus propias, ruinas!—dijo.—El arado debe pasar por todos sus edificios, exceptuando sobre la morada de los indigentes, los talleres, los hospicios, ó las casas consagradas á la instruccion pública. Es necesario que el nombre mismo de esta ciudad perezca bajo sus ruinas. En lo sucesivo se la llamará *Ciudad libre*. Sobre los restos de esta infame poblacion se elevará un monumento que honre á la Convencion, que atestigue el crímen y el castigo de los enemigos de la libertad. Esta sola inscripcion lo dirá todo: *¡Lyon hizo*

la guerra á la libertad! ¡Lyon no existe!» Prescribíase en este decreto que una comision extraordinaria, compuesta de cinco miembros, hiciese castigar militarmente á los contrarevolucionarios de Lyon; que los habitantes fuesen desarmados, que las armas de los ricos se entregasen á los pobres, que la ciudad fuese demolida, y especialmente las habitaciones de los ricos; que el nombre de la ciudad fuese borrado del padron de las poblaciones de la república, y que los bienes de los ricos y de los contrarevolucionarios se distribuyesen por vía de indemnizacion entre los patriotas.

Este decreto hizo temblar á todo Lyon. El fanatismo de la libertad no habia estallado aún hasta el suicidio, la propiedad no habia sido todavía imputada á crí-

Fuga del general Precy.—Pág. 211.

men, y la expoliacion no habia aún transferido los bienes del rico al indigente, de la víctima al delator. Aquella ciudad, idólatra de la propiedad, era la primera que se veia castigada en lo que más apreciaba. Couthon, al paso que fingia la mayor admiracion hácia la sabiduría de aquel decreto, lo creia impracticable, y tardó aún doce dias en ponerlo en ejecucion. Estas dilaciones daban lugar para huir en masa á los habitantes amenazados. El representante abria la puerta á las víctimas para dar en vago los golpes ordenados por los jacobinos. «Este decreto, ciudadanos colegas,—escribia á los jacobinos,—nos ha llenado de admiracion. De todas las medidas grandes y vigorosas que habeis tomado, sólo una confesamos que no estaba á nuestro alcance: ésta es la de la destruccion total; pero ya habíamos destruido las murallas y parapetos.» La Montaña hubiese querido que Lyon hubiera sido destruida tan pronto como Barere habia pronunciado el decreto de su destruccion.

Un hombre infausto para la ciudad de Lyon, Collot-d'Herbois, declamaba furiosamente en el comité de salud pública y en los Jacobinos de Paris contra la

blandura de los representantes del pueblo comisionados en aquella ciudad. Se hubiera creido que un odio personal le animaba contra Lyon. Se decia que habia empezado su carrera de cómico en aquella ciudad, donde habia sido silbado por su escaso mérito por los espectadores; que su resentimiento como actor existia y fermentaba aún en el alma del representante, y que queriendo vengar á la república, vengaba su orgullo ultrajado. Dubois-Crancé apoyaba la elocuencia de Collot-d'Herbois con su testimonio. Un dia llevó á la tribuna de los Jacobinos la cabeza de Chalier, mostrando con el dedo puesto sobre el cráneo de aquel infeliz las señales de los cinco golpes de la cuchilla de la guillotina que habia mutilado ántes de matar al ídolo de los revolucionarios lyoneses. Guillard, amigo de Chalier, levantó los brazos hácia el cielo al ver aquel espectáculo, y exclamó: «¡En nombre de la patria y de los hermanos de Chalier, pido venganza de los crímenes de Lyon!»

V

Couthon y sus colegas se determinaron, en fin, á ceder á las instancias de la Montaña, y reorganizaron los comités revolucionarios. Couthon les invistió del derecho de pesquisa, de vigilancia y denuncia contra los federalistas y realistas; ordenó visitas domiciliarias y de imposicion de sellos en las casas de los sospechosos; pero acompañó todas estas medidas de condiciones y prescripciones que neutralizaban en parte su efecto. En fin, Couthon cumplió, pero sólo en la apariencia, el decreto de la Convencion que determinaba la demolicion de los edificios. Fué con grande aparato, acompañado de sus colegas y de la municipalidad, á la plaza de Bellecour, más particularmente designada á ser demolida por la opinion de sus habitantes y por el lujo de sus edificios, conducido en un sillon como sobre el trono de las ruinas por cuatro hombres del pueblo. Couthon golpeó con un martillo de plata la piedra angular de una de las casas de la plaza, pronunciando estas palabras: «Yo te destruyo en nombre de la ley».

Una porcion de indigentes cubiertos de harapos, y multitud de jornaleros y albañiles, llevando azadas, palas, palancas y hachas, formaban la comitiva de los representantes. Estos hombres aplaudieron anticipadamente el derribo de aquellas moradas cuyas ruinas iban á remediar su necesidad; pero Couthon, satisfecho de haber dado esta señal de obediencia á la Convencion, impuso silencio á aquella turba y la despachó. Las demoliciones fueron diferidas hasta que los habitantes de la plaza hubiesen transportado á otra parte sus muebles y demas efectos.

Despues de la ceremonia, los representantes dieron un decreto intimando á las secciones que alistasen cada una treinta demoledores, proveyéndoles de las herramientas, carros y carretones necesarios para el transporte de los escombros. Las mujeres, los muchachos y los viejos fueron admitidos segun sus fuerzas para esta obra, y se les señaló un jornal á expensas de los propietarios expoliados; pero aún no se empezó á demoler. Couthon, reprendido de nuevo por el comité de salud pública por la lentitud de sus ejecuciones, y culpable á los ojos de los jacobinos de la sangre que no queria derramar, advertido ademas de la próxima llegada de otros representantes encargados de acelerar las venganzas, escribió á Robespierre y á Saint-Just, suplicando á sus amigos que le librasen del peso de una mision que angustiaba su alma, y que le enviasen á la parte del Mediodía. Robespierre

llamó á Couthon, y su partida fué la señal de las calamidades de Lyon. La sangre, cuyo derrame detenia, se desbordó. Los representantes Albitte y Javogues llegaron. Dorfeuille, presidente de la comision de justicia popular, hizo colocar la guillotina en la plaza de Terreaux y en el pueblo de Feurs, otro de los focos de las venganzas nacionales, en el corazon de las montañas insurreccionadas.

Dorfeuille presidió, á la cabeza del club central, una fiesta fúnebre consagrada á los manes de Chalier. «¡Ha muerto,—dijo Dorfeuille,—ha muerto por la patria! ¡Juremos imitarle y castigar á sus asesinos! ¡Ciudad impura, no ha sido bastante para tí el haber infestado durante dos siglos con tu lujo y tus vicios á Francia y á Europa! ¡Te era necesario degollar la virtud! ¡Monstruos! ¡Han cometido esta maldad y aún respiran! ¡Chalier, te debemos una completa venganza, y la obtendrás! ¡Mártir de la libertad, la sangre de los malvados es el agua lustral que conviene á tus manes! Aristócratas fanáticos, serpientes de las cortes, negociantes ávidos y egoistas, mujeres perdidas de lujuria, de adulterios y de prostitucion, ¿qué le teníais que echar en cara? ¡La exageracion, el patriotismo exaltado y una popularidad peligrosa! ¡Miserables! ¡Así os arrogais el derecho de señalar los límites adonde deben detenerse el amor á la patria y el reconocimiento hácia el pueblo! ¡Así anunciábais que el Eterno habia puesto en vuestras manos la escuadra y el compas de las virtudes humanas! ¡Ah! ¡Si no podíais comprenderlas, debiérais al ménos no haberlas asesinado! Ellos cantaron en su suplicio. ¡Oh pueblo, llora tú hoy en su triunfo! ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais aquí en grupo á mi derecha! En esta misma plaza fué en donde Chalier dejó de existir, aquí es en donde murió con la muerte de los criminales el más inocente de los hombres. ¡Oh vosotros, ciudadanos, que formais grupo á mi derecha, vosotros estais pisando su sangre! Escuchad sus últimos acentos; por mi conducto va á hablaros por última vez. ¡Ciudadanos, escuchad!»

Dorfeuille leyó entónces, en medio de los llantos y de las imprecaciones de la multitud, una carta escrita por Chalier en el instante de subir al cadalso. La despedida á sus amigos y á la mujer que amaba estaba llena de lágrimas; la despedida de sus hermanos los jacobinos sólo respiraba entusiasmo. La libertad, la democracia y la religion se mezclaban en una confusa invocacion de Chalier al pueblo, á Dios y á la inmortalidad. La muerte solemnizaba aquellas palabras, y el pueblo las recogió como un legado del patriota.

VI

Al dia siguiente, Dorfeuille presidió por primera vez el tribunal. Los suplicios comenzaron con los juicios. Albitte y sus colegas, que acababan de suceder á Couthon, llamaron al ejército de Ronsin, y formaron otro semejante en cado uno de los seis departamentos vecinos. La mision de estos ejércitos, reclutados entre la hez del pueblo, era generalizar en toda la superficie de aquellos departamentos las medidas de inquisicion, de expoliacion, de prision y de asesinatos jurídicos, cuyo centro iba á ser Lyon. Dentro y fuera de sus muros los fugitivos no encontraban sino asechanzas, los sospechosos delatores, y los acusados verdugos. Millares de presos de todas condiciones, nobles, sacerdotes, propietarios, negociantes y labradores, llenaron en pocos dias las cárceles de aquellos departamentos, saliendo de

ellas en columnas y á carretadas para Lyon. Allí, cinco vastos depósitos los recibian por algunos dias, para lanzarlos en seguida al cadalso. El vacío se formaba y volvia á llenarse sin interrupcion. La muerte mantenia este nivel.

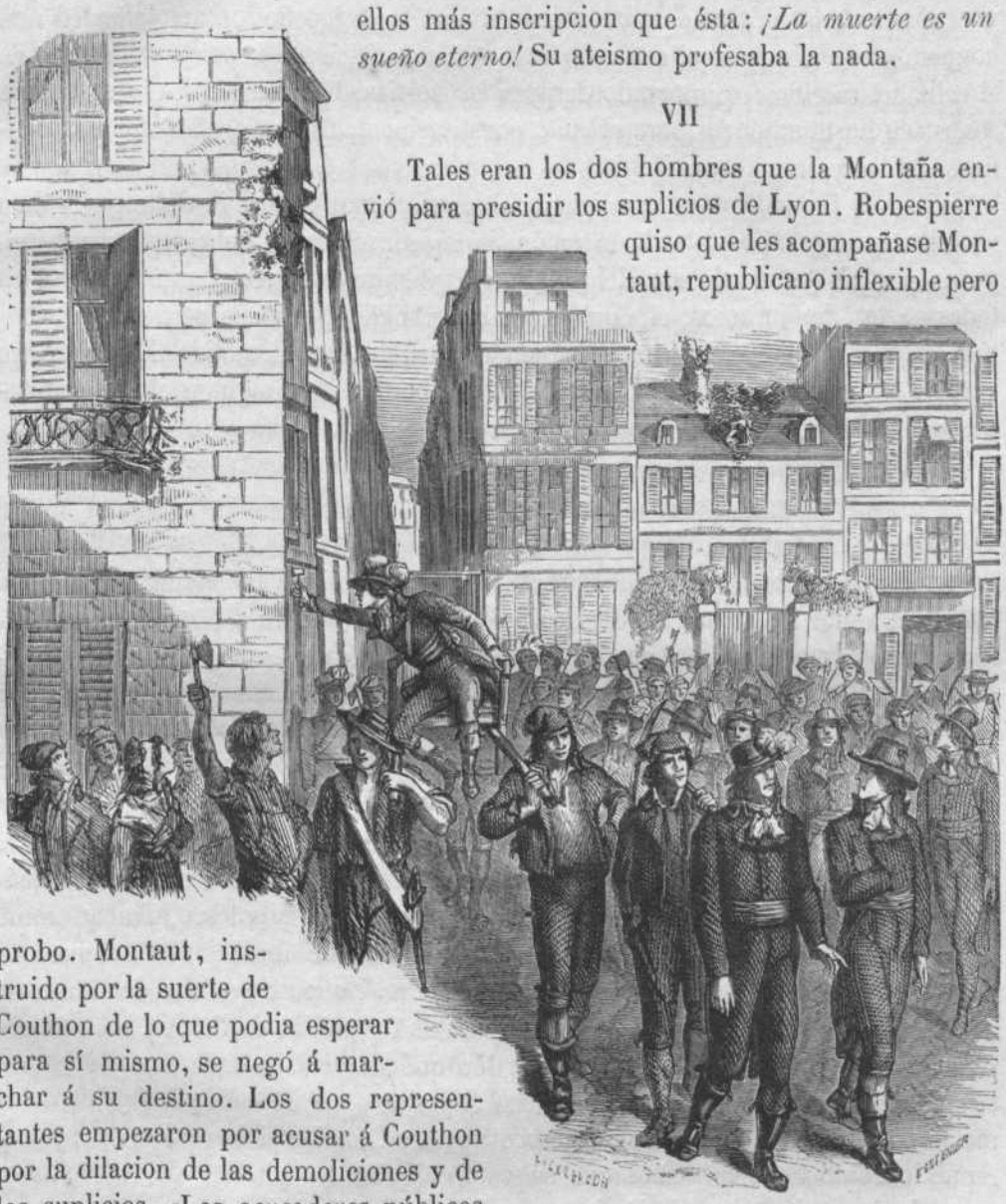
En el número de aquellas víctimas supliciadas en sus cuerpos ó en sus almas ántes de la edad del crímen, se hizo notable una huérfana niña aún, llamada la señorita Alejandrina de Echerolles, privada de su madre por la muerte y de su padre por la fuga. Todos los dias iba á la puerta de la cárcel de las reclusas á solicitar con lágrimas el permiso de ver á una tia que le habia servido de madre, y que estaba en un calabozo. Bien pronto la vió conducir al suplicio y la siguió hasta el pié del cadalso, pidiendo en vano morir con ella. Despues se han debido á esta niña algunas páginas de los sucesos más dramáticos y más patéticos de aquel sitio. Semejante á la jóven Juana de la Force, historiadora de las guerras de religion de 1622, y á la heroica y sencilla madama de Larochejaquelein, escribió con la sangre de su familia y con sus propias lágrimas la relacion de las catástrofes que habia presenciado. Las mujeres son los verdaderos historiadores de las guerras civiles, porque no tienen más causa que la de su corazon, y porque los recuerdos conservan en ellas todo el calor de su pasion.

Juzgado Albitte de demasiado indulgente, se retiró como Couthon á la llegada de Collot-d'Herbois y de Fouché, nuevos procónsules designados por la Montaña. Ya era conocido allí Collot-d'Herbois, vanidad feroz que no veia la gloria más que en los excesos, y cuyos arrebatos nunca eran moderados por la razon. A Fouché no se le conocia, y se le tenia por fanático, pero no era sino un hombre muy astuto. Más cómico de carácter que lo era Collot-d'Herbois por su profesion, representaba el papel de Bruto unido al alma de Sejan. Criado en las costumbres del claustro, Fouché habia contraido aquella flexibilidad servil que la humildad monacal imprime á los caractéres para hacerlos tan á propósito para obedecer como para mandar, segun las circunstancias. No habia visto en la revolucion sino una potencia que adular ó explotar. Se adheria á la tiranía del pueblo, esperando el momento de adherirse á la tiranía de cualquier César. Este hombre presentia el porvenir. Entónces buscaba Fouché el modo de engañar á Robespierre aparentando amar á la hermana del diputado por Arras y que deseaba casarse con ella; pero Robespierre aborrecia á Fouché á pesar de sus halagos; conocia su incredulidad revolucionaria y su ateismo, y queria seides de su fe, y no aduladores de su persona. Así es que apartaba á Fouché de su corazon y de su familia como si fuese un lazo. Fouché, afectando mucha exageracion de principios, se habia ligado con Chaumette y con Hebert. Chaumette era de Nevers, y habia hecho enviar á Fouché á aquella ciudad para propagar el terror. Los actos y las cartas de Fouché sobrepujaron en Nevers el idioma de los demagogos de Paris, borrando en pocos meses en aquellos departamentos la impresion de los siglos en las costumbres, en las leyes, en las fortunas y en las clases. Sin embargo, más ambicioso de republicanismo que sanguinario, habia encarcelado más gente que la que habia sacrificado, amenazaba más que heria. Los despojos de los ricos, de los emigrados, de los palacios, de las iglesias, los rescates de los sospechosos, los productos de sus exacciones, enviados por él á la Convencion y al ayuntamiento de Paris, atestiguaron la energía de sus medidas é hicieron cerrar los ojos sobre su tolerancia de opinion. Heria sobre todo á los ídolos mudos del antiguo culto

que habia repudiado. Su impiedad se tenia por patriotismo. «El pueblo frances—escribia—no reconoce otro dogma que el de su soberanía y el de su poder.» Proscribió todo signo religioso hasta en los sepulcros, haciendo grabar la imágen del Sueño en el frontispicio de los cementerios, ordenando que no se pusiese en ellos más inscripcion que ésta: *¡La muerte es un sueño eterno!* Su ateismo profesaba la nada.

VII

Tales eran los dos hombres que la Montaña envió para presidir los suplicios de Lyon. Robespierre quiso que les acompañase Montaut, republicano inflexible pero probo. Montaut, instruido por la suerte de Couthon de lo que podia esperar para sí mismo, se negó á marchar á su destino. Los dos representantes empezaron por acusar á Couthon por la dilacion de las demoliciones y de los suplicios. «Los acusadores públicos van á marchar,—escribieron;—el tribunal va á juzgar por tres en un dia. Las minas van á acelerar las demoliciones.»



Demolicion de edificios en Lyon.—Pág. 218.

Collot habia llevado consigo de Paris una colonia de jacobinos escogidos entre los más furibundos de aquella sociedad. Fouché llevó otra de la Nievre, hombres todos ejercitados en las delaciones, endurecidos á las lágrimas y aguerridos al suplicio. Los representantes se habian hecho seguir de una porcion de carceleros extranjeros, con el objeto de que las relaciones de vecindad con los presos y la piedad natural entre compatriotas no corrompiesen la inflexibilidad de los carceleros de Lyon. Encargaron guillotinas como si fuesen armas para ir al combate, y pasea-

ron por la ciudad, para enardecer al pueblo, la urna cineraria de Chalier. Al llegar al altar que habian erigido á sus manes, se arrodillaron delante de aquellos restos. «¡Chalier!—exclamó Fouché.—¡La sangre de los aristócratas será tu incienso!»

Los signos del cristianismo, el Evangelio y el Crucifijo, seguian detras de la procesion, atados á la cola de un animal inmundo; luégo fueron arrojados en una hoguera que ardia en el altar de Chalier. Ademas, hicieron beber á un borrico en el cáliz del sacrificio, pisoteando despues las hostias. Los templos, que se habian reservado hasta entónces para el culto constitucional, fueron profanados con cánticos, bailes y ceremonias irónicas.

«Hemos fundado ayer la religion del patriotismo,—escribia Collot.—Se han vertido lágrimas á la vista de la paloma que consolaba á Chalier en su prision, y que parecia gemir al lado del simulacro. *¡Venganza! ¡venganza!* gritaban en todas partes. Lo juramos, el pueblo quedará vengado, el suelo será trastornado, todo lo que el vicio y el crímen habian construido será demolido. El viajero no verá ya los restos de esta ciudad rebelde y soberbia, sino algunas chozas habitadas por los partidarios de la igualdad.»

VIII

Al dia siguiente cayeron las cabezas de diez miembros del ayuntamiento. La mina hizo saltar los más hermosos edificios de la ciudad. Una instruccion patriótica, firmada por Fouché y por Collot á los clubistas de Lyon y de los departamentos del Loire y del Ródano para estimular su energía, reasumia de este modo sus derechos y sus deberes: «Todo les es permitido á los que obran en el sentido de la revolucion. El deseo de una venganza legítima se convierte en una necesidad imperiosa. Ciudadanos, es menester que todos los que han concurrido directa ó indirectamente á la rebelion lleven su cabeza al cadalso. Si sois patriotas, sabreis distinguir vuestros amigos, y os apoderareis de todos los demas. Ninguna consideracion debe deteneros, ni la edad, ni el sexo, ni el parentesco. Tomad como un impuesto forzoso todo cuanto tenga un ciudadano de inútil; todo hombre que posee más de lo que necesita para sus necesidades, no puede ménos de abusar de lo que tiene. Hay personas que tienen repuestos de paños, de lienzos, de camisas y de zapatos. Apoderaos de todo esto. ¿Con qué derecho guarda un hombre en sus armarios los muebles ó los vestidos superfluos? El oro, la plata y todos los metales preciosos deben pasar al tesoro nacional. Extirpad los cultos, porque el republicano no tiene más Dios que su patria. Todos los pueblos de la república no tardarán en imitar al de Paris, que sobre las ruinas de un culto gótico acaba de erigir un templo á la Razon. Ayudadnos á herir con grandes golpes, ó de lo contrario, sereis heridos por nosotros».

Estas proclamas de la venganza, del pillaje y del ateismo eran otros tantos vituperios indirectos dirigidos á Couthon, que habia usado un lenguaje tan distinto pocos dias ántes en la reunion popular. «Nuestra moral—habia dicho Couthon hablando de Robespierre y de su partido—no es la moral de esos falsos filósofos del dia, que no sabiendo leer en el gran libro de la naturaleza, creen en la casualidad y en la nada. Nosotros creemos en una Providencia, nosotros creemos en un Sér supremo, poderoso, justo y bueno por excelencia. Nosotros no le ultraja-

mos con ceremonias ridículas y forzadas: el homenaje que le tributamos es puro y libre.»

Conforme al espíritu de aquella proclama, Fouché y Collot crearon comisionados de confiscacion y de delacion, señalándoles treinta francos por cada denuncia. Esta suma era duplicada cuando se trataba de las cabezas principales, como las de los nobles, las de los sacerdotes y las de los religiosos y religiosas. No se entregaba el precio de la sangre sino al que dirigia en persona las pesquisas del ejército revolucionario y entregaba el sospechoso al tribunal. Una multitud de miserables vivian de este infame tráfico con la vida de las ciudadanos. Los sótanos, los graneros, las chozas, los bosques, las emigraciones nocturnas á las montañas vecinas, los disfraces de todo género eran inútiles para ocultar á los hombres comprometidos y á las trémulas mujeres á la inquisicion siempre vigilante de los delatores. El hambre, el frio, las fatigas, las enfermedades, las visitas domicilarias y la traicion los entregaban al cabo de algunos dias á los sicarios de la comision temporal.

Los calabozos estaban atestados de presos. Al paso que los propietarios y los negociantes perecian, las casas caian á tierra á los golpes de los demoledores. Tan pronto como un delator indicaba una casa confiscada al comité de secuestros, el de demolicion lanzaba sus bandas de jornaleros contra sus paredes. Los mercaderes, los vecinos y las familias expulsadas de estas casas proscritas apénas tenian tiempo para evacuar su domicilio y para llevarse á los viejos, los enfermos y los niños á otra parte. Se veia todos los dias los picos empleados en derribar las escaleras, ó á los albañiles ocupados en destejar los edificios. Miéntras que los habitantes sorprendidos arrojaban sus muebles por las ventanas, y las madres llevaban las cunas de sus hijos por medio de los escombros de sus habitaciones, veinte mil trabajadores de la Auvernia y de los Bajos Alpes se empleaban en arrasar el suelo. La pólvora minaba los sótanos y los cimientos. El sueldo de los demoledores subia á cuatrocientos mil francos por década. Las demoliciones costaron quince millones de francos, y el daño causado por ellas representaba un capital de más de trescientos millones de valor en edificios.

Centenares de trabajadores perecieron envueltos bajo los trozos de paredes imprudentemente minadas. El dique de Saint-Clair, las dos fachadas de la plaza de Bellecour, los muelles del Saona, las calles habitadas por la aristocracia mercantil, los arsenales, los hospitales, los monasterios, las iglesias, las fortificaciones y las casas de campo de las colinas de los dos rios no ofrecian ya sino el aspecto de una ciudad destruida por el bombardeo despues de repetidos asaltos. Lyon, casi desierta, enmudecia en medio de sus ruinas. Los obreros, sin talleres y sin pan, alistados y pagados por los representantes á expensas de los ricos, parecian encarnizarse con el hacha en la mano sobre el cadáver de la ciudad que los habia alimentado. El estruendo de las paredes que caian, el polvo de las demoliciones que cubria la ciudad, el estampido de los cañonazos y del fuego por mitades que fusilaban ó ametrallaban á los habitantes, el chirrido de las carretas que desde las cinco cárceles de la ciudad conducian á los acusados al tribunal y á los sentenciados á la guillotina, eran las únicas señales de vida de la poblacion; el cadalso era su único espectáculo, y las aclamaciones de un pueblo andrajoso á cada cabeza que rodaba á sus piés era su única fiesta.

IX

La comision de justicia popular, instituida por Couthon, se transformó á la llegada de Ronsin y de su ejército en tribunal revolucionario. A los dos dias de la llegada de aquellos cuerpos, compuestos más bien de lictores que de soldados de la república, las ejecuciones comenzaron, y continuaron sin interrupcion durante noventa dias. Ocho ó diez sentenciados por sesion morian, al salir del tribunal, sobre el cadalso, colocado constantemente frente á las gradas de la casa de ayuntamiento. El agua y la arena esparcidas todas las tardes despues de las ejecuciones alrededor de este sumidero de sangre, no bastaban á quitar las manchas del suelo. Un fango rojo y fétido, pisoteado sin cesar por un pueblo ávido de ver matar, cubria la plaza é infestaba el aire. En torno de este verdadero matadero de hombres sólo se respiraba la muerte. Las paredes exteriores del palacio de San Pedro y la fachada de la casa de la ciudad sudaban sangre. En las mañanas de las jornadas de Noviembre, Diciembre y Enero, que fueron los más fecundos en suplicios, los habitantes de aquel barrio veian elevarse del suelo empapado en sangre una nubecilla: ésta era la sangre de sus compatriotas inmolados el dia anterior, la sombra de la ciudad que se evaporaba al sol. Dorfeuille, en vista de las reclamaciones de los vecinos de aquel distrito, se vió obligado á transportar la guillotina algunos pasos más léjos, situándola sobre un sumidero que estaba al descubierto. La sangre corria por medio de las tablas á un foso de diez piés de hondo, que la llevaba al Ródano con las inmundicias del barrio. Las mujeres que iban á lavar al rio se vieron precisadas á cambiar de sitio, para evitar que tanto sus ropas como sus brazos se tiñesen en un agua ensangrentada. En fin, cuando las ejecuciones, que se sucedian con tanta velocidad como las pulsaciones de un hombre irritado, se elevaron á veinte, á treinta y cuarenta por dia, se colocó el instrumento mortífero en medio del puente Morand, sobre el rio. Se limpiaba la sangre y se arrojaban las cabezas y los troncos desde los pretiles á lo más rápido de la corriente del Ródano. Los marineros y los labradores de los islotes y de las playas bajas que cortan el curso del rio entre Lyon y el mar, encontraron por mucho tiempo cabezas y cuerpos de hombres encallados en aquellos islotes, atravesados entre los juncos y mimbreras de las orillas.

Aquellos supliciados eran casi todos de la flor de la juventud de Lyon y de las comarcas vecinas. Su edad era su crímen, y lo que les hacía sospechosos de haber combatido. Marcharon á la muerte con el ánimo de la juventud, como si marchasen al combate. En las cárceles, así como en los vivacs la víspera de las batallas, no habia más que un poco de paja sobre los ladrillos para que los presos reposasen algunos ratos. El peligro de comprometerse interesándose por su suerte ó de morir con ellos no intimidó ni á sus padres, ni á sus amigos, ni á sus sirvientes. El oro y las lágrimas que caian en las manos de los carceleros arrancaban entrevistas, conversaciones y despedidas supremas. Las evasiones eran frecuentes. La religion y la caridad, tan activas y tan valientes en Lyon, no retrocedian ni ante la sospecha ni ante el asco para penetrar en aquellos subterráneos y para cuidar á los enfermos, alimentar á los necesitados y consolar á los moribundos. Algunas mujeres piadosas compraban de los administradores y de los car-

celeros el permiso de entrar de criadas en los calabozos, llevando mensajes é introduciendo sacerdotes para auxiliar las almas y santificar el martirio; purificaban los dormitorios, barrian las salas, limpiaban los vestidos de la miseria, y enterraban los cadáveres; providencias visibles que se interponian hasta el último momento entre el alma de los presos y la muerte. Más de seis mil presos estuvieron á la vez en estos depósitos de la guillotina.

Fouché.

X

Allí se hundió toda una generacion; allí se reconcentraron todos los hombres de condicion, de nacimiento, de fortuna y de opiniones distintas, que desde el principio de la revolucion habian abrazado partidos opuestos, y á los cuales la sublevacion comun contra la opresion reunió al fin en un mismo delito y en la misma muerte. Clero, nobleza, clase media, comercio, pueblo, todo se confundió allí. Ningun ciudadano contra quien pudiese elevarse un delator, un envidioso ó un enemigo, escapó de la cautividad. Pocos cautivos se libraron de la muerte. Todo el que tenia un nombre, una fortuna, una profesion, una fábrica, una casa en la ciudad ó en el campo, todo el que era sospechoso de participar de cualquier

modo de los bienes del rico, era preso, acusado, sentenciado y ejecutado con antelacion en el pensamiento de los procónsules y de sus proveedores. Lo más escogido de una capital y de muchas provincias, como Bresse, Dombe, Forez, Beaujolais, Vivarais y el Delfinado, pasó por aquellas cárceles y por aquellos cadalsos. Los palacios, las casas de lujo, las manufacturas, las mismas habitaciones de los labradores tal cual acomodados, estaban cerradas en un radio de veinte leguas alrededor de Lyon. El secuestro pesaba sobre millares de propiedades. Los sellos tapiaban las puertas y las ventanas. La naturaleza parecia atacada del mismo terror que los hombres. La ira de la revolucion habia llegado á convertirse en azote de la cólera divina. Las pestes de la Edad Media no hubieran hecho más horroroso el aspecto de una provincia. En los caminos de Lyon á las poblaciones vecinas, y hasta en los de las aldeas y cabañas, no se encontraba sino á los destacamentos del ejército revolucionario forzando las puertas en nombre de la ley, visitando los sótanos, los graneros, las camas del ganado, sondeando las paredes con las culatas de los fusiles, ó llevando en carretas, encadenados de dos en dos, á los fugitivos, arrancados de sus asilos y seguidos de sus desconsoladas familias.

Así fueron conducidos á Lyon todos los ciudadanos más notables ó ilustres que Couthon habia dejado escapar en los primeros momentos, tales como los regidores, alcaldes, municipales, administradores, jueces, magistrados, abogados, médicos, arquitectos, escultores, cirujanos, empleados en los hospitales y establecimientos de beneficencia, acusados de haber combatido ó socorrido á los combatientes, curado á los heridos, mantenido al pueblo insurrecto, ó hecho votos secretos por el triunfo de los defensores de Lyon. A éstos se añadian los padres, hijos, mujeres, hijas, amigos y criados, presuntos cómplices de sus esposos, de sus hermanos y de sus amos, culpables por haber nacido en aquel suelo y por haber respirado el aire de la insurreccion.

Cada dia el escribano de la cárcel leia en alta voz en el patio la lista de los presos llamados al tribunal. La respiracion parecia detenerse durante estos momentos. Los designados abrazaban por la última vez á sus amigos y distribuian sus camas, sus ropas, sus vestidos y su dinero á los que les sobrevivian. Formábanlos en una larga fila de sesenta á ochenta en el patio de la cárcel, y los llevaban así por medio de la multitud hasta el tribunal. El espacio del pretorio y las fuerzas del verdugo eran los únicos límites del número de presos que debian sacrificar diariamente. Los jueces eran casi todos forasteros, para que sentenciasen sin compasion ni temor á una responsabilidad futura. Aquellos cinco jueces, de corazon humano cada uno en particular, obraban reunidos como si fuesen un instrumente mecánico de asesinatos. Observados por una multitud recelosa, temblaban ellos mismos, dominados por el terror con que herian á los demas. Su actividad, sin embargo, no bastaba á Fouché y Collot-d'Herbois. Estos representantes habian prometido á los Jacobinos de Paris prodigios de rigor. La lentitud del juicio y del suplicio les acusaba de haber tomado medidas á medias. Las jornadas de Setiembre se presentaban á su vista como un ejemplo de imitacion, y querian sobrepujarlas regularizándolas al mismo tiempo. Dorfeuille escribió á los representantes del pueblo: «Se prepara un gran acto de justicia nacional; será de naturaleza que espante á los siglos venideros. Para dar á este acto la majestad que debe caracterizarle, para que sea grande como la historia, es necesario que los administradores,

los cuerpos del ejército, los magistrados del pueblo y los funcionarios públicos asistan á él, cuando ménos por medio de una diputacion que los represente. Quiero que este dia de justicia sea un dia de fiesta, y he dicho de fiesta, porque éste es el nombre más adecuado que puede dársele. Cuando el crímen baja al sepulcro, la humanidad respira, y ésta es la fiesta de la virtud».

XI

Los representantes ratificaron los planes de Dorfeuille, y el suplicio en masa reemplazó al suplicio individual. Al siguiente dia de esta proclama, sesenta y cuatro jóvenes de las primeras familias de la ciudad fueron extraidos de las cárceles y se les condujo con una solemnidad inusitada á la casa de la ciudad, en la que un breve interrogatorio los confundió á todos en pocos momentos en una misma sentencia. Desde allí marcharon procesionalmente hácia las orillas del Ródano, atravesando el puente, y dejando atras la guillotina como un arma mellada.

Al otro lado del puente, en la llanura baja de Brotteaux, habian excavado en el suelo fangoso una trinchera doble, ó por mejor decir, un doble foso entre dos filas de sauces. Los sesenta y cuatro sentenciados, encadenados dos á dos por las muñecas, fueron colocados en columna en esta alameda al lado de su sepulcro, que estaba ya abierto. Tres cañones cargados ocupaban el extremo de la avenida á la cual daban frente los sentenciados. A la derecha y á la izquierda, unos destacamentos de dragones con sable en mano, parecia que esperaban la señal de dar una carga. Sobre los montones de la tierra extraida de los fosos estaban agrupados, como en las gradas de un anfiteatro, los miembros más exaltados de la municipalidad, los presidentes y los oradores de los clubs, los funcionarios públicos, las autoridades militares, el estado mayor del ejército revolucionario, Dorfeuille y los jueces. En un balcon de uno de los palacios confiscados en el muelle del Ródano, Collot-d'Herbois y Fouché, con el anteojo en la mano, parecia que estaban presidiendo aquella solemnidad del exterminio.

Las víctimas cantaban en coro el himno que ántes les habia animado al combate, y parecia que buscaban en la letra de este canto supremo el aturdimiento del golpe que iba á terminar su existencia:

¡Morir por su patria
Es la suerte más hermosa y digna de envidia!

Los artilleros escuchaban con las mechas encendidas á aquellos moribundos que cantaban su propia muerte. Dorfeuille dejó que las voces acabasen lentamente las graves modulaciones del último verso, y despues, levantando la mano y haciendo la señal convenida con los jefes de las piezas, se oyeron tres detonaciones á la vez. El humo envolvió las piezas y ocultó por un momento la calzada; los tambores ahogaron los alaridos de las víctimas con un prolongado redoble; la multitud se precipitó para contemplar el efecto de la carnicería. Se habian engañado los artilleros. La ondulacion de la fila de los sentenciados habia dejado huecos por donde pasaron las balas. Veinte presos solamente habian caido muertos por los disparos, arrastrando en su caida con el peso de sus cuerpos á sus compañeros aún vivos, asociándolos á sus convulsiones é inundándolos con su sangre. Millares de gritos,

de alaridos y de contorsiones espantosas se elevaban de aquel monton confuso de miembros mutilados, de cadáveres y de vivos. Los artilleros volvieron á cargar y tiraron á metralla. La carnicería no se completó aún. Un grito desgarrador, que se oyó hasta en la ciudad al traves del Ródano, se elevó de este campo de agonía. Algunos miembros palpitantes todavía, algunas manos se dirigian ensangrentadas hácia los espectadores implorando el último golpe. Los soldados se estremecieron. «¡Adelante, dragones! —exclamó Dorfeuille.—¡Cargad ahora!» A esta órden, los dragones lanzaron sus caballos al galope sobre la calzada, y acabaron, horrorizados, con la punta de sus sables y á pistoletazos á los moribundos. Estos soldados, bisoños aún, y por consiguiente poco diestros en el manejo de los caballos y de las armas, y á quienes repugnaba por otra parte el infame oficio de verdugos que se les obligó á desempeñar, prolongaron más de dos horas involuntariamente las escenas lúgubres de aquellos asesinatos y de aquellas agonías.

XII

Un sordo murmullo de indignacion acogió en la ciudad la relacion de este suplicio. El pueblo se creia deshonrado y se comparaba él mismo á los tiranos más nefastos de Roma y á los verdugos del dia de San Bartolomé. Los representantes sofocaron aquellas murmuraciones con una proclama en la que se mandaba aplaudir el hecho, y mirar la compasion como una complicidad con los sentenciados. Todos los ciudadanos, y hasta las mujeres más elegantes, afectaron entónces el rigorismo revolucionario para ocultar el horror con la máscara de la adulacion. La guillotina, instrumento del suplicio, se hizo por algunas semanas un adorno cívico y un ornato de los festines. El lujo, que renacia alrededor de los representantes, hizo de esta máquina en miniatura un dije repugnante del mueblaje ó del adorno de los jacobinos. Sus esposas, sus hijas ó sus queridas llevaban unas guillotinas pequeñitas de oro en los alfileres de pecho y en los pendientes.

Fouché, Collot-d'Herbois y Dorfeuille quisieron sofocar los remordimientos con el más audaz desafío al sentimiento público. Doscientos nueve lyoneses encarcelados esperaban su juicio en la sombría cárcel llamada de Roanne. El estampido del cañon que habia despedazado á sus hermanos resonó hasta en los calabozos de estos presos, que se prepararon á morir, pasando la noche unos en rezar, otros en confesarse con algunos sacerdotes disfrazados, y los más jóvenes, en dar el último adios á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot-d'Herbois fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces, dijo: «¿De qué temple es esta juventud, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana se formó un batallon delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los dos doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del dia. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocia un hijo, un hermano, un pariente, un amigo ó un vecino, se adelantó con paso firme hácia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á traves de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y várias

Matanzas en Lyon.—Pág. 228.

hordas de mujeres inmundas apostrofaban á las víctimas y las llenaban de ultrajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo. «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de Mayo—decian los presos—de todos los pícaros que merecian la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora.» Y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas les decian: «No lloreis por nosotros: por los mártires no se llora».

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto, bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces, con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcon, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar, y pronunciaron la sentencia general; formalidad de muerte que cubria el asesinato en masa con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigian hácia los jueces, ora hácia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con el silencio ó con el desprecio. La columna, empujada por los soldados, volvió á ponerse en marcha hácia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha; en lugar de doscientos nueve, halló doscientos

diez. Eran, segun esto, más los que habia presentes que los que habian sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿Cuáles eran los culpables? ¿Quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situacion, mandó hacer alto á la columna, y dió parte de sus dudas á Collot-d'Herbois. La solucion de aquel escrúpulo exigia un nuevo exámen; éste hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve; el pueblo estaba impaciente, y la muerte esperaba. «¿Qué importa uno más?—respondió Collot-d'Herbois.—Más vale uno de más que uno de ménos. Por otra parte,—añadió para lavarse las manos de este asesinato,—el que muera hoy no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horrorosos, protestando en vano contra aquel error.

XIII

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por su patria, etc.

Las estrofas, cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacian marchar á la columna á compas. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aún con la sangre del dia anterior, se detuvo la columna. Las zanjas, ménos profundas y cubiertas de tierra recientemente removida, atestiguaban que estaban esperando aún nuevos cadáveres. Amarrado á los sauces habia un cable, y á él fueron atados uno á uno los sentenciados por la cuerda que sujetaba los brazos á la espalda. La tropa estaba situada á cuatro pasos de distancia, habiendo tres soldados frente á cada uno de aquellos infelices, y la caballería en pelotones á retaguardia. A la voz de fuego, los seiscientos treinta soldados dispararon á la vez tres tiros sobre cada condenado. Una nube de humo envolvió por un momento aquella escena, pero disipándose en seguida, dejó ver al lado de los cadáveres tendidos en el suelo ó suspendidos de la cuerda más de cien jóvenes que aún se sostenian en pié; los unos, con la vista extraviada, parecian petrificados por el terror; los otros, heridos, suplicaban á sus verdugos que los acabasen de matar; algunos, desatados por haber pegado el tiro en la cuerda que los sujetaba al cable, se arrastraban por el suelo ó huian, cayendo y tropezando por entre los árboles. Consternados los espectadores y enternecidos los soldados, miraban á otro lado para dejarlos escapar. Grandmaison, que presidia en aquel dia la ejecucion, mandó á la caballería que persiguiese á los heridos. Alcanzados por los dragones y despedazados á sablazos, cayeron todos á los piés de los caballos. Uno solo, llamado Merle, corregidor de Macon, patriota, pero adicto á la Gironda, consiguió arrastrarse, aunque perdiendo mucha sangre, hasta los cañaverales del pantano. Los dragones que le perseguian cambiaron de direccion, conmovidos y fingiendo que no le habian visto. El fugitivo siguió corriendo hácia el rio, y al ir á arrojarse en un bote para entrar sin ser notado en la ciudad, un grupo de jacobinos inhumanos le reconoció por la sangre que vertia de sus heridas, y le arrojó vivo en el Ródano. Este desgraciado sufrió la doble muerte del agua y del fuego.

Los soldados acabaron con repugnacia á culatazos y con las bayonetas á las víctimas espirantes que estaban en la calzada. La noche, que iba acercándose,

ahogó sus últimos gemidos. A la mañana siguiente fueron á enterrar los cadáveres, y aún hallaron vivos á algunos de aquellos hombres. Varios sobrevivieron á los golpes que habian recibido, y los trabajadores concluyeron de matarlos con las azadas ántes de cubrirlos con el barro sangriento del foso. «Hemos reanimado—escribia aquella tarde Collot-d'Herbois á la Convencion—la accion de una justicia republicana, es decir, pronta y terrible como la voluntad del pueblo. Esta debe herir como el rayo, y no dejar más que cenizas.» La revolucion habia encontrado sus Atilas.

XIV

Montbrison, Saint-Etienne y Saint-Chamond, todas estas colonias lyonesas, eran teatro de iguales atrocidades, y no les faltaban víctimas que sacrificar. El representante del pueblo Javogues habia establecido la guillotina en Feurs. Un tribunal revolucionario dirigido por él, imprimia al instrumento del suplicio la misma actividad que en Lyon. Las provincias riberanas del Alto Loira se habian deshecho de toda la sangre aristócrata, federalista ó realista que en ellas habia, y que la guillotina hacía correr á torrentes. Esta, como en Lyon, pareció demasiado lenta. El fuego del rayo reemplazó al arma blanca del suplicio. El magnífico paseo de tilos de la avenida del castillo del Rosal, sitio de recreo en todas las fiestas de la ciudad de Feurs, se convirtió en lugar de ejecucion, como los sauces fúnebres de Brotteaux. Se llegó á fusilar allí hasta veintidos personas por dia. La misma impaciencia de muerte parecia poseer á los verdugos y las víctimas: los unos tenian el frenesí del asesinato, y los otros un entusiasmo indefinible por morir. El horror de vivir habia extinguido el que causa naturalmente la muerte. Los jóvenes y los niños pedian que se les permitiese acompañar á sus padres ó á sus parientes al sepulcro y ser fusilados con ellos. Todos los dias tenian que negar los jueces aquellas peticiones de la desesperacion que imploraban el suplicio para evitar otro más cruel, cual era el vivir en medio de tantos horrores. La barbarie de los procónsules no aguardaba á que hubiese crímen, lo prejuzgaba por el nombre, por la educacion ó por el rango. Heria por los crímenes futuros, adelantándose á los años; sacrificaba á la infancia por las opiniones que pudiera tener con el tiempo, á la vejez por sus opiniones anteriores, y á las mujeres por el delito de su ternura ó de sus lágrimas. El luto estaba prohibido como en tiempo de Tiberio; muchos fueron supliciados por haber manifestado tristeza en su semblante ó por haberse vestido de negro. Los sentimientos de la naturaleza llegaron á ser un motivo de acusacion. Para ser puro, era necesario haberla repudiado; todas las virtudes estaban en sentido inverso de como las habia comprendido hasta entónces la humanidad. El jacobinismo de los procónsules de Lyon habia trastornado los instintos de los hombres; el falso patriotismo habia destruido la humanidad. Varios rasgos sublimes y patéticos brillaron, sin embargo, en aquellas saturnales de la venganza. El alma se elevó á la altura de aquellos dramas, y el heroísmo resplandeció en todas las edades y en todos los sexos. El amor desafió á los verdugos y reveló tesoros de ternura y de magnanimidad.

XV

El jóven Dutaillon, de edad de quince años, conducido á la muerte con su familia, se regocijó al pié del cadalso al considerar que con sólo un hachazo iba á reunirse con su padre. «¡Me guarda un sitio allá arriba, no le hagamos esperar!»—dijo este niño al verdugo para que se apresurase á concluir con su vida.

Un hijo de Mr. de Rochefort fué conducido con su padre y tres parientes más al paseo del Rosal, en Feurs, para ser fusilado. El piquete hizo fuego, y sólo tres sentenciados cayeron. El niño quedó ileso, porque enternecidos los soldados, no dirigieron hácia él la puntería. «¡Perdon! ¡perdon!—exclamaron conmovidos los espectadores.—No tiene aún diez y seis años, y podrá ser un buen ciudadano.» Los ejecutores dudaban, y Javogues prometió salvarlo. «No, no, no quiero vuestro perdon, ni tener que deberos la vida á vosotros,—exclamó el niño, abrazando el cuerpo sangriento de su padre.—¡Yo quiero morir! ¡Yo soy realista! ¡Viva el rey!»

La hija de un menestral, jóven de una belleza extremada, fué acusada de no haber querido ponerse la escarapela republicana. «¿Por qué te obstinas—le dijo el presidente—en no querer llevar el signo redentor del pueblo?» «Porque vos le llevais»,—respondió la jóven. El presidente Parrein, admirando tanto valor, y avergonzado de enviar una hermosa criatura al cadalso, hizo señas á un carcelero que estaba detras de la acusada para que pusiese una escarapela en su cabeza; pero ella, habiendo visto la seña, se arrancó la escarapela con indignacion, la pisoteó y marchó á la muerte.

Otra jóven que á impulsos de la metralla habia perdido el dia anterior todo lo que le apegaba á la vida, atravesó la multitud para ir á arrodillarse al pié del tribunal, y suplicó á los jueces que la condenasen. «Habeis muerto á mi padre, á mis hermanos y á mi prometido,—exclamó;—no tengo ya familia, ni amor, ni destino en la tierra. ¡Quiero morir! La religion me prohibe darme la muerte por mi mano. ¡Matadme!»

Un preso jóven llamado Couchoux, sentenciado á morir al dia siguiente con su padre, de edad de ochenta años y privado del uso de las piernas, fué arrojado para esperar la hora del cadalso en los sótanos de la casa de la ciudad. Durante la noche descubrió el medio de poderse escapar por una cloaca que iba á desaguar en el álveo del rio. Seguro de la salida, se volvió á buscar á su padre. El anciano hizo inútiles esfuerzos para sostenerse, pero sucumbió á mitad de camino y suplicó á su hijo que se salvase, abandonándolo á su suerte. «No,—dijo el jóven;—vivirémos ó morirémos juntos.» Cargóse entónces con su padre, y arrastrándose por el subterráneo, huyó á favor de la oscuridad hasta dar con un bote á la orilla del Ródano, y consiguió salvarse en él á una con el autor de sus dias.

Una mujer de veintisiete años, á quien el amor habia exaltado hasta el heroísmo durante el sitio, y que habia combatido con la intrepidez de un soldado, llamada madama Cochet, arengó al pueblo desde la carreta que la conducia al suplicio: «¡Sois unos cobardes—les dijo—en matar á una mujer que ha cumplido con su deber combatiendo por defenderos de la opresion! No es la vida la que siento, sino el hijo que llevo en mi seno. ¡El inocente participará de mi suplicio!

¡Monstruos,—añadió, mostrando con la mano su seno, que atestiguaba su estado de preñez,—no habeis querido esperar algunos dias, temiendo que yo pariese un vengador de la libertad!» El pueblo, conmovido, tanto por el estado en que se hallaba aquella heroína, como por su juventud y su belleza, la seguia en silencio. Un grito unánime de perdon salió de la multitud, pero el chirrido de la cuchilla que cortaba dos vidas á la vez interrumpió el tardío clamor del pueblo. Cuarenta y cinco cabezas fueron aquel dia transportadas en el carreton del ejecutor. Para sofocar aquellos movimientos compasivos de la multitud, los procónsules habian reclutado algunos hombres asalariados que, colocados en las ven-

Fusilamientos en Lyon.—Pág. 230.

tanas de la plaza, aplaudian cada vez que caia la cuchilla, del mismo modo que puede aplaudirse en un teatro á un buen actor.

XVI

Una jóven de diez y siete años, de una hermosura varonil, y que recordaba á Carlota Corday, habia combatido con sus hermanos y con su prometido en las filas de los artilleros lyoneses. La ciudad entera admiró su intrepidez, y Precy la citaba como ejemplo á sus soldados. Tan valiente como modesta, no manifestaba exteriormente su heroísmo sino en el fuego. Era soltera, y se llamaba María Adrian. «¿Cuál es tu nombre?»—le preguntó el juez, admirado de su juventud y ofuscado por sus encantos. «María,—respondió la jóven acusada,—el nombre de la Madre de Dios, por quien voy á morir.» «¿Tu edad?» «Diez y siete años, la edad de Carlota Corday.» «¿Cómo has podido á tu edad manejar el cañon contra tu patria?» «Para defenderla.» «Ciudadana,—le dijo uno de los jueces,—admiramos tu valor. ¿Qué

harias si te concediésemos la vida?» «Os atravesaria con un puñal por verdugos de mi patria»,—respondió irguiendo la cabeza. En seguida subió en silencio y con los ojos bajos los escalones del cadalso, más intimidada por las miradas de la multitud que por la muerte. Rehusó la mano que le ofrecia el verdugo para que no tropezase al subir, y gritó dos veces: «¡Viva el rey!» Al despojarla de sus vestidos, el verdugo encontró en su pecho un billete escrito con sangre; era la despedida de su prometido, ametrallado algunos dias ántes en Brotteaux. «Mañana á esta misma hora,—le decia á su prometida,—no existiré. No quiero morir sin decirte por última vez que te amo. Aunque me ofreciesen el perdon por decir lo contrario, lo rehusaria. No tengo tinta, y me he abierto una vena para escribirte con mi sangre. Quisiera confundirla con la tuya por toda una eternidad. Adios, mi amada María. No llores, para que los ángeles te encuentren tan hermosa como yo en el cielo. Voy á esperarte. ¡No tardes mucho!» Los dos amantes no estuvieron separados sino algunas horas. El pueblo supo admirar, pero no quiso conceder el perdon.

Los suplicios en masa no cesaron hasta que se conoció el disgusto de los soldados, indignados de verse convertidos en verdugos. Los suplicios individuales se multiplicaron hasta el extremo de mellar las cuchillas y cansar á los ejecutores. «¿Tienes necesidad de un verdugo más activo?—escribia el jacobino Achard á Collot-d'Herbois.—Yo me ofrezco á serlo.» Los cuerpos insepultos, apiñados en las orillas del Ródano, le infestaban é infundian temores de peste. Las ciudades y las poblaciones del litoral se quejaron á la Convencion de la fetidez del ambiente y de la suciedad del agua que bajaba de Lyon. Los jacobinos y los representantes estaban sordos, y reanimaban su furor en los banquetes patrióticos. Dorfeuille, Achard, Grandmaison, los jueces, los administradores y sus satélices, brindaban por la rapidez de la muerte y por la energía del verdugo. Parodiando la cena de Jesucristo, se pasaban de mano en mano una copa llena de vino, animándose mutuamente á apurarla. «Esta es la copa de la igualdad,—dijo Grandmaison;—hé aquí la sangre de los reyes. Tomad y bebed.» «Republicanos,—repuso Dorfeuille,—este banquete es digno del pueblo soberano. Reunámonos, administradores, estado mayor, miembros de los tribunales y funcionarios públicos, cada década, para beber juntos en un mismo cáliz la sangre de los tiranos.»

Llamado á Paris Collot-d'Herbois por los primeros rumores de la indignacion del pueblo contra estos asesinatos en masa, se justificó en los Jacobinos. «Se nos llama antropófagos,—les decia.—Los aristócratas son los que hablan así. Se examina con cuidado el modo de morir de los contrarevolucionarios. Se esparce la voz que no mueren del primer golpe. Pregunto yo ahora: ¿cuántos recibió Chalier? La gota más pequeña de la sangre de un patriota cae sobre el corazon. No tengo compasion de los conspiradores. Hemos cañoneado doscientos á la vez, y de esto se nos ha hecho un crímen. ¿Ignoran los que esto dicen que no es sino una prueba de sensibilidad? Caiga sobre ellos el rayo popular, sin dejar más que la nada y las cenizas.» Los jacobinos aplaudieron este feroz discurso.

Fouché, que permaneció en Lyon para continuar la epuracion del Mediodía, escribia á Collot-d'Herbois, para felicitarse con él de su comun triunfo: «Y nosotros tambien combatimos á los enemigos de la república en Tolon, ofreciendo á sus miradas miles de cadáveres de sus cómplices. Aniquilemos de un solo golpe en nuestra ira á todos los rebeldes, á todos los conspiradores y á todos los traidores.

Ejerzamos la justicia á ejemplo de la naturaleza. Venguémonos como pueblo. Hiramos como el rayo, y que la ceniza misma de nuestros enemigos desaparezca del suelo de la libertad. Que la república no sea más que un volcan. Adios, amigo mio. Lágrimas de alegría corren por mis ojos é inundan mi alma. No tenemos más que un modo de celebrar nuestras victorias: esta tarde enviarémos doscientos trece rebeldes á que sufran el fuego del rayo».

Sin embargo, áun en el mismo Lyon, algunas almas republicanas osaron respirar libremente la humanidad, deshonrar el crímen y acusar á los verdugos. Varios ciudadanos nada sospechosos se dirigieron á Robespierre como al moderador de la república. Se sabía por la correspondencia de Couthon con algunos patriotas de Lyon que Robespierre se indignaba en el comité de salud pública de las proscripciones de Collot-d'Herbois y de Fouché, y de la destruccion de la segunda ciudad de Francia. «Estos Marios de teatro—decia en su intimidad en casa de Duplay, aludiendo al oficio de procónsul,—no reinarán dentro de poco sino sobre ruinas.» Fouché, en sus cartas á Duplay, se esforzaba por engañar á Robespierre, y le presentaba á Lyon como una contrarevolucion permanente. En toda la república se conocian las disensiones secretas que fermentaban ya en el comité de salud pública, entre el partido de Robespierre y el de Collot-d'Herbois, y que los unos buscaban en la revolucion un órden social bajo las ruinas, y los otros no buscaban en ellas sino rapiñas y venganzas. Algunos republicanos del partido de Robespierre se reunian misteriosamente en Lyon, esperando el menor síntoma de variacion en la opinion pública. Uno de ellos, llamado Gillet, se atrevió á firmar una carta escrita con consentimiento de todos. «Ciudadano representante,—decia en esta carta dirigida á Robespierre,—he habitado los sótanos y las catacumbas, he sufrido el hambre y la sed durante el sitio de mi patria; si éste hubiese durado uno ó dos dias más, hubiera perecido víctima de mi adhesion á la causa de la Convencion, que es, á mi modo de ver, el centro de union de todos los buenos ciudadanos. Por lo tanto, tengo derecho de hablar hoy de justicia y de moderacion en favor de mis enemigos. Los que aquí atentan á la libertad de cultos son ahora los verdaderos culpables. Apresúrate, ciudadano, á hacer expedir un decreto que los condene á muerte, y que purguen de este modo la tierra de la libertad. El mal es grande, la llaga profunda; es necesario una mano violenta y pronta. Nuestros campos son víctimas del estupor. Los labradores siembran con la certeza de no coger el fruto de sus afanes. El rico oculta su oro, y no se atreve á hacer trabajar al indigente. Todo el comercio está paralizado. Las mujeres ahogan el instinto de la naturaleza, maldiciendo el dia en que van á ser madres. El moribundo llama á su pastor para oir de su boca palabras de consuelo y de esperanza, y el pastor se ve amenazado con la guillotina si va á confesar á su hermano. Las iglesias han sido devastadas, los altares destruidos por unos malvados que pretenden marchar en nombre de la ley, cuando en realidad no marchan sino por órden de otros tan malvados como ellos. ¡Gran Dios! ¡A qué tiempo hemos llegado! Todos los buenos ciudadanos, ó casi todos, bendicen la revolucion, y todos maldicen y lloran la tiranía. La crísis es tal, que estamos en vísperas de las más grandes desgracias. La explosion de la mina que se carga en estas comarcas exterminará acaso la Convencion entera, si no te apresuras á inutilizarla... Medita, Robespierre, estas verdades que me atrevo á firmar, aunque me cueste la vida el haberlas escrito.»

XVII

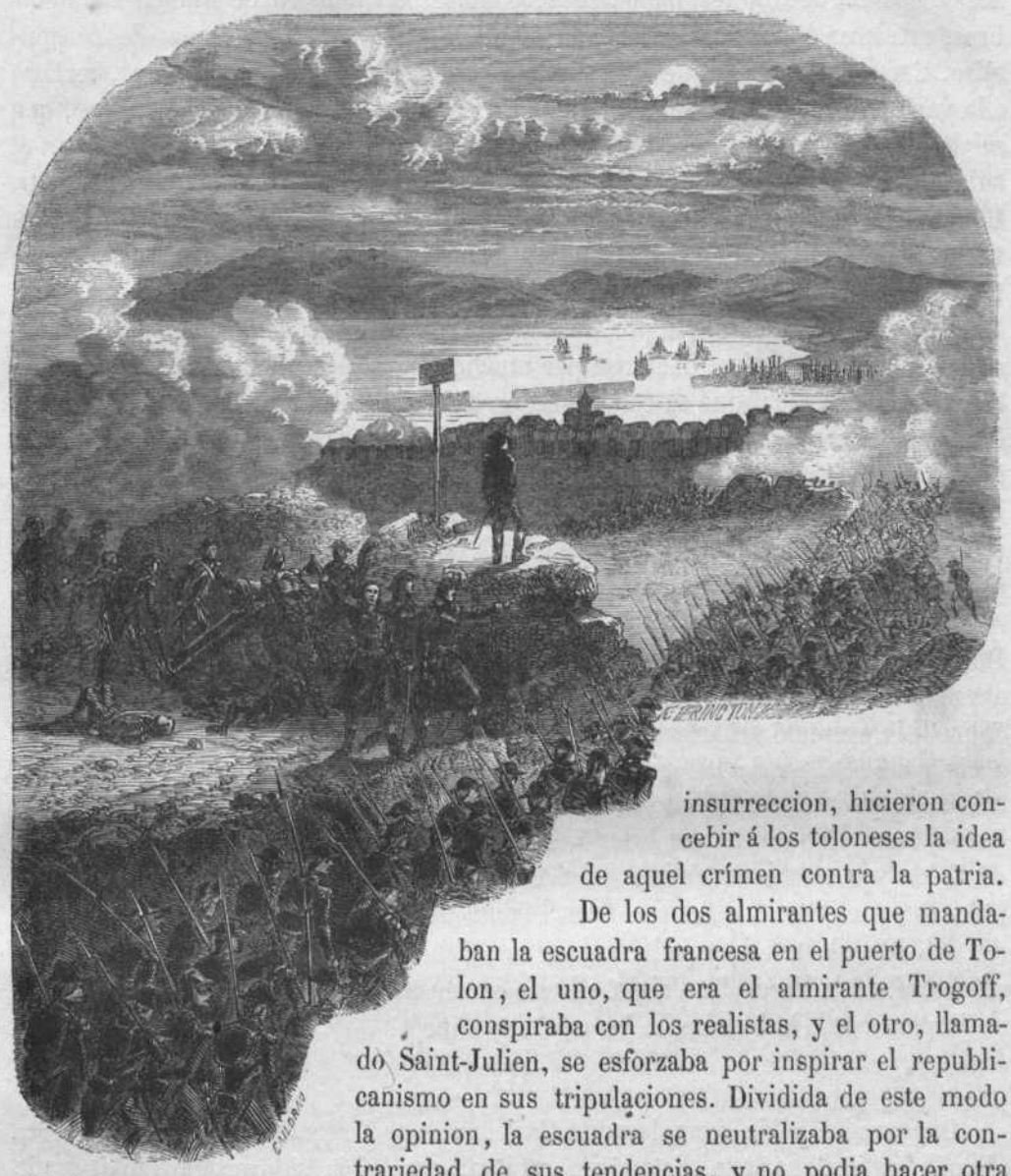
Aquellos remordimientos de los republicanos puros se ahogaban en Paris por los gritos dementes del partido de Hebert, de Chaumette y de Collot-d'Herbois. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que no se atrevian á atacar aún á aquel partido, callaban, esperando que la indignacion pública estuviese bastante sublevada para arrojarla sobre los terroristas. Pero miéntras que las cenizas de Lyon se anegaban en torrentes de sangre, el incendio de la guerra civil prendió en Tolon.

Tolon, puerto el más importante de la república, y ciudad ardiente y móvil como el sol y el mar del Mediodía, habia pasado rápidamente desde el exceso del jacobinismo al abatimiento y al disgusto por la revolucion. Imitando los movimientos de Marsella cuando los sucesos del 10 de Agosto, Tolon habia lanzado contra Paris la flor de su juventud mezclada con la hez de su poblacion. La Provenza habia llevado su ardimiento á Paris; pero la misma fogosidad que habia hecho tan terribles á los provenzales contra el trono de Luis XVI, les hacía incapaces de someterse por mucho tiempo al yugo de una república central y uniforme, como la que Robespierre, Danton, los Franciscanos y los Jacobinos querian fundar. Aquellas antiguas colonias, fundadas por los focios y los griegos en las playas de la Provenza, habian conservado algo de la perpetua agitacion y de la insubordinacion de las playas de donde eran originarias. El espectáculo del mar hace al hombre más libre y más indomable, porque ve continuamente la imágen de la libertad en sus olas, y su alma contrae la independencia de aquel elemento.

Los toloneses, así como los de Burdeos y Marsella, propendian hácia el federalismo de la Gironda. El trato frecuente con los oficiales de la armada, casi todos realistas; el dominio del clero, casi omnipotente sobre las imaginaciones del Mediodía; los ultrajes y los martirios que sufria la religion bajo el reinado de los jacobinos, la indignacion contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux habia cometido en Marsella, y aquella gran escision, en fin, de una república que se deshacia en facciones y que degollaba á sus fundadores, todo esto provocaba á Tolon á insurreccionarse.

XVIII

La escuadra inglesa al mando del almirante Hood cruzaba en el Mediterráneo, y mantenia aquellas disposiciones hostiles por medio de correspondencias secretas con los realistas de Tolon. La escuadra se componia de veinte navíos de línea y veinticinco fragatas. El almirante Hood se presentó á los toloneses como aliado y como libertador, más bien que como enemigo, prometiéndoles conservar la ciudad, el puerto y la escuadra, no como conquista, sino como un depósito que entregaria al sucesor de Luis XVI, tan pronto como Francia hubiese ahogado á los tiranos que la oprimian. La opinion de los toloneses pasó con la rapidez del viento del jacobinismo al federalismo, de éste al realismo, y del realismo á la defeccion. Ocho mil fugitivos de Marsella apiñados en Tolon por el terror de las venganzas de la república, lo inexpugnable de sus muros, las baterías de sus buques, la presencia de las escuadras española é inglesa combinadas, y dispuestas á proteger la



Sitio de Tolon; toma del fuerte Mulgrave.—Pág. 238.

insurreccion, hicieron concebir á los toloneses la idea de aquel crímen contra la patria. De los dos almirantes que mandaban la escuadra francesa en el puerto de Tolon, el uno, que era el almirante Trogoff, conspiraba con los realistas, y el otro, llamado Saint-Julien, se esforzaba por inspirar el republicanismo en sus tripulaciones. Dividida de este modo la opinion, la escuadra se neutralizaba por la contrariedad de sus tendencias, y no podia hacer otra cosa fraccionándose que seguir el movimiento que le imprimiese el partido vencedor. Situada entre una ciudad sublevada y un mar bloqueado, debia quedar forzosamente destrozada, ó por el cañon de los fuertes, ó por el de los ingleses, ó por ambos á la par. La poblacion de Tolon, en que fermentaban á la vez tantos elementos combinados, se sublevó á la aproximacion de la vanguardia de Carteaux con una unanimidad que excluia hasta la idea del remordimiento. Hizo cerrar el club de los Jacobinos, sacrificó á su jefe, encarceló á los representantes del pueblo Bayle y Beauvais, comisionados en aquel punto, y llamó en su ayuda á los ingleses, á los españoles y á los napolitanos.

Al aspecto de las escuadras enemigas, el representante Beauvais se suicidió en la cárcel. La escuadra francesa, á excepcion de algunos navíos que el almirante Saint-Julien mantuvo algunos dias en su deber, arboló bandera blanca. Los tolo-

neses, los ingleses y los napolitanos reunidos, en número de quince mil hombres, artillaron los fuertes y las avenidas de la plaza contra las tropas de la república. Carteaux, saliendo de Marsella á la cabeza de cuatro mil hombres, rechazó á la vanguardia enemiga de las gargantas de Ollioules, y el general Lapoype, que se destacó del ejército de Niza con siete mil hombres, embistió á Tolon por el lado opuesto. Los representantes del pueblo Freron, Barras, Ricord, Salicetti, Robespierre el jóven y Gasparin vigilaron y dirigieron las operaciones y combatieron, todo á la vez. El escaso número de republicanos, el espacio inmenso que tenian que ocupar para circunvalar las montañas que están tocando con Tolon, los fuegos de los fuertes que protegian desde lo alto aquel anfiteatro, y la inexperiencia de los generales, dilataron por mucho tiempo los ataques é hicieron temblar á la Convencion, que se contempló perdida si dejaba aquella traicion impune. Tan pronto como Lyon dejó tropas á disposicion del comité de salud pública, Carnot se apresuró á lanzarlas sobre Tolon al mando del general Doppet, vencedor de Lyon. Freron y Barras estaban resueltos á arruinar á Tolon, aunque tuviesen que destruir la marina y los arsenales.

Un capitan de artillería enviado por Carnot al ejército de los Alpes, fué detenido á su paso para reemplazar en el ejército sitiador al comandante de artillería Donmartin, que habia sido herido en el ataque de Ollioules. Aquel jóven oficial era Napoleon Bonaparte. La fortuna le salió allí al encuentro. Su compatriota Salicetti le presentó á Carteaux. En pocas palabras y en pocos dias hizo brillar su genio y fué el alma de las operaciones. Predestinado á hacer prevalecer la fuerza sobre la opinion y el ejército sobre el pueblo, se le vió aparecer por primera vez envuelto en el humo de una batería, peleando al mismo tiempo contra la anarquía en Tolon y contra los enemigos en el puerto. Su porvenir estaba en aquella actitud. ¡Genio militar que despuntó en el fuego de una guerra civil para apoderarse del soldado, ilustrar la espada, ahogar la palabra, extinguir la revolucion y hacer retrogradar á la libertad un siglo! ¡Gloria inmensa, pero funesta, que la posteridad no juzgará como lo han hecho los contemporáneos!

XIX

Dugommier habia reemplazado á Carteaux. Aquél reunió un consejo de guerra al cual asistió Bonaparte. Este jóven capitan, que habia sido promovido al grado de comandante de batallon, reorganizó la artillería, aproximó las baterías á la plaza, conoció de una ojeada el punto vulnerable de la posicion que debia batir, y marchó al objeto principal sin hacer caso de todo lo demas. El general inglés O'Hara hizo una salida desde el fuerte Malbosquet con seis mil hombres, pero cayó en una emboscada dirigida por Bonaparte, y fué herido y hecho prisionero. El fuerte Mulgrave fué atacado por dos columnas, á pesar de las órdenes de los representantes. Bonaparte y Dugommier entraron los primeros por la brecha, y la victoria les justificó. «General,—dijo Bonaparte á Dugommier, que estaba cargado de años y de fatiga,—idos á descansar, porque acabamos de tomar á Tolon.» El almirante Hood vió al amanecer las baterías francesas apuntadas contra todas las pendientes y dispuestas á batir al puerto. El viento del otoño rugia, el cielo se nublaba, el mar estaba alborotado, y todo anunciaba que los próximos temporales del invierno iban á cerrar la salida del puerto á los ingleses.

A la caida del dia, algunas chalupas enemigas remolcaron al brulote *Vulcano* hasta el centro de la escuadra francesa. Una cantidad inmensa de materias combustibles fué amontonada en los almacenes, en los astilleros y en los arsenales. Varios oficiales ingleses esperaban la señal del incendio con el lanzafuego en la mano. Dan las diez en el reloj del puerto, y del centro de la ciudad sale un cohete que se eleva y cae echando chispas; ésta era la señal, y los lanzafuegos se dirigen á los regueros de pólvora. El arsenal, los establecimientos, los repuestos marítimos, las maderas de construccion, el alquitran, los cáñamos, los armamentos de aquella escuadra y de aquel depósito naval, son consumidos en pocas horas. Aquel horno inmenso en donde quedó reducida á cenizas la mitad de la marina francesa, alumbró por toda una noche las olas del Mediterráneo, las faldas de las montañas, los campamentos de los representantes y los navíos ingleses. Los habitantes de Tolon, que iban á ser abandonados dentro de pocas horas á la venganza de los republicanos, erraban por los muelles. El silencio que el horror del incendio causó en los dos campos no fué interrumpido sino por la explosion de los almacenes de pólvora y la de diez navíos y quince fragatas, que lanzaban sus cascos y sus cañones al aire ántes de hundirse en las aguas. Los rumores de la salida de las escuadras combinadas y de la rendicion de la plaza se habian esparcido por la poblacion. Doce mil personas, entre toloneses y marselleses refugiados, hombres, mujeres, niños, ancianos, heridos y enfermos, salieron de sus moradas y se apiñaron en la playa, disputándose el sitio en las embarcaciones, que los transportaban á los navíos ingleses, españoles y napolitanos. Un mar alborotado y las llamas que corrian entre las olas, hacian el transporte de los fugitivos más peligroso y más lento. A cada instante, los peligros de un bote que se iba á pique y los cadáveres que el oleaje arrojaba á la costa desanimaban á los marineros. Los restos incendiados del arsenal y de la escuadra llovian sobre aquella multitud y aplastaban filas enteras. Una batería del ejército sitiador barria con sus balas y granadas el puerto y el muelle. Separados en aquella confusion los individuos de una misma familia, se buscaban, se llamaban á gritos en medio de aquel laberinto de voces y de aquel oleaje de la multitud. Las mujeres perdian á sus maridos, las hijas á sus madres, y las madres á sus hijos. Algunos cuyos parientes estaban ya embarcados, pero que los creian aún en la ciudad, rehusaban entrar en los botes, se arrastraban por el suelo desesperados en la playa, ó se venian á tierra, no queriendo huir sin los séres que amaban; otros se sacrificaban y se precipitaban á la mar para aligerar las chalupas, demasiado cargadas, salvando con un suicidio á sus hijos, madres ó mujeres. Dramas patéticos y terribles tuvieron lugar en el horror de esta noche fatal, que recordaba aquellas generaciones de las poblaciones antiguas del Asia Menor ó de la Grecia, abandonando en masa su patria, llevando consigo sus riquezas y sus dioses á la luz del incendio de sus ciudades. Cerca de siete mil habitantes de Tolon, sin contar los oficiales y tripulaciones de la escuadra, recibieron un asilo en los buques ingleses y españoles. El crímen de haber entregado las playas y las armas de Francia á los extranjeros, y el de haber arbolado el pabellon real, era imperdonable. Desde el medio de las olas dieron el último adios á las colinas de la Provenza, iluminadas por las llamas que devoraban sus hogares y sus olivos. En este momento supremo, la explosion de dos fragatas que contenian miles de barriles de pólvora, y que los

españoles se habian olvidado de echar á pique, estalló como un volcan sobre la ciudad y sobre el mar. Formidable despedida, en la cual la guerra civil hizo llover fuego sobre los vencidos y sobre los vencedores.

Al siguiente dia los ingleses levaron anclas, llevándose los navíos que no pudieron incendiar, y se hicieron á la vela. Los refugiados de Tolon fueron transportados casi todos á Liorna, y la mayor parte se establecieron en Toscana; sus familias aún subsisten allí, como lo atestiguan los muchos apellidos franceses que se encuentran entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

XX

El 20 de Diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habian desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del anciano general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se habia derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de Francia. «¡Que las bombas y la mina—dijo Barere—destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede más que un puerto militar habitado solamente por los defensores de la república!»

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus Memorias. — Su carta á Robespierre.—Su causa.—Su sentencia.—Su muerte.—Suicidio de Roland.

I

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces, entre la república y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habian interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos, parecia que la guillotina se habia elevado al rango de una institucion que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolucion dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Segun ellos, debia ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal del comité de salud pública, se apresuraba á enviar á la muerte á todos los que se le designaban. El juicio no era más que una breve é inútil formalidad.

El nombre de madama Roland no podia escapar por mucho tiempo al resentimiento del pueblo, porque este nombre significaba todo un partido. Aquella mujer, alma de la Gironda, podia ser una Némesis si se la dejaba sobrevivir á los amigos ilustres que la habian precedido en el sepulcro. Unos vivian aún, y era necesario intimidarlos hiriendo á su ídolo; otros habian muerto, y era necesario humillar su memoria asociándola á la execracion popular que inspiraba una mujer odiosa al pueblo y sospechosa á la libertad. Tales fueron los motivos que hicieran pedir por la municipalidad y por los Jacobinos el juicio de madama Roland.

II

El comité de salud pública, ejecutor que, aunque se afligiese de serlo algunas veces, era siempre complaciente con las voluntades del populacho, inscribió el nombre de madama Roland en las listas que remitia todas las noches á Fouquier-Tinville. Robespierre firmó la lista con un remordimiento visible, que no pudo evitar que se conociese en su semblante. En los primeros tiempos de la residencia en Paris del diputado por Arras, cuando era aún desconocido, habia frecuentado la casa de

aquella mujer. En la época en que la Asamblea constituyente humillaba el orgullo y despreciaba la palabra de Robespierre, madama Roland adivinó su genio, honró su obstinacion y animó su desconocida elocuencia. Este recuerdo pesaba sobre la mano del miembro del comité de salud pública en el momento en que firmaba aquella lista, en la cual sabía muy bien que no habia sido inscrito nadie que no fuese desde el tribunal al cadalso. Madama Roland y Robespierre habian principiado juntos la revolucion, y la revolucion los habia conducido, al uno á la cima del poder, y á la otra al colmo de la adversidad. Robespierre debia tal vez al estímulo de esta mujer el imperio que tenia sobre la opinion, imperio que le daba el derecho de salvarla ó de perderla. Todo hombre generoso se hubiera conmovido con estas relaciones y este recuerdo. Robespierre era estoico, tomaba la inflexibilidad por la fuerza, y la obstinacion por firmeza de voluntad. Se hubiera arrancado él mismo su corazon si éste hubiera sido capaz de aconsejarle una debilidad; el espíritu de sistema habia muerto en él la naturaleza; se creia ser superior al hombre inmolando la humanidad. Cuanto más sufria por esta violencia, tanto más justo se creia, y habia llegado á un extremo de sofisma y á una exageracion tal de una falsa virtud, que rechazaba de sí, reputándolos como crímenes, todos sus buenos sentimientos.

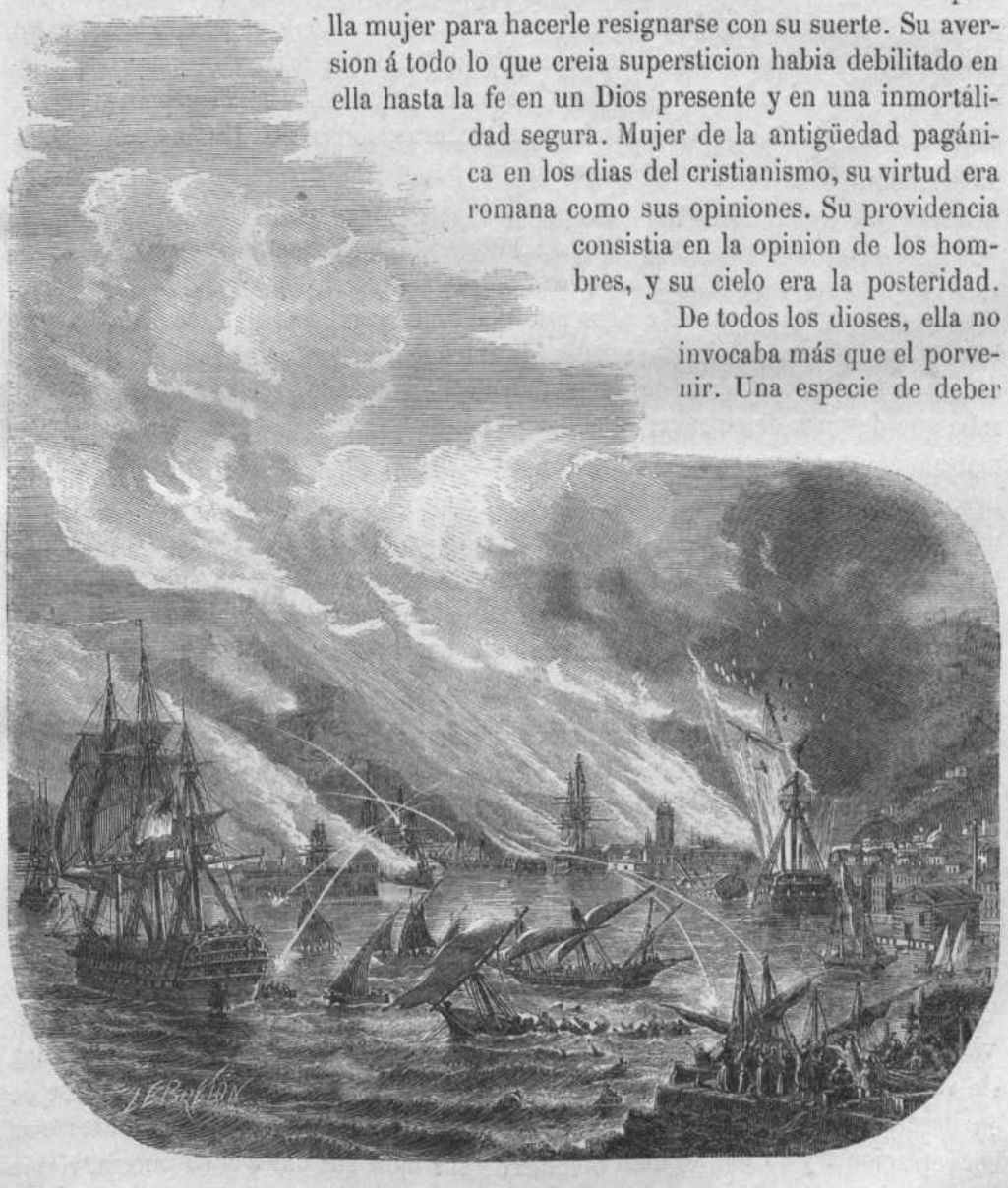
Madama Roland estaba encerrada en la cárcel de la Abadía desde el 31 de Mayo. Hay almas á quienes la posteridad contempla con más curiosidad y con más interes que á todo un imperio, porque ellas reasumen en su situacion, en su sensibilidad, en su elevacion y en su caida todas las vicisitudes, todas las catástrofes, toda la gloria y todo el infortunio de su época. Madama Roland era una de estas almas. En su vehemencia, en su pasion, en sus ilusiones, en su martirio, en su abatimiento actual, y tambien en su inmortal esperanza, personificaba desde el interior de su calabozo toda la revolucion. Aislada del resto del universo, arrancada á un padre, á un esposo y á una hija, inundaba con torrentes de lágrimas interiores el fuego de una imaginacion ardiente, unida como una llama á los restos de un buque incendiado.

III

Los carceleros de la Abadía endulzaron cuanto la tristeza de las paredes de una cárcel lo permitian el cautiverio de aquella célebre mujer. Hay séres á quienes no se les puede perseguir sino de léjos. La hermosura ablanda todos los corazones que á ella se aproximan. A madama Roland se le dió, sin que lo supiesen los agentes de la municipalidad, una habitacion alumbrada por los rayos del sol, y le permitieron tener flores. Cuando aquella mujer era dichosa, gustaba mucho de ellas, mirándolas como el lujo más divino y ménos caro. Las rejas de su calabozo, cubiertas de frondosas enredaderas, al ménos le hacian formarse la ilusion de que se hallaba en completa libertad; permitiósele que hablase con algunos amigos, y muy particularmente con los libros, deseo favorito de aquella alma poética, que al recorrer sus páginas creia conversar con las grandes almas de la antigüedad. Tranquila por la suerte de su marido, que sabía estaba refugiado en Rouen, en casa de un amigo de confianza; tranquila por el porvenir de su hija, que su amigo Bosc, administrador del Jardin botánico, habia confiado á madama Creuzé de La-

touche, su madre adoptiva; orgullosa de sufrir por la libertad, y feliz en padecer por sus amigos, experimentó una especie de sosiego voluptuoso de sus sensaciones en el silencio y en la soledad de su calabozo. La naturaleza ha puesto la calma en el exceso del infortunio, como una cama mullida en el fondo de un abismo, para endulzar la sensacion de la caida á los desgraciados. La certeza de no poder caer más abajo, el desafío á los hombres de llevar más léjos su venganza, y el goce interior de su propio valor, hacen al paciente superior al verdugo. Estos tres sentimientos sostenian á la vez á madama Roland, haciendo de sus sufrimientos un glorioso espectáculo para ella, en cuyo drama era á un mismo tiempo la protagonista y el espectador.

Separóse con el pensamiento del mundo, del tiempo y de sí misma, y quiso vivir anticipadamente en la posteridad. Ni los goces del mundo ni la moral del cristianismo tuvieron influencia sobre el alma de aquella mujer para hacerle resignarse con su suerte. Su aversion á todo lo que creia supersticion habia debilitado en ella hasta la fe en un Dios presente y en una inmortalidad segura. Mujer de la antigüedad pagánica en los dias del cristianismo, su virtud era romana como sus opiniones. Su providencia consistia en la opinion de los hombres, y su cielo era la posteridad. De todos los dioses, ella no invocaba más que el porvenir. Una especie de deber



Incendio del puerto de Tolon.—Pág. 230.

abstracto y estoico, que se juzga á sí mismo y que halla en este juicio su propia recompensa, le servia de esperanza, de consuelo y de piedad; pero su alma era tan fuerte y tan pura, que aquella virtud sin recompensa y sin pruebas le bastaba para mantenerse de pié en la adversidad y firme á la vista del cadalso.

No pudiendo, pues, obrar, se recogió dentro de su propio pensamiento. Se procuró por la complicidad de sus guardias algunos pliegos de papel, tinta y una pluma, y escribió en fragmentos su vida pública y privada. Cada dia ocultaba una de estas páginas á la vigilancia de sus guardianes, confiándolas á Bosc, que las ocultaba cuidadosamente, guardándolas para otros tiempos mejores. Con esto le parecia á madama Roland que habia robado un año de su vida á la muerte, y que ocultaba á la nada lo que consideraba como la mejor parte de sí misma: su recuerdo. En aquellas páginas mezclaba, con el desórden y con la precipitacion de un pensamiento que no tiene un mañana, los sueños más femeniles de su infancia y las preocupaciones más lúgubres de su prision. En el mismo libro se ve á la jóven en la buhardilla de la calle de Plateros aspirando amor y gloria, y un paso más adelante la cautiva aislada en su calabozo, separada de su hija, de su esposo y de sus amigos, deshojando una á una todas sus ternuras, todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, y á quien aguarda el cadalso.

IV

Sin embargo, aunque este libro esté dedicado, segun las apariencias, á la posteridad, se conoce en ciertas señales de inteligencia que se hallan en él que se dirigia sobre todo al alma de un confidente desconocido. Madama Roland esperaba que despues de su muerte, el ojo perspicaz de un amigo tierno traduciria los pensamientos de su alma y veria con toda claridad en aquellas páginas las ilusiones, los suspiros y las revelaciones de su corazon. Estas Memorias son una especie de conversacion en voz baja, de la que el público pierde una gran parte; son una conversacion suprema, ó la despedida del mundo de un alma grande. Se teme á cada palabra que se va leyendo que la confidencia sea interrumpida por la llegada del verdugo, y se cree que la cuchilla está suspensa sobre el escritor, pronta á cortar el pensamiento á una con la cabeza.

Estos solaces de su cautiverio endulzaron las sensaciones de su tristeza disipándolas. La palabra es en estos casos una venganza; la indignacion que se exhala nos consuela. La cautiva tenia algunos momentos de esperanza, y áun llegó á verse en libertad por espacio de algunas horas. Ebria de alegría, se apresuró á ir á su casa para abrazar á su hija y para volver á ver el hogar doméstico; pero aquella libertad de un dia no era más que un lazo de sus perseguidores. Los satélites de la municipalidad espiaban su gozo para envenenarlo, y aguardándola á la entrada de su casa, no la dejaron tocar á la puerta, ni pisar sus umbrales, ni oir la voz de su hija, ni ver las lágrimas de sus criados. A pesar de sus súplicas, la detuvieron y la arrojaron, apénas se creyó libre, á la cárcel de Santa Pelagia, sentina de vicios en donde se recogia á las prostitutas de las calles de Paris. Tratóse de envilecerla con su contacto y de martirizarla en su pudor. Sus costumbres, sus conversaciones y su lepra moral ofendieron sus ojos, sus oidos y su pureza. Habia aceptado la muerte, y la condenaban á la infamia.

La compasion de sus carceleros la sacó de aquel cenagal, dándole un cuarto, una mala cama y una mesa. Allí continuó sus Memorias, y vió algunas veces á sus amigos Bosc y Champagneux. El cobarde Lanthenas, confidente asiduo de su hogar en los dias de su poder, y el ingrato Pache, elevado por ella y por su marido al poder, estaban el uno en la cima de la Montaña y el otro en la cima de la municipalidad; pero ambos afectaron no conocerla. Danton, que estaba

Madama Roland en Santa Pelagia.—Pág. 244.

ausente, volvió la vista hácia otro lado, y Robespierre no osaba ocultar una cabeza al pueblo. Sin embargo, la antigua amistad que habia existido entre él y madama Roland, dió á la cautiva un instante de esperanza y casi de debilidad. Estaba indispuesta en la enfermería de la cárcel; un médico que se decia amigo de Robespierre fué á visitarla, y le habló de él. «He conocido á Robespierre,—dijo ella,—y le he estimado mucho, creyéndole un amigo sincero de la libertad; pero temo que en el dia ame el despotismo, y quizá la venganza. Le creo susceptible de prevencion, fácil en apasionarse, lento en abandonar sus juicios, juzgando culpables con demasiada ligereza á todos los que no participan de sus opiniones. Yo le he visto mucho; pedidle que ponga la mano sobre su conciencia, y que os diga si

piensa mal de mí.» Esta conversacion le sugirió la idea de dirigirse á Robespierre, y habiendo cedido á ella, le escribió.

V

«Robespierre,—le decia en aquella carta á la vez patética y provocativa,—voy á probaros: os repito lo que he dicho al amigo que os dará este billete. Ya podeis pensar que no voy á suplicaros nada; jamás me he bajado á nadie, y no sería desde el interior de una cárcel desde donde yo dirigiria una súplica al hombre que tiene poder para abrírmela. El ruego se ha hecho para los culpables y para los esclavos. La inocencia se justifica, y es bastante. La queja tampoco me conviene, porque sé sufrir. Tambien sé que en el nacimiento de las repúblicas, las revoluciones escogen por víctimas á los mismos que las han llevado á cabo: ésta es su suerte; sólo la historia las venga. Pero ¿por qué singularidad, yo, mujer, estoy expuesta á las tempestades que no caen ordinariamente sino sobre los grandes actores de las revoluciones?... Robespierre, os desafio á que creais con fundamento que Roland no es un hombre honrado; vos le habeis conocido; tiene la rudeza de la virtud, como Caton tenia su aspereza. Estaba disgustado de los negocios, irritado de las persecuciones, fastidiado del mundo y cansado por los años y por los trabajos; no queria más que lamentarse en un retiro ignorado, y oscurecerse allí en el silencio para evitar un crímen á su siglo. Mi pretendida complicidad sería graciosa si no fuese atroz. ¿De dónde procede si no esa animosidad contra mí, que jamás he hecho mal á nadie, y que no sé ni áun desearlo á los que me le hacen? Educada en el retiro, nutrida de estudios serios que han desarrollado en mí algun tanto de carácter, entregada á gustos sencillos, entusiasta por la revolucion, extraña á los negocios por mí sexo, pero hablando de ellos con calor, he despreciado las primeras calumnias lanzadas contra mí, creyéndolas un tributo forzoso pagado á la envidia por una situacion que el vulgo tenia la simpleza de mirar como elevada, y á la que yo preferia el estado pacífico en que habia pasado tan dichosos dias...

»Sin embargo, ¡me veo presa hace cinco meses, y arrancada de los brazos de mi hija, que no puede tampoco reposar en el seno que la ha criado! ¡Alejada de todo lo que me es más querido, objeto de las invectivas de un pueblo engañado, oyendo bajo mis ventanas á los centinelas que me vigilan hablar de mi próximo suplicio, leyendo las asquerosas diatribas que vomitan contra mí escritores que nunca me han visto!... Nada he dicho, nada he pedido, ni he fatigado á nadie con mis reclamaciones: orgullosa de luchar con mi mala fortuna y de tenerla sujeta bajo mis piés...

»Robespierre, no es para excitar en vos una compasion á la cual soy superior, y que tal vez me ofenderia, por lo que os presento este cuadro; es únicamente para vuestra instruccion. La fortuna es voluble, é igualmente lo son los favores populares. Ved la suerte de los que agitaron al pueblo, le complacieron ó le gobernaron, desde Vitelio hasta César, y desde Hippon, arengador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses... Mario y Syla proscribieron millares de patricios, un gran número de senadores y una infinidad de desgraciados. ¿Han ahogado acaso á la historia, que los denuncia á la execracion? ¿Fueron por ventura dichosos? Cualquiera

que sea la suerte que me esté reservada, deseo sufrirla de una manera digna de mí, ó evitarla si me conviene. Despues de los horrores de la persecucion, ¿debo temer el del martirio? Hablad: siempre vale algo el saber uno su suerte, y en un alma como la mia se es capaz hasta de mirarla sin temor. Si quereis ser justo y me leeis con recogimiento, mi carta no os será inútil, y sólo con esto tampoco lo será para mi país. En todo caso, Robespierre, él y vos no podeis ignorar que cualquiera que me conozca, no podrá perseguirme sin remordimientos.»

VI

Bajo el estoicismo aparente de esta carta, se traslucia sin embargo una sorda llamada á la piedad, ó á lo ménos que era una puerta que madama Roland abria para una reconciliacion. Una respuesta favorable de Robespierre le hubiera impuesto el reconocimiento hácia el hombre que persiguió y envió á la muerte á los que ella adoraba. Perder la vida parecia más honroso y más dulce que debérsela á Robespierre. Despues de escribir la carta, la hizo pedazos. No obstante, los guardó como testimonio de un pensamiento de libertad personal sacrificado á su dignidad de mujer de partido y á sus sentimientos de esposa y de amiga. La cautiva se resignó á la muerte.

Entretenia su ocio con la música, la conversacion y la lectura. Con la música adquiria la melancolía, y con los libros la fuerza que requeria su situacion; sobre todo, estudiaba en Tácito, este sublime anatómico de muertos célebres, que señala con la mano sobre los cadáveres de tantas víctimas las últimas pulsaciones del dolor y del heroísmo. Se representaba á menudo el suplicio, con el objeto de aprenderlo bien para representarlo con dignidad en el terrible momento. Tuvo tambien la idea de prevenirlo procurándose un veneno. En el momento de tomarlo, escribió á su marido para disculparse de morir ántes que él: «Perdóname, hombre digno del respeto del porvenir, por haber dispuesto de una vida que te habia consagrado. Tus desgracias me habrian detenido si me hubiese sido permitido endulzarlas. No pierdes sino un objeto inútil de inquietudes lastimosas». Despues, volviendo al recuerdo de su hija, escribia: «Tú, cuya dulce imágen penetra mi maternal corazon y debilita mis resoluciones, ¡ah! sin duda no te hubiera dejado sin guía si ellos hubieran podido dejártela. ¡Crueles! No tienen lástima de la inocencia. Vosotros, amigos mios, dirigid vuestras miradas y vuestros cuidados hácia mi huérfana. No lloreis por una resolucion que pone fin á mis pruebas. Me conoceis, y no creereis que la debilidad ó el espanto me dictan el partido que tomo. Si hubiera quien me asegurase que ante el tribunal adonde han comparecido tantos inocentes tendria yo la libertad de señalar á los tiranos, yo quisiera comparecer en él en este mismo instante».

Un grito vago semejante á una invocacion salió en este momento de su alma, como la religion del último suspiro, que sin saber adónde iba á perderse, trataba de elevarse á una esfera más alta que la nada. «¡Divinidad, Sér Supremo, alma del mundo, principio de lo que yo siento de bueno, de grande y de inmortal en mí, en cuya existencia creo porque es necesario que yo proceda de alguna cosa superior á todo cuanto veo, voy á unirme á tu esencia!»

Hizo su testamento y distribuyó entre su hija, sus amigos y criados su piano,

su arpa, dos sortijas que le quedaban, sus libros y algunos muebles de su calabozo, que eran los únicos bienes que poseia. Recordaba sus primeras pasiones por la naturaleza, por el campo y por el cielo. «¡Adios,—escribia,—adios, sol de mi ventana, cuyos rayos traian la serenidad á mi alma, llamándola á los cielos! ¡Adios, campos solitarios de las orillas del Saona, cuyo espectáculo me ha conmovido tantas veces! ¡Y vosotros, antiguos habitantes de Thizy, cuyo sudor he enjugado, cuya miseria he socorrido y cuyas enfermedades he endulzado en mis cuidados, adios para siempre! ¡Adios, gabinetes pacíficos en donde yo nutria mi espíritu de verdad, cultivaba mi imaginacion por el estudio, ó aprendia en el silencio de la meditacion á dominar mis sentidos y á despreciar la vanidad! ¡Adios, hija mia, acuérdate de tu madre!... ¡Tú no estarás sin duda reservada á pasar por pruebas tan crueles como las mias! ¡Adios, amada niña que he criado con mi sangre, y á quien quisiera penetrar de todos mis sentimientos!»

Este pensamiento dió al traste con su resolucion, y la imágen de su hija bastó á contenerla: tiró el veneno, quiso dejar algunas horas más á la prueba y al arrepentimiento, y se decidió á esperar la muerte.

VII

El suplicio de los girondinos fué para madama Roland una señal infalible de la suerte que la aguardaba. Vergniaud y Brissot no existian ya. ¿Quién sabía cuál habia sido la suerte de Buzot, Barbaroux y Louvet? Tal vez habrian dejado de existir.

La transportaron á la Conserjería, en donde permaneció muy poco. Esta mujer era más grande cuanto más se aproximaba á la muerte. Su alma, su lenguaje y sus facciones adquirieron allí la solemnidad de los grandes destinos. En los pocos dias que estuvo en aquella cárcel, excitó entre los numerosos presos que en ella habia un entusiasmo y un desprecio á la muerte que divinizaron á las almas más abatidas. La sombra del cadalso parecia realzar su hermosura. Los prolongados dolores de su cautiverio, el sentimiento desesperado pero tranquilo de su situacion, las lágrimas contenidas pero que se revelaban en sus palabras, daban á su voz un acento en el que se conocia la fermentacion de les sentimientos que se removian sin cesar en el fondo de su gran corazon.

En la reja hablaba con los hombres principales de su partido que poblaban la Conserjería. Subida sobre un banco de piedra que la elevaba un poco sobre el suelo del patio, asida á las barras de hierro que formaban la claraboya entre el claustro y el patio, habia encontrado una tribuna y un auditorio en todos sus compañeros de muerte. Hablaba con la facundia y con la elocuencia de Vergniaud, pero con aquella amargura de ira y áspero desprecio que la pasion de una mujer añade siempre á la elocuencia del razonamiento. Su vengativa memoria sacaba de la historia de la antigüedad imágenes, analogías y nombres dignos de compararse con los de los tiranos de la época. Miéntras que sus enemigos preparaban el acta de su acusacion á pocos pasos de ella, su voz, como si fuera la de la posteridad, resonaba en aquellos subterráneos de la Conserjería. Se vengaba ántes de su muerte legando su odio, y arrancaba, no lágrimas, porque no las queria para ella, sino exclamaciones de admiracion, á los presos. Horas enteras la escuchaban, separán-

dose de ella á los gritos de *¡Viva la república!* No calumniaban á la libertad, sino que la adoraban en los calabozos abiertos en su nombre.

Pero esta mujer tan magnánima y tan superior á su suerte, cedia como toda naturaleza humana en la soledad y en el silencio del calabozo. Su alma heroica parecia esconderse entónces, y dejaba á su corazon de mujer debilitarse y partirse de dolor, cayendo del entusiasmo á la realidad. Tanto se habia elevado, que hizo más dura su caida. Pasaba algunas veces toda la mañana recostada en la ventana, con la cabeza apoyada en las rejas, mirando al cielo y llorando á mares sobre las macetas de flores con que la habia guarnecido el portero. ¿En qué pensaba? Algunas palabras sueltas de sus últimas páginas lo revelan: en su hija, en su marido,

Madama Roland marcha al suplicio.—Pág. 250.

anciano acostumbrado á su apoyo, é incapaz de dar un paso en la vida sin ella; en su juventud, vanamente sedienta de amor y consumida en el fuego de las ambiciones políticas, y en sus amigos, cuya imágen la perseguia y le haria sentir la pérdida de la vida, caso que viviesen aún, y aspirar á la muerte, si la hubiesen precedido en la eternidad. Ella lo ignoraba, y éste era su tormento.

No sentia el resto de las miserias de su cautividad; su calabozo era húmedo, infecto, oscuro, y estaba próximo al que habia ocupado la reina; esta proximidad era muy á propósito para inspirar en ella el remordimiento. Las dos habian llegado en pocos meses y por caminos diferentes al mismo subterráneo, para dirigirse desde allí al cadalso: la una, precipitada del trono por las sugestiones de la otra, y ésta, ascendida á los primeros honores de la república y precipitada á su vez al lado de su propia víctima. Estas venganzas de la suerte parecen casualidades, y las más de las veces no son sino justicias.

VIII

El interrogatorio y el juicio de madama Roland no fueron más que la repeticion de las acusaciones que hemos visto, en los discursos de los jacobinos y en los procesos de sus amigos, contra la Gironda. Le echaron en cara el ser esposa de Roland y amiga de sus cómplices, y ella confesó estos crímenes gloriándose de ellos, hablando con ternura de su marido, con respeto de sus amigos, y con orgullosa modestia de sí misma. Interrumpida por los clamores de la ira cada vez que quiso expresar su indignacion, enmudeció á vista de las invectivas del auditorio. El pueblo tomaba entónces una parte terrible y dominante en los diálogos de los jueces y los acusados, dando ó retirando á su gusto la palabra. El pueblo era á la sazon el verdadero presidente del tribunal.

Madama Roland oyó su sentencia como quien recibe en el decreto de muerte su título á la inmortalidad; se levantó, é inclinando ligeramente la cabeza, dijo á sus jueces con un acento marcado de ironía: «Os doy gracias por haberme hallado digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis asesinado». Bajó las escaleras de la Conserjería con una precipitacion y un paso tan ligero que parecia el afan que muestra un niño hácia el objeto que quiere conseguir. Este objeto era la muerte. Al pasar por el corredor, delante de los presos que estaban apiñados por verla, los miró sonriéndose, y llevando su mano derecha transversalmente á su cuello, hizo la accion de la cuchilla que corta una cabeza. Esta fué su despedida, trágica como su destino y alegre como su libertad. Aquellos hombres la comprendieron, y los que no lloraban por su propia suerte, lloraron por la de aquella heroína.

En estos dias eran muchas las carretas que conducian los desventurados al cadalso. Se le hizo subir en la última, al lado de un anciano enfermo y débil llamado Lamarche, director que habia sido de la fábrica de asignados. Iba vestida de blanco, protesta elocuente de su inocencia que queria echar en cara al pueblo. Sus hermosos cabellos negros, cortados por detras, caian por delante en rizos sobre su cuello. Su tez, que la prision habia vuelto pálida, adquirió un color sonrosado con el viento áspero y glacial de Noviembre, y tenia la frescura de la de los niños. Sus ojos hablaban, y su fisonomía radiaba de gloria. Sus labios manifestaban un sentimiento medio compasivo, medio de desprecio hácia un pueblo tan ingrato. La multitud la insultaba con palabras groseras: «¡A la guillotina, á la guillotina!»—gritaban las mujeres. «Ya voy,—les dijo,—estaré en ella dentro de un momento; pero los que me envian no tardarán mucho en seguirme. Yo soy inocente, y ellos irán manchados de sangre, y vosotras, que ahora aplaudis, tambien lo hareis entónces.» Volvia de cuándo en cuándo la cabeza al oir aquellos insultos, y se dirigia cariñosamente hácia su compañero de suplicio. El anciano lloraba, y ella trató de distraerle en aquel fúnebre tránsito, y áun consiguió hacerle sonreir.

Una estatua colosal de la Libertad, que por ser de barro era tan frágil como lo que se llamaba así en aquella época, estaba colocada en mitad de la plaza, en el mismo sitio donde hoy se halla el Obelisco; el cadalso estaba al lado de aquella estatua. Al llegar allí, madama Roland se bajó de la carreta; en seguida el ejecutor

la cogió del brazo para hacerla subir al patíbulo, y ella tuvo el suficiente valor para hacer uno de esos sacrificios que sólo el corazon de una mujer es capaz de hacer en semejantes momentos. «Os pido un solo favor, no para mí,—dijo desasiéndose al mismo tiempo del verdugo;—concedédmelo.» Y volviéndose al anciano, le dijo: «Subid primero; mi sangre derramada á vuestra vista os haria sentir dos veces la muerte, y no hay necesidad de que tengais el sentimiento de ver caer mi cabeza». El verdugo consintió. ¡Delicadeza de una tierna sensibilidad que se olvida y se sacrifica á sí misma, para ahorrar un minuto de agonía á un anciano desconocido, y que atestigua la sangre fria del corazon en el heroísmo de la muerte! ¡De cuánto precio debe ser una abnegacion semejante, tanto á los ojos de Dios como á los de la posteridad!

Despues de la ejecucion de Lamarche, que ella vió y oyó sin inmutarse, subió ligeramente los escalones del cadalso, y saludando á la estatua de la Libertad, como para confesarla áun muriendo por ella, exclamó: «¡Oh libertad! ¡oh libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Púsose á disposicion del verdugo, y un instante despues, su hermosa cabeza estaba ya separada del tronco.

IX

Así desapareció aquella mujer, que habia soñado la república en su imaginacion de quince años, que habia inspirado en el espíritu de un anciano su aborrecimiento al trono, que habia animado á todo un partido de jóvenes entusiastas, elocuentes, aficionados á las teorías antiguas y embriagados por un bello ideal cuyo manantial inagotable estaba para ellos en los labios y en las miradas de aquella mujer. El amor casto é involuntario que su hermosura y su genio les inspiraba, era el círculo mágico que retenia alrededor de ella á tantos hombres superiores, separados frecuentemente por disentimientos de opinion, reteniéndolos ella por su brillo. Como partido de imaginacion, era su oráculo la imaginacion de una mujer, que los arrastó unos tras otros á la muerte, pero que supo seguirlos despues al cadalso. El alma de la Gironda se exhaló en su último suspiro. Madama Roland se parecia en aquellos momentos, y se asemejará siempre en la posteridad, á la república prematura é ideal que habia concebido: bella, elocuente, metida de piés en la sangre de sus amigos, y con la cabeza cortada por su propia cuchilla, en medio de un pueblo que no la conocia.

Su cuerpo, ídolo de tantos corazones, fué arrojado á los fosos de Clamart.

X

Al saber Roland el suplicio de su mujer, quiso morir. Vivir despues de ella, era vivir muriendo. Roland salió sin decir nada de la casa en donde habia hallado hospitalidad hacía ya seis meses. Anduvo errante parte de la noche, sin otra intencion que la de alejarse del lugar de su asilo para borrar sus huellas y no perder á los que le habian salvado. Al amanecer, el cielo y la tierra le causaron horror. Sacó un estoque que llevaba en el baston, y apoyando el puño en un árbol que estaba á la orilla del camino, se atravesó el corazon. En aquella misma mañana, unos pastores encontraron su cadáver tendido al lado del foso. Un billete pren-

dido en su casaca con un alfiler contenia estas palabras: «Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi mujer, no he querido permanecer un dia más en una tierra manchada de crímenes». Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundian hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo.

Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural por las inspiraciones del genio de una mujer ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquélla no es más que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad la república á la anarquía, y las víctimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece una página arrancada de la historia de los grandes suicidas antiguos, muriendo como Caton y Séneca á la vez: como Caton, por la libertad de su patria; como Séneca, por el amor de una mujer. Hay una lágrima del corazon sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor, mezclado con su patriotismo, dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto más grande de la vida, aquel hombre, ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria, puesto que debia llegar á una muerte digna de la antigüedad.

LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec-d'Ambes.—Estos buscan un asilo en Saint-Emilion.—Madama Bouquey los recibe.—Su separacion.—Valady toma el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á Paris.—Grangeneuve y Biroteau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Le llevan moribundo á Burdeos y le conducen al cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Biron.—Mr. y Mme. Angrand d'Alleray.—La municipalidad se adelanta á la Convencion.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasías.—Hebert y Chaumette.—Profanacion del culto católico.—Inauguracion del culto de la Razon.—Destruccion de los sepulcros de San Dionisio.—Exhumacion de los restos mortales de los reyes.

I

¿Qué hacian, entre tanto que morian Roland y su esposa, sus más queridos amigos, Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado desembarcando fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña Isabeau y Tallien se les habian adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energía al jacobinismo y desplegando el terror, habian ahogado en pocos dias el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad, encarcelado á los negociantes, dado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y vuelto su propia patria contra los girondinos. La sumision de Lyon, el exterminio de Tolon, el suplicio de Vergniaud y de sus amigos, habian consternado y en la apariencia convertido á la Gironda á la unidad republicana. En ninguna parte se afectó un patriotismo más sombrío, en ninguna parte se temió tanto la sospecha de complicidad con los representantes proscritos, porque en ninguna parte habia más peligro de hacerse sospechoso. En ninguna parte era el terror más vigilante que en Burdeos. Cada choza de la Gironda tenia su comité de salud pública, su ejército revolucionario, sus delatores y sus verdugos.

II

Al llegar al Bec-d'Ambes, Guadet habia dejado á sus colegas ocultos en casa de su abuelo; este asilo era precario, y Guadet habia ido á prepararles otro más seguro en la pequeña poblacion de Saint-Emilion, su país natal. Pero ni áun en Saint-Emilion habia encontrado asilo seguro más que para dos de ellos, y eran siete. El

mensajero que le llevaba esta triste noticia al Bec-d'Ambes encontró á los fugitivos cercados ya por algunos batallones enviados desde Burdeos, y fortificados en sus casas y armados con algunos pares de pistolas y con trabucos; armas que eran suficientes para vengarse, pero no para defenderse. La noche favoreció su fuga. Se fueron á Saint-Emilion, no para librarse, sino á perderse. Los satélites de Tallien, que forzaron la casa donde se habian refugiado, momentos despues de haberse fugado, escribieron á la Convencion que habian encontrado sus camas aún calientes.

El padre de Guadet, anciano de setenta y dos años, les franqueó generosamente su casa; los amigos de su hijo le parecian otros tantos hijos suyos, y se hubiera avergonzado de no exponer los pocos dias que le faltaban de vida por salvarlos. Apénas hacía dos ó tres horas que se habian refugiado en aquella casa sospechosa, cuando les comunicaron la proximidad de cincuenta caballos que habian seguido sus huellas por medio de los campos. El mismo Tallien habia acudido con los sabuesos más listos de la policía de Burdeos. Los diputados girondinos tuvieron tiempo de escaparse. Tallien puso al padre de Guadet bajo la vigilancia de dos hombres armados encargados de espiar sus pasos, sus palabras y sus miradas, é hizo confiscar los bienes de su hijo. Ademas organizó un club de terroristas en el mismo pueblo en que se habian refugiado los girondinos contra el Terror.

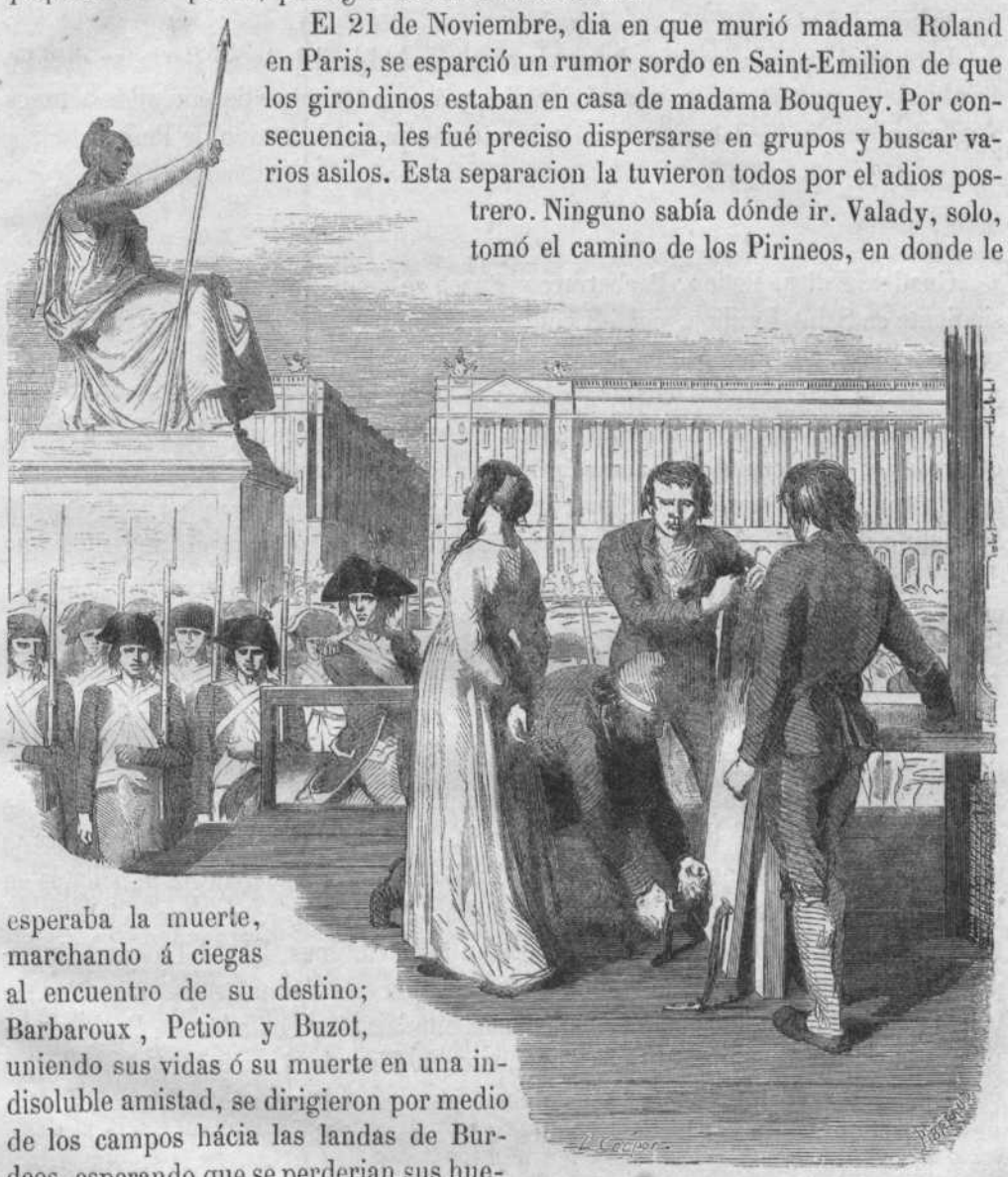
Una mujer solamente se sacrificó por salvarlos, que fué una cuñada de Guadet, llamada madama Bouquey.

Habiendo sido informada del peligro en que estaban su cuñado y sus amigos, se apresuró á salir de Paris, en donde vivia tranquila, para dar acogida á aquellos hombres, desconocidos en su mayor parte, aunque algunos queridos. La piedad, esa debilidad de la mujer, se convierte en fuerza en las grandes ocasiones, y consuela de los excesos de la revolucion con el heroísmo de su sacrificio. Guadet, Barbaroux, Buzot, Petion, Valady, Louvet y Salles entraron secretamente una noche en el angosto subterráneo que madama Bouquey tenia preparado para ellos. Unicamente el centro de la tierra era bastante profundo y bastante mudo para enterrar vivos á los girondinos. Este asilo era una catacumba. Por un lado daba á un pozo de treinta piés de profundidad, y por otro á un subterráneo de la casa. No habia pesquisa domiciliaria capaz de dar con aquel asilo. La generosa protectora de los girondinos no tenia otro temor que el de ser presa. ¿Qué sería de sus huéspedes, enterrados en aquel sepulcro cuya losa sólo ella levantaba? Tambien temia que los descubriesen al verla comprar tantas provisiones diariamente. El hambre tenia exhaustos los mercados, y á nadie se le vendia más pan que el que se habia calculado que necesitaba cada familia, y eso con órden de la municipalidad. Madama Bouquey no tenia derecho más que á una libra diaria, y se privaba de ello por repartirlo entre los proscritos. Algunas legumbres, frutas secas y algunas aves compradas furtivamente, componian la comida de aquellos hombres, que disimulaban su hambre, y sin embargo, la alegría, que es la salsa del infortunio, reinaba en aquellos banquetes de espartanos.

Cuando no eran tan rigurosas las pesquisas, madama Bouquey sacaba á sus amigos del subterráneo, haciéndoles sentar á su mesa, respirar el aire libre, ver el cielo por la noche, y proporcionándoles libros y papel. Barbaroux escribia sus Memorias, y Buzot su defensa. Louvet anotaba sus relaciones con la ligera pluma

con que habia escrito sus novelas, haciéndose el héroe de sus propias aventuras. Petion tambien escribió, pero con estilo más severo. Los misterios de su popularidad, tan indignamente conquistada y tan animosamente abdicada, se traslucian en sus escritos. Estas confidencias nos habrian dado á conocer á aquel hombre, pequeño en el poder, pero grande en la adversidad.

El 21 de Noviembre, dia en que murió madama Roland en Paris, se esparció un rumor sordo en Saint-Emilion de que los girondinos estaban en casa de madama Bouquey. Por consecuencia, les fué preciso dispersarse en grupos y buscar varios asilos. Esta separacion la tuvieron todos por el adios postrero. Ninguno sabía dónde ir. Valady, solo, tomó el camino de los Pirineos, en donde le esperaba la muerte, marchando á ciegas al encuentro de su destino; Barbaroux, Petion y Buzot, uniendo sus vidas ó su muerte en una indisoluble amistad, se dirigieron por medio de los campos hácia las landas de Burdeos, esperando que se perderian sus huellas en aquel desierto; Guadet, Salles y Louvet pasaron el primer dia en una cantera. Un amigo de Guadet debia ir por la noche á buscarlos para conducirlos, á seis leguas de allí, á casa de una mujer rica á quien Guadet habia defendido en un pleito que habia ganado, y del cual pendia su fortuna. El amigo no tuvo valor, y no fué á la cita. Guadet y sus amigos partieron solos y á la ventura. El frio, la nieve y la lluvia helaron sus desabrigados miembros. Por fin, á las cuatro de la mañana llegaron á la puerta de su cliente. Guadet llamó, se dió á conocer y fué rechazado, volviéndose desesperado adonde habia dejado á sus amigos. Allí encon-



Ejecucion de madama Roland.—Pág. 251.

tró á Louvet desmayado de hambre y de frio al pié de un árbol. Guadet volvió á la casa é imploró en vano, primero una cama, luégo un poco de fuego, y despues un vaso de vino para un amigo moribundo. La ingratitud deja llorar y hasta morir á las gentes sin volverles respuesta. Guadet se presentó en aquella casa por tercera vez. Sus cuidados y los de Salles hicieron volver en sí á Louvet. Este tomó una resolucion desesperada que le salvó.

Perseguido por la imágen de una amiga que habia dejado en Paris, se decidió á volverla á ver ó á morir; abrazó á Salles y á Guadet, repartió con ellos algunos asignados que le quedaban, y tomó solo y como pudo el camino de Paris.

III

Guadet, Salles, Petion, Barbaroux y Buzot se reunieron de nuevo á la noche siguiente en Saint-Emilion, por los cuidados de su bienhechora, en casa de un honrado y pobre artesano. Allí supieron el fin trágico de Vergniaud y de sus amigos, y calcularon estoicamente cuántos golpes le restaba que dar á la guillotina para que todos los girondinos hubieran dejado de existir. Sus almas estaban á la altura del cadalso; pero cuando les anunciaron algunos dias despues el suplicio de madama Roland, se enternecieron y lloraron. Buzot sacó un puñal para herirse, y se vió acometido de un largo acceso de delirio durante el cual prorumpió en gritos que daban á conocer una explosion y un agudo dolor en el corazon. Sus amigos le arrancaron el arma de las manos, calmaron aquel arrebato, y le hicieron jurar que soportaria la vida en memoria de la que tan dignamente habia soportado la muerte. Buzot cayó desde aquel dia en una melancolía y en un silencio que solamente interrumpian algunos suspiros é invocaciones mal articuladas. El golpe que se habia descargado sobre la cabeza de madama Roland á nadie afectó tanto como á Buzot.

Los cinco proscritos respiraron aún algunas semanas en aquel nuevo asilo. Las oscilaciones del comité de salud pública hacian inclinar á la Convencion tan pronto hácia la clemencia como hácia el terror. En Burdeos continuaban los asesinatos en la guillotina: Grangeneuve y Biroteau acababan de sucumbir; pero no dejaban por eso los sicarios de buscar con el mismo afan á las víctimas. El fiel Troquart, huésped de los refugiados en Saint-Emilion, les halagaba con alguna esperanza, pero esta calma fué corta. Algunos comisionados más implacables enviados de Paris reanimaron la sed de venganza que iba á ménos en la Gironda. La mayor parte de estos comisionados eran franciscanos y jacobinos, jóvenes de Paris aún imberbes, á quienes el partido de Hebert lanzó á Nantes, á Troyes y á Burdeos para acostumbrarlos á la sangre.

Estos reavivaron los suplicios, enviando á la Convencion los boletines de la guillotina, comparables sólo á los de Collot-d'Herbois en Lyon, de Fouché en Tolon y de Maignet en Marsella. La llegada de aquellos procónsules comprimió la indulgencia en las almas y quitó todo asilo á los proscritos. Enviaron desde Burdeos á Saint-Emilion muchos destacamentos del ejército revolucionario dirigidos por un sabueso llamado Marcou, que habia enseñado á otros perros á conocer la pista de los federalistas. Marcou suponia á los girondinos fugitivos en las canteras de Saint-Emilion, adonde llegó de noche cuando ménos le esperaban, seguido de su tropa. Cercó en silencio las casas del padre, de los amigos y de los parientes de

Guadet; lanzó sus perros por aquellas cavernas como podrian lanzarse sobre unos animales dañinos, y dió humo á la entrada de algunas cuevas. Los perros volvieron sin haber hecho presa; pero otro de los sabuesos de Tallien, llamado Favereau, penetró con sus satélites en la casa del padre de Guadet. Aquellos hombres habian ya recorrido en vano toda la casa, y bajaban de ella con las manos vacías, cuando uno de los gendarmes que se habia quedado atras creyó advertir que el granero era más estrecho por el lado exterior de la casa que por el interior, y llamando á sus compañeros, golpearon las paredes con las culatas de sus fusiles, aplicando al mismo tiempo el oido. De repente se oyó preparar un arma. Era Salles que, viéndose descubierto, montó una pistola para matarse ó para defenderse. Al ruido, los

Suicidio de Roland.—Pág. 251.

gendarmes intimaron á los proscritos que se rindieran. La pared cayó á culatazos, y Guadet y Salles salieron á la rastra de aquel escondrijo. Entónces los asieron, los encadenaron y los llevaron en triunfo á Burdeos. Los dos estaban fuera de la ley. Un juicio era superfluo. Su nombre era su único crímen y su sentencia. Salles, condenado á muerte en el mismo dia, pidió permiso para escribir á su esposa y sus hijos. Su alma se desahogó en adioses tan tiernos, que la historia los ha recogido.

«Cuando recibas esta carta,—escribió Salles á su esposa,—ya no viviré sino en la memoria de los hombres que me quieran. ¡Qué carga te dejo! ¡Tres hijos, y nada para criarlos! Sin embargo, consuélate: no moriré sin compadecerte y sin tener esperanza en tu valor; y es un consuelo para mí el pensar que tú no atentarás á tu vida, pensando en tu inocente familia. Amiga mia, conozco tu sensibilidad, y me complazco en creer que llorarás amargamente la memoria de un hombre que ha querido hacerte dichosa, y cuyo principal placer fué el dar educacion á sus dos hijos y á su amada hija. Pero ¿cómo podrias olvidarte de que sólo debes

pensar en ellos en lo sucesivo? Van á quedarse sin padre, y pueden al ménos suplir con sus inocentes caricias las que yo no podré ya hacerte. Carlota, he hecho todo lo que he podido para conservarme. Creia que debia hacerlo por tí, y sobre todo por mi país; me parecia que el pueblo estaba fascinado respecto á los sentimientos de tu desgraciado esposo; que abriria los ojos algun dia, y que entónces sabria por mi boca cuán caros me eran sus intereses. He creido deber vivir tambien para recoger respecto á mis amigos todos los monumentos que pudieran ser útiles á su memoria. En fin, yo debia vivir para tí, para mi familia, para mis hijos. El cielo lo ha dispuesto de otro modo, y muero tranquilo. Habia prometido en mi declaracion, cuando los acontecimientos del 31 de Mayo, que sabria morir al pié del cadalso, y creo poder afirmar que cumpliré mi promesa. Amiga mia, no me compadezcas. La muerte, á lo que me parece, no tendrá para mí angustias muy dolorosas. He hecho ya un ensayo de ella. He sufrido por espacio de un año entero mil trabajos de toda especie, y no he murmurado. En el momento de cogerme, me he apuntado dos veces con una pistola á la frente, pero esta arma traidora ha burlado mis esperanzas. No queria ser cogido vivo. He tenido la ventaja de haber bebido con anticipacion todo lo que el cáliz tiene de amargo, y me parece que este momento no es tan penoso. Carlota, modera tu dolor y no inspires á nuestros hijos sino virtudes modestas. ¡Es tan difícil hacer el bien de la patria! Bruto hiriendo á un tirano y Caton atravesándose el pecho para libertarse de él, no pudieron evitar que Roma fuese oprimida. Creo que me he sacrificado por el pueblo. Si en recompensa recibo la muerte, tengo la conciencia de mis buenas intenciones. Es muy dulce pensar que llevo al sepulcro mi propia estimacion, y que tal vez algun dia el pueblo reconozca la infame correspondencia que ha tenido conmigo. Amiga mia, te dejo en la miseria. ¡Qué sentimiento para mí! Pero áun cuando te dejase todo lo que poseia, no tendrias ni áun pan, porque tú sabes que, digan lo que quieran, yo no tenia nada. Sin embargo, Carlota, no te desesperes al pensar en tu infelicidad. Trabaja, amiga mia, aún puedes hacerlo. Enseña á tus hijos á trabajar cuando tengan edad para ello. ¡Oh, querida mia! ¡Si tú pudieras con esto no tener necesidad de acudir á los extraños! Sé orgullosa como yo. Espera aún, espera en el que todo lo puede: él es mi consuelo en el último momento. El género humano reconoce su existencia hace mucho tiempo, y yo, que necesito pensar en que el órden ha de existir en alguna parte, no puedo dejar de creer en la inmortalidad de mi alma. Ese Dios, á cuyo tribunal voy á comparecer, es grande, justo y bueno. Voy á presentarle un corazon, si no exento de debilidad, al ménos exento de crímenes y puro de intencion, y como ha dicho muy bien Rousseau, «el que se duerme en el seno de un padre, no pasa miedo de lo que le sucederá al despertarse». Besa á mis hijos, ámalos, críalos, consuélate, consuela á mi madre y á mi familia. ¡Adios, adios para siempre! Tu amigo,—SALLES.»

IV

«¿Y tú quién eres?»—le preguntaron á Guadet. «Yo soy Guadet... Verdugo,—continuó el Esquino de la Gironda,—haced vuestro oficio. Id con mi cabeza en la mano á pedir vuestro salario á los tiranos de mi patria. Nunca la vieron sin palidecer; cuando la vean ahora, palidecerán todavía.» Al ir á la guillotina se diri-

gió al pueblo, y dijo: «Miradme bien, ved al último de vuestros representantes». Cuando hubo subido al tablado, quiso hablar, pero los tambores ahogaron su voz. «Pueblo,—exclamó indignado,—hé aquí la elocuencia de los tiranos: ahogan los acentos del hombre libre, para que el silencio cubra sus maldades.»

Barbaroux, Petion y Buzot supieron en Saint-Emilion la prision y la muerte de sus colegas. La tierra, minada para ellos en todas partes, no podia tardar en tragárselos. Por la noche salieron de su refugio, llevando por toda provision un pan, en el que la prevision de su huésped habia metido un pedazo de carne fiambre, y ademas tenian algunos puñados de guisantes verdes en los bolsillos de sus vestidos. Marcharon á la ventura una gran parte de la noche. El largo descanso de sus miembros en los asilos en donde languidecian hacía ya ocho meses habia enervado sus fuerzas, y sobre todo las de Barbaroux. Su estatura hercúlea y una obesidad precoz le inutilizaban para andar.

Al amanecer, los tres amigos se encontraron á las inmediaciones de Castillon, aldea cuyo nombre y posicion ignoraban. Era el dia de la fiesta del pueblo; el pito y el tamboril recorrian todos los senderos, convocando ántes de la aurora á los habitantes á los banquetes y á los bailes. Algunos voluntarios con su fusil al hombro pasaban cantando por el camino. Los fugitivos, asustados y aterrorizados por su situacion, turbados por el insomnio y por la calentura, creyeron que tocaban llamada y que se esparcian por los campos para cogerlos. Se detuvieron y se agruparon al abrigo de una alameda para deliberar lo que debian hacer. Algunos pastores que los observaban de léjos, vieron de pronto salir un fogonazo, oyendo á poco la detonacion de un arma de fuego. Uno de los tres hombres sospechosos cayó contra el suelo, y los otros huyeron á todo correr y se perdieron en un bosque inmediato. Los voluntarios acudieron al tiro, y encontraron á un jóven de talla elevada, de aspecto noble, con la mirada aún fija en su propia sangre; se habia roto una quijada de un pistoletazo. Como tenia la lengua partida, no podia expresarse sino por signos. Le llevaron á Castillon. Su ropa estaba marcada con una R y una B. Le preguntaron si era Buzot, y dijo que no con la cabeza. Preguntado en seguida si era Barbaroux, hizo un signo afirmativo. Conducido á Burdeos en un carreton, y regando el suelo con su sangre, fué reconocido por la belleza de sus formas, y la cuchilla de la guillotina acabó de separar su hermosa cabeza del tronco.

V

Nadie sabe lo que los bosques y las tinieblas ocultaron durante muchos dias y muchas noches de la suerte de Petion y de Buzot. El suicidio de su jóven compañero, ¿fué á sus ojos una debilidad, ó un ejemplo? ¿Se tiraron cada uno un pistoletazo á la aproximacion de algun animal montaraz, que tomaron por el ruido de los pasos de los hombres que los perseguian? ¿Se abrieron las venas al pié de algun árbol? ¿Murieron de hambre, de cansancio ó de frio? ¿Sobrevivió el uno al otro? El que quedó el último, ¿espiró sobre el cadáver de su compañero? Y en fin, ¿murieron en algun lúgubre y nocturno combate contra los animales carnívoros que los seguian para devorarlos? El misterio, ésta que es la más terrible de las narraciones, cubre aún los últimos momentos de Buzot y de Petion. Sólo se sabe que unos escardadores encontraron algunos dias despues de la muerte de Barbaroux.

esparcidos en un campo de trigo y á orillas de un bosque, dos sombreros rotos, dos pares de zapatos y algunos trozos de vestidos que cubrian dos montones de huesos humanos despedazados por los lobos. Estos vestidos, estos zapatos y esta osamenta, ¿eran los restos de Petion y de Buzot?

El suelo de la república no tenia ni áun una sepultura para los hombres que la habian fundado. Toda la Gironda habia desaparecido con estos dos últimos tribunos. Dejaron al tiempo que adivinase el enigma de su popularidad. El uno, que habia sido llamado el *Rey Petion*, y el otro, á quien por irrision llamaban tambien el *Rey Buzot*, habian venido desde Paris y desde Caen á buscar su destino en un surco de los campos de la Gironda. ¡La tierra del federalismo devoraba á aquellos hombres, á aquellos culpables de un sueño contra la unidad de la patria! ¿Debemos juzgarlos? ¿Se juzgan acaso unas osamentas descarnadas y dislocadas por las bestias feroces en un campo de muerte? No; lo que se hace es compadecerlas, darles tierra, y pasar de largo.

VI

La revolucion, en los últimos meses de 1793 y en los primeros de 1794, parecia volver hácia atras, como un vencedor despues de la victoria, para herir uno á uno á los hombres que habian intentado moderarla ó detenerla, principiando por los que estaban más cerca y acabando por los que estaban más distantes; empezó por los girondinos y sus partidarios, siguió con los constitucionales, y finalizó con el exterminio de los realistas.

Los grandes nombres de la Asamblea constituyente parecian ser unas protestas palpitantes contra las teorías de la república. La soberanía constitucional, que los monárquicos habian defendido, acusaba la tiranía del comité de salud pública. La libertad legal que habian mostrado en perspectiva, contrastaba con la dictadura de la Montaña. No se podia dejar con vida á estos testigos, á estos acusadores, aunque fuesen mudos. Mirabeau no existia, el Panteon le habia sustraido del cadalso; Lafayette expiaba en los calabozos de Olmutz el crímen de su moderacion; Clermont-Tonnerre habia muerto degollado el 10 de Agosto; Cazales y Maury estaban desterrados; los Lameth andaban errantes por el extranjero; Sieyes callaba ó dormitaba al pié de la Montaña; el lado derecho gemia en las cárceles; pero Barnave, Duport, Bailly y los constitucionales vivian aún, y se pensó en ellos. Un recuerdo de los jacobinos era sentencia de muerte. ¡Desgraciado del nombre que se pronunciase en alta voz! El de Barnave resonaba aún en la memoria de los reformadores de la monarquía.

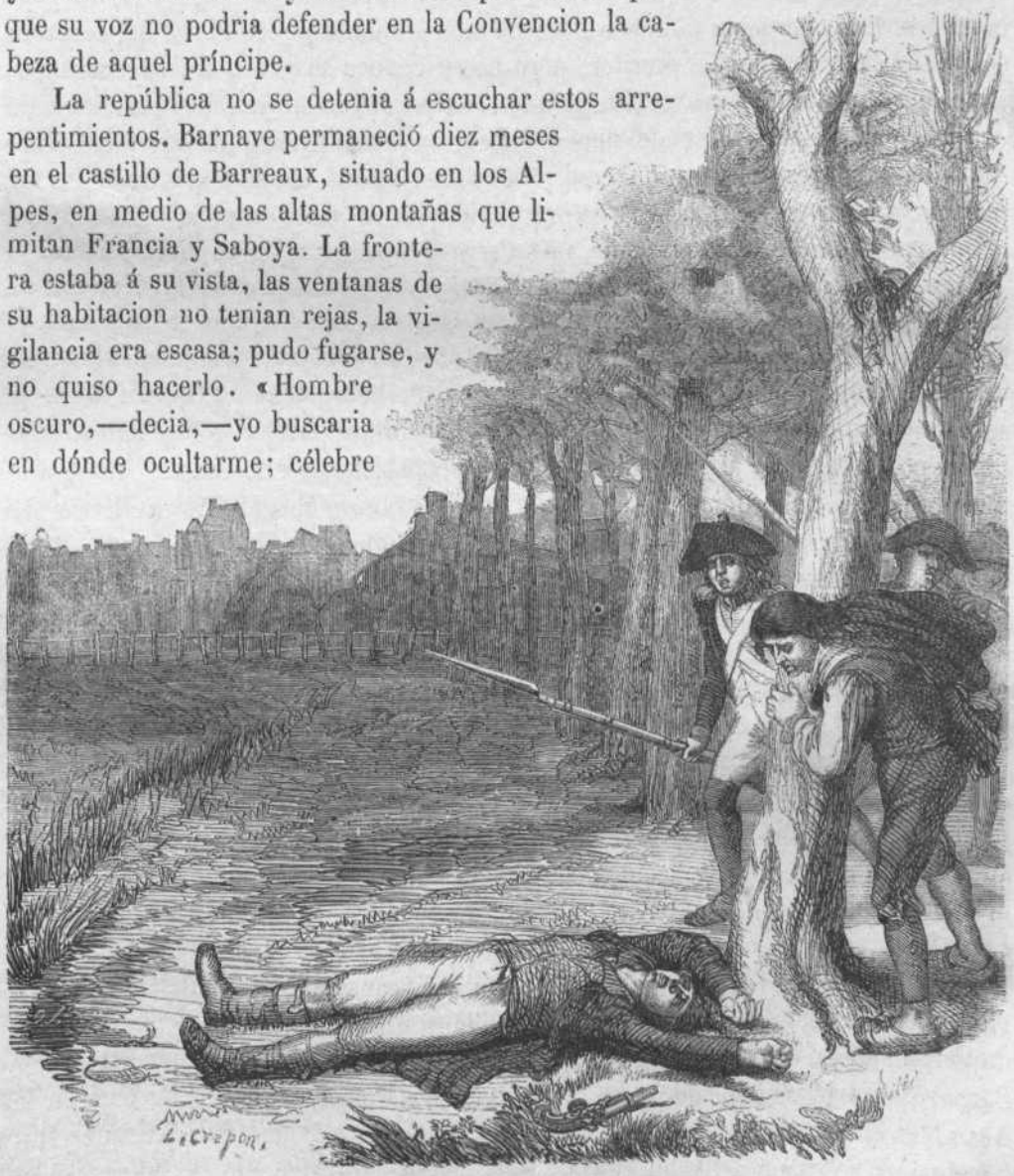
VII

Desde el 10 de Agosto, Barnave, inútil ya para aconsejar á la reina, se habia retirado á Grenoble, su ciudad natal, en donde le habian recibido como á un hombre que habia ilustrado su patria con el brillo de su talento y con la probidad de su vida, no afeándole que se separase del movimiento republicano, que iba más adelante de sus opiniones. Se le consideró como uno de esos instrumentos que los pueblos arrojan á un rincon cuando no les hacen falta, pero que no inutilizan. Barnave, sin aplaudir á la república, pero sin protestar contra ella, se limitó á cum-

plir con sus deberes de ciudadano. No quiso recurrir á la emigracion, cuyo camino tenia abierto á pocos pasos de la casa de su padre, continuando en el goce de aquella estimacion popular que sigue siempre por algun tiempo á los que han perdido una brillante posicion. En Paris le habian implicado en las sospechas que se hacian correr, en 1791, á propósito de un pretendido comité austriaco. Fauchet le habia hecho incluir, así como á los Lameth, Duport y Montmorin, en un acta de acusacion que remitia á aquellos consejeros secretos de Luis XVI ante el tribunal superior de Orleans.

Barnave supo el crímen que se le imputaba por su acta de acusacion, y fué preso en su casa de campo de San Roberto, en las cercanías de Grenoble. Conducido á la cárcel de esta ciudad, su madre consiguió verle, disfrazada de mujer del pueblo. Desde el interior de la cárcel Barnave seguia las fases de la revolucion y los infortunios del rey. No sentia su prision sino porque su voz no podria defender en la Convencion la cabeza de aquel príncipe.

La república no se detenia á escuchar estos arrepentimientos. Barnave permaneció diez meses en el castillo de Barreaux, situado en los Alpes, en medio de las altas montañas que limitan Francia y Saboya. La frontera estaba á su vista, las ventanas de su habitacion no tenian rejas, la vigilancia era escasa; pudo fugarse, y no quiso hacerlo. «Hombre oscuro,—decia,—yo buscaria en dónde ocultarme; célebre



Prision de Barbaroux.—Pág. 259.

y responsable de los grandes actos de la revolucion, debo permanecer á la vista de todo el mundo, para responder con mi cabeza de mis opiniones.»

VIII

Empleó Barnave todo el tiempo que vivió en aquella incertidumbre en extender sus ideas y completar sus estudios políticos, profundizando el espíritu de las revoluciones humanas al estruendo de las revoluciones de su país, y escribió unas meditaciones sociales é históricas que le han sobrevivido, y en donde se encuentra más sabiduría que genio. Barnave aparece allí como el representante fiel de aquel buen sentido general de una nacion que aunque señala los abismos, no hace progresos materiales ni abre ninguna nueva senda al espíritu humano. Hasta el estilo es frio y descolorido en aquel escrito, como la expresion de verdades un poco comunes. La inspiracion tampoco hace palpitar ninguna de las fibras del corazon; se admira la honradez del escritor, pero no se conoce su grandeza. Parece imposible que aquella voz haya podido ponerse en parangon ni áun por un momento con la de Mirabeau. No puede uno explicarse aquella pretendida rivalidad entre estos dos oradores sino por un error óptico de todos los tiempos y de todos los pueblos, que nivela, mirándolos con la pasion de las circunstancias presentes, á hombres entre quienes el porvenir, más despreocupado ya, no ve nivel posible.

Barnave no merecia ni la gloria ni el ultraje de esta comparacion. Hombre de inteligencia limitada y de palabra fácil, era uno de tantos como se hallan en el foro, cuya elocuencia es un arte del espíritu, y no una expresion del alma. Su verdadero honor fué haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepujar en popularidad al que estaba tan léjos de igualar en genio, le hizo adelantar por espacio de algunos meses ciertas proposiciones que fueron fatales á la monarquía y á su propia gloria. Como hombre honrado, adquirió por la pureza de su vida pública y por un generoso reconocimiento á su desgraciado rey cierto derecho á los aplausos arrancados ántes por malos medios á la multitud. Abdicó su popularidad desde que conoció que no podia conservarla sino á costa de un crímen.

IX

En cuanto Barnave llegó á Paris, el comité de salud pública no supo qué hacer de él. Danton, que habia regresado de Arcis-sur-Aube, quiso salvarle, y así se lo prometió á su madre y á su hermana. Estas señoras habian seguido á su hijo y á su hermano como dos suplicantes, sin apartarse en todo el camino de las ruedas del coche que le condujo á Paris. Danton no se atrevió á cumplir lo prometido. La única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar á su madre y á su hermana por última vez. La defensa que hizo de su propia causa ante el tribunal es de una elocuencia exquisita y abunda en ideas brillantes. Pero en donde la poderosa voz de Vergniaud no habia hallado eco, ¿cómo podia hallarle la fria argumentacion de Barnave? Volvió sentenciado á su calabozo. El animoso Baillot, su colega en la Asamblea constituyente, fué á consolarle en sus últimas horas. Barnave, que estaba abatido, se quejó á Baillot de que se le privase del alimento necesario por el cálculo de sus verdugos «Querrán—le decia—deshonrar mi muerte atribuyendo á

mi alma una debilidad que sólo está en el cuerpo, por no darle todo el alimento que es indispensable para mantenerle en todo su vigor.» Este cálculo no es verosímil. Poco le importaba al pueblo el modo, con tal que las víctimas muriesen.

Duport-Dutertre, ministro que habia sido de Justicia, fué asociado á Barnave en el juicio y en el cadalso. Despues de su sentencia, se contentó con decir desdeñosamente á sus jueces: «En resúmen, el pueblo mata á los hombres, pero la posteridad los juzga». Duport mostró en la carreta más firmeza que su compañero. Se le vió con frecuencia dirigirse á él y reanimarle. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermo, y un alma más á propósito para la tribuna que para el suplicio. Su gran nombre, pronunciado por mil bocas á la vez, infundia un religioso silencio á la multitud. Parecia que el pueblo reflexionaba sobre aquel monstruoso cambio de popularidad. No insultó al orador, pero dejó que pereciese en el cadalso.

X

Quedaba únicamente Bailly. Parecia que el pueblo queria desquitarse con sus ultrajes del aprecio que poco tiempo ántes habia manifestado al antiguo corregidor de Paris. Los pueblos suelen tomar estas venganzas. Es casi tan peligroso ser muy apreciado de ellos como agraviarlos, porque castigan á sus ídolos por haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo sabio, astrónomo ilustre, apasionado por la libertad, porque ésta era una nueva verdad conquistada en beneficio del hombre, alimentaba en su espíritu la religion del género humano. Su culto, ilustrado por una razon madura, se elevaba hasta la fe, pero no hasta el fanatismo. Queria que las ideas y hasta las revoluciones giraran como los astros en el espacio, con el poder, la majestad y la regularidad de un plan divino. Creia que los pueblos debian ser conducidos ordenadamente hácia un progreso racional por mano de sus mejores ciudadanos, y no por las sediciones convulsivas de la multitud. Rechazaba la monarquía absoluta como una mentira social, pero lo único que se proponia era debilitarla sin destruirla, aliviando poco á poco á la nacion de sus cadenas, temiendo que obrando de otro modo, el pueblo, mal preparado aún, se precipitase á la par del trono en el abismo, y cayese á impulsos de la anarquía en otra esclavitud más terrible que la primera.

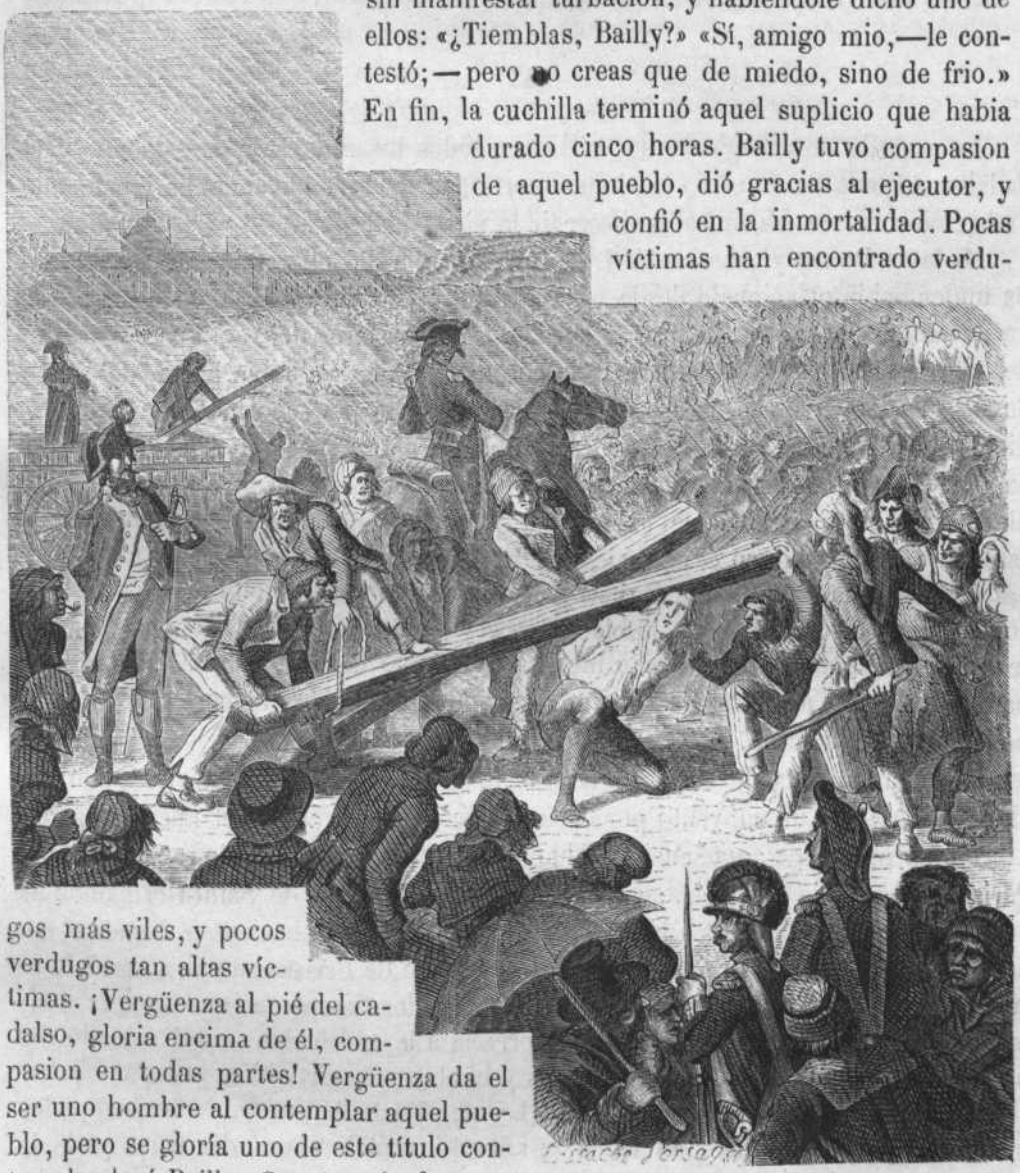
Presidente de la Asamblea nacional, fué el primero que prestó el juramento en el Juego de Pelota, y la conducta que observó desde entónces estuvo constantemente en armonía con estas dos ideas: quitar el poder despótico á la corte, y restituir parte de este poder al rey para conservar cierta gradacion en la conquista y cierto órden en el movimiento. Este hombre era una especie de Lafayette civil, uno de aquellos á quienes las nuevas ideas impulsan hácia adelante y á quienes colman de estimacion y de honores para acreditarse en su nombre. El de Bailly era una inscripcion en el frontispicio de la revolucion. Si Bailly no estaba al nivel de este destino por su genio, lo estaba por su carácter. Su administracion habia sido una serie de triunfos del pueblo sobre la corte. Cuando las agitaciones sangrientas principiaron á manchar las victorias del pueblo, Bailly habló como sabio y obró como magistrado. En un dia perdió la popularidad de toda su vida política. Este dia fué aquel en que, unidos los girondinos á los jacobinos, fomentaron la insurreccion del

Campo de Marte. De acuerdo Bailly con Lafayette, desplegó la bandera roja, marchó á la cabeza de la clase media armada contra la sedicion, y batió el motin alrededor del altar de la patria. En cuanto se vertió aquella sangre, Bailly sintió su amargura. Se atrajo la execracion de los jacobinos, significando su nombre en boca de éstos el asesinato del pueblo, y no pudo gobernar ya una ciudad en donde la sangre derramada clamaba venganza contra él. Abdicó entónces en manos de Petion, y estuvo dos años retirado en una soledad á las inmediaciones de Nantes.

La laxitud del descanso, que es el suplicio de los hombres acostumbrados á los negocios, le acometió bien pronto; quiso volverse á Paris para estar más cerca de los movimientos de la república, pero habiendo sido conocido por el pueblo, costó mucho trabajo salvar su vida del furor de los amotinados, y fué preso en la Conserjería y enviado al tribunal revolucionario. Su nombre le condenaba, y marchó á la muerte por medio de las oleadas de la multitud. Su suplicio no fué más que un prolongado asesinato. Atravesó lentamente los barrios de la capital con la cabeza desnuda, cortado el cabello, atadas las manos á la espalda con una enorme soga y sin más abrigo que la camisa, en medio de un frio inaguantable por lo mucho que nevaba. La hez y la escoria de la poblacion de Paris, á la que por mucho tiempo habia contenido como magistrado, se agrupaba dando feroces aullidos alrededor de la carreta. Indignados los mismos verdugos de aquella ferocidad, reprendieron al pueblo sus insultos. El populacho estaba implacable. Aquellas hordas habian exigido que la guillotina, situada ordinariamente en la plaza de la Concordia, se trasladase aquel dia al Campo de Marte, para que la sangre quedase lavada con sangre en el mismo suelo en donde se habia derramado. Algunos hombres que se decian parientes, amigos ó vengadores de las víctimas del Campo de Marte, llevaban una bandera roja en la punta de un palo como un signo irrisorio, é iban constantemente al lado de la carreta. De cuándo en cuándo la metian en el lodo del arroyo, y azotaban con fuerza en la cara de Bailly con aquel asqueroso trapo. Sus facciones, llenas de heridas y manchadas de barro y de sangre, no tenian forma humana. Estos horrores eran recibidos con aplausos y risotadas. Esta marcha, llena de estaciones como la del Calvario, duró tres horas.

Al llegar al sitio del suplicio, aquellos hombres de corazon ferino hicieron bajar á Bailly de la carreta y le obligaron á dar la vuelta al Campo de Marte á pié, haciéndole lamer con la lengua el terreno en donde habia corrido la sangre del pueblo. Esta expiacion no les sació todavía. El cadalso se habia levantado en el mismo recinto del Campo de Marte. El terreno de la federacion pareció al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con un suplicio, y mandaron á los verdugos que lo deshiciesen pieza por pieza para reconstruirlo en la orilla del Sena, sobre un monton de inmundicias procedentes de todos los muladares de Paris. Los ejecutores se vieron precisados á obedecer; la máquina se desmontó, y como para parodiar el suplicio de Jesucristo con la cruz acuestas, aquellos monstruos cargaron sobre las espaldas del anciano los gruesos maderos que sostenian el tablado de la guillotina, y á golpes le obligaron á arrastrarse agobiado con aquel peso. Desmayóse y cayó várias veces, no pudiendo soportar aquella fatiga; pero apénas volvia en sí se levantaba, excitando las risotadas de aquel populacho que se burlaba de su vejez y de su debilidad. Una hora le hicieron asistir á la lenta reconstruccion del cadalso donde iba á perecer.

Una lluvia mezclada de nieve inundaba su cabeza y helaba todos sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma se mantenia firme. Su aspecto grave y dulce conservaba toda su serenidad. Su razon impasible no hacía alto en aquel populacho, porque veia más alla á la humanidad; sufria el martirio, y no lo encontraba tan fuerte como la esperanza que se lo hacía sufrir. Hablaba con los espectadores sin manifestar turbacion; y habiéndole dicho uno de ellos: «¿Tiemblas, Bailly?» «Sí, amigo mio,—le contestó;—pero no creas que de miedo, sino de frio.» En fin, la cuchilla terminó aquel suplicio que habia durado cinco horas. Bailly tuvo compasion de aquel pueblo, dió gracias al ejecutor, y confió en la inmortalidad. Pocas víctimas han encontrado verdugos más viles, y pocos verdugos tan altas víctimas. ¡Vergüenza al pié del cadalso, gloria encima de él, compasion en todas partes! Vergüenza da el ser uno hombre al contemplar aquel pueblo, pero se gloría uno de este título contemplando á Bailly. Cuanto más feroz es el hombre, tanta mayor necesidad hay de amarle para reducirle. Los crímenes de los pueblos no son más que sus degradaciones; las lecciones de los sabios no son bastante para instruirlo, es preciso que haya mártires para rescatarlo. Bailly fué uno de ellos, porque aunque moria á manos de la libertad, moria al propio tiempo por ella. Creyó en el pueblo á pesar del pueblo, y le echó en cara su injusticia, pero no su sangre.



Suplicio de Bailly.—Pág. 264.

Aquella noche, al oir Robespierre la relacion de esta muerte, se compadeció de Bailly. «Del mismo modo—dijo cenando en casa de Duplay—nos martiriza-

rán á nosotros.» Su huésped, que era juez del tribunal revolucionario, quiso explicar á Robespierre por qué no habia absuelto á este gran acusado. «No me hableis nunca de eso,—le dijo Robespierre;—yo no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la república os la pide de vuestra conciencia.» Duplay no habló más á Robespierre de sentencias ni de ejecuciones. Robespierre mandó cerrar su puerta, en señal de luto. ¿Era esto dolor ó presentimiento?

XI

La cuchilla no escogia ya sus víctimas; todos los rangos se mezclaban en el cadalso. Al lado de un sabio moria una cortesana, y el pueblo aplaudia igualmente ambas ejecuciones. Ya no sabía discernir la virtud del vicio.

Madama Dubarry, querida de Luis XV, murió á poco tiempo de Bailly. Aquella mujer habia principiado desde niña á traficar con sus gracias. Su maravillosa hermosura habia cautivado á los proveedores de placeres del rey, que la sacaron del vicio oscuro, para ofrecerla al vicio coronado. Luis XV habia hecho del rango de sus queridas una especie de institucion de la corte. La señorita Lange-Vaubernier, conocida con el título de condesa Dubarry, habia sucedido á madama Pompadour. Luis XV necesitaba usar la sal del escándalo para sazonar sus estragados placeres; le gustaba rebajarse, así como á otros les gusta elevarse. Hacía reinar el escándalo, y consistió en él su majestad. El único respeto que imponia á su corte era el de sus vicios. Madama Dubarry habia reinado en su nombre, y es forzoso confesar que la nacion habia doblado la cerviz ante la favorita. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habian incensado el ídolo del rey. Luis XV habia preparado las almas á tan baja esclavitud, haciendo adorar por sus cortesanos el despotismo de sus amores.

Madama Dubarry, jóven aún á la muerte de Luis XV, se habia encerrado por algunos meses en un convento por decoro, que era el carácter del nuevo reinado. Libre bien pronto de aquel encierro, habia vivido en un espléndido retiro cerca de Paris, en el palacio de Luciennes, inmediato á los bosques de Saint-Germain. Sus inmensas riquezas, debidas á la prodigalidad de Luis XV, hacian su destierro tan brillante como lo fué su reinado. El anciano duque de Brissac se habia unido á la favorita, á quien amaba ya por su belleza en aquellos tiempos en que otros la amaban por su rango. Madama Dubarry aborrecia á la revolucion, aquel reinado del pueblo que despreciaba á las cortesanas y hablaba de virtud. A pesar de haber sido rechazada de la corte por Luis XVI y por María Antonieta, habia compadecido su desgracia, llorado su caida, y adherídose á la causa del trono y de la emigracion.

Despues del 10 de Agosto, habia hecho un viaje á Inglaterra. En Lóndres, llevó luto por Luis XVI, y consagró su inmensa fortuna á aliviar la miseria de los emigrados. Pero la mayor parte de sus riquezas habian sido enterradas por ella y por el duque de Brissac al pié de un árbol de su parque de Luciennes. Despues de la muerte del duque, asesinado en Versalles, madama Dubarry no quiso confiar á nadie el secreto de su tesoro, y resolvió volver á Francia para desenterrar sus diamantes y llevárselos á Lóndres.

En su ausencia, habia confiado la guarda y la administracion de Luciennes á

un jóven negro llamado Zamora. La Dubarry habia criado aquel niño, por un capricho de mujer, así como se cria á un animal doméstico. Se hizo retratar al lado del negrito, para asemejarse por el contraste de las facciones y del color á las cortesanas de Venecia pintadas por el Tiziano. Habia tenido con él la ternura de una madre, y Zamora fué ingrato y cruel, porque ebrio de libertad revolucionaria, habia adquirido la fiebre popular. La ingratitud le parecia ser la virtud del oprimido, é hizo traicion á su bienhechora denunciando sus tesoros, y la entregó al comité revolucionario de Luciennes, del cual era miembro.

Madama Dubarry, engrandecida y poderosa por el favoritismo, pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusion, mostrada al pueblo como una de las manchas del trono de que era necesario purificar la atmósfera republicana, fué á la muerte en medio de los silbidos del populacho y del desprecio de los indiferentes. Aún estaba en el brillo apénas maduro de sus años. Su belleza, entregada al verdugo, era su delito á los ojos de la multitud. Iba vestida de blanco. Sus cabellos rubios, cortados por detras por la mano del verdugo, dejaban ver su cuello; los rizos de delante cubrian sus ojos y sus mejillas, y ella los apartaba de cuándo en cuándo y se los echaba hácia atras para que su rostro enterneciese al pueblo. No cesaba de implorar el perdon en los términos más humillantes. Un torrente inagotable de lágrimas regaba su lindísimo seno. Sus gritos lastimeros sofocaban el ruido de las ruedas del carruaje y los murmullos de la multitud. Parecia que la cuchilla heria con anticipacion á aquella infeliz mujer, arrancándole mil veces la vida. «¡La vida, la vida!—exclamaba.—¡La vida por mi arrepentimiento! ¡La vida por toda mi adhesion á la república! ¡La vida por todas mis riquezas para la nacion!» El pueblo se reia y se encogia de hombros, mostrándole con la accion la almohada de la guillotina, sobre la cual iba á dormirse para siempre aquella encantadora cabeza. Todo el tiempo que tardó la cortesana en llegar al patíbulo no fué sino un grito continuo, y atada á la guillotina, todavía gritaba. La corte habia debilitado aquella alma. Entre todas las mujeres que fueron guillotinadas, sólo ella murió cobardemente, porque no murió ni por opinion, ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que habia deshonrado el trono.

XII

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun habia llevado la ligereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacian brillantes sus faltas. El escándalo se convertia en fama para él. Pretendia haber sido amado por la reina. Sus Memorias no son más que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades, buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á Lafayette á América, y se entusiasmó por la libertad, no por virtud, sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo más que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes, y al fin en la

Vendée. Lanzado una vez en la revolucion, conoció que no habia más remedio que seguirla hasta el cabo. Detenerse en otra parte era imposible, porque la corriente era demasiado rápida; no sabía adónde iba á parar, pero marchaba siempre hácia adelante. El aturdimiento era su norte. Daba á la república alegremente su nombre, su brazo y su sangre. Los soldados le adoraban, y los generales plebeyos tenian celos de su ascendiente y no sufrian con paciencia á aquel antiguo aristócrata. Algunas querellas estallaron en la Vendée, entre Rossignol, general jacobino, y Biron. Biron fué el sacrificado.

Llevado á Paris, encerrado en la Conserjería y sentenciado á muerte, entró en la cárcel como si hubiese entrado en su tienda de campaña la víspera de una accion. Miró la muerte con indiferencia, y quiso saborear hasta el último instante los únicos goces que les quedaban á los presos, que eran los placeres de la mesa, en la que tenia por convidados á los carceleros y á los guardias, á falta de otros compañeros de alegría. Se hizo llevar ostras y vino blanco, y bebia largamente al llegar los criados del ejecutor. «Dejadme acabar las ostras,—les dijo Biron.—Para el oficio que teneis, debereis necesitar fuerzas. ¡Bebed conmigo!»

Aquella muerte, que imita la muerte irreflexiva de un jóven epicúreo, en un hombre de edad madura tiene más apariencia que dignidad. La sonrisa no tiene cabida en los umbrales de la eternidad. La indiferencia en aquella hora terrible no es la actitud de los verdaderos héroes, sino el sofisma de la muerte. El pueblo aplaudió en sus últimos momentos á Biron, por la irreflexion con que despreciaba el suplicio. Aquel hombre murió como habia querido vivir, valiente, orgulloso y aplaudido.

Esto acaeció el último dia del año de 1793. Otros debian morir al siguiente, 1.° de Enero. La muerte no conocia calendario. Los años se confundian en el suplicio. La sangre no se detenia por eso.

XIII

Cuatro mil seiscientos presos aguardaban ser juzgados sólo en las cárceles de Paris. Fouquier-Tinville no podia dar abasto á las acusaciones, que dirigia en masa y casi á la casualidad. Abrumado por el número de acusados, y hostigado por la impaciencia del pueblo, Fouquier-Tinville no se separaba del gabinete del palacio de justicia en donde extendia las acusaciones. Comia precipitadamente en la misma mesa en que firmaba las sentencias de muerte, y se acostaba en un colchon en el mismo tribunal. Trabajaba incesantemente, y se quejaba de no tener tiempo para abrazar á su mujer y á sus hijos. El celo por la república le consumia. ¡Olvidaba que este celo era el del exterminio, atreviéndose á llamarle un deber! El se creyó ser el brazo del pueblo, el hacha de la república y el rayo de la revolucion. Libertar una vida, olvidar á un culpable, absolver á un acusado, eran cosas que le pesaban. ¡Extraña perversion del corazon humano por el fanatismo! Fouquier recibia todas las tardes del comité de seguridad pública la lista de los sospechosos que habia que encarcelar ó juzgar. El mecanismo del Terror era, por decirlo así, material. Fouquier-Tinville, aunque cegado por la sangre que hacía derramar, se aturdia, sin embargo, algunas veces del número prodigioso de ejecuciones que se le habian pedido y de los nombres de las víctimas que habia sen-

tenciado. Le sucedió, si bien sólo una ó dos veces, abrir á los acusados una puerta de salvacion, sugiriéndoles respuestas que pudieran disculparlos. Así salvó en la magistratura á algunos hombres á quienes habia conocido y respetado en otros tiempos.

Alguna vez, la austera virtud de aquellas víctimas rehusó la vida que se les ofrecia á costa de una mentira. La religion de la verdad hizo mártires voluntarios. Hé aquí uno de estos ejemplos, atestiguado por uno de los jueces, y digno de pasar á la posteridad.

Casi todos los antiguos miembros de los parlamentos y los principales magistrados del reino murieron sucesivamente en el cadalso. Mr. Angrand d'Alleray,

Ultimos momentos del general Biron, duque de Lauzun.—Pág. 268.

teniente civil en el Chatelet, anciano íntegro, estimado de todo el mundo y cargado de años, fué conducido con su mujer al tribunal revolucionario por haber mantenido correspondencia con un hijo que estaba emigrado, y haberle mandado socorros á su destierro. Fouquier-Tinville informó, é hizo un signo de inteligencia para dictar al acusado la respuesta que podia libertarle. «Mira—le dijo en alta voz—la carta que te acusa; pero yo conozco tu letra, porque he visto muchos documentos escritos por tí cuando estabas en el parlamento. Esta carta no es tuya; han falsificado visiblemente tu letra.» «Enseñádmela»,—dijo el anciano á Fouquier-Tinville. En seguida, despues de haberla mirado con escrupulosa intencion, respondió al acusador público: «Te engañas, esta carta es de mi propio puño». Confundido Fouquier con aquella sinceridad que inutilizaba su indulgencia, no se desanimó aún, y ofreció otro pretexto al acusado para que se salvase. «Hay una ley—le dijo—que prohibe á los parientes de los emigrados tener correspondencia con ellos y enviarles socorros, bajo pena de muerte. Sin duda tú no conoces esta ley.» «Tambien te engañas,—respondió Mr. Alleray;—conocia esta ley, pero tambien

conozco otra anterior y superior, grabada por la naturaleza en el corazon de todos los padres y las madres, que les manda sacrificarse por socorrer á sus hijos.»

El acusador, obstinado en su designio, no se desanimó por esta segunda repulsa, y ofreció al acusado hasta cinco ó seis del mismo género. Mr. Alleray las eludió con su teson en no alterar ni ocultar la verdad. En fin, conociendo la intencion de Fouquier-Tinville, le dijo: «Te agradezco los esfuerzos que haces por salvarme, pero es menester mentir para rescatar nuestras vidas, y mi mujer y yo preferimos morir ántes que faltar á la verdad. Hemos envejecido juntos sin haber mentido, y no mentirémos para salvar lo poco que nos queda de vida. Haz tu deber, como nosotros hacemos el nuestro; no te acusarémos por nuestra muerte; sólo acusarémos á la ley». Los jurados lloraron de compasion, pero enviaron al virtuoso suicida al cadalso.

XIV

De esta suerte se inauguraba el año de 1794. Parecia que la guillotina era la única institucion de Francia. Danton y Saint-Just hicieron proclamar la suspension de la Constitucion y el gobierno revolucionario. La ley era el comité de salud pública; la administracion se reducia á la arbitrariedad de los comisionados de la Convencion; la justicia era la sospecha ó la venganza, la garantía era la delacion, y el gobierno era el cadalso. La Convencion no podia dejar de herir ni un momento sin herirse á sí misma. Francia, fusilada en Tolon, ametrallada en Lyon, sumergida en Nantes, guillotinada en Paris, encarcelada, denunciada, secuestrada y aterrada en todas partes, se parecia á una nacion conquistada y saqueada por una de esas grandes irrupciones de los pueblos que destruian la antigua civilizacion á la caida del imperio romano, trayendo consigo otros dioses, otros dueños, otras leyes y otras costumbres á Europa. Era esta invasion la de una nueva idea á la cual la resistencia habia armado con el fuego y el hierro en la mano. La Convencion no era ya un gobierno, sino un campamento. La república no era tampoco una sociedad, sino una carnicería ejecutada sobre los vencidos en un campo de sangre. El furor de las ideas es más implacable que el de los hombres, porque éstos tienen un corazon, y aquéllas carecen de él. Los sistemas son unas fuerzas brutales, que no compadecen ni áun á los que destruyen; así como las balas de cañon en el campo de batalla hieren sin eleccion y sin justicia, derribando el objeto contra que han sido dirigidas. La revolucion desmentia sus doctrinas con su tiranía, manchando su derecho con continuas violencias y deshonrando los combates con sus ejecuciones. De esta suerte se ensangrientan las causas más puras. No decimos esto para disculpar á los pueblos, sino para manifestar la compasion que nos causan. Nada hay más hermoso que ver brillar una idea nueva sobre el horizonte de la inteligencia humana, nada es tan legítimo como ayudarla á que combata y venza las preocupaciones, los hábitos y las instituciones viciosas que se la resisten; pero nada hay más horroroso que verle martirizar á sus enemigos. El combate entónces se convierte en suplicio, el libertador en opresor, y el apóstol en verdugo. Tal era, involuntariamente en algunos, teóricamente en otros, el papel de los miembros de la Montaña y del comité de salud pública. Sus teorías protestaban, pero el movimiento general los arrastraba. Dejaban correr impunemente

las venganzas del pueblo, los furores de la anarquía y las crueldades de los procónsules, hasta las expoliaciones y los asesinatos de Roma degenerada. El partido del ayuntamiento, compuesto de Hebert, Chaumette, Momoro, Ronsin, Vincent y demas furiosos demagogos, iba cada dia más adelante, arrastrando en pos de sí á la Convencion.

XV

Durante estos suplicios, el partido de los legisladores ensayaba de cuándo en cuándo el formular los grandes principios y las grandes innovaciones, como los oráculos al estruendo de los rayos. Robespierre, dominando ya al comité de salud pública, bosquejaba en algunas notas reveladas despues algunos vagos lineamientos de un gobierno de justicia, de igualdad y de libertad, al cual creia ya tocar. Como en todo lo que ha escrito, dicho ó hecho, se ve en él más bien el filósofo que el hombre político.

«Es menester una voluntad unánime, dice una de estas notas póstumas.

»Es necesario que esta voluntad sea republicana ó realista.

»Para que sea republicana, es necesario ministros republicanos, periódicos republicanos, diputados republicanos y un poder republicano.

»La guerra extranjera es un azote mortal.

»Los peligros interiores proceden de la clase media. Para triunfar de ésta es menester reunir el pueblo bajo una sola bandera. Es preciso que el pueblo haga alianza con la Convencion, y que la Convencion se sirva del pueblo.

»En cuanto á la diplomacia exterior, conviene aliarse con las pequeñas potencias; pero es imposible toda diplomacia en tanto que nosotros no tengamos unidad en el poder.»

Despues de los medios, hé aquí el objeto:

«¿Cuál es éste? La ejecucion de la Constitucion en favor del pueblo.

»¿Cuáles son nuestros enemigos? Los ricos y los viciosos.

»¿De qué medios se valen? De la hipocresía y de la calumnia.

»¿Qué es necesario hacer? Ilustrar al pueblo. ¿Y cuáles son los obstáculos para la instruccion del pueblo? Los escritores mercenarios que le extravian con imposturas diarias é imprudentes.

»¿Qué se saca en conclusion de esto? Que es necesario proscribir á los malos escritores como á los más peligrosos enemigos de la patria, y esparcir con profusion los buenos escritos.

»¿Cuáles son los otros dos obstáculos para el establecimiento de la libertad? La guerra extranjera y la guerra civil.

»¿Cuáles son los medios de terminar la guerra extranjera? Poner generales republicanos á la cabeza de nuestros ejércitos, y castigar á los traidores.

»¿Cuáles son los medios de terminar la guerra civil? Castigar á los conspiradores, y sobre todo á los diputados y á los administradores culpables; enviar tropas patriotas al mando de jefes patriotas; hacer ejemplares terribles con todos los malvados que han insultado á la libertad y vertido la sangre de los patriotas.

»En fin, debe atenderse á que no falten las subsistencias, y confeccionar buenas leyes populares.

»¿Qué otro obstáculo hay para la instruccion del pueblo? La miseria.

»¿Cuándo estará el pueblo ilustrado? Cuando tenga pan, y cuando los ricos y el gobierno cesen de pagar plumas y lenguas pérfidas para engañarle; cuando el interes de los ricos y el del gobierno se confunda con el del pueblo.

»¿Cuándo se confundirán estos intereses con los del pueblo? ¡Jamás.»

A esta terrible palabra, estampada al fin de este diálogo interesante de Robespierre consigo mismo, la pluma habia dejado de escribir. La duda ó el desaliento habian dictado aquella última expresion. Conócese por ella que en un alma obstinada en la esperanza, esta palabra queria decir: «Es menester que cedan á la fuerza y que se pongan á un mismo nivel de justicia y de igualdad todos aquellos cuyos intereses no se puedan confundir con el interes del pueblo». La lógica del Terror se derivaba de esta palabra, que estaba llena de sangre.

XVI

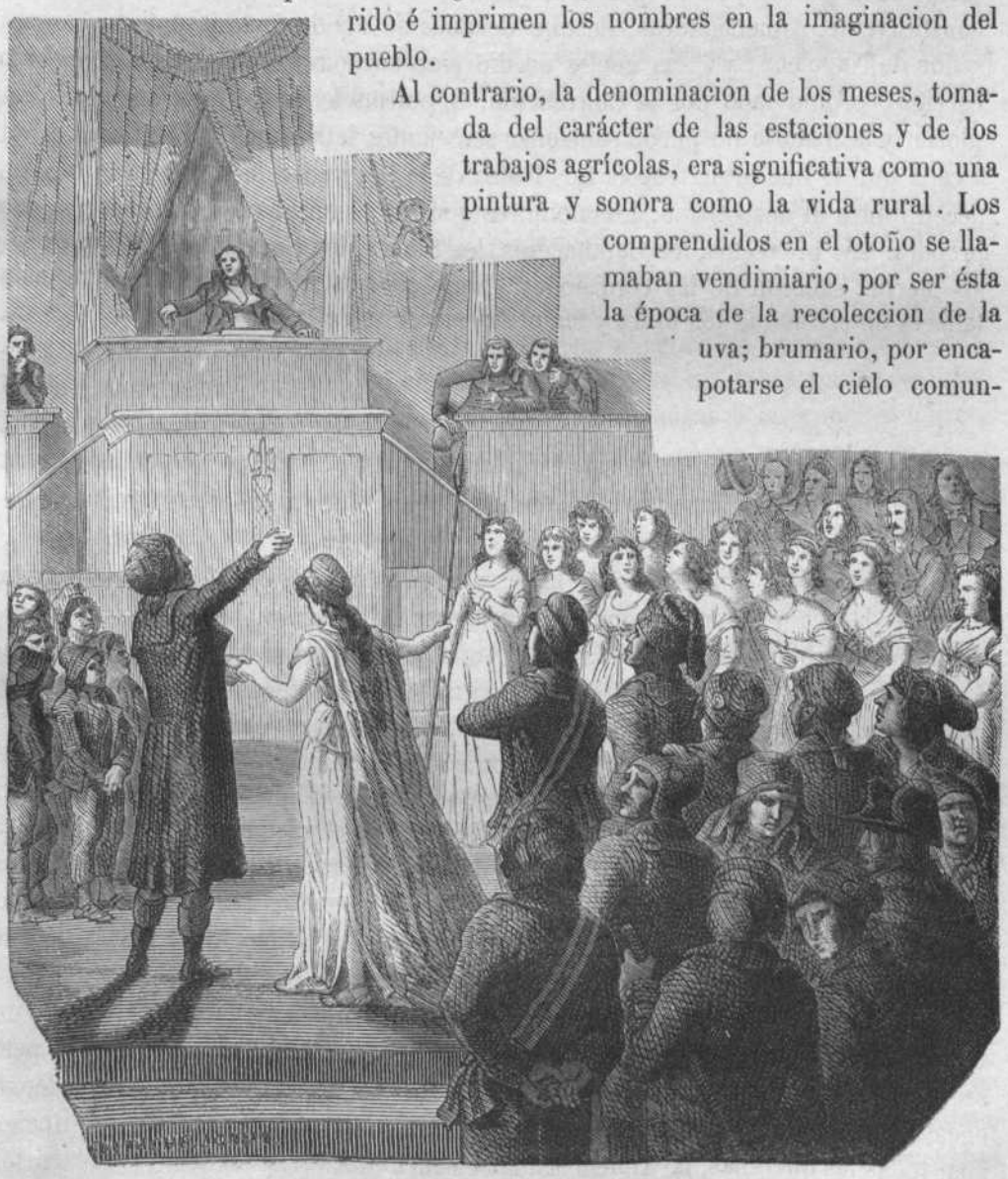
En todas las sesiones de la Convencion y de los Jacobinos de Noviembre y Diciembre de 1793, y hasta en 1794, se halla un sinnúmero de discusiones, de discursos ó de decretos en los que respira el alma de un gobierno popular. El egoísmo desaparece ante el principio de adhesion á la patria. Las clases pobres, que no poseen otra cosa que ella misma, nada más tienen que darle que su sangre. En aquellas sesiones legislativas parece que la Convencion está escribiendo un capítulo de la constitucion evangélica del porvenir. Las cuotas son proporcionadas á las riquezas; los indigentes son un sagrado; los enfermos reciben auxilios; los niños huérfanos son adoptados por la república; la maternidad ilícita se ve libre de la vergüenza que mata el hijo, deshonrando á la madre; proclámase la libertad de conciencia; escógese por tipo en las leyes la moral universal; la esclavitud y el comercio de negros quedan abolidos, y se invoca como ley suprema la conciencia del género humano. Una serie de medidas filantrópicas y populares instituye la práctica de la caridad política como un tratado de alianza entre el pobre y el rico; el poder social se reparte igualmente entre todos los ciudadanos; las enseñanzas elementales, costeadas por el Estado, esparcen como una deuda divina la luz por todas las clases del pueblo, hasta las más ínfimas. El amor al pueblo resalta en todo el resorte de la administracion. Se conoce que la revolucion no se ha hecho para usurpar, sino para dar poder, moralidad, igualdad, justicia y bienestar á las masas. En esto consiste la divinidad del espíritu de la revolucion. Espíritu de luz y de caridad en las deliberaciones de la Convencion, espíritu exterminador en sus actos políticos. Al ver esto, se pregunta uno involuntariamente cuál puede ser la causa de aquel contraste entre las leyes sociales de la Convencion y sus medidas políticas, entre tanta caridad y tantos verdugos, y entre aquella filantropía y aquel continuo derramamiento de sangre. Esto consistia en que las leyes sociales de la Convencion emanaban de sus dogmas, y sus actos políticos eran hijos de su ira. Aquéllas eran sus principios; estos últimos, sus pasiones.

Orgullosa la Convencion de la nueva era que inauguraba para el mundo, quiso que la república francesa se convirtiese en una de las épocas célebres de la historia humana. Instituyó el *Calendario republicano,* como para recordar siempre á los hombres que no habian podido llamarse tales hasta el dia en que se proclamaron libres. Tambien lo hizo para borrar con la nueva denominacion de meses y

dias en que se dividia el tiempo las huellas de la religion del calendario gregoriano, y ademas para que la division de los dias en décadas, y no en semanas, no confundiese por más tiempo el dia inicial del período con el de fiesta y descanso, exclusivamente consagrado al catolicismo; no quiso que la Iglesia continuase señalando al pueblo los momentos de trabajo y de reposo, queriendo reconquistar hasta el tiempo al sacerdocio cristiano, que todo lo habia marcado con su sello desde que se habia apoderado del imperio.

En aquel sistema, los nombres de los dias eran significativos por su lugar en el órden numerario de la década republicana, explicando su órden en el período de dias por títulos derivados del latin. Estos eran: *primidi, duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi*. Estas significaciones puramente numéricas tenian la ventaja de presentar cifras á la memoria, pero tambien tenian el inconveniente de no presentar imágenes al espíritu. Sólo las imágenes dan colorido é imprimen los nombres en la imaginacion del pueblo.

Al contrario, la denominacion de los meses, tomada del carácter de las estaciones y de los trabajos agrícolas, era significativa como una pintura y sonora como la vida rural. Los comprendidos en el otoño se llamaban vendimiario, por ser ésta la época de la recoleccion de la uva; brumario, por encapotarse el cielo comun-



Inauguracion del culto de la Razon.—Pág. 280.

mente en aquella estacion; frimario, porque en ella suelen cubrirse de escarcha las montañas. Los del invierno eran nivoso, pluvioso y ventoso, por ser la época en que reinan las nieves, las lluvias y los vientos. Los de la primavera se distinguian con los nombres de germinal, floreal y prairial, por germinar, florecer y segarse las flores, las plantas y las yerbas. Llamábanse los del estío mesidor, thermidor y fructidor, por la estacion del año en que se doran, siegan y maduran los frutos.

De este modo todo se referia á la agricultura, primera y última entre todas las artes. Las fases de los imperios ó las religiones de los pueblos no eran ya el tipo del tiempo, de esta medida de la naturaleza; todo se remontaba á ella exclusivamente. Lo mismo sucedia en la administracion, en la hacienda, en la justicia criminal, en el código civil y en el código rural. Los hombres especiales de la Convencion prepararon los planes de aquellas legislaciones sobre las bases de la filosofía, de la ciencia y de la igualdad, que eran las determinadas por la Asamblea constituyente. Aquellas ideas, de que despues se apoderó el despotismo organizador de Napoleon, y á las cueles no dió sino su nombre, se habian concebido, escrito ó promulgado por la Convencion. Napoleon le privó injustamente de esta gloria, y la historia no puede sancionar semejantes latrocinios. Deber suyo es dar á cada uno lo que le pertenece. Los frutos de la libertad y de la filosofía no pertenecen nunca al despotismo. Los hombres que Napoleon llamó á sus consejos para preparar sus proyectos, los Cambaceres, los Sieyes, los Carnot, los Thibaudeau y los Merlin, salieron de las comisiones. Como obreros infieles, llevaron á aquellos talleres de esclavitud los útiles y las obras maestras de la libertad.

XVII.

Miéntras que el comité de salud pública cubria las fronteras, sofocaba la guerra civil y meditaba legislaciones humanas y morales, Paris y los departamentos presentaban el espectáculo de las saturnales de la libertad.

El delirio y el furor parecian haberse apoderado del pueblo. La embriaguez de la verdad es más terrible que la embriaguez del error en los hombres, porque dura más y profana causas más santas. Aquella embriaguez impulsaba á las masas á cometer los más horrorosos excesos contra los templos, los altares y las imágenes del culto antiguo, y áun contra los sepulcros de los reyes.

De tres instituciones que la revolucion queria modificar ó destruir, que eran el trono, la nobleza y la religion del Estado, no quedaba ya más que esta última, porque guarecida en la conciencia, y confundiéndose con el mismo pensamiento, les era imposible á los perseguidores el seguirla hasta aquel asilo. La Constitucion civil del clero y el juramento impuesto al mismo, declarado cismático por la corte de Roma; las retractaciones que la inmensa mayoría de los eclesiásticos habia hecho de este juramento para permanecer unidos al centro católico, la expulsion de aquellos mismos sacerdotes refractarios de sus curatos y de sus iglesias, la instalacion de un clero nacional y republicano en lugar de aquellos ministros fieles á Roma, la persecucion contra estos eclesiásticos rebeldes á la ley por ser obedientes á la fe, su encarcelamiento, su proscripcion en masa en los buques de la república en Rochefort; todas las querellas, las violencias, las ejecuciones, los destierros y los martirios de estos sacerdotes católicos habian desterrado en la apariencia el antiguo culto de

la superficie de la república. El culto constitucional, inconsecuencia palpable de los sacerdotes juramentados que ejercian un pretendido catolicismo á pesar de su jefe espiritual, no era hacía ya mucho tiempo sino un juguete sagrado que la Convencion habia dejado á los campesinos para no destruir de golpe sus hábitos. Pero los filósofos impacientes de la Convencion, de los Jacobinos y de la municipalidad, se indignaron de aquel simulacro de religion que sobrevivia á los ojos del pueblo á la misma religion. Deseaban ardientemente inaugurar en su lugar la adoracion abstracta de un Dios sin forma, sin dogma y sin culto. La mayor parte proclamaban abiertamente el ateismo como la sola doctrina digna de los espíritus intrépidos en la lógica materialista de la época. Hablaban de la virtud y negaban á Dios, cuya existencia solamente puede dar sentido á la palabra virtud. Hablaban de libertad y negaban la justicia eterna, única que puede vengar á la inocencia y castigar la opresion. La multitud grosera se embriagaba de aquellas teorías de ateismo, y se creia libre de todo deber al verse libre de Dios. Así van siempre las deplorables oscilaciones del espíritu humano, de la supersticion á la nada de las creencias, sin poder detenerse jamás en el equilibrio de la razon y de la verdad.

XVIII

Los directores secretos de la municipalidad, y sobre todo Chaumette y Hebert, fomentaban en el pueblo aquellos accesos de impiedad y aquellas sediciones contra todo culto. «El pueblo—se decian—no volverá nunca á entrar en los templos que haya demolido por sus propias manos, ni se arrodillará nunca delante de los altares que haya profanado, ni adorará los símbolos y las imágenes que haya pisoteado en el pavimento de las iglesias; el sacrilegio nacional se interpondrá entre él y su antiguo Dios.» Aquel resto de catolicismo que se ejercia públicamente en los templos cristianos les importunaba, y lo quisieron hacer desaparecer. Exigieron públicas apostasías de los sacerdotes, y obtuvieron bastantes. Algunos eclesiásticos, unos por miedo y otros por incredulidad real, subieron á los púlpitos para declarar que habian sido hasta entónces unos impostores, y siempre eran acogidos con aclamaciones estos tránsfugas del altar. Se parodiaron irrisoriamente las ceremonias tenidas ántes por sagradas, y se llegó hasta el extremo de revestir á un buey ó á un asno con los ornamentos pontificales, paseando aquellos escándalos por las calles, bebiendo vino en los cálices y cerrando las iglesias. Escribieron en la puerta de los cementerios: *Sueño eterno*. Llevaban á los representantes comisionados ó á las capitales de los distritos los tesoros de las iglesias, ó hacian ofrendas patrióticas con ellos á la nacion. Los clubs se instalaron en los santuarios, convirtiéndose la cátedra evangélica en tribuna de los oradores. En pocos meses, el inmenso material del culto católico, catedrales, iglesias, monasterios, rectorías, torres, campanas, ministros y ceremonias, habian desaparecido.

Los representantes comisionados se aturdian, segun escribian á la Convencion, al ver la facilidad con que desaparecia todo el aparato de las instituciones antiguas. «Las religiones de donde se retiran el poder del Estado y la riqueza de las dotaciones, se borran prontamente de los espíritus.» Los filósofos de la municipalidad resolvieron á mediados de Noviembre acelerar aquel movimiento en Paris. Sabian que si el pueblo renegaba fácilmente del espíritu de su culto, no renunciaba

tan pronto á los espectáculos y á las ceremonias que divertian su vista. Quisieron apoderarse de sus templos para ofrecerle un nuevo culto, especie de paganismo disfrazado, cuyo dogma no era sino imágenes, el culto un ceremonial, y la divinidad suprema la razon convertida en su propio Dios, y adorándose en sus atributos. Las leyes de la Convencion, que continuaba en mantener el culto católico nacional, se oponian á esta invasion violenta de la religion filosófica de Chaumette en la catedral y en las iglesias de Paris. Era necesario hacer evacuar aquellos monumentos por una renuncia voluntaria del obispo constitucional y de su clero. Los gritos de muerte que perseguian en todas partes á los sacerdotes, su sangre que corria en abundancia sobre todos los cadalsos de la república, los insultos del pueblo por su traje, las cárceles llenas de ellos, y la presencia de la guillotina, impulsaron á hacer esta renuncia al clero republicano, que temblaba todos los dias al verse sacrificado en el ejercicio de sus funciones. El principal móvil que retenia aún á una parte de aquellos sacerdotes era el sueldo anejo á sus funciones; pero se aseguró á los principales de entre ellos un sueldo equivalente al de los destinos más lucrativos en las administraciones civiles y militares de la república, y la esperanza ó las amenazas les arrancaron su consentimiento á lo que de ellos se exigia.

El obispo Gobel, hombre débil de carácter, pero sincero en su fe, fué el único que se resistió. Le intimidaron por un lado y le tranquilizaron por otro: le dijeron que la renuncia del ejercicio público de su culto no era sino un sacrificio á la necesidad del momento, que esta abdicacion no implicaba una renuncia del carácter sacerdotal, que no era sino una abdicacion de sus funciones públicas, y que despues de deponer su episcopado continuaria, lo mismo que su clero, en el ejercicio individual y libre de su religion. Chaumette, Hebert, Momoro, Anacharsis Clootz y Bourdon de l'Oise importunaron á aquel anciano hasta que obtuvieron de él lo que deseaban. Se llamó á este acto de Gobel una apostasía. Investigaciones ciertas atestiguan el error de los historiadores con respecto á este asunto. Gobel se presentó en la Convencion acompañado de sus vicarios. Momoro le presentó y arengó á la Asamblea en nombre de la municipalidad. «Ved aquí delante de vosotros—dijo—á estos hombres que vienen á despojarse del carácter de la supersticion. Este gran ejemplo será imitado. Bien pronto la república no tendrá otro culto que el de la libertad y la igualdad, culto tomado de la naturaleza, y que se convertirá en una religion universal.» Gobel, cuya conciencia sorprendian y violentaban las palabras de Momoro, se estremeció, pero no se atrevió á desmentirle. Las tribunas le hacian temblar. «Ciudadanos,—dijo leyendo una declaracion meditada y convenida con la municipalidad,—como plebeyo, he alimentado desde muy jóven en mi alma los principios de la igualdad. Llamado á la Asamblea nacional, he reconocido uno de los primeros la soberanía del pueblo. Su voluntad me llamó á la silla episcopal de Paris. No he empleado el ascendiente que podia darme mi título y mi destino sino en aumentar su adhesion á los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la moral, base necesaria de toda constitucion verdaderamente republicana. En el dia, que la voluntad del pueblo no admite otro culto público y nacional que el de la santa igualdad, porque como soberano lo quiere así, renuncio á ejercer mis funciones de ministro del culto católico.» Los vicarios de Gobel firmaron la misma declaracion. Unánimes aclamaciones saludaron este triunfo. Numerosas declaraciones escritas ó verbales en este mismo sentido siguieron á las del

obispo y sus vicarios. Tomás Lindet abdicó en otros términos. «La moral que he predicado—decia—es de todos los tiempos. La causa de Dios no debe ser ocasion de guerra entre los hombres. Cada ciudadano debe mirarse como sacerdote de su familia. La destruccion de las fiestas abrirá, sin embargo, un vacío inmenso en los hábitos de la poblacion. Medid este vacío, y reemplazad estas fiestas con otras fiestas puramente nacionales, que sirvan de transicion entre el reinado de la razon y el del fanatismo.» Los obispos Gayvernon y Lalande y muchos curas hicieron otras declaraciones de la misma naturaleza. La Asamblea aplaudió como en la noche del 4 de Agosto, que la nobleza abdicó sus derechos. En medio de estos aplausos, entró en el salon Gregorio, obispo constitucional de Blois. Le informaron de la causa de aquellas manifestaciones, y le obligaron á imitar el ejemplo de sus colegas, llevándolo á la tribuna. «Ciudadanos,—dijo,—acabo de llegar, y no tengo sino nociones muy vagas de lo que sucede en este momento. ¿Se habla de sacrificios por la patria? Estoy acostum-

Instalacion del culto de la Razon.—Pág. 281.

brado á hacerlos. ¿De adhesion á la revolucion? Tengo hechas mis pruebas. ¿De las rentas anejas á las funciones de obispo? Las dejo sin sentimiento. ¿Se trata de religion? Este artículo está fuera de vuestro dominio; no teneis derecho para atacarlo. Como católico por conviccion y por sentimientos, sacerdote por eleccion y obispo nombrado por el pueblo, no es de él ni de vosotros de quien tengo mi mision. Se me ha atormentado para que aceptara la carga del episcopado, y se me atormenta ahora para obtener de mí una abdicacion que no se me arrancará nunca. Obrando segun los principios sagrados que me son tan queridos, y que yo os desafio á que me arrebateis, he procurado hacer todo el bien posible en mi diócesis, y permanezco obispo para hacerlo aún. Invoco la libertad de cultos.»

Murmullos y sonrisas acogieron aquel animoso acto de conciencia. Acusaron á Gregorio de querer cristianizar la libertad. Los silbidos de las tribunas le acompañaron hasta su asiento. Sin embargo, la estimacion de los hombres cuya filosofía se remontaba hasta Dios le vengó de aquellos desprecios. Robespierre y Danton dieron señales de aprobacion á lo que habia dicho, indignándose en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia; pero la corriente era demasiado rápida para detenerla en aquel momento: ella arrastraba en su furia todos los cultos en la proscripcion del catolicismo.

Sieyes salió de su silencio para abdicar, no sus funciones, que nunca habia ejercido, sino su carácter sacerdotal. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar su filosofía cuando ésta triunfaba, así como la habia confesado ántes de su victoria sobre el catolicismo. «Ciudadanos,—dijo,—hace mucho tiempo que mis votos eran por el triunfo de la razon sobre la supersticion y el fanatismo. Este dia, ansiado para mí, ha llegado, y me regocijo viendo en él el beneficio más grande para la república. He vivido víctima de la supersticion, pero jamás he sido su apóstol ni su instrumento. He sufrido por los errores de los demas, pero nadie ha sufrido por los mios. Nadie hay en el mundo que pueda decir que ha sido engañado por mí, y muchos me deben el haber abierto los ojos á la luz. Si he permanecido ligado con las cadenas sacerdotales, ha sido por la misma fuerza que sujetaba muchas almas libres en las cadenas reales. El dia de la revolucion las he roto todas. No tengo títulos eclesiásticos que ofreceros, há mucho tiempo que renuncié á ellos, pero cedo en beneficio de la nacion la indemnizacion que se me ha señalado en cambio de las rentas eclesiásticas que poseia antiguamente.»

Chaumette dijo entónces que el dia en que la razon volvia á recobrar su imperio merecia un lugar aparte en las épocas de la revolucion. En consecuencia, pidió que el comité de instruccion pública señalase en el nuevo calendario un sitio para el *dia de la razon*.

XIX

«Ciudadanos,—dijo el presidente de la Convencion,—entre los derechos naturales del hombre hemos colocado la libertad en el ejercicio de cultos. Ademas de esta garantía que os debíamos, acabais de elevaros á la altura en que os esperaba la filosofía. No os hagais ilusiones: esas pantomimas sacerdotales insultaban al Sér Supremo, porque él no quiere otro culto que el de la razon. En adelante, ésta será la religion nacional.»

A estas palabras, el presidente abrazó al obispo de Paris. Los sacerdotes de su comitiva, adornados con el gorro encarnado, símbolo de la libertad que reconquistaban, salieron en triunfo de la sala y se dispersaron en medio de los aplausos de la multitud por las Tullerías. Aquella abdicacion del catolicismo exterior por los sacerdotes de una nacion en que brillaba hacía ya tantos siglos el poder del sacerdocio católico, es uno de los actos más característicos del espíritu de la revolucion. Si el ateismo no hubiera sido el provocador de aquel despojo de los sacerdotes asalariados, si el terror no hubiera hecho violencia á la fe, si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convencion como una verdad en la república, si las religiones se hubiesen emancipado del poder del Estado para volver al dominio de la conciencia individual y libre, el órden religioso se hubiera fundado. Pero cuando la persecucion proclama la libertad, cuando se interroga á la conciencia frente al instrumento del suplicio, la conciencia no es libre, y la libertad se convierte en tiranía. El ateismo habia mandado este acto, y se apoderó de él. Hizo que su triunfo fuese escandaloso, cuando debia ser el triunfo de la razon y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su faccion animaron más y más desde aquel dia las profanaciones y devastaciones de los templos, la dispersion de los fieles, el encarcelamiento y el martirio de los sacerdotes que preferian la muerte á la apostasía. Los satélites de la municipalidad querian desterrar del suelo y del corazon de los franceses todo lo que pudiese recordar la religion y el culto del Crucificado. Las campanas, esa sonora voz de los templos cristianos, se fundian para acuñar moneda ó hacer cañones; las urnas y los relicarios, apoteósis populares de los apóstoles y de los santos, fueron despojados de sus adornos y arrojados á los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *santa ampolla,* que una antigua leyenda pretendia que era bajada del cielo para ungir á los reyes con un óleo celestial. Algunos de los directores de los departamentos prohibieron á los maestros que pronunciasen el nombre de Dios en la enseñanza de los niños del pueblo. Andres Dumont, comisionado en los departamentos del Norte, escribia á la Convencion: «Pongo presos á todos los clérigos que se atreven á celebrar las fiestas y los domingos. He hecho desaparecer las cruces y los crucifijos. El gozo me enajena. En todas partes se cierran las iglesias, se queman los confesonarios y los santos, y se hacen *cartuchos* de cañon con los misales y demas liturgias sagradas. Todos los ciudadanos exclaman: «¡Fuera los clérigos! ¡Igualdad y Razon!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laignelot perseguian hasta á los revendedores de cera que proveian á las iglesias. «Se desbautizan á bandadas,—decian.—Los clérigos queman sus títulos de órdenes. El cuadro de los derechos del hombre reemplaza en los altares á los tabernáculos de misterios ridículos.» En Nantes se hicieron hogueras en la plaza pública, en donde se quemaron las estatuas, las imágenes y los libros sagrados. Algunas diputaciones de patriotas iban diariamente á la Convencion á llevarle en tributo los despojos de los altares. Las ciudades y los pueblos inmediatos á Paris fueron procesionalmente á llevar tambien á la Convencion en carros los relicarios de oro, las mitras, los cálices, los incensarios, las patenas y los candeleros de sus iglesias. En unas banderas plantadas sobre montones de despojos llevaban la inscripcion siguiente: *Destruccion*

del fanatismo. El pueblo se vengaba con insultos de lo que por tanto tiempo habia adorado, confundiendo á Dios con sus resentimientos contra el culto que se le habia tributado.

La municipalidad quiso reemplazar con otros espectáculos las ceremonias de la religion, y el pueblo asistió á ellos como asistia á todas las novedades. La profanacion de los lugares sagrados, la parodia de los misterios y el brillo pagano de los ritos, le atraian hácia aquellas pompas. Creia que con esto desterraba las *tinieblas* que despues de tantos siglos reinaban en aquellas sagradas bóvedas, y que hacía entrar en ellas la luz, la libertad y la razon. Pero faltaba sinceridad en estas fiestas, adoracion á sus actos y alma á sus ceremonias. Las religiones no nacen en la plaza pública á la voz de los legisladores ó de los demagogos. La religion de Chaumette y de la municipalidad no era sino una ópera popular trasladada de la escena al tabernáculo.

La inauguracion de aquel culto tuvo lugar en la Convencion el 9 de Noviembre. Chaumette, acompañado de los miembros de la municipalidad y escoltado de una multitud inmensa, al són de la música y de las canciones patrióticas, entró en el salon, llevando por la mano á una de las más bellas cortesanas de Paris. Un largo velo azul cubria á medias al ídolo. Un grupo de prostitutas compañeras suyas seguia detras, y otro grupo de hombres sediciosos las escoltaba. Aquella banda impura se esparció confusamente por el recinto é invadió los bancos de los diputados. Laloi presidia la sesion. Chaumette se adelantó hácia él, y quitando el velo que cubria á la cortesana, hizo brillar su belleza á los ojos de la Asamblea. «Mortales,—exclamó,—no reconozcais otra divinidad que la Razon; vengo á ofreceros su más hermosa y pura imágen.» A estas palabras, Chaumette se inclinó en ademan de adorarla. El presidente, la Convencion y el pueblo afectaron imitar aquella señal de adoracion. Se decretó una fiesta en honor de la Razon en la catedral de Paris. Los cánticos y las danzas acogieron aquel decreto. Algunos diputados de la Convencion, Armonville, Drouet y Lecarpentier, tomaron parte en aquellos bailes. Una gran parte de la Asamblea se mostró fria y desdeñosa; satisfecha por haber votado aquellas saturnales, las abandonaba al pueblo, avergonzándose de tomar parte en ellas. Robespierre, sentado al lado de Saint-Just, aparentó estar distraido é indiferente. Su severo semblante no llegó á desarrugarse. Dirigió una mirada sobre el desórden del salon, tomó várias apuntaciones, y habló constantemente con el que estaba á su lado. El envilecimiento de la revolucion le parecia el más grande de los crímenes. Meditaba ya á sus solas el modo de reprimirlo. En el momento en que la orgía popular recibia más aplausos, se levantó con una indignacion mal contenida, y se retiró con Saint-Just. No queria sancionar con su presencia aquellas profanaciones. La salida de Robespierre desconcertó á Chaumette. El presidente levantó la sesion, devolviendo á la decencia el templo de las leyes.

XX

El 20 de Diciembre, dia que se habia fijado para la instalacion del nuevo culto, el ayuntamiento, la Convencion y las autoridades de Paris fueron en corporacion á la catedral. Chaumette, ayudado por el actor de la Opera Lais, habia ordenado el plan de la fiesta. La jóven Maillard, actriz llena de belleza y de

talento, favorita de la reina poco ántes, querida siempre del público, se habia visto obligada por las amenazas de Chaumette á desempeñar el papel de la divinidad del pueblo. Entró en la iglesia en un palanquin cubierto con un dosel formado de ramas de encina, precedida de algunas mujeres vestidas de blanco y con cinturones tricolores. Las sociedades populares, las fraternales de mujeres, los comités revolucionarios, las secciones y los grupos de coristas, cantores y bailarines

Destruccion de las tumbas de los reyes en San Dionisio.—Pág. 282.

de la Opera rodeaban aquel trono. La actriz llevaba en los piés el coturno teatral, el cabello adornado con un gorro frigio, y el cuerpo apénas cubierto con una túnica blanca, y encima una clámide flotante de color celeste. La sacerdotista fué llevada al són de los instrumentos hasta el pié del altar, y se sentó en el lugar en que poco ántes la adoracion de los fieles buscaba el pan místico transformado en Dios. Detras tenia una inmensa antorcha que significaba la llama de la filosofía, destinada á alumbrar sola en adelante el recinto de los templos. La actriz encendió la antorcha. Chaumette, recibiendo el incensario donde ardian los perfumes de manos de dos acólitos, se arrodilló é incensó. Una imágen mutilada de la Vírgen

estaba á sus piés, y Chaumette apostrofó aquel mármol, desafiándole á volver á ocupar su antiguo lugar en el respeto del pueblo. Los bailes y los himnos distraian la vista y los oidos de los espectadores. Ninguna profanacion faltó al antiguo templo, cuyos fundamentos se confundian con los de la religion y de la monarquía. El obispo Gobel, obligado por el terror, asistió en una tribuna á la parodia de los misterios que habia celebrado hacía tres dias en aquel mismo altar. Encadenado por el miedo, lágrimas de vergüenza corrian de los ojos del obispo. El mismo culto se propagó por imitacion en todas las iglesias de los departamentos. La ligera superficie de Francia cedió á todos los vientos de Paris. Sólo habia la diferencia de que en lugar de escoger sus divinidades en los teatros, los representantes comisionados obligaron á castas esposas é inocentes doncellas á darse en espectáculo á la adoracion del pueblo. Muchas rescataron á este precio la vida de un marido ó de un padre. El sacrificio santificaba la impiedad á sus ojos. Algunos maridos patriotas prostituyeron á sus mujeres á las miradas de todos. Momoro, miembro de la municipalidad y seide de Hebert, condujo él mismo la comitiva de su jóven y hermosa esposa á San Sulpicio. Aquella mujer, cuyo pudor y piedad igualaban á su hermosura, lloraba, y se desmayó de vergüenza en el altar. Una jóven de diez y seis años, hija de un encuadernador nombrado Loiselet, entregada por su padre á la admiracion del pueblo, murió de desesperacion, arrancándose los adornos y las flores de su papel.

Las familias ocultaban la belleza de sus hijas ó de sus mujeres, para evitar los escándalos de aquellas adoraciones públicas.

XXI

La devastacion de los santuarios y la dispersion de las reliquias siguieron á la inauguracion del culto alegórico de Chaumette. En la plaza de Greve, lugar consagrado á los suplicios, quemaron los restos de Santa Genoveva, patrona popular de Paris, arrojando las cenizas al viento. Persiguiéronse hasta en los sepulcros las tradiciones de la religion, así como se habian perseguido ya las memorias, el respeto y las supersticiones de la patria. Ni áun la tumba fué un asilo inviolable para los restos de los reyes. Un decreto de la Convencion habia ordenado, en odio al trono, la destruccion de los sepulcros de San Dionisio. La municipalidad, exagerando la medida política, cambió el decreto en atentado contra el sepulcro, contra la historia y contra la humanidad, ordenando la exhumacion de los huesos, la expoliacion de las mortajas y la fundicion de las cajas de plomo para hacer balas.

Esta órden fué ejecutada por los individuos de la municipalidad con todas las circunstancias y con toda la irrision más á propósito para aumentar el horror de semejante acto. Aquel pueblo, enconado contra aquellos sepulcros, parecia exhumar su propia historia y arrojarla al viento. El hacha rompió las puertas de bronce que habia regalado Carlomagno á la basílica de San Dionisio. Verjas, artesonados, estatuas, todo cayó hecho pedazos por el martillo. Levantaron las piedras, violaron los sepulcros y deshicieron las urnas. Con una curiosidad burlesca registraron los cuerpos embalsamados, las carnes consumidas, los huesos calcinados y los cráneos de los reyes, de las reinas, de los príncipes, de los ministros y de los obispos cuyo nombre resuena en los fastos de Francia. Pepin, fundador de la dinastía carlovin-

gia y padre de Carlomagno, no era más que un monton de ceniza negruzca que se disipó en cuanto le dió el aire. Las cabezas mutiladas de Turena, de Duguesclin, de Luis XII, de Francisco I, rodaron por el suelo. Se andaba sobre un monton de cetros, de coronas, de báculos y de atributos históricos ó religiosos. Abrióse una inmensa zanja, cuyo interior estaba cubierto de cal viva, en uno de los cementerios exteriores, llamado de los Valois. Los perfumes exhalaban sus aromas en los subterráneos para purificar el aire. Despues de cada hachazo se oian las aclamaciones de los enterradores cuando descubrian los restos de un rey ó jugaban con sus huesos.

Debajo del coro estaban enterrados los príncipes y princesas de la primera raza y algunos de la tercera: Hugo Capeto, Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso. Les quitaron los restos de sus trajes de seda, y los arrojaron en una capa de cal.

Enrique IV, que estaba embalsamado por el método italiano, conservaba su fisonomía histórica. En su pecho se descubrian aún las dos heridas que le causaron la muerte. Su barba perfumada y en figura de abanico, como se ve en sus retratos, mostraba el cuidado que aquel rey voluptuoso tenia con su cara. Su memoria, querida del pueblo, le protegió por un momento de la profanacion. La multitud desfiló en silencio por dos dias delante de aquel cadáver aún popular, puesto en el coro al pié del altar, y recibió despues de muerto el homenaje respetuoso de los mutiladores del trono. Pero Javogues, representante del pueblo, se indignó de aquella supersticion póstuma, y en pocas palabras se esforzó en demostrar al pueblo que aquel rey valiente y enamorado habia sido más seductor que servidor del pueblo. «Engañó—dijo Javogues—á Dios, á sus queridas y á su pueblo; que no engañe más á la posteridad y á vuestra justicia.» Y arrojaron el cadáver á la fosa comun.

Sus hijos y sus nietos, Luis XIII y Luis XIV, le siguieron. Luis XIII estaba hecho momia. Luis XIV era un monton de drogas aromáticas; en su muerte habia desaparecido entre los perfumes, así como en vida entre su orgullo. Tambien franqueó sus sepulturas el panteon de los Borbones. Las reinas, los delfines y las princesas fueron arrancados de sus ataudes, y sus huesos llevados á brazadas por los trabajadores y arrojados á la zanja. El último que sacaron fué Luis XV. La infeccion de su reinado parecia salir de su sepulcro. Se vieron obligados á quemar una porcion de pólvora para disipar el olor mefítico del cadáver de aquel príncipe, cuyos escándalos habian envilecido el trono.

En el panteon de los Cárlos, se encontró al lado de Cárlos V una mano de justicia y una corona de oro, y en el ataud de su mujer Juana de Borbon, ruecas y anillos nupciales.

El panteon de los Valois estaba vacío. La justa ira del pueblo buscó allí en vano á Luis XI. Este rey habia mandado que le enterrasen en uno de los santuarios de la Vírgen, á quien tantas veces habia invocado hasta para que le asistiese en sus crímenes.

El cuerpo de Turena, mutilado por una bala de cañon, fué respetado por el pueblo. Le ocultaron á la inhumacion, y se conservó nueve años en uno de los desvanes del gabinete de historia natural del Jardin de Plantas, entre varios restos de animales disecados. El sepulcro militar de los Inválidos fué el sitio destinado des-

pues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion á la fosa que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I y su mujer Nanthilde descansaban en un mismo sepulcro hacía doce siglos. Al esqueleto de Nanthilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos; los sepulcros estaban vacíos. Entónces se notó que faltaba un despojo, que era el de una jóven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella vírgen al sepulcro del claustro adonde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio, para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte; nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen sólo de la república.

LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El Terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José Lebon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre el jóven en Vesoul.

I

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de Francia. Carrier, en Nantes, se esforzaba por exceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot-d'Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos excesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido, como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendeanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labradores, y la pretendida complicidad de los habitantes de Nantes en estos sucesos, habian dado á Carrier un pueblo entero que llevar al suplicio.

Aquel hombre no tenia opinion, sino un instinto depravado; no conocia más ideas que el furor. El asesinato era su única filosofía, y la sangre su única sensualidad. En todas las épocas de la historia ha habido de estos hombres carnívoros, tanto en el trono como en el pueblo, y áun en el altar. Poco les importan las causas por que matan, con tal que maten. El crímen tiene una parte en todas las grandes conmociones humanas, y éstos son los representantes del crímen de todos los partidos. Carrier era natural de las montañas de la Auvernia, en donde los hombres son fuertes, duros y ásperos como su clima; poblacion que está aislada en medio de Francia por su raza y por sus costumbres, que parece tener en sus fibras alguna parte del fuego y del hierro de sus minas y de sus volcanes. Nacido Carrier en una aldea, y llevado despues á Aurillac al estudio de un abogado, se avezó á la práctica de las trampas mezquinas que extinguen los sentimientos del corazon y que agrian la palabra de los hombres de foro, convirtiéndose muy pronto el nuevo curial en declamador y agitador de su país; por la energía de sus conversaciones y por la ferocidad de su alma le escogieron para enviarle á la Convencion, creyendo ver en él un soldado invencible de la revolucion, cuando no era más que un verdugo. Entónces tenia más de cuarenta años. Sin talento para la

tribuna, sus discursos no eran sino vociferaciones. Las medidas más extremadas, y entre otras el establecimiento del tribunal revolucionario, le habian merecido algunos aplausos. La Montaña le habia creido á propósito para establecer el Terror en las provincias sublevadas, y le habia mandado á Nantes para animar al ejército republicano con su patriotismo. Era cobarde en el combate y cruel en la venganza. Despues de la derrota del ejército realista, habia establecido en Nantes, no su tribunal, sino su carnicería. Más de ocho mil víctimas habian sido ya fusiladas en los depósitos de prisioneros, los enfermos, las mujeres y los niños que el ejército fugitivo dejaba ya rezagados. Esto era poco para Carrier. Se presentó con sable en mano á la sociedad popular de Nantes, arengó al club, reprendió su lentitud, le señaló á los negociantes y á los ricos como la peor especie de aristócratas, y le pidió quinientas cabezas de ciudadanos. Escribió ademas al general Haxo que la idea de la Convencion era despoblar é incendiar el país. Formó, con el título de compañía de Marat, una banda de asesinos á quienes se daban diez francos diarios, con el doble objeto de que fuesen los guardias de su persona y los ejecutores de sus órdenes, encerrándose, como Tiberio en Caprea, en una casa de campo de uno de los arrabales de Nantes, haciéndose inaccesible para aumentar el espanto con el misterio, sin dejar que nadie se le acercase sino sus siervos. Escogió entre los hombres más abyectos y más miserables de la hez de Nantes los miembros de los comités revolucionarios y de la comision militar, encargados de legalizar sus maldades con una apariencia de juicio. Impacientándose por los escrúpulos de aquellos hombres, los injuriaba, les amenazaba con el sable, los heria, los despedia, volvia á admitirlos á su servicio y á despacharlos nuevamente, concluyendo por matar sin otra formalidad que su palabra y su accion. Un tal Lambertye, á quien nombró su ayudante general, era su instrumento. Lambertye llevaba sus órdenes á la comision militar, mandaba las tropas, admitia á los verdugos, ejecutaba los asesinatos en masa, y heredaba los despojos de las víctimas. No contento con haber hecho fusilar sin juicio hasta ochenta víctimas á la vez, Carrier dió órden al presidente de la comision militar para que entregase las cárceles y los depósitos á Lambertye para que ejecutase allí sin forma de proceso sus asesinatos nocturnos. La compañía de Marat y los destacamentos de tropas de la guarnicion de Nantes, dirigidos por Lambertye, vaciaban las cárceles, en tanto que los agentes civiles del procónsul las llenaban de nuevo con sus delaciones.

II

La ciudad y el departamento se dividian únicamente en asesinos y víctimas. El pillaje servia de incentivo al asesinato, y éste absolvia al pillaje. Habia cesado todo movimiento de vida. El comercio estaba suprimido, los negociantes encarcelados y los propietarios secuestrados. La residencia allí era un continuo peligro, la huida un crímen, la riqueza un motivo de denuncia. Todos los principales ciudadanos, fuesen republicanos ó realistas, estaban aglomerados en los calabozos. Los sabuesos de Carrier y los satélites de Lambertye traian á cientos los sospechosos de las poblaciones y de los campos vecinos á los depósitos de Nantes. Uno sólo de éstos contenia mil y quinientas mujeres y niños, sin camas, sin paja, sin fuego y sin abrigo, sumidos en la infeccion, y sin comer algunas veces en dos dias. No

se desocupaban aquellos sumideros humanos sino por los fusilamientos. Los ciudadanos no rescataban su vida sino á costa de sus riquezas, y las mujeres por medio de su prostitucion. Las que se negaban á estas infames complacencias, eran enviadas al suplicio aunque estuviesen embarazadas. Un gran número de mujeres vendeanas que habian seguido á sus maridos al otro lado del Loira, y que habian sido presas en el campo, fueron fusiladas con los hijos que iban á dar á luz. Los verdugos llamaban á esto herir el realismo en su gérmen.

Carrier.

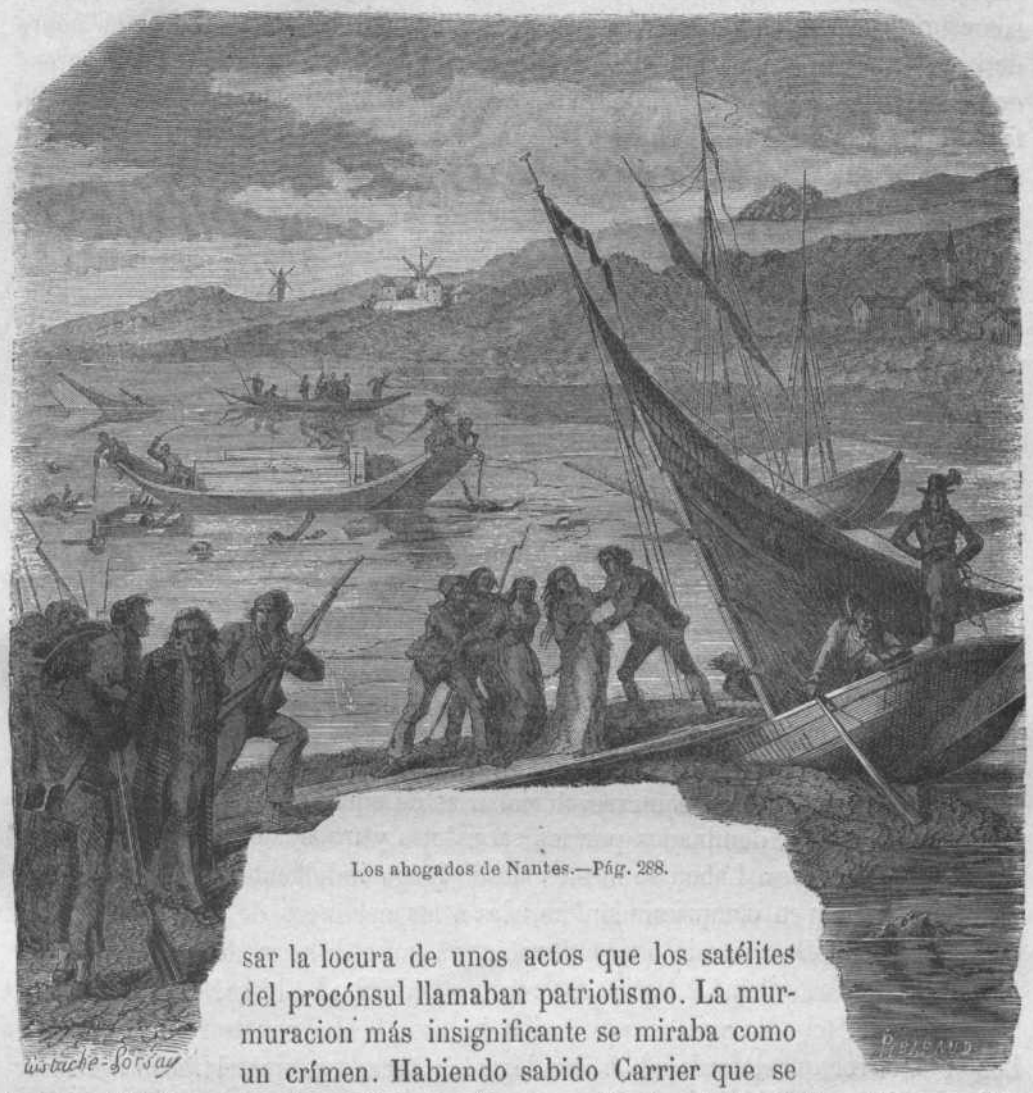
Setecientos sacerdotes sufrieron el martirio, los unos por su fe, los otros por su opinion, y todos por su traje. Los simulacros de juicio eran demasiado lentos y demasiado multiplicados á los ojos de Carrier. Habia el riesgo de que éstos usasen la complacencia ó moviesen á compasion áun á la misma comision militar. Este tribunal empezaba ya á murmurar de su propio servilismo. Carrier llamó á su casa á los miembros sospechosos de la comision, los llenó de insultos, blandió el sable á su vista, y les exigió las cabezas pedidas ó las suyas. Los verdugos temblaban y se indignaban en secreto contra él, que conociendo que el instrumento de sus asesinatos se iba gastando, inventó otro nuevo.

El parricida Neron, ahogando á Agripina en una galera sumergida para imputar este crímen al mar, sugirió á uno de los seides de Carrier una idea que éste adoptó como una providencia del crímen. La muerte á hierro y á fuego metia ruido, derramaba sangre y dejaba cadáveres que enterrar y que contar. Las aguas silenciosas del Loira eran mudas, y no contando nada, sólo el fondo del mar sabria el número de las víctimas. Carrier hizo venir unos marineros tan implacables como él, á quienes mandó, sin hacer gran misterio de ello, que abriesen cierto número de barcas, de suerte que cuando les acomodase pudiesen echar al agua, levantando unas trampas, las víctimas de que fuesen cargadas. El pretexto para poder llevar á cabo este diabólico plan consistia en la necesidad de transportar los presos de un depósito á otro. Uno de aquellos marineros le pidió la órden por escrito. «¿No soy representante?—le respondió Carrier.—¿No debes ejecutar con confianza los trabajos que yo te mande? Fuera tanto misterio,—añadió:—es necesario que arrojes al agua á esos cincuenta clérigos que tenemos presos, cuando estés en medio de la corriente.»

Estas órdenes se ejecutaron en un principio secretamente y bajo el colorido de ser por accidentes de la navegacion; pero bien pronto aquellas ejecuciones de nuevo género, de que las aguas del Loira daban testimonio hasta desembocar en el mar, se convirtieron en un espectáculo para Carrier y para sus aduladores. Compró un barco de lujo que regaló á Lambertye, su cómplice, so pretexto de que vigilase las orillas del rio. Este barco, adornado con toda delicadeza en sus muebles, provisto de todos los vinos y de todo lo necesario para los festines, se convirtió en el teatro habitual de esas ejecuciones. Carrier se embarcaba alguna vez en él con sus sicarios y sus cortesanas para dar paseos por el rio. Miéntras que se entregaba en la cubierta á los goces del vino y del amor, las víctimas encerradas en la quilla veian á una señal dada abrirse las válvulas, quedando sumergidas en las aguas del Loira. Un gemido ronco anunciaba á la tripulacion que centenares de vidas acababan de exhalarse bajo sus piés; pero se continuaban las orgías sobre aquel sepulcro flotante.

Algunas veces, Carrier, Lambertye y sus cómplices, con refinamiento de cruel voluptuosidad, gozaban del espectáculo de la agonía. Hacian subir sobre cubierta parejas de víctimas de distinto sexo. Se les despojaba de sus vestidos, y los ataban dando frente uno á otro, un sacerdote con una religiosa, ó un jóven con una muchacha; se les suspendia, desnudos como estaban y entrelazados por una cuerda que les pasaba por debajo de los sobacos, á una polea del buque, gozándose con horrorosos sarcasmos en aquella parodia del matrimonio en la muerte, precipitándolos por fin en el rio. A esto se le daba el nombre de *casamientos republicanos*.

Muchos meses duraron en Nantes estos suplicios en el rio. Poblaciones enteras perecieron en masa en aquellas ejecuciones militares, cuyos mismos autores y ejecutores relatan del modo siguiente aquellas carnicerías: «Hemos visto á los voluntarios, obedeciendo las órdenes de su jefe, tirarse los niños de mano en mano, hacerles volar de bayoneta en bayoneta, incendiar las casas, abrir el vientre á las mujeres embarazadas y quemar vivos á los niños de catorce años.» Estos degüellos no satisfacian aún á Carrier. La demencia extraviaba su razon, sus palabras y sus maneras; pero esta demencia era toda sanguinaria. Los nanteses, testigos y víctimas de aquellos furores, veian muda á la Convencion, y no se atrevian á acu-



Los ahogados de Nantes.—Pág. 288.

sar la locura de unos actos que los satélites del procónsul llamaban patriotismo. La murmuracion más insignificante se miraba como un crímen. Habiendo sabido Carrier que se habian dirigido várias denuncias secretas al comité de salud pública, hizo prender á doscientos de los principales negociantes de Nantes y sumirlos en los calabozos. Despues los envió atados de dos en dos á Paris. Un jóven empleado de instruccion pública, hijo de un representante llamado Julien, fué enviado á Nantes por Robespierre para aclarar los crímenes de Carrier. Este jóven puso en conocimiento de su mandatario los excesos de Carrier, diciéndole que deshonraban hasta al mismo Terror. Carrier fué llamado, pero la Montaña no se atrevió á desaprobar sus excesos ni á castigarlos. Una de las cobardías justamente imputadas á Robespierre fué la de dejar impune á Carrier. No vengar la inhumanidad de aquellos atentados era declararse, ó muy débiles para castigarlos, ó suficientemente cómplices en ellos para aceptarlos.

III

José Lebon diezmaba en Arras y en Cambrai los departamentos del Norte y del Paso de Calais. Aquel hombre fué un ejemplo del vértigo que se apodera de

las cabezas débiles en las grandes oscilaciones de la opinion. Los tiempos tienen sus crímenes como los hombres. La sangre es contagiosa como el aire. La fiebre de las revoluciones tiene sus delirios. Lebon comprobó y manifestó todo su acceso en las cortas fases de una vida de treinta años. En tiempo tranquilo hubiera dejado fama de hombre de bien; pero en dias aciagos dejó el renombre de un exterminador sin piedad.

Lebon nació en Arras, y por consiguiente, era compatriota de Robespierre. Habia entrado en la órden del Oratorio, semillero de los hombres que se destinaban á la enseñanza pública. Cansado de la austeridad de esta órden, fué despues cura de Vernois, pueblo inmediato á Beaune, al principio de la revolucion. Su piedad, sus costumbres, su alma sensible á las miserias humanas, hacian de Lebon en aquella época el modelo de los pastores. Las doctrinas filantrópicas de la revolucion se confundian en su corazon con el espíritu de libertad, de igualdad y de caridad del cristianismo. Creyó ver al siglo encendiendo la antorcha de las verdades políticas en las llamas de la fe divina. Se apasionó celoso y lleno de esperanzas por aquella religion del pueblo, que le parecia semejante á la religion de Jesucristo. Su fe misma le hizo ir contra la fe. Se separó de Roma para unirse á la iglesia constitucional. Cuando la filosofía repudió aquella iglesia cismática, Lebon la repudió á su vez, casándose. Volvióse entónces á su patria. Las prendas que habia dado á la revolucion le hicieron elevar á los empleos públicos, y el ascendiente de Robespierre y de Saint-Just en Arras le llevó á la Convencion. El comité de salud pública no creyó poder confiar á un hombre más seguro la mision de vigilar y cortar las tramas contrarevolucionarias de aquellos departamentos inmediatos á la frontera, dominados por los sacerdotes y trabajados por las conspiraciones de Dumouriez. Lebon se mostró desde luégo indulgente, paciente y justo. Empleó su poder en comprimir sin herirles á los enemigos de la revolucion y á los sospechosos. Denunciado por los Jacobinos á causa de su moderacion, el comité de salud pública le llamó á Paris para reprenderle por su tibieza.

Sea que el tono de aquella reprension hubiese hecho penetrar en el alma de Lebon el terror que le ordenaban desplegar en Arras, sea que el fuego del furor cívico hubiese prendido en él, ello es que volvió al Norte enteramente cambiado. Todas las cárceles se llenaron á su voz. Nombró jueces y jurados á los más feroces republicanos de los clubs. Mandó abrir juicios y paseó la guillotina de pueblo en pueblo, honrando al verdugo como si fuese el primer magistrado de la libertad, y haciéndole sentar á su mesa como para rehabilitar la muerte. Nobles, sacerdotes, parientes de emigrados, artesanos, labradores, criados, mujeres, ancianos, niños que aún no tenian la edad del crímen, y extranjeros que no sabian leer las leyes de la patria, todo lo confundió en los decretos que dictaba á sus sicarios, vigilando por sí mismo la ejecucion.

La sangre, á que habia tenido horror en un principio, se convirtió en agua á sus ojos. Asistia desde un balcon enfrente de la guillotina á los suplicios de los sentenciados, esforzándose en acostumbrar á su mujer á que presenciase la muerte de los enemigos del pueblo. Parecia arrepentirse de su antigua humanidad como de un delito. El único crímen á sus ojos era la indulgencia con los contrarevolucionarios, y sobre todo, con los sacerdotes compañeros de su primitiva fe. Hacía su entrada triunfal en las poblaciones precedido del instrumento del suplicio y

acompañado de los jueces, de los delatores y de los verdugos. Insultaba y destituia á las autoridades, reemplazándolas con los más viles denunciadores, é hizo inscribir las siguientes palabras en la puerta de su habitacion: «Los que entren aquí para solicitar la libertad de los presos, no saldrán sino para ocupar su lugar». Despojaba á los sospechosos de sus bienes, á las mujeres sentenciadas de sus joyas, confiscando aquellos legados del suplicio en provecho de la república. Arrojaba de las sociedades populares á las mujeres á quienes su pudor impedia tomar parte en los bailes patrióticos, mandados bajo pena de prision, y las exponia en un tablado á los insultos y á los silbidos del pueblo, presentando en aquella silla de infamia, entre otras, á una jóven de diez y siete años, prima suya, porque se habia negado á bailar en los coros cívicos, insultándola por sí mismo y amenazándola con hacerle expiar su repugnancia en un calabozo. Registraba y golpeaba con su propia mano á las jóvenes y á las mujeres que leian libros aristocráticos. Hizo sentenciar y guillotinar familias enteras, cortando veinte cabezas á la vez, y proseguir la venganza hasta más allá del suplicio.

El marqués de Vielfort, arrancado de su casa por haberle encontrado una carta de un sobrino emigrado, estaba ya en el cadalso. Lebon recibió un impreso del comité de salud pública que le anunciaba una victoria de las tropas de la república, y ordenó al verdugo que suspendiese la cuchilla. Se asomó al balcon y leyó al pueblo y al sentenciado el boletin triunfal, para añadir al suplicio del anciano el martirio del dolor por las victorias de la república.

Otra vez renovó esta bárbara prolongacion de tormentos en dos jóvenes inglesas que iban á ser guillotinadas á su vista. Dirigió un largo discurso al pueblo, y apostrofando á las dos víctimas, les dijo: «Es necesario que las aristócratas como vosotras oigan en sus últimos momentos el triunfo de nuestros ejércitos». Una de las dos sentenciadas, llamada madama Plunket, se volvió indignada hácia Lebon. «Monstruo,—le dijo,—crees hacernos con eso más amarga la muerte, pero te engañas. Aunque mujeres, morirémos animosamente, pero tú morirás como un cobarde.»

Lebon temblaba aún, creyendo que no hacía lo bastante para llenar las miras de la Convencion. «¡Dulzura de la amistad!—exclamaba tratando de justificarse á sí mismo por aquellas atrocidades.—¡Sentimientos deliciosos de la naturaleza! ¡Espectáculo encantador de una familia naciente bajo los auspicios del amor más tierno y de la union más perfecta! yo os aplazo para la época de la paz. El deber, el odioso deber, el inflexible deber, hé aquí lo que tengo presente sin cesar. ¡Oh mujer, oh hijos mios! Yo estoy perdido si la república perece, y me expongo aunque ella triunfe á mil resentimientos particulares.» En aquella perplejidad, escribia al comité de salud pública, y éste le respondia: «Continuad en vuestra actitud revolucionaria. Vuestros poderes son ilimitados. Tomad en vuestra energía todas las medidas dictadas por la salud de la causa pública. La amnistía es un crímen. Las maldades cometidas contra una república sólo se expian con la cuchilla. Sacudid el hacha y la tea sobre los traidores. Marchad siempre adelante, ciudadano colega, en la línea que describis con energía. El comité aplaude vuestros trabajos».

IV

En el Mediodía, el procónsul Maignet, natural como Carrier de las montañas de Auvernia, cedia á la corriente sanguinaria de los asesinos de Aviñon. Incendió por órden del comité de salud pública la pequeña ciudad de Bedoin, que se le habia señalado como un foco de realismo, despues de haber expulsado á los habitantes. Provocó asimismo la creacion de una comision popular en Orange, para depurar el Mediodía. Diez mil víctimas cayeron en poco tiempo, más bien por venganzas personales que por órden de la república. En aquel clima de fuego, todas las ideas son pasiones, y todas las pasiones crímenes. Maignet, escribiendo á su colega Couthon, mezclaba detalles familiares y domésticos á los cuadros siniestros en que le pintaba su mision en el departamento de Vaucluse. «Tengo más de quince mil ciudadanos en las cárceles,—le decia;—sería necesario pasar una revista á fin de escoger á todos los que deben pagar sus crímenes con la cabeza, y como esta eleccion no puede hacerse sino por medio de un juicio, sería preciso mandarlos todos á Paris. Ya ves los peligros, los gastos y la imposibilidad de semejante viaje. Por otra parte, es menester espantar, y el golpe no será verdaderamente imponente si no se da á la vista de los que han vivido con los culpables... Tu azúcar, tu café y tu aceite—añade en seguida—están en camino. Saluda en mi nombre á tu mujer, y da un beso á tu pequeño Hipólito.»

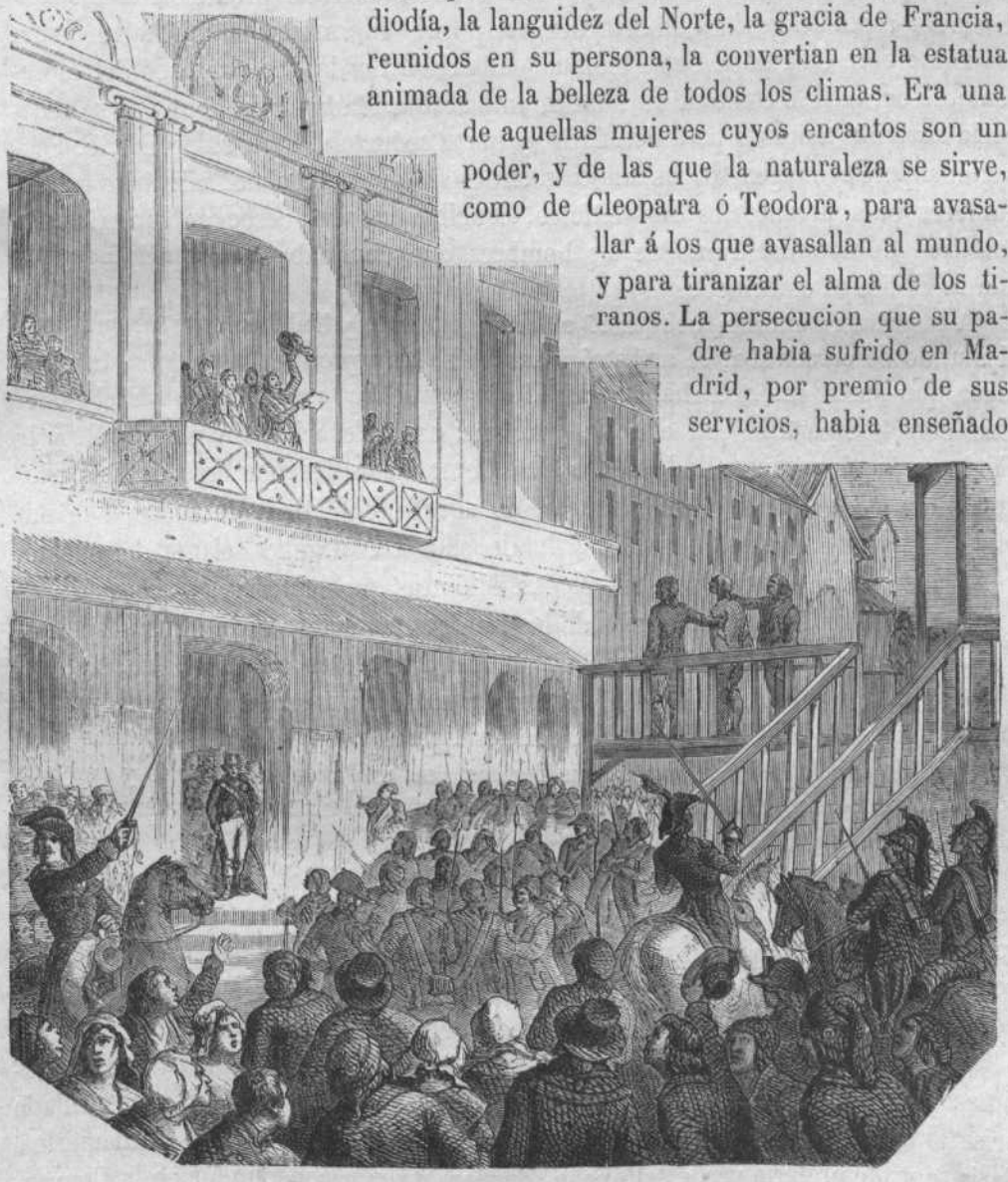
La sangre parecia más roja puesta en contraste con aquella sensibilidad de familia y con aquellos pormenores domésticos. El sistema que servian aquellos hombres les habia degradado hasta la impasibilidad. Los crímenes apresuraban las reacciones en aquellos departamentos. Realistas, moderados y patriotas, todos se servian de las mismas armas. Las opiniones se convertian para todos en odios personales y en asesinatos. Algunos hombres enmascarados se introdujeron en la casa de campo de uno de los principales republicanos de Aviñon, ataron á sus criados, á su mujer y á sus hijas, le llevaron á la bodega y le fusilaron delante del más pequeño de sus hijos, al cual le obligaron á tener la luz en la mano y alumbrarles para cometer esta maldad. Maignet se aprovechó de esta ocasion para encarcelar á todos los parientes de los emigrados y á todas las mujeres sospechosas de tener relaciones con los proscritos. Comprimido el Mediodía por una colonia de montañeses y por la comision revolucionaria de Orange, no se atrevia á respirar bajo el dominio de la Convencion.

V

En Burdeos habian ya rodado setecientas cincuenta cabezas de federalistas bajo el hierro de la guillotina. El triunvirato de Ysabeau, de Baudot y de Tallien pacificaba la Gironda. Ysabeau, antiguo sacerdote del Oratorio como Fouché, era hombre de vigor, no de carnicería; Baudot, diputado por Saona y Loira, llevaba el calor republicano hasta el delirio, pero no hasta la crueldad; Tallien, jóven de buena presencia, envanecido por su crédito y orgulloso con la amistad de Danton, tan pronto terrible como indulgente, hacía esperar la venganza á los unos y la piedad á los otros. Tallien tenia el presentimiento de los grandes destinos. Gober-

naba en Burdeos como soberano de una provincia conquistada, más bien que como delegado de una democracia popular, queriendo hacerse temer y adorar á la vez. Hijo de un padre criado en la domesticidad de una familia ilustre, y educado él mismo á expensas de esta familia, Tallien llevó á la república el gusto, la elegancia, el orgullo y tambien la corrupcion de la aristocracia.

En el momento en que Tallien llegaba á Burdeos, una jóven española de una brillante belleza, de un alma tierna y de una imaginacion apasionada, se encontraba detenida en su camino para España por la prision de su marido. Entónces se llamaba madama Fontenay, y era hija del conde de Cabarrús. El conde de Cabarrús, frances de orígen y establecido en España, habia ascendido por instruccion en hacienda á los más altos empleos de la monarquía en el reinado de Cárlos III. Su hija apénas tenia quince años, y habia nacido en Madrid, de una valenciana que Cabarrús habia seducido. El fuego del Mediodía, la languidez del Norte, la gracia de Francia, reunidos en su persona, la convertian en la estatua animada de la belleza de todos los climas. Era una de aquellas mujeres cuyos encantos son un poder, y de las que la naturaleza se sirve, como de Cleopatra ó Teodora, para avasallar á los que avasallan al mundo, y para tiranizar el alma de los tiranos. La persecucion que su padre habia sufrido en Madrid, por premio de sus servicios, habia enseñado



Lebon en Arras.—Pág. 291.

desde la infancia á la jóven española á detestar el despotismo y adorar la libertad. Francesa de orígen, lo era de corazon por patriotismo. La república le parecia como la Némesis de los reyes, la Providencia de los pueblos y la restauracion de la naturaleza y de la verdad.

En los teatros, en las paradas, en las sociedades populares, en las fiestas y en las ceremonias republicanas, el pueblo de Burdeos la veia manifestar su entusiasmo con su presencia, con su traje y con sus aplausos. Creia ver en ella el genio femenino de la república.

Pero madama de Fontenay tenia horror á la sangre, no resistia á una lágrima, y creia que la generosidad era la excusa del poder. La necesidad de conquistar mayor popularidad para convertirla en favor de la misericordia le hizo comparecer algunas veces en los clubs, y áun tomar la palabra. Vestida de amazona y con el cabello cubierto con un sombrero con penacho tricolor, pronunciaba muchos discursos republicanos. La embriaguez del pueblo se asemejaba mucho al amor.

El nombre de Tallien hacía temblar entónces á Burdeos. Se hablaba del representante del pueblo como de un hombre implacable. Madama de Fontenay se reconocia bastante animosa para desafiarle, y harto seductora para enternecerle. Perseguida por la imágen de las mujeres antiguas que habian domado á los perseguidores para arrancarles las víctimas, concibió un vivo deseo de imitarlas. La ambicion de dominar á uno de los hombres que dominaban en aquel momento á la república la embriagó.

A la primera mirada conquistó al representante, y Tallien, ante el cual todo el mundo se arrastraba, se arrastró á sus piés. Muy pronto ocupó en su alma el lugar que hasta entónces habia ocupado la república, no deseando ya el poder sino para compartirle con ella, la grandeza para elevarla á la par de él, y la gloria para que recayese toda sobre ella. Como todos los hombres cuyas pasiones llegan hasta el delirio, se envaneció de aquella debilidad, gozando en la publicidad de sus amores, haciendo gala de ellos con orgullo delante del pueblo, y con insolencia delante de sus colegas. Miéntras que las cárceles rebosaban en presos, miéntras que los emisarios de los representantes cercaban á los sospechosos en los campos, miéntras la sangre corria á torrentes en el cadalso, Tallien, ebrio de pasion por *doña Teresa,* la paseaba en lujosos carruajes por los parajes más públicos de Burdeos. Revestida con los ligeros ropajes de las estatuas griegas, que dejaban ver la belleza de sus formas, con una pica en la mano y apoyada con la otra con gracia en el hombro del procónsul, *doña Teresa* tenia toda la actitud de la diosa de la libertad.

Pero ella gozaba más con ser en secreto la divinidad del perdon. Aquella mujer tenia en su mano el corazon del que disponia de vidas y haciendas, y era mirada y adorada como la Providencia de los perseguidos. Muy en breve no subieron ya al cadalso sino aquellos hombres señalados por el comité de salud pública como sospechosos á la república. Los jueces seguian el ejemplo del representante. El amor de una mujer transformó el Terror, y Burdeos olvidó sus setecientas víctimas. El carácter entusiasta de los bordeleses se sonreia ante el proconsulado oriental de Tallien. Robespierre desconfiaba de él, pero no insistió en llamarle á Paris, porque preferia ver al sátrapa en Burdeos á ver al conspirador en la Convencion. Aquel hombre hablaba siempre con desprecio de Tallien. «Estos hombres—

decia—no son buenos sino para reproducir los vicios. Inoculan en el pueblo las malas costumbres de la aristocracia; pero paciencia: ya libertarémos al pueblo de sus corruptores, así como le hemos libertado de sus tiranos.»

VI

Robespierre no perdia de vista á aquellos procónsules. A la vuelta de Fouché de su comision en el Mediodía, prorumpió en reprensiones contra las crueldades del convencional. «Cree—decia hablando de Fouché—que la cuchilla de la república es un cetro, y que no se volverá contra los que lo tienen.» Fouché hizo inútiles esfuerzos para unirse con Robespierre. Este envió á su hermano en comision á Vesoul y á Besançon. Aquel jóven no se sirvió de la omnipotencia que le daba su nombre sino para moderar á sus colegas, disminuir los suplicios y abrir las cárceles. Despues de un discurso muy humano que pronunció en la sociedad popular de Vesoul, puso en libertad á ochocientos presos. Aquella indulgencia no tardó en escandalizar á su colega Bernard de Saintes. El jóven representante siguió no obstante su mision de clemencia. El presidente del club de Besançon, que era noble de nacimiento, le hablaba en una sesion del esplendor de su familia, llamada á los más altos destinos. «Los servicios que mi hermano ha prestado á la revolucion—respondió el jóven Robespierre—son personales, y el amor del pueblo ha sido su recompensa. No tengo nada que reivindicar para mí... Tú hablas ahora el lenguaje de la aristocracia. Aquel tiempo ha pasado. ¿No presides tú esta sociedad, tú que has nacido de una sangre aristocrática y que cuentas un hermano entre los traidores de la patria? Si el nombre de mi hermano me diese aquí un privilegio, el nombre del tuyo te enviaria al cadalso.»

Rodeado de los parientes de los presos que le representaban las injusticias y las tiranías de sus colegas, pero sin poderes fuera de los límites del Alto Saona, Robespierre el jóven les prometió llevar sus quejas á la Convencion. «Yo volveré aquí con el ramo de olivo, ó moriré por vosotros,—les dijo,—porque voy á defender á la vez mi cabeza y la de vuestros parientes.» Aquel jóven exaltado recibia con el respeto de un hijo los oráculos y las confidencias de su hermano. Fanático por los principios de la revolucion, pero avergonzándose de sus rigores y repugnándole los crímenes, llevaba en sus facciones el sello debilitado del carácter de su hermano mayor. Su elocuencia era monotona, fria, sin calor y sin imágenes. Se veia que tomaba sus inspiraciones más bien en un sistema que en sus sentimientos. Cierta tintura mística se esparcia por su exterior y se traslucia en sus palabras. Iba acompañado en sus misiones, y hasta en las sociedades populares, de una jóven que pasaba por su querida, y que sus confidentes decian que estaba dotada de un dón de inspiracion y de profecía. Los republicanos, cansados del ateismo, pensaban ya en el fondo de sus corazones en transformar el principio democrático en religion, y en divinizar la libertad, con más derecho que el que habia tenido la Edad Media para divinizar á los reyes.

LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convencion en los ejércitos.—Saint-Just reprime el Terror en Strasburgo.—Carta íntima de Lebas.—El poder de Robespierre equilibrado por el de Danton.—Chaumette y Hebert.—*El Padre Duchesne.*—Clubs de mujeres.—Las *calceteras* de Robespierre.—La *Sociedad fraternal.*—La *Sociedad revolucionaria.*—Rosa Lacombe.—Los clubs de mujeres se cierran por órden de la Convencion.—Faccion de Hebert.—*El Padre Duchesne* y *El Viejo Franciscano.*—Camilo Desmoulins.—Origen del *Viejo Franciscano.*—Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos.—Danton da cuenta de su proceder.—Robespierre le defiende protegiéndole.—Ataca á Anacharsis Klootz.—Excusa á Camilo Desmoulins.—Informe de Robespierre en la Convencion.—Danton adivinado por Robespierre.—Fragmento del *Viejo Franciscano.*—Tentativa de union entre Hebert y Robespierre.—Proposicion rechazada de un triunvirato.—Política del comité de salud pública.—Danton se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convencion.—Tentativa de insurreccion de Hebert.—Aborto.—Informe de Saint-Just á la Convencion.—Prision de Hebert y sus cómplices.—Son sentenciados á muerte.—Prision de los amigos de Danton.

I

Durante los primeros meses del año de 1794, Saint-Just y Lebas, unas veces unidos y otras separados, pero confidentes íntimos de Robespierre, corrian desde el ejército del Norte al del Rhin, de Lille á Strasburgo, para reorganizar los ejércitos, vigilar á los generales y avivar ó moderar el espíritu público en los departamentos amenazados. Saint-Just, no tan sólo llevaba á los tribunales el nervio de una voluntad inflexible, sino que llevaba al campo de batalla el ánimo de su juventud y el ejemplo de una intrepidez que asombraba al soldado. El no prodigaba ménos su sangre que su concepto. «Saint-Just,—decia su colega Baudot á su vuelta de los ejércitos,—ceñido con la faja de representante y adornado el sombrero con el penacho tricolor, carga á la cabeza de los escuadrones republicanos y se arroja al combate en medio de la metralla y del arma blanca, con la confianza y el entusiasmo de un húsar.»

El jóven representante tuvo muchos caballos muertos debajo de sí. No prescindia de su bélico entusiasmo sino para entregarse á los asiduos trabajos del organizador, no permitiéndose ninguna distraccion de las que su juventud podia ambicionar, pareciendo no conocer otro placer que el triunfo de su causa. Este procónsul de veinticuatro años, dueño de la vida de miles de ciudadanos y de la fortuna de tantas familias, que veia á sus piés á las mujeres y á las hijas de los presos, mostraba la austeridad de Escipion. Las cartas que escribia desde el campamento á la hermana de Lebas respiran el más casto afecto. Terrible en el combate, desapiadado en el consejo, respetaba interiormente á la revolucion como á un dogma del cual no le era permitido sacrificar nada á los sentimientos humanos. Igualmente implacable con los que manchaban la república que con los que le hacian traicion,

envió á la guillotina al presidente del tribunal revolucionario de Strasburgo, que habia imitado é igualado en la Alsacia las atrocidades de Lebon. La mision de Saint-Just en Strasburgo salvó millares de cabezas. Disgustado del Terror al contemplarlo de cerca, escribia á Robespierre:

«El uso del Terror ha estragado el crímen, así como los licores fuertes estragan el paladar. Sin duda aún no es tiempo de hacer el bien; el bien particular que se hace no es más que un paliativo. Es menester esperar un mal general bastante grande para que las opiniones experimenten una reaccion. La revolucion debe detenerse en la perfeccion de la dicha y de la libertad pública por las leyes. Sus convulsiones no tienen otro objeto, y deben derribar todo lo que se les

Tallien en Burdeos.—Pág. 294.

oponga.» «Se habla de altura de la revolucion,—escribia en otra parte de sus meditaciones íntimas.—¿Quién la fijará? Es movible. Pueblos ha habido que han caido de más alto.»

Lebas, su amigo y casi en todas partes su colega, habia sido un discípulo de Robespierre. Adicto á Robespierre por su identidad de principios como revolucionario, la amistad le habia hecho adherirse muy particularmente á su persona. Nació en Frevent, en las cercanías de Arras, y sus disposiciones oratorias manifestadas en las causas populares le habian llevado á la Convencion. Seguia en un todo las ideas de Robespierre, estrella polar de sus opiniones. Probo, modesto, silencioso y sin otra ambicion que la de seguir las ideas de su maestro, creia en su virtud y en su infalibilidad, poniendo en sus manos su conciencia y sus votos. Ciertas relaciones de familiaridad y casi de parentesco estrechaban aún más la intimidad de sus opiniones. Lebas, introducido por Robespierre en casa de Duplay, se habia convertido en miembro de aquella familia, casándose despues con la más jóven de las hijas de su huésped. La misma mano que blandia el sable á la cabeza

de nuestros batallones y que firmaba la prision ó la libertad de tantos proscritos escribia á aquella jóven, soñando en la felicidad doméstica bajo el mismo techo donde soñaba Robespierre sus teorías manchadas de sangre: «¿Cuándo podré yo poner el sello á una union de la cual pende la dicha de mi vida? ¡Oh! ¡Qué dulce será el momento en que te vea! ¡Cuán crueles sacrificios me impone la patria con estas ausencias! Pero las cosas van mal, y aquí son necesarios diputados verdaderamente patriotas. Ayer hice arrestar á dos generales. En tributando á Paris todos los servicios de que soy capaz, gozaré la dicha de estar cerca de tí. Entónces estarémos unidos. Dí á Robespierre que mi salud no podrá sufrir mucho tiempo el rudo oficio en que me ejercito. Perdóname la brevedad de mis cartas; es la una de la noche, vuelvo agobiado de fatiga, y me voy á dormir para soñar en tí... Cuando mi colega Duquesnoy y yo vamos en nuestro carruaje, y él, agobiado por el trabajo, permanece silencioso ó se duerme, yo no pienso sino en tí. Cualquiera otra idea indiferente me es importuna. Tú y los negocios políticos ocupais exclusivamente mi pensamiento; éstos por mi deber, tú sólo por mi amor. Ahora que mi presencia no es tan necesaria, ¿tendrá Couthon algun miramiento con su jóven colega? ¿Considerará Robespierre que yo he hecho ya bastante, para abreviar el término de mi sacrificio? Ocúpate, querida Isabel, del arreglo de nuestra futura casa... Ayer he escrito de prisa á Robespierre. Estoy contento con Saint-Just; tiene talento y excelentes cualidades. Abraza á toda la familia, sin olvidar á Robespierre, que es un segundo hermano tuyo y mio. Saint-Just tambien está impaciente por volver á Paris; tú sabes por qué... Hemos ido esta mañana él y yo á visitar una de las más altas de estas montañas, en cuya cima hay un antiguo castillo arruinado sobre una roca escarpada. Allí los dos experimentamos, dirigiendo la vista en derredor nuestro, una impresion deliciosa. Este ha sido el único dia en que hemos tenido un momento de descanso. Hubiera querido tenerte á mi lado para participar contigo la emocion que yo sentia; pero tú estás á cien leguas... Saint-Just y yo no hemos cesado de tomar medidas para asegurar el triunfo de nuestros ejércitos. Corremos dia y noche y ejercemos la más infatigable vigilancia. En el instante en que ménos nos espera un general, nos ve llegar y pedirle cuenta de su conducta. Me tengo por dichoso porque no tengas prevencion alguna contra Saint-Just. Le he prometido una comida hecha por tu mano. Es un excelente hombre, y yo le quiero y le estimo cada dia más. La república no tiene otro defensor más ardiente é inteligente. Estamos perfectamente de acuerdo en todo. Lo que hace que le quiera más, es que continuamente me habla de tí y me consuela todo lo que puede. A lo que me parece, da una gran importancia á nuestra amistad. Algunas veces me dice cosas que me prueban un cariño verdadero. Voy á escribir á Enriqueta. Presumo que continuais amándoos como siempre».

Enriqueta era hermana de Lebas y novia de Saint-Just. El interes que éste manifestaba á aquél era un reflejo del que experimentaba por la hermana de su colega. Pero la jóven, que al principio correspondia al sentimiento que Saint-Just le demostraba, titubeó despues en darle su mano, y éste atribuyó este desvio á Lebas, entibiándose por consiguiente su amistad, pero sin que por eso dejaran ambos de permanecer adictos á Robespierre. Dícese que esta circunstancia fué algunos meses más tarde el motivo de la ausencia de Saint-Just del comité de salud pública; ausencia que debilitó al partido de Robespierre, y que causó su caida y su

muerte. Alguna parte tuvo, por consiguiente, una inclinacion de corazon contrariada en la catástrofe que arrastró á Robespierre y á la república.

II

Estos detalles interiores atestiguan la sencillez de las pasiones y de los intereses que se agitaban en torno del dueño de la república. Robespierre el jóven, Saint-Just, Couthon, el italiano Buonarotti, Lebas y algunos jóvenes sencillos en su patriotismo, varios artesanos pobres y honrados, y algunos sectarios fanatizados por las doctrinas democráticas, formaban toda la corte de Robespierre. La casa de un trabajador continuaba siendo su palacio, más parecido á la escuela de un filósofo que al círculo de un dictador. Pero este filósofo tenia un pueblo indócil por discípulo, y aquel pueblo tenia la cuchilla en la mano. Robespierre en esta época conocia que no tenia aún suficiente fuerza para imponerse á la Convencion. Danton vivia y podia equilibrarla en la Montaña. Hebert, Pache, Chaumette, Vincent y Ronsin le despreciaban en la municipalidad. El comité de salud pública no estaba aún dominado por él; el tribunal revolucionario era un instrumento dócil á todos los partidos; el populacho de Paris estaba desencadenado, é intimidaba al verdadero pueblo cuya hez era. La libertad era el escándalo hasta de los mismos republicanos. Esta época no era la del reinado, sino la de las saturnales de la república.

Hebert y Chaumette fomentaban todos los dias más y más estos excesos, el uno con su periódico *El Padre Duchesne*, y el otro con sus discursos. Aquellos dos hombres, discípulos de la escuela de Diderot, removian la crápula del corazon humano. Profesaban el ateismo. El perpetuo diálogo que tenian con el pueblo estaba salpicado de juramentos y de aquellas palabras impuras que son á la lengua de los hombres lo que las inmundicias á la vista y al olfato. Estas palabras soeces infestaban el vocabulario de la libertad. El cinismo y la ferocidad se comprenden. La ferocidad es el cinismo del corazon. El bajo pueblo estaba orgulloso al ver elevarse su trivialidad á la altura de un lenguaje político. Aquel disfraz le hacía reir como si fuese la mascarada de las palabras. La lengua habia perdido su pudor. Su desnudez no le hacía avergonzarse, y se adornaba como una prostituta.

Las mujeres del pueblo habian sido las primeras en aplaudir la desvergüenza de Hebert. Mirabeau les habia incitado con una palabra pronunciada en Versalles el dia anterior á las jornadas del 5 y 6 de Octubre. «Si las mujeres no toman parte en esto,—dijo á media voz á los emisarios de la insurreccion parisiense,—no se habrá hecho nada.» Sabía que una vez inflamado el furor de las mujeres, se convierte en accesos y profanaciones que exceden á la audacia de los hombres. La inspiracion antigua, este furor sagrado, hervia sobre todo en las sibilas. Los demagogos sabian demasiado que las bayonetas se embotan delante del pecho de las mujeres, y que las manos inermes son las que más pronto desarman á los mejores soldados. Las mujeres de Paris acudieron á la cabeza de las bandas de la capital, y en efecto, habian violado las primeras el palacio del rey, blandido el puñal sobre el lecho de la reina, y paseado en Paris en las puntas de sus picas las cabezas de los guardias de corps asesinados. Theroigne de Mericourt y sus bandas habian marchado al asalto de las Tullerías el 20 de Junio y el 10 de Agosto. Terri-

bles durante el combate, y crueles despues, habian asesinado á los vencidos, mutilado los cadáveres y chupado su sangre. La revolucion, con sus agitaciones, sus jornadas, sus juicios y sus cadalsos, se habia convertido para aquellas mujeres en un espectáculo tan necesario para ellas como los combates de los gladiadores lo habian sido para las patricias corrompidas de Roma. Avergonzadas de verse excluidas de los clubs de los hombres, aquellas mujeres habian fundado, al principio bajo el nombre de *sociedades fraternales,* y despues con el de *sociedades de mujeres republicanas y revolucionarias,* algunos clubs de su sexo. Habia tambien, al lado del lugar de su reunion, hasta unos clubs de muchachos de doce á quince años, llamados los *Niños rojos,* nombre con que se habia bautizado á aquellos precoces republicanos. Aquellas sociedades de mujeres tenian tambien sus oradores. La municipalidad de Paris, en vista del informe de Chaumette, habia decretado que las heroínas de las grandes jornadas de la revolucion tuvieran reservado un puesto distinguido en las ceremonias cívicas, y que fuesen precedidas de una bandera con esta inscripcion: *¡Han barrido á los tiranos delante de ellas!* «Asistirán á las fiestas nacionales—decia el decreto de la municipalidad—con sus maridos y sus hijos, y allí harán calceta.» De ahí les vino el nombre de *calceteras de Robespierre,* nombre que cubrió de oprobio aquel signo del trabajo manual y del hogar doméstico. Todos los dias, algunos destacamentos de aquellas mercenarias pagadas por la municipalidad se distribuian en las cercanías del tribunal, en la carrera que habian de seguir las carretas y sobre los escalones de la guillotina para aplaudir á la muerte, insultar á las víctimas y saciar sus ojos de sangre. La antigüedad tenia sus plañideras pagadas, y la municipalidad sus *furias* asalariadas.

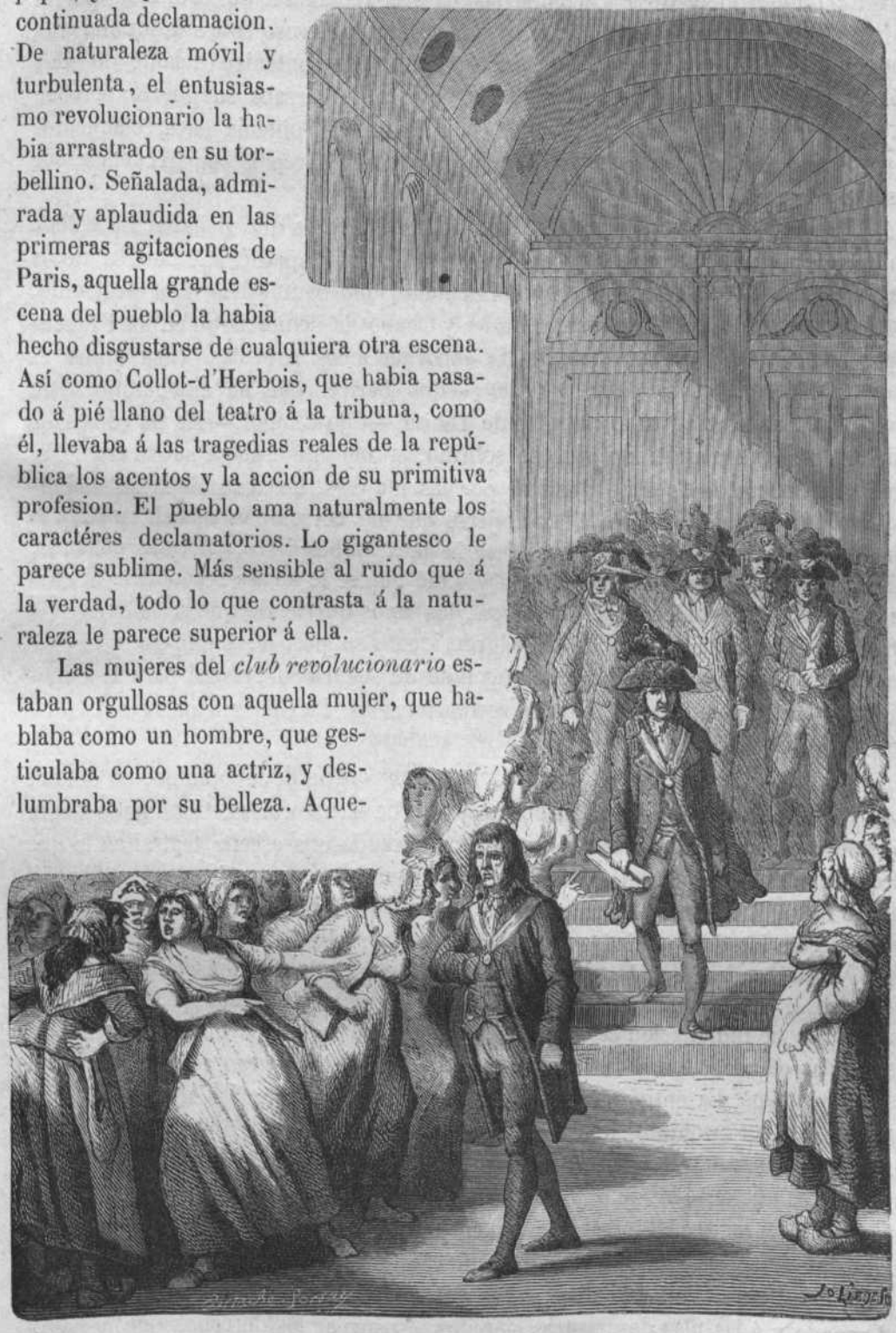
La *Sociedad fraternal* de mujeres tenia sus sesiones en una sala inmediata á la de los Jacobinos. Aquella reunion se componia de mujeres literatas que discutian con más decencia las cuestiones sociales análogas á su sexo, tales como el matrimonio, la maternidad, la educacion de los niños, las instituciones de socorros y de consuelos á la humanidad. Eran éstas los filósofos de su sexo. Robespierre era su oráculo y su ídolo. El carácter utópico y vago de sus instituciones era conforme al genio de las mujeres, más á propósito para soñar la dicha social que para formular el mecanismo de las sociedades.

La *Sociedad revolucionaria* estaba en San Eustaquio, y se componia de mujeres perdidas, aventureras de su sexo, reclutadas en el vicio ó en la miseria. El escándalo de sus sesiones, el tumulto de sus proposiciones, la bizarría de su elocuencia y la audacia de sus peticiones importunaban al comité de salud pública. Aquellas mujeres iban á dictar leyes, so pretexto de dar consejos á la Convencion, y era evidente que sus actos eran inspirados por los agitadores de la municipalidad y de los Franciscanos. Aquellas mujeres eran la vanguardia de un nuevo 31 de Mayo. Afiliadas particularmente al club de los Franciscanos, abandonado despues del eclipse de Danton á los más frenéticos demagogos, ellas calcaban sus doctrinas agrarias sobre el club de los *Rabiosos*. Aquellos tres clubs eran á la municipalidad lo que el de los Jacobinos era á la Convencion: tan pronto su azote, tan pronto su freno, y algunas veces su cuchilla. Hebert era su Robespierre, y Chaumette su Danton.

Una mujer jóven, bella y elocuente, si se puede dar este título á la inspiracion

desordenada del alma, presidia este último club. Se llamaba Rosa Lacombe. Hija sin madre conocida, nació entre los bastidores de uno de los teatros de provincia, y se crió en los teatros subalternos. Para ella la vida no habia sido sino un mal papel, y la palabra una continuada declamacion. De naturaleza móvil y turbulenta, el entusiasmo revolucionario la habia arrastrado en su torbellino. Señalada, admirada y aplaudida en las primeras agitaciones de Paris, aquella grande escena del pueblo la habia hecho disgustarse de cualquiera otra escena. Así como Collot-d'Herbois, que habia pasado á pié llano del teatro á la tribuna, como él, llevaba á las tragedias reales de la república los acentos y la accion de su primitiva profesion. El pueblo ama naturalmente los caractéres declamatorios. Lo gigantesco le parece sublime. Más sensible al ruido que á la verdad, todo lo que contrasta á la naturaleza le parece superior á ella.

Las mujeres del *club revolucionario* estaban orgullosas con aquella mujer, que hablaba como un hombre, que gesticulaba como una actriz, y deslumbraba por su belleza. Aque-



Las furias de la guillotina en los alrededores del tribunal revolucionario.—Pág. 301.

lla mujer era la Pytonisa de los arrabales. Las almas perdidas que frecuentaban aquellos clubs se envanecian de tener á su cabeza un sér que el vicio habia marcado desde muy temprano con el mismo sello que á ellas. Una mujer pura las hubiera humillado, y Rosa Lacombe les parecia rehabilitar su profesion por el exceso de su republicanismo. Tenia un ascendiente poderoso sobre la municipalidad; reprendia á los diputados, y Bazire y Chabot se contenian delante de ella. Sólo Robespierre, entre los dueños de la opinion, le cerraba su puerta; pero se hacía abrir las de las prisiones, sentenciaba ó absolvia, obtenia encarcelamientos ó perdones. Fácilmente conmovida por las lágrimas, intercedia con frecuencia por los acusados.

El amor la habia sorprendido en uno de los calabozos que visitaba. La belleza de un jóven preso, sobrino del corregidor de Tolosa y aprisionado con su tio, la habia herido. Rosa Lacombe lo habia intentado todo para salvar á su protegido, por lo cual injurió á la Convencion. Bazire y Chabot la denunciaron en los Franciscanos como una intrigante que queria sobornar á los patriotas. «Esa mujer es peligrosa, porque es elocuente y bella»,—dijo Bazire. «Me ha amenazado si no hago poner en libertad al corregidor de Tolosa,—dijo Chabot.—Me ha confesado que no era este magistrado, sino su sobrino, el que interesaba á su corazon. Yo, á quien se acusa de dejarme dominar por las mujeres, he resistido á sus importunaciones, porque yo quiero á las mujeres que no corrompen ni calumnian á la virtud. Estas mujeres han osado atacar hasta á Robespierre.» A estas palabras, Rosa Lacombe se levantó en la tribuna y pidió que se le dejase responder. El club se agitó, los espectadores se dividieron, los unos queriendo que se le oyese, los otros pidiendo que se la expulsase. El presidente se puso el sombrero, y el club decidió que se hiciese una peticion al comité de seguridad general para la depuracion de la sociedad de las mujeres revolucionarias. La Convencion no se atrevió aún á disolverla.

Robespierre se indignó altamente de aquellas orgías de la opinion, en donde, so pretexto de animar al patriotismo, se pervertia la naturaleza. Chaumette temia la ira de Robespierre, y quiso conjurarla preparando una escena teatral en la que afectaria la austeridad del tribuno de las costumbres contra los excesos que él mismo habia provocado. Hácia el fin de Enero, una columna de mujeres revolucionarias, reclutadas y guiadas por Rosa Lacombe, adornadas con el gorro encarnado y ostentando desnudez en su traje, forzó la entrada del Consejo de la municipalidad, é interrumpió la sesion con sus peticiones y con sus gritos. Algunos murmullos de indignacion concertados de antemano se levantaron en el seno de la asamblea. «Ciudadanos,—exclamó Chaumette,—haceis un gran acto de razon con esos murmullos. La entrada en el recinto en donde deliberan los magistrados del pueblo debe ser prohibida á los que insultan á la nacion.» «No,—dijo un miembro del Consejo,—la ley permite entrar aquí á las mujeres.» «Que se lea la ley,—replicó Chaumette;—la ley ordena que se respeten las costumbres y que se hagan respetar: aquí las veo despreciadas. Ademas, ¿cuándo ha sido permitido á las mujeres abjurar su sexo, abandonar los cuidados piadosos del matrimonio, la cuna de sus hijos, para venir á la plaza pública, á la tribuna de los oradores, á la barra del senado y á las filas de nuestros ejércitos, á usurpar los derechos que la naturaleza ha dado á los hombres? ¿A quién ha confiado aquélla los cuidados domésti-

cos? ¿Nos ha dado pechos para criar á nuestros hijos? ¿Ha hecho delicados nuestros miembros para hacernos más propios para los cuidados de la casa y de la familia? No; ha dicho al hombre: «Sé hombre»; y á la mujer: «Sé mujer, y tú serás la divinidad del santuario interior». Mujeres imprudentes que quereis convertiros en hombres, ¿no estais contentas con haberos cabido en suerte el dominar nuestros sentidos? Vuestro despotismo es el del amor, y por consecuencia el de la naturaleza.» A estas palabras, las mujeres se quitaron de la cabeza el gorro encarnado. «Acordaos—continuó Chaumette—de aquellas mujeres perversas que excitaron tantas turbaciones en la república; de aquella mujer altanera de un esposo pérfido, la ciudadana Roland, que se creyó capaz de gobernar á la nacion, y que corrió á su pérdida; de aquella mujer-hombre, la impudente Olimpia de Gouges, que fué la primera que fundó sociedades de mujeres, y que murió por sus crímenes. Las mujeres no son algo sino cuando los hombres no son nada; testigo Juana de Arco, que no fué grande sino porque Cárlos VII no era tan hombre como debia serlo.»

Las mujeres se retiraron, convencidas en la apariencia por la elocuencia de Chaumette. Pero Rosa Lacombe continuó, por instigacion de Hebert, agitando la hez de su sexo. Varios grupos de mujeres, vestidas con un pantalon rojo y adornado el cabello con la escarapela nacional, insultaron y dieron sendos latigazos en los parajes públicos á inocentes jóvenes sorprendidas por ellas sin llevar el signo del patriotismo.

Amar, provocado por Robespierre, tomó la palabra con este motivo en la Convencion. «Os denuncio—dijo—una reunion de más de seis mil mujeres que se titulan jacobinas y miembros de una pretendida sociedad revolucionaria. La naturaleza, por la diferencia de fuerza y de conformacion, les ha impuesto otros deberes. El pudor, que les impide la publicidad, les hace un deber de permanecer en el interior de las familias.» La Convencion adoptó estos principios y cerró los clubs de mujeres. Rosa Lacombe volvió á la oscuridad y á la abyeccion, de donde la sacó la pasion revolucionaria. Hebert y su partido perdieron aquellas bandas amaestradas por ellos en la sedicion, primero suplicantes, y despues imperiosas contra la Representacion nacional.

III

El partido de Hebert en la municipalidad aspiraba abiertamente á continuar y áun á traspasar al partido de Marat, comenzando ya á inquietar al comité de salud pública y á cansar á Robespierre y á Danton. Hebert, dueño de la municipalidad por Pache, Payan y Chaumette, del pueblo por los jefes subalternos de los motines, del ejército revolucionario por Ronsin, del club de los Franciscanos por sus nuevos oradores, en cuyo número se señalaba el jóven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, dueño, en fin, de las sublevaciones más tumultuosas de la multitud por su periódico *El Padre Duchesne,* en el cual agitaba el fuego de una perpétua sedicion, atacaba tímidamente á Robespierre y abiertamente á Danton. Minadas aquellas dos grandes popularidades, contaba Hebert con imponer fácilmente su demagogia á la Convencion. El ideal de aquel partido no era ni la libertad ni la patria; era la subversion total de todas las ideas, de todas las reli-

giones, de todo pudor y de todas las instituciones en donde habia estado basado hasta entónces el órden social; la tiranía absoluta y sanguinaria del pueblo de Paris sobre el resto de la nacion; la decapitacion en masa de todas las clases nobles, ricas, literatas y morales que habian dominado por su rango, por sus luces y por sus preocupaciones; la supresion de la Representacion nacional, y en fin, el establecimiento por todo gobierno de una dictadura absoluta como el pueblo, é irresponsable como el destino.

Cada uno de los miembros principales de aquella faccion, Hebert, Chaumette, Vincent, Momoro y Ronsin, se arrogaba en su pensamiento aquella magistratura suprema. Entre tanto, se le habia confiado al corregidor Pache, carácter abstracto, misterioso y taciturno, y cuyo exterior tenia una analogía terrible con el poder vengativo, implacable y mudo que se tratara de personificar con él.

La sed insaciable de sangre que hacía cinco meses que no se veia harta de suplicios, las sublevaciones continuas contra los ricos y los negociantes, los gritos contra los monopolistas, las locuras del *máximum* impuestas á la Convencion, las demoliciones, las exhumaciones y las violaciones de las sepulturas, las apostasías impuestas á Gobel y á su clero bajo pena de muerte, la proscripcion de cien mil sacerdotes perseguidos, encarcelados y martirizados por su fe, la profanacion de las iglesias, las parodias de cultos, la promulgacion del ateismo, los honores tributados á la inmoralidad, y en fin, el catecismo crapuloso y sanguinario que *El Padre Duchesne* publicaba todas las mañanas en sus columnas al pueblo, eran los síntomas que revelaban á Robespierre y á Danton los planes ó los delirios de aquella faccion. Pero escudada por la municipalidad, todo lo podia despreciar.

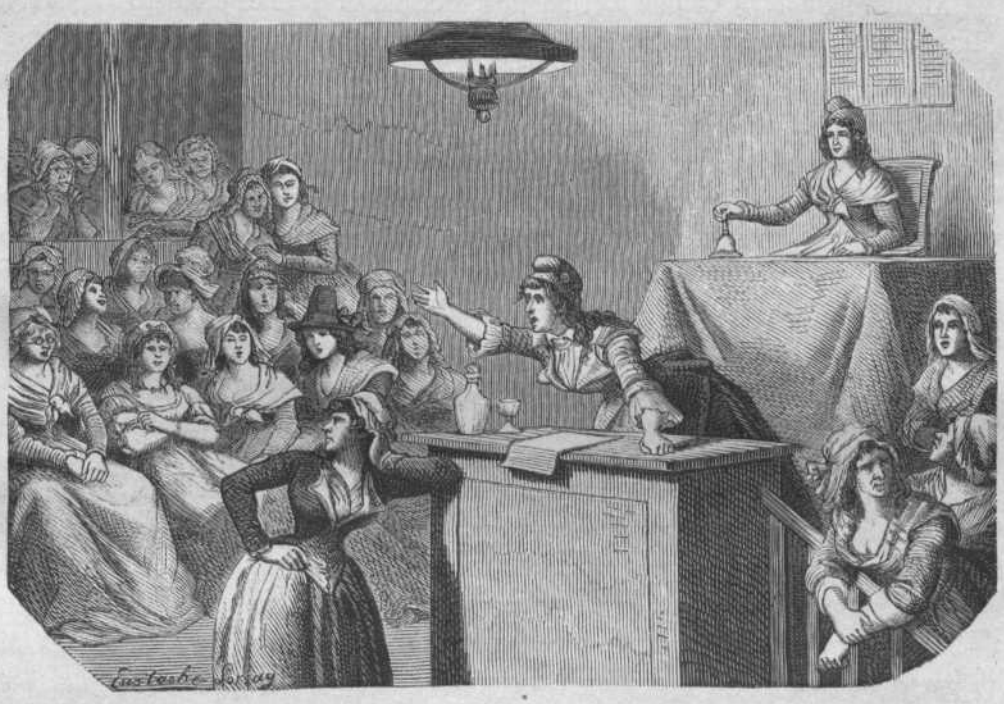
Danton, retirado casi siempre en una casa de campo que acababa de comprar en Seyres, abandonaba la tribuna de los Franciscanos á sus enemigos, y su popularidad á sí misma. Rara vez comparecia en los Jacobinos, y áun esto lo hacía, no como en otras ocasiones, para destruirlo ó para arrastrarlo todo, sino para justificarse y quejarse. Rodeado de una pequeña corte de hombres sospechosos que su buena fortuna le habia atraido, parecia estar espiando en su inaccion que desmayase el gobierno para apoderarse de él. Afectaba no hacer caso del poder y desdeñar altamente los partidos. El triunvirato subalterno de Hebert, Chaumette y Ronsin le parecia demasiado imperceptible para merecer una mirada suya. Por otra parte, veia con secreta alegría en aquel triunvirato un modo de equilibrar, cuando lo necesitase, la fortuna ascendente de Robespierre. Danton se limitaba á defenderse de las mordeduras de Hebert y de su jauría, que no cesaban de vociferar contra él.

Aquel impolítico encarnizamiento del partido de Hebert contra Danton, en el momento en que este partido queria despopularizar á Robespierre y domar al comité de salud pública, tenia su orígen en una rivalidad de periodistas entre Hebert y Camilo Desmoulins. *El Padre Duchesne*, colocado más bajo que su rival, no cesaba de insultar á Camilo Desmoulins. Este respondia á Hebert con folletos en que la injuria se grababa como un hierro hecho ascua en la frente de sus enemigos.

Desde la muerte de los girondinos habia callado Camilo Desmoulins; pero en la época á que nos referimos, acababa de tomar de nuevo la pluma y de publicar algunas hojas sueltas, dignas á la vez de Tácito y de Aristófanes, contra los exce-

sos del Terror y contra las doctrinas de Hebert. Trataba de poner en ridículo el crímen, pero la muerte no se rie. La publicacion de aquellas hojas sueltas habia sido á la vez, como todos los actos de Camilo Desmoulins, un arrebato de cólera y una caricia secreta á dos grandes popularidades. Hé aquí su orígen.

Una de las últimas noches del mes de Enero, Danton, el jurado del tribunal revolucionario Souberbielle y Camilo Desmoulins salieron juntos del palacio de justicia. El dia habia sido sangriento: quince cabezas habian rodado por la mañana en la plaza de la Revolucion, y veintisiete habian sido sentenciadas á muerte en la sesion, comprendiéndose en este número á lo más selecto de la antigua magistratura de Paris. Aquellos tres hombres, con la cabeza baja y el corazon angus-



Un club de mujeres en 1793.—Pág 300.

tiado por las siniestras impresiones del espectáculo que acababan de presenciar, marchaban en silencio. La noche, que da más fuerza á las reflexiones y que abre paso á los secretos del alma, era sombría y fria. Al llegar al Puente Nuevo, Danton se volvió de pronto hácia Souberbielle. «¿Sabes—le dijo—que al paso que se va, no habrá seguridad para nadie? Los mejores patriotas se confunden sin exámen con los traidores. La sangre que los generales vierten en los campos de batalla no les dispensa de derramar la que les queda en el cadalso. Estoy cansado de vivir. Mira, el rio parece que lleva sangre.» «Es verdad,—dijo Souberbielle;—el cielo tiene el color rojo y vaticina una gran lluvia de sangre detras de esas nubes. Estos hombres habian pedido jueces inflexibles, y no quieren ya sino verdugos complacientes. Cuando yo les niego una cabeza inocente, me dicen que soy demasiado escrupuloso. Pero ¿qué puedo hacer yo?—continuó Souberbielle con abatimiento.—Yo no soy más que un patriota oscuro. ¡Ah! ¡Si yo fuese Danton!» «Danton duerme; cállate,—respondió el rival de Robespierre á Souberbielle.—El se despertará cuando sea tiempo. Todo esto empieza á horrorizarme. Soy un

hombre de revolucion, pero no un hombre amigo de la carnicería. Pero tú,—prosiguió Danton dirigiéndose á Camilo Desmoulins,—¿por qué guardas silencio?» «Estoy cansado ya de callar,—respondió Camilo;—la mano me pesa; he tenido grandes deseos no hace mucho tiempo de aguzar la pluma como un puñal y herir á esos miserables. ¡Que se guarden de mí! Mi tinta es más indeleble que su sangre. ¡Mancha eternamente!» «¡Bravo, Camilo!—repuso Danton.—Empieza, pues, desde mañana. Tú que eres quien más ha impulsado á la revolucion, debes tambien sujetarla. Tranquilízate,—continuó Danton bajando la voz;—esta mano te ayudará. Tú sabes que es fuerte.» Los tres amigos se separaron en la puerta de la casa de Danton.

Al dia siguiente, Camilo Desmoulins escribió el primer número del *Viejo Franciscano*. Despues de habérsele leido á Danton, Camilo se le llevó á Robespierre, seguro de que un ataque á los *Rabiosos* no disgustaria mucho al dueño de los Jacobinos, que secretamente aborrecia á Hebert. Habia mucha prudencia oculta en la temeridad de Camilo Desmoulins, y una gran dósis de adulacion hasta en su valor. Indeciso aún Robespierre sobre las disposiciones de los Jacobinos y de la Montaña, ni aprobó ni rechazó á Camilo Desmoulins, guardando en sus palabras la misma libertad que queria tener en sus actos; pero el escritor entrevió el pensamiento de Robespierre en su reserva, y comprendió que si no animaba su audacia, al ménos le sería perdonada.

IV

Pero si Robespierre titubeaba en atacar al Terror, temeroso de herir y desarmar al comité de salud pública, no dudaba en combatir solo y cuerpo á cuerpo á los que depravaban la revolucion y querian convertir los cultos en ateismo. Más asiduo que nunca á los Jacobinos, á pesar de la calentura lenta que le consumia, los contenia solo sobre la pendiente en que la municipalidad y los Franciscanos querian precipitarlos Esperaba hacía mucho tiempo una ocasion para lavar sus manos de las inmoralidades y de la impiedad de Chaumette y Hebert. Este, animado por la complicidad de una parte de la Montaña, no tardó mucho en ofrecérsela á Robespierre. Habia hecho desfilar por el recinto de la Convencion una de esas procesiones de hombres y mujeres revestidos con los despojos de las iglesias. Al siguiente dia se presentó en los Jacobinos para renovar las mismas escenas y arrastrarlos en pos de sí, atreviéndose á dirigir algunas alusiones mal encubiertas contra su jefe. «La política de todos los tiranos—dijo Hebert—es dividir para reinar. La de los patriotas como nosotros es la de unirnos para acabar con los tiranos. Ya os he advertido que hay intrigantes que tratan de introducir la discordia entre nosotros. Se han citado várias expresiones de Robespierre contra mí. Todos los dias se me pregunta cómo es que no he sido preso, á lo que yo respondo: ¿Existe la comision de los Doce? Sin embargo, no desprecio estos rumores. Algunas veces, ántes de oprimir se quiere conocer la opinion pública. Robespierre es el que se dice que debia denunciarme á la Convencion y ponerme preso con Pache. Tambien decian que Danton habia emigrado cargado con los despojos del pueblo, y que estaba en Suiza. Esta mañana le he encontrado en las Tullerías, y puesto que está en Paris, es preciso que venga á explicarse fraternalmente á los Jacobinos. Todos los patrio-

tas deben desmentir por sí mismos los rumores injuriosos que corren de ellos. Es necesario seguir rigurosamente la causa de los cómplices de Brissot. Cuando se ha juzgado al malvado, era indispensable haber juzgado á sus cómplices. Habiendo juzgado á Capeto, no podia ménos de juzgarse á toda su raza.» Momoro pidió el exterminio de los sacerdotes.

A esta mocion, Robespierre, que espiaba el momento de tener una explicacion con Hebert, y que veia que se retrasaba por aquella especie de llamada á la concordia del jefe de la municipalidad, no quiso dejar pasar la ocasion favorable que se le ofrecia. «Yo habia creido—dijo levantándose—que Momoro trataria la cuestion presentada por Hebert á la atencion de la asamblea, pero ni siquiera la ha abordado. Nos queda, pues, investigar las verdaderas causas de los males que afligen á la patria. ¿Es cierto que nuestros más peligrosos enemigos son los restos impuros de la raza de nuestros tiranos, esos cautivos cuyos nombres sirven aún de pretexto á los rebeldes y á los potencias extranjeras? Voto en mi corazon por que la raza de los tiranos desaparezca de la tierra; pero ¿puedo cegarme sobre la situacion de mi país hasta el punto de creer que la muerte de la hermana de Capeto baste para extinguir el foco de las conspiraciones que nos destrozan? ¿Es verdad que la principal causa de nuestros males está en el fanatismo? El fanatismo espira; podria decirse que ya ha muerto. ¡Temeis segun decis á los sacerdotes, cuando éstos se apresuran á abdicar sus títulos, para cambiarlos por los de municipales, administradores y áun presidentes de las sociedades populares! No, no es el fanatismo el que debe ser hoy dia el objeto de nuestras inquietudes. Cinco años de una revolucion que ha descargado sobre los sacerdotes deponen de su impotencia. No veo más que un solo medio de que salgan de ella, y este medio es el expresar que se cree en su fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso; huye ante la razon. Si le perseguis dando alaridos, pronto se revolverá contra vosotros. ¿Y qué otro efecto puede producir ese celo exagerado y fastuoso que tan encarnizado se muestra contra él de poco tiempo acá? ¿Con qué derecho unos hombres desconocidos hasta aquí en la carrera de la revolucion vienen á buscar en estas persecuciones los medios de usurpar una falsa popularidad, de arrastrar á los patriotas á falsas medidas, y de arrojar entre nosotros la fatal tea de la discordia? ¿Con qué derecho vienen á perturbar la libertad de cultos en nombre de la misma libertad, y á atacar al fanatismo por medio de otro nuevo fanatismo? ¿Con qué derecho harian degenerar en farsas ridículas los solemnes homenajes tributados á la más pura verdad? ¿Por qué ha de permitírseles que jueguen así con la dignidad del pueblo, y que aten al cetro mismo de la filosofía los cascabeles de la locura? ¿Han querido suponer que acogiendo la Convencion las ofrendas cívicas de las iglesias, habia proscrito el culto católico? No, la Convencion no lo hará nunca. Su intencion es mantener la libertad de cultos que ha proclamado, y reprimir al mismo tiempo á todos los que abusen de ella para turbar el órden público; no permitirá, pues, que se persiga á los ministros pacíficos del culto. Se ha denunciado á algunos sacerdotes por haber dicho misa, pero la dirán por mucho tiempo si se les impide decirla. El que impide decir la misa es más fanático que el que la dice. Hay hombres que quieren ir más léjos, que so pretexto de destruir la supersticion tratan de hacer del ateismo una religion. La Convencion nacional aborrece semejante sistema. La Convencion no es un componedor de libros, ni un autor de sis-

temas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar, no solamente los derechos, sino tambien el carácter del pueblo frances. ¡No en vano ha proclamado la declaracion de los derechos del hombre en presencia del Sér Supremo! El ateismo es aristocrático. La idea de un gran Sér que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga el crímen triunfante es popular.»

Los jacobinos de la clase indigente aplaudieron este discurso. Robespierre continuó: «El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores aquí, sería entre los ricos y entre los culpables. Yo no he cesado un dia, desde mi infancia, de abundar en las ideas morales y políticas que acabo de exponeros. Si Dios no existiese, sería preciso inventarle... Hablo en una tribuna—continuó—en donde un impudente girondino osó calificarme de criminal por haber pronunciado la palabra Providencia; ¿y en qué tiempo? Cuando con el corazon ulcerado por todos los crímenes de que éramos testigos y víctimas, cuando vertiendo lágrimas amargas por el pueblo eternamente engañado, eternamente oprimido, trataba de elevarme por cima de la turba de conspiradores de que estaba rodeado, invocando contra ellos la venganza celeste en defecto del rayo popular. ¡Ah! En tanto que exista la tiranía, ¿cuál será el alma enérgica y virtuosa que no apele en secreto de su triunfo sacrílego á esa justicia eterna que parece haber escrito en todos los corazones el decreto de muerte de todos los tiranos? A mí me parece que el último mártir de la libertad exhalaria su alma con un sentimiento más dulce descansando en esta idea consoladora. Este sentimiento es el de Europa, el del universo y el del pueblo frances. ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos ocultos de la república y los emisarios de los tiranos extranjeros? Los miserables quieren justificar de este modo las groseras calumnias cuyo descaro reconoce toda Europa, y hacer se separen de vosotros, por las prevenciones y por las opiniones irreligiosas, aquellos á quienes la moral y el interes comun atraen á la sublime y santa causa que defendemos».

Robespierre pidió la expulsion de Proly, de Dubuisson y de Pereyra. La epuracion fué decretada. Robespierre, oido al principio con admiracion y despues con frialdad, habia batido á Hebert y Chaumette, batiendo el ateismo. Sacó este hombre sus fuerzas de su gran valor, y sus rayos de aquel instinto eterno del alma humana que atestigua la presencia de un Dios. Al poner á Dios de manifiesto, Robespierre se creaba á sí mismo y á la revolucion una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habria buscado el modo de ocultar al pueblo la luz divina, en lugar de hacerla revivir en él. En su discurso jugó su popularidad contra su profesion de fe.

Vencido aquel dia el partido de Hebert en los Jacobinos, se vengó en la municipalidad, ejerciendo actos atroces de intolerancia contra la libertad de cultos. Danton habló en la Convencion contra aquellos perseguidores, pero como un hombre político que quiere se respete un hábito sagrado del pueblo, y no como filósofo que es el primero en adivinar la más alta idea del espíritu humano. Aquella identidad, sin embargo, de animadversion comun contra Hebert y Chaumette unió por un momento á Robespierre y á Danton.

El primero continuó reuniendo á los jacobinos contra los energúmenos de la municipalidad, y denunciando á los intrigantes y á los exagerados. «En el movimiento súbito y extraordinario en que nos hallamos,—dijo,—tomarémos todo lo

que el pueblo puede confesar, y rechazarémos todos los excesos por los cuales nuestros enemigos quieren deshonrar nuestra causa. Se trata de agitarnos y dividirnos socolor de las querellas religiosas, y nosotros las ahogarémos. Confundirémos al ateismo y respetarémos las creencias sinceras.» Intimidado Hebert por el valor de Robespierre, se desmintió á sí mismo y fingió reprobar por un momento las persecuciones y los escándalos que él habia promovido. Chaumette hizo lo mismo en

Habitacion de Danton en Sevres.—Pág. 304.

el Consejo municipal. El comité de salud pública aprovechó aquel terror de los hebertistas para proclamar por boca de Robespierre los principios de gobierno en una respuesta á los manifiestos de los reyes coligados contra la república.

V

Las depuraciones continuaron en los Jacobinos, como se habia decidido en la sesion precedente. Todos los miembros fueron citados uno despues de otro, y tuvieron que sufrir un exámen público de sus opiniones y de su vida.

Al momento en que Danton compareció para dar cuenta de sus acciones, un

murmullo de animadversion corrió por la sala. Danton se turbó un momento, pero despues, armándose de la imperturbabilidad de una virtud que no tenia, dijo: «He oido rumores, y ya sé que han circulado denuncias graves contra mí. Pido, en fin, justificarme ante el pueblo. Intimo á todos los que han podido concebir sospechas en contra mia á que precisen sus acusaciones, porque quiero responder en público. He experimentado una especie de disfavor al presentarme á la tribuna. ¿He perdido acaso los rasgos que caracterizan las facciones de un hombre libre? ¿No soy el mismo Danton que se encontró á vuestro lado en todos los momentos de crísis? ¿No soy el mismo á quien habeis abrazado con frecuencia como á vuestro amigo, y el que debe morir con vosotros? He sido uno de los más intrépidos defensores de Marat, é invoco la sombra del *amigo del pueblo*. Os aturdireis cuando yo os haga conocer mi conducta privada, al ver que la colosal fortuna que mis enemigos me suponen se reduce á una pequeña porcion de bienes que siempre he poseido. Desafio á los malintencionados á que me prueben ni un crímen. Todos sus esfuerzos no podrán conmoverme. Quiero estar en pié confundido entre el pueblo, y vosotros me juzgareis en su presencia. Yo no rasgaré ni una página de mi historia, así como vosotros no rasgareis las de la vuestra, que debe inmortalizar los fastos de la libertad».

Despues de este exordio, que rompia, por decirlo así, el sello que hacía mucho tiempo habia puesto á su alma, Danton se abandonó á una improvisacion tan acumulada y tan rápida, que la pluma fué impotente para seguirla y notarla. Pasó revista á su vida, y se hizo un pedestal con sus actos revolucionarios, desde el cual desafió á sus calumniadores, y concluyó por pedir que se nombrasen doce comisionados para examinar su conducta. Un religioso silencio acogió esta súplica. Se veia que el pueblo, conmovido por su elocuencia, creia más en su genio que en su conciencia.

Robespierre podia con una sola palabra precipitar ó elevar á Danton; conoció que se necesitaba de este hombre para equilibrar la popularidad de Hebert. Salvándole, quiso mostrarle que podia perderle. Subió á la tribuna, no con la lentitud reflexiva que acostumbraba usar ordinariamente cuando queria tomar la palabra, sino con la precipitacion de un hombre que va á parar un golpe próximo ya á descargar. «Danton,—le dijo apostrofándole con voz severa,—¿pides que se precisen las quejas que hay contra tí? Nadie levanta la voz, y yo lo voy á hacer. Danton, de lo que te se acusa es de haber emigrado; se ha dicho que habias ido á Suiza, que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga. Se ha dicho que tu ambicion era ser regente de Luis XVII; que en cierta época, todo estaba preparado para proclamar tu dictadura; que eras el jefe de la conspiracion; que ni Pitt, ni Cobourg, ni Inglaterra, ni Austria, ni Prusia eran nuestros más peligrosos enemigos, que tú eras á quien más debia temerse; que la Montaña estaba llena de cómplices tuyos, y en una palabra, que era necesario degollarte. La Convencion—prosiguió Robespierre—sabe que no estoy de acuerdo con las ideas de Danton; que en el tiempo de las traiciones de Dumouriez, mis sospechas se habian adelantado á las suyas. Entónces yo le eché en cara el no haber perseguido á Brissot y á sus cómplices con más vehemencia. Juro que éstos fueron los únicos cargos que le hice... Danton, ¿no sabes—prosiguió el orador con una voz casi enternecida—que cuanto más valor y patriotismo tiene un hombre, tanto más se encarnizan en su

pérdida los enemigos de la causa pública? Los enemigos de la patria parece que me colman de elogios exclusivamente, pero yo los rechazo. Detras de estos elogios, yo no veo sino el puñal con que se ha querido degollar á mi patria. La causa de los patriotas es solidaria. Tal vez me engañe respecto á Danton, pero visto en familia no merece sino elogios. Le he observado tambien bajo el aspecto político. Una diferencia de opinion entre él y yo me le ha hecho espiar con cuidado, y algunas veces hasta con ira. Danton quiere que se le juzgue, tiene razon; pero yo pido que se me juzgue á mí tambien. Que se presenten esos hombres que pretenden ser más patriotas que nosotros.»

Este testimonio salvó á Danton, pero no le hizo recobrar su perdido crédito. Esto era lo que queria Robespierre. Le hacía falta Danton como protegido, no como igual, porque tenia necesidad de aquella voz en la Montaña para batir á la municipalidad. Sometida ésta, y reducido Danton á un papel subalterno en los Jacobinos, se veria obligado á servir ó á temer. Robespierre no usó de los mismos miramientos ni de los mismos artificios con los demas miembros exagerados ó corrompidos de la Convencion que dominaban en los Jacobinos ó en los Franciscanos. Habiéndole llegado el turno á Anacharsis Klootz, *el orador del género humano,* exclamó Robespierre: «¿Podemos mirar como patriota á un baron aleman? ¿como demócrata á un hombre que tiene cien mil libras de renta? ¿como republicano á un hombre que sólo trata con los banqueros extranjeros y con los contrarevolucionarios enemigos de Francia? Klootz, pasas tu vida con los agentes y los espías de las potencias extranjeras (Proly, Dubuisson y Pereyra), eres un traidor como ellos, y es menester vigilarte. Ciudadanos, vosotros le habeis visto tan pronto á los piés del tirano y de su corte, como de rodillas ante el pueblo. Ha hecho la corte á Brissot, á Dumouriez y á la Gironda. ¡Queria que Francia atacase al universo! Ha publicado un folleto titulado *Ni Marat ni Roland.* Ha dado un bofeton á Roland, pero ha dado otro más ultrajante á la Montaña. Sus extravagantes opiniones, su obstinacion en hablar de una república universal para inspirarnos el furor de las conquistas, son otros tantos lazos tendidos á la república para darle por enemigos á todos los pueblos y á todos los elementos. Tambien ha fomentado el movimiento contra el culto. Sin embargo, Klootz, te conocemos perfectamente. Todos nosotros sabemos las visitas nocturnas que has hecho á Gobel, obispo de Paris. Sabemos tambien que, cubierto con las sombras de la noche, has preparado allí en union de Gobel aquella mascarada filosófica. Ciudadanos, ¿mirareis como patriota á un extranjero que quiere ser más demócrata que los franceses, y á quien se ha visto tan pronto encima como debajo de la Montaña? Porque jamás Klootz estuvo con ella. ¡Ah! ¿Qué podemos hacer nosotros estando rodeados de enemigos que se introducen en nuestras filas para combatirnos? Ellos se cubren con una máscara y nos destrozan, y nosotros sentimos el golpe sin ver la mano que lo ha dado. Estamos perdidos; nuestra mision ha concluido. Nuestros enemigos, fingiendo colocarse más allá de la cúspide de la Montaña, nos cogen por la espalda para asestarnos golpes más mortales...» En seguida, enterneciéndose hasta verter lágrimas, y parodiando las palabras de Jesucristo en su agonía, dijo: «¡Velemos, porque la muerte de la patria no está lejana!»

El infortunado Klootz, cabizbajo al pié de la tribuna y agobiado bajo el peso de la acusacion de Robespierre, no se atrevió siquiera á decir una palabra para

apartar de sí la animadversion general. Fanático sincero y adicto á la república, Klootz no era, sin embargo, culpable sino por sus relaciones con los hombres corrompidos de la Convencion, tales como Fabre y Chabot, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert. Sobre todo lo era á los ojos de Robespierre por la proclamacion de la república universal, que amenazaba á todos los tronos y á todas las nacionalidades. Robespierre, que siempre habia querido paz con los extranjeros, continuaba queriéndola. Sacrificando á Klootz como á un insensato y como á un ateo, creia quitar la piedra de escándalo entre Europa y la república francesa. Robespierre no queria más conquistas que las de las ideas.

La indulgencia política con que habia cubierto á Danton se extendió á Fabre d'Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, y cuya súbita fortuna hacía sospechar de su probidad.

Camilo Desmoulins, otro de los clientes de Danton, tuvo necesidad tambien de que se le excusase por la compasion que habia mostrado en el tribunal revolucionario cuando la condenacion de los girondinos. «Es verdad—dijo Camilo Desmoulins—que tuve un movimiento de sensibilidad en el juicio de los veintiuno. Pero los que me motejan, están muy léjos de encontrarse en la misma posicion que yo. Quiero á la república, pero me he engañado respecto á muchos de sus hombres, tales como Mirabeau y Lameth, á quienes yo creia unos verdaderos defensores del pueblo, y que han concluido por engañarle. Una fatalidad extraña ha hecho que de sesenta personas que han firmado mi contrato matrimonial, no me queden más que dos amigos vivos: ¡Robespierre y Danton! Los demas, ó están fugitivos ó guillotinados. De este número eran siete de los veintiuno. Siempre he sido el primero á denunciar á mis propios amigos cuantas veces he visto que obraban mal. Yo he ahogado la voz de la amistad que me habian inspirado algunos grandes talentos.»

Esta excusa, tartamudeada tímidamente por Camilo Desmoulins, no calmó los rumores de los jacobinos. Robespierre se levantó para apaciguarlos. Amaba y menospreciaba á aquel jóven, arrebatado como una mujer y voluble como un niño.

«Es necesario—dijo Robespierre—considerar á Camilo Desmoulins en sus virtudes y en sus debilidades. Algunas veces tímido y confiado, con frecuencia animoso y siempre republicano, se le ha visto sucesivamente ser amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillon; pero tambien se le ha visto romper los ídolos que habia incensado. Yo le invito á proseguir en su carrera, pero tambien le exhorto á no ser tan versátil, y á que procure no engañarse en lo sucesivo respecto á los hombres que figuran en la escena política.» Esta amnistía de Robespierre cerró la boca á los amigos de Hebert, que querian herir á Camilo Desmoulins. Nadie se atrevió á proscribir al que Robespierre excusaba.

VI

Entre tanto Vincent, Heron, Ronsin y Maillard, principales jefes de los Franciscanos, fueron presos por órden del comité de salud pública por una denuncia de Fabre d'Eglantine, y puestos al poco tiempo en libertad por un informe de Robespierre. Unicamente ocupado en la apariencia en asegurar el predominio del

gobierno sobre todos los partidos, Robespierre leyó en la Convencion un informe sobre los principios del gobierno revolucionario. Este informe arrojaba mucha luz respecto á sus planes y á los del comité.

«La teoría del gobierno revolucionario—decia en aquel escrito—es tan nueva como la revolucion que la ha engendrado. El objeto del gobierno constitucional es conservar la república; el del gobierno revolucionario es fundarla.

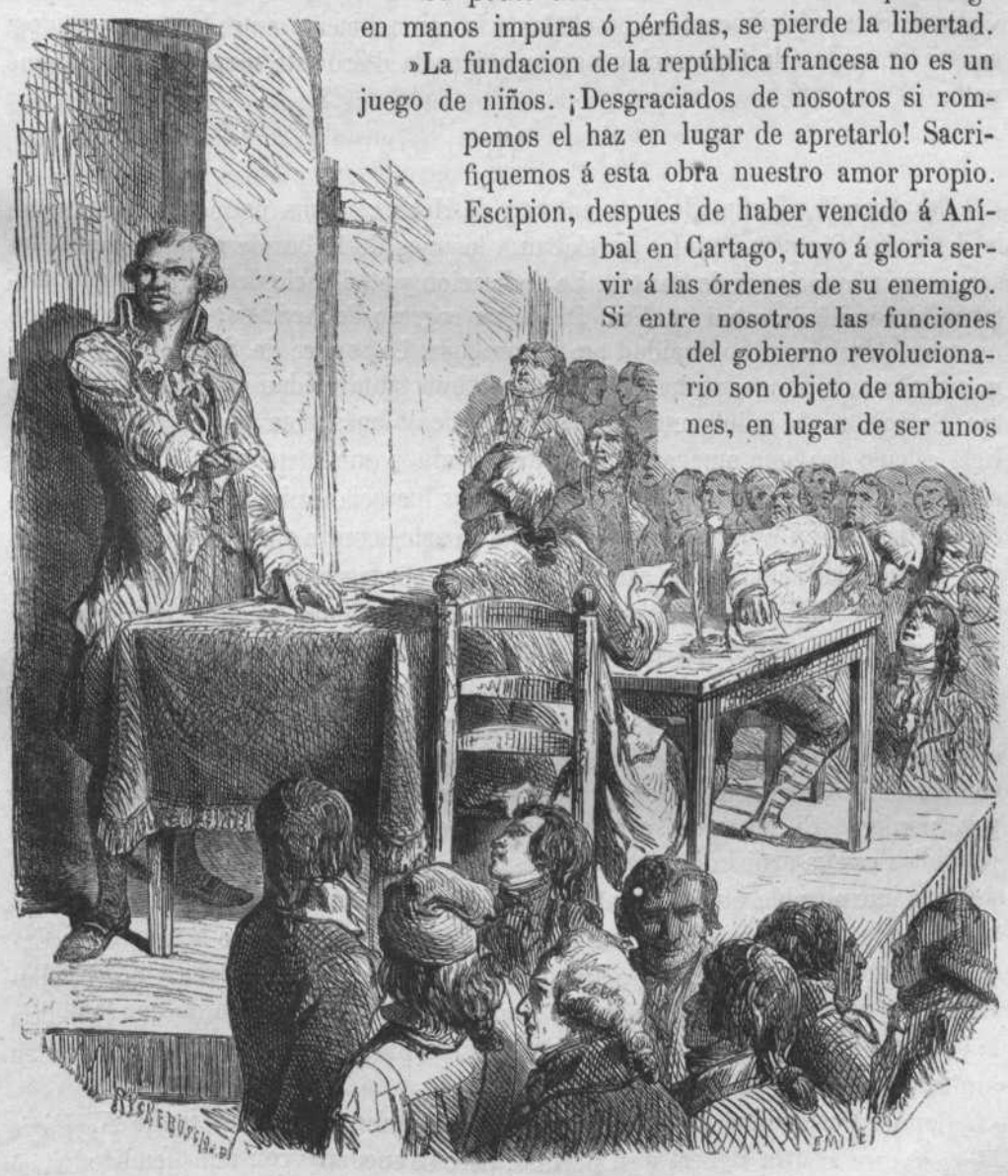
»La revolucion es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitucion es el régimen de la libertad victoriosa y pacífica.

»El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos toda la proteccion nacional; á los enemigos del pueblo, la muerte.

»Debe bogar entre estos dos escollos: la debilidad y la temeridad, la moderacion y el exceso.

»Su poder debe ser inmenso. El dia que caiga en manos impuras ó pérfidas, se pierde la libertad.

»La fundacion de la república francesa no es un juego de niños. ¡Desgraciados de nosotros si rompemos el haz en lugar de apretarlo! Sacrifiquemos á esta obra nuestro amor propio. Escipion, despues de haber vencido á Aníbal en Cartago, tuvo á gloria servir á las órdenes de su enemigo. Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambiciones, en lugar de ser unos



Danton justificándose en los Jacobinos.—Pág. 310.

deberes penosos, la república está perdida. Apénas hemos reprimido los excesos de una falsa filosofía contra los cultos, apénas hemos pronunciado aquí el nombre de *ultrarevolucionarios,* cuando los partidarios del trono han querido aplicárselo á los patriotas ardientes que habian cometido de buena fe algunos errores hijos de su celo. Ellos buscan jefes en medio de vosotros. Su esperanza consiste en dividirnos y hacer que desconfiemos unos de otros. Esta funesta lucha vengaria á los aristócratas y á los girondinos. Es necesario confundir sus esperanzas haciendo juzgar á sus cómplices.»

Este informe de dos filos, dirigido evidentemente contra los hebertistas, que acusaban al comité de salud pública de debilidad, y contra los dantonistas, que le acusaban de excesivo rigor, terminaba por un decreto ordenando el pronto juicio de Dietrich, corregidor de Strasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Estas eran unas víctimas casi todas inocentes, inmoladas á la reconciliacion entre los tres partidos; sangre arrojada á la Convencion para apaciguarla. Pero este sacrificio no apaciguó nada.

VII

Las querellas de Camilo Desmoulins y de Hebert en sus periódicos mantenian la discordia. Síntomas mudos revelaban á los ojos de Robespierre y del comité las sordas murmuraciones de Danton. La abdicacion y el silencio de este orador inquietaban al comité de salud pública. Desde su regreso de Arcis-sur-Aube, su reposo no era natural, y su humanidad era sospechosa. La sangre de Setiembre, que aún manchaba sus manos, no habia hecho verosímil tanta piedad en el alma de Danton. Se veia en su indulgencia afectada un cálculo más bien que un sentimiento. Este cálculo era una amenaza contra los hombres que manejaban el arma de los suplicios. Danton, afectando separarse de ellos, parecia espiar la hora de un retroceso en la opinion pública para volver aquella arma contra ellos, imputarles la sangre derramada, echarles en cara las víctimas, aprovechar los resentimientos que habrian encendido, y apoderarse de la revolucion, que era su alma, entregándolos despues á la venganza del pueblo. Estas sospechas de Robespierre y del comité contra Danton estaban justificadas por su naturaleza, por su situacion y por su profunda política. Tambien lo estaban por el temple de su alma, que pasaba, con la inconsecuencia de una sensacion, del arrebato del terrorista á la generosidad y á la compasion. Los crímenes y las virtudes de Danton se reunian en aquel momento para perderle. El fausto de su vida ociosa y llena de placeres en Sevres, cuando la república estaba ardiendo y cuando la sangre salia de todas sus venas; en fin, la fortuna inexplicable que se le atribuia, comparada con la indigencia de Robespierre, todo contribuia á hacerle sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoulins recaian sobre Danton. No se creia que este jóven y ligero folletista fuese capaz de atreverse á tanto si no estuviera persuadido de que le cubria la sombra de un coloso. La audacia de su estilo pasaba por ser inspiracion de su protector.

Camilo Desmoulins habia querido adular á Robespierre, dirigiendo *El Viejo Franciscano* contra Hebert y su partido; pero se encontró con que ofendió al rival sombrío de Danton. ¡Extraño error de una adulacion extemporánea, que hiere en

lugar de acariciar! Todo el nudo del drama que va á desarrollarse estuvo en esta mala inteligencia de un folletista. Su inconsiderada pluma, queriendo matar á sus enemigos, anticipó la hora fatal para sus amigos y para sí propio. La impaciencia que tenia por darse importancia y fama le precipitó á su perdicion. Su muerte fué un aturdimiento, como lo habia sido su vida; pero al ménos fué un aturdimiento honrado, á veces sublime, y que borraba en la apariencia muchas prostituciones y bajezas.

Camilo Desmoulins empezó en su primer número del *Viejo Franciscano* por adular á Robespierre.

«La victoria ha quedado por los Jacobinos,—escribia relatando la justificacion de Danton,—porque en medio de la ruina de tantas reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre ha quedado intacta. Fuerte ya en el terreno ganado durante la enfermedad de Danton, el partido de sus acusadores, en medio de los pasajes más patéticos y más convincentes de su justificacion, silbaba, movia la cabeza y se sonreia, manifestando compadecerse, como si aquel discurso fuese el de un hombre condenado por todos los sufragios. Hemos vencido, sin embargo, porque despues de los discursos ardientes de Robespierre, en los cuales parece que el talento se aumenta á proporcion que van en aumento los peligros de la república, y viendo la impresion profunda que habian dejado en los ánimos, era imposible atreverse á levantar la voz contra Danton, sin dar, por decirlo así, un finiquito público de las guineas de Pitt.»

Afectaba en otro de los párrafos posteriores la adoracion á Marat para cubrirse con aquella fama póstuma contra los que le echaban en cara su debilidad:

«Despues de la muerte de aquel patriota tan esclarecido, á quien yo me atreví hace tres años á llamar el *divino* Marat, ésta es la única marcha que pueden seguir los enemigos de la república. ¡Cuántas veces, y lo atestiguo con sesenta de mis colegas, he llorado en su seno las funestas consecuencias de esta marcha! En fin, Robespierre, en un discurso que la Convencion ha decretado que se envie á toda Europa, ha levantado el velo. Convenia á su valor y á su popularidad deslizar diestramente, como lo ha hecho, la gran palabra, la saludable palabra de que Pitt ha cambiado de baterías; que ha tratado de hacer por medio de la exageracion lo que no habia podido por el moderantismo, y que hay hombres políticamente contrarevolucionarios que trabajan en formar como Roland el espíritu público y en falsear la opinion en sentido contrario, pero encaminándola á un terreno igualmente fatal para la libertad. Despues, en dos discursos no ménos elocuentes, Robespierre se ha pronunciado en los Jacobinos con más vehemencia contra los intrigantes que con alabanzas públicas y exclusivas se lisonjean de desunirle de todos sus antiguos compañeros de armas y del batallon sagrado de los Franciscanos, con el cual habia batido tantas veces al ejército real. ¡Para vergüenza de los sacerdotes, él ha defendido el Dios que ellos abandonan cobardemente!»

Aquí Camilo Desmoulins hacía reflejar el talento de Tácito al hablar de las maldades modernas; el frances, en su pluma, era conciso y enérgico como el latin:

«Despues del sitio de Perusa, dicen los historiadores, á pesar de la capitulacion, la respuesta de Augusto fué: «¡Es necesario que todos perezcais!» Trescientos de los principales ciudadanos fueron conducidos al altar de Julio César y degollados en el dia de los idus de Marzo; en seguida, el resto de los habitantes fué pa-

sado al filo de la espada, y la ciudad, que era una de las más hermosas de Italia, reducida á cenizas y arrasada como Herculano de la superficie de la tierra. «Habia »antiguamente en Roma, dice Tácito, una ley que explicaba los crímenes de Estado »y los de lesa majestad que merecian pena capital. Estos crímenes de lesa majes»tad en la república se reducian á cuatro: si un ejército habia sido abandonado »en un país enemigo; si se habian excitado sediciones; si los miembros de los »cuerpos constituidos administraban mal los negocios ó los caudales públicos; y si »se habia envilecido la majestad del pueblo romano. No tuvieron necesidad los »emperadores sino de algunos artículos adicionales á esta ley para envolver á los »ciudadanos y á las ciudades enteras en la proscripcion. Desde que las intenciones »se convirtieron en crímenes de Estado, no hubo más que dar un paso para cam»biar en crímenes las simples miradas, la tristeza, la compasion, los suspiros y áun »hasta el silencio. Bien pronto se achacó á un crímen de lesa majestad ó de con»trarevolucion á la ciudad de Murcia el haber erigido un monumento á sus habi»tantes muertos en el sitio de Módena, combatiendo bajo Augusto; pero porque »entónces Augusto combatia con Bruto, Murcia tuvo la suerte de Perusa.

»Crímen fué de contrarevolucion en Libon Druso el haber pedido á los agore»ros que le dijesen si poseeria algun dia grandes riquezas. Crímen de contrarevo»lucion en el periodista Cremucio Cordo el haber llamado á Bruto y á Casio los »últimos romanos. Crímen de contrarevolucion en uno de los descendientes de »Casio el tener en su poder un retrato de su bisabuelo. Crímen de contrarevolu»cion en Mamerco Escauro el haber compuesto una tragedia en que habia versos »de dos sentidos. Crímen de contrarevolucion en Torcuato Silano el gastar dema»siado. Crímen de contrarevolucion en Petreyo el haber soñado con Claudio. Crí»men de contrarevolucion en Apio Silano porque su mujer habia soñado con él. »Crímen de contrarevolucion en Pomponio el que un amigo de Sejano fué á refu»giarse á su casa de campo. Crímen de contrarevolucion el quejarse de las desgra»cias de la época, porque esto era acusar al gobierno. Crímen de contrarevolucion »el no invocar el genio de Calígula: por haber faltado á esto, gran número de ciu»dadanos fueron despedazados, conducidos á las minas, echados á las fieras, y »algunos aserrados por medio del cuerpo. Crímen de contrarevolucion en la madre »del cónsul Fabio Gemino el haber llorado la muerte funesta de su hijo.

»Era necesario manifestar alegría por la muerte de un pariente, si no se queria »sufrir igual suerte. Bajo el imperio de Neron, muchos de los que habian perdido »sus padres por órden del tirano fueron á dar gracias á los dioses. Por lo ménos »era necesario aparentar un aire alegre y tranquilo. Se tenia miedo del mismo »miedo. Todo era sombrío para el tirano. Si un ciudadano tenia popularidad, era »mirado como un rival del príncipe que podia suscitar la guerra civil, y el infeliz »era declarado sospechoso.

»Al contrario, si huia de la popularidad ó si se mantenia apartado de los nego»cios, si aquella vida retirada le valia cierta consideracion, sospechoso.

»Si uno era pobre, era menester vigilarle más de cerca, porque nadie es más »emprendedor que el que nada tiene. Sospechoso.

»Si érais de un carácter sombrío y melancólico, si vestíais con descuido, era »porque estábais afligido por lo bien que iban los negocios públicos... Sospechoso.

»Si érais virtuoso y de costumbres austeras, se os tenia por un nuevo Bruto,

»que pretendia con su palidez censurar á una corte galante y obsequiosa. Sos-
»pechoso.

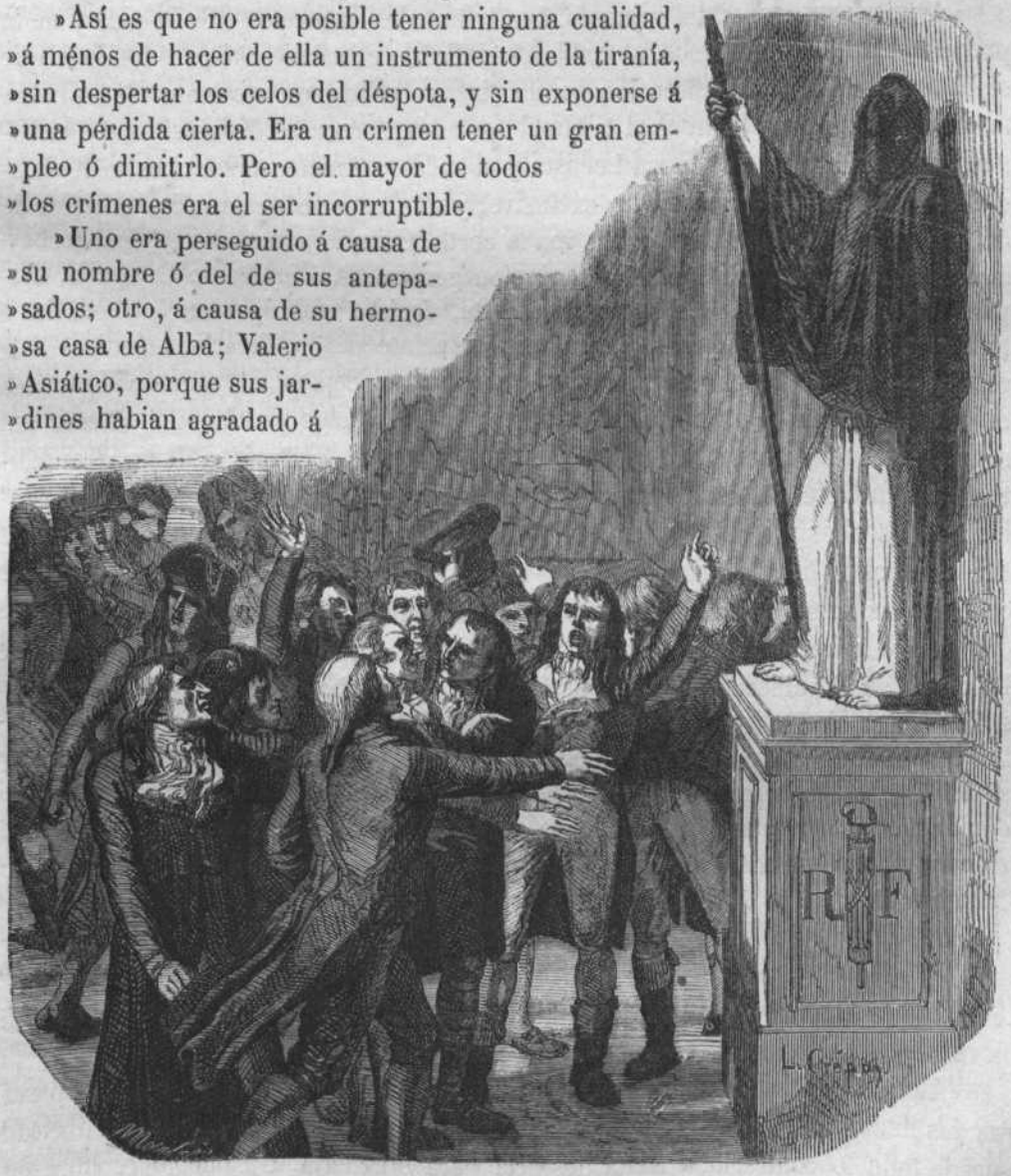
»Si érais filósofo, orador ó poeta, era porque os convenia tener más favor que »los que gobernaban. ¿Podia permitirse que se hiciese más caso de un autor, que »del emperador encerrado en su palco? Sospechoso.

»En fin, el que habia adquirido reputacion en la guerra, era más peligroso á »causa de su talento. Con un general inepto puede hacerse lo que se quiere. Si »es traidor, no puede entregar un ejército al enemigo sin que se trasluzca su trai-
»cion. Pero si un oficial del mérito de Agricola ó de Corbulon llega á ser infiel, »nadie se escapa de sus tramas. Lo mejor es deshacerse de ellos, ó cuando ménos »tenerlos separados del mundo por sospechosos.

»Fácil es concebir que aún era peor ser nieto ó aliado de Augusto: el que re-
»unia estas circunstancias, podia aspirar al trono. Sospechoso.

»Así es que no era posible tener ninguna cualidad, »á ménos de hacer de ella un instrumento de la tiranía, »sin despertar los celos del déspota, y sin exponerse á »una pérdida cierta. Era un crímen tener un gran em-
»pleo ó dimitirlo. Pero el mayor de todos »los crímenes era el ser incorruptible.

»Uno era perseguido á causa de »su nombre ó del de sus antepa-
»sados; otro, á causa de su hermo-
»sa casa de Alba; Valerio »Asiático, porque sus jar-
»dines habian agradado á



Sesion de los Franciscanos (4 de Marzo, 1794).—Pág. 326.

»la emperatriz; Itálico, porque le desagradaba su cara; y una multitud sin que »supiesen la causa por qué eran perseguidos. Toranio, el tutor y el antiguo ami»go de Augusto, fué proscrito por su pupilo sin otra causa que ser hombre de »probidad y amar á su patria. Ni la pretura ni su inocencia pudieron librar á »Quinto Galio de las manos sangrientas del ejecutor; aquel Augusto, cuya cle»mencia se ha alabado tanto, le arrancó los ojos por su propia mano. Cualquiera »era engañado ó herido por sus esclavos ó por sus enemigos, y si no habia enemi»gos, nunca faltaban asesinos. Estos eran un huésped, un amigo ó un hijo. En una »palabra, bajo aquellos reinados, la muerte natural de un hombre célebre, ó que »estuviese constituido en dignidad, era tan extraña, que se ponia en los perió»dicos como un acontecimiento, y se transmitia por el historiador á la memoria de »los siglos venideros. Bajo aquel consulado, dice nuestro analista, el pontífice »Pison murió en su cama, lo que pareció á todo el mundo un prodigio.»

»A tales acusadores, tales jueces. Los tribunales, protectores de la vida y de la propiedad de los ciudadanos, se habian convertido en carnicerías, en donde lo que se llamaba suplicio y confiscacion no era sino un robo y un asesinato. Si no habia medio de llevar á un hombre al tribunal, se tenia el recurso de asesinarle ó envenenarle. Celer Ælio, la famosa Locusta y el médico Aniceto eran unos envenenadores de profesion con privilegio exclusivo, y una especie de grandes oficiales de la corona, que siempre iban donde iba la corte. Cuando aquellas medidas no bastaban, el tirano recurria á una proscripcion general. Así fué como Caracalla, despues de haber muerto por su mano á Geta, declaró enemigos de la república á todos sus amigos y parientes, en número de veinte mil; y Tiberio, enemigo de la república, mató á todos los amigos y partidarios de Sejano, en número de treinta mil. Así fué como Sila, en un solo dia, prohibió el fuego y el agua á setenta mil romanos. Si un emperador hubiera tenido una guardia pretoriana de tigres y panteras, no hubiera destrozado más personas que las destrozadas por los delatores, los libertos y los envenenadores de César; porque la crueldad causada por el hambre cesa con el hambre, en vez de que la que es causada por el temor, la concupiscencia y las sospechas de los tiranos, no tiene límites. ¡Hasta qué grado de envilecimiento y bajeza no habria descendido la especie humana, cuando vemos que Roma sufrió el gobierno de un monstruo que se quejaba de que su reinado no se señalase por alguna calamidad, peste, hambre, ó temblor de tierra; de un hombre que envidiaba á Augusto el haber tenido en el suyo un ejército destrozado, y al de Tiberio los desastres del anfiteatro de Fidenas, en donde habian perecido cincuenta mil personas, y para decirlo en una palabra, que deseaba que el pueblo romano no tuviese más que una cabeza para poder colgarla en una ventana de su habitacion!»

VIII

Aquí se elevaba Camilo Desmoulins hasta la filosofía de Fenelon, para dar á la revolucion el colorido de una religion política:

«Algunos piensan sin duda que la libertad, así como la infancia, necesita pasar por los llantos y los gemidos para llegar á la edad madura. Pero con la libertad sucede todo lo contrario, y basta desearla para obtenerla. Un pueblo es libre en el mismo momento en que quiere serlo. La libertad no tiene ni infancia ni vejez;

no tiene más edad que la de la fuerza y el vigor; de otra suerte, los que se hacen matar por la república serian tan estúpidos como esos fanáticos de la Vendée que se hacen matar por las delicias del paraíso, de que no gozarán nunca. Cuando hayamos perecido en el combate, ¿resucitarémos á los tres dias, como creen esos imbéciles campesinos? No, esta libertad que yo adoro no es el Dios desconocido. Combatimos por defender unos bienes de que estamos en posesion desde que se invocan. Estos bienes son la declaracion de los derechos, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad y la inviolabilidad de los principios: ved aquí la huella de los pasos de la diosa.

»¡Oh queridos ciudadanos! ¿Estaríamos envilecidos hasta el punto de tener que prosternarnos ante tales divinidades? No; la libertad que ha bajado del cielo no es una ninfa de la Opera, no es un gorro encarnado, no es una camisa sucia ni unos harapos; la libertad es la dicha, es la razon, es la igualdad, es la justicia, es vuestra sublime constitucion. ¿Quereis que la reconozca, que me arroje á sus piés, y que vierta mi sangre por ella? Abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos que llamais sospechosos, porque en la declaracion de derechos no hay casas para los sospechosos, sino prisiones para los delincuentes. La sospecha no tiene más cárcel que el acusador público. No debe haber hombres sospechosos, sino hombres acusados de delitos previstos por la ley; y no creais que esta medida sería funesta á la república; ésta sería la medida más revolucionaria que podíais tomar. ¿Quereis exterminar á todos vuestros enemigos con la guillotina? Pero ¡puede darse mayor locura! ¿Podeis hacer perecer á uno en el cadalso sin atraeros el odio de toda su familia y de sus amigos? ¿Creeis que sean peligrosas esas mujeres, esos viejos, esos valetudinarios, esos egoistas y esos rezagados de la revolucion á quienes encerrais con tanto afan? De todos vuestros enemigos, no quedan ya sino los enfermos y los cobardes; los valientes y los fuertes, ó han emigrado, ó han perecido en Lyon y en la Vendée. El resto no merece vuestra ira. Esa multitud de fuldenses, de arrendadores, de tenderos que encarcelais en medio de la lucha de la república contra la monarquía, no ha reunido en su favor sino á aquel pueblo de Roma cuya indiferencia describe Tácito en el combate entre Vitelio y Vespasiano.»

La palabra *comité de clemencia* que Camilo habia arrojado á la opinion, lisonjeaba por otra parte la generosidad de los vencedores, consolando la miseria y la debilidad de los vencidos.

«¡Cuántas bendiciones se elevarian entónces de todas partes! Pienso muy diferentemente de los que os dicen que es menester poner al Terror en la órden del dia; estoy seguro, al contrario, de que la libertad se consolidaria, y de que Europa quedaria vencida si tuviéseis un comité de clemencia. Este comité, que concluiria la revolucion, es una medida revolucionaria, y la más eficaz de todas cuando se distribuye con sabiduría. Llámenme en buen hora moderado los imbéciles y los pícaros. No me avergüenzo de no ser más rabioso que Marco Bruto, y ved aquí lo que éste escribia: «Hareis mejor, mi querido Ciceron, en tener vigor para cortar »las guerras civiles, que en ejercer vuestra ira en perseguir tenazmente á los ven»cidos». Sabido es que Trasíbulo, despues de apoderarse de Aténas á la cabeza de los desterrados, y despues de haber condenado á muerte á aquellos de los treinta tiranos que no habian perecido con las armas en la mano, usó de una indulgencia

extrema con respecto al resto de los ciudadanos, y que ademas hizo proclamar una amnistía general. ¿Dirán acaso que Trasíbulo y Bruto eran fuldenses y brissotistas? Consiento gustoso en pasar por tan moderado como aquellos grandes hombres.»

Despues, volviendo á hablar del comité de clemencia, decia:

«A la palabra de comité de clemencia, ¿qué patriota no sentirá conmovidas sus entrañas? Porque el patriotismo es la plenitud de todas las virtudes, y no puede, por consecuencia, existir en donde no haya humanidad ni filosofía, sino en un alma árida y desecada por el egoísmo. ¡Oh, mi querido Robespierre! A tí dirijo mi palabra, porque he visto el momento en que Pitt no tenia que vencer más que á tí, y en el que el navío Argos perecia, la república entraba en el cáos, y la sociedad de los Jacobinos y la Montaña se convertian en la torre de Babel si tú no lo hubieses salvado todo. Robespierre, tú, cuyos elocuentes discursos leerá la posteridad con avidez, acuérdate de estas lecciones de la historia y de la filosofía, de que el amor es más fuerte y más duradero que el temor, de que la admiracion y la religion atraen beneficios, y de que los actos de clemencia son la escala de la mentira, segun la expresion de Tertuliano; escala, sin embargo, por la cual los miembros del comité de salud pública han tratado de subir hasta el cielo, al cual nunca se sube por escalones ensangrentados. Tú acabas de aproximarte mucho á esta idea con la medida que has hecho decretar hoy en la sesion del decadi 30 de Frimario. Es verdad que más bien es un comité de justicia lo que ha sido propuesto, y sin embargo, ¿por qué ha de ser reputada la clemencia como crímen en una república?»

En fin, se atrevió á dirigirse á Barere, secretario del comité de salud pública, con las siguientes palabras:

«No se encuentran ya los moderados y los aristócratas, dice Barere, sin preguntarse: «¿Habeis visto *El Viejo Franciscano*?» ¡Yo protector de los aristócratas! ¡Yo patrono de los moderados! Que la nave de la república, que corre entre dos escollos de que ya he hablado, se acerque mucho al del moderantismo, y se verá si yo ayudo á la maniobra, y si soy ó no moderado. He sido revolucionario ántes que todos vosotros; he sido más, he sido un bandido, y me he gloriado de serlo cuando en la noche del 12 al 13 de Julio de 1789, el general Danican y yo hicimos abrir las tiendas de los armeros para armar al primer batallon de *sans-culottes*. Entónces tenia yo toda la audacia de la revolucion. En el dia, que soy diputado de la Asamblea nacional, sólo tengo la que me conviene, que es la de la razon y la de decir mi opinion con franqueza. Pero ¡oh queridos colegas! yo os diré como Bruto á Ciceron: Nosotros tememos demasiado á la muerte, al destierro y á la pobreza. *Nimium timemus mortem et exilium et paupertatem*. Esta vida, ¿merece acaso que un representante la prolongue á costa del honor? No hay ninguno de nosotros que no haya llegado á la cima de la vida, y no nos queda más que descender por medio de mil precipicios inevitables áun para el hombre más oscuro. Esta bajada no nos abrirá ningun paso, ningun sitio que no se haya ofrecido mil veces más delicioso á aquel Salomon que decia en medio de sus setecientas mujeres, pisando todo aquel aparato de felicidad: «He encontrado que los »muertos son más felices que los vivos, y que el más dichoso es aquel que no ha »nacido.»

IX

Maltratado Hebert en aquel periódico, exhaló gritos de dolor y de rabia, herido por el puñal de Camilo Desmoulins, y no cesaba de provocar su expulsion de los Jacobinos, denunciándole como un asalariado de la supersticion y de la aristocracia. Por su lado, Barere fulminaba maldiciones contra Camilo Desmoulins en el

Los hebertistas en la Conserjería.—Pág. 327.

comité de salud pública y en la tribuna de la Convencion, acusándole de que amortiguaba el patriotismo y de que comparaba la energía sensible de los fundadores de la república con la crueldad de los tiranos. Desaprobado Camilo por Danton y reprendido por Robespierre, empezó á conocer que se habia colocado entre dos colosos que iban á aplastarle al chocar uno con otro. Pero avergonzándose de tener que retroceder ante la opinion pública, que recibia gustosa aquella primera indicacion de clemencia, agravó su crímen en nuevos artículos que á la vez abundaban en nuevas ideas de clemencia y en invectivas contra los Jacobinos.

Hebert, Ronsin, Vincent, Momoro y Chaumette, faltos de resolucion en el momento de la lucha, se esforzaban como Camilo Desmoulins en desapasionar á Ro-

bespierre, ó en desarmarle con sus adulaciones. La mujer de Hebert, religiosa exclaustrada por la revolucion, pero digna de otro esposo, frecuentaba la casa de Duplay. Robespierre tenia hácia aquella mujer la estimacion y el respeto que negaba á Hebert. Aquella mujer trató de reconciliar á Robespierre con su marido. Convidada á comer en casa de Duplay, se esforzó por disipar las sospechas que Robespierre alimentaba contra la faccion de los Franciscanos. Por la noche Robespierre, confiándose á medias con Hebert, le insinuó que la concentracion del poder en un triunvirato, compuesto de Danton, de Hebert y de él, reuniria tal vez la accion de la república que estaba próxima á romperse. Hebert respondió que se consideraba incapaz de otro papel que el de Aristófanes del pueblo. Robespierre le miró con desconfianza. Al salir de casa de Duplay, la mujer de Hebert le dijo á su marido que semejante insinuacion, recibida y luégo rechazada, era un peligro mortal para él. «Tranquilízate,—dijo Hebert;—no temo ni á Robespierre ni á Danton. Si se atreven, que vengan á buscarme á la municipalidad.»

Hebert, ya acorbadado, ya temerario, no hablaba en sentido ménos provocativo de Danton y de sus amigos, en su periódico y en la tribuna de los Franciscanos. Los aplausos del populacho, la audacia de Vincent, las armas de Ronsin y las bandas desenfrenadas de Maillard le aseguraban. Infamaba abiertamente al comité de salud pública, y el gobierno no tenia más arbitrio que herir á aquel faccioso ó ser herido por él. La Convencion estaba amenazada de un nuevo 31 de Mayo, porque Hebert pedia la prision y el suplicio de los setenta y tres diputados cómplices de los girondinos. Vincent fijó en los Franciscanos unos carteles en que decia que era necesario reducir á mil y quinientas almas las cincuenta mil que habia en Lyon, encargando al Ródano que enterrase los cadáveres. Chaumette hacía afluir á la municipalidad los peticionarios de las secciones, pidiendo abiertamente la expulsion de la parte gangrenada de la Convencion. El comité de salud pública conocia por sus agentes secretos las tramas anárquicas de Ronsin, y que era ya tiempo de cortarlas, aprovechando el momento en que aquellos mismos conspiradores amenazaban á Danton. Tal fué el motivo de los miramientos y de la indulgencia de Robespierre en los Jacobinos con respecto á Danton y á Camilo Desmoulins. Resuelto á perder á las dos facciones, el comité de salud pública se guardaba de atacarlas en el mismo dia: era necesario dar esperanza á la una para destruir más fácilmente la otra. Danton, á pesar de su perspicacia, se engañó tambien, tomando la longanimidad de Robespierre por una alianza; pero no era sino un lazo, y cayó en él. Esto fué lo que reveló algunos dias despues con esta exclamacion de su orgullo humillado: «La muerte no es nada. ¡Lo que siento es morir por un engaño de Robespierre!»

X

Los Jacobinos eran para el comité de salud pública el instrumento de la derrota ó de la victoria. Robespierre se encargó de reunirlos á la Convencion, multiplicándose y consumiendo sus fuerzas para ocupar sin descanso la tribuna y ejercer sobre ellos la fascinacion de su nombre. Esta tribuna se convirtió en el único punto sonoro de la república. La Convencion afectaba hablar poco desde que ejercia el poder supremo. La soberanía no tenia necesidad de hablar, sino de obrar. La Convencion temia ademas dividirse discutiendo mucho delante de sus enemigos. Su

dignidad y su fuerza consistian en el silencio. La opinion no amenazaba ó no estallaba sino en los Jacobinos. Robespierre no desperdiciaba ninguna ocasion de infamar ó de amenazar á los hebértistas. «¡Que los que desearen—exclamó un dia mirando el grupo que formaban Ronsin, Vincent y los franciscanos—que la Convencion quede degradada, vean en esto el principio de su ruina! ¡Que oigan el oráculo de su muerte cierta! ¡Serán exterminados!»

Camilo Desmoulins habia sido citado para justificar sus insinuaciones sangrientas contra el Terror. Presentóse ya vencido, y tartamudeó sus excusas. «Esperad, ciudadanos,—dijo;—yo no sé en dónde estoy. De todas partes me acusan ó me calumnian. Por mucho tiempo he creido de buena fe las acusaciones en contra del comité de salud pública. Collot-d'Herbois me ha asegurado que estas acusaciones eran una novela. Yo pierdo la cabeza. ¿Es un crímen á vuestros ojos el haber sido engañado?» «¡Explicaos sobre *El Viejo Franciscano!*»—le gritó una voz. Camilo tartamudea, y Robespierre le dirige una mirada severa. «Hace algun tiempo—dijo—que tomé la defensa de Camilo Desmoulins, acusado por los Jacobinos. La amistad me permitió hacer algunas reflexiones atenuantes sobre su carácter; pero en el dia me veo obligado á usar un lenguaje diferente. El habia prometido abjurar las herejías políticas de que están llenas las páginas del *Viejo Franciscano*. Enorgullecido por el despacho prodigioso de su folleto y por los pérfidos elogios que los aristócratas le prodigan, no ha abandonado la senda que le trazó el error. Sus escritos son peligrosos; alimentan la esperanza de nuestros enemigos y fomentan la malignidad pública. Camilo es un ciego admirador de los antiguos. Los escritos inmortales de Ciceron y de Demóstenes hacen sus delicias. Le gustan las filípicas, y es un niño extraviado por las malas compañías. Es necesario tratar con rigor sus escritos, que el mismo Brissot no hubiera desechado, y conservar su persona. Pido que se quemen todos esos números.» «Quemar no es responder»,—exclamó el imprudente folletista. «¿Cómo te atreves—replicó Robespierre—á justificar unas páginas que forman las delicias de la aristocracia? Sabe que si no fueses Camilo, podria tal vez no tenerse tanta indulgencia contigo.» «Tú me condenas aquí,—repuso Camilo Desmoulins;—pero ¿no he ido yo á tu casa? ¿No te he leido mis páginas, suplicándote en nombre de la amistad que me ilustrases con tus consejos y que me trazases el camino que debia seguir?» «No me has mostrado más que una parte de ellas,—le respondió severamente Robespierre;—como yo no me caso con ninguna querella, no he querido leer las otras. Se hubiera dicho que yo las habia dictado.» «Ciudadanos,—dijo entónces Danton,—Camilo Desmoulins no debe asustarse de las lecciones un poco severas que Robespierre le da. ¡Que la justicia y la sangre fria presidan siempre á vuestras decisiones! Antes de condenar á Camilo, mirad bien lo que haceis, no sea que con este golpe echeis por tierra la libertad de la imprenta.»

Estas luchas, preludio de otras más terribles, no impidieron á Robespierre el que dictase sus doctrinas á la Convencion. «Iniciemos al universo entero en nuestros secretos políticos,—dijo en un informe sobre el espíritu del gobierno republicano.—¿Cuál es nuestro objeto? El reinado de la justicia eterna, cuyas leyes están escritas, no en el mármol ni en la piedra, sino en el corazon de todos los hombres, áun en el del esclavo que las olvida y en el del tirano que las niega. Queremos sustituir en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los deberes á las

comodidades, la razon á las preocupaciones, es decir, todas las virtudes y todos los prodigios de la república á todos los vicios y á todas las mentiras de la monarquía. El gobierno democrático y republicano es el único que puede realizar estos prodigios; pero la democracia no es un estado en el que el pueblo, continuamente reunido, arregla por sí mismo todos los negocios públicos, y mucho ménos aquel en que cien mil fracciones del pueblo, con medidas prontas, aisladas y contradictorias, deciden de la suerte de la sociedad entera. Tal gobierno, si es que ha existido, no podrá vivir sino para conducir al pueblo al despotismo. La democracia es un estado en que el pueblo soberano, sometido á leyes que él mismo ha confeccionado, hace por medio de sus delegados todo lo que no podria hacer por sí mismo. No solamente la virtud es el alma de la democracia, sino que no puede existir más que en esta clase de gobierno. En la monarquía no conozco más que un individuo que pueda amar á la patria, y es el monarca, porque él es el único que tiene una patria. ¿No está él en lugar del pueblo? Los franceses son el primer pueblo del mundo que haya establecido la verdadera democracia, llamando á todos los hombres á la igualdad y á la plenitud del derecho de ciudadanía, y por esto triunfará de todos los tiranos. Nosotros no pretendemos, pues, modelar la república francesa sobre la de Esparta. Pero las tempestades rugen y nos amenazan aún. Si el resorte del gobierno popular es la calma de la virtud, en las revoluciones es á un mismo tiempo la virtud y el terror. El terror no es otra cosa que una justicia pronta, severa é inflexible; por lo tanto, es una emanacion de la virtud. El gobierno actual es el despotismo de la libertad contra la tiranía para fundar la república. La naturaleza impone á todo sér físico y moral la ley de su propia conservacion. ¡Que la tiranía reine un solo dia, y al siguiente no existirá ningun patriota! «¡Perdon para los realistas!» nos gritan. No. ¡Perdon para la inocencia, perdon para los débiles, perdon para los desgraciados, perdon para la humanidad! Los conspiradores no son ciudadanos, sino enemigos. Algunos se quejan de la detencion en las cárceles de los enemigos de la república. Se buscan ejemplos en la historia de los tiranos. Tambien se nos acusa de precipitar los juicios y violar las formas. En Roma, cuando el cónsul descubrió la conjuracion y la ahogó en el mismo instante con la muerte de los cómplices de Catilina, fué acusado de haber violado las formas... ¿Por quién? Por el ambicioso César, que queria engrosar su partido con las hordas de los conjurados.»

Esta alusion á Danton y á sus cómplices hizo estremecer á la Convencion y palidecer al mismo Danton.

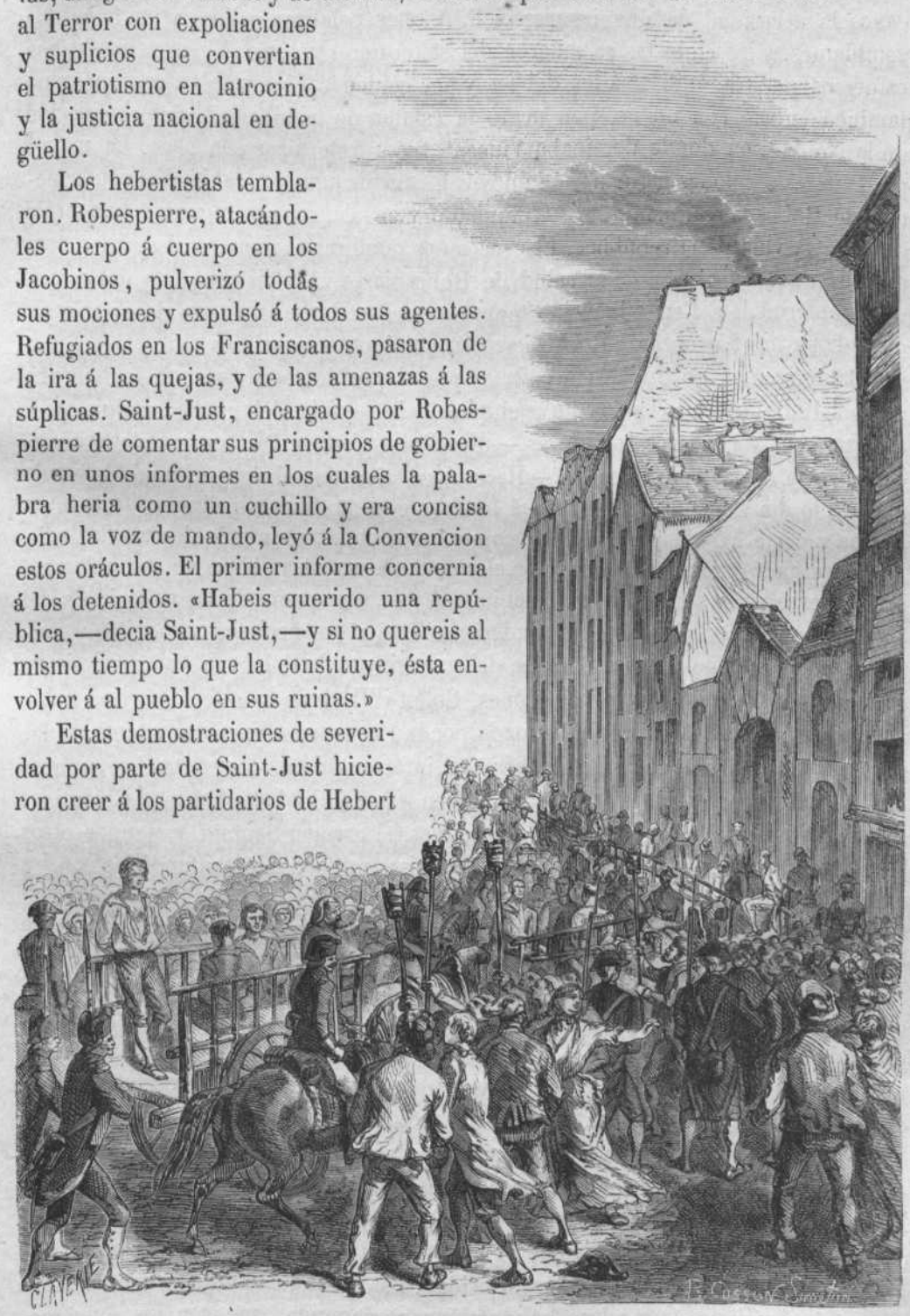
«Dos facciones nos combaten,—prosiguió Robespierre:—la una nos lleva á la debilidad, la otra al exceso; la una quiere convertir la libertad en una bacante, y la otra en una prostituta. Algunos intrigantes subalternos, y áun tambien algunos buenos ciudadanos engañados, se unen al uno ó al otro partido; pero los jefes pertenecen á la causa de los reyes. Los unos se llaman moderados, los otros son los falsos revolucionarios. ¿Quereis contener á los sediciosos? Los primeros os recuerdan la clemencia de César, y manifiestan que éste ó el otro individuo era noble cuando servia á la república, y no se acuerdan ya de cuando la ha hecho traicion. Los otros intentan y quieren exceder la locura de los Heliogábalos y de los Calígulas; pero la espuma impura que el Océano arroja á la playa no por eso le hace ménos imponente.»

XI

Este informe fué el toque de rebato de la Convencion contra los hebertistas y dantonistas. El comité de salud pública hizo encarcelar á Grammont, Duret y Lapalus, amigos de Vincent y de Ronsin, acusados por Couthon de haber deshonrado al Terror con expoliaciones y suplicios que convertian el patriotismo en latrocinio y la justicia nacional en degüello.

Los hebertistas temblaron. Robespierre, atacándoles cuerpo á cuerpo en los Jacobinos, pulverizó todas sus mociones y expulsó á todos sus agentes. Refugiados en los Franciscanos, pasaron de la ira á las quejas, y de las amenazas á las súplicas. Saint-Just, encargado por Robespierre de comentar sus principios de gobierno en unos informes en los cuales la palabra heria como un cuchillo y era concisa como la voz de mando, leyó á la Convencion estos oráculos. El primer informe concernia á los detenidos. «Habeis querido una república,—decia Saint-Just,—y si no quereis al mismo tiempo lo que la constituye, ésta envolver á al pueblo en sus ruinas.»

Estas demostraciones de severidad por parte de Saint-Just hicieron creer á los partidarios de Hebert



Los hebertistas llevados al patíbulo (24 de Marzo, 1794).—Pág. 327.

que el comité de salud pública temblaba ante ellos, y que afectaba su lenguaje para amortiguar su oposicion. Couthon se hallaba en cama, por haberse agravado sus achaques. Robespierre tambien se hallaba enfermo hacía unos cuantos dias, y no podia asistir al comité; motivo por el cual sus enemigos podian intentarlo todo impunemente. Provocado Hebert por Ronsin y Vincent, proclamó en los Franciscanos la necesidad de una insurreccion. A estas palabras palidecieron todos los semblantes, y los clubistas se salieron del salon uno tras otro. Vincent hizo vanos esfuerzos por tranquilizar á los débiles y por contener á los tránsfugas, y en vano tambien cubrió con un crespon negro la estatua de la Libertad. Sólo la seccion de la Unidad, en donde dominaba Vincent, fué á fraternizar con ellos. La mayor parte de las secciones permaneció inmóvil. El mayor número, sabiendo la enfermedad de Robespierre, manifestó su inquietud y su alarma por una vida que era á sus ojos la vida de la república. Las secciones nombraron unos comisionados para que fuesen á informarse de la salud de Robespierre y les diesen parte del estado de su enfermedad. Esta afluencia espontánea del pueblo á la puerta de un simple ciudadano, dió á conocer á Robespierre su omnipotencia política.

Danton era á no dudarlo admirado por el pueblo, pero éste no le honraba como á Robespierre. «Yo soy un ejemplo de la justicia del pueblo, propia para animar á sus verdaderos servidores,—dijo Robespierre á Duplay cuando le anunció la visita de los comisionados.—Hace cinco años que él no me ha abandonado ni un solo dia á mis enemigos. Irá á buscarme en todos sus peligros, hasta en la misma muerte. ¡Ojalá que algun dia no sea yo un funesto ejemplo de su veleidad!»

Encargado Collot-d'Herbois por el comité de salud pública de reemplazar á Robespierre en la sesion de los Jacobinos, habló vagamente de las agitaciones del pueblo, suplicando á los buenos ciudadanos que permaneciesen tranquilos y unidos al centro del gobierno. Cómplice del movimiento de Hebert si este movimiento hubiera tomado mayores proporciones, Collot-d'Herbois lo sofocó porque habia abortado. Fouquier-Tinville fué llamado por la Convencion para dar cuenta de las disposiciones del pueblo. Saint-Just dió un informe fulminante contra las supuestas facciones del extranjero, implicando en ellas á Chabot, Fabre d'Eglantine, Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Ducroquet, el coronel Saumur y algunos otros intrigantes oscuros de la faccion de los Franciscanos, y fingió confundirlos con los realistas. «¿En dónde está—dijo—la roca Tarpeya? Se engañan los que esperan de la revolucion el privilegio de ser con el tiempo tan perversos como la nobleza y como los ricos de la monarquía. Un arado, un campo, una cabaña al abrigo del fisco, y una familia libre de la lubricidad de un malvado, hé aquí la verdadera felicidad. ¿Qué quereis vosotros los que correis por las plazas públicas para haceros mirar y para que digan de vosotros: «Ved á Fulano que habla, ved á Zutano que pasa?» Quereis dejar el oficio de vuestro padre para convertiros en hombres de influencia y en insolentes al pormenor. ¿Sabeis cuál es el último partido de la monarquía? La clase que no hace nada, que piensa mal y que pasea por todas partes su fastidio, su ánsia de goces y su disgusto de la vida comun, y cuyos individuos se preguntan mutuamente: «¿Qué hay de nuevo?» La que hace suposiciones, la que pretende adivinar lo que hará el gobierno, la que siempre está pronta á cambiar de partido por curiosidad. Estos son los hombres á quienes es necesario reprimir. Otra clase hay tambien corrompida, que son los funciona-

rios. Al siguiente dia al en que un hombre de éstos obtiene un empleo público, anda á caza de un palacio, recibe servidumbre, y á su mujer se la ve cargada de joyas; el que ayer no era nada, sube desde el patio á los palcos más lujosos del teatro; y para saciar la ambicion de ambos consortes y sostener su lujo, es necesario mover cada dia una nueva revolucion. El deseo de adquirir renombre hace tantos mártires como el de adquirir riquezas. Hombre hay que, como Erostrato, quemaria el templo de la libertad con tal que se hablase de él. De aquí las tempestades formadas con tanta frecuencia. Otro, que se cree ser el mejor y el más útil de todos los patriotas, pretende que la revolucion está concluida, y que es necesario dar una amnistía á todos los malvados. Esta proposicion oficial es acogida por todos los interesados, y hé aquí un héroe. Estableced límites á la autoridad,—prosiguió Saint-Just,—porque el espíritu humano los tiene, y el mundo reconoce tambien los suyos, más allá de los cuales están la muerte y la nada; la sabiduría los tiene asimismo. Más allá de la libertad está la esclavitud, como más allá de la naturaleza está el cáos. Estos tiempos difíciles pasarán. ¿No estais viendo el sepulcro de los que conspiraron ayer? Se han tomado medidas para asegurar á los culpables, y ya están cercados.»

El momento supremo se aproximaba. Por la noche, Ronsin, general del ejército revolucionario, Hebert, Vincent, Momoro, Ducroquet, Cook, banquero holandes, Saumur, coronel de infantería y gobernador de Pondichery, Leclerc, Pereyra, Anacharsis Klootz, Defieux, Dubuisson y Proly, fueron presos y conducidos á la Conserjería. Cayeron como unos criminales ordinarios, y no como unos conjurados políticos. Acogidos con aplausos irónicos y con silbidos de desprecio en las cárceles que habian llenado de víctimas, no tuvieron ni los consuelos de la piedad, ni el decoro de la desgracia. Estos hombres se lamentaban y lloraban como niños. Un espía de Robespierre, encarcelado con ellos como si fuera cómplice suyo á fin de que revelase sus confidencias, relata así su actitud en los partes secretos del comité de salud pública: «Sólo Ronsin ha demostrado firmeza; como viese escribir á Momoro, le dijo: «¿Qué escribes? Todo eso es inútil. Este es un proceso político. Habeis hablado mucho en los Franciscanos, cuando era necesario obrar. Sin embargo, tranquilizaos,—añadió dirigiéndose á Hebert y á Vincent,—el pueblo y el tiempo nos vengarán. Tengo un hijo que he adoptado, y al cual he inculcado los principios de una libertad ilimitada. Cuando sea grande, no olvidará la muerte injusta de su padre. El será quien dé de puñaladas á los que nos han hecho morir; para esto no se necesita más que un puñal. Es necesario morir».

XII

Los hebertistas fueron al cadalso en la mañana del 24 de Marzo de 1794, en cinco carretas. La multitud no los honró siquiera con su atencion. Solamente cuando vieron pasar la última carreta, que conducia á Anacharsis Klootz, á Vincent, Ronsin y Hebert, algunos hombres apostados, que llevaban en la punta de un palo unos hornillos encendidos, símbolos parlantes de los *hornillos* del carbonero del *Padre Duchesne,* los aproximaron á la cara de Hebert, insultándole con las mismas burlas con que él habia insultado á tantas víctimas. Hebert parecia insensible, Vincent lloraba, y Anacharsis Klootz conservaba en sus facciones la

calma imperturbable de su sistema. Sin hacer caso de la bulla de la multitud, predicó el materialismo á sus compañeros de cadalso hasta el borde de la nada.

Así concluyó este partido, más digno del nombre de banda que del de faccion. El aprecio que tenia Robespierre á Pache le salvó de esta proscripcion. Robespierre no encontró al corregidor de Paris tan perverso ni tan audaz que pudiese inquietar al gobierno. Diezmado el Consejo del ayuntamiento, Pache no era en la casa de la ciudad sino un ídolo sin brazos, muy á propósito para asegurar la obediencia del pueblo á la Convencion. Poco despues fueron presos Chaumette, el obispo Gobel, Herault de Sechelles y Simon, su colega en la mision de Saboya. Así desaparecian uno á uno todos los apoyos que podian quedarle á Danton. Este nada veia, ó en la imposibilidad de impedirlo, afectaba no ver nada.

Encerrado Robespierre en su retiro despues de su victoria sobre los hebertistas, proseguia su plan de depuracion de la república. Por su propia mano escribió un proyecto de informe sobre el asunto de Chabot, que despues se encontró sin concluir entre sus papeles. Este informe, que pintaba unas miserables intrigas como atroces conspiraciones, hacía de Chabot un conjurado, cuando no era más que un alma vulgar. La sombría imaginacion de Robespierre todo lo agrandaba; su política, de acuerdo con sus sospechas, creia en la necesidad de mantener en gran terror á la Convencion, para disponerla á grandes sacrificios y para arrancarle al mismo Danton, favorito de la Montaña.

«Los representantes del pueblo—decia Robespierre en el informe—no pueden hallar la paz sino en el sepulcro; los traidores mueren, pero las traiciones sobreviven.» Despues de esta exclamacion de desaliento, sondeaba las miserias de la patria, las debilidades de la Convencion y la corrupcion de muchos de sus miembros, atribuyéndolas todas á un plan inspirado por los extranjeros para seducir y extraviar á la república, para conducirla por medio de los vicios, de los desórdenes y de la traicion hasta la monarquía. Referia en seguida de qué modo Chabot, seducido ó cómplice, se habia casado con la hermana del banquero austriaco Frey, y recibido en dote doscientos mil francos; cómo habia sido encargado de corromper á precio de oro al diputado que debia informar sobre la Compañía de las Indias para favorecer los intereses de especuladores extranjeros, y en fin, cómo habia venido Chabot, cuando ya no era tiempo, á denunciar esta maniobra, en la que él tomaba mucha parte, al comité de seguridad general. Este informe fué interrumpido por la indisposicion de Robespierre; pero Fabre d'Eglantine, Bazire y Chabot, presos por órden del comité como sobornados ó como seductores, entraron en los calabozos. Los nombres de aquellos tres diputados, que se sabía estaban unidos íntimamente con Danton, parecian indicar á la opinion pública que los satélites de aquel personaje no eran muy puros, que sus amigos no eran inviolables, y que las conspiraciones tal vez remontaban hasta él.

LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inaccion de Danton.—Sesion secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prision de Danton y de sus cómplices.—Prision de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxemburgo.—Sesion de la Convencion.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Juicio sobre Danton.

I

Sin embargo, Robespierre vacilaba aún en herir á Danton. Su indecision y la de Saint-Just y Couthon, á quienes él dominaba, hacía que se meciese la muerte sobre la cabeza de aquel antiguo rival. Robespierre no le estimaba, pero tampoco le aborrecia, y habia dejado de temerle. Si aquel hombre hubiera sido más incorruptible, de buena gana le hubiera asociado Robespierre á su imperio. Aquel Antonio hubiera completado este Lépido. Danton estaba naturalmente dotado por la naturaleza de unas facultades de que carecia Robespierre, que era la precision del golpe de vista y la vehemencia de las inspiraciones. El uno era el pensamiento, y el otro el brazo de una revolucion. El valor cívico era más obstinado en Robespierre, y el físico, más pronto y más instintivo en Danton. Estos dos hombres reunidos hubieran sido el alma y el cuerpo de la república. Pero el pensamiento de Robespierre no admitia la impura mezcla del materialismo de Danton. «Unir una buena idea á una mala no es fortificarla,—decia,—sino corromperla. La virtud vencida, pero sin mancha, es más fuerte que el vicio triunfante.»

Una viva ansiedad le agitó durante los dias y las noches que precedieron á su resolucion. Se le oyó muchas veces exclamar: «¡Ah! ¡Si Danton fuese hombre de bien! ¡Si fuese verdaderamente republicano!... Yo quisiera tener la linterna del filósofo griego,—decia en otra ocasion,—para leer en el corazon de Danton, y saber si es más amigo que enemigo de la república.»

Los jacobinos dudaban ménos en sus sospechas. Danton no era á sus ojos más que la estatua de barro del pueblo, que se desharia á las primeras lluvias. «Es necesario—decian—quitar á la multitud este falso dios, para hacerle adorar la pura virtud revolucionaria. Este Perícles de la corrompida Aténas no conviene á Esparta.»

Robespierre lo conocia, pero no se atrevia á deducir su última consecuencia. Se preguntaba interiormente si la poderosa popularidad de Danton sobre la Montaña se repartiria despues de su muerte sobre otras cabezas subalternas, tan viciosas pero ménos fuertes y más pérfidas que la de Danton, y si valia más equilibrar

con él el ascendiente sobre la Convencion, que entregar este mismo ascendiente á la casualidad de otras popularidades; si, muerto el vicioso, moriria el vicio con él en la república; si en los grandes ataques que el gobierno tendria que sostener contra las facciones que se multiplicaban, la presencia, la voz y la energía de Danton harian falta á la patria y áun á él mismo; y en fin, si la sangre del segundo de los revolucionarios que se iba á derramar, daria á algun atrevido la sed de sangre del primero; si el sepulcro de su colega sacrificado estaria sin cesar como una asechanza al pié de la tribuna, en donde se hallaba ya el de Vergniaud, y si era un buen ejemplo para el porvenir y un buen augurio para su propia fortuna el excavar así un sepulcro en medio de la Convencion, y hacerse un escalon con los cadáveres de sus rivales.

En fin, la naturaleza, que estaba vencida pero no sofocada en el corazon de Robespierre, se sublevaba interiormente en él contra las crueles exigencias del hombre político. Es verdad que Danton era su rival, pero tambien era el más antiguo y el más ilustre compañero de su carrera revolucionaria. En cinco años de luchas, de derrotas y de victorias, no habian cesado de combatir juntos para destruir el trono, salvar la integridad del territorio y fundar la república. Sus almas, su palabra, sus vigilias y sus sudores se habian confundido en los trabajos, en los peligros y en todos los contratiempos consiguientes para llevar á cabo la revolucion. Se sentaban en los mismos bancos, se encontraban en los mismos clubs; jamás habian tenido un choque; siempre, al ménos en la apariencia, se habian manifestado uno á otro la estimacion y el aprecio que conmueven el corazon, y se habian defendido mutuamente contra sus enemigos comunes. Habia suficiente espacio en la república para dar cabida á estas dos ambiciones distintas.

Ademas, Danton era jóven, padre de unos niños que pronto quedarian huérfanos, y estaba enamorado de una nueva esposa, que preferia al poder y que amortiguaba su ambicion.

Couthon, Lebas y Saint-Just eran los testigos y los confidentes de la irresolucion de Robespierre, que parecia querer que la violencia moral le arrancase un consentimiento que no podia salir de su boca. Una noche entró en su casa con el rostro radiante y viéndose en él la serenidad de un hombre que ha tomado una resolucion magnánima. «Les he arrancado una gran presa,—dijo á Souberbielle,—y tal vez un gran criminal; pero soy jurado del pueblo como tú, y mi conciencia no estaba suficientemente iluminada.» Souberbielle comprendió más tarde que se trataba de Danton.

Como se ha visto, Danton se habia retirado voluntariamente del comité de salud pública, no para amortiguar la envidia, que empezaba á encontrarle demasiado grande, sino para disfrutar en paz de unos goces que le eran más queridos que la ambicion. El amor, el estudio, la amistad, algunos trabajos para la Convencion, algunas intrigas lánguidas y algunas esperanzas demasiado manifiestas de volver al poder, ocupaban sus dias. Reunia con frecuencia en Sevres á sus amigos Philippeaux, Legendre, Lacroix, Fabre d'Eglantine, Camilo Desmoulins, Bazire, Westermann y algunos políticos de la Montaña. Aquellos hombres, que no eran más que alegres convidados, pasaban por conspiradores. Danton, poco sobrio en palabras, se desahogaba en críticas amargas y sangrientas contra el gobierno. Danton era demasiado tímido para derribar una dictadura, y demasiado atrevido para no que-

rer aún atacarla. Afectaba el tono de un conspirador sufrido que tiene en su mano la fuerza para destruirlo todo, y que no quiere usar de ella. Aparentaba que dejaba obrar al comité de salud pública solamente para hacer prueba de su insuficiencia hasta el momento en que le conviniese detenerle. «Francia cree poder pasar sin mí; verémos»,—decia con frecuencia.

No contemplaba á Robespierre, que siempre le habia parecido un metafísico

Ultima entrevista de Danton y Robespierre.—Pág. 334.

envuelto en su virtud, embarazado en sus sistemas, y entónces *encenagado en sangre*. «Danton,—le decia un dia Fabre d'Eglantine,—¿sabes de qué te acusan? Dicen que no has lanzado el carro de la revolucion sino para enriquecerte, al paso que Robespierre ha quedado pobre en medio de los tesoros de la monarquía derribada por él.» «Bien,—le respondió Danton;—¿sabes tú lo que eso prueba? Que yo amo el oro, y Robespierre la sangre. Robespierre—añadió—tiene miedo al dinero porque ensucia las manos.» Se decia tambien que Danton habia hecho votar fondos considerables á la Convencion con destino al comité de salud pública, á fin de empañar la incorruptibilidad de Robespierre en las sospechas que pesaban sobre él. Lacroix y Danton habian sacado, segun se decia, grandes rique-

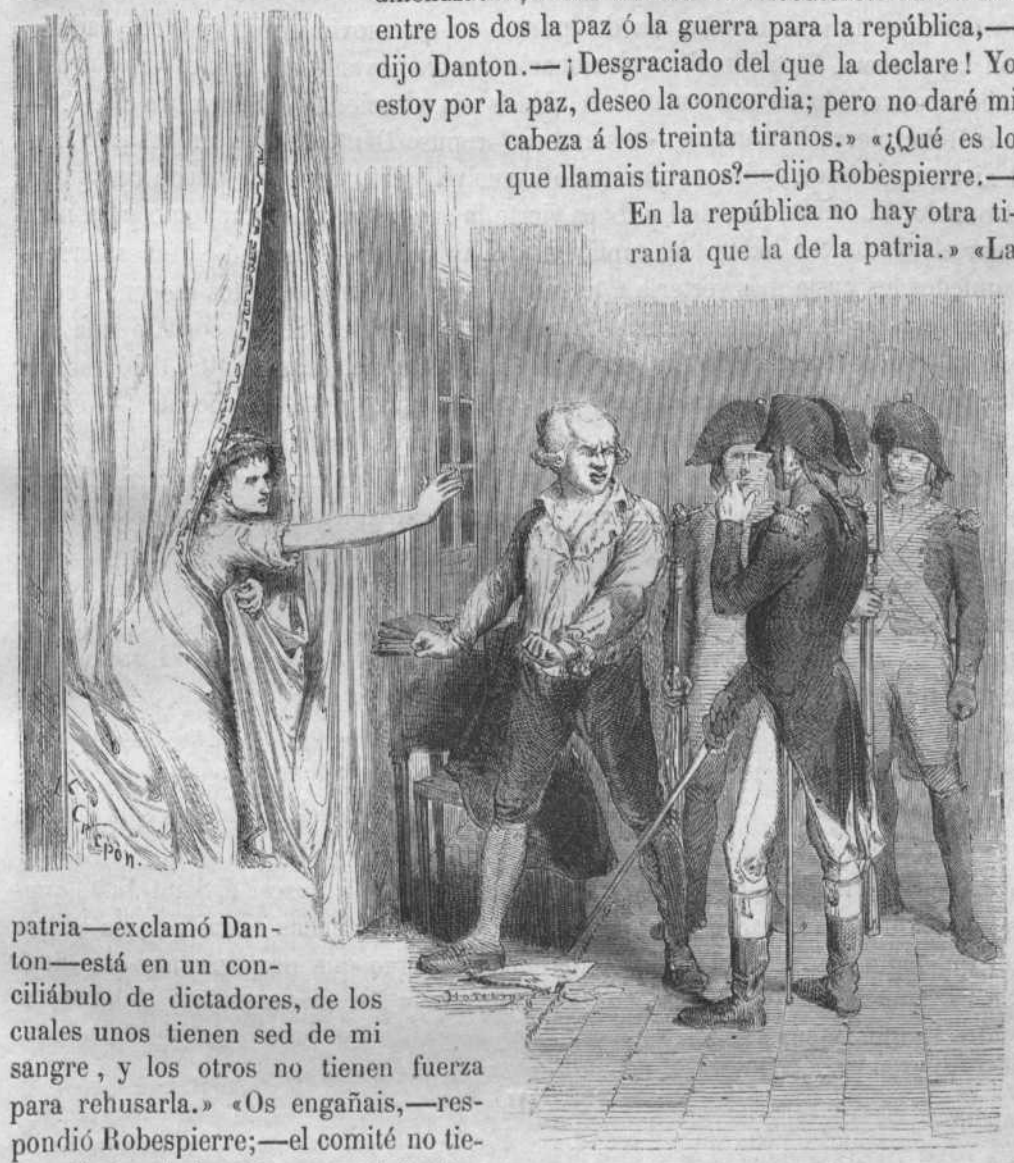
zas de sus comisiones en Bélgica. Añadíase que, no queriendo poseerlas en su nombre, se las habian prestado á la antigua directora de los teatros de la corte, Mlle. Montansier. Esta las habia empleado en su nombre, pero en provecho de ellos, en construir el teatro de la Opera. Se creia tambien que algunos diamantes robados del guardajoyas de la corona estaban en poder de un agente de Danton. Desde que el comité de salud pública gobernaba por mano del verdugo, Danton afectaba horror á la sangre, y se esforzaba en dar á su partido el título de partido de la clemencia. Despues de buscar la popularidad en el rigor, la proseguia con la magnanimidad. Hacía señales de inteligencia á las víctimas, y se constituia en vengador suyo para lo sucesivo. Inspiraba á Camilo Desmoulins sus filípicas contra el Terror y sus alusiones contra Robespierre, haciendo de la humanidad una faccion. Aquella faccion era un cargo permanente contra el comité de salud pública, y sobre todo contra Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Barere, instigadores ó instrumentos del terrorismo. En el momento en que un régimen semejante tuvo por acusador á un hombre como Danton, aquel régimen se vió amenazado. Bajo un gobierno cuya única fuerza era su implacabilidad, toda llamada á la compasion era una convocatoria á la insurreccion.

II

La inminencia de un choque entre Robespierre y Danton era evidente á los ojos de los montañeses inteligentes. Obligados á decidirse entre aquellos dos hombres, su corazon estaba por Danton, y su lógica por Robespierre. Adoraban al primero, cuya voz habia electrizado muy á menudo su patriotismo, y temian al segundo más de lo que le apreciaban. Su concentrado carácter, su frio exterior y su imperiosa palabra rechazaban la familiaridad y desconcertaban el afecto. Era éste un hombre á quien debian mirarle en perspectiva y á cierta distancia para temerle y aborrecerle ménos. Sólo el pueblo en masa podia apasionarse por aquel ídolo. Sus colegas no se atrevian á acusarle. Pero á los diputados patriotas de la Montaña no se les escapaba que si Danton era el patriota segun su corazon, Robespierre era el legislador segun sus miras, y que sin Robespierre, la república sería una dictadura sin unidad y una tempestad sin direccion. Sólo él tenia los secretos del rumbo y marcaba á la democracia el puerto, siempre lejano, al cual esperaban llegar bogando por aquel mar de sangre. Los montañeses no podian decidirse á perder á aquellos dos hombres; pero si era necesario escoger, seguirian á Robespierre, llorando por Danton. Todavía esperaban conservar á los dos.

Algunos negociadores oficiosos se esforzaron por conseguir una explicacion entre ellos. Robespierre no se negó; deseaba sinceramente hallar á Danton bastante inocente para no perderle. Se convino en una entrevista por los dos jefes, y ésta tuvo lugar en una comida en Charenton, en casa de Panis, su amigo comun. Los convidados, que eran en pequeño número, animados de un deseo ardiente de prevenir aquel rompimiento de la república, apartaron cuidadosamente del principio de la conversacion todos los motivos de division capaces de despertar los resentimientos. Lo consiguieron; el principio de la comida fué cordial. Danton se manifestó franco, y Robespierre sereno. Se auguraba bien de esta union sin choque entre dos hombres cuyas disposiciones personales podian amortiguar el combate entre los dos partidos.

No obstante, al fin de la comida, sea porque el presuntuoso Danton viese en la presencia de Robespierre un síntoma de debilidad, sea porque la indiscrecion del vino soltase su lengua, ó sea, en fin, porque su orgullo no pudiese ocultar el desprecio que hacía de Robespierre y de sus amigos, ello es que todo cambió de aspecto. Se entabló un diálogo, al principio penoso, despues amargo, y por último amenazador, entre los dos interlocutores. «Tenemos entre los dos la paz ó la guerra para la república,—dijo Danton.—¡Desgraciado del que la declare! Yo estoy por la paz, deseo la concordia; pero no daré mi cabeza á los treinta tiranos.» «¿Qué es lo que llamais tiranos?—dijo Robespierre.—En la república no hay otra tiranía que la de la patria.» «La patria—exclamó Danton—está en un conciliábulo de dictadores, de los cuales unos tienen sed de mi sangre, y los otros no tienen fuerza para rehusarla.» «Os engañais,—respondió Robespierre;—el comité no tiene sed sino de justicia, y no vigila sino á los malos ciudadanos. Pero ¿son buenos ciudadanos los que quieren desarmar la república en medio del combate, y los que se adornan con las gracias de la indulgencia cuando nosotros aceptamos por ellos la odiosidad y la responsabilidad del rigor?» «¿Es ésa alusion?»—dijo Danton. «No, es una acusacion»,—repuso Robespierre. «Vuestros amigos quieren mi muerte.» «Los vuestros quieren la de la república.» Los convidados interpusieron entónces su mediacion, hicieron que se moderasen, y casi los reconciliaron. «No solamente—dijo Robespierre—el comité de salud pública no quiere vuestra cabeza,



Arresto de Danton.—Pág. 336.

sino que desea ardientemente fortificar al gobierno con el mayor ascendiente de la Montaña. ¿Estaria yo aquí si quisiese vuestra cabeza? ¿Ofreceria mi mano á quien yo tratase de asesinar? ¡Se siembra la calumnia entre nosotros! ¡Danton, andad con cuidado! Cuando uno toma por enemigos á sus amigos, se expone á que lo sean de véras. Veamos. ¿No podrémos entendernos? ¿El poder tiene ó no necesidad de ser terrible cuando los peligros son extremos?» «Sí,—dijo Danton,—pero no debe ser implacable. La ira del pueblo es un movimiento. Vuestros cadalsos son un sistema. El tribunal revolucionario que yo inventé era digno, y vosotros le habeis convertido en una carnicería. ¡Herís sin eleccion!» «¿Setiembre eligió?»—dijo Robespierre burlándose. «Setiembre—repuso Danton—fué un instinto irreflexivo, un crímen anónimo que nadie absuelve, pero que nadie puede castigar en el pueblo. El comité de salud pública vierte la sangre gota á gota, como para mantener el horror y el hábito del suplicios.» «Hay gentes—respondió Robespierre—á quienes les gusta más verterla á torrentes.» «Haceis morir tantos inocentes como culpables.» «¿Ha muerto un solo hombre sin juzgarle? ¿Se ha cortado una sola cabeza que no fuese proscrita por la ley?» A estas palabras Danton dejó escapar de sus labios una sonrisa amarga y provocativa. «¡Inocentes! ¡inocentes!—exclamó.—Delante de esas comisiones que han dicho á las balas que escogiesen en Lyon, y al Loira que escogiese en Nantes. Tú te chanceas, Robespierre. Tomais por crímen el odio que se os tiene. Declarais culpables á todos vuestros enemigos.» «No,—dijo Robespierre,—y la prueba es que tú vives.»

A estas palabras, Robespierre se levantó y se fué con señales visibles de impaciencia y de ira. Por el camino desde Charenton á la calle de San Honorato guardó un profundo silencio. Al llegar á la puerta de su casa, dijo el amigo que le acompañaba: «Tú lo has visto, no hay medio posible de que ese hombre vuelva al gobierno. Quiere hacerse popular á expensas de la república, corrompiéndola por dentro y amenazándola por fuera. No somos muy fuertes para despreciar á Danton, pero somos demasiado animosos para no temerle. Queremos la paz; él quiere la guerra, y la tendrá».

Apénas entró en su habitacion, Robespierre envió á buscar á Saint-Just, quedando los dos encerrados una parte de la noche y muchas horas del dia en los dos que siguieron á aquel de la conferencia. Se cree que prepararon y combinaron en aquellas largas encerronas los informes y los discursos que fulminaron contra Danton y sus amigos.

III

Danton pasó estos dos dias en Sevres, sin prever ó sin querer conjurar la tempestad que le amenazaba. En vano Legendre, Lacroix, el jóven Rousselin, Camilo Desmoulins y Westermann le suplicaron que mirase por sí, y que burlase al comité de salud pública con la fuga ó con la audacia. «La Montaña es tuya»,—le dijo Legendre. «Las tropas están por tí»,—le dijo Westermann. «El sentimiento público está por nosotros,—le decia Rousselin.—La compasion pública se convertirá en indignacion á tu voz.» Danton se sonreia con indiferencia y orgullo. «Aún no es tiempo,—les respondió,—y ademas será necesario derramar sangre, y ya estoy cansado de ella. He vivido bastante, y no quisiera comprar la vida á este

precio. Quiero más ser guillotinado que guillotinar. Ademas, no se atreverán á atacarme, porque soy más fuerte que ellos.»

Les dijo con esto más de lo que pensaba decir tal vez. Afectaba confianza para justificar su inaccion. Pero en el fondo no obraba porque no podia obrar. Danton era una fuerza inmensa, pero aquella fuerza no tenia ya en dónde apoyar la palanca que habia de levantar á la república. ¿Estaba ésta en los Jacobinos? Los habia entregado á Robespierre. ¿Estaba en los Franciscanos? Los habia abandonado á Hebert. ¿Estaba en la Convencion? La habia avasallado, retirándose de ella al comité de salud pública. Por lo tanto, se hallaba cercado y desarmado por todas partes. No tenia apoyo sino en los dos más tibios é inactivos entre los sentimientos públicos: la compasion y el miedo. No podia recurrir sino á un resto vago de popularidad, y el ascendiente que conservaba sobre la opinion pública era casi nulo. Ademas, ¿cómo podia hablar de clemencia el hombre de Setiembre? Una revolucion en nombre de la humanidad, ¿podia personificarse en un Mario? ¿Tendria el derecho de sublevar la conciencia pública con las manos teñidas aún en sangre? ¿No se estrellaria contra sus antecedentes si queria intentarlo? ¿No se le convenceria de engañoso y falaz? El lo conocia así sin confesarlo, y se dormia en una seguridad engañosa, envolviéndose en su popularidad desvanecida como en una inviolabilidad para motivar su apatía.

Saint-Just, Robespierre, Barere y el comité no se engañaban: sabian que una sorpresa de la elocuencia de Danton podia atraerse á la Convencion y hacerle reconquistar un ascendiente mal apagado aún en la Montaña. Querian desarmar al gigante ántes de combatir, y la lucha de una sesion les parecia demasiado expuesta para arrostrarla, porque entónces ninguna voz, inclusa la de Robespierre, tenia aún la influencia que la voz de Danton. El silencio era más prudente, y el misterio más seguro. Obraron como el senado de Venecia, y no como los comicios de Roma: el calabozo les ofreció más seguridad que la tribuna.

El comité de salud pública convocó por la noche á sesion secreta á los miembros del comité de seguridad general y á los del comité de legislacion. Ninguno sospechaba el terrible complot á que se asociaba sin saberlo. Danton contaba con amigos en aquellos dos comités, pero amigos débiles que temian declarar inocente al que Robespierre hallaba culpable. Los semblantes estaban taciturnos, evitaban el mirarse unos á otros, y no se hablaron ni una palabra ántes de deliberar. Saint-Just, con acento incisivo y con una voz más metálica que de ordinario, principió por pedir que un silencio de Estado cubriese la deliberacion que se iba á abrir y la resolucion que se tomase. En seguida dijo, sin aparentar conmoverse por la grandeza de su proposicion: «Que la república estaba minada dentro de la misma Convencion; que un hombre que habia sido útil por mucho tiempo, pero que entónces era peligroso, y siempre egoista, habia afectado separarse de los comités del gobierno á fin de separar su causa de la de sus colegas, é imputarles en seguida á crímen la salvacion de la patria; que este hombre, educado en la escuela de los complots, rebosando en riquezas, convencido de traicion, primero entrando en las miras de la corte, despues unido á Dumouriez y á la Gironda, y finalmente á los enemigos de la revolucion, tramaba ahora la más peligrosa de todas: ¡la traicion de la clemencia! El hombre que con la hipocresía de la humanidad pervertia la opinion, aumentaba las murmuraciones, agriaba los espíritus, fomentaba la divi-

sion en la Representacion nacional, entretenia las esperanzas de la Vendée, y tal vez mantenia correspondencia con los tiranos desterrados; el que reunia alrededor de sí en una aparente inaccion á todos los hombres viciosos, débiles ó versátiles de la república; el que les dictaba su papel y les inspiraba sus invectivas contra los saludables rigores de los comités; el que concluiria con la revolucion, si los servicios anteriores y dudosos de este hombre le cubriesen á los ojos de los patriotas puros contra sus crímenes presentes, y sobre todo contra sus crímenes futuros; el que sería el peor de los contrarevolucionarios, porque tendria la perfidia de ejecutar la contrarevolucion en nombre del pueblo; el que estableceria el peor de los gobiernos, que sería una república que cayese en las manos de los hombres más corrompidos de entre los falsos demagogos; el hombre que sería por sí solo una contrarevolucion para el pueblo... este hombre, á quien todos habeis conocido sin que yo le nombre,—dijo despues de un momento de silencio,—¡es Danton! ¡Sus crímenes están consignados en el mismo silencio que guardais al oir su nombre! Si fuese puro, vuestros murmullos me habrian confundido. Nadie le cree inocente; todos le creen peligroso. Tengamos el valor de nuestras convicciones y la inflexibilidad de nuestros deberes. Pido que á Danton y á sus principales cómplices, Lacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, se les ponga presos esta noche, y que sean entregados al tribunal revolucionario».

Todos dirigieron sus miradas á Robespierre. Este, que se habia indignado la primera vez que Billaud-Varennes habia propuesto la prision de Danton, guardaba entónces el más profundo silencio. Todo el mundo conoció que Saint-Just habia hablado en nombre de los dos. Ninguno queria aparentar indecision cuando Robespierre se habia decidido. Barere y sus colegas firmaron la órden. El silencio se prescribia por sí mismo; la indiscrecion hubiera sido mirada como complicidad, y la complicidad era la muerte.

No obstante, un empleado subalterno en las oficinas del comité, llamado Páris, oyó lo que se habia resuelto á traves de las rendijas de la puerta del salon, y corrió á casa de Danton, le dijo que su nombre se habia pronunciado muchas veces en la reunion de los tres comités, que debia temer una resolucion siniestra contra él, y le ofrecia un asilo seguro en donde pudiese dejar pasar la tempestad. La jóven esposa de Danton, instruida de esto por su ternura, se arrojó vertiendo lágrimas á los piés de su marido, suplicándole por su amor y por el de sus hijos que escuchase aquella advertencia del destino, y que se ocultase por algunos dias de sus enemigos. Sea incredulidad hácia este aviso, sea tuviese á humillacion el tratar de evitar la muerte, sea cansancio de vivir en aquellos trances, que César encontraba peores que la misma muerte, ello es que Danton no consintió en esconderse. «Deliberarán mucho tiempo ántes de herir á un hombre como yo,—dijo,—deliberarán siempre, y yo seré quien los sorprenda.» Despidió á Páris, leyó un rato, y se durmió.

A las seis de la mañana llamaron á su puerta los gendarmes, y le presentaron la órden del comité. «¿Con que se atreven?—dijo refregando la órden entre sus manos.—¡Y bien! ¡Son más atrevidos que lo que yo suponia!» Se vistió. Abrazó convulsivamente á su mujer, la tranquilizó sobre su suerte futura, la exhortó á que viviese tranquila, y siguió á los gendarmes, que le condujeron al Luxemburgo.

A la misma hora arrancaron á Camilo Desmoulins de los brazos de Lucila. «Voy al calabozo—dijo al salir—por haber compadecido á las víctimas. Si muero, mi sentimiento será no haber podido salvarlas.» Philippeaux, Lacroix y Westermann entraron al mismo tiempo en el Luxemburgo. Herault de Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot y Launay estaban ya allí.

El nombre de Danton aturdió á los detenidos. Los presos de todas las faccio-

Los dantonistas detenidos en el Luxemburgo.—Pág. 338.

nes, y sobre todo los realistas, se apiñaron para contemplar aquella gran irrision de la república. Aquella burla de la suerte era el sentimiento que parecia humillar más á Danton, y que él se esforzaba por apartar de sí con afan. «¡Y bien, sí!—dijo levantando la cabeza y afectando una risa que contrastaba con su situacion.—¡Es Danton en persona! ¡Miradle bien! La jugada ha sido buena, lo confieso. No hubiera creido nunca que Robespierre me escamotease de este modo. Es necesario aplaudir áun á sus mismos enemigos cuando se conducen como hombres de Estado. Por lo demas, ha hecho bien,—añadió dirigiéndose á los realistas que le rodeaban:—dentro de algunos dias os hubiera libertado á todos. Entro aquí por haber querido concluir vuestras miserias y vuestro cautiverio.» Con estas

palabras trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre, y de atraerse el interes de sus víctimas. Su fingida bondad sedujo los corazones. Los realistas estaban reducidos á no tener más eleccion ni preferencia que entre sus enemigos.

IV

Pusieron á Danton y á su amigo Lacroix en un mismo calabozo. «¡Presos nosotros!—exclamó Lacroix.—¿Quién lo hubiera podido prever?» «Yo», —le dijo Danton. «¡Cómo! ¿Tú lo sabías, y no has obrado?»—replicó Lacroix. «Su cobardía me aseguraba,—replicó Danton.—He sido engañado por sus anteriores bajezas.» Hácia el mediodía pidió que le dejasen pasear como á los demas presos por los corredores. Los carceleros no se atrevieron á negarse á que diese algunos pasos por la cárcel el hombre que mandaba el dia ántes á la Convencion. Herault de Sechelles le salió presuroso al encuentro y le abrazó. Danton afectó indolencia y alegría. «Cuando los hombres cometen simplezas,—dijo á Herault de Sechelles encogiendo los hombros,—es menester que sepan reirse de ellas.» En seguida, viendo á Tomás Payne, se acercó á él y le dijo con tristeza: «Lo que tú has hecho por tu patria adoptiva, he tratado yo de hacerlo por la mia. He sido ménos dichoso que tú, pero no más culpable». Despues se volvió hácia un grupo de sus amigos que se lamentaban de su suerte, y dirigiéndose á Camilo Desmoulins, que se golpeaba la cabeza contra la pared, le dijo: «¿A qué vienen esas lágrimas? Ya que nos envian al cadalso, marchemos á él alegremente».

No dejaron á los acusados por mucho tiempo el consuelo de hablar juntos. Llegó al poco rato una órden para encerrarlos en calabozos separados; el de Danton estaba próximo á los de Lacroix y de Camilo Desmoulins. Danton estaba constantemente asomado á la reja de su ventana, no cesando de hablar con su amigo en alta voz, para que le oyesen los presos que habitaban en los pisos superiores y los que se paseaban en el patio. Su valor tenia necesidad de espectadores. La ventana fué su tribuna, y estuvo en escena hasta en el calabozo. La fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitacion de su discurso. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen su fuerza en el silencio y que no necesitan otros testigos que su conciencia. Este necesitaba un infortunio ruidoso y cierta popularidad en medio de la desgracia. Su locuacidad llegó á importunar á los presos.

El rumor de la prision de Danton y de sus cómplices se esparció con el dia en Paris. Nadie queria creer en este exceso de temeridad del comité de salud pública. La prision de Danton parecia ser el sacrilegio de la revolucion. Sin embargo, aquella misma temeridad daba el sentimiento de una fuerza inmensa en los que la habian manifestado. No se sabía si se debia murmurar ó aplaudir. Todo el mundo callaba, aguardando la explicacion.

La Convencion se reunió con lentitud. Algunos sordos cuchicheos anunciaban que los diputados se comunicaban en voz baja la relacion, las conjeturas é impresiones de los acontecimientos de aquella noche. La meditacion estaba impresa en todas las frentes; pero todos se preguntaban interiormente si quedaba alguna seguridad y alguna independencia ante un poder oculto que se atrevia á hacer desaparecer á Danton. Los miembros del comité de salud pública no estaban aún en

sus bancos, y como los soberanos que se hacen esperar, dejaban disipar la impresion ántes de arrostrarla.

Legendre se presentó. Este era el amigo más poderoso de Danton. El mismo, como otro Danton subalterno, tan pronto agitador, tan pronto moderador del pueblo de donde habia salido, se creia ser el genio de su modelo porque tenia su turbulencia, y pensaba tener su mismo valor porque como él era arrebatado é impetuoso. Al rumor de la prision de su amigo, Legendre se sintió amenazado, y se atrevió á concebir un pensamiento generoso, como el de citar á la tiranía á la barra de la Convencion. Su rostro pálido y desfigurado daba á entender la lucha que pasaba en su alma entre el valor y el temor, entre la amistad que le incitaba á hablar, y el servilismo que callaba en torno suyo. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

«Ciudadanos,—dijo,—cuatro miembros de esta Asamblea han sido presos esta noche. Danton es uno de ellos. Ignoro el nombre de los demas. Los nombres no importan si son culpables; pero vengo á pedir que sean oidos, condenados ó absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo no soy sino el fruto del genio de la libertad, yo no soy sino su obra, y no trataré sino de desenvolver con gran sencillez mi proposicion. No espereis de mí sino la explosion de un sentimiento. Ciudadanos, lo declaro, creo á Danton tan puro como yo, y nadie ha sospechado jamás aquí de mi probidad.» A estas palabras, un murmullo desfavorable reveló la mala fama de Danton. Legendre empezó á turbarse, y á pesar de esto, el silencio se restableció á la voz del presidente. Legendre continuó:

«No apostrofaré á ninguno de los miembros del comité de salud pública, pero tengo derecho para temer que los odios personales arranquen á la libertad los hombres que le han prestado los mayores y más útiles servicios. No creo inoportuno deciros esto del hombre que en 1792 hizo levantar á Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para conmover al pueblo, del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra el que no entregase sus armas ó no las volviese contra el enemigo. No; confieso que yo no puedo creerle culpable, y aquí os quiero recordar el juramento recíproco que prestamos los dos en 1790, juramento por el cual nos comprometimos á que el que de los dos viese al otro debilitarse ó sobrevivir á su adhesion á la causa del pueblo, pudiese darle de puñaladas en el acto. Este juramento tengo placer en recordarlo en el dia de hoy. Lo repito, creo á Danton tan puro como yo. Desde la noche anterior está preso. Se teme sin duda que su voz confunda á sus acusadores. Pido, en consecuencia, que ántes que oigais ningun informe, los presos sean traidos aquí para que nosotros oigamos sus descargos.»

V

Robespierre se perdia sin remedio, al ejecutar el primer acto de su tiranía, si no hubiese llegado á la sesion en el momento en que Legendre hablaba. Cambiándose el estupor de la Asamblea en indignacion á la voz de Legendre, estaba ya pronta á citar á Danton como un testigo vivo de la audacia del comité. El alma de Danton, rebosando ira por haberse visto en un calabozo, podia valerse de una de aquellas explosiones que derriban las tiranías. La Asamblea tampoco hubiera podido resistir al espectáculo de Danton preso, enseñando sus brazos encadenados

á sus colegas, renegando de sus amigos y confundiendo á sus acusadores. Robespierre conoció el peligro con el instinto momentáneo que dan la práctica de las asambleas populares y la voluntad de vencer. Se lanzó á la tribuna haciendo resonar fuertemente sus pisadas sobre los escalones, como un hombre que asegura su base.

«Ciudadanos,—dijo,—en la turbacion desconocida que hace mucho tiempo reina en esta Asamblea, en la agitacion que han producido las primeras palabras del que ha hablado ántes del último preopinante, es fácil notar que aquí se discuten grandes intereses, que se trata de saber si algunos hombres deben hoy ser más poderosos sobre vuestros ánimos que la misma salvacion de la patria. ¿En qué consiste ese cambio que parece manifestarse en los principios de los miembros de esta Asamblea, sobre todo en los de los que se sientan en el lado que se honra de haber sido el asilo de los más intrépidos defensores de la libertad? ¿Y por qué? Porque se trata hoy de saber si el interes de algunos ambiciosos hipócritas debe sobreponerse á los intereses de todo el pueblo frances. *(Aplausos)*. ¡Y qué! ¿Habrémos hecho tantos heroicos sacrificios, entre los cuales es menester contar estos actos de una dolorosa severidad; habrémos hecho estos sacrificios, repito, sólo para volver á someternos bajo el yugo de algunos intrigantes que pretenden dominarnos? ¿Qué me importan los bellos discursos, los elogios que se dan á sí mismos y á sus amigos? Una larga y penosa experiencia nos ha enseñado el caso que debemos hacer de semejantes formas oratorias. No se pregunta ya lo que un hombre y sus amigos se precian de haber hecho en tal ó cual circunstancia particular de la revolucion; se pregunta lo que han hecho en toda su carrera política. *(Aplausos)*. Legendre parece que ignora los nombres de los que han sido presos; toda la Convencion los sabe. Su amigo Lacroix es del número de los detenidos. ¿Por qué finge ignorarlo? Porque sabe muy bien que no se puede defender á Lacroix sin faltar al pudor. No; nosotros no queremos privilegios. No; nosotros no queremos ídolos. *(Repetidos aplausos)*. Nosotros verémos hoy si la Convencion sabrá romper un pretendido ídolo podrido hace mucho tiempo, ó si él aplastará en su caida á la Convencion y al pueblo frances. Lo que se ha dicho de Danton, ¿no se podia decir de Brissot, de Petion, de Chabot, del mismo Hebert, y de tantos otros que han llenado á Francia con el estruendo fastuoso de su mentido patriotismo? ¿Qué privilegio tiene? ¿En qué ha sido Danton superior á sus colegas, á Chabot y Fabre d'Eglantine, su amigo y confidente, y de quien ha sido su ardiente defensor? ¿En qué es superior á sus conciudadanos? ¿Lo es acaso porque algunos individuos engañados y otros que no lo han sido se han agrupado alrededor de él para seguirle á la fortuna y al poder? Cuanto más ha engañado á los patriotas que tenian confianza en él, tanto más acreedor es á sufrir la severidad de los amigos de la libertad.

»Ciudadanos, éste es el momento de decir la verdad. Yo no reconozco en todo lo que se ha dicho sino el presagio siniestro de la ruina de la libertad y de la decadencia de los principios. ¿Cuáles son, en efecto, esos hombres que sacrifican á sus relaciones personales, y tal vez al temor, los intereses de la patria? ¿Quiénes los que, en el momento en que triunfa la igualdad, se atreven á destruirla en este recinto? ¿Qué habeis hecho vosotros que no haya sido libremente, que no haya salvado á la república, y que no haya sido aprobado por Francia entera? Se quiere haceros temer que el pueblo perezca víctima de los comités que han obtenido la

confianza pública, que han emanado de la Convencion nacional, y á los que se quiere suprimir, porque todos los que defienden su dignidad son sacrificados á la calumnia. Temiendo que los presos sean oprimidos, se desconfia de la justicia nacional, se desconfia de los hombres que han obtenido la confianza de la Convencion, se desconfia de la Convencion misma que les ha dado esta confianza, y de la opinion pública que la ha sancionado. Digo que cualquiera que tiemble en este momento es culpable, porque la inocencia no teme jamás la vigilancia pública. *(Aplausos).*

»Tambien se ha tratado de inspirarme á mí terror; se ha querido hacerme creer que llegando el peligro á Danton, podia alcanzar hasta mí. Me lo han representado como un hombre de quien yo debia hacerme un escudo que pudiese defenderme, sirviéndome de él como de un muro, que una vez destruido me dejaria expuesto á los tiros de mis enemigos. Todo esto se me ha escrito, y los amigos de Danton han hecho que me llegasen estas cartas, atormentándome ademas de palabra, creyendo sin duda que el recuerdo de nuestra antigua amistad, que la fe que yo tenia en sus falsas virtudes, me determinarian á moderar mi celo y mi pasion por la libertad. Y bien, declaro que ninguno de estos motivos ha causado en mi alma la más ligera impresion; declaro que si fuese verdad que los peligros de Danton se convirtiesen en peligros para mí, que si hiciesen dar á la aristo-

Lucila Desmoulins mirando las ventanas de la prision del Luxemburgo.—Pág. 347.

cracia un paso más para que me hiriese, no miraria esta circunstancia como una calamidad pública. ¿Qué me importa el peligro? Mi vida es de mi patria, mi corazon está exento de temor, y si yo muero, será sin mancha y sin ignominia. *(Repetidos aplausos)*. Yo no he visto en las adulaciones que se me han prodigado, y en las caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habian concebido áun ántes que fuesen amenazados.

»Tambien he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara, le abandoné. Tambien he tenido relaciones con Roland; fué traidor, y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es más, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. *(Aplausos)*. Así es que sin duda nos hacen falta algun valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de sí una barrera de culpables, quedan expuestos al llegar el dia de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta Asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra, y que ha aniquilado todas la facciones. El número de los culpables no es muy grande.»

VI

Este discurso tenia al ménos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresía de que se le acusaba, podria haberse ocultado, callar y dejar á un comité anónimo la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir al comité y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad, y fingieron conviccion. Legendre, cuyo valor habia desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo. Apresurándose á aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente, balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo ménos corazon, ni un orador ménos palabras. Legendre se hundió ante la Asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al ménos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de la justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monotona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los emigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Chabot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles reflejasen sobre Danton. Bien se veia que el acusador mismo no creia en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la víctima responsable de todos los males de la república, y que en el fondo, el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: «Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad».

«Ciudadanos,—dijo Saint-Just,—la revolucion está en el pueblo, y no en la

fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria; es tan exclusivo, que todo lo sacrifica, sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano, al interes público. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo á Cartago, arroja á un romano en un abismo, y coloca á Marat en el Panteon. Vuestros comités de salud pública y seguridad general, llenos de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algunos hombres que hacen traicion hace ya mucho tiempo á la causa pública. ¡Ojalá que este ejemplo sea el último que deis de vuestra inflexibilidad con respecto á vosotros mismos! Hemos pasado por todas las tempestades que acompañan ordinariamente á los vastos designios. Una revolucion es una empresa heroica cuyos autores marchan siempre entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando revista en seguida á todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just exclamó: «Danton, tú responderás á la justicia inevitable é inflexible. Veamos tu conducta anterior, y mostremos que, cómplice desde el primer dia de todos los atentados, fuiste siempre contrario al partido de la libertad, y que conspiraste con Mirabeau y Dumouriez, con Hebert y con Herault de Sechelles. Danton, tú has servido á la tiranía; cierto es que te opusiste á Lafayette, pero Mirabeau, Orleans y Dumouriez tambien se le opusieron. ¿Te atreverás á negar haberte vendido á los tres hombres que con más afan han conspirado contra la libertad? Por la proteccion de Mirabeau fuiste nombrado administrador del departamento de Paris en el tiempo en que la asamblea electoral era decididamente realista. Todos los amigos de Mirabeau se gloriaban en alta voz de que te habian cerrado la boca. Así es que miéntras vivió aquel detestable personaje, tú has permanecido mudo. En los primeros crepúsculos de la revolucion mostraste á la corte un aspecto amenazador y hablaste contra ella con vehemencia. Mirabeau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y se apoderó de tí. Tú te apartaste desde entónces de los principios severos, y no se oyó hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Entónces apoyaste en los Jacobinos la mocion de Laclos, que fué un pretexto funesto y pagado por la corte para desplegar la bandera roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en aquel complot, combatieron inútilmente tu sanguinaria opinion. Tú contribuiste á redactar con Brissot la peticion del Campo de Marte, y los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar á dos mil patriotas. Brissot anduvo errante despues por Paris sin que nadie le persiguiese, y tú te fuiste á pasar unos cuantos dias alegres á Arcis-sur-Aube, si es que el que ha conspirado contra su patria puede ser dichoso. ¿Se concibe la calma de tu retiro en Arcis-sur-Aube, siendo tú uno de los autores de la peticion? Miéntras los que la habian firmado, los unos estaban cargados de hierros, los otros habian sido asesinados, Brissot y tú érais objeto de reconocimiento para la tiranía, puesto que no érais para ella objetos de odio y de terror.

»¿Qué diré de tu cobarde y constante descuido por la causa pública en medio de las crísis, en donde siempre tomabas el partido de la retirada? Muerto Mirabeau, tú conspiraste con los Lameth y los sostuviste. Tú permaneciste neutral durante la Asamblea legislativa, y quedaste en silencio en la penosa lucha de los Jacobinos con Brissot y la faccion de la Gironda. Tú apoyaste desde luégo su opinion sobre la guerra. Hostigado en seguida por las reprensiones de los mejores ciudadanos, declaraste que observarias á los dos partidos, y te encerraste en el silencio. Danton,

tú tuviste despues del 10 de Agosto una conferencia con Dumouriez, en donde os jurásteis una amistad á toda prueba y unísteis vuestra fortuna. Tú fuiste quien al regresar de Bélgica te atreviste á hablar de los vicios y de los crímenes de Dumouriez, con la misma admiracion que si hubieses hablado de las virtudes de Caton.

»¿Qué conducta has observado en el comité de defensa general? Tú recibiste allí á los cómplices de Guadet y Brissot. Tú le dijiste á éste: «Teneis talento, pero tambien teneis pretensiones». Hé aquí tu indignacion contra los enemigos de la patria. Por aquel mismo tiempo te declarabas por los principios moderados, y tus formas robustas parecian ocultar la debilidad de tus consejos. Tú decias entónces que las máximas severas harian demasiados enemigos á la república. Conciliador vulgar, todos tus exordios en la tribuna empezaban con el trueno y concluian por hacer transigir á la verdad con la mentira. Tú te avenias á todo. Brissot y sus cómplices salian siempre contentos de tí. En la tribuna, cuando aquellos hombres acusaban tu silencio, les dabas consejos saludables para que disimulasen mejor. Tú les amenazabas sin indignacion y con una bondad paternal, y les dabas mejores consejos para corromper la libertad y para que se salvasen, para engañarnos con más seguridad, que los que dabas al partido republicano para perderles. «El odio, decias tú, es insoportable á mi corazon.» Pero ¿no eres criminal y responsable por no haber odiado á los enemigos de la patria? Tú viste con horror la revolucion del 31 de Mayo. Mal ciudadano, has conspirado; amigo falso, hace dos dias que hablabas mal de Camilo Desmoulins, instrumento tuyo á quien has perdido y á quien imputaste los vicios más vergonzosos. Como hombre perverso, has comparado la opinion pública á una mujer de mala vida; has dicho que el honor era una ridiculez, y que la gloria y la posteridad eran una simpleza. Estas máximas debian reconciliarte con la aristocracia. Estas eran las de Catilina. Si Fabre es inocente, si Orleans y Dumouriez lo fueron, tú lo serás sin duda. He dicho lo bastante. Tú responderás á la justicia.»

Pasando Saint-Just de Danton á sus cómplices, los designó en masa á la severidad de la Convencion. «Estoy convencido—dijo—de que esta faccion de los indulgentes está ligada con todas las demas, de que ha sido hipócrita en todos tiempos, y de que ha hecho todo lo posible por destruir la república debilitando las ideas de libertad. Camilo Desmoulins, que en su principio fué engañado, concluyó por ser cómplice; fué, como Philippeaux, un instrumento de Fabre y de Danton. Este contó como una prueba de la honradez sencilla de Fabre que encontrándose en casa de Desmoulins en el momento que éste leia á no sé quién el escrito en que pedia un comité de clemencia para la aristocracia y llamaba á la Convencion la corte de Tiberio, Fabre se echó á llorar. ¡El cocodrilo tambien llora!... Todas las reputaciones que se han hundido eran unas reputaciones usurpadas. Los que reprenden nuestra severidad preferirian que fuésemos injustos. Poco importa que el tiempo haya llevado algunas vanidades al cadalso, al cementerio y á la nada, con tal de que quede la libertad; así se aprenderá á ser modesto, así los hombres se lanzarán hácia la sólida gloria y hácia el sólido bien, que es una probidad oscura. Han pasado los dias del crímen. ¡Desgraciados de los que sostengan su causa! ¡Perezca todo lo que sea criminal! No se constituyen las repúblicas con miramientos, sino con el feroz rigor, con el inflexible rigor hácia todos los que sean traidores. Denúnciense en buen hora los cómplices pasán-

dose al partido de los malvados. Lo que hemos dicho no será perdido para el mundo. Puede privarse de la vida á los hombres que como nosotros se han atrevido á todo por la verdad, pero no se les puede arrancar el corazon, ni negarles el sepulcro hospitalario bajo el cual se ocultan á la esclavitud y á la vergüenza de ver triunfar á los malvados. Ved aquí el proyecto de decreto: «La Convencion »nacional, despues de haber oido el informe de los comités de seguridad general y

Los dantonistas ante el tribunal revolucionario.—Pág. 355.

»de salud pública, decreta la acusacion de Camilo Desmoulins, Herault, Danton, »Philippeaux y Lacroix, iniciados de complicidad con Orleans, Dumouriez, Fabre »d'Eglantine y los enemigos de la república; así como por haberse mezclado en la »conspiracion que tendia á restablecer la monarquía, á destruir la Representacion »nacional y el gobierno republicano. En consecuencia, ordena que sean juzgados »con Fabre d'Eglantine».

Ninguna voz se levantó contra estas conclusiones. El voto fué tan unánime como el espanto. La fama, la libertad, la vida y la muerte de aquellos representantes fueron entregadas por aclamacion al comité de salud pública.

Fouquier-Tinville fué llamado al comité y encargado de hacer comparecer á los dantonistas en el tribunal revolucionario. Agudo y afilado como la hoja de una espada, Fouquier no tuvo más que hacer que redactar en forma de acta de acusacion el informe de Saint-Just.

Danton, sin embargo, aparecia tranquilo en su prision, fingiendo el desinteres de su propia suerte. Chanceándose á traves de la reja con los demas presos, hacía en términos grotescos el retrato de los miembros del comité. «La república los aplastará,—decia.—Si yo pudiera dejar mis piernas al paralítico Couthon y mi virilidad al impotente Robespierre, esto podria marchar aún por algun tiempo. En cuanto á mí,—añadió,—no echo de ménos el poder, porque en las revoluciones queda la victoria por los pícaros.»

Por estas palabras se conoce que las revoluciones no habian sido nunca para él sino unas luchas de ambicion, y nunca triunfos de las ideas.

Otras veces, arrepintiéndose filosóficamente de las agitaciones de su vida y de la vanidad de la ambicion, decia: «¡Valdria más ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Recordando con placer los dichosos dias que habia pasado en su última retirada en Arcis-sur-Aube, hablaba de los espectáculos y de las distracciones del campo, de la serenidad que el contacto con la naturaleza esparce en el corazon del hombre, de la felicidad doméstica y del ardiente amor de su corazon hácia una mujer que le hacía olvidarse hasta de su patria. Se enternecia al pensar en el cautiverio de tantas madres, esposas é hijas inocentes encerradas en el Luxemburgo, fingiendo que ignoraba aquel abuso y aquel exceso del sombrío poder de la Convencion. «¡Cómo!—dijo una de las presas á Lacroix, que se paseaba con Danton.—¿No sabíais que millares de presas poblaban las cárceles, y no habeis encontrado nunca las carretadas de sentenciadas dirigiéndose al suplicio?» «No,—contestó Lacroix;—yo no me he hallado nunca con las carretas, no he visto jamás correr la sangre, porque me hubiera horrorizado. Danton y yo queríamos una república sin ilotas.»

VII

Así se pasaron los dias que precedieron al juicio. Se respetaba á Danton, y se compadecia á Lacroix, á Bazire y á Camilo Desmoulins. Herault de Sechelles tenia la serenidad de un justo que ha pesado su vida y su muerte, y que se glorifica del martirio por la libertad. Jóven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento, y uno de los más hermosos hombres de su tiempo, Herault de Sechelles dejaba, sin embargo, detras de sí un amor que debia aumentar el dolor de su alma. Durante su mision en Saboya, se habia relacionado con una jóven de nacimiento ilustre y de rara belleza. Esta habia sido para Herault de Sechelles en Chambery lo que Teresa Cabarrús habia sido para Tallien en Burdeos. La infeliz lloraba y se desmayaba en las puertas de la cárcel, sin poder ablandar á Robespierre.

Fabre d'Eglantine, consolado algunas veces con las visitas de su mujer, estaba bastante enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, cubierto de ridículo y de desprecio por los demas presos, no podia soportar este suplicio de la infamia. No tuvo ni la gloria que tanto habia ambicionado en la muerte. Su cabeza cayó en medio de los silbidos. Se procuró un veneno, lo bebió, y no pudo soportar los dolores de la

agonía. Sus gemidos atrajeron á los carceleros á su calabozo, y éstos le volvieron á la vida, conservándole así para el suplicio.

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasion que se experimenta hácia la debilidad. Ligero y caprichoso áun en sus iras, la sonrisa habia estado siempre al lado de la imprecacion en sus labios. Los odios que habia inspirado eran tan ligeros como él, y no resistian á sus lágrimas. Camilo no cesaba de invocar en altas voces el nombre de su mujer, la bella Lucila. Desesperada esta jóven, y privada hacía cinco dias de su padre y de su marido, estaba todo el dia alrededor del Luxemburgo para ver á este último, ó al ménos para ser vista de él, aunque fuese de léjos. Las señales eran los únicos medios que tenian de hablarse á traves del espacio. Su separacion habia sido tan patética como imprevista.

Lucila era hija de madama Duplessis, una de las más hermosas mujeres de su tiempo, y de Mr. Duplessis, antiguo empleado en hacienda y celoso patriota. Una larga pasion y una dolorosa esperanza de muchos años habian precedido á la union de los dos jóvenes esposos. Aquel jardin del Luxemburgo en donde lloraban ahora los dos amantes, habia sido precisamente el lugar de su primer encuentro, de sus entrevistas y de sus amores. Brissot, Danton y Robespierre visitaban entónces la casa de Duplessis, y habian firmado como testigos y amigos de la casa el contrato matrimonial. De estos hombres, separados á la sazon por las facciones y por el cadalso, el uno era la ocasion y el otro el instrumento de las desgracias y de la viudez próxima de la jóven esposa.

La noche del 30 al 31 de Marzo, en el momento en que Camilo descansaba en los brazos de su esposa, el ruido de la culata de un fusil junto al dintel de la puerta de su habitacion le hizo despertarse sobresaltado. «¡Vienen á prenderme!»—exclamó. Se desprendió de los brazos de su mujer, y fué á abrir á los soldados, que le presentaron la órden de darse á prision, y restregándola entre las manos, dijo: «¡Esta es la recompensa de la primera voz de la revolucion!» Estrechó contra su corazon á su mujer y á su hijo, que estaba dormido en la cuna, y siguió á los gendarmes al Luxemburgo, sin saber aún nada de su crímen ni de sus cómplices. Arrojado en medio de la noche á un calabozo, oyó por las grietas de la pared una voz conocida que exhalaba dolorosos gemidos. «¿Eres tú, Fabre?»—le dijo. «Sí,—le respondió el enfermo.—Pero ¿eres tú, Camilo? ¿Tú aquí, siendo amigo de Danton y de Robespierre? Pues qué, ¿se ha consumado la contrarevolucion?» Fabre d'Eglantine y Camilo Desmoulins estuvieron hablando hasta el dia, sin poder adivinar el enigma de su situacion. El alma débil del folletista no tenia el temple necesario para resistir las sacudidas violentas de las revoluciones. En lugar de tener firmeza, se enternecia. Dejaba demasiado amor y demasiada felicidad detras de sí para no sentir la pérdida de la vida. Su mujer no podia creer en una separacion eterna. «¡Ay de mí!—exclamaba delante de los que fueron á consolarla.—Lloro como mujer porque él sufre, porque dejarán que le falte todo, porque Camilo no nos verá ya más; pero yo tendré todo el valor de un hombre, y le salvaré. ¿Por qué me han dejado á mí libre? ¿Creen que no levantaré la voz? ¿Han contado con mi silencio? Yo iré á los Jacobinos é iré á casa de Robespierre. Fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. Su mano ha unido las nuestras. Habiéndonos servido de padre, ¿cómo puede ser nuestro asesino?»

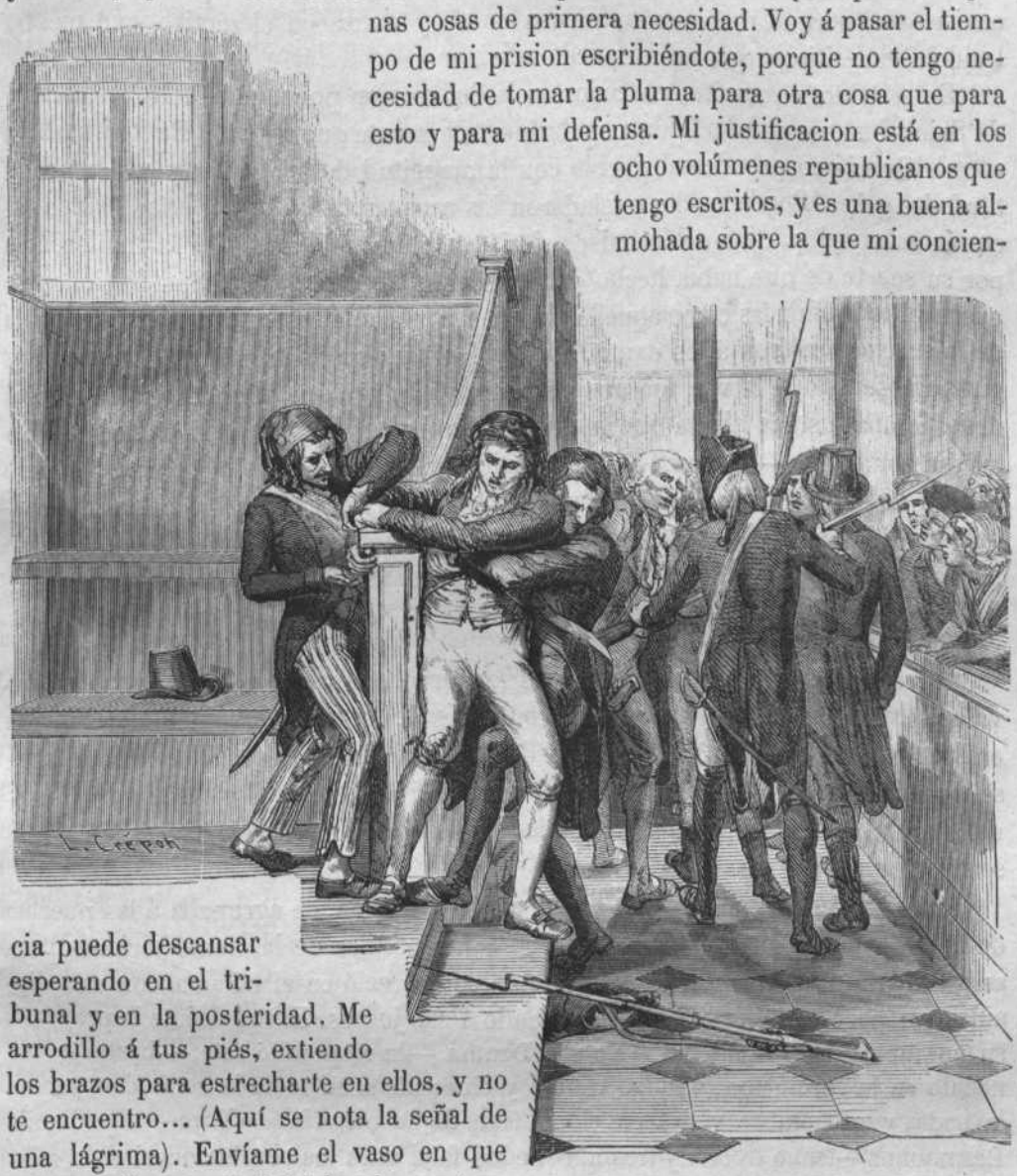
Cuando supo que Danton habia sido preso con su marido, corrió llorando á casa de madama Danton. Esta, de edad entónces de diez y siete años, llevaba en su seno el primer fruto de su matrimonio, que dió á luz un mes despues de la muerte de su marido. Lucila Desmoulins se precipitó en los brazos de su jóven amiga, y le suplicó que la acompañase á casa de Robespierre para echarse á sus piés y conseguir el perdon de sus esposos. Madama Danton lloró con Lucila, pero se negó á todo paso que envileciese el nombre que llevaba. «Seguiré á Danton al cadalso,—dijo,—pero no humillaré su memoria delante de su enemigo. Si debiese la vida al perdon de Robespierre, no me lo perdonaria en este mundo ni en el otro. Me ha legado al partir su honor, y yo debo conservarlo intacto.» Desesperada Lucila, corrió sola á la puerta del comité de salud pública, de donde fué rechazada. No pudiendo ver á Robespierre por más que hizo, le escribió. Hé aquí su carta:

«¿Eres tú el que nos acusas de proyectos de traicion hácia la patria, tú que tanto te has aprovechado de los esfuerzos que hemos hecho únicamente por ella? Camilo ha visto nacer tu orgullo, y ha presentido la marcha que querias seguir; pero él se ha acordado de vuestra antigua amistad, y ha retrocedido ante la idea de acusar á un amigo y un compañero de trabajos. ¡Aquella mano que ha estrechado tantas veces la tuya, ha dejado la pluma tan pronto como no pudo trazar tu elogio, y tú le envias á la muerte! ¿Has comprendido su silencio? ¡Camilo debe estar agradecido! Pero Robespierre, ¿podrás llevar á cabo los funestos proyectos que sin duda te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado aquellas relaciones que Camilo no recuerda sino con estremecimiento, tú que hiciste votos por nuestra union, que uniste nuestras manos con las tuyas; tú que te has sonreido viendo á mi hijo, cuyas tiernas manecitas te han acariciado tantas veces? ¿Podrás negarte á mi súplica, despreciar mis lágrimas y hollar la justicia? Porque bien sabes que no merecemos la suerte que nos preparan, y que está en tu mano evitar. Si nos hacen sucumbir, será porque tú lo mandes. Pero ¿cuál es el crímen de mi Camilo? No poseo su pluma para defenderle; mas la voz de los buenos ciudadanos y tu corazon, si es sensible, estarán en mi favor. ¿Crees tú que los demas ciudadanos tendrán confianza en tí, viendo que sacrificas á tus amigos? ¿Crees tú que bendecirán al que desprecia las lágrimas de la viuda y la suerte del huérfano? Si yo fuese mujer de Saint-Just, le diria: «La causa de Camilo es la tuya y la de todos los amigos de Robespierre». ¡El pobre Camilo, en la sencillez de su corazon, estaba muy distante de pensar la suerte que le espera hoy! ¡Creia trabajar por tu gloria, haciéndote ver lo que le falta aún á nuestra república! ¡Le han calumniado cerca de tí, Robespierre, porque tú no podias creerle culpable! ¡Acuérdate que jamás te ha pedido la muerte de nadie, que no ha querido dirigir sus tiros contra tu poder, y acuérdate, en fin, de que tú eres su más antiguo y mejor amigo! ¡Ay! Tú vas á matarnos á los dos, porque herirle á él es matarme á mí...»

Esta carta se quedó sin concluir, y aunque se la confió á su madre, no llegó á poder de Robespierre.

Camilo Desmoulins habia obtenido por su parte de la complacencia de un visitador de las cárceles los medios raros y secretos de comunicar con su mujer. Aprovechándose de ellos, le escribió la siguiente carta en el tiempo que medió entre dos interrogatorios:

«El destino ha presentado á mi vista en esta cárcel el jardin en donde he pasado ocho años viéndote; la vista de un rincon del Luxemburgo me recuerda una infinidad de detalles de nuestro amor. Estoy incomunicado, pero nunca he estado con el pensamiento, con la imaginacion, casi con el tacto, más cerca de tí, de tu madre y de mi pequeño Horacio. No te escribo este primer billete sino para pedirte algunas cosas de primera necesidad. Voy á pasar el tiempo de mi prision escribiéndote, porque no tengo necesidad de tomar la pluma para otra cosa que para esto y para mi defensa. Mi justificacion está en los ocho volúmenes republicanos que tengo escritos, y es una buena almohada sobre la que mi conciencia puede descansar esperando en el tribunal y en la posteridad. Me arrodillo á tus piés, extiendo los brazos para estrecharte en ellos, y no te encuentro... (Aquí se nota la señal de una lágrima). Envíame el vaso en que hay una *C* y una *L*, iniciales de nuestros nombres, y un libro que compré hace pocos dias, en el que hay algunas páginas en blanco, puestas á propósito para escribir notas. Este libro trata sobre la inmortalidad del alma. Necesito persuadirme de que hay un Dios más justo que los hombres, y que no puedo dejar de volver á verte. No te afectes mucho por lo que digo, querida mia; no desespero aún de los hombres. Sí, amada mia, aún nos verémos en el jardin del Luxemburgo; pero envíame ese libro.¶¡Adios, Lucila! ¡Adios, Horacio! (Este era su hijo). No puedo abrazaros, pero por las lágrimas que



Los dantonistas despues de su sentencia.
Pág. 356.

vierto me parece que os tengo contra mi corazon. (Aquí se encuentra la señal de otra lágrima).—Tu Camilo.»

Una hora despues, el preso volvió á tomar la pluma.

«El cielo ha tenido compasion de mi inocencia; me ha enviado un ángel, y os he visto á todos en sueños. Envíame un rizo tuyo y tu retrato. ¡Oh! No dejes de enviármelo, porque únicamente pienso en tí, y nunca en el motivo que me ha traido á este sitio, y que yo no puedo adivinar.»

Entre tanto, el comité, vencedor en la Convencion por medio de Robespierre y de Saint-Just, se aturdia de la popularidad alarmante que seguia á Danton hasta la cárcel. Queria sorprender al pueblo con la magnitud de la victoria y con la prontitud del golpe. Por la noche trasladaron los acusados á la Conserjería. Danton, al entrar en aquel pórtico del cadalso, sintió debilitarse algun tanto la indiferencia por su suerte de que habia hecho gala desde que le prendieron. Sus facciones se pusieron tan sombrías como aquella mansion, y por una casualidad ó por una burla de la suerte, pusieron á los dantonistas en los mismos calabozos que tuvieron los girondinos. Esto, á la vez, fué una venganza y una profecía. Danton vió en esto el dedo de una justicia divina que sus desgracias empezaban á hacerle conocer. «En tal dia como hoy,—exclamó,—hice instituir el tribunal revolucionario. Yo pido perdon de ello á Dios y á los hombres. Mi objeto era prevenir otro nuevo Setiembre, y no desencadenar esta plaga sobre la humanidad.»

VIII

Dieron principio los debates. Todos los jurados, escogidos por Fouquier-Tinville y presididos por Hermann, eran conocidos de los acusados. Fouquier-Tinville era pariente de Camilo Desmoulins, y debia al crédito de éste su empleo de acusador público. Pero el ojo del comité vigilaba á todos aquellos hombres y dominaba hasta en sus conciencias. No se les exigia que obrasen con justicia, sino que sentenciasen á muerte.

Sin embargo, el pueblo, que adoraba aún á Danton, se agrupaba á las puertas de la audiencia. La multitud llegaba hasta los pretiles de las inmediaciones para asistir al triunfo del gran patriota. Danton compareció en el tribunal con una dignidad un poco teatral y como despreciando á sus jueces. El presidente le preguntó su nombre, edad y domicilio. «Yo soy Danton,—le respondió éste,—bastante conocido en la revolucion, y tengo treinta y cinco años. Mi morada será bien pronto la nada, y mi nombre vivirá en el panteon de la historia.» «Y yo—dijo Camilo Desmoulins—tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios; la misma que tenia el *sans-culotte* Jesus cuando murió.»

Habiendo hecho Fouquier que se sentasen en los mismos bancos Chabot, Fabre d'Eglantine y los intrigantes sus cómplices, Danton y sus amigos se levantaron y se apartaron de ellos, indignados de que se les confundiese en la misma causa con unos hombres notados de infamia. Dióse principio á la acusacion por éstos. Fabre d'Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de la palabra. El testimonio de Cambon, hombre de conocida probidad, no dejó ninguna duda sobre el hecho que se les imputaba á los acusados de haber falsificado un decreto sobre hacienda. El jóven y desgraciado Bazire no tenia otro delito que

su amistad con Chabot y el silencio que guardaba para no perder á su amigo. Confidente involuntario, Bazire murió por no haber consentido en hacerse delator.

Herault de Sechelles fué interrogado ántes que Danton, y respondió como hombre que desprecia la vida tanto como la acusacion, y que apela al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida á Danton. Le echó en cara sus relaciones con Dumouriez y sus ocultas complicidades para establecer la monarquía, corrompiendo al ejército y trayéndolo contra Paris. El acusado se levantó con fingida indignacion. «Los cobardes que me calumnian,—respondió dando á su voz una fuerza que llamó la atencion hasta en el comité de salud pública,—¿se atreverán á atacarme de frente? ¡Que se muestren, y bien pronto les cubriré de la ignominia que les caracteriza! Por lo demas,—prosiguió con un desórden y una precipitacion en las palabras que manifestaban la fermentacion de sus ideas,—ya lo he dicho y lo repito, mi domicilio será bien pronto la nada, y mi nombre estará en el Panteon. Mi cabeza está aquí; ella responde de todo... La vida me pesa, y estoy impaciente por libertarme de ella... Los hombres de mi temple no tienen precio... Sobre su frente está impreso en caractéres indelebles el sello de la libertad, el genio republicano... ¡Y es á mí á quien se acusa de haberme arrastrado á los piés de la corte, de haber conspirado con Mirabeau y con Dumouriez! Saint-Just, ¡tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! Al leer esta lista de horrores, siento estremecerse toda mi existencia.» Estas frases, evidentemente preparadas de antemano y halladas en retazos sueltos en una memoria y en una conciencia intranquilas, revelaban más orgullo que inocencia. El presidente advirtió al acusado que Marat, al hallarse en el mismo caso que él, se habia defendido de otra manera, refutando con pruebas friamente discutidas la acusacion.

«Y bien,—replicó Danton,—voy á descender á mi justificacion.» Pero separándose inmediatamente con nuevas explosiones de ira de una defensa razonada, exclamó: «¡Yo vendido á Mirabeau, á Orleans y á Dumouriez!... Todo el mundo sabe que he combatido á Mirabeau, y que he defendido á Marat. ¿No me he presentado el primero cuando se nos quiso arrebatar el tirano para llevarle á Saint-Cloud? ¿No hice fijar en los Franciscanos un escrito haciendo ver que era preciso comprometerse?... Estoy en mi cabal juicio cuando provoco á mis acusadores, cuando pido que se me deje medirme con ellos. ¡Que se me presenten, y yo los sumergiré en la nada, de donde no debian haber salido nunca! ¡Viles impostores, salid, y os arrancaré la máscara que os oculta á la vindicta pública!...» El presidente volvió á recordarle otra vez la decencia y la moderacion que debe guardar el acusado. «Un reo como yo,—replicó Danton,—que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla nunca. Se me acusa de haberme retirado á Arcis-sur-Aube. Respondo á esto que ya he declarado en aquella época que el pueblo frances venceria, ó yo dejaria de existir. Necesito, añadí tambien entónces, ó los laureles ó la muerte. ¿En dónde están los hombres que han comunicado á Danton su energía? Hace dos dias que el tribunal conoce á Danton. ¡Mañana espero dormir en el seno de la gloria!... Petion,—repuso en seguida como un hombre que se extravía y que vuelve hácia atras,—Petion, al salir de la municipalidad, fué á los Franciscanos, y nos dijo que el toque de rebato debia darse á medianoche, y que por la mañana habia de abrirse el sepulcro de la tiranía. Confieso que se depositaron en mis manos cuando era ministro cincuenta millo-

nes. Ofrezco dar de ellos una cuenta fiel y exacta. Este dinero sirvió para dar impulso á la revolucion. Es verdad que Dumouriez trató de atraerme á su partido, y que quiso lisonjear mi ambicion proponiéndome el ministerio; pero tambien lo es que yo le declaré que no queria ocupar semejante puesto sino al estampido del cañon. Tambien se me habla de Westermann, pero nunca he tenido nada de comun con él. Sé que en la jornada del 10 de Agosto, Westermann salió de las Tullerías manchado con la sangre de los realistas; y yo dije que con diez y siete mil hombres tales como yo hubiese determinado, hubiera podido salvarse la patria...»

Las palabras de Danton chocaban tan confusamente unas con otras en sus labios, que parecian ahogarle bajo su peso y bajo la incoherencia de sus ideas. Faltábale la verdadera elocuencia del acusado, que es la sangre fria de la verdad y el acento de la conciencia. Queria suplirla con un continuo movimiento y metiendo mucho ruido. Elevóse alguna vez hasta la fiebre del delirio, nunca hasta la verdadera indignacion. Los movimientos convulsivos de su rostro, la sequedad de su palabra, su accion teatral, la espuma que cubria sus labios, y el aire que faltaba á sus pulmones, atestiguaban la impotencia en que estaba de hablar por mucho tiempo. Espantados los jueces, ó enternecidos, manifestaron interesarse por él, y le dijeron que tenia necesidad de descansar. Danton se calló de repente al oir esto.

Se pasó al interrogatorio de Camilo Desmoulins, acusado de haber criticado la justicia del pueblo comparándola á los crímenes de los tiranos. «Yo no he podido—dijo—defenderme de mis enemigos sino con un arma bien afilada, y he probado más de una vez la adhesion de toda mi vida á la revolucion.»

Interrogado Lacroix sobre su comision en Bélgica, y sobre la desaparicion de un carro que contenia valor de unas cuatrocientas mil libras en objetos preciosos, contestó: «Danton y yo compramos con ese dinero ropa blanca para el uso de los representantes del pueblo. Ademas, teníamos un carro cargado de plata que nos fué robado en una aldea». Despues reclamó para sí la parte principal en la jornada del 31 de Mayo.

Philippeaux demostró su inocencia con la energía y con la dignidad de un hombre puro. «Os es permitido—dijo—hacerme perecer, pero os prohibo que me insulteis.» Westermann respondió como un soldado que no disputa su vida, pero que quiere preservar su honor.

IX

Al dia siguiente continuaron los debates. Camilo Desmoulins escribió el dia ántes la última carta á su esposa. Esta fué el testamento de su corazon, que se daba al amor ántes de extinguirse bajo la mano del verdugo. Hé aquí la carta:

«Duodi Germinal á las cinco de la mañana.

«Un sueño reparador ha suspendido por un momento mis males. Cuando uno duerme es libre: el hombre no sabe entónces que se halla preso. El cielo ha tenido piedad de mí. Hace un instante que yo te veia en sueños, y os abrazaba á tu madre, á Horacio, á todos. De repente he notado que me hallaba en mi calabozo. Empezaba á amanecer. No pudiendo verte ni oir tus respuestas, porque tú y tu madre me hablábais, me he levantado al ménos para hablarte y escribirte;

pero al abrir las ventanas, la idea de mi soledad; las horrorosas rejas, los cerrojos que me separan de tí, han vencido toda la firmeza de mi alma. Me he deshecho en lágrimas, ó por mejor decir, he gemido, exclamando desde mi sepulcro: ¡Lucila! ¡Lucila! ¡Amada Lucila! ¿Dónde estás?... (Aquí se conoce la señal de una lágrima).

»Ayer tarde he tenido un momento semejante á éste, y mi corazon se ha par-

Los dantonistas ántes de su ejecucion.—Pág. 358.

tido de dolor cuando he visto á tu madre en el jardin. Un movimiento maquinal me hizo arrodillarme junto á la reja, y he juntado las manos como implorando su piedad. Estoy seguro de que ella ha llorado tambien en tu seno. He conocido ayer su dolor al verle llevar su pañuelo á los ojos y echarse el velo por no poder resistir aquel espectáculo. Cuando vengais, que se siente contigo un poco más cerca, á fin de que os pueda ver mejor; no creo que haya peligro; pero sobre todo te suplico por nuestro eterno amor que me envies tu retrato: que el pintor tenga compasion de mí, que no sufro sino por haber tenido demasiada compasion de los otros; que vaya dos veces al dia á trabajar en tu retrato. En el horror de mi prision será para mí una fiesta, un dia de delirio y de enajenamiento cuando yo le

reciba. Entre tanto, envíame un rizo tuyo para ponerle sobre mi corazon. Amada Lucila mia, he vuelto al tiempo de nuestros primeros amores, en que cualquiera me interesaba sólo por salir de tu casa. Ayer, cuando el ciudadano que te ha llevado mi carta ha estado de vuelta, le dije: «¡Y bien! ¿La habeis visto?» Y me quedé absorto mirándole, como si en su traje ó en su persona hubiese quedado alguna cosa de tu presencia, alguna cosa de tí. Es un alma caritativa, pues que te ha entregado mi carta sin tardanza. Yo le veré, segun parece, dos veces al dia, por la mañana y por la tarde. Este mensajero de mis dolores es tan amado de mí como lo fué en otro tiempo el de mis placeres.

»He descubierto una rendija en mi aposento, he aplicado el oido, y he oido quejarse; he aventurado algunas palabras, y he percibido la voz de un enfermo que se quejaba; me ha preguntado mi nombre y se lo he dicho. «¡Oh Dios mio!»—ha exclamado al oirle, dejándose caer sobre su cama, en donde se habia incorporado. He reconocido distintamente la voz de Fabre d'Eglantine. «Sí, yo soy,—me ha dicho;—pero ¿tú aquí? ¿Con que se ha verificado la contrarevolucion?»

»Sin embargo, no nos atrevimos á hablar, temerosos de que el odio nos quitase este débil consuelo, y de que si nos oian nos separasen y encerrasen con más rigor, porque él tiene un cuarto con chimenea, y el mio es tan hermoso como puede serlo un calabozo. Tú no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado y sin recibir un periódico. Es vivir y estar muerto á la vez. Es existir sólo para conocer que se está en un sepulcro. ¡Y es Robespierre el que ha firmado la órden de mi encarcelamiento! ¡Y es la república la que me tiene aquí, despues de todo lo que he hecho por ella! ¡Es éste el premio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios! ¡Yo que me he sacrificado hace cinco años á tantos odios y á tantos peligros por la república! ¡Yo que he conservado mi pobreza en medio de la revolucion! ¡Yo que no tengo que pedir perdon sino á tí sola en el mundo, y á quien tú se lo has concedido porque sabes que mi corazon, á pesar de sus debilidades, no es indigno de tí! ¡Yo á quien unos hombres que se llaman mis amigos, que se titulan republicanos, sumen en un calabozo como si fuese un conspirador! Sócrates bebió la cicuta, pero al ménos veia en su prision á sus amigos y á su mujer.

»¡Qué duro es el estar separado de tí! El criminal mayor sería demasiado castigado si le arrancasen de los brazos de una Lucila, á no ser por la muerte, que al ménos no dura sino un momento. Aquel dolor no puede compararse con el de esta separacion. Me llaman...

»En este momento, los comisionados del tribunal revolucionario han venido para interrogarme... No se me ha hecho más que esta pregunta: que si yo habia conspirado contra la república. ¡Qué irrision! ¿Y es posible que se insulte de este modo el republicanismo más puro? Veo la suerte que me espera. Adios, Lucila; dí adios á mi padre. Mis últimos momentos no te deshonrarán. Muero á los treinta y cuatro años. Veo que el poder embriaga á casi todos los hombres, que todos dicen como Dionisio de Siracusa: «La tiranía es un bello epitafio». Pero consuélate, el epitafio de tu pobre Camilo es más glorioso: es el de los Brutos y el de Caton. ¡Oh mi amada Lucila! Yo habia nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte dichosa y para componer con tu madre, mi padre y algunas otras personas, segun nuestro corazon, un Otaiti. Yo habia soñado una

república en que todo el mundo hubiese adorado; no podia creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos. No se me oculta que muero víctima de mi amistad con Danton. Doy gracias á mis asesinos por hacerme morir con él y con Philippeaux. Perdóname, amada mia, mi verdadera vida, vida que yo he perdido en el momento que nos han separado. Me ocupo de mi memoria, y debia más bien ocuparme en hacértela olvidar, Lucila mia. Te suplico que no me llames á gritos, porque éstos despedazarian mi corazon hasta en el sepulcro. Vive para nuestro hijo; háblale de mí, y díle lo que aún no puede entender: ¡díle que yo le hubiera amado mucho! A pesar de mi suplicio, creo que hay un Dios. Mi sangre borrará mis faltas, las debilidades de la humanidad; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor por la libertad, Dios me lo recompensará. Volveré á verte algun dia, Lucila. Sensible como yo lo era, la muerte que me liberta de la vista de tantos crímenes no es una gran desgracia. ¡Adios, vida mia, alma mia, mi única divinidad sobre la tierra! ¡Adios, Lucila, Lucila mia, amada Lucila mia! ¡Adios, Horacio, Anita, Adela! ¡Adios, padre mio! Las playas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡Todavía veo á Lucila! ¡Sí, te veo, amada mia! ¡Lucila mia! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aún en tí sus moribundos ojos, próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

X

Danton, tranquilo por el interes que el pueblo le demostraba, parecia ménos un acusado que un faccioso que da á la multitud la señal de la insurreccion. Las ventanas del tribunal estaban abiertas. Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oia fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo,—dijo Danton al público que murmuraba alrededor,—callad; me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oir sólo de vósotros, sino de toda Francia.» La campana de la insurreccion parecia sonar en su pecho, su ademan aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio. La campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?»—le dijo éste al fin. «Presidente,—le respondió Danton,—la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenian las sesiones, muchos miembros de los comités asistian sin ser vistos á la representacion de aquel drama. Hermann y Fouquier-Tinville parecian desconcertados. El público se volvia en favor de Danton; éste lo conocia y redoblaba su insolencia. Los miembros del comité hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulins, que se habia levantado para leer la defensa que tenia preparada. Indignado Camilo, se sentó, y rompiendo el escrito que tenia en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto, como si lo hubiese pensado mejor, los recogió, y haciéndolos bolitas con los dedos, las fué tirando á la cabeza á Fouquier-Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no, como se ha creido hasta ahora, por un juego

cínico, pueril é indigno del hombre y del momento, sino con la accion significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia, y que arroja en un acceso de indignacion, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces, como una venganza y una maldicion.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos despues de la sesion en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasion á la posteridad.

Los acusados volvieron á su calabozo. Alarmado el comité de salud pública, no se atrevia ni á soportar un debate más largo ni á interrumpirlo. La ley exigia que los debates durasen á lo ménos tres dias. La sesion del dia siguiente podia dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia del comité.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emocion causada por su proceso para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitacion del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos de fuera de la cárcel. La mujer de Camilo Desmoulins debia arrojarse en medio del pueblo, sublevar á la multitud con su belleza, su dolor y sus clamores, y arrastrarla contra la Convencion. El antiguo presidente del tribunal revolucionario, Antonelle, tuvo noticia de aquel complot.

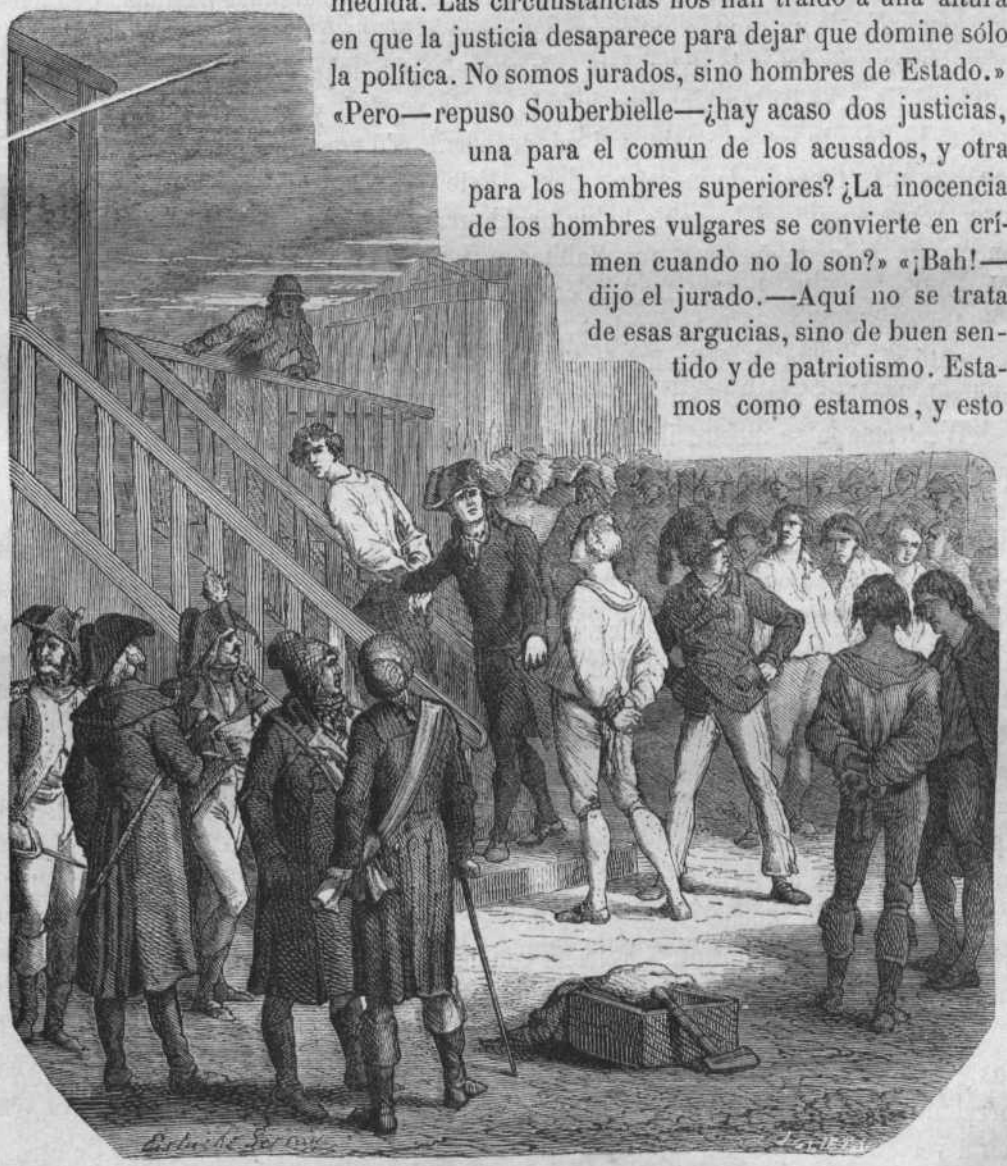
Un preso llamado Laflotte lo reveló. Saint-Just se apresuró entónces á convocar la Convencion. Billaud-Varennes leyó allí la carta de Laflotte. La Convencion decretó que todo inciado de conspiracion fuese puesto en seguida fuera de los debates y privado del derecho de defensa. Vadier, Amar y Vouland, miembros del comité, fueron á toda prisa á llevar á Fouquier-Tinville el decreto, ó por mejor decir, la sentencia de muerte de los acusados. Fouquier leyó aquel decreto delante de los jueces. Danton se levantó, y dijo: «Tomo por testigo al auditorio de que nosotros no hemos insultado al tribunal». El auditorio confirmó con sus aplausos el aserto de Danton. Indignada la multitud, se agitó y se estrechó como para arrebatar á los acusados. Si á la mujer de Camilo Desmoulins no la hubiesen puesto presa por la noche, si hubiera podido dar con su presencia una voz y una pasion más á aquel tumulto, los acusados se salvan, y el comité queda vencido.

Pero todo fracasó por falta de impulso. Danton trató en vano de protestar aún. «Un dia,—exclamó,—un dia llegará en que la verdad sea conocida: veo caer grandes desgracias sobre Francia. ¡Ved ahí la dictadura!» Reparando en lo interior de un corredar en Amar y Vouland, confidentes de Robespierre, que acechaban lo que pasaba, dijo señalándolos con la mano: «Mirad, mirad á esos cobardes asesinos; no nos dejarán en paz hasta despues de muertos». «¡Malvados!—exclamó Camilo Desmoulins.—¡No contentos con degollarme, quieren degollar tambien á mi mujer!»

El tribunal levantó la sesion. Al otro dia, habiendo pasado los tres que exigia la ley, se declaró cerrado el debate. Camilo se agarró al banco en que estaba sentado, y fué preciso sacarle de allí á viva fuerza.

Los jurados se reunieron y deliberaron mucho tiempo, habiendo comunicado

durante la conferencia con los enemigos de los acusados. Una ansiedad terrible pesaba sobre sus conciencias. Ninguno de ellos creia en los crímenes de Danton. Todos creian en sus vicios y en su poder. La mayoría estaba al parecer indecisa. Acalorados los miembros del tribunal, y divididos en opinion, trataban de arrancarse unos á otros la vida ó la muerte de aquellos hombres. Souberbielle, antiguo amigo de los acusados, era el que más habia vacilado entre todos; amaba á Danton y temia á Robespierre, pero sobre todo adoraba la república. En la agitacion de sus reflexiones, se paseaba con paso incierto en un corredor que precedia á la sala de las deliberaciones. Uno de los colegas de Souberbielle, Topino-Lebrun, se le acercó. «Y bien, Souberbielle,—le dijo,—¿qué haces aquí?» «Estoy meditando sobre el acto terrible que quieren obtener de nosotros»,—respondió Souberbielle. «Yo ya he meditado»,—repuso el jurado. «¿Y qué has decidido?»—le preguntó Souberbielle. «Me he dicho,—replicó el otro:—esto no es un proceso, sino una medida. Las circunstancias nos han traido á una altura en que la justicia desaparece para dejar que domine sólo la política. No somos jurados, sino hombres de Estado.» «Pero—repuso Souberbielle—¿hay acaso dos justicias, una para el comun de los acusados, y otra para los hombres superiores? ¿La inocencia de los hombres vulgares se convierte en crímen cuando no lo son?» «¡Bah!—dijo el jurado.—Aquí no se trata de esas argucias, sino de buen sentido y de patriotismo. Estamos como estamos, y esto



Danton y Herault de Sechelles al pié del cadalso.—Pág. 359.

basta. La república se encuentra en una de esas situaciones apuradas en las que un juicio no es una justicia, sino una eleccion. Danton y Robespierre no pueden estar de acuerdo. Es menester, para salvar la patria, que perezca uno de ellos. Interrógate como buen patriota, y responde á tu conciencia. ¿Cuál crees tú más indispensable en este momento á la república, Danton ó Robespierre?» «Robespierre»,—respondió sin titubear Souberbielle. «Pues ya has juzgado»,—repuso Topino alejándose.

XI

Vueltos á su calabozo para esperar la hora del suplicio, los sentenciados prescindieron de la serenidad que habian mostrado en público, descubriéndose tal como eran delante de la muerte. Herault de Sechelles estuvo impasible como aquellos romanos cuya imágen tenia impresa en el corazon. Como discípulo de Juan Jacobo Rousseau, sacó del bolsillo un libro de aquel filósofo, leyó algunas páginas, y se felicitó por salir de un mundo cuyas preocupaciones y supersticiones habia combatido para hacer prevalecer la naturaleza y la razon. «¡Oh maestro mio!—exclamó cerrando el libro.—Tú tambien has sufrido por la verdad, y yo voy á morir por ella. A tí te ha tocado ser su genio, y á mí su mártir. Tú eres un grande hombre; pero ¿cuál es más filósofo de nosotros dos?» Este era el mismo pensamiento que el jóven representante del pueblo habia hecho grabar en algunos versos encima de la puerta de la pequeña casa que habitaron Juan Jacobo Rousseau y madama de Warens, en el valle de Charmettes, cerca de Chambery, y que aún se leen allí.

Aquella imágen de la naturaleza, de la soledad y del amor fué la última que se presentó al espíritu de Herault de Sechelles en el momento de dejar la vida. Ni una sola lágrima ablandó su constancia, y su firmeza no tuvo nada de afectada.

Westermann se mostró intrépido. Philippeaux se sonreia como una conciencia que confia en sus buenas acciones. Camilo Desmoulins quiso leer á Young y á Hervey, los dos famosos poetas de la agonía. «Tú quieres morir dos veces»,—le dijo chanceándose Westermann. Pero el libro caia á cada momento de las manos de Camilo, que volvia sin cesar á la imágen de su esposa adorada y presa, de su hijo huérfano, y de su madre política abandonada. «¡Oh Lucila mia! ¡Oh Horacio mio!—exclamaba deshaciéndose en lágrimas.—¿Qué será de vosotros?»

Danton aparentaba indiferencia, lanzando palabras con profusion para que sirviesen de medallas con su busto arrojadas desde la orilla de su sepulcro á la posteridad. «Creen que pueden pasar sin mí,—decia,—y se engañan. Yo soy el hombre de Estado de Europa. No conocen el vacío que va á dejar esta cabeza,—decia apretándose las mejillas con las palmas de sus grandes manos.—En cuanto á mí, me rio,—añadia en términos cínicos.—He gozado bien del momento de mi existencia. He metido mucho ruido sobre la tierra, y he saboreado á placer los goces de la vida. ¡Vamos á dormir!» Y hacía con la cabeza y con el brazo la accion de un hombre que reposa la cabeza sobre una almohada.

A las cuatro, los criados del verdugo fueron á atar las manos á los sentenciados y á cortarles el cabello, á lo que se prestaron sin resistencia, sazonando con sarcasmos aquel tocado fúnebre. «Esto es muy bueno para esos imbéciles que nos van á ver en las calles,—dijo Danton.—En la posteridad aparecerémos de otro modo.» No demostró más culto que el de la fama, y no aparentó otro deseo que el

de sobrevivir á la memoria de las gentes. Su inmortalidad la hacía consistir en el ruido de su nombre.

Camilo Desmoulins no podia creer que Robespierre dejase ejecutar á un hombre como él, confiando hasta el último momento en su antigua amistad. Hablaba de él con miramiento, y hasta con respeto, desde que estaba preso, dirigiéndole súplicas, en vez de aquellas injurias que el orgullo no perdona jamás. Cuando los ejecutores quisieron asir á Camilo para atarle como los demas, luchó desesperadamente contra aquellos preparativos, que no le dejaban ninguna duda sobre su muerte. Sus imprecaciones y su furor convirtieron por un momento aquel calabozo en una especie de matadero; fué necesario arrojarle al suelo para maniatarle y cortarle el cabello. Sujeto ya y atado, suplicó á Danton que le pusiese en la mano un rizo de Lucila que llevaba encima, á fin de estrechar contra su corazon alguna cosa de ella al tiempo de morir. Danton le hizo aquel piadoso obsequio, y se dejó atar sin resistencia.

En una sola carreta fueron los catorce sentenciados. El pueblo señalaba á Danton, respetándose á sí mismo en su víctima. Aquel suplicio se parecia algun tanto á un suicidio del pueblo. Un pequeño número de hombres andrajosos y de mujeres pagadas seguia la carreta, llenando á los sentenciados de imprecaciones y de silbidos. Camilo Desmoulins no cesaba de vocear y de hablar á aquella multitud. «¡Pueblo generoso, pueblo desgraciado,—exclamaba,—te engañan, te pierden, y sacrifican á tus mayores amigos! ¡Reconocedme, salvadme! ¡Yo soy Camilo Desmoulins! ¡Yo soy el que os llamó á las armas el 14 de Julio! ¡Yo soy el que os dió esa escarapela nacional!» Al mismo tiempo hacía esfuerzos desesperados con los hombros para romper sus ligaduras, con lo cual hizo añicos de tal modo sus vestidos y su camisa, que su cuerpo delgado y huesoso aparecia casi desnudo encima de la carreta. Desde el dia que guillotinaron á madama Dubarry no se habian oido tales gritos ni contemplado semejantes convulsiones en la agonía. La multitud respondia con insultos á aquellos gemidos. Sentado Danton al lado del jóven Camilo, le hacía volver á sentarse y le afeaba aquella inútil explosion de desesperacion y de súplicas. «Permanece tranquilo,—le decia en voz baja,—y no hagas caso de esa vil canalla.» En cuanto á él, imponia á la multitud, no con palabras, sino con su indiferencia y su desprecio. Al pasar por debajo de las ventanas de la casa que habitaba Robespierre, el gentío redobló su clamoreo como para tributar homenaje á su ídolo por el suplicio de su rival. Las ventanas de la casa de Duplay se cerraron á la hora en que habitualmente pasaban las carretas por la calle. Aquellos gritos hicieron mudar de color á Robespierre, y se alejó de los aposentos desde donde podia oirlos. Confuso por tanta implacabilidad, humillado al contemplar la sangre que caia con tanta frecuencia y tan justamente sobre él, sintió dolor ó vergüenza. «¡Este pobre Camilo,—dijo,—á quien no he podido salvar! Pero él ha querido perderse. En cuanto á Danton,—añadió,—sé muy bien que me abre el camino; pero es indispensable que, inocentes ó culpables, demos todos nuestras cabezas á la república. La revolucion reconocerá á los suyos al otro lado del cadalso.» Fingia enternecerse por lo que él llamaba las crueles exigencias de la patria.

Herault bajó el primero de la carreta, y con el arranque y la sangre fria de una amistad que dirige el corazon hácia el corazon, aproximó su cara á la de Danton para besarle. El verdugo los separó. «¡Bárbaro,—le dijo Danton á éste.—

¿Podrás impedir á nuestras cabezas que se besen dentro de un momento en el cesto?»

Camilo Desmoulins subió en seguida. Habia vuelto á recobrar su calma en el último momento. Movia entre sus dedos el rizo de su mujer, como si su mano hubiese querido desatarse para llevar aquella reliquia á sus labios. Se aproximó al instrumento de la muerte, miró con frialdad la cuchilla teñida en la sangre de su amigo, y despues, volviéndose hácia el pueblo y levantando los ojos al cielo, exclamó: «¡Hé aquí el fin del primer apóstol de la libertad! Los monstruos que me asesinan no me sobrevivirán mucho tiempo. Haz llegar estos cabellos á mi madre»,— dijo al ejecutor. Estas fueron sus últimas palabras. Su cabeza cayó al cesto.

Danton subió el último á la guillotina. Jamás se habia mostrado más soberbio ni más imponente en la tribuna. Se cuadró en el cadalso, pareciendo que tomaba la medida de su pedestal. Dirigió á derecha é izquierda una mirada de compasion hácia el pueblo, pareciendo decirle con su actitud: «Mírame bien. Tú no verás á muchos que se me parezcan». La naturaleza confundió por un instante aquel orgullo. Una exclamacion se le escapó al recordar á su jóven esposa. «¡Oh amada mia!—dijo con los ojos humedecidos en llanto.—¡Ya no te veré más!» Despues, como reprendiéndose esta especie de apego á la existencia, dijo en alta voz: «¡Vamos, Danton, nada de debilidad». Y volviéndose al verdugo, le dijo con autoridad: «Muestra mi cabeza al pueblo. Bien vale la pena de que lo hagas». Su cabeza cayó. El ejecutor, obedeciendo su última voluntad, la recogió del cesto y la paseó alrededor del cadalso. La multitud aplaudió. Así concluyen sus favoritos.

Así murió en escena delante del pueblo aquel hombre para quien el cadalso era un teatro, y que habia querido morir aplaudido al fin del drama trágico de su vida, como lo habia sido al principio y en medio de él. Nada le faltó para ser un grande hombre, sino la virtud. Tuvo su naturaleza, su causa, su genio, su exterior, su destino y su muerte, pero no tuvo su conciencia. Jugó al hombre grande sin serlo. No hay grandeza en representar un papel; ésta sólo existe en la fe con que se desempeña. Danton tuvo el sentimiento y con frecuencia la pasion de la libertad, y no su fe, porque no profesaba interiormente otro culto que el de la fama.

La revolucion era en él un instinto, y no una religion. Sirvióle como el viento sirve á la tempestad que agita la espuma y juega con las olas. No comprendió de ella más que su movimiento, y no su direccion; tuvo su embriaguez, pero no su amor. Danton representa las masas, y no las capacidades de la época, mostrando en sí alternativamente la agitacion, la fuerza, la ferocidad y la generosidad de aquéllas. Hombre de temperamento más que de ideas, más elemental que inteligente, fué sin embargo más hombre de Estado que ninguno de los que intentaron manejar las cosas y los hombres de aquellos tiempos de utopias. Más que el mismo Mirabeau, si se entiende por hombre de Estado uno que comprende el mecanismo del gobierno, independientemente de su ideal, tenia el instinto político. Habia bebido en Maquiavelo las máximas que enseñan todo lo que se puede hacer soportar de poder ó de tiranía á los Estados. Conocia las debilidades y los vicios de los pueblos, y no sus virtudes; no sospechando lo que hace la santidad de los gobiernos, porque no veia á Dios en los hombres, sino la casualidad. Era uno de aquellos admiradores de la *fortuna antigua*, que no adoraba en ella sino la divinidad del éxito. Conocia su valor como hombre de Estado, con tanta más complacencia cuanto la democracia era más inferior á él. Se le admiraba como si fuese

Batalla de Turcoing.—Pág. 366.

un gigante en medio de los enanos del pueblo. Estableció su superioridad como un enviado del genio, aturdiéndose de sí mismo, aplastando á los otros y proclamándose la única cabeza de la república. Despues de haber acariciado á la popularidad, la despreció como si fuese una bestia feroz, á la que desafió á que le devorase. Tuvo el vicio tan audaz como su frente. Llevó el desafío político hasta el crímen en las jornadas de Setiembre. Retó á los remordimientos, pero fué vencido por ellos. Le denunciaron, y aquella sangre le seguia continuamente. Un secreto horror se mezclaba á la admiracion que inspiraba, sintiendo en sí mismo aquel horror que hubiera querido separar de su pasado. Como naturaleza inculta, tuvo accesos de humanidad, como los tuvo de furor, vicios bajos y pasiones generosas. En una palabra, era hombre que tenia un corazon. Este corazon, hácia el fin, se volvia al bien por la sensibilidad, por la piedad y por el amor, mereciendo á la vez ser maldecido y sentido. Fué el coloso de la revolucion: tuvo la cabeza de oro, el pecho de carne, el cuerpo de bronce y los piés de barro. Abatiéndole, la cima de la Convencion pareció ménos elevada. El era su nublado, su relámpago y su rayo. Al perderle, la Montaña perdió tambien su cima.

LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el Terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion del comité de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Augereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.° de Junio de 1794.—El navío *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El *Canto de partida*.—Redoblan el Terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion del hijo de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecucion de Lamourette, obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvet.—Lareveillere-Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Dupremenil y el mayor número de los grandes nombres de la monarquía son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV á la barrera del Trono.—El abate Fenelon ejecutado á los ochenta y nueve años.—Palabras de Collot-d'Herbois á Fouquier-Tinville.

I

Apénas habia muerto Danton, cuando pareció que el Terror se reanimó con los esfuerzos que éste habia hecho para dulcificarlo. Veintisiete acusados de todos rangos, opiniones y sexos, encerrados sin distincion en la cárcel del Luxemburgo so pretexto de conspiracion, fueron conducidos al tribunal revolucionario. Entre ellos se veia al general Arturo Dillon, Chaumette, á los ayudantes de campo de Ronsin, al general Beysser, Gobel el obispo de Paris, á los cómicos Grammont, padre é hijo, á Lapálus, á la viuda de Hebert, y en fin, á la esposa de Camilo Desmoulins. Su crímen comun se limitaba á algunas aspiraciones imprudentes por su libertad ó por la de sus interesados, y su crímen efectivo era la inquietud que la emocion del pueblo á la voz de Danton habia dado el dia anterior á los dueños de la Convencion. Se queria únicamente arrojar corrientes de sangre sobre las cenizas del tribuno para extinguirlas.

Casi todos fueron condenados. A la jóven religiosa que llevaba el nombre de Hebert no se le ocultó la suerte que le esperaba. No deseaba ésta prolongar una vida ahogada desde su infancia en el claustro, manchada en el mundo por el nombre que llevaba, y que luchando entre el horror y el amor á la memoria de su marido, era desgraciada bajo todos estos aspectos. «No he debido á la revolucion más que un rayo de libertad y de dicha,—le decia á su compañera de dolor Lucila

Desmoulins,—y es terrible cosa amar á un hombre á quien todo el mundo aborrece. Su memoria no me será perdonada, y yo moriré tal vez para expiar los excesos que yo misma deploro más que nadie. Vos, señora,—añadió,—sois dichosa; ningun cargo hay contra vos, y no sereis arrebatada á vuestros hijos. ¡Vos vivireis!» Lucila Desmoulins no aceptaba aquella esperanza. Habia aprendido con la muerte de su marido lo que valia la amistad de Robespierre. «Los cobardes me matarán como á él,—respondió á su compañera de cadalso;—pero no saben que la sangre de una mujer crea la indignacion en el alma de un pueblo. ¿No fué la sangre de una mujer la que arrojó para siempre á los Tarquinos y á los decenviros de Roma? ¡Que me maten, y que la tiranía caiga conmigo!»

Aquellas viudas de dos hombres que se destrozaban pocos dias ántes, y cuyo encarnizamiento mutuo habia atraido la pérdida comun, ofrecian una de las más crueles irrisiones del destino. Habian aplaudido algunos meses ántes el sacrificio de la reina y de madama Roland, y ahora comprendian por experiencia propia lo que habrian sufrido aquellas dos mujeres. Las faltas y las venganzas se tocaban en aquellas catástrofes del Terror, en donde los dias hacian veces de años.

Inútilmente la madre de Lucila, la bella y desgraciada madama Duplessis, se dirigió á todos los amigos de Robespierre para despertar en él un recuerdo de sus antiguas relaciones. Todas las puertas se cerraban al nombre de los parientes de Camilo y de Danton. «Robespierre,—le escribió al fin aquella señora,—¿no es ya bastante haber asesinado á tu mejor amigo, sino que quieres aún la sangre de su mujer, de mi hija?... El monstruo de Fouquier-Tinville acaba de ordenar que la lleven al cadalso. Dentro de dos horas ya no existirá. Robespierre, si tú no eres un tigre en forma humana, si la sangre de Camilo no te ha embriagado hasta el punto de hacerte perder la razon, si te acuerdas aún de nuestras reuniones íntimas, si te acuerdas de las caricias que prodigabas al pequeño Horacio, que gustabas poner en tus rodillas, si recuerdas que debiste ser mi yerno, ¡perdona una víctima inocente! Pero si tu furor es el del leon, ven á prendernos tambien á mí, á Adela (otra hija suya) y á Horacio; ven á destrozarnos con tus manos humeantes con la sangre de Camilo. ¡Ven, ven, y que un solo sepulcro encierre las cenizas de todos nosotros!»

Esta carta quedó sin respuesta. Robespierre, á quien sus concesiones, fatales á una popularidad que debió rechazar á este precio, no le dejaban ya el derecho de tener ni memoria, ni indulgencia, ni compasion, ó no la recibió, ó fingió no haberla recibido, y calló. Lucila, sentada al lado de madama Hebert en la carreta de los sentenciados, fué conducida al cadalso. Más dichosa que su compañera, que iba anonadada de humillacion, y bajando la frente al oir el nombre de Hebert, madama Desmoulins podia al ménos levantar la cabeza y decir al pueblo que moria por haber inspirado á su marido la indulgencia. Su esbelta estatura, su cara aniñada, la palidez luchando en sus mejillas con la frescura de la juventud, la memoria que invocaba de su marido, de su madre y de su hijo, el sentimiento de la vida interrumpida por el deseo de una muerte que iba á reunirla á su Camilo, enternecieron á todos los circunstantes. Ménos severa que madama Roland, inspiraba más interes que aquélla. No moria por la gloria, sino por su amor. No era á la opinion, era á la naturaleza á quien la muerte heria en ella. Fué llorada, y tal vez la víctima más vengada algunos meses despues. Aquella sangre

femenina hacía olvidar la otra. Reunió á todo un sexo en contra de los asesinos de la juventud, de la inocencia y del amor. La muerte de Lucila fué la página más elocuente del *Viejo Franciscano*.

II

Los comités temblaron, y temian en Paris y en los departamentos una reaccion ocasionada por la muerte de Danton. Su suplicio era un golpe de Estado. ¿Cómo se recibiria? Los comités no conocian bastante el servilismo del miedo, y el éxito excedió á sus esperanzas. Un solo grito de adulacion pareció elevarse hácia ellos de todos los clubs de la república. El mismo Legendre rescató con sus excesivas bajezas la veleidad de independencia que se habia atrevido á mostrar, fatigando á Robespierre con demostraciones de arrepentimiento. «He sido amigo de Danton miéntras le he creido puro,—decia;—pero ahora no hay en toda la república hombre más convencido que yo de sus crímenes.»

El comité de salud pública, dominando ya en el interior, llevó toda su atencion hácia las fronteras.

Saint-Just, que era el brazo derecho de Robespierre, regresó al ejército. La apertura de la campaña de 1794 reclamaba el ojo y la mano de la Convencion. Los coligados, mirándose entre sí con envidia y contando con las divisiones intestinas de Francia, no habian intentado nada durante el invierno, contentándose con conservar sus posiciones y acumular sus fuerzas. Su plan consistia en marchar en masa sobre Landrecies, y de allí á Paris por Laon. Sus ejércitos se componian en el mes de Marzo de sesenta mil austriacos ó emigrados sobre el Rhin, al mando del duque de Sajonia-Teschen; de sesenta y cinco mil prusianos alrededor de Maguncia, en el Luxemburgo y sobre el Sambre, mandados por Beaulieu, Blankeinstein y el príncipe de Kaunitz; y en fin, de ciento veinte mil hombres de los diversos contingentes de la coalicion, bajo las órdenes del príncipe de Coburgo y de Clairfayt, maniobrando entre el Quesnoy y el Escalda.

El ejército frances se dividia en ejército del Alto Rhin, con sesenta mil hombres; ejército del Mosela, con cincuenta mil; ejército de los Ardennes, con treinta mil, y ejército del Norte, con ciento cincuenta mil. Las hostilidades empezaron por una marcha de los aliados sobre Landrecies. Este movimiento hizo retroceder al ejército republicano. El enemigo cercó á Landrecies. Rechazado nuestro centro de este modo, dejaba descubiertas sus dos alas é incomunicadas con el cuerpo principal. No habiendo podido Pichegru restablecer su centro en el primer ataque, y convencido de que no lo conseguiria sino por una accion directa para levantar el bloqueo de Landrecies, resolvió ejecutar un movimiento temerario, invadiendo la Flandes marítima, llamando hácia sí las fuerzas principales del enemigo. Su genio reflexivo, asociado al genio de Carnot, veia la guerra en grande, y seguia así sobre el vasto horizonte de una carta de Europa el efecto de una operacion sobre otra. Ademas, tenia dentro de sí mismo el ardor necesario para iluminar en un momento premeditado la resolucion friamente calculada ántes de que llegara aquel instante decisivo.

Ocultó su movimiento por medio de un ataque general en toda la línea francesa, propio para llamar las fuerzas de los coligados léjos de las orillas del mar,

adonde él queria dirigirse pasando por su retaguardia. Aquellos brillantes ataques sin resultados no impidieron á los coligados el bombardear á Landrecies y el apoderarse de aquella llave de nuestras provincias.

Durante estos combates, los generales Souham y Moreau pasaron el Lys y el canal de Loo con cincuenta mil combatientes, sorprendieron á Clairfayt y le tomaron á Courtray y Menin. Prevaliéndose Pichegru de estas primeras ventajas, no

Batalla de Fleurus.—Pág. 368.

temió descubrir enteramente el camino de Paris, lanzando todos sus cuerpos de ejército en apoyo de Moreau y de Souham. «Si Coburgo se atreve á penetrar en Francia,—pensaba Pichegru,—se encontrará entre Paris y un ejército frances de ciento veinte mil hombres, que le cortará por la parte de Flandes y por la de Alemania.»

Aquella temeridad surtió efecto. El reto no fué aceptado por el príncipe de Coburgo, que hizo dar media vuelta á su ejército para seguir á Pichegru y envolverle en sus conquistas.

Un solo consejo de guerra celebrado en Tournay, al que asistió el emperador, determinó un nuevo plan de campaña, que llamaron el plan de la destruccion del

ejército frances. Una vez envuelto y destruido el ejército, los coligados se lisonjeaban de que el suelo de Francia, agotado ya el patriotismo y cubierto de sangre, no tendria otro que oponerles, y que cortados los brazos á la revolucion, podrian herirle en el pecho. Avanzaron en consecuencia en seis columnas contra el ejército del Norte, que debian encontrar entre Menin y Courtray. Pichegru estaba ausente, visitando en aquel momento sus cuerpos del Sambre. Moreau y Souham destruyeron los planes de los coligados y batieron reunidos á las diferentes columnas separadas, cuya reunion evitaron, consiguiendo la victoria de Turcoing, y convirtiendo en una derrota, en Waterloo, la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba aquel ejército, debió su libertad á la ligereza de su caballo. Tres mil prisioneros y sesenta cañones enemigos quedaron en poder de los republicanos. La gloria de Francia brillaba, bajo Moreau y Pichegru, en Waterloo; ella debia palidecer despues de haber adquirido mayor brillo, bajo Napoleon, en otro Waterloo. Este nombre va siempre acompañado de triunfos y de reveses en los fastos de nuestros destinos. Aquella victoria, conseguida sobre el enemigo á pesar de nuestra inferioridad numérica, redobló por el entusiasmo el valor de nuestros soldados. Pichegru llegó al dia siguiente para recoger los frutos de ella, frutos que le fueron disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas, en donde el nombre de Macdonald comenzó á figurar con gloria entre los de Moreau, Hoche, Pichegru, Marceau y de Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Ipres, rechazó á Clairfayt que iba á socorrer la plaza á la cabeza de treinta mil soldados. Por fin la tomó despues de varios asaltos obstinados, é hizo en ella seis mil prisioneros.

III

Durante estas operaciones, Carnot tenia la vista fija sobre el Sambre, tantas veces pasado y repasado, y que parecia ser el límite fatal disputado entre la coalicion y la república. Carnot habia enviado allí á Jourdan, que fué injustamente destituido del mando del ejército del Norte, y nombrado entónces por aquel representante general del ejército del Sambre y Mosa. Jourdan no tomó otra venganza de la ingratitud de su patria que cubrirla con su espada y con su genio. Saint-Just y Lebas, que estaban presentes en medio de los débiles cuerpos que cubrian aquel rio, no cesaban de arrojarlos al otro lado para lanzar la guerra á terreno enemigo. Llegando Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de los Ardennes, resolvió pasar el Sambre á la voz de estos representantes. Marceau y Duhesme habian rechazado á los austriacos sobre Thuin y Lobbes, facilitando así el paso del Sambre al ejército que les seguia; pero abandonados por las tropas del general Desjardins, á quien detuvieron algunas disposiciones mal combinadas, repasaron el rio para reunirse al cuerpo principal. El impaciente Saint-Just mostró de nuevo el Sambre ó la muerte á los generales Charbonnier y Desjardins. El 20 de Mayo, estos generales se lanzaron al otro lado del rio. Acampados en las playas extranjeras á la inmediacion del Sambre, Charbonnier y Desjardins destacaron á Kleber y Marceau para que fuesen á proveer de víveres al ejército por el lado de Francia. Durante aquella imprudente desmembracion de fuerzas, atacados por los austriacos, los franceses fueron rechazados hasta el rio, debiendo su salvacion á la vuelta de Kleber y al valor de Bernadotte, que acudieron al ruido del cañon. Teñido el Sambre de sangre francesa, volvió á quedar entre los enemigos y nosotros.

Jourdan iba avanzando hácia allí con sus fuerzas, pero el ardor de Saint-Just no le permitió esperarle. «¡Charleroi! ¡Charleroi!—repetia sin cesar á los generales, como Caton á los romanos, en el consejo de guerra.—Arregladlo como querais, pero es necesario dar una victoria á la república.»

Kleber repasó el rio el 26 de Mayo, y esperó tres horas, bajo la metralla de veinte piezas, á las columnas que debian seguirle. Deshecho, en fin, por nuevas baterías que destrozaban los flancos de su vanguardia, le fué preciso replegarse. El 29, Saint-Just hizo pasar el rio á Marceau y á Duhesme. Las cabezas de sus columnas chocaron contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange, y volvieron á pasar el rio en derrota. En fin, llegó Jourdan en medio de aquellos inútiles asaltos. Saint-Just le proclamó en seguida general del ejército del Sambre y Mosa y del Norte á la vez, adjudicándole todos los generales y todos los cuerpos, y dándole la dictadura de la campaña. Jourdan reunia al instinto militar de Saint-Just la ciencia del general y el número de los batallones. Por sexta vez pasó el Sambre, y marchó sobre Charleroi seguido de ochenta mil combatientes.

Empezaba el nuevo generalísimo á bombardear á la ciudad y á situar los cuerpos de ejército, previendo una batalla próxima, cuando atacado de improviso y hallándose sin municiones, sin baterías, sin apoyo, sin haberse podido poner aún en contacto con el resto del ejército, y batido por tres formidables masas enemigas, se vió obligado, á pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald, á replegarse precipitadamente al valle del Sambre y cubrirse de nuevo con su corriente. Irritado Saint-Just, aunque testigo de la intrepidez de las tropas y de la obediencia de los generales, temblaba que la noticia de aquel reves despopularizase al comité y á Robespierre. El mismo habia combatido como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. Para Saint-Just la victoria era su política, su campo de batalla estaba en Paris, y no encontraba nada imposible con tal que fuese necesario á la salvacion de la república. Carnot no cesaba de escribirle: «Una victoria en el Sambre, ó la anarquía en Paris».

En fin, el 18 de Junio, habiendo reunido en dos dias sus parques de artillería, sus refuerzos y sus municiones, se aprovechó de la confianza que habia infundido al príncipe de Coburgo aquel triunfo para repasar el Sambre y avanzar sobre Charleroi. El príncipe de Coburgo habia destacado la mayor parte de sus batallones y de su caballería para reforzar á Clairfayt contra Pichegru. Jourdan bloqueó á Charleroi y atrincheró los pueblos que cubrian su frente, y principalmente á Fleurus. En el centro de su línea construyó un reducto armado con diez y ocho piezas de grueso calibre, y apagó los fuegos de Charleroi. Aquella plaza se rindió en el mismo dia, y Saint-Just se mostró generoso con la guarnicion, dejándole salir con armas y bagajes. En el momento en que ésta evacuaba la plaza y desfilaba delante del representante del pueblo, el estampido del cañon que resonaba á lo léjos anunciaba á Charleroi un socorro tardío, y á Jourdan una nueva batalla que no podia ménos de estar muy próxima.

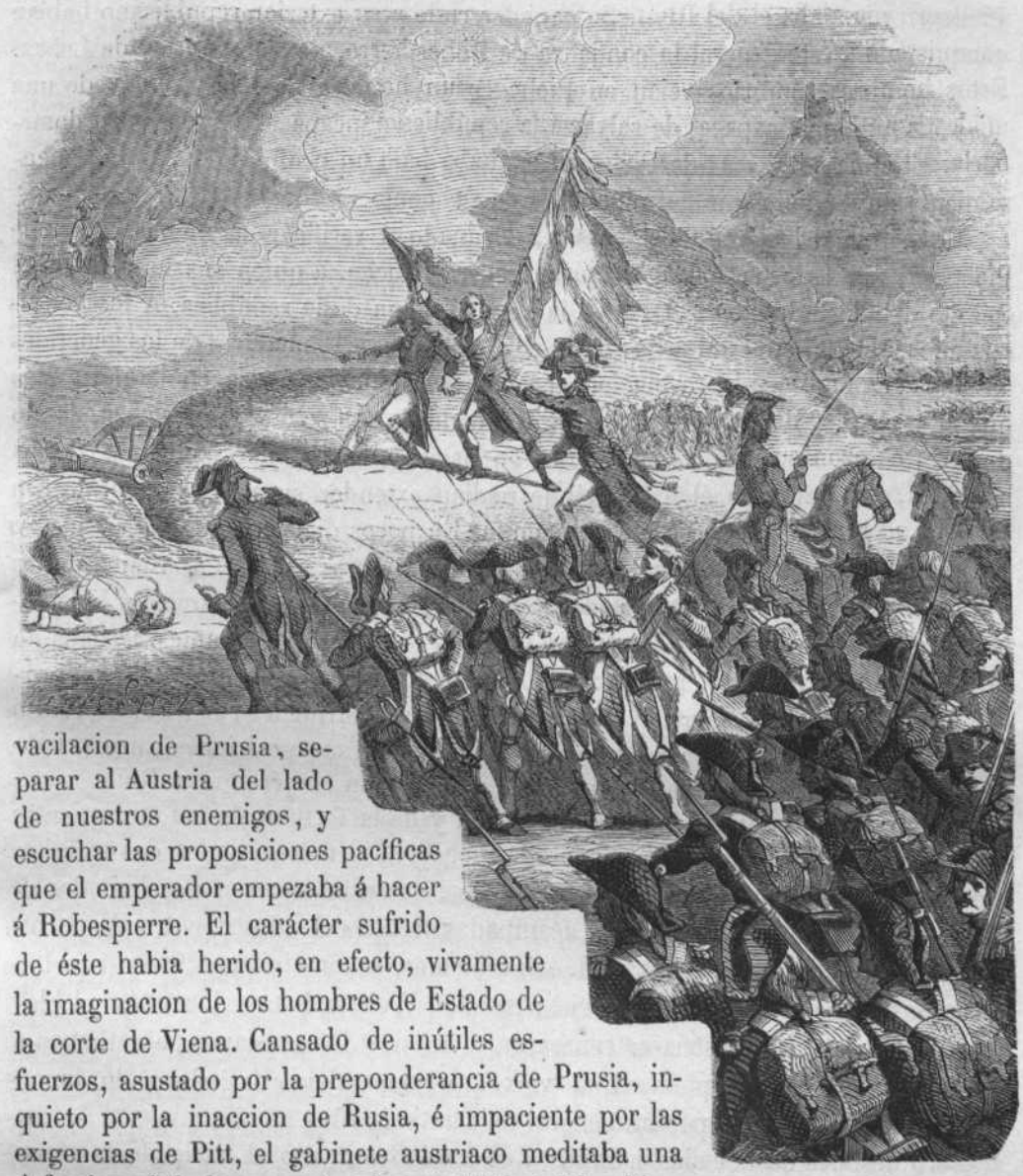
El príncipe de Coburgo era el que se aproximaba, y el que al verificar su reunion con el príncipe de Orange, empezaba á cañonear las avanzadas del ejército frances. Jourdan dispuso sus tropas en semicírculo, apoyando las alas en el Sambre, que no podian repasar, y no dejándoles otra alternativa que la victoria ó la

muerte. Marceau, Lefebvre, Championnet y Kleber mandaban los diferentes cuerpos, y de esta batalla data la primera gloria que rodeó sus nombres. Algunos atrincheramientos enlazados por fuertes reductos y defendidos por tropas escogidas cubrieron las dos extremidades avanzadas de nuestras alas y todo el centro de la division.

El príncipe de Coburgo renovó en aquella ocasion la eterna rutina de la antigua escuela, diseminando sus fuerzas y sus ataques. Dividió sus ochenta mil hombres en cinco columnas que avanzaron en semicírculo para acometer al ejército frances por todos los puntos y á un mismo tiempo. El príncipe de Orange, el general Quasnodowich, el príncipe de Kaunitz, el archiduque Cárlos, hermano del emperador, y el general Beaulieu, mandaban estas columnas de ataque. Las columnas avanzaron todas entre reveses y triunfos momentáneos contra las tropas republicanas. Championnet, arrollado por un instante, se retiró detras de los atrincheramientos. El espacio que dejó vacío se inundó al instante con la numerosa caballería austriaca, convirtiéndose por esta evolucion en el centro del campo de batalla.

La suerte del combate que sostenian contra aquellas masas Lefebvre y Championnet se le ocultaba á Jourdan por una nube de humo. En este momento se vió por cima de aquella humareda un globo que llevaba algunos oficiales del estado mayor frances. Carnot quiso aplicar al arte de la guerra la invencion hasta entónces estéril de la aerostática. Este punto móvil de observacion, cerniéndose por cima de los campos y despreciando las balas, debia ilustrar al genio del general en jefe. Los austriacos dirigieron algunos proyectiles contra el globo, y le obligaron á elevarse á una gran altura para evitarlos. Los oficiales que iban en él reconocieron, no obstante, la situacion peligrosa de Championnet, y bajaron precipitadamente para informar de ella á Jourdan. Este general marchó en seguida con sus reservas, compuestas de seis batallones y otros tantos escuadrones, al socorro de Championnet, y penetró con él al paso de carga y sobre montones de cadáveres en las posiciones abandonadas. El gran reducto fué reconquistado, y empezó á arrojar balas sobre las líneas austriacas, en las que abrió grandes claros. La caballería francesa se lanzó al galope en aquellas brechas y las hizo mayores á sablazos, tomando cincuenta piezas. Pero en el momento que Jourdan cortara el centro enemigo, el príncipe Lambesc, á la cabeza de los carabineros y coraceros imperiales reunidos, cayó sobre la caballería francesa y le arrebató su victoria y sus despojos. Empezábamos ya á replegarnos, cuando el príncipe de Coburgo, viendo la bandera tricolor que ondeaba sobre las murallas de Charleroi, conoció que el fruto de la jornada y de la campaña habia sido arrebatado al ejército coligado, é hizo tocar retirada. Entregando de este modo el campo de batalla á Jourdan, le entregó tambien con él el nombre de Fleurus y el honor de la victoria.

Veinte mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Aquella victoria nos dió de nuevo á Bélgica, y no tardó en hacer entrar bajo las leyes de la Convencion á las ciudades francesas que momentáneamente habian sido invadidas por el extranjero. Carnot y Saint-Just resolvieron reunir el ejército del Norte al ejército del Sambre y Mosa, lanzar á Pichegru á la conquista de Holanda, separar á Clairfayt del duque de York, cortar de este modo en trozos el ejército grande de la coalicion, hacer sublevar las provincias del Rhin y de los Países Bajos, aprovechar la



Toma de las líneas de Weissembourg
Pág. 370.

vacilacion de Prusia, separar al Austria del lado de nuestros enemigos, y escuchar las proposiciones pacíficas que el emperador empezaba á hacer á Robespierre. El carácter sufrido de éste habia herido, en efecto, vivamente la imaginacion de los hombres de Estado de la corte de Viena. Cansado de inútiles esfuerzos, asustado por la preponderancia de Prusia, inquieto por la inaccion de Rusia, é impaciente por las exigencias de Pitt, el gabinete austriaco meditaba una defeccion. Sólo la anarquía y la instabilidad del gobierno republicano impedian al emperador entrar en tratos, esperando para descubrirse que el advenimiento de Robespierre á la dictadura diese unidad á la república, un centro á las negociaciones, y una garantía á la paz.

IV

El solo peligro real de la república en los últimos meses de la campaña precedente habia sido el bloqueo de Landau y la ocupacion de las líneas de Weissembourg, estas dos puertas de nuestros valles del Rhin y de los Vosges. El comité de salud pública resolvió entónces hacer los más desesperados esfuerzos para reconquistar aquella posicion y hacer levantar el bloqueo de Landau. Landau ó la muerte, fué la contraseña de los tres ejércitos del Rhin, de los Ardennes y del Mosela. Los levantamientos en masa y el fervor unánime de las poblaciones belicosas de la Alsacia, de los Vosges y del Jura reforzaron rápidamente aquellos tres ejércitos.

Pichegru mandaba el del Rhin. Su carácter rudo y su exterior republicano habian conquistado á este general la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebas. Estos hombres sombríos veian en Pichegru un hombre de una virtud y de una modestia antiguas, capaces de salvar á la república é incapaces de pensar en dominarla. El alma ambiciosa de Pichegru ocultaba bajo un profundo disimulo el pensamiento de dominio que germinaba ya en su mente.

El mando del ejército del Mosela, destinado á verificar su union con el de Pichegru, fué dado por Carnot al jóven general Hoche, á quien sus hazañas en el ejército del Norte habian señalado á la consideracion de la república. A los veintiseis años, Hoche, unida al ardor de la edad, poseia ya la madurez de los generales antiguos. El fuego de la revolucion ardia en su alma, y no veia en la gloria más que el esplendor de la libertad. Aceptó el mando como se acepta un deber, dando de buen corazon su vida á la república en pago del honor que le tributaba. Los soldados, que veian en él hasta dónde podian extender su ambicion, ratificaron con sus aclamaciones la eleccion del comité. En pocos dias comunicó á su ejército el fuego que abrasaba su alma. Con treinta mil hombres se lanzó á la cima de los Vosges, combatiendo al principio con fortuna y despues con desgracia á Kaiserslautern; hasta en su derrota se replegó honrado por los representantes, testigos de su juventud y de su valor, reunió algunos refuerzos de los Ardennes, volvió á probar fortuna, se arrojó sobre Werdt para atacar y destruir á Wurmser, aturdió á este general austriaco, rechazó su ala derecha, tomó sus posiciones, hizo prisionero un cuerpo considerable, y verificó su reunion con el ejército del Rhin.

Admirados Baudot y Lebas de la decision y de la fortuna de los movimientos de Hoche, le destinaron, con perjuicio de Pichegru, al mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó á la vez á los prusianos, que estaban en masa alrededor de Weissembourg, y á los austriacos, acampados frente del Lauter, entre Weissembourg y el Rhin. Desaix y Michaud, sus tenientes, se precipitaron sobre aquellas líneas, las destruyeron y entraron victoriosos en Weissembourg. Levantóse el bloqueo de Landau. Los austriacos repasaron el Rhin, y los prusianos se retiraron á Maguncia. El anciano duque de Brunswick, que los mandaba, dejó el mando, humillado de verse derrotado por un general de veintiseis años.

Pero despues de aquellas hazañas, que habian purgado el suelo de la república y puesto dos ejércitos en manos de un adolescente, la envidia se habia cebado en el general Hoche. Celosos Saint-Just y Robespierre por su ascendiente sobre las tropas, y cediendo á las insinuaciones de Pichegru, le habian arrebatado, como á Custine, del medio de su campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, Hoche fué preso de nuevo á su llegada á Niza. Le llevaron á Paris, y fué encerrado en los Carmelitas. Algunos dias despues, una órden más severa le hizo trasladar á la Conserjería, con las manos atadas como si fuese un vil criminal. En la época de que vamos hablando, hacía ya cinco meses que yacía preso. El hombre que habia salvado la república, y que no tenia más crímen que su gloria, esperaba cada dia el suplicio por premio de los servicios tributados á su patria. Hoche se habia casado algunos meses ántes con una jóven de diez y seis años, que no tenia más dote que su amor, y estaba en correspondencia con ella por medio de billetes lacónicos que le hacía entregar burlando la vigilancia de sus carceleros. Vivia con la racion de la cárcel, y se vió precisado á vender su caballo

de batalla para mantenerse. Soportaba las privaciones, la indigencia, y hasta la perspectiva del suplicio, sin blasfemar ni áun interiormente de la república. «En estos gobiernos,—escribia á su esposa,—un general demasiado querido de los soldados que manda, es justamente sospechoso á los que gobiernan, como sabes. Es cierto que la libertad podria correr peligro por la ambicion de semejantes hombres, si fuesen ambiciosos; pero yo... No importa; mi ejemplo podrá ser útil á la causa pública. Despues de haber salvado á Roma, Cincinnato volvió á arar su campo; como él amo á mi patria, y yo no puedo sino volver á las filas de donde la casualidad y mi trabajo me han hecho salir, demasiado pronto para mi tranquilidad.»

«Si tú lees—le decia en otra carta—la historia de las repúblicas antiguas, verás que la maldad de los hombres atormenta á todos los que como yo han servido bien á la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche respiran el sentimiento de la antigüedad. En un tiempo en que la impiedad filosófica unida á la ligereza soldadesca borraba de la lengua y del corazon los sentimientos religiosos, admira el ver á un jóven héroe de la república elevar sin cesar su pensamiento al cielo, invocar á la Providencia, y hablar con un acento profundo á su mujer y á sus amigos de aquel gran Sér que le protege en los peligros, y al cual rendia su heroísmo como á orígen de todo beneficio.

Estos meses de prision y aquella sombra del cadalso hicieron de Hoche el héroe que debia dentro de poco ahogar la guerra civil, tanto por la generosidad como por la fuerza.

V

Despues de los cuarteles de invierno de 1793 á 1794, las demas fronteras presentaban la misma seguridad que las del Rhin. En Saboya, el general Dumas se apoderó de las alturas de los Alpes, y amenazaba desde la cumbre del San Bernardo y de Mont-Cenis á los piamonteses, aliados del Austria. El comité de salud pública meditaba la invasion de Italia. Massena y Serurier nos abrian paso á paso el acceso por el lado de Niza. Bonaparte, que no era todavía más que comandante de un batallon en aquel ejército, enviaba los planos á Carnot y á Barras. Aquellos planos revelaban en el jóven y desconocido oficial el genio futuro de la invasion.

En la Vendée, las columnas incendiarias de los republicanos llevaban por todas partes las llamas y la muerte. El general en jefe, Elbée, cayó en su poder y murió fusilado en Nantes.

En los Pirineos, el ejército español, privado por la muerte de sus dos generales Ricardos y O'Reilly, se cubria con el rio Ter de los ataques de Augereau, de Perignon y de Dugommier. El viejo general Dagobert, impaciente por la inaccion á que estaba reducido en la Cerdaña, invadió á Cataluña, triunfó en Montelló, y espiró de fatiga en la Seo de Urgel, á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber impuesto sobre sus conquistas ricas contribuciones que habia entregado fielmente en la caja del ejército, Dagobert murió sin otra riqueza que su uniforme y su sueldo. Los oficiales y soldados de su ejército se vieron obligados á escotar para subvenir á sus humildes pero gloriosos funerales. El general español conde de la Union, arrojado de posicion en posicion hasta la cumbre de los Pirineos, abandonó todos los valles y se retiró bajo el cañon de Figueras.

El rey de España proponia la paz, no poniendo más condiciones que la libertad de los hijos de Luis XVI y un modesto establecimiento para el Delfin en las provincias limítrofes de España. El comité de salud pública escribió al representante del pueblo que le habia comunicado estas condiciones: «El cañon es el que debe responder. Avanzad y herid». Dugommier, obedeciendo á aquella órden, cayó vencedor, habiéndole deshecho la cabeza una granada. «Ocultad mi muerte á los soldados,—dijo á sus dos hijos y á los oficiales que le levantaron,—á fin de que la victoria consuele al ménos mi último suspiro.» Perignon, nombrado general en jefe en lugar de Dugommier, acabó de conseguir la victoria.

Los generales Bon, Verdier y Chabert deshicieron las columnas y cargaron á la bayoneta el campo enemigo. La muerte del general en jefe del ejército español en la toma del reducto, y la de otros tres generales, vengaron la de Dugommier y produjeron la derrota del ejército enemigo. Diez mil españoles fueron hechos prisioneros, y Figueras cayó en poder de Augereau y de Victor. La frontera quedaba libre, y el enemigo se retiraba en todas partes ante la constancia y el valor de nuestros batallones. La obstinacion de Robespierre, el genio de Carnot y la inflexibilidad de Saint-Just habian llevado la guerra al extranjero.

VI

En el Océano, la república mantenia, si no su poder, al ménos su heroísmo. Sobre la mar, la guerra no es solamente de valor y de número: el hombre no es bastante; son necesarios la madera, el bronce, los aparejos, la maniobra y la disciplina; se improvisa un ejército, pero se crean lentamente las escuadras y los hombres capaces de manejarlas. Nuestra marina, exhausta de oficiales por la emigracion, y de buques por el desastre de Tolon, acababa de ser víctima de los insurrectos. La escuadra de Brest, mandada por el almirante Morard de Galles, que cruzaba en las costas de Bretaña, falta de víveres, de municiones y de confianza, se habia sublevado contra sus oficiales y les habia obligado á volver á Brest, so pretexto de que se la tenia alejada de este puerto para entregarla á los ingleses, como en Tolon.

El comité de salud pública envió tres comisionados á Brest: Prieur de la Marne, Treilhard y Jean-Bon Saint-André. Estos aparentaron dar la razon á las tripulaciones y buscar en los jefes de la escuadra imaginarias conspiraciones, estableciendo el Terror en el agua, así como se habia establecido en la tierra. Las destituciones, la prision y la muerte diezmaron los oficiales de nuestra marina. Morard de Galles fué reemplazado por Villaret-Joyeuse, simple capitan de navío, elevado por la insubordinacion al rango de jefe de escuadra. Los buques sublevados tuvieron nuevos jefes, y hasta nuevos nombres tomados de los grandes acontecimientos de la revolucion.

Miéntras tanto, se esperaban de América en las costas del Océano doscientos buques cargados de granos. Villaret-Joyeuse recibió órden para hacer salir de nuevo la escuadra y tenerla á cierta altura en la mar, para proteger la entrada en las aguas francesas de aquellas doscientas velas, y para ejercitar entre tanto las tripulaciones en grandes maniobras. Nuestra escuadra contaba veintiocho navíos de línea, restos imponentes de nuestros armamentos de América y de las Indias. Villa-

Combate de 1.º de Prairial. *El Vengador*.
Pág. 375.

ret-Joyeuse y Jean-Bon Saint-André montaron el navío de ciento treinta cañones llamado *La Montaña*. Apénas la escuadra, majestuosa por su número, por su entusiasmo y por su patriotismo, se habia alejado en el mar formada en tres columnas, cuando fué descubierta por el almirante Howe, que cruzaba con treinta y tres navíos ingleses en las costas de Normandía y Bretaña. El almirante frances queria evitar el combate, con arreglo á las órdenes que habia recibido, para proteger ante todo el desembarque de los granos sobre nuestro hambriento litoral. El entusiasmo de los marinos, exaltado por la vehemencia revolucionaria de Jean-Bon Saint-André, forzó á Villaret-Joyeuse á hacer lo que no queria. La escuadra bogó por sí misma hácia el combate, movida por aquel impulso popular que arrastraba entónces á nuestros batallones.

Los ingleses fingieron evitarlo en un principio, cebando de este modo la impericia de nuestros representantes. Villaret-Joyeuse por su parte no queria para su escuadra sino el honor del fuego, sin el peligro de un combate naval, esperando satisfacer, disparando unas cuantas andanadas, la sed de gloria de Jean-Bon Saint-André. Sólo las dos retaguardias se empeñaron. El navío frances *El Revolucionario*, medio hecho pedazos y casi sumergido, pudo escaparse de tres navíos ingleses, y entró desarbolado en Rochefort. La noche separó las dos escuadras, que volvieron á verse en cuanto se hizo de dia. Tres navíos ingleses, lanzados contra el

centro de la línea francesa, se aferraron como unos brulotes al navío *El Vengador* é incendiaron su aparejo. Se iba ya á empeñar el combate general, cuando una espesa niebla cayó sobre el Océano y envolvió por espacio de dos dias á las dos escuadras en una oscuridad que hacía imposible toda maniobra; pero durante esta oscuridad maniobró inapercibido el almirante Howe, poniéndose á barlovento con la escuadra francesa, ventaja inmensa que permitia á la escuadra favorecida aumentar su fuerza y su movilidad con el apoyo que le daba todo un elemento.

Esto era al amanecer del 1.° de Junio de 1794. El cielo estaba despejado, las olas agitadas pero manejables, y el valor era igual por ambas partes, pero más desesperado por parte de los franceses, y más confiado y tranquilo en los enemigos. Algunas voces de *¡Viva la república! ¡Viva la Gran Bretaña!* salieron de las dos escuadras. El viento se agitaba entre ambas á la par de las olas, apagando con su fuerza el eco de las canciones patrióticas de ambas naciones.

El almirante inglés, en vez de abordar de frente á la línea francesa, oblicuó sobre ella cortándola en dos trozos, separó nuestra izquierda y la batió con toda su artillería, miéntras que nuestra derecha, teniendo el viento contrario, presenció inmóvil el incendio de sus navíos. Jamás otro ardor semejante llevó unos contra otros los buques de dos pueblos rivales. La madera y las velas parecian arder en la misma impaciencia que ardian los marineros de ambas naciones. Cuatro mil bocas de fuego se respondian mutuamente á tiro de pistola, vomitando una nube de metralla. Las arboladuras estaban destrozadas, las velas ardiendo, y los entrepuentes sembrados de miembros y de los restos de las jarcias. Howe, á bordo del navío *Reina Carlota,* combatia en persona, como en un gran desafío, al navío almirante *La Montaña*. *El Jacobino,* por una falsa maniobra, habia dejado un claro en nuestra línea y al descubierto á aquel buque. La izquierda francesa estaba deshecha sin ser vencida. En sus banderas habia escrito: *¡La victoria ó la muerte!* El centro habia sufrido poco, y la noche ocultó aquella carnicería, que cesó con la venida de sus sombríos velos.

Seis navíos republicanos estaban separados del resto de la escuadra y cercados por los de Howe; el dia debia alumbrar su rendicion ó su incendio, y el almirante queria salvarlos ó volar con ellos. La reflexion habia moderado al representante del pueblo Jean-Bon Saint-André, y la escuadra habia hecho bastante por la gloria. Sólo el disputar la victoria era ya un triunfo para la república. El representante mandó tocar retirada. Le acusaron de cobardía, y quisieron arrojarle al agua. El navío *La Montaña* no era ya sino un volcan apagado; habia recibido en su costado trescientas balas; todos sus oficiales estaban heridos ó muertos, y sólo un tercio de su tripulacion habia sobrevivido al combate. El almirante perdió su banco de cuarto, estando sentado en él. Todos los artilleros yacian al pié de las piezas, y lo mismo sucedió en todos los navíos que habian tomado parte en la accion.

El Vengador, rodeado por tres navíos enemigos, combatia aún, á pesar de tener á su capitan partido por medio del cuerpo, mutilados todos sus oficiales, diezmada la tripulacion, caidos sus palos, y sus velas hechas cenizas. Los navíos ingleses se separaban de él como de un cadáver cuyas últimas convulsiones pueden ser peligrosas, pero que no pueden ménos de ser mortales. La tripulacion, embriagada de sangre y de pólvora, llevó el orgullo del pabellon hasta suicidarse

en masa. Clavó su bandera en el trozo de un palo, se negó á capitular, y esperó á que el agua, que invadia el buque por instantes, le hiciera irse á pique. A medida que el navío se sumergia de puente en puente, la intrépida tripulacion disparaba la batería que la mar iba á cubrir. Apagada aquélla, la tripulacion subia á la de la parte superior, y descargaba otra andanada sobre el enemigo. En fin, cuando las aguas estaban ya sobre cubierta, estalló la última á nivel del mar, y la tripulacion se hundió con el navío al grito de *¡Viva la república!*

Consternados de admiracion los ingleses, arrojaron al mar todos sus lanchones y salvaron aún bastante gente. El hijo del ilustre presidente Dupaty, que servia en *El Vengador*, fué recogido y salvado de este modo. La escuadra volvió á Brest como un herido victorioso. La Convencion decretó que habia merecido bien de la patria, y ordenó que se colocase en las bóvedas del Panteon un modelo de *El Vengador*, estatua naval del buque que habia preferido irse á pique á rendirse al enemigo. Los poetas José Chenier y Lebrun le inmortalizaron en sus estrofas. El heroico naufragio de *El Vengador* se convirtió en una de las canciones populares de la patria, y fué para nuestros marinos la *Marsellesa* de la mar.

De este modo triunfaba ó se ilustraba en todas partes la república. La Convencion convidaba á todas las artes y á todos los ingenios para celebrar los primeros triunfos de la libertad. Como los peligros de 1793 habian tenido su Tirteo en Rouget de Lisle, las victorias de 1794 tuvieron el suyo en José Chenier y en Lebrun. Entónces fué cuando Chenier compuso el *Canto de partida*, cuyas notas respiran el triunfo, así como las de la *Marsella* respiran el furor. Hé aquí el canto:

UN DIPUTADO DEL PUEBLO.

La victoria cantando nos abre la barrera,
La libertad guia nuestros pasos;
Y desde el Norte al Mediodía, la trompa guerrera
Ha anunciado la hora del combate.
¡Temblad, enemigos de la Francia!

. . . . . .

La república nos llama.
Sepamos morir, sepamos vencer.
Un frances debe vivir por ella.
¡Por ella un frances debe morir!

CORO DE GUERREROS.

La república, etc.

UNA MADRE DE FAMILIA.

No temais ver salir las lágrimas de nuestros ojos maternales.
¡Léjos de nosotras un dolor cobarde!
Nosotras debemos triunfar cuando vosotros tomeis las armas.

. . . . . .

Nosotras os hemos dado la vida,
Guerreros, esa vida no es vuestra:
Todos vuestros dias son de la patria.
Ella es vuestra madre ántes que nosotras.

CORO DE MADRES DE FAMILIA.

La república, etc.

El horizonte se aclaraba en todas nuestras fronteras, miéntras que se oscurecia más cada dia en Paris. La sangre de las víctimas se mezclaba con la sangre de los defensores de la patria.

VII

Cuanto más terrible se habia mostrado el comité de salud pública con el partido de Hebert y de Danton, tanto más obligado se creia á mostrarse implacable con los sospechosos de todas las opiniones. Sólo el terror podia, segun sus ideas, servir de excusa al Terror. Despues de haber descargado sobre los más ilustres fundadores de la república, era necesario que se le creyese inexorable con sus enemigos. El único resorte del gobierno era la guillotina. No se le dejaba el poder al comité sino á trueque de conceder al pueblo todas las víctimas que quisiese pedirle. Entre los miembros de aquél, unos, como Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Barere, erigian aquella ferocidad en sistema y se cubrian con su impasibilidad; los otros, como Couthon, Saint-Just y Robespierre, cerraban los ojos y concedian la sangre al pueblo para aficionarle á la república halagando sus malos instintos, haciéndose á sí mismos una gran fuerza hasta persuadirse que impedirian á la revolucion que degenerase en la anarquía, apoyando la república en el cadalso. Se lisonjeaban quiméricamente estos hombres de sacar de la misma sangre la fuerza necesaria para restañar la sangre; porque quizá ninguno de ellos queria por sistema empapar en ella su mano ni manchar su nombre. Pero una vez lanzado el Terror, pensaban que debia arrebatar todo hombre que fuese el primero que intentase detenerle en su carrera.

El ejemplo de los girondinos, de Danton y de Camilo Desmoulins era demasiado reciente para ser olvidado con facilidad. Robespierre y sus amigos espiaban la hora de poder contener aquella carnicería; los Jacobinos les espiaban tambien, y la hora propicia no se presentaba nunca. Era necesario, decian éstos, deshacerse de tales ó cuales hombres, sospechosos, peligrosos ó feroces. Couthon, Saint-Just y Robespierre daban largas á la clemencia, se cubrian con el velo de la justicia y transigian con el cadalso. Su crímen no consistia tanto en sufrir el Terror como en haberle creado. Entre tanto, éste sacrificaba sin eleccion, sin justicia y sin piedad las cabezas más cultas al par de las más oscuras. La guillotina estaba al nivel de todos los cuellos y segaba indistintamente todos los rangos. La filosofía de Robespierre se convertia en un asesinato permanente. El abismo le arrastraba. ¡Leccion terrible para quien da el primer paso más allá de su conciencia y de la justicia!

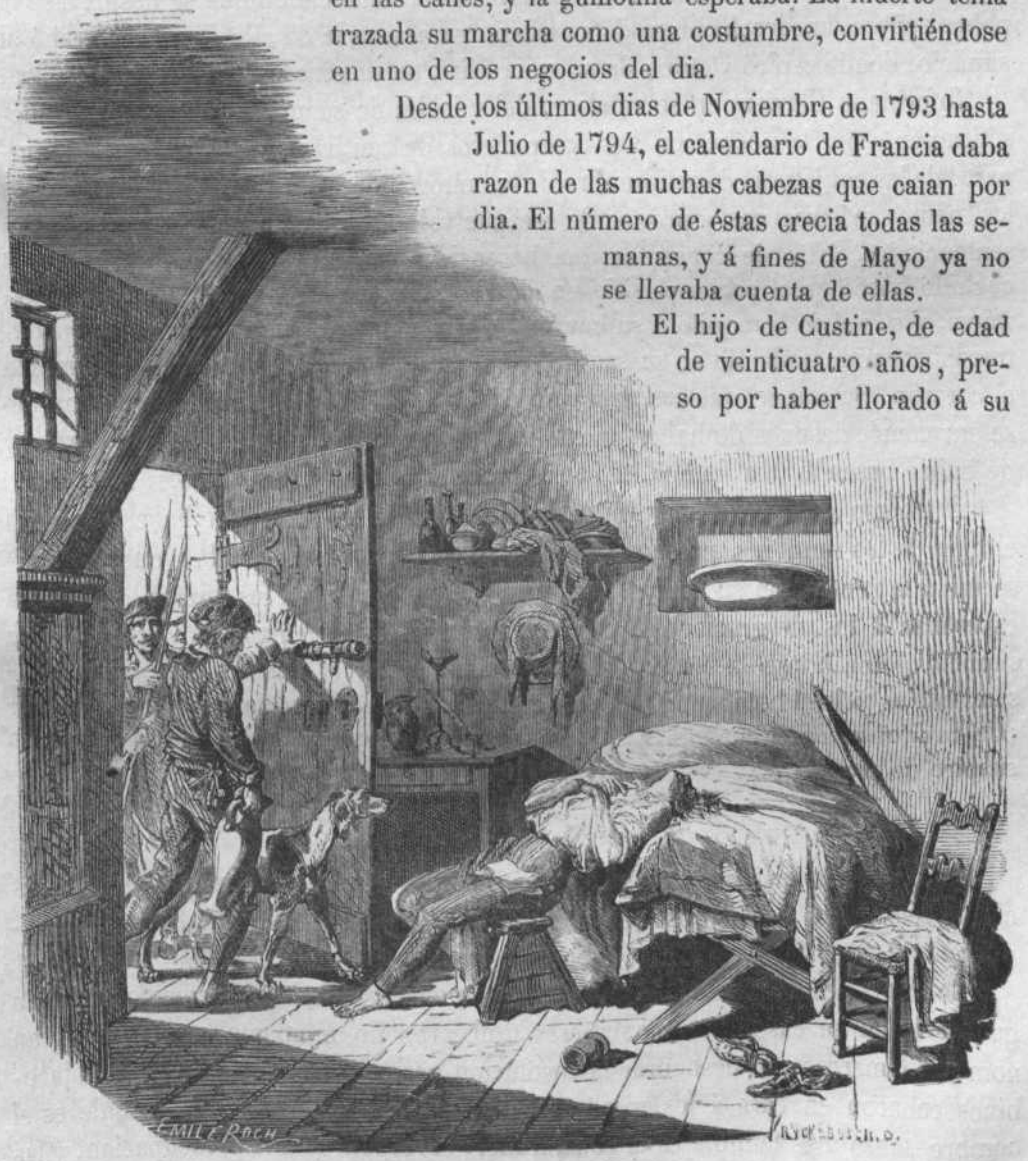
El comité de salud pública no se habia reservado en la distribucion de los juicios y de los suplicios sino una especie de funcion mecánica reducida á una siniestra formalidad; denunciaba rara vez por sí mismo, á no ser en aquellas circunstancias solemnes en que los procesos adquirian el color y la gravedad de los crímenes de Estado. El comité recibia las denuncias de Paris, las de los representantes comisionados, las de los clubs y las de los departamentos; pasaba una simple ojeada por ellas, ó se fiaba del informe de sus miembros, y enviaba á los acusados al tribunal revolucionario. De este modo, no cabian ya los presos en las diez y ocho cárceles de Paris. Los nombres, los documentos y las delaciones de éstos llena-

ban el archivo de *Fabricio* y los cartapacios de Fouquier-Tinville. Cada tarde, el acusador público se presentaba en el comité á recibir órdenes. Si éste queria una ejecucion urgente, remitia á Fouquier-Tinville la lista de los acusados cuyo juicio necesitaba apresurar. Si el comité no tenia ninguna cabeza de importancia que cortar, dejaba á Fouquier-Tinville que agotase, bien por el órden de la lista, ó bien á la casualidad, los innumerables nombres que contenia, entendiéndose el acusador público con el presidente del tribunal, asociando en masa ó por analogía de acusacion los presos, las más de las veces extraños los unos á los otros. El redactaba y sostenia la acusacion y disponia la ejecucion inmediata de los sentenciados.

Este mecanismo de asesinato marchaba por sí solo. Se buscaban las carretas en proporcion al número de los que se calculaba serian sentenciados, y á una hora marcada esperaban en el patio del palacio de justicia. Las *insultadoras* públicas rodeaban las carretas, los ejecutores bebian en las cantinas, el pueblo se apiñaba en las calles, y la guillotina esperaba. La muerte tenia trazada su marcha como una costumbre, convirtiéndose en uno de los negocios del dia.

Desde los últimos dias de Noviembre de 1793 hasta Julio de 1794, el calendario de Francia daba razon de las muchas cabezas que caian por dia. El número de éstas crecia todas las semanas, y á fines de Mayo ya no se llevaba cuenta de ellas.

El hijo de Custine, de edad de veinticuatro años, preso por haber llorado á su



Muerte de Condorcet.—Pág. 381.

padre, esperaba en un calabozo su sentencia. Su juventud, su belleza y las lágrimas de su esposa, que le visitaba libremente, habian enternecido á la hija de un carcelero. Aquella jóven cómplice habia proporcionado á Custine vestidos de mujer con los cuales podia evadirse á la caida de la tarde. Madama Custine le habia entregado treinta mil francos en oro para los preparativos de la fuga; tenia preparado un coche y un asilo seguro donde ocultarse despues de su evasion. El dia y la hora señalada habian llegado. Custine supo que un decreto de la Convencion condenaba á muerte á los que favoreciesen la fuga de un preso; se quitó el traje que debia salvarle, y resistió á los ruegos de su esposa y á las súplicas de la jóven, que le habia jurado seguirle ó entregarse á la muerte por él si era necesario. Nada pudo vencerle; se quedó y fué juzgado. La última noche de su vida la pasó en el calabozo comun de los presos, tiernamente ocupado en enjugar las lágrimas de su esposa y en exhortarla á que no atentase contra su vida, para que pudiera educar el fruto de sus amores. Los primeros albores del dia hicieron que se desmayase la pobre señora, aprovechándose de su estado para sacarla de allí. Custine marchó al suplicio, donde espiró víctima de su amor filial, de su generosidad y de su nombre.

Informado Claviere en su calabozo del suicidio de su amigo Roland, habló filosóficamente por la noche con sus compañeros de cautiverio, á la luz de una lámpara, de las conjeturas ó certidumbre de la inmortalidad. En seguida enumeró todos los medios más seguros y prestos de escapar voluntariamente de la muerte de los sentenciados, á fin de conservar una herencia á sus hijos. Con la punta de un cuchillo buscó en el pecho el sitio en donde palpitaba su corazon para no engañarse, y se volvió tranquilo á su cuarto. Al dia siguiente, los carceleros le encontraron dormido nadando en su sangre, con la mano en el puñal que le atravesaba el corazon. Su mujer, que era genovesa como él, al saber la muerte de su marido se envenenó, despues de haber puesto en salvo lo que le restaba de sus bienes, y de haber buscado una familia de confianza que cuidase de sus hijos.

El obispo de Lyon, Lamourette, acusado por los realistas por haber esperado el bien de los hombres, proscrito por los revolucionarios por haber querido conservar á la revolucion su conciencia, convertia en la cárcel á los impíos, é infundia esperanza á los desgraciados. «No, amigos mios,—exclamaba la víspera de su suplicio golpeándose la frente,—no se puede matar al pensamiento, ¡y el pensamiento es todo el hombre! ¿Qué es la guillotina?—decia burlándose del cadalso.—¡Un capirotazo en el cuello!» El último suspiro de aquel hombre de bien fué un suspiro de paz.

VIII

No quedaban más que dos girondinos ilustres, que habian escapado por espacio de seis meses á las proscripciones de la Montaña: éstos eran Louvet y Condorcet.

Condorcet esperaba el 1.° de Junio por la mañana á los gendarmes que debian guardarle en su casa. Los montañeses titubearon un momento ante aquel gran nombre, temerosos de deshonrar la revolucion proscribiendo al filósofo. Los jacobinos echaron en cara á los montañeses su debilidad. Cuanto más grande es el hombre, tanto más temible es el conspirador; el respeto es una preocupacion, y las cabezas más altas deben caer las primeras. Condorcet, movido por las lágrimas de

su mujer, y arrastrado por Mr. Pinel, buscó asilo seguro en la calle de Servandoni, en uno de esos cuartos oscuros de Paris ocultos con la sombra de las altas paredes y de las torres de San Sulpicio. Allí, una pobre viuda adicta á los desgraciados, madama Vernet, poseia una pequeña casa cuyas habitaciones alquilaba á algunos vecinos pacíficos y desconocidos como ella. Mr. Pinel condujo á Condorcet á oscurecerse á aquel asilo. Quiso decir á madama Vernet el nombre del amigo que confiaba á su hospitalidad. «No,—respondió aquella mujer generosa á Mr. Pinel,—no quiero saber su nombre; sé que es desgraciado, y basta. Yo le salvaré por amor á Dios, por vuestra amistad, y no por su nombre. Su asilo será así más seguro, y mi adhesion más desinteresada.»

Condorcet se encerró con algunos libros y con sus pensamientos en un cuarto del último piso; tomó un nombre supuesto; no salia ni abria la ventana de su habitacion sino por la noche, y no bajaba de ella sino para comer como un convidado en la mesa de su huéspeda. Un dia creyó conocer en la escalera á un convencional del partido de la Montaña llamado Marcos. «Soy perdido,—le dijo á madama Vernet;—hay un montañes alojado en vuestra casa. Dejadme que me vaya, porque soy Condorcet.» «Estaos quieto,—le respondió la intrépida mujer.—Conozco á Marcos y respondo de él. Voy á comprometerle por mi propia salvacion, y voy á decirle: Condorcet está aquí, sé que se halla proscrito, y le he dado asilo. Si es descubierto, yo pereceré con él. Un solo hombre sabe este secreto; si se descubre, si Condorcet es guillotinado, su sangre y la mia caerán sobre vuestra cabeza.» El convencional fué discreto, y el proscriptor y el proscrito se encontraban todos los dias en la escalera, y pasaban uno al lado del otro fingiendo no conocerse.

Condorcet permaneció en aquel asilo ignorado todo el invierno de 1793 y los primeros meses de la primavera de 1794. Allí escribió, en medio del estruendo de las demencias y de los furores de la libertad, su libro *De la perfectibilidad del género humano*. La esperanza del filósofo sobrevivia en él á la desesperacion del ciudadano. Sabía que las pasiones son pasajeras, y eterna la razon, y la confesaba como el astrónomo confiesa al astro hasta en su eclipse. En su soledad se consolaba con el trabajo y con las asiduas visitas de su jóven esposa, cuya brillante hermosura y cuya alma elocuente habian causado la embriaguez de su juventud y hecho el atractivo de su casa. Pertenecia esta señora á la familia de Grouchy. Trocado su lujo despues de la pérdida de su familia y de la proscripcion de su marido en indigencia, aquella jóven ganaba su vida haciendo los retratos de los personajes célebres del Terror. Aquellos advenedizos de la libertad se gozaban en hacer reproducir su imágen por la mano de una aristócrata. Por la noche, madama de Condorcet se deslizaba inapercibida por las sombrías callejuelas que conducian á la casa de su marido, proporcionándole misteriosamente algunas horas de consuelo y de felicidad; horas tanto más dulces, cuanto que eran robadas á la muerte.

Condorcet habria sido dichoso y se hubiera salvado si hubiese sabido esperar. Pero la impaciencia de su ardiente imaginacion le consumia, y fué la que le perdió. Asaltado, á la vuelta de la primavera y de la reverberacion del sol de Abril en las paredes de su cuarto, por la idea de respirar con libertad y salir de aquel encierro, y por un deseo vehemente de volver á ver la naturaleza y el cielo, madama Vernet se vió precisada á guardarle como á un verdadero preso, temerosa de que se evadiese á su bienhechora vigilancia. No cesaba de hablar de la dicha de

recorrer los campos, de sentarse á la sombra de un árbol, de escuchar el canto de los pájaros, el ruido de las hojas y el murmullo de las aguas. El primer verdor de los árboles del Luxemburgo que entreveia desde su ventana exaltó aquella sed de aire y de movimiento hasta el delirio. La puerta de la casa estaba siempre cerrada y vigilada para que Condorcet no pudiera escaparse.

En fin, el 6 de Abril de 1794 á las diez de la mañana, estando el dia hermosísimo y más provocativo que de ordinario, Condorcet bajó so pretexto de almorzar en la sala comun. Esta se hallaba próxima á la puerta de la calle, y apénas se sentó, fingió haber olvidado un libro en su cuarto. Madama Vernet se ofreció sin sospechar nada á ir á buscarlo. Condorcet aceptó, y aprovechó la ausencia de su huéspeda para escaparse de la casa.

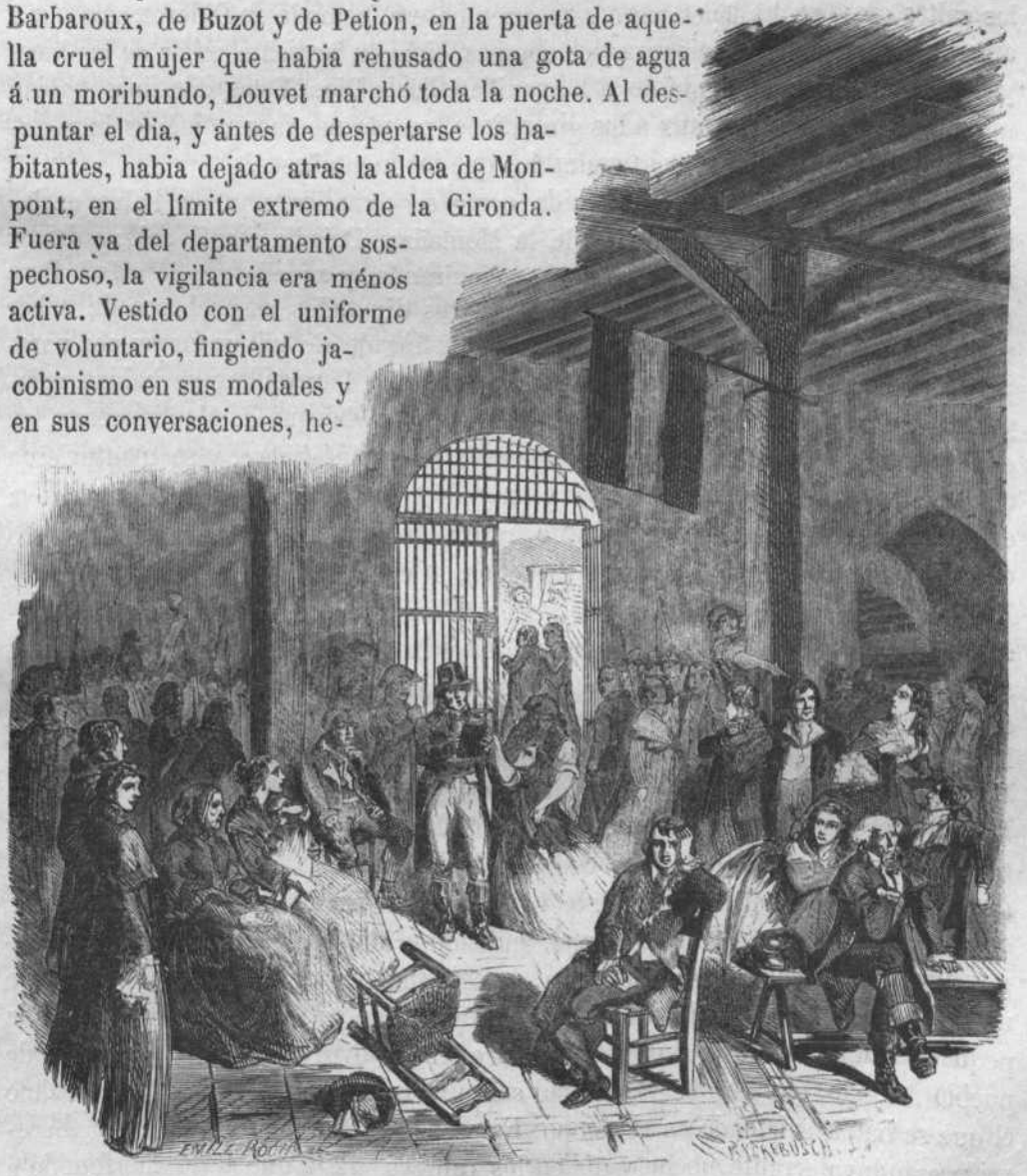
A pocos pasos de ella, Condorcet encontró en la calle de Vaugirard á un comensal de su huéspeda llamado Serret. Este jóven, temblando por el fugitivo, le acompañó, y despues de haber pasado juntos la barrera, se abrazaron y se separaron. Por la noche, Condorcet fué á llamar á la puerta de la casa de campo donde monsieur y madama Suard, sus amigos, vivian retirados, en la aldea de Fontenay-aux-Roses. Le abrieron la puerta sin dificultad, y nadie sabe lo que pasó en aquella entrevista nocturna, entre el proscrito mendigando un asilo, y unos amigos temiendo atraer sobre sus cabezas la cuchilla de la guillotina por haber ocultado á un acusado. Unos dicen que la amistad fué tímida, otros que Condorcet se negó generosamente á aceptar las ofertas que le hicieron, temeroso de arrastrar en pos de sí su desgracia y *su crímen,* y de que sus amigos fuesen víctimas inocentes de su mala estrella. Sea como quiera, despues de una corta conversacion en voz baja, salió de la casa por una puerta secreta, hácia la medianoche.

Se asegura que volvió algunas horas despues, y que encontró cerrada con cerrojo aquella misma puerta que debia haber hallado franca; conjeturas que rechazan ó autorizan igualmente el carácter generoso de Suard y la ternura de una esposa alarmada que temblaba por su marido; calumnia de la amistad quizá, que contristó hasta el fin de su vida á aquellos á quienes se achacó la responsabilidad del suceso del dia siguiente.

La noche cubria con su negro velo los pasos y la irresolucion de Condorcet. Al dia siguiente por la tarde se vió á un hombre fatigado, con los piés llenos de barro, pálido y con la vista extraviada y una larga barba, entrar en un ventorrillo de Clamart. Su traje de obrero, su gorro de lana y sus zapatos herrados contrastaban con la delicadeza de sus manos y con la blancura de su cútis. Pidió huevos y pan, y los comió con un ánsia que atestiguaba una larga abstinencia. Preguntado por el dueño del ventorrillo sobre su profesion, respondió que era criado de un señor que acababa de morir; para confirmar esta asercion, sacó del bolsillo una cartera que contenia unos papeles falsos. La elegancia de ésta, que chocaba con la pretendida domesticidad del desconocido y con la mala ropa que llevaba, denunció á Condorcet. Algunos miembros del comité revolucionario que comian en la misma sala le arrestaron como sospechoso, y quisieron conducirle á la cárcel de Bourg-la-Reine. Con los piés llagados por las largas marchas del dia anterior y noche precedente, Condorcet se desmayaba con frecuencia; los hombres que le escoltaban se vieron precisados á subirle en un caballo de un pobre labrador que pasaba por el camino. Arrojado á la cárcel de Bourg-la-Reine, el filósofo tragó un veneno que llevaba

siempre consigo; arma secreta contra los excesos de la tiranía. Condorcet se durmió: aquel sueño le ocultó su propia muerte, y sustrajo una cabeza al hacha del verdugo. Los guardias nacionales que vigilaban á la puerta, y que no oyeron ningun ruido en el calabozo, se encontraron por la mañana con un cadáver en lugar del preso que habian encerrado el dia ántes. Así murió aquel Séneca de la escuela moderna. Puesto entre los dos campos para combatir el mundo antiguo y moderar el nuevo, Condorcet pereció en su choque sin aturdirse y sin quejarse; sabía que las verdades no se dan gratuitamente á la humanidad, sino que se compran, y que la vida de los filósofos es el rescate de la verdad. El tiempo del reconocimiento no ha venido aún para él, pero vendrá y amnistiará la memoria del filósofo de los cargos hechos á la juventud y al ardor del patriota.

El mismo dia que Condorcet espiraba en Bourg-la-Reine, Louvet entraba en Paris. Despues de haberse separado en Saint-Emilion, en medio de la noche, de Barbaroux, de Buzot y de Petion, en la puerta de aquella cruel mujer que habia rehusado una gota de agua á un moribundo, Louvet marchó toda la noche. Al despuntar el dia, y ántes de despertarse los habitantes, habia dejado atras la aldea de Monpont, en el límite extremo de la Gironda. Fuera ya del departamento sospechoso, la vigilancia era ménos activa. Vestido con el uniforme de voluntario, fingiendo jacobinismo en sus modales y en sus conversaciones, he-



Las hornadas de la guillotina.—Pág. 385.

rido en una pierna, y subiendo en el camino á los carros cargados de paja ó de yerba que llevaban las requisiciones á las ciudades, consiguió Louvet, á fuerza de disfraces y de astucias, aproximarse á Paris, en donde entró al fin, gracias á la adhesion de un guía fiel, y despreció en el seno del misterio y del amor los resentimientos de Robespierre. Cada dia, al noticiarle la muerte de uno de sus amigos, le hacian gozar de la vida como se goza de una felicidad que va á concluirse.

IX

Lareveillere-Lepeaux, diputado girondino como Louvet, fué del escaso número de los que se libertáron á la sombra de la guillotina. La revolucion habia encontrado á Lareveillere simple abogado de Mortagne, su patria, en el Bajo Poitou. Los nuevos principios habian sido para él, no un furor, sino una religion. Como discípulo de los filósofos, soñaba en el advenimiento de la razon humana, así en los cultos como en las leyes; pero esta razon no era, como la de Diderot, una burla amarga contra las instituciones y los dogmas, sino un ardiente amor de las luces y una aspiracion apasionada de la humanidad hácia Dios. Estas doctrinas habian unido á Lareveillere-Lepeaux á los girondinos, no porque fuesen ménos incrédulos, sino porque eran ménos sanguinarios que los montañeses.

Denunciado al otro dia de su caida como su cómplice, una voz habia exclamado con desprecio desde lo alto de la Montaña: «Dejadle *morir solo;* no tiene ni dos dias de vida». En efecto, estaba agonizando, y aquella voz le salvó. Pero proscrito al poco tiempo con los setenta y tres diputados sospechosos de haber sentido la caida de la Gironda, habia huido disfrazado de mil maneras por parajes desconocidos. Bosc, amigo de madama Roland, y Lareveillere se habian refugiado en un principio en una choza abandonada del bosque de Montmorency, en donde pasaron el invierno. Ni el uno ni el otro tenian dinero, y se mantuvieron con patatas y caracoles. Una gallina y un gallo eran toda su riqueza. Cansados ya de privaciones, extenuados de hambre, resolvieron un dia matar la gallina; pero un ave de rapiña, más hambrienta que ellos, la mató y se la llevó.

Cuando los administradores del Sena y Oise iban á cazar al bosque, Lareveillere y Bosc se escondian bajo las pilas de yerba ó bajo los montones de hojas secas. Pero habiendo sospechado algo los guardas, tuvieron que separarse, yendo cada uno á mendigar un asilo á la casualidad. Lareveillere se dirigió hácia el Norte; allí, un amigo fiel le habia ofrecido en otros tiempos darle hospitalidad. Vestido de andrajos, con los piés descalzos, y desfigurado por el insomnio y la fatiga, el proscrito encontró en el camino real al representante del pueblo Bouchotte, en un coche tirado por cuatro caballos, cubierto de laureles y de banderas tricolores, y el representante con el gorro frigio. Lareveillere temió ser conocido, y se apartó del camino real, andando errante por aquellos campos algunos dias. Un pastor repartió con él sus provisiones y su cabaña. Al dia siguiente un pobre campesino le dió un pan que llevaba para su hijo. A las puertas de la pequeña ciudad de Roye, inmediato á Buire, el fugitivo encontró una porcion de pueblo reunido, que llevaba á la ciudad sobre unas parihuelas á un proscrito como él que se habia suicidado en el campo. Este encuentro heló todo su valor. Lareveillere anduvo errante noche y dia en los campos, hasta que llegó moribundo á la puerta de su amigo. Este le recibió como á un hermano, y oculto, cuidado y

restablecido por la atencion de una familia generosa, pasó los malos dias de la revolucion bajo un nombre supuesto, entregándose en paz á su pasion favorita, que era el estudio de las plantas. Allí fué donde, inspirado por aquella divinidad que se descubre y que habla en las maravillas de la naturaleza, Lareveillere entrevió la religion simple y pastoral de que más tarde fué, no el inventor, sino el apóstol, y á la que se dió el nombre de *teofilantropía*. Aquella piadosa filosofía, compuesta de los dos dogmas elementales sacados del Evangelio, el amor de Dios y el de los hombres, fué predicada desde luégo por H. Haüy, hermano del abate de este nombre y célebre naturalista.

Lareveillere, cuyo nombre lleva esta religion, no tomó más parte en ella que la de ser el protector de sus inocentes ceremonias y de su moral, cuando la fortuna le elevó á la primera magistratura de la república. La ligereza burlona de la opinion atribuyó aquella tentativa de culto á Lareveillere-Lepeaux, cubriendo su nombre de ridículo. Proclamar la divinidad en medio del materialismo, la moral al pié de los cadalsos y el amor en el seno de las discordias civiles, no eran cosas que mereciesen aquel desprecio. Nada de lo que se dirige á elevar la humanidad hácia Dios debe ser rebatido por la irrision. Todas las ideas religiosas, áun cuando aborten, con el tiempo tienen su inmortalidad en la naturaleza. El nombre de Lareveillere-Lepeaux quedó honrado por el pensamiento que elevó hácia Dios desde el seno de las teorías de la nada.

Otro filósofo, Mr. de Malesherbes, tuvo las mismas desgracias y mayor gloria, sellando su vida con su muerte. Su grande y modesta virtud fué coronada por el suplicio. Desde el acto de fidelidad sublime que habia cumplido defendiendo á Luis XVI delante de la Convencion, Mr. de Malesherbes se habia retirado al campo, viviendo como un verdadero patriarca en medio de sus hijos y de sus nietos. Se supuso que su virtud era una conspiracion contra la época. Le pusieron preso con su yerno Mr. de Rosambo, sus dos nietas y los maridos de éstas. Uno de ellos era Mr. de Chateaubriand, hermano mayor del que debia dar á su apellido más lustre con su pluma que éste con su sangre. Todos fueron encerrados en la cárcel de Port-Libre y conducidos en grupos al tribunal. Mr. de Malesherbes habia aprendido á morir en el Temple, y murió sin indignarse contra sus asesinos, sufriendo el tiempo y la justicia de los hombres con paciencia y con esperanza. Pronto á subir al tribunal, dió un tropezon á la puerta de la cárcel. «Mal agüero,—dijo;—un romano se volveria á su casa.» Los presos de la Conserjería le pidieron su bendicion, como si fuese la del honor antiguo que se iba al cielo con él. Se la dió sonriendo. «Sobre todo, no me compadezcais,—les dijo.—He sido desgraciado por haber querido adelantarme á la revolucion por medio de reformas populares. Voy á morir por haber sido fiel á la amistad de mi rey. Muero en paz con el pasado y con el porvenir.» Su familia entera le siguió en pocos dias al suplicio.

Miéntras que el generoso anciano iba á la muerte por haber defendido á su señor, Clery se consumia preso en la Fuerza por el delito de haberle servido y consolado en su cautiverio, desmintiendo de este modo, por el largo suplicio que habia aceptado en el Temple y por la cruel detencion que sufria como realista, las dudas que se habian concebido sobre su fidelidad al trono; dudas contra las cuales protesta la vida entera de este modelo de servidores de reyes destronados, y que

siempre su familia ha rechazado enérgicamente de su memoria y de su nombre.

El viejo Luckner, olvidado hacía mucho tiempo en los calabozos; el diputado Mazuyer, acusado del crímen de haber proporcionado fugarse á Petion y á Lanjuinais; Duval-Depremenil, uno de los primeros tribunos del parlamento; Chapelier y Thouret, el uno relator de la primera Constitucion, y el otro uno de los reformadores más esclarecidos de nuestro código, siguieron al poco tiempo á Mr. de Malesherbes. Al subir á la carreta que iba á conducirles á la guillotina, dijo Chapelier á Depremenil: «Este pueblo va á ofrecernos en seguida un problema difícil de resolver». «¿Y cuál?»—dijo éste. «El de saber á cuál de nosotros se dirigirán sus maldiciones y sus silbidos». «A los dos»,—dijo Depremenil.

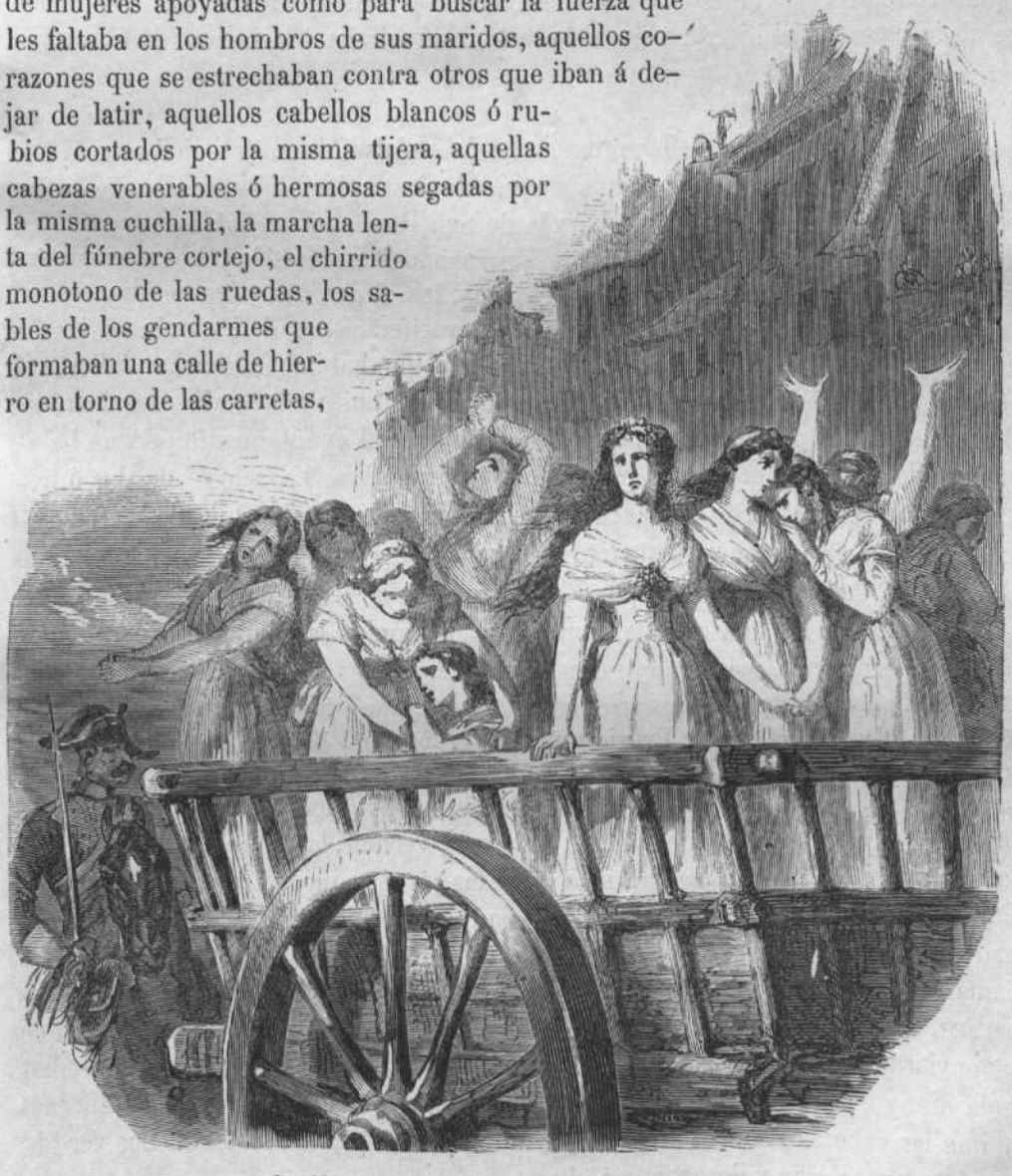
X

Ya no se juzgaba sino en masa, por clases, por jerarquías, por rangos, por generaciones ó por familias. Todos los miembros del parlamento de Paris, todos los recibidores generales de hacienda, toda la nobleza de Francia, toda la magistratura, todo el clero, todos los hombres notables, en fin, habian sido arrancados de sus palacios, de sus altares y de sus retiros, y acumulados en las cárceles de Paris, extraidos sucesivamente de los calabozos, juzgados por categorías en el tribunal, y arrastrados desde allí al cadalso.

Más de ocho mil sospechosos llenaban las cárceles de Paris un mes ántes de la muerte de Danton. En una sola noche fueron presas trescientas familias del arrabal San German. Todos los grandes nombres de la Francia histórica, militar, parlamentaria y episcopal sufrieron igual suerte. No se daban siquiera la pena de inventarles un crímen. Su nombre bastaba, sus riquezas les denunciaban, y su rango los entregaba á la cuchilla. Eran culpables por cuarteles, por rango, por fortuna, por parentesco, por familia, por religion, por opiniones, por sentimientos que se presumian, ó por mejor decir, no habia inocentes ni culpables, sólo habia proscriptores y proscritos. Ni la edad, ni el sexo, ni la ancianidad, ni la infancia, ni las enfermedades, que hacian toda criminalidad materialmente imposible, eran suficientes á libertar de la acusacion y de la sentencia. Los viejos paralíticos seguian á sus hijos, los niños á sus padres, las mujeres á sus maridos, las hijas á sus madres. Este moria por su nombre, aquél por su fortuna, uno por haber manifestado su opinion, otro por su silencio, tal por haber servido al trono, por haber abrazado con ostentacion á la república, por haber adorado á Marat, por haber sentido la suerte de los girondinos, por haber aplaudido con exceso á Hebert, por haber sonreido á la clemencia de Danton, por haber emigrado, por haberse quedado en su casa, por haber causado el hambre del pueblo no gastando sus rentas, por haber gastado en un lujo que insultaba la miseria pública; razones, sospechas, pretextos contradictorios, todo era bueno para llevar gente al patíbulo; bastaba encontrar delatores en la seccion respectiva, y la ley inducia á muchos á serlo, porque les daba una parte de los bienes confiscados. El pueblo, denunciador, juez y heredero á la vez de las víctimas, creia enriquecerse con estos bienes. Cuando les faltaba pretexto de muerte á los proscriptores, andaban en acecho de conspiraciones verdaderas ó supuestas en las cárceles. Algunos espías disfrazados se introducian entre los presos como si lo fuesen, provocaban las confidencias, los suspiros por adquirir la libertad y los planes de evasion, y otras veces los inventaban y los denuncia-

ban á Fouquier-Tinville. En las listas de proscripcion constaban centenares de nombres de sospechosos que no sabian sus crímenes hasta que oian las acusaciones en el tribunal. A esto fué á lo que se dió el nombre de *hornadas* de la guillotina. Con ellas dejaban vacíos los calabozos y daban al pueblo la emocion falsa de una gran maldad castigada, de un gran peligro evitado por la vigilancia y por la severidad de la república. Mantenian estas hornadas el terror, é imponian silencio á la murmuracion. Cada dia se aumentaba el número de carretas empleadas en conducir los sentenciados al cadalso. A las cuatro, iban más ó ménos cargadas por el puente del Cambio y por la calle de San Honorato hácia la plaza de la Revolucion.

Aquellos carros fúnebres conducian con frecuencia al marido y á la mujer, al padre y al hijo, á las hijas y á sus madres. Aquellos semblantes desconsolados que se contemplaban mutuamente con la ternura suprema de la última mirada, aquellas cabezas de doncellas apoyadas en las rodillas de sus madres, aquellas frentes de mujeres apoyadas como para buscar la fuerza que les faltaba en los hombros de sus maridos, aquellos corazones que se estrechaban contra otros que iban á dejar de latir, aquellos cabellos blancos ó rubios cortados por la misma tijera, aquellas cabezas venerables ó hermosas segadas por la misma cuchilla, la marcha lenta del fúnebre cortejo, el chirrido monotono de las ruedas, los sables de los gendarmes que formaban una calle de hierro en torno de las carretas,



Las jóvenes de Verdun llevadas al cadalso.—Pág. 386.

los suspiros ahogados, los silbidos del pueblo, aquella venganza fria y periódica que se encendia y apagaba en una hora fija en las calles por donde pasaba la comitiva, imprimian á aquellos sacrificios algo más siniestro aún que el asesinato, porque era el asesinato dado en espectáculo y como diversion á todo un pueblo.

Así pereció diezmada la flor de la poblacion: nobleza, estado eclesiástico, clase media, magistratura, comercio y plebe; así murieron todos los ciudadanos, grandes y oscuros, que representaban en Francia los rangos, las profesiones, las luces, las riquezas, las industrias, las opiniones y los sentimientos proscritos por la sangrienta regeneracion del Terror; así cayeron una á una cuatro mil cabezas en pocos meses, entre las cuales hay que contar los Montmorency, los Noailles, los Larochefoucauld, los Mailly, los Mouchy, los Lavoisier, los Nicolai, los Sombreuil, los Brancas, los Broglie, los Boisgelin, los Beauvilliers, los Maillé, los Montalembert, los Roquelaure, los Roucher, los Chenier, los Gramont, los Duchatelet, los Clermont-Tonnerre, los Thiard, los Moncrif, los Molé-Champlatreux. La democracia se abria paso con el hierro; pero al hacerlo, horrorizaba á la humanidad.

XI

El paso regular de aquellas procesiones del cadalso, despues de haber sido por mucho tiempo un espectáculo y una especie de ilustracion siniestra para las calles por donde pasaban, y sobre todo para la de San Honorato, se habia convertido en un suplicio y en una especie de infamia para aquellos cuarteles. Los transeuntes evitaban encontrarse con ellas, y las ventanas, los almacenes y las tiendas se cerraban á la aproximacion de las carretas. Las vociferaciones de la multitud iban á amenazar hasta en sus hogares á los ciudadanos que habitaban aquellas calles, y á asustar á los niños en los brazos de sus madres. Los vecinos abandonaban sus domicilios, y los propietarios empezaban á quejarse al ayuntamiento porque habia convertido sus casas en palcos privilegiados del suplicio. La sangre de dos ó tres mil víctimas corria desde el principio de la primavera por la plaza de la Revolucion, como si ésta fuese un matadero de hombres, enrojeciendo el piso é infestando el aire. Las Tullerías y los Campos Elíseos estaban desiertos; nadie paseaba ya en aquellos sitios, y los miasmas de la muerte corrompian la sombra de los árboles.

Dos ejecuciones, más siniestras y solemnes que las otras, acabaron de excitar la indignacion de aquellos barrios contra los que habian situado en ellos la guillotina. Cuando el rey de Prusia tomó á Verdun en 1791, la ciudad habia festejado la entrada de los libertadores de Luis XVI. Los habitantes de la ciudad llevaron á sus hijas á un baile que se dió con este motivo, los unos por opinion, y los otros por miedo. Despues de haberse rescatado Verdun, la república se acordó de los festejos cuyo adorno habian sido aquellas jóvenes inocentemente. Llevadas á Paris y presentadas ante el tribunal, su edad, su hermosura, su obediencia á sus padres, la antigüedad de la ofensa hecha á la república, dado caso que tal pudiera llamarse á una diversion á que aquellas jóvenes asistieron sólo por dar gusto á sus padres, nada de todo esto fué suficiente para ablandar el corazon de los tigres, que las enviaron en masa al cadalso. Iban todas vestidas de blanco, y la de más edad tenia diez y ocho años. La carreta que las condujo parecia un cesto de azucenas en que las cabezas flotaban al movimiento del brazo que las sostenia. Los verdugos se enternecieron y lloraron con ellas.

El pueblo estaba aturdido de su mismo rigor. Al dia siguiente las carretas, en mayor número, condujeron al suplicio á todas las religiosas de la abadía de Montmartre. La abadesa era madama de Montmorency. Aquellas pobres mujeres de todas edades, desde la más tierna juventud hasta la encanecida vejez, criadas desde niñas en el monasterio, no tenian otro crímen que haber obedecido á la voluntad de sus padres y haber sido fieles á sus votos. Agrupadas alrededor de la abadesa,

Madamas Tallien, Beauharnais y D'Aiguillon en los Carmelitas.—Pág. 390.

entonaron con sus voces femeniles los cánticos sagrados al subir á las carretas, y fueron cantando salmos hasta el cadalso. Así como los girondinos habian cantado el himno de su propia muerte, aquellas esposas del Crucificado cantaron, hasta extinguirse la última voz, el himno de su martirio. Aquellas voces resonaron como el eco del remordimiento en el corazon del pueblo. La infancia, la belleza y la religion, sacrificadas á la vez en aquellas dos ejecuciones, obligaron á la multitud á cerrar los ojos por no ver tanta barbarie.

La municipalidad temia entibiar con sus crueldades el patriotismo de aquellos opulentos cuarteles, y confiando hallar más implacabilidad en los arrabales, escogió el de San Antonio, suelo natal de la revolucion del 14 de Julio, é hizo levan-

tar la guillotina en la barrera del Trono. Ménos inquietos los concejales respecto á la compasion del pueblo de este arrabal, los proscriptores inauguraron aquel nuevo Calvario con ejecuciones más numerosas. La fila de las carretas iba aumentándose todos los dias. Una vez llevaban, con cuarenta y cinco magistrados de Paris, treinta y tres miembros del parlamento de Tolosa; otra, veintisiete negociantes de Sedan, y muchas, sesenta y hasta ochenta sentenciados de todas clases.

En los últimos tiempos del Terror, vióse un dia una carreta escoltada por unos pobres muchachos cubiertos de andrajos. Estos muchachos parecian bendecir y llorar á un padre. El anciano que iba sentado en la carreta era el abate Fenelon, sobrino del autor del *Telémaco,* de aquel gérmen cristiano de una revolucion extraviada que bebia la sangre de su familia. El abate Fenelon habia fundado en Paris un hospicio en donde pudiesen albergarse esos muchachos nómadas que vienen todos los inviernos desde las montañas de Saboya á ganar su vida á Francia en las grandes ciudades. Aquellos muchachos, cuando supieron que iban á perder al anciano que hacía con ellos las veces de la Providencia, fueron en masa por la mañana á la Convencion para implorar la humanidad de los representantes y el perdon de la virtud. Su juventud, su lenguaje y sus lágrimas enternecieron á la Convencion. «¿Sois tambien unos niños—exclamó el implacable Billaud-Varennes—para dejaros seducir por las lágrimas? ¡Transigid una vez con la justicia, y mañana los aristócratas os asesinarán sin compasion!»

Aquel mismo Billaud-Varennes, que se negaba á compadecerse de unos pobres huérfanos, tuvo necesidad más tarde, en su destierro de Cayenne, de la compasion de una esclava negra. La Convencion no se atrevia á aflojar en su rigor. El abate Fenelon marchó á la muerte escoltado por sus protegidos. Tenia ochenta y nueve años, y fué necesario ayudarle á subir las gradas de la guillotina. De pié ya en el cadalso, pidió al verdugo que le desatase las manos para hacer la accion de abrazar por última vez á sus pobres huérfanos. Conmovido el verdugo, obedeció. El abate Fenelon extendió las manos; los saboyanos se pusieron de rodillas, inclinando sus cabezas para recibir la bendicion del moribundo. El pueblo, aterrado, les imitó; todos lloraron juntos, y el suplicio fué tan santo como un sacrificio.

El arrabal de San Antonio se indignó á su vez de que se le hubiese escogido para ciudad de la muerte. El suelo rechazaba al verdugo, pero los proscriptores no encontraban la guillotina bastante ejecutiva.

Una noche, Fouquier-Tinville fué llamado al comité de salud pública. «El pueblo—le dijo Collot—empieza á estragarse; es necesario reavivar sus sensaciones por medio de espectáculos más imponentes. Arréglate para que caigan ahora ciento cincuenta cabezas al dia.» «Al regresar de allí,—dijo en su interrogatorio el obediente Fouquier-Tinville,—mi espíritu estaba tan poseido de horror, que me parecia, como á Danton, que el rio llevaba sangre en vez de agua.» En el cementerio de Mousseaux habia un vasto foso en cuyas orillas estaban amontonadas una porcion de cargas de cal, en el que se echaban todas las cabezas y los cuerpos de los decapitados; verdadero sumidero de sangre á cuya entrada se habia grabado la inscripcion de la nada: *Dormid;* como si los verdugos hubiesen querido asegurarse á sí mismos afirmando que las víctimas no se despertarian jamás.

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andres Chenier.—Los Carmelitas.—Madamas D'Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfin.—Madama Isabel en el tribunal revolucionario.—Es sentenciada á muerte.—Su ejecucion.—Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon.

I

El carácter de los pueblos sobrevive á sus revoluciones. La seguridad de morir no causaba horror en el interior de las cárceles de Paris. La sensacion de la muerte se embotaba en los ánimos en fuerza de la repeticion de actos. Cada dia de olvido era una fiesta de la vida que los presos se apresuraban á consagrar al placer. El descuido con que éstos miraban su existencia les daba todas las apariencias del verdadero estoicismo, y la ligereza de su carácter se parecia mucho á la intrepidez. Sociedades, amistades, amores, todo se contraia, aunque no fuese más que por una hora, entre los presos de ambos sexos, que prodigaban á la distraccion y á los afectos más ó ménos lícitos unos momentos consagrados á la muerte. Las conversaciones, las citas, las misteriosas correspondencias, las comedias ejecutadas en los calabozos, la música, los versos y el baile se continuaban hasta el último instante. Venian á arrancar de la prision para el cadalso á uno que estaba jugando, y éste dejaba las cartas á otro; otro salia para el mismo destino desde la mesa en donde acababa de vaciar su vaso; el otro iba al suplicio desde los brazos de una esposa ó de una amante. Jamás el carácter intrépido y voluptuoso á la vez de la juventud francesa habia jugado tan de cerca con el peligro. El suplicio hizo á aquella juventud sublime, ya que no habia podido hacerla séria. Sin embargo, la religion, esta amiga de los desgraciados, consolaba á la mayor parte. Algunos sacerdotes presos ó introducidos furtivamente y disfrazados en las cárceles, celebraban los misterios del culto, tanto más patéticos cuanto mayor era su semejanza con el sacrificio. La poesía, que es el suspiro articulado del alma, transmitia á la posteridad las últimas palpitaciones del corazon de los poetas.

Mr. de Montjourdain, comandante de batallon de la guardia nacional, escribió el dia ántes de su muerte unas estrofas á la jóven que iba á dejar viuda.

El autor del *Poema de los Meses*, Roucher, estaba retratándose en el momento en que fueron á llevarle la órden de comparecer ante el tribunal; semejante órden equivalia á una sentencia. Roucher no era culpable sino del mérito que

habia adquirido por la moderacion de sus principios, á pesar de que sabía que la demagogia no perdonaba ni áun á la aristocracia del talento. Suplicó á los carceleros que esperasen á que estuviese concluido su retrato, que estaba destinado para su esposa y sus hijos. Miéntras que el pintor daba las últimas pinceladas, Roucher escribió en verso sobre sus rodillas la inscripcion siguiente, para explicar al porvenir la melancolía de sus facciones:

«No extrañeis, queridos hijos mios, la melancolía que se advierte en mi rostro. Cuando se estaba haciendo este retrato se estaba levantando mi cadalso, y yo pensaba en vosotros.»

Andres Chenier, alma romana, imaginacion ática, á quien su animoso patriotismo habia hecho abandonar la poesía para lanzarle en la política, estaba preso como girondino. Los ensueños de su bella imaginacion habian hallado su realidad en la señorita de Coigny, duquesa de Fleury, encerrada en la misma cárcel. Andres Chenier tributaba á la jóven cautiva un culto de entusiasmo y de respeto, que hacía más tierna la sombra siniestra de la muerte precoz que cubria ya aquellas mansiones. En medio de tanta lobreguez, compuso para ella el canto más delicioso que haya salido jamás de la tristeza de un calabozo. Este canto se tituló *La jóven cautiva,* y fué una imitacion del canto bíblico de Jefté.

II

En los Carmelitas habia un calabozo estrecho y sombrío al cual se bajaba por dos escalones; tenia este calabozo una ventana enrejada que daba al jardin del antiguo monasterio, y en él se hallaban encerradas tres mujeres que habian caido en aquella sima desde el apogeo de la fortuna. Jamás habia reunido la escultura griega en un solo grupo semblantes, gracias y formas más á propósito para conmover á los verdugos. La una era madama D'Aiguillon, mujer de ilustre apellido; la sangre de toda su familia humeaba aún en el cadalso; la otra era Josefina Tascher, viuda del general Beauharnais, recientemente sacrificado por haber sido desgraciado en el ejército del Rhin; la última y la más hermosa de todas era Teresa Cabarrús, querida de Tallien, culpable únicamente por haber moderado el republicanismo del representante de Burdeos, y por haber sustraido tantas víctimas á la proscripcion. El comité de salud pública acababa de arrancarla á la proteccion del procónsul, sin compadecerse de su sentimiento, arrojándola en los calabozos como sospechosa por su influencia sobre Tallien. La más tierna amistad unia á dos de aquellas mujeres entre sí, á pesar de haberse disputado con frecuencia la admiracion pública y la de los jefes del ejército ó de la Convencion. La una estaba predestinada al trono, adonde el amor del jóven Bonaparte debia elevarla, y la otra á destruir la república, inspirando á Tallien valor suficiente para atacar á los comités en la persona de Robespierre.

Un solo colchon tendido en el suelo en un rincon del interior del calabozo servia de cama á las tres cautivas, consumidas por los recuerdos, por la impaciencia y por el ánsia de vivir. Con la punta de las tijeras ó con las púas de los peines escribieron en las paredes cifras, iniciales, nombres que lloraban ó imploraban, y amargas aspiraciones por la libertad perdida. Aún se ven en el dia estas inscripciones: «Libertad, ¿cuándo dejarás de ser una palabra vana?» «Hoy hace

cuarenta y siete dias que estamos encarceladas.» «Nos han dicho que saldrémos mañana.» «¡Vana esperanza!» Un poco más abajo, tres firmas reunidas: «Ciudadana *Tallien,* ciudadana *Beauharnais,* ciudadana *D'Aiguillon*».

La imágen de la muerte, presente siempre á sus ojos, atormentaba sin cesar sus miradas y su imaginacion. El calabozo en que se hallaban era una de las celdas en donde los asesinos de Setiembre habian degollado más sacerdotes. Dos de aquellos degolladores, cansados de matar, se habian sentado un momento, apoyando sus sables en la pared miéntras restauraban algun tanto sus fuerzas. El perfil de éstos, desde el puño hasta la extremidad de la hoja, se habia impreso con sangre en el yeso húmedo de la pared, dibujándose en ella como esas espadas de fuego que los ángeles exterminadores muestran en sus manos alrededor de los tabernáculos. Aún se divisan sus contornos, tan limpios y tan frescos como si aquella sangre no debiese secarse nunca. Jamás la juventud, la hermosura, el amor y la muerte se habian agrupado en semejante cuadro de sangre.

III

Habia una cárcel en Paris en donde no penetraban hacía ocho meses ni el ruido de fuera, ni los consuelos de la amistad, ni las imágenes del amor, ni las últimas sonrisas de la vida; era un sepulcro cerrado ántes de la muerte. Esta prision era el Temple. Desde que sus puertas se abrieron para dejar pasar á la reina cuando se dirigia al cadalso, habian pasado ocho meses. El Delfin estaba ya en aquella época en manos del feroz Simón. Aquel niño, profanado, pervertido y atontado por la rudeza y por el cinismo de Simon, no tenia comunicacion alguna con su hermana ni con su tia. Estas le divisaban solamente de cuándo en cuándo desde las almenas de la torre, cuando iban allí á respirar el aire libre, oyendo horrorizadas cantar al pobre niño, sin comprenderlas, las canciones impuras que Simon le enseñaba contra su propia madre y su familia.

Instruida madama Isabel, por algunas palabras que habia oido, del proceso y de la muerte de María Antonieta, no quiso revelar toda la verdad á su sobrina. Dejaba que ésta vacilase entre la duda y la esperanza, como hacen siempre las personas prudentes que quieren ocultar una gran catástrofe á las personas á quienes ésta puede interesar. Encerradas en una prision estrecha y triste, privadas de libros, de fuego, y casi sin alimentos, por los agentes del ayuntamiento, que cada dia eran más subalternos, las princesas habian pasado el otoño y el invierno sin saber nada de los movimientos exteriores é interiores de la república. Otra nueva visita de cuatro municipales delegados por el Consejo, y algunas pesquisas más severas, les hicieron conocer que su situacion iba á ser más rigurosa. Les quitaron el papel, so pretexto de que podian hacer asignados falsos; les quitaron tambien las barajas y los juegos de ajedrez y de damas, con los cuales habian entretenido las largas noches del invierno, porque aquellos juegos recordaban los nombres de rey y reina, proscritos por la república.

El 19 de Enero, antevíspera del aniversario de la muerte del rey, confinaron enteramente al Delfin, como si fuese un animal salvaje, á un cuarto alto de la torre en donde nadie penetraba. Sólo Simon entreabria la puerta, y desde allí le arrojaba el alimento. Un cántaro de agua, rara vez renovada, era su única bebida. Nunca

salia de la cama, que tampoco se mudaba nunca. En más de un año no se le proveyó de ropa de ningun género, ni tampoco de calzado. La ventana, que estaba cerrada con un candado, no se abria para que entrase el aire exterior, haciéndole respirar su propia infeccion. No tenia ni libros, ni juguetes, ni nada en que entretenerse. Sus facultades activas, contrariadas por el ocio y la soledad, se habian estragado, y sus miembros estaban entorpecidos. Su inteligencia se asfixiaba con la continuacion de su terror. Parecia que Simon habia recibido órden de experimentar hasta qué grado de embrutecimiento y de miseria se podia sumir al hijo de un rey.

Las cautivas no cesaban de llorar por aquel niño. Sólo les respondian con injurias á las preguntas que hacian para saber de él. El tutear á todo el mundo habia sido una de las medidas decretadas por la autoridad revolucionaria de Hebert y de Chaumette, y la que más incomodaba á las princesas. Por lo mismo, sus carceleros las tuteaban con afectacion siempre que habian de dirigirles la palabra. Durante la cuaresma no les dieron más que alimentos de carne, para obligarles á faltar á los preceptos de la religion; pero ellas no comieron en los cuarenta dias sino un poco de pan y leche que se reservaban del desayuno. Se les privó tener luz desde los primeros dias de la primavera, socolor de economía nacional, viéndose precisadas á acostarse al anochecer ó á permanecer á oscuras. Aquel cautiverio tan cruel no alteró, sin embargo, ni la belleza inocente de la jóven princesa, ni la serenidad de humor de su tia. La naturaleza y la juventud triunfaron en la una de la persecucion, y la religion en la otra del infortunio. Su mutua ternura, sus conversaciones y sus sufrimientos, compartidos en comun, les inspiraron una paciencia que se asemejaba mucho á la paz.

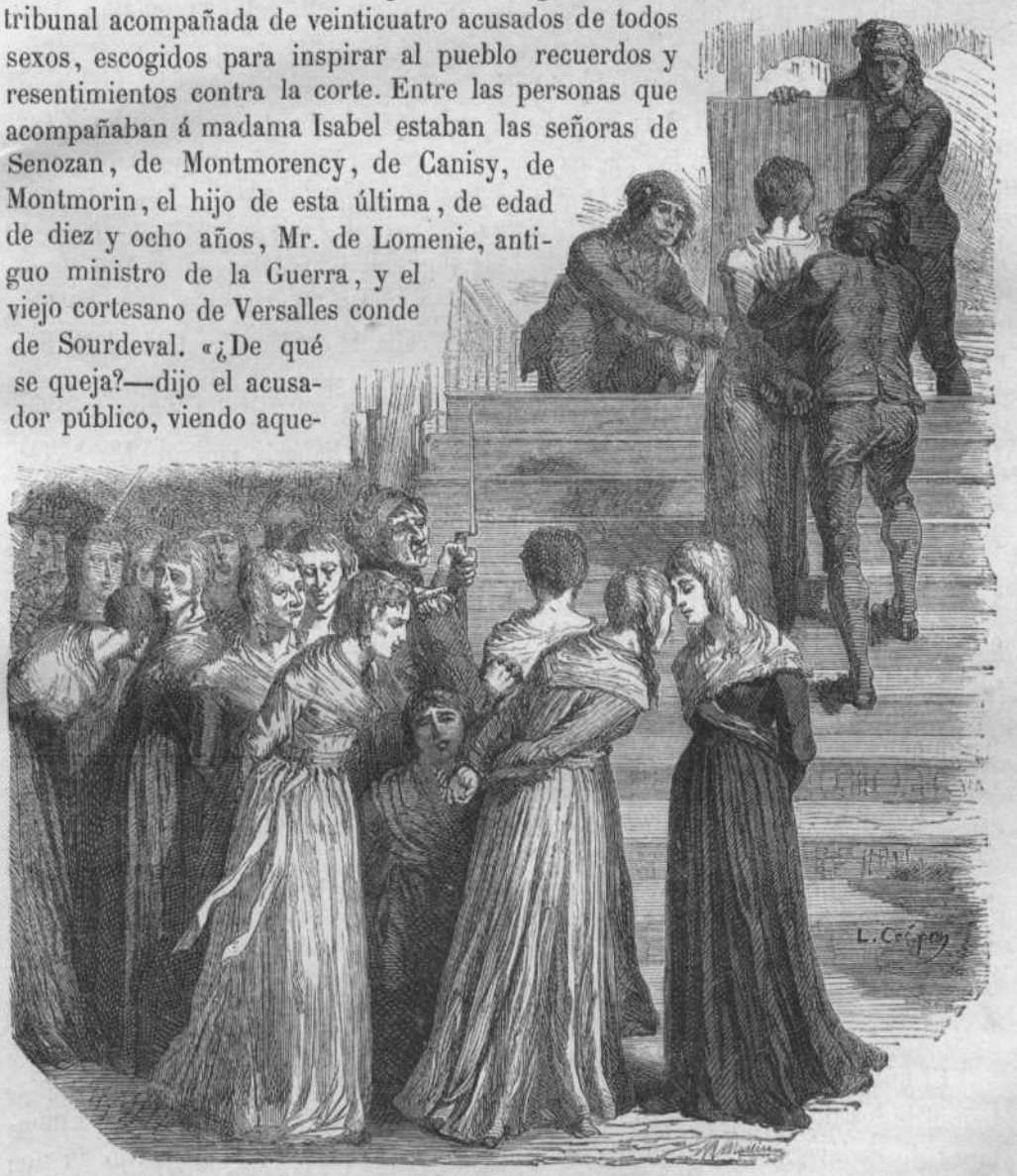
Se ha visto que Hebert, por dar una prenda más al populacho, habia pedido el juicio de las princesas, y que Robespierre habia rechazado aquella proposicion; pero despues del suplicio de Hebert, suplicio que hacía sospechar en Robespierre ciertas tendencias á la moderacion, los miembros de los comités de salud pública y de seguridad general quisieron probar al pueblo que igualaban, si no excedian, en inflexibilidad contra los ídolos del realismo al partido de Hebert. Robespierre, Couthon y Saint-Just aparentaron contra ellos el mismo rigorismo que habian mostrado pocos dias ántes con sus enemigos. Sólo salvaron á la jóven princesa y á su hermano. La órden de juzgar á madama Isabel fué un desafío de crueldad entre los hombres de la situacion sobre quiénes serian más implacables con la sangre de los Borbones.

IV

El 9 de Mayo, en el momento en que las princesas medio vestidas oraban al pié de sus camas ántes de acostarse, oyeron llamar á la puerta de su habitacion con golpes violentos, y tan repetidos que las puertas se conmovieron como si fuesen á saltar de sus goznes. Madama Isabel se apresuró á vestirse y fué á abrir. «¡Baja al momento, ciudadana!»—le dijeron los llaveros. «¿Y mi sobrina?»—les respondió la princesa. «Más tarde se pensará en ella.» La tia conoció la suerte que le aguardaba; dirigióse precipitadamente hácia donde estaba su sobrina, y la estrechó en sus brazos como para disputar aquella separacion. Madama Real lloraba y temblaba. «Tranquilízate, hija mia,—le dijo su tia; - seguramente volveré á subir muy

pronto.» «No, ciudadana,—respondieron groseramente los carceleros;—tú no subirás ya más. Toma tu sombrero y baja.» Como ella retardase cuanto le era posible el dar cumplimiento á aquella órden inicua, los carceleros empezaron á insultarla con invectivas y apóstrofes injuriosos. En pocas palabras se despidió de su sobrina, haciéndole mil piadosos encargos, invocando, para dar más autoridad á lo que le decia, la memoria del rey y de la reina. Inundando de lágrimas el rostro de la jóven, salió, volviéndose ántes de atravesar el umbral del cuarto para bendecirla por última vez. En el postigo encontró á los comisarios, que la registraron de nuevo, y haciéndole subir en un coche, la condujeron á la Conserjería.

Era medianoche. Se hubiera dicho que el dia no tenia bastantes horas para la impaciencia del tribunal. El vicepresidente esperaba á madama Isabel, y la interrogó sin testigos. En seguida la dejaron descansar algunas horas en la misma cama en que María Antonieta habia pasado su agonía. A la mañana, la condujeron al tribunal acompañada de veinticuatro acusados de todos sexos, escogidos para inspirar al pueblo recuerdos y resentimientos contra la corte. Entre las personas que acompañaban á madama Isabel estaban las señoras de Senozan, de Montmorency, de Canisy, de Montmorin, el hijo de esta última, de edad de diez y ocho años, Mr. de Lomenie, antiguo ministro de la Guerra, y el viejo cortesano de Versalles conde de Sourdeval. «¿De qué se queja?—dijo el acusador público, viendo aque-



Madama Isabel al pié del cadalso.—Pág. 394.

lla comitiva de mujeres de ilustre apellido alrededor de la hermana de Luis XVI.—En viéndose al pié de la guillotina rodeada de esta fiel nobleza, podrá creerse todavía en Versalles.»

Las acusaciones fueron irrisorias, y las respuestas desdeñosas. «Llamais á mi hermano tirano,—dijo la hermana de Luis XVI al acusador y á los jueces.—Si él hubiera sido lo que decis, no estaríais en donde estais, ni yo en vuestra presencia.» Sin dolor y sin conmoverse oyó su sentencia, pidiendo por único favor un sacerdote fiel á su fe para sellar su muerte con el perdon divino. Este consuelo le fué negado, y madama Isabel tuvo que suplirlo con la oracion y con el sacrificio de su vida. Mucho tiempo ántes de la hora del suplicio, entró en el calabozo comun para animar á sus compañeras, presidiendo con una tierna solicitud el tocado fúnebre de las mujeres que iban á morir con ella. Su último pensamiento fué un escrúpulo de pudor, dando la mitad de su pañuelo á una jóven sentenciada, poniéndoselo con sus propias manos, para que la castidad no fuese profanada ni áun en la muerte.

En seguida cortaron sus largos cabellos rubios, que cayeron á sus piés como la corona de su juventud. Las mujeres de su comitiva fúnebre y los ejecutores se los repartieron. Le ataron las manos y le hicieron subir en el último banco de la carreta que cerraba el convoy. Quisieron que su suplicio fuese mayor viendo y oyendo los veintidos golpes que cayeron sobre aquellas cabezas aristocráticas. El pueblo reunido para verla pasar permaneció mudo: la hermosura de la princesa transfigurada por la paz interior, su inocencia de todos los desórdenes que habian despopularizado á la corte, su juventud sacrificada al cariño que tenia á su hermano, su adhesion voluntaria al calabozo y al cadalso de su familia, hacian de ella la víctima más pura del trono. Es muy glorioso para la familia real el ofrecer aquella víctima sin mancha, muy impío en el pueblo el haberla pedido. Un secreto remordimiento roia todos los corazones. El verdugo iba á dar reliquias al trono y una santa á la monarquía. Sus compañeras la veneraban ya ántes de que subiese al cielo. Orgullosas de morir con la inocencia, se aproximaron todas humildemente á la princesa ántes de subir una á una sobre el cadalso, y le pidieron que les diese el consuelo de besarla. Los ejecutores no se atrevieron á rehusar á las mujeres lo que habian negado á Herault de Sechelles y á Danton. La princesa besó á todas las sentenciadas á medida que iban subiendo la escalera. Despues de aquel fúnebre besamanos, entregó su cabeza á la cuchilla. Casta en medio de las seducciones de la belleza y de la juventud, piadosa y pura en una corte ligera, paciente en el calabozo, humilde en las grandezas, y altiva delante del suplicio, madama Isabel fué, tanto por su vida como por su muerte, un modelo de inocencia en las gradas del trono, un ejemplo de cariño fraternal, un objeto de admiracion para el mundo, y de oprobio eterno para la república.

V

El número y la barbarie de los suplicios, la inocencia de las víctimas, la reparticion de los despojos, la irrision de los juicios, los torrentes de sangre y los montones de cadáveres transformaban á la nacion en verdugo, y al gobierno en una máquina de asesinatos. Para saber gobernar bastaba con saber herir. Francia pre-

sentaba el espectáculo de un pueblo que se diezmaba á sí mismo. El gobierno no se atrevia á desprenderse de la guillotina por temor de que la volvieran en contra suya, no conservando el poder algunos dias sino escudándose con un perpetuo cadalso. Semejante gobierno no podia durar mucho tiempo, porque no era sino un largo asesinato. El crímen no es duradero en la naturaleza; es imposible fundar un reinado de furor, de venganza, de expoliacion, de impiedad y de degüello. Semejantes épocas se atraviesan avergonzándose de ellas, y sacudiendo despues el polvo de los zapatos cuando se han pasado. Tal es el órden divino de las sociedades humanas. La revolucion, armada para destruir antiguas y odiosas desigualdades y para marchar en órden á la fraternidad democrática, no podia desnaturalizarse impunemente á sí misma, ni cambiarse en una opresion sanguinaria. Despues de haber destruido el trono, debia buscar otro poder regular en el pueblo, y organizarle con buenas instituciones, y no por medio de degüellos. El Terror no era el poder, sino la tiranía, y ésta no podia ser el gobierno de la libertad.

Estos pensamientos fermentaban en la cabeza de Robespierre, que se volvia loco por resolver el problema del poder que se debia establecer en la república.

Este problema se planteaba por sí mismo á cada nuevo giro de la revolucion ante todos los hombres reflexivos. Todos habian sucumbido tratando de resolverlo. Mirabeau, despues de haber rebajado el trono al nivel de la nacion y roto el cetro, habia muerto soñando en quiméricas y pueriles reconstrucciones. La Asamblea legislativa se habia ahogado en su Constitucion de 1791, imaginando un equilibrio imposible. Los girondinos se habian aplastado bajo el peso de una república mal asentada que quisieron sostener con leyes insuficientes. Hebert y Ronsin habian muerto por haber inventado, á imitacion de Marat, una dictadura del pueblo personificada en un verdugo supremo. Danton habia perecido por haber buscado el poder en los arrebatos, y despues en el vano arrepentimiento del pueblo. Robespierre, heredero á su vez de todas aquellas tentativas impotentes y de todas aquellas reputaciones destruidas, se preguntaba lo que iba á hacer de su omnipotencia de opinion, y qué clase de gobierno daria á la democracia. ¿Tendria genio suficiente para inventarle y poder para asegurarlo, ó sucumbiria como todos, tratando de transformar la anarquía en unidad y la violencia en ley? ¿Sería sólo el ídolo siniestro, ó sería el hombre de Estado de la revolucion? Tal era la cuestion que Europa entera se proponia mirándole, y la que él mismo se proponia tambien. Tres meses iba á tardar en saber á qué atenerse.

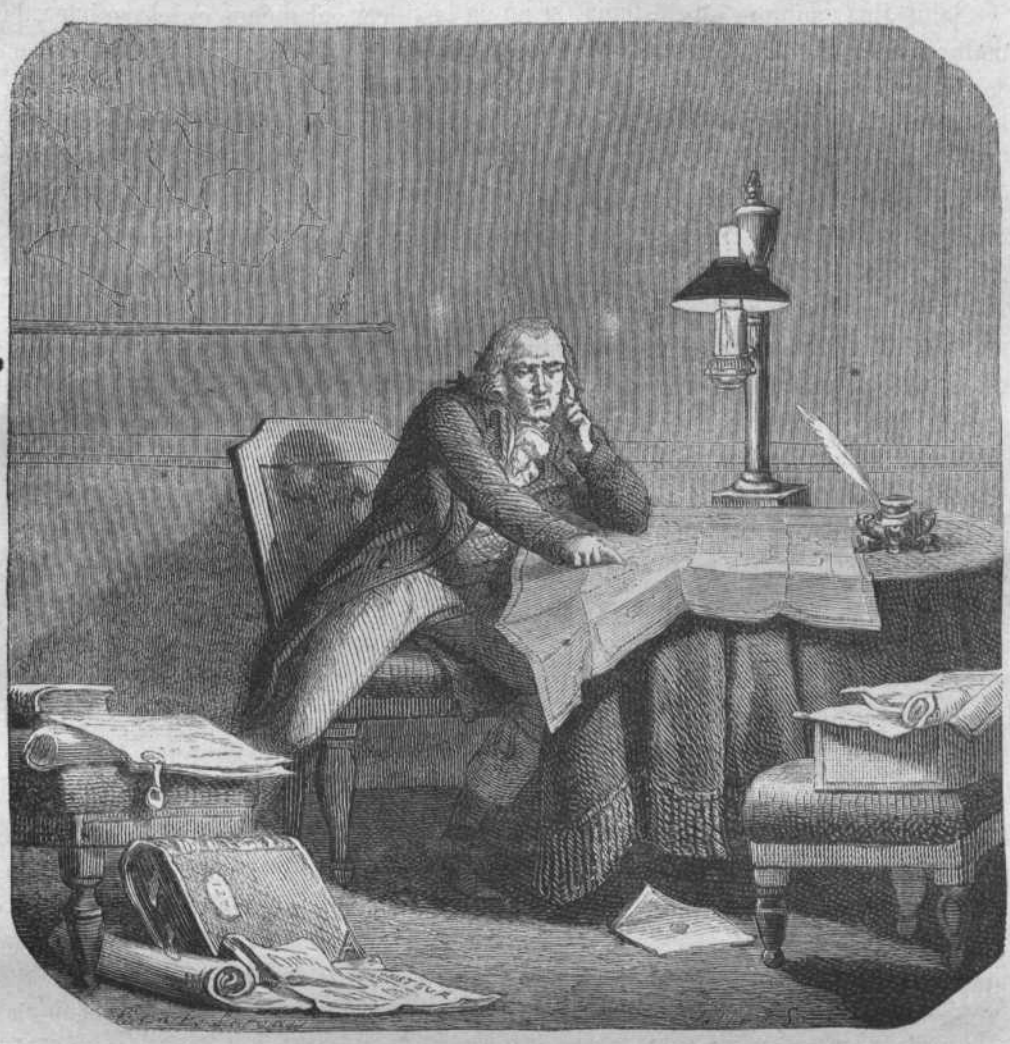
La muerte de Hebert habia hecho á Robespierre dueño de la municipalidad; la de Danton, árbitro de la Convencion; la perseverancia y el espiritualismo de sus doctrinas le daban el dominio sobre los Jacobinos. Su talento, engrandecido por el estudio obstinado y por cinco años pasados casi en la tribuna, daba á sus ideas y á sus palabras una fuerza y una actividad que nadie le disputaba. Ninguna elocuencia podia ya contrabalancear la suya: era la única voz grave de la república, y los Jacobinos y la Convencion no escuchaban ya sino á él. Aunque no tuviese ni afectase aún un dominio absoluto en el comité de salud pública, la opinion de Francia le daba la superioridad, que es la dictadura de la naturaleza; sus colegas se indignaban en secreto, pero fingian dársela ellos mismos. La Convencion simulaba el entusiasmo para disfrazar su servilismo. Los Franciscanos estaban dispersos. La municipalidad, subordinada enteramente á los agentes del partido de Ro-

bespierre, le respondia de las secciones, las secciones del pueblo, y Henriot de la guardia nacional. Robespierre no reinaba, pero reinaba su nombre. No le restaba que hacer otra cosa que realizar su reino y organizar su dictadura; pero vacilaba en dar este último paso.

Los motivos de estas dudas eran en el alma de Robespierre una virtud y un vicio á la vez. «¿Por qué—respondia á sus confidentes—he dedicado yo mi vida, mi pensamiento, mis vigilias, mi palabra, mi nombre y mi sangre á la revolucion? Para destronar á los reyes y á los aristócratas, para restituir el poder al pueblo, y para hacerle capaz y digno de ejercer por sí mismo y solo su soberanía natural. ¿Y qué se me propone hoy, que los tiranos y los aristócratas están destruidos y que el pueblo reina por su representacion nacional? Ponerme á mí mismo en lugar de esos tiranos que hemos destruido, y restablecer en mi persona, en nombre del pueblo, la tiranía abolida. Convengo—añadia—en que yo no abuse del poder supremo, y en que mi dictadura no sea sino la dictadura de la razon y de la verdad sobre la república; pero al tomarla ó aceptarla, habré dado el ejemplo más seductor á los ambiciosos y el más fatal á la libertad. Mi reinado será corto: sé que mi pecho es el blanco secreto de cien mil puñales. Despues de mí, ¿quién os responde de mi sucesor? El peligro de la dictadura no está tanto en el dictador como en la institucion. Esta magistratura es la de la desesperacion de las naciones. Fundada contra la tiranía, se cambia involuntariamente en una tiranía permanente; salva un dia para perder un siglo. ¡Perezca el dia presente, con tal que se preserve el porvenir! Dejemos que el pueblo se extravíe, vuelva en sí, caiga, se levante, se hiera á sí mismo, ántes de darle esta humillante tutela que le encadenará so pretexto de guiarle. Las naciones tienen su infancia, y la libertad su cuna. Es menester vigilar esta infancia de la libertad, pero no enfrenarla. Convengo en que la unidad es necesaria á la república; poned esta unidad en una institucion, y no en un hombre, y que, muerto éste, la unidad reviva en otro, á condicion que esta unidad no se perpetúe mucho tiempo en el poder, y que este primer magistrado descienda pronto al rango de simple ciudadano. Algunos hombres son útiles, ninguno es necesario; sólo el pueblo es inmortal.»

Así hablaba Robespierre á sus confidentes. Sus manuscritos testifican que tambien se hablaba de este modo á sí mismo. Su repugnancia por el poder supremo era sincera por los motivos que alegaba. Pero habia otros que le hacian repugnar apoderarse solo del poder, que aún no los confesaba. Estos eran que habia llegado al objeto de sus pensamientos, y que en realidad no sabía qué forma le convenia dar á las instituciones revolucionarias. Hombre de ideas más que de accion, Robespierre tenia el pensamiento de la revolucion más que la fórmula política. El alma de las instituciones para el porvenir era en su sueño el mecanismo de un gobierno popular que le faltaba. Sus teorías, tomadas de los libros, eran brillantes y vagas como perspectivas nebulosas en lontananza. Las veia siempre desvanecerse, y no las tocaba nunca con la mano firme y precisa de la práctica. Ignoraba que la libertad por sí misma debe protegerse por un poder fuerte, y que este poder tiene necesidad de una cabeza para querer y miembros para ejecutar; creia que las palabras continuamente repetidas de libertad, igualdad, desinteres, adhesion y virtud, eran por sí solas un gobierno; tomaba la filosofía por la política, indignándose de sus errores; atribuia continuamente á los complots de la aristocracia ó de la demagogia

sus decepciones; creia que en suprimiendo de la sociedad los aristócratas y los demagogos, suprimiria los vicios de la humanidad y los obstáculos del juego de las instituciones; habia tomado al pueblo como una ilusion, en lugar de tomarlo con seriedad; se irritaba por hallarle con frecuencia tan débil, tan cobarde, tan cruel, tan ingnorante, tan versátil y tan indigno del rango que la naturaleza le ha asignado; se encolerizaba, se agriaba y encargaba al cadalso que le allanase las dificul-



Carnot.

tades, pero en seguida se indignaba por los excesos del cadalso y acudia á las palabras de humanidad y de justicia; volvia á apelar á los suplicios, é invocando la virtud suscitaba la muerte; vacilaba tan pronto en la incertidumbre y tan pronto en la sangre; desesperaba de los hombres y se asustaba de sí mismo. «¡La muerte! ¡Siempre la muerte!—exclamaba con frecuencia en el seno de la intimidad.—¡Y los malvados la rechazan contra mí! ¡Qué memoria voy á dejar si esto dura! La vida me pesa.»

En fin, la verdad se hizo lugar una vez. Con la accion del desaliento de sí mismo exclamó: «¡No! Yo no soy á propósito para gobernar, sino para combatir á los enemigos del pueblo».

VI

Saint-Just, que era su único confidente, habia tenido muchas conferencias secretas con Robespierre, en las que trató de persuadirle á que adoptase una política ménos vaga y designios más determinados.

Saint-Just, aunque jóven, tenia, si no en las ideas, al ménos en el carácter, la madurez consumada del hombre de Estado. Habia ñacido tirano y tenia la insolencia del gobierno áun ántes de tener la fuerza, no dando á la palabra sino la forma del mando; era lacónico como la voluntad. Sus comisiones en los campamentos, y el uso imperioso que habia hecho de su autoridad con los generales en medio de los ejércitos, habia enseñado á Saint-Just lo fácilmente que ceden los hombres bajo la mano de uno solo. Su valor y la costumbre que habia adquirido del fuego le habian dado la actitud de un tribuno militar, tanto para ejecutar como para concebir un golpe de mano. Sólo Robespierre era el único hombre ante el cual se inclinaba Saint-Just, como ante el pensamiento superior y regulador de la república. Así, al acusar su lentitud, respetaba en él sus irresoluciones y se sacrificaba en su caida. Caer con Robespierre le parecia caer por la misma causa de la revolucion. Como discípulo impaciente, pero siempre discípulo, hostigaba al oráculo, pero sin violentarle nunca.

Couthon, Lebas, Coffinhal y Buonarotti eran admitidos frecuentemente á aquellas conferencias. Todos eran republicanos sinceros, y sin embargo, conocian como Saint-Just que la hora de la crísis habia llegado, y que si la república tenia horror por un tirano, tenia tambien necesidad de un poder ménos vacilante y ménos irresponsable que el de los comités. «La opinion se ha hecho hombre en tí,—decia Buonarotti á Robespierre.—Si tú te rehusas, no serás á quien engañes, sino al mismo pueblo. Si te detienes teniendo al pueblo detras de tí y despues de haberle lanzado tú mismo, pasará sobre tu cuerpo para ir á buscar por conductores á esos malvados que le precipitarán en una anarquía muy cercana á la tiranía.» Así, en todas las crísis, en que Robespierre se fiaba al tiempo y á la fortuna más que á la resolucion, tomaba el partido de que le hiciesen violencia por el momento, creyendo que el oráculo estaba en la circunstancia, fiándose á la fatalidad, que es la supersticion de los hombres por mucho tiempo dichosos.

Sin embargo, quedó convenido entre él y sus amigos que la república tenia necesidad de instituciones, que faltaba un director supremo superior á los comités que manejase los resortes del poder ejecutivo, y que si los Jacobinos, la Convencion y el pueblo se decidian á dar una cabeza al gobierno, Robespierre se sacrificaria á esta magistratura temporal. Se convino ademas en arrancar el poder á los miembros de los comités, vigilar y depurar á los Jacobinos, que eran el punto de apoyo indispensable para remover á la Convencion; apoderarse del Consejo general de la municipalidad, que disponia de la insurreccion; hacerse dueños por medio de Henriot de la fuerza armada de Paris, lisonjear por Saint-Just y Lebas la opinion del ejército, llamar sucesivamente de los departamentos á los diputados comisionados de que no estaban muy seguros, alejar de la Convencion ó perder en el espíritu del pueblo á los que sospechaban con ambiciosos designios, y en fin, preparar con anticipacion á Robespierre un arma legal, tan arbitraria, tan

absoluta y tan terrible que nada tuviese que pedir de más cuando fuese elevado á la suprema magistratura, para hacer inclinar todas las cabezas bajo la ley de la unidad y del nivel de la muerte. Robespierre se reservaba con todo no obrar sino por la fuerza de la opinion, no recurrir á la insurreccion, respetar la soberanía nacional en su centro, y no aceptar más título ni poder que los que le fuesen impuestos por la Representacion nacional. Couthon se encargó de preparar un decreto que diese la dictadura á los comités. Una vez votada aquella dictadura por la Convencion, la arrancarian de manos de los comités, y la volverian contra éstos si fuese necesario. Este fué el decreto inexplicable que llamaron algunos dias despues el decreto del 22 Prairial. Saint-Just suspendió por algunos dias su marcha para el ejército del Rhin, á fin de lanzar ante el comité y ante la Convencion algunos de aquellos axiomas que caen desde lo alto en el pensamiento de una asamblea, que hacen presentir la profundidad de los designios, y que preparan la imaginacion á lo desconocido.

VII

Las circunstancias eran extremas, y el terreno resbaladizo. La muerte de Danton habia decapitado á la Montaña. Los montañeses estaban admirados aún de haberse dejado arrebatar por un golpe de mano tan súbito, tan atrevido y tan imprevisto un hombre que se arraigaba en ellos, y cuya ausencia los entregaba sin alma, sin voz y sin brazos á la prepotencia de los comités. Robespierre, por este golpe de Estado, habia conquistado una autoridad y un respeto que llegaba en los convencionales hasta el temor, pero tambien hasta el aborrecimiento. El hombre que habia muerto á Danton podia atreverse á intentarlo todo. Hasta entónces se habia creido en el desinteres, pero ahora se creia en la ambicion de Robespierre. La sospecha sólo de aquella ambicion era una fuerza para él. Hay vicios que la cobardía de los hombres respeta más que la virtud. Desde el momento en que Robespierre se preparaba á reinar, se preparaban ellos á obedecer. Los esclavos no faltan nunca para los tiranos, ni estímulo para la tiranía. La Montaña fingia en masa la idolatría de Robespierre.

Sin embargo, aquel culto aparente estaba mezclado en el fondo de temor y de ira. Los numerosos amigos de Danton experimentaban una secreta vergüenza por haberle abandonado. El nombre de Danton era un remordimiento para ellos. Su sitio permanecia vacío en la Montaña, y era una acusacion el no ocuparlo, pareciéndoles á cada instante que se iba á levantar de aquel banco para reprenderles su bajeza y su servilismo. Su recuerdo les era importuno hasta que lo hubiesen vengado.

Pero á excepcion de algunas miradas de inteligencia y de algunas palabras sueltas, nadie se atrevia á confiar en su vecino aquellas murmuraciones interiores. Robespierre estaba reducido á buscar en las fisonomías el favor ó el odio que le tenian. Para descubrir una oposicion era necesario interpretar los semblantes.

Entre estos aspectos significativos que inquietaban ú ofendian las miradas de Robespierre se notaba á Legendre, cubierto no obstante con la máscara de la complacencia; Leonardo Bourdon, que ocultaba mal el sentimiento; Bourdon (del Oise), demasiado destemplado de palabras para la mudez de la servidumbre; Collot-d'Herbois, demasiado declamador para soportar la superioridad del talento;

Barere, cuya fisonomía ambigua aún dejaba indecisa la sospecha; Sieyes, en cuya cara sólo se leia la insensibilidad de un autómata; Barras, que aparentaba la imparcialidad; Freron, que ocultaba las lágrimas con que habia inundado su corazon desde la muerte de Lucila Desmoulins; Tallien, ocultando mal una tristeza siniestra desde la prision de Teresa Cabarrús, que habia tomado su nombre en los calabozos de los Carmelitas; Carnot, cuya frente austera y marcial se desdeñaba inclinarse; Vadier, tan pronto cariñoso como tan pronto agresivo; Louis (del Bajo Rhin), mostrando el valor de su violencia; Billaud-Varennes, imágen de Bruto espiando un César: su semblante pálido y prolongado, su arrugada frente, sus delgados labios y su mirada penetrante y como tendiendo un lazo, revelaban una naturaleza difícil de conocer, difícil á ceder, é imposible de dominar; en fin, Courtois, diputado del Aube, amigo de Danton, que jamás habia aplaudido sus crímenes, pero que tampoco habia hecho traicion á su recuerdo; hombre honrado, cuyo republicanismo probo y moral no le habia endurecido el corazon.

Algunos amigos de Marat y de Hebert, diputados tales como Carrier, Fouché y otros convencionales llamados de sus comisiones para obedecer al clamor público contra sus atrocidades, se agrupaban ó se mostraban descontentos en las filas de la Montaña. El centro, compuesto de los restos de los girondinos, más flexible y más servil que nunca desde que le habian diezmado, se callaba, votaba y admiraba; pero en un tiempo en que el título sólo de faccion era un crímen, nadie se confesaba perteneeer á un partido; todos aquellos hombres jugaban al entusiasmo ó á la simulacion del entusiasmo formando la unanimidad aparente, todos aspiraban á confundirse de modo que no se hiciesen notar. El aislamiento se hubiera parecido á la oposicion, y la oposicion al complot.

VIII

En el interior de los dos grandes comités, los partidos se tocaban de cerca y se caracterizaban mejor sin confesarse mucho. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), David, Lebas, Lavicomterie, Moise Bayle, Elías Lacoste y Dubarran componian el comité de seguridad general. Hombres subalternos por su talento, no imprimian, pero seguian el movimiento, no rivalizando en las atribuciones del comité de salud pública sino cuando las divisiones de este comité supremo forzaron, tanto á Billaud-Varennes y á sus amigos como á Robespierre y á los suyos, á provocar la reunion de los dos Consejos para hacer que se pronunciase una mayoría. Casi todos aquellos miembros del comité de seguridad general manifestaban un respeto absoluto por las opiniones de Robespierre. Sin embargo, algunos se acordaban con amargura de Danton y otros de Hebert; y en fin, otros, como Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin) y Vadier, trataban de darse alguna importancia personal y luchar con el comité de salud pública. David y Lebas representaban allí únicamente las voluntades del dominador de los Jacobinos, el primero por servilismo, y el segundo por sentimiento y por conviccion.

La ausencia de muchos representantes que estaban en comision del comité de salud pública dejaba á las deliberaciones oscilar entre un pequeño número de miembros que reasumian la república. Estos eran entónces Robespierre, Couthon, Saint-Just, Billaud-Varennes, Barere, Collot-d'Herbois, Carnot, Prieur y Roberto Lindet.

Robespierre, Couthon y Saint-Just eran los hombres políticos; Billaud-Varennes, Barere y Collot-d'Herbois, los revolucionarios; Carnot, Prieur y Roberto Lindet eran los administradores del comité. Los primeros gobernaban, los segundos herian, y los terceros servian á la república.

Entre el partido de Robespierre y el de Billaud-Varennes empezaban á manifestarse sordos pero profundos disentimientos. Carnot, Roberto Lindet y Prieur se esforzaban en ahogar aquellas disensiones en el misterio de las sesiones, por temor de que animasen en el exterior facciones fatales á la libertad comun. Algunas veces aquellos tres decenviros se reunian á Robespierre, pero con más frecuencia á Billaud-Varennes y Barere. El orgullo solitario de Robespierre, la aspereza de Couthon

Robespierre en Ermenonville.—Pág. 405.

y el dogmatismo de Saint-Just ofendian á aquellos convencionales y les rechazaban involuntariamente, por la repulsion de caractéres, en una muda apatía que se asemejaba á la oposicion. Cuando Robespierre estaba ausente, se pronunciaba la palabra tirano. Decian que abusaba á la vez de la palabra y del silencio; que mandaba como un dueño, ó se callaba como un superior que se desdeña de discutir; que dejaba al comité la responsabilidad de sus actos despues de haberlos inspirado; que se reservaba criticar en los Jacobinos lo mismo que habia consentido en las Tullerías; que se burlaba de la moderacion, blasonando la clemencia; que defendia á las víctimas cuya sangre era lo más indispensable para su propia grandeza; que rechazaba todo lo odioso del gobierno sobre sus colegas; que los difamaba por su aislamiento; que usurpaba para sí solo toda la popularidad; que dificultaba la guerra en las manos de Carnot; que se sonreia con desprecio en su banco de las fanfarronadas militares de Barere; que no ocultaba las secretas intenciones que tenia de llevar más léjos su influencia en el comité; que tomaba en las sesiones una actitud que parecia el desden ó la majestad de un déspota. Ninguna

familiaridad endulzaba su autoridad; llegaba tarde, entraba con un paso descuidado, se sentaba sin hablar, bajaba los ojos sobre la mesa, apoyaba la cabeza entre las manos, impedia á sus labios expresar ni aprobacion ni crítica, fingiendo hábilmente la distraccion, y á veces la indiferencia ó la impasibilidad.

Tales eran las quejas que circulaban en voz baja contra Robespierre en los comités.

En la municipalidad reinaba como soberano por Fleuriot-Lescot y por Payan, uno corregidor de Paris, y el otro agente nacional. El tribunal revolucionario le era adicto por Dumas, por Hermann, Souberbielle, Duplay y por todos los jurados, que fueron escogidos en la clase del pueblo, en que el nombre de Robespierre era divinizado.

En los Jacobinos, Robespierre reinaba por sí mismo. Desdeñoso en el comité, descuidado en la Convencion, era asiduo, infatigable, elocuente, cariñoso y terrible cada noche en las sesiones de aquella sociedad. Allí estaba su imperio, que consolidaba ejerciéndolo, acostumbrando á la opinion á obedecerle para preparar la república á ponerse en sus manos. Pocos dias despues de la muerte de Danton empezó á ejercer la soberanía de su tribuna.

Dufourny, presidente habitual de los Jacobinos hacía algunos años, se habia atrevido á veces á interrumpir al orador ó á contradecirle en medio de sus discursos. Ademas, habia murmurado contra el informe de Saint-Just y contra la proscripcion de los dantonistas. Atacado por Vadier, Dufourny trató de justificarse. Robespierre, dejando desbordar el torrente de resentimientos que acumulaba desde algun tiempo contra él, dijo á Dufourny: «¡Acuérdate de que Chabot y Ronsin fueron impudentes un dia como tú, y que la impudencia en la frente es el sello del crímen!» «El mio es la calma»,—respondió Dufourny. «¡La calma!—replicó Robespierre.—No, la calma no existe en tu alma. Notaré todas tus palabras para descubrirte á los ojos del pueblo. ¡La calma! Los conspiradores la invocan siempre, pero nunca la tienen. ¡Qué! ¿Se atreven á sentir á Danton, Lacroix y sus cómplices, cuando los crímenes de aquellos hombres están escritos con nuestra sangre, y cuando Bélgica aún humea por sus traiciones? Tú piensas extraviarnos con tus intenciones pérfidas. No lo conseguirás. Tú fuiste amigo de Fabre d'Eglantine.» Despues de este apóstrofe, Robespierre hizo de Dufourny el retrato de un intrigante, de un ambicioso, de un mendicante de popularidad, y pidió que fuese despedido. Dufourny, confundido por una ira que entónces era el presentimiento del suplicio, se arrepintió de no haber adivinado ántes el poder y el odio de Robespierre. Fué entregado al comité de seguridad general.

IX

Saint-Just elevaba de dia en dia más su papel en la Convencion. Se esforzaba por engrandecer el alma de la república á la proporcion de una completa regeneracion de la sociedad. Sus máximas tenian el dogmatismo y casi la autoridad de un revelador. Se creia ver en aquel hombre, tan jóven, tan bello y tan inspirado, el precursor de la edad nueva. «Es necesario—decia en un informe sobre la policía general—hacer una ciudad nueva. Es menester hacer comprender que el gobierno revolucionario no es ni el estado de conquista ni el estado de guerra, sino el trán-

sito del mal al bien, de la corrupcion á la probidad, de las malas máximas á las máximas honradas. Un revolucionario es inflexible, pero es sensible, dulce, político y frugal. Hiere en el combate, y defiende la inocencia ante los jueces. Juan Jacobo Rousseau era revolucionario, y no era ni insolente ni grosero sin duda. ¡Sed semejantes á él! No esperad otra recompensa que la inmortalidad. Yo sé que los que han querido el bien han perecido todos. Codro murió precipitado en un abismo. A Licurgo le sacaron un ojo los pícaros de Esparta, y murió en el destierro. Focion y Sócrates bebieron la cicuta. La misma Aténas en aquellos dias se coronó de flores. No importa, habian hecho el bien. ¡Si aquel bien fué perdido para su país, no ha estado oculto para la Divinidad! Formar una buena conciencia pública, hé aquí la policía. Esta conciencia, uniforme como el corazon humano, se compone de la inclinacion del pueblo al bien general. Habeis estado severos, y habeis debido serlo. Ha sido necesario vengar á nuestros padres y ocultar bajo sus ruinas esta monarquía, inmenso sepulcro de tantas generaciones avasalladas. ¿En qué se convertiria una república indulgente contra enemigos encarnizados? Hemos opuesto la cuchilla á la cuchilla, y se ha fundado la libertad. Ha salido del seno de las tempestades y de los dolores, como el mundo, que sale del cáos, y como el hombre, que llora al nacer. *(La Convencion aplaude con entusiasmo).* Que los demas pueblos nos lean su historia. ¿Su nacimiento fué ménos agitado? Han tenido siglos de locura, y nosotros no llevamos más que cinco años de resistencia á la opresion y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio. Amemos la vida oscura. Ambiciosos, id á paseaos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos; decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de sí mismo. Arrojad fuera de vuestro suelo á los que echan de ménos la tiranía. El universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, é inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. Se acusa al gobierno de dictadura. ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solicitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Ciceron desplegó contra Catilina. Sólo César sintió á aquel traidor. A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio. Formad instituciones civiles, en las cuales aún no se ha pensado, y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudeis; todo lo que en el dia de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará el mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que sólo la Convencion domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

Estas máximas líricas parecia que prometian, en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á reconstituir.

Robespierre y sus amigos se adelantaban á la Convencion en aquellos sentimientos; se sabía que las palabras de Saint-Just no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del órden antiguo, y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado su primer papel, y estaba impaciente por tomar

el segundo. Cansado ya de suplicios, queria, segun dijo, asentar el gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es la única que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada si es sólo la expresion de la voluntad humana; es necesario, para hacerla santa, que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es más que el *servilismo;* lo que constituye el *deber* es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título, haciendo santa á la ley, la hace tambien más fuerte, porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones y por las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creido que Dios era una preocupacion antirevolucionaria. La república parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateismo, predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallaje á un culto repudiado por ellos, y para los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo, al sacudir aquella cadena divina de la fe en Dios que retenia su conciencia, estaba en la persuasion de que sacudia al mismo tiempo todos los lazos del deber. El terror sobre la tierra debia reemplazar la justicia en el cielo. Ahora que querian separar el cadalso é inaugurar instituciones, era necesario infundir al pueblo una conciencia. Una conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberacion de la idea de Dios en el alma del género humano. Extinguid la idea de Dios, y dejais sin luz al hombre; puede tomarse al azar la virtud por el crímen y el crímen por la virtud.

X

Robespierre conocia profundamente estas verdades. Es necesario decirlo aunque repugne el creerlo, no las conocia solamente como político que pide una cadena al cielo para sujetar con más seguridad á los hombres; las conocia como sectario que se inclina el primero ante la idea que pretende hacer adorar al pueblo. Hay algo de Mahoma en estas ideas. La hora de la reconstruccion empezaba; queria reconstruir ante todo el alma de la nacion. Con la misma mano con que él le daba todo el poder, era necesario darle toda la luz. Una república que no debia tener otra soberanía que la moral, debia sostenerse enteramente sobre un principio divino.

En el estado de desorganizacion intelectual y de descrédito de las ideas religiosas á que los filósofos materialistas del siglo XVIII, los girondinos que fueron sus discípulos, y los ateos sus verdugos, habian hecho descender al espíritu público; enfrente de Collot-d'Herbois, cómico feroz, de Barere, escéptico burlesco, de Billaud-Varennes, demoledor implacable, de Lequinio, materialista descarado, de los amigos de Hebert, de los comensales de Danton, y de aquella turba de hombres indi-

ferentes á todos los cultos que pertenecian á los comités y á la Convencion, era necesario todo el prestigio de Robespierre para arrostrar la risa ó la ira que semejante tentativa corria riesgo de hallar en la opinion. Tampoco queria detener el Terror sino despues de aquel acto. Conocia que habia por cima de él una gran verdad, y en aquella verdad una gran fuerza. El se atrevió, pero no se atrevió, no obstante, sin titubear ni sin valor. «Yo sé—dijo á uno de sus amigos—que puedo ser destruido por la idea que voy á hacer resaltar en la cabeza del pueblo.» Muchos de sus amigos le aconsejaron que no intentara aquella empresa; pero él se obstinó. Al principio de Abril fué á pasar algunos dias al bosque de Montmorency, y visitó con frecuencia la cabaña que Juan Jacobo Rousseau habia habitado. En aquella casa y en su jardin fué en donde concluyó su informe, bajo aquellos mismos árboles en donde su maestro habia tan magníficamente escrito de Dios.

El 18 Floreal subió á la tribuna con su informe en la mano. Jamás, dijeron los que sobrevivieron á aquel dia, su actitud habia manifestado tanta tension de voluntad, jamás su voz

Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau trasladados al Panteon.—Pág. 402.

habia salido de su alma con un acento de autoridad moral más solemne. Parecia que hablaba, no como un tribuno que subleva ó acaricia á un pueblo, ni áun como el legislador que promulga leyes perecederas, sino como el mensajero que anuncia á los hombres una verdad. El legislador que restaura en el corazon humano una idea oscurecida ó mutilada por los siglos parecia en aquel momento á Robespierre igual al filósofo que la concibe. La Convencion, muda y recogida, unos por temor y otros por respeto, tenia el aspecto de la gravedad de la idea que iba á conocer.

«Ciudadanos,—dijo Robespierre, despues de un exordio adecuado á las circunstancias,—toda doctrina que consuela y que eleva las almas debe ser acogida; rechazad todas las que tiendan á degradarlas y á corromperlas. Reasumid, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha querido extinguir. ¿Quién te ha dado la mision de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, oh tú que te apasionas por aquella árida doctrina y que no te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras tú en persuadir al hombre que una fuerza ciega preside sus destinos y hiere por casualidad al crímen y la virtud, que su alma no es más que un soplo ligero que se desvanece á la orilla del sepulcro? ¿La idea de la nada le inspirará sentimientos más puros y más elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspirará más respeto para sus semejantes y para sí mismo, más sacrificios por la patria, más audacia para resistir á la tiranía y más desprecio por la muerte? Vosotros que llorais la falta de un amigo verdadero, ¿pensais que la parte más pura de sí mismo no se ha librado de la muerte? Vosotros que suspirais al lado de la tumba de un hijo ó de una esposa, ¿os consolareis porque os digan que no queda de ellos más que un vil polvo? Desgraciados que espirais á los golpes de un asesino, ¿vuestros últimos suspiros no son una súplica á la justicia eterna? La inocencia sobre el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo. ¿Tendria este ascendiente si el sepulcro igualase al opresor y al oprimido? Cuanto más el hombre está dotado de sensibilidad y de genio, más se apega á las ideas que engrandecen su sér y que elevan su corazon, y la doctrina de los hombres de este temple se convierte en la del universo. La idea del Sér Supremo y de la inmortalidad del alma es una llamada continua á la justicia. ¡Esta idea es, pues, republicana! *(Aplausos)*. No sé que ningun legislador se haya empeñado en nacionalizar el ateismo; sé que los más sabios, áun entre sí, han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, sea para herir la imaginacion de los pueblos ignorantes, sea para unirlos más fuertemente á sus instituciones. Licurgo y Solon recurrieron á la autoridad de los oráculos, y Sócrates mismo, para acreditar la verdad entre sus conciudadanos, se creyó obligado á persuadirles de que se la inspiraba un genio familiar.

»Vosotros no concluireis de esto, sin duda, que será necesario engañar á los hombres para instruirlos, pero solamente que sois dichosos en vivir en un siglo y en un país cuyas luces no nos dejan otro deber que cumplir que llamar á los hombres á la naturaleza y á la verdad. Vosotros os guardareis bien de romper el nudo sagrado que les une al autor de su sér. ¿Y qué es lo que los conjurados han puesto en lugar de lo que han destruido? Nada, si no es el cáos, el vacío y la violencia. Desprecian demasiado al pueblo para tomarse la pena de persuadirle; en lugar de ilustrarle, no quieren sino irritarle y depravarlo. Si los principios que he desenvuelto hasta aquí son errores, al ménos me engaño con todo lo que el mundo

reverencia. Tomemos lecciones de la historia. Reparad, os ruego, cómo los hombres que han influido sobre los destinos de los Estados se determinaron por el uno ó por el otro sistema opuesto por su carácter personal ó por la naturaleza misma de sus miras políticas. Ved con qué profundo arte César, arengando en el senado romano en favor de los cómplices de Catilina, se extravía en una digresion contra el dogma de la inmortalidad del alma. ¡Tanto le parecian estas ideas propias á extinguir en el corazon de los jueces la energía de la virtud, y tanto la causa del crímen le parecia ligada á la del ateismo! Por el contrario, Ciceron invocaba contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates, al morir, hablaba á sus amigos de la inmortalidad del alma. Leonidas, en las Termópilas, cuando con sus compañeros de armas se halla en el momento de ejecutar la empresa más heroica que la virtud humana haya concebido jamás, les invita para que al otro dia asistan á un banquete en una nueva vida. Hay mucha distancia de Sócrates á Chaumette, y de Leonidas al Padre Duchesne. *(Aplausos)*. Un hombre grande, un verdadero héroe, se estima demasiado á sí mismo para complacerse en la idea de la nada. Un malvado, despreciable á sus propios ojos y horrible á los de los demas, conoce que el mejor presente que le puede hacer la naturaleza es la nada. *(Aplausos)*. Una secta propagó con mucho celo la opinion del materialismo, que prevaleció entre los grandes y bellos espíritus: se les debe en gran parte esta especie de filosofía práctica, que erigiendo al egoísmo en sistema, mira la sociedad humana como una guerra de ardides, el éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de gusto y de comodidad, y el mundo como el patrimonio de diestros pícaros.

»Entre los que en el tiempo de que hablo se señalaron en la carrera de las letras y de la filosofía, un hombre, Rousseau, por la elevacion de su alma y por lo grande de su carácter, se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano. Hablaba con entusiasmo de la Divinidad; su elocuencia varonil y proba pintaba con rasgos de fuego los encantos de la virtud, defendiendo los dogmas consoladores que la razon da por apoyo al corazon humano. La pureza de su doctrina, sacada de la naturaleza y en el profundo aborrecimiento del vicio, tanto como de su invencible desprecio por los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajo el odio y la persecucion de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! Si hubiese sido testigo de esta revolucion, de que fué precursor y que le ha llevado al Panteon, ¿quién podrá dudar que su generosa alma hubiese abrazado con transporte la causa de la justicia y de la igualdad? Pero ¿qué han hecho por ella sus cobardes adversarios? Han combatido la revolucion desde el instante que han sabido que iba á elevarse el pueblo por cima de ellos. El traidor Guadet denunció á un ciudadano por haber pronunciado el nombre de la Providencia. Hemos oido algun tiempo despues á Hebert acusar á otro por haber escrito contra el ateismo. ¿No han sido Vergniaud y Gensonné los que en vuestra misma presencia y en vuestra tribuna peroraron con calor para desterrar del preámbulo de la Constitucion el nombre del Sér Supremo que vosotros pusísteis? Danton, que sonreia de piedad á las palabras virtud, gloria y posteridad; Danton, cuyo sistema era envilecer todo lo que podia elevar el alma; Danton, que era frio y mudo en los mayores peligros de la libertad, hablaba despues con mucha vehemencia en favor de la misma opinion.

»¡Fanáticos, no espereis nada de nosotros! Llamar á los hombres al culto puro del Sér Supremo es dar un golpe mortal al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la razon. Sin contradiccion, sin persecucion, todas las sectas deben confundirse por sí mismas en la religion universal de la naturaleza. *(Aplausos)*. ¡Sacerdotes ambiciosos, no espereis que trabajemos en restablecer vuestro imperio! Semejante empresa sería muy superior á nuestro poder. *(Aplausos)*. Os habeis asesinado á vosotros mismos, y no se vuelve más á la vida moral, como tampoco á la existencia física. Y por otra parte, ¿qué hay de comun entre los sacerdotes y Dios? ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes! *(Repetidos aplausos)*. No conozco cosa más semejante al ateismo que las religiones que han creado: á fuerza de desfigurar al Sér Supremo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imágen; ellos le han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos le han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis, para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos le han relegado al cielo como en un palacio, y no le han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. *(Vivos aplausos)*. El verdadero sacerdote del Sér Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de los corazones sensibles y puros.

»Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad. *(Aplausos)*. Establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes, que es la sola garantía de la felicidad social. ¡Desgraciado el que busque extinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¿Cuál es, pues, la depravacion de que estamos rodeados, si no hemos tenido valor para proclamarlas? ¿La posteridad podrá creer que, vencidas las facciones, han llevado su audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia por haber invocado la idea de la Divinidad y de la moral? ¿Creerá que se han atrevido á decir en este recinto que habíamos hecho retroceder la razon humana á muchos siglos? No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra vosotros parece que nos preparan la cicuta, pero ántes de beberla salvarémos á la patria. *(Aplausos)*. La nave que lleva la fortuna de la república no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios, y las tempestades se verán forzadas á respetarla. *(Nuevos aplausos)*. Los enemigos de la república son todos los hombres corrompidos. *(Aplausos)*. El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnánimo en toda la fuerza de la expresion. *(Aplausos)*. Es poco destruir á los reyes; es menester hacer respetar á todos los pueblos el carácter del pueblo frances. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrozan impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma

de los sucesos. Seamos terribles en los reveses, modestos en los triunfos *(aplausos)*, y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduría y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea más heroica y más difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndoos el decreto siguiente:

«Artículo 1.° El pueblo frances reconoce la existencia del Sér Supremo y la inmortalidad del alma.

»Art. 2.° Reconoce al mismo tiempo que el culto más digno del Sér Supremos es la práctica de los deberes del hombre.»

XI

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus consecuencias. La primera y la más solemne se debia celebrar diez dias despues de aquella profesion de fe.

Algunas diputaciones de la sociedad de los Jacobinos felicitaron á la Representacion por haber hecho remontar la justicia y la libertad á su orígen. Cambon, cristiano íntegro y convencido, pidió que los templos fuesen vengados de las profanaciones del ateismo; Couthon, en un discurso entusiasta, desafió á los filósofos materialistas á que negasen al Soberano árbitro del universo ante la majestad de sus obras, y á la Providencia ante la regeneracion del pueblo envilecido. El espectáculo de aquel hombre enfermo y moribundo, sostenido en la tribuna en brazos de dos de sus colegas, y confesando, en medio de la sangre vertida, su Juez en el cielo y la inmortalidad de su alma, atestiguaba en Couthon la fe fanática que le ocultaba á sí mismo la atrocidad de los medios por la santidad del objeto.

Cualquiera que fuese el contraste entre el renombre sanguinario de Robespierre y su papel de restaurador de la idea divina, salió de aquella sesion más grande que cuando entró. Habia arrancado con una mano valiente el sello de la conciencia pública, y aquella conciencia le respondia en la nacion y áun en toda Europa por un secreto aplauso. Se habia fortificado y habia, por decirlo así, intentado consagrarse á sí mismo, haciendo alianza con la más alta idea de la humanidad. El que confesaba á Dios á la faz del pueblo, no tardaria mucho, decian, en desaprobar el crímen y la muerte. Todos los corazones, fatigados de odio y de combates, deseaban interiormente en Robespierre el poder. Este deseo general, en un gobierno de opinion, es ya el poder en efecto. Habia tomado la dictadura moral aquel dia sobre el altar de la idea que habia proclamado. La fuerza y la grandeza del dogma que acababa de restituir á la república parecia rodear su nombre. Al dia siguiente se trasladaron al Panteon los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau, para que el maestro participase del triunfo del discípulo. Robespierre inspiró aquella apoteósis, dando, por aquel homenaje á la filosofía religiosa y casi cristiana de Juan Jacobo Rousseau, su verdadero sentido á la revolucion.

LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot-d'Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.— Fiesta del Sér Supremo.— Triunfo de Robespierre.—Irritacion de los comités.— Proyectos de los filántropos de la Convencion.— Decreto del 22 Prairial.—Altercados en el comité de salud pública.— Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Conjuracion sorda.

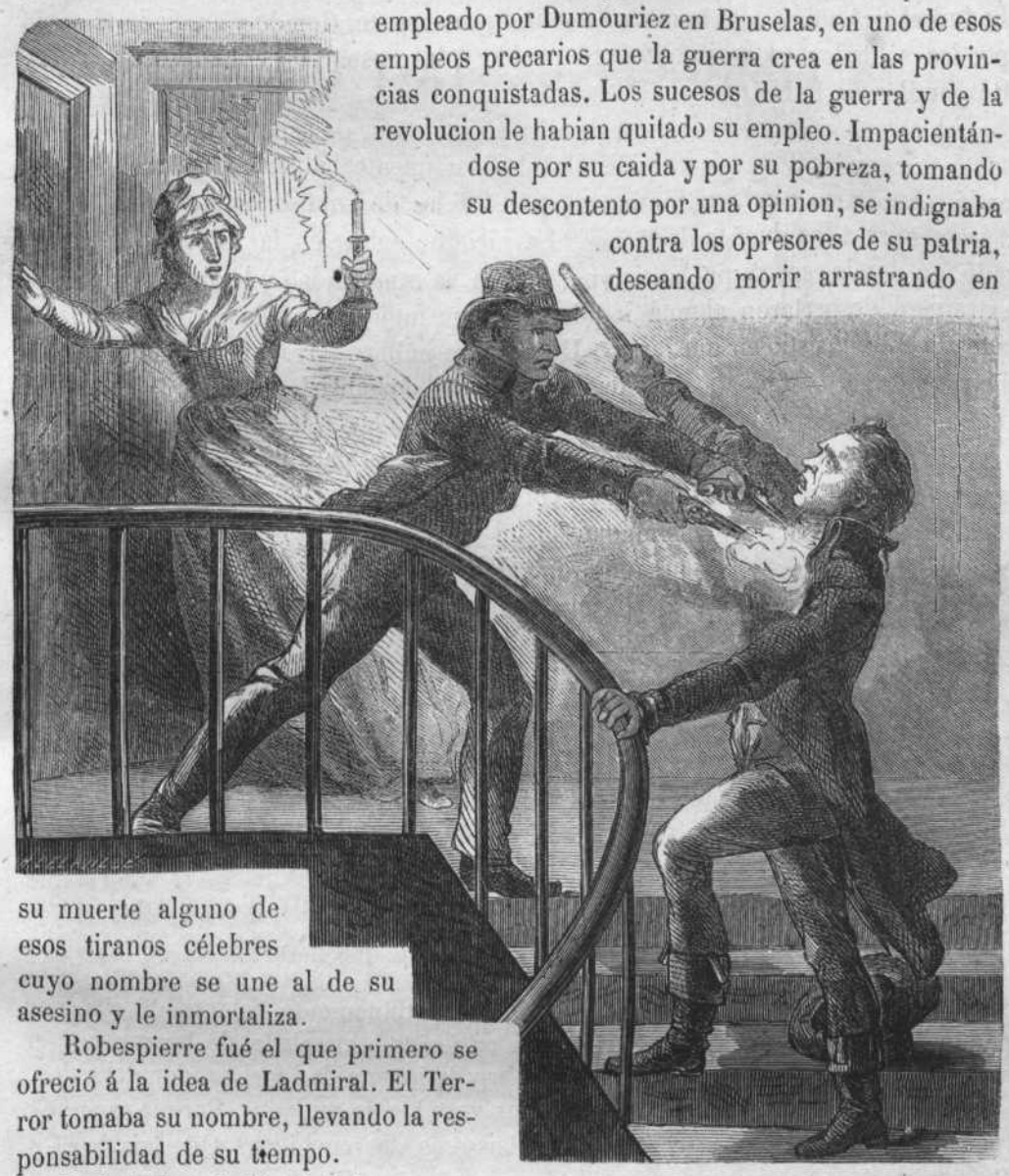
I

Las esperanzas de volver á la justicia y la humanidad concebidas en la sesion que acabamos de relatar fueron aplazadas por dos circunstancias accidentales, que impidieron á Robespierre poner de manifiesto sus proyectos y moderar el gobierno revolucionario, haciéndose superior á los comités. No se atrevia á intentar á la vez las dos empresas, porque una sola bastaria para comprometer su popularidad. Acababa de volverse contra el ateismo, y meditaba volverse contra el Terror; pero se creia obligado á acudir aún algunos dias á la dominacion de los terroristas, á fin de asegurarse de la fuerza de la opinion necesaria para hacer que cediesen todos sus colegas á su voluntad. Los comités estaban llenos de sus enemigos secretos, y sabía que estaban prontos á abusar contra él del menor síntoma de moderacion, y destruirle por la mano de la Montaña bajo una acusacion de clemencia que habrian hecho aparecer como traicion. Aparentaba delante de Barere, Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier una inflexibilidad que desafiaba la de estos decenviros, no pudiendo en su pensamiento dominarlos sino con sus propias armas, y para volverse contra ellos era necesario en apariencia dejarlos atras. De este modo el Terror se redoblaba por la voluntad misma de desterrarlo, habiendo un desafío mutuo de sospechas, de proscripcion y crueldad. La sangre corria más que nunca. Las víctimas odiosamente sacrificadas durante este aplazamiento acusaban igualmente la barbarie de los unos y el disimulo de los otros. Dejar continuar las proscripciones sanguinarias para prevenirlas, siempre es proscribir.

Los comités sospechaban estas ideas de moderacion en Robespierre, y se complacian en confundirlas tomando su nombre por egida, y el temor de sus reprensiones servia de pretexto á sus ejecuciones. Fué uno de los momentos en que aquel hombre debió descender con más remordimiento y con más humillacion en su propio corazon, y arrepentirse más dolorosamente por haber tomado una vía de sangre para conducir al pueblo á su regeneracion. Los hombres que habia lanzado le arrastraban á su vez; él les servia detestándolos.

Uno de aquellos aventureros que un destino vulgar arrastra en la miseria, y

que se creen hombres de importancia por la casualidad de los acontecimientos, acababa de llegar á Paris con intencion de matar á Robespierre. Se llamaba Ladmiral, y era natural de las montañas de Puy-de-Dome, en que ciertas almas son tan rudas y tan calcinadas como el suelo que las vió nacer. Habia pertenecido ántes de la revolucion á la servidumbre del antiguo ministro Bertin. Despues fué empleado por Dumouriez en Bruselas, en uno de esos empleos precarios que la guerra crea en las provincias conquistadas. Los sucesos de la guerra y de la revolucion le habian quitado su empleo. Impacientándose por su caida y por su pobreza, tomando su descontento por una opinion, se indignaba contra los opresores de su patria, deseando morir arrastrando en su muerte alguno de esos tiranos célebres cuyo nombre se une al de su asesino y le inmortaliza.



Tentativa de asesinato en Collot-d'Herbois.—Pág. 411.

Robespierre fué el que primero se ofreció á la idea de Ladmiral. El Terror tomaba su nombre, llevando la responsabilidad de su tiempo.

Ladmiral se habia alojado por casualidad al llegar á Paris en la misma casa que habitaba Collot-d'Herbois. Se proveyó de unas pistolas y un puñal; espió á Robespierre, esperándole dias enteros en los corredores del comité de salud pública. La casualidad hizo que no encontrase á su víctima. Cansado de esperarle, creyó que la fatalidad le designaba á otro. Esperó á Collot-d'Herbois en la escalera de su casa en el momento en que el autor de las proscripciones de Lyon volvia una noche de la sesion de los Jacobinos. Le tiró dos pistoletazos, faltándole el tiro en el primero. La bala, que pudo evitar Collot, fué á dar en la pared. Collot y su

asesino se asieron cuerpo á cuerpo en la oscuridad, lucharon y rodaron la escalera. La detonacion, los gritos y la lucha prolongada atrajeron á los vecinos, á los que pasaban por la calle y á los soldados de una guardia inmediata. Ladmiral se refugió en su habitacion, en donde se hizo fuerte y amenazó hacer fuego á los que intentasen forzar la puerta. Un cerrajero llamado Geffroy despreció aquellas amenazas. Ladmiral tiró sobre este hombre y le hirió gravemente. Cogido y arrojado al suelo por los soldados, el asesino fué conducido á la presencia de Fouquier-Tinville. Respondió que habia querido libertar á su país.

Al mismo tiempo, una jóven de diez y siete años, de aspecto infantil, se presentó en casa de Robespierre pidiendo obstinadamente hablarle. Traia una cestita en la mano, y su edad, su continente, la candidez de su fisonomía, no inspiraron desconfianza á los dueños de la casa. Le hicieron entrar en la antesala del diputado, en donde esperó mucho tiempo. Por fin, la inmovilidad y la obstinacion de la extranjera despertaron alguna inquietud en las mujeres, que le intimaron que se retirase. Ella insistió en quedarse. «Un hombre público—respondió—debe recibir á cualquier hora á todos los que tengan necesidad de hablarle.» Llamaron á la guardia, prendieron á la desconocida jóven y registraron su cesta. Encontraron algunos vestidos y dos cuchillos pequeños, armas insuficientes para dar la muerte por una mano de niña. Conducida al comité revolucionario de la calle de las Picas, la interrogaron con el aparato y solemnidad de un gran crímen. «¿Por qué habeis ido á casa de Robespierre?»—le preguntaron. «Para ver—respondió ella—cómo era un tirano.» En esta respuesta afectaron ver la confesion de un complot. Implicaron la prision de la jóven con la tentativa de Ladmiral, esparciendo que estaba armada con un puñal por el gobierno inglés. Se habló de un baile de máscaras tenido en Lóndres, en que una mujer, vestida como Carlota Corday y blandiendo un puñal, habia dicho: «Busco á Robespierre». Otros pretendieron que el comité de salud pública habia hecho perecer al amante de esta jóven, y que el asesinato era una represalia de amor. Estas quimeras no tenian fundamento. El asesinato no era más que la imaginacion de una niña que tomaba un sueño por un pensamiento, y que iba á ver si la presencia de un hombre famoso le inspiraba el odio ó el amor; reminiscencia de Carlota Corday, vaga en su objeto é inocente como una puerilidad. Aquella jóven se llamaba Cecilia Renault, y era hija de un papelero de la ciudad. El nombre de Robespierre, repetido continuamente delante de ella por parientes realistas, le habia sugerido una curiosidad mezclada de horror por el hombre del dia. Sus respuestas manifestaban la ingenuidad y el candor del valor. «¿Por qué—le preguntaron—llevábais esos vestidos de mujer?» «Porque esperaba que me pusiesen presa.» «¿Por qué teníais esos dos cuchillos? ¿Queríais herir á Robespierre?» «No; nunca he querido hacer daño á nadie.» «¿Por qué queríais ver á Robespierre?» «Para asegurarme por mis propios ojos si el hombre se parece á la imágen que yo me habia formado de él.» «¿Por qué sois realista?» «Porque quiero más un rey que sesenta tiranos.» La encerraron, así como á Ladmiral, en un calabozo, y todo el artificio de Fouquier-Tinville se empleó en transformar esta niñada en conjuracion y en imaginar cómplices.

II

La noticia de estas dos tentativas de asesinato hizo estallar en la Convencion y en los Jacobinos una explosion de furor contra los realistas, de embriaguez para los diputados, y de idolatría para Robespierre. Collot-d'Herbois se engrandeció á

Prision de Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Pág. 412.

los ojos de sus colegas por el peligro que habia corrido. El puñal parecia que habia señalado por sí mismo al pueblo la importancia de aquellos dos jefes del gobierno escogiéndolos entre los demas. El asesinato burlado fué en todo tiempo la dichosa fortuna de los ambiciosos. Parece que de este modo se convierten en víctimas ó en escudo del pueblo, y que la cuchilla de los enemigos públicos tiene necesidad de atravesar su corazon para llegar hasta el de la patria. Un puñal habia divinizado á Marat; la pistola de Ladmiral ilustró á Collot-d'Herbois, y el cuchillo de Cecilia Renault consagró á Robespierre.

La Convencion recibió á Collot-d'Herbois como el senado envilecido de Roma recibia á los tiranos protegidos por la clemencia de los dioses. Las secciones, cre-

yendo ver en todas partes bandas organizadas de *liberticidas,* tributaron acciones de gracias al genio de la república. Algunos propusieron que se diese una guardia á los miembros del comité de salud pública. El temor de perder la libertad los precipitaba en todos los signos de la servidumbre. El dia 6, los Jacobinos se reunieron y se congratularon en un abrazo fraternal, como hombres que se encuentran despues de circunstancias desesperadas. Collot, llevado en brazos de la multitud, dió gracias al cielo por haberle conservado una vida que él queria consagrar solamente á su patria. «Los tiranos—exclamó—quieren deshacerse de nosotros por el asesinato; pero no saben que cuando espira un patriota, los que le sobreviven juran sobre su cadáver la venganza del crímen y la eternidad de la libertad.»

Legendre quiso rescatar su imprudencia cuando la prision de Danton con más servilismo. Removió la mocion de dar una guardia á los miembros del gobierno. Couthon conoció el lazo bajo la adulacion, y respondió que los miembros del comité no querian más guardia que la Providencia Divina que velaba por ellos, y que en caso necesario, los republicanos sabrian morir.

Robespierre compareció el último, subió á la tribuna, y trató en vano de hacerse oir en medio del delirio de entusiasmo y de amor que ahogaba su voz. Lágrimas de enternecimiento arrojaron sus ojos y cortaron sus palabras. En fin, recobró la palabra.

«Soy—dijo en medio de un religioso silencio—uno de los que han sido ménos sériamente amenazados. Sin embargo, no puedo dejar de hacer alguna reflexion. Que los defensores de la libertad sean objeto de los puñales de la tiranía es necesario esperarlo. Ya os lo dije: si nosotros descubrimos las conjuraciones, si batimos á los enemigos, serémos asesinados. Lo que habia previsto ha sucedido. Los soldados de los tiranos han mordido el polvo, los traidores han perecido en el cadalso, y los puñales se han afilado contra nosotros. Conozco que es más cómodo asesinarnos que vencer nuestros principios y subyugar á nuestros ejércitos... Me he dicho á mí mismo que cuanto más incierta es la vida de los defensores del pueblo, más se deben apresurar á llenar sus últimos dias de acciones útiles á la libertad. ¡Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho más libre y más temible á los enemigos del pueblo!...» A estas palabras, en que el vencedor se quiso convertir en mártir y hacerse superior á la muerte por la contemplacion de su gran designio, los corazones estallaron de admiracion, y Robespierre se precipitó en los brazos de los jacobinos. En seguida volvió á la tribuna y combatió con desden la proposicion de Legendre. Aquella mocion le parecia sospechosa de oculta intencion de hacer parecer á los defensores del pueblo á un triunvirato de tiranos. Tanto más triunfaba Robespierre cuanto más se humillaba. El delirio del pueblo le tributó en culto todo lo que su ídolo rehusaba aceptar en majestad.

En la sesion de la Convencion del dia siguiente, 7 de Junio, Barere exageró los peligros en dos informes enfáticos. Atribuyó á los gobiernos extranjeros, y sobre todo á Mr. Pitt, el haber suscitado la demencia de Ladmiral y la puerilidad de Cecilia Renault. La Convencion fingió creer en aquellos complots y cubrir la patria entera envolviendo á Robespierre con su egida y su adhesion. Barere concluyó por la proposicion de un decreto atroz que mandaba el asesinato de todos

los prisioneros ingleses ó hanoverianos que fuesen hechos en lo sucesivo por los ejércitos de la república.

Provocado Robespierre por todas las miradas y por todos los gestos, sucedió á Barere. «Esto será—dijo á sus colegas—un buen asunto de conversacion para la posteridad, y es un espectáculo digno de la tierra y del cielo ver á la Asamblea de los representantes del pueblo frances, situada sobre un volcan inextinguible de conspiraciones, con una mano llevar á los piés del Eterno, autor de todas las cosas, los homenajes de un gran pueblo, y con la otra lanzar el rayo sobre los tiranos conjurados en su contra, fundar la primera democracia del mundo, y traer entre los mortales la libertad, la justicia y la virtud desterradas.» A este exordio, que quitó á la Convencion una cuestion individual para transportarla á la altura de una cuestion general, los aplausos interrumpieron por mucho tiempo á Robespierre. No veian en él un hombre, sino la personificacion de la patria. «¡Perecerán,—volvió á decir con voz inspirada,—perecerán los tiranos armados contra el pueblo frances! ¡Perecerán las facciones que se apoyen en las potencias para destruir nuestra libertad! Vosotros no hareis la paz, vosotros la dareis al mundo, y la rehusareis al crímen. Sin duda que ellos no son tan insensatos para creer que la muerte de algunos representantes podria asegurar su triunfo. Si ellos han creido que haciéndonos bajar al sepulcro, el genio de los Brissot, de los Hebert y de los Danton iba á salir triunfante para entregarnos por cuarta vez á la discordia, se engañan.»

A este insulto á la memoria de Danton, un movimiento de descontento se reveló por alguna agitacion en la Montaña. Robespierre se apercibió, y se detuvo. «Cuando hayamos caido sobre sus cuerpos,—continuó con un acento de indiferencia que parecia elevarle por cima de él mismo,—querreis acabar vuestra sublime empresa ó participar de nuestra suerte. Sí,—continúa, suspendiendo el aplauso que estalló con la energía de su voz y de su accion,—sí; no hay uno de vosotros que no quiera venir sobre nuestros sangrientos cuerpos á jurar exterminar á los últimos enemigos del pueblo.» Todos los representantes se levantaron por un movimiento unánime haciendo la accion de jurar. «¡Esperaban—continuó—quitar el aliento al pueblo frances! El pueblo frances vive todavía, y la naturaleza, fiel á la libertad, le promete la abundancia. ¿Qué les queda pues? ¡El asesinato! ¡Esperaban exterminarnos los unos por los otros y por revueltas pagadas! Este proyecto ha abortado. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han creido postrarnos bajo el esfuerzo de su liga armada, y sobre todo por la traicion! Los traidores tiemblan ó perecen, sus cañones caen en nuestro poder, y sus satélites huyen delante de nosotros. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han buscado disolver la Convencion por la corrupcion! La Convencion ha castigado á sus cómplices, pero les queda el asesinato. ¡Han tratado de depravar á la república y extinguir entre nosotros los sentimientos generosos de que se compone el amor á la patria y de la libertad desterrando de la república el buen sentido, la virtud y la Divinidad! Hemos proclamado la Divinidad y la inmortalidad del alma, y hemos prescrito la virtud en nombre de la república, pero á ellos les queda el asesinato. ¡Alegrémonos, pues, y demos gracias al cielo, pues que hemos sido dignos del puñal de la tiranía!» La sala se conmovió por las exclamaciones que levantó aquella explosion de magnanimidad antigua. «¡Hay, pues, para nosotros gloriosos peligros que arrostrar!—

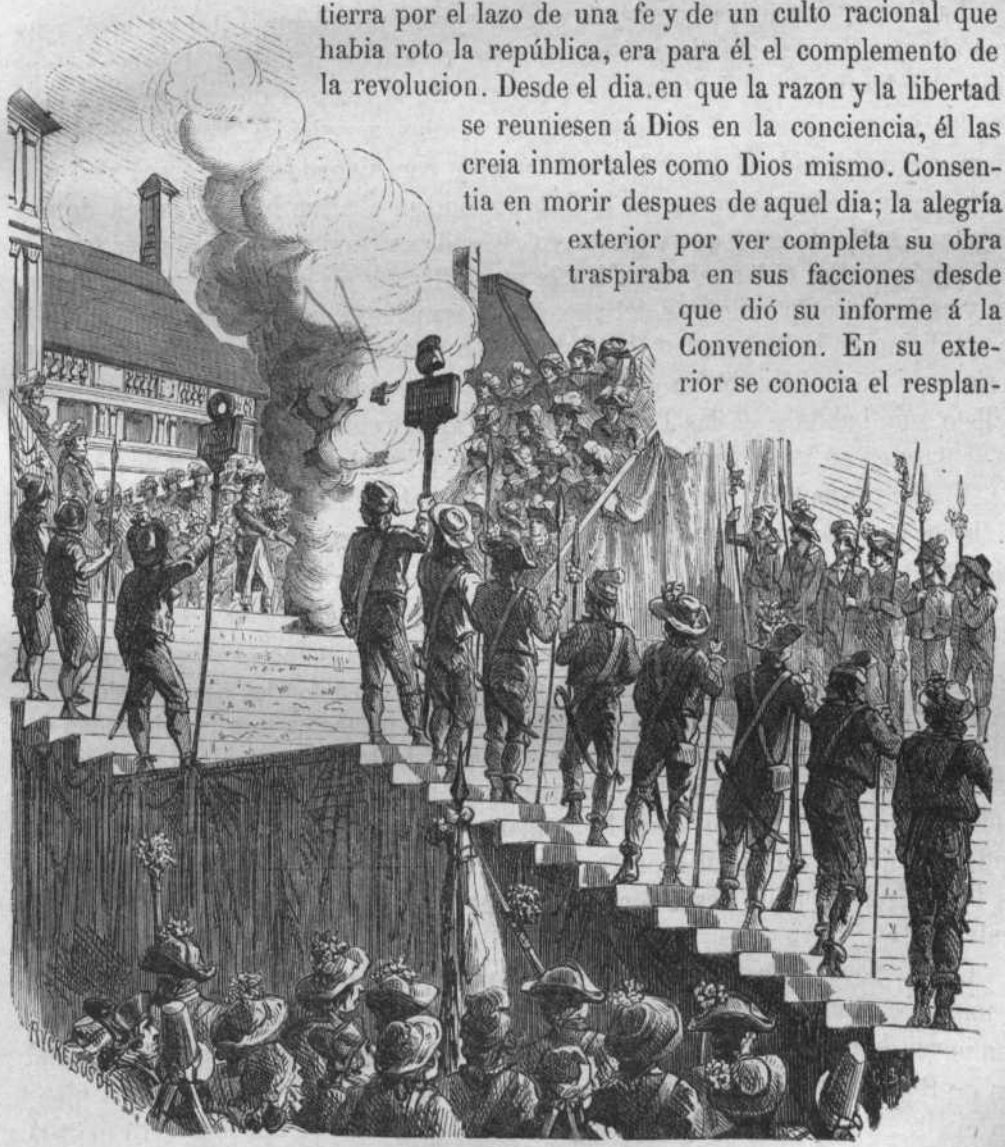
prosiguió.—La ciudad ofrece tantos como el campo de batalla. Nada tenemos que envidiar á nuestros valientes compañeros de armas. ¡Pagamos de mil maneras nuestra deuda con la patria! ¡Oh reyes, no somos nosotros los que nos quejamos del género de guerra que nos haceis! Cuando las potencias de la tierra se ligan para matar á un débil individuo, sin duda no debe obstinarse en vivir. Así es que no ha entrado en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo. No ha sido para vivir por lo que se declara la guerra á todos los tiranos y á todos los vicios. ¿Qué hombre ha defendido impunemente sobre la tierra á la humanidad?... Rodeado de sus asesinos,—continuó Robespierre con voz más solemne,—me he situado en el nuevo órden de cosas adonde me quieren enviar. No aprecio esta vida pasajera sino por amor de la patria y por la sed de justicia, y desprendido más que nunca de toda consideracion personal, me siento mejor dispuesto á atacar con energía á todos los malvados que conspiran contra el género humano. Cuanto más se apresuren á terminar mi carrera aquí abajo, tanto más quiero apresurarme á llenarla de acciones útiles á la dicha de mis semejantes. Al ménos, les dejaré un testamento cuya lectura hará temblar á los tiranos y á todos sus cómplices.»

A este apóstrofe, que parecia situar la tribuna al otro lado del sepulcro, la Convencion respondió por una prolongada aclamacion. Robespierre, abandonando entónces su persona, dió, como si estuviese ya en la otra vida, algunos consejos supremos á la república. «Lo que constituye la república—dijo—no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero; es la sabiduría de las leyes, y sobre todo la virtud pública. ¿Quereis saber cuáles son los ambiciosos?—añadió aludiendo ocultamente, pero dejándolo conocer, á sus enemigos de los comités.—Examinad cuáles son los que protegen á los pícaros y corrompen la moral pública. Hacer la guerra al crímen es el camino del sepulcro y de la inmortalidad. Favorecer el crímen es el camino del trono y del cadalso. *(Aplausos).* Algunos séres perversos han conseguido sumir la república y la razon del pueblo en el cáos. Se trata de volver á crear la armonía del mundo moral y del mundo político.» Esta definicion de la revolucion fué acogida en todos los bancos por un asentimiento unánime. «Si Francia se hubiera gobernado durante algunos meses por una legislacion extraviada ó corrompida, la libertad se habria perdido.» Esta insinuacion clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convencion atrajo á Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos. El los despreció. «Diciendo estas cosas,—repuso con orgullosa abnegacion,—aguzo en contra mia puñales, y por esto las digo. ¡He vivido bastante! He visto al pueblo frances lanzarse del seno de la corrupcion y de la servidumbre á la senda de la gloria y de la virtud republicana. He visto sus cadenas rotas, y los tronos culpables que pesan sobre la tierra destruidos ó quebrantados bajo sus triunfantes manos. He visto más: he visto una asamblea, investida de todo el poder de la nacion francesa, marchar con paso rápido y firme hácia la felicidad pública, dar el ejemplo de todo el valor y de todas las virtudes. ¡Acabad, ciudadanos, acabad vuestros sublimes destinos! Vosotros nos habeis situado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad. ¡Merecemos este honor, y os trazarémos con nuestra sangre la senda de la inmortalidad!»

III

Semejantes palabras tal vez no habian resonado en ninguna asamblea deliberante. Era la política elevada á la altura del tipo religioso del filósofo, el heroísmo en la elocuencia y la muerte en el apostolado. La Convencion dispuso que aquel discurso se imprimiese en todas las lenguas, para que preparase á los espíritus á la solemnidad del dia siguiente. El ridículo, que todo lo aja en Francia, se vió obligado á aparentar el entusiasmo ante doctrinas que se atrevian á despreciar la muerte y atestiguar con Dios.

Robespierre esperaba aquel dia con la impaciencia de un hombre que concibe un gran designio, y que teme que la muerte se lo impida ántes de haberlo cumplido. De todas las misiones que creia sentir en él, la más alta y la más santa á sus ojos era la regeneracion del sentimiento religioso en el pueblo. Unir el cielo á la tierra por el lazo de una fe y de un culto racional que habia roto la república, era para él el complemento de la revolucion. Desde el dia en que la razon y la libertad se reuniesen á Dios en la conciencia, él las creia inmortales como Dios mismo. Consentia en morir despues de aquel dia; la alegría exterior por ver completa su obra traspiraba en sus facciones desde que dió su informe á la Convencion. En su exterior se conocia el resplan-



Fiesta del Sér Supremo. Robespierre da fuego al grupo del Ateismo.—Pág. 420.

dor de sus ideas. Sus huéspedes y sus confidentes se admiraban por la serenidad que manifestaba. Se extasiaba al aspecto de la naturaleza, que se rejuvenecia en la primavera adornándose de flores como para el glorioso himeneo que él queria hacerle contraer con su Autor. Divagaba con sus amigos en las arboledas del jardin de Mousseaux. Su corazon rebosaba de esperanza; hablaba siempre del 8 de Junio, compadeciéndose de las víctimas que no viesen aquel hermoso dia. Aspiraba, decia, á cerrar la era de los suplicios por la era de la fraternidad y de la clemencia. Iba con Villate y el pintor David á examinar los preparativos, queriendo que aquella ceremonia hiriese el alma del pueblo por los ojos, y que expresase las imágenes majestuosas y dulces como aquella potencia suprema que no se manifiesta sino por sus beneficios. «¿Por qué—decia el dia anterior á Souberbielle—es necesario que haya aún cadalsos en pié sobre la superficie de Francia? ¡Sólo la vida deberia aparecer mañana delante del orígen de toda vida!» Exigió que se suspendiesen los suplicios el dia de la ceremonia.

La Convencion habia nombrado por excepcion presidente á Robespierre, para que el autor del decreto fuese al mismo tiempo el actor principal. Desde el principio del dia fué á las Tullerías, para esperar allí la reunion de sus colegas y para dar las últimas órdenes á los que dirigian la pompa religiosa. Vestia por la primera vez de su vida el traje de representante comisionado. Una casaca azul más claro que la de los miembros de la Convencion, un chaleco blanco, calzon de piel de gamo, botas de campana y sombrero redondo con un ramo de plumas tricolores, atraian sobre él las miradas. En la mano llevaba un enorme ramillete de flores y espigas, como primicias del año. En su transporte se habia olvidado hasta de la condicion de la humanidad. La Convencion estaba ya reunida en la sala de las sesiones y la comitiva iba ya á salir, y él aún no habia tomado ningun alimento. Villate, que habitaba en las Tullerías, le ofreció que entrase en su habitacion y que se sentase en su mesa para desayunarse. Robespierre lo aceptó.

El cielo ostentaba una pureza oriental. El sol brillaba en los árboles de las Tullerías y en las bóvedas y paredes de los monumentos de Paris con tanta claridad y tanto esplendor como en los templos del Atica. La luz de la primavera daba la serenidad griega á las teorías de Paris.

Al entrar en casa de Villate, Robespierre arrojó el sombrero y el ramillete á una silla, y se asomó á una ventana, pareciendo extasiado del espectáculo de la muchedumbre innumerable que se apiñaba en los parterres y en las alamedas del jardin para asistir á aquellos misterios, presagio de lo desconocido. Las mujeres, vestidas con sus mejores galas, llevaban á sus hijos de la mano. Los semblantes radiaban de alegría. «Ved—dijo Robespierre—la más tierna parte de la humanidad. El universo está aquí reunido por sus testigos. ¡Qué elocuente y majestuosa es la naturaleza! ¡Una fiesta como ésta debe hacer temblar á los tiranos y á los malvados!»

Comió poco, y no dijo más que estas palabras. Al fin de la comida, y en el momento en que se iba á levantar para ir á situarse á la cabeza de la comitiva, una jóven de la familia de Villate entró acompañada de un niño pequeño. El nombre de Robespierre intimidó desde luégo á la jóven. Robespierre acarició al niño, y la madre, tranquila ya, jugueteó alrededor de la mesa y se apoderó del ramillete del presidente de la Convencion. Era más de mediodía, y Robespierre se detenia

involuntariamente ó de intento en casa de Villate. Sus colegas hacía mucho tiempo que estaban reunidos y murmuraban por su tardanza, y parecia que se gozaba en hacerles esperar, señal de inferioridad. Por fin compareció.

IV

Un inmenso anfiteatro, semejante á la gradería de un circo antiguo, estaba á la inmediacion de las Tullerías. Aquel circo descendia de grada en grada hasta el parterre. La Convencion entró á pié llano por las ventanas del pabellon del centro, como los Césares en sus coliseos. En el centro de aquel anfiteatro estaba reservada una tribuna más elevada que las gradas, y casi semejante á un trono, para Robespierre. Enfrente de su asiento, un grupo colosal de figuras emblemáticas, única poesía de aquel tiempo imitador, representaba el Ateísmo, el Egoísmo, la Nada, los Crímenes y los Vicios. Estas figuras, construidas por David con materias combustibles, estaban destinadas á ser incendiadas como víctimas del sacrificio. Todos los diputados, vestidos uniformemente con casacas azules con vueltas rojas y llevando en la mano un ramillete simbólico, tomaron asiento lentamente en las gradas. Robespierre apareció. Su aislamiento, su elevacion, su penacho y su ramillete, más voluminoso que los demas, le daban el aspecto de un señor. El pueblo, que dominaba con su nombre, como su trono dominaba á la Convencion, creia que se iba á proclamar su dictadura. Algunas aclamaciones imperiales le saludaron, y sombrearon las frentes de sus colegas. La multitud esperaba su palabra; los unos esperaban una amnistía, otros la organizacion de un poder fuerte y clemente. Suspendido el tribunal revolucionario, y demolido el cadalso por un dia, dejaban vagar las imaginaciones en una consoladora perspectiva. Jamás un pueblo pareció mejor dispuesto á recibir un salvador y leyes humanas.

«Franceses, republicanos,—dijo Robespierre con voz que se esforzaba para hacerse oir del inmenso auditorio,—al fin ha llegado este dia para siempre feliz que el pueblo frances le consagra al Sér Supremo. Jamás el mundo que él ha creado ha ofrecido á su Autor un espectáculo tan digno de sus miradas. Ha visto reinar sobre la tierra la tiranía, el crímen y la impostura. El ve en este momento á una nacion entera, en guerra con todos los opresores del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos para elevar su pensamiento y sus votos hácia el gran Sér que le da la mision de emprenderlos y la fuerza para ejecutarlos... El no ha creado á los reyes para que devoren á la especie humana, no ha creado á los sacerdotes para que nos unzan como viles animales al carro de los reyes, ó para dar al mundo el ejemplo de la bajeza, del orgullo, de la perfidia, de la avaricia, de la relajacion y de la mentira; ha creado á los hombres para que se amen mutuamente, y para alcanzar la felicidad por la senda de la virtud. El ha puesto en el seno del opresor triunfante los remordimientos, y en el corazon del inocente oprimido la calma y la altivez. El es quien obligó al hombre justo á odiar al malvado, y el que adorna con el pudor la frente de la hermosura para hacerla más bella. El es el que hace palpitar las entrañas maternales de ternura y de alegría, y el que baña de deliciosas lágrimas los ojos del hijo que abraza el seno de su madre. El es el que acalla las pasiones más imperiosas y más tiernas ante el sublime amor de la patria, y es el que ha cubierto la naturaleza de encantos, de riquezas y de

majestad. Todo lo que es bueno es su obra; el mal pertenece al hombre depravado que oprime y que deja oprimir á sus semejantes. El Autor de la naturaleza ha ligado á los mortales en una inmensa cadena de amor y fraternidad. ¡Perezcan los tiranos que se han atrevido á romperla! Sér de séres, nosotros no tenemos injustas súplicas que dirigirte; tú conoces las criaturas salidas de tus manos, sus necesidades no se ocultan á tus miradas, como sus más secretos pensamientos. El odio de la hipocresía y de la tiranía arde en nuestros corazones con el amor de la justicia y de la patria. Nuestra sangre se vierte por la causa de la humanidad. Hé aquí nuestra súplica, hé aquí nuestros sacrificios, hé aquí el culto que te ofrecemos.»

El pueblo aplaudió más al acto que á las palabras; los coros elevaron con el sonido de millares de instrumentos las siguientes estrofas de Chenier hasta el cielo:

LOS ANCIANOS Y LOS ADOLESCENTES.

Señor poderoso, de un pueblo intrépido
Tú eres quien defiende las murallas.
La victoria, con rápido vuelo,
Ha seguido á nuestros estandartes.
Los Alpes y los Pirineos
Han visto caer el orgullo de los reyes.
Nuestros campos del Norte son el sepulcro
De sus consternadas falanges.
Antes de envainar nuestros triunfantes aceros,
Juremos acabar con el crímen y con los tiranos.

LAS MUJERES.

¡Autor de la fecundidad,
Oye á las vírgenes y á las madres!
Nuestros esposos, nuestros hijos y nuestros hermanos
Combaten por la libertad;
Y si una mano criminal
Cortase tan bellos dias,
Sus hijos irán á vengar sobre sus sepulcros
Las cenizas paternales.

CORO.

Antes, etc.

HOMBRES Y MUJERES.

Guerreros, ofreced vuestro valor;
Jóvenes, ofreced flores;
Madres, ancianos, ofreced en homenaje
Vuestros hijos vencedores.
Bendecid en este dia de gloria
El hierro consagrado por sus manos.
Sobre este hierro vengador
Ha grabado el Eterno la victoria.

CORO.

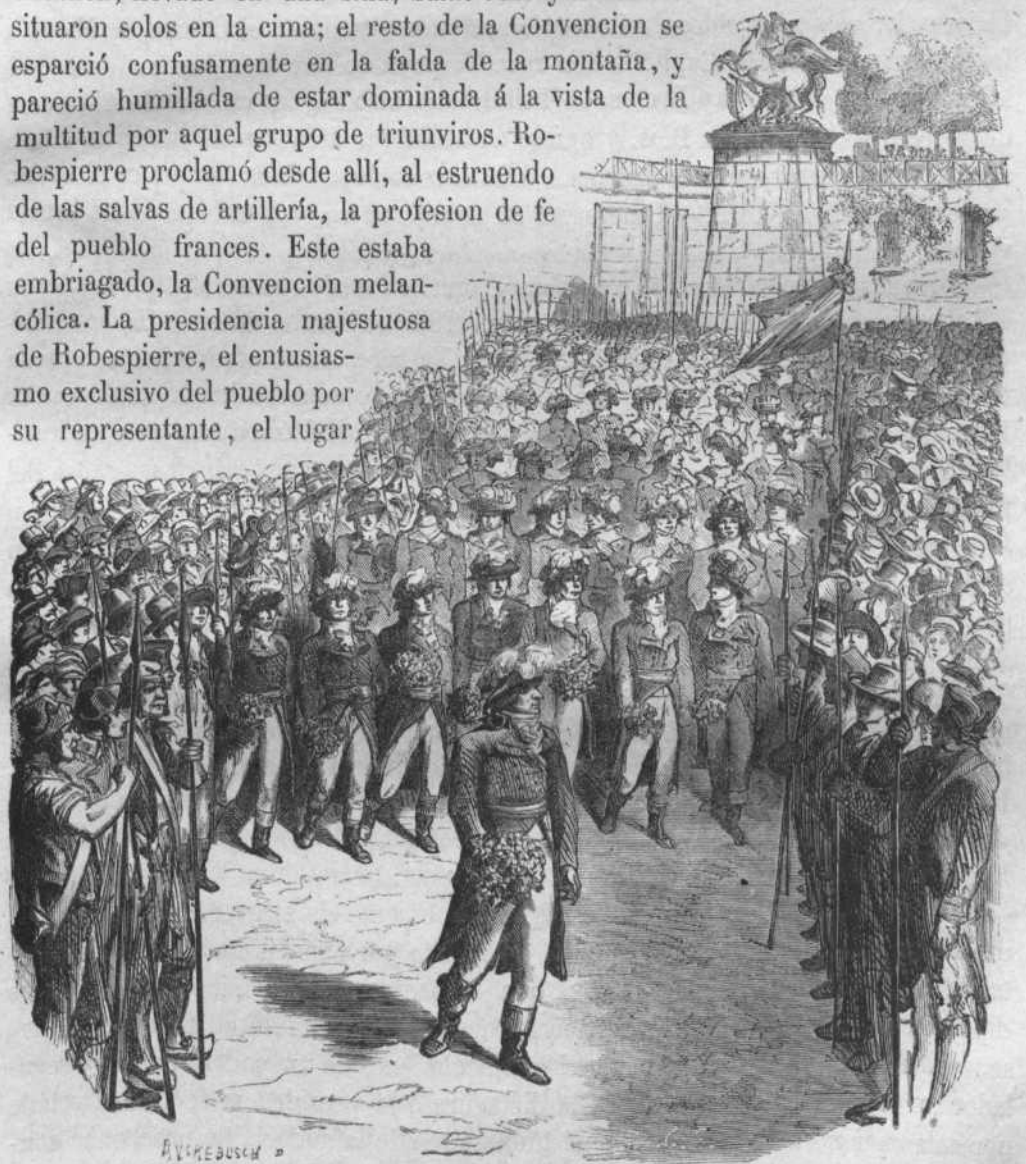
Antes, etc.

En seguida bajó Robespierre del anfiteatro y fué á dar fuego al grupo del Ateismo. Las llamas y el humo se esparcieron en los aires á las aclamaciones de la multitud. Los miembros de la Convencion, siguiendo á su jefe con un grande intervalo, se dirigieron en dos columnas por medio de las oleadas del pueblo hácia el

Campo de Marte. Entre las dos columnas de la Convencion iban algunos carros rústicos, arados tirados por bueyes, y otros símbolos de la agricultura, de artes y de oficios. Una doble fila de jóvenes vestidas de blanco, enlazadas unas á otras con cintas tricolores, formaba la única guardia de la Convencion. Robespierre iba delante, y se volvia con frecuencia para medir el intervalo que habia entre él y sus colegas, como para acostumbrar al pueblo á separarse de ellos por respeto, como él se separaba por la distancia. Todas las miradas se dirigian á él. Llevaba en la frente el orgullo, y en sus labios la sonrisa del poder.

V

Una montaña simbólica se elevaba en el centro del Campo de Marte, en lugar del antiguo altar de la patria. El acceso era estrecho y dificultoso. Robespierre, Couthon, llevado en una silla, Saint-Just y Lebas se situaron solos en la cima; el resto de la Convencion se esparció confusamente en la falda de la montaña, y pareció humillada de estar dominada á la vista de la multitud por aquel grupo de triunviros. Robespierre proclamó desde allí, al estruendo de las salvas de artillería, la profesion de fe del pueblo frances. Este estaba embriagado, la Convencion melancólica. La presidencia majestuosa de Robespierre, el entusiasmo exclusivo del pueblo por su representante, el lugar



Los miembros de la Convencion se trasladan al Campo de Marte.—Pág. 421.

subalterno que el presidente habia designado á sus colegas en la montaña, la distancia dictatorial que guardaba en la marcha, el afan de la multitud hácia las ideas religiosas, desde donde aquel pueblo ligero podia naturalmente deleitarse en las supersticiones antiguas; el mismo nombre de Robespierre que se asociaba á la proclamacion del Sér Supremo, consagrándose así en el espíritu de la nacion por la divinidad del dogma que restituia á la república; en fin, la misma idea de aquella restauracion de la inmortalidad que repugnaba á aquellos aficionados á la nada, y por cima de todo, el poderoso ascendiente de un hombre que plantaba su popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nacion como pontífice, para apoderarse tal vez al siguiente dia como César; todas estas ideas, todos estos deseos, todos estos temores, todas estas ambiciones, murmurados al principio sordamente de oido en oido, concluyeron por una murmuracion inmensa y un descontento manifiesto. Miradas amenazadoras, acciones sospechosas, palabras equívocas, máximas de doble sentido, hirieron los ojos y los oidos de Robespierre á su vuelta desde el Campo de Marte á las Tullerías. «Desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay más que un paso»,—le gritaba uno. «Aún hay Brutos»,—balbuceaba otro. «¿Ves ese hombre?—decia un tercero.—Ya se cree Dios, y quiere acostumbrar á la república á que adore alguno, para hacerse adorar despues.» «Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo,—añadia otro.—Quiere ser su sacrificador.» «¡Tambien podrá ser su víctima!»

Aquellas conversaciones en voz baja y aquellos sordos apóstrofes persiguieron á Robespierre hasta la Convencion. Fouché, Tallien, Barere, Collot-d'Herbois, Lecointre, Leonard Bourdon, Billaud-Varennes, Vadier y Amar aprovecharon aquella oposicion naciente para agitar sus resentimientos y convertirla en sublevacion. Lloraban por la tiranía próxima de un hombre que disfrazaba tan poco su insolencia con la Convencion, que lisonjeaba las preocupaciones más inveteradas del pueblo, que ponia la revolucion de rodillas, y que se situaba entre la nacion y Dios para situarse mejor entre la Convencion y el pueblo. Sus palabras entraban como dardos envenenados en todas las almas. Robespierre acababa de perder su prestigio y despojarse de su popularidad sobre el mismo altar en donde habia restituido el Sér Supremo. Aquel dia le engrandeció en el pueblo y le arruinó en la Convencion. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de evocar contra sí mismo, y entró pensativo en su morada. Todo el dia fué acosado por felicitaciones anónimas. Veian el restaurador de la justicia en el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas debajo de sus ventanas le daban gracias por haber devuelto un alma al pueblo y un Dios á la república. Muchos de aquellos billetes no contenian más que esta palabra: *¡Atreveos!*

En efecto, aquél era para Robespierre el momento de atreverse. Si á la vuelta de la ceremonia de la mañana hubiese provocado por algunas insinuaciones directas la explosion del amor del pueblo, que no pedia otra cosa sino estallar; si las diputaciones de algunas secciones, arrastrando tras sí la multitud flotante, hubiesen venido á pedir á la Convencion el establecimiento de un poder unitario y regulador en la persona de su favorito, la dictadura ó la presidencia se habria votado por aclamacion en Robespierre; si él hubiese tenido la audacia de proclamar concluido el poder revolucionario, el poder popular empezado, y abolidos los supli-

cios, habria reinado desde el siguiente dia, arrojado sobre sus enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia, y salvado la república, que iba á perder por su indecision. Nada hizo. Se dejó acariciar por aquellos soplos vagos de favor público, y no asieron sus manos más que viento.

VI

Saint-Just queria más. Viendo que él no podia decidir á Robespierre á que tomase el mando supremo de manos del pueblo, resolvió hacerlo decretar por el comité de salud pública. Saint-Just tenia presente á César haciéndose ofrecer la corona, estaba dispuesto á negar á Antonio si el Circo murmuraba, y pronto á ceñirla si el pueblo aplaudia.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, manifestó en una sesion secreta un cuadro desesperado del estado de la república. «El mal está en su colmo,—dijo el jóven representante;—la anarquía nos despedaza, las leyes con que inundamos á Francia no son sino armas de muerte que aguzamos entre las manos de todas las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos ó en los departamentos es un rey en su provincia; reinan, y nosotros aquí no somos sino vanos simulacros de la unidad. La sangre rebosa, el oro se oculta, las fronteras están descubiertas, la guerra se hace sin método, y nuestras mismas victorias no son más que gloriosas casualidades que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos entre nosotros mismos; cada faccion, devorándose, devora á la patria. ¿Podemos dejar así flotar de este modo de mano en mano la república, sin que caiga al fin en horror del pueblo y en desprecio de los reyes? Tantas convulsiones, ¿no deben conducir al desfallecimiento ó á la fuerza? ¿Queremos vivir, ó queremos morir? ¡La república vivirá ó morirá con nosotros! No hay más que un remedio para todos, que es la concentracion de un poder incoherente, disperso y destrozado por tantas manos como facciones ó ambiciones hay entre nosotros. Esta es la unidad del gobierno personificado en un hombre. Pero ¿quién será, me direis, ese hombre tan elevado por cima de las debilidades y de las sospechas de la humanidad para que la república se incorpore en él? Lo confieso, el papel es sobrehumano, la mision terrible y el peligro inminente, si nos engañamos en la eleccion. Es necesario que este hombre tenga el genio de la época en su cabeza, las virtudes de la república en sus costumbres, la inflexibilidad de la patria en su corazon, la pureza de los principios en su vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en su alma; es necesario que haya nacido para la vida pública el mismo dia que la revolucion, que haya seguido paso á paso todas sus fases, engrandeciéndose siempre en patriotismo y en virtud; es menester que tenga un hábito consumado de los hombres y las cosas que se agitan hace cinco años en la escena; es necesario, en fin, que haya conquistado una popularidad soberana, que haga decretar ántes que nosotros, por la voz pública, la dictadura que nosotros no harémos más que señalar sobre su frente. En el retrato de semejante hombre, ninguno de vosotros dejará de nombrar: ¡Robespierre! Sólo él reune, por el genio, por las circunstancias y por la virtud, las condiciones que pueden legitimar la absoluta confianza de la Convencion y del pueblo. Reconozcamos nuestro remedio en él, sometamos á la necesidad visible de él nuestro amor propio, nuestros deseos y nuestras repug-

nancias. No he sido yo el que ha nombrado á Robespierre, ha sido su virtud. ¡No somos nosotros los que nombramos un dictador, es la Providencia de la república!»

Tal fué el sentido de las palabras de Saint-Just. A estas palabras, todos los semblantes se contrajeron, nadie se atrevió á poner en discusion el genio ó la virtud de Robespierre. Todos apartaron respetuosamente la idea de Saint-Just, como un sueño de la fiebre del patriotismo que turba la razon más firme y que hace buscar la salud en el suicidio. «Robespierre es grande y sabio,—exclamaban,—pero la república es más grande y más sábia que un hombre. La dictadura sería la señal del desaliento; ningun hombre la conseguirá en tanto que respiren los republicanos.» Saint-Just quiso en vano insistir; Lebas en vano quiso explicar el pensamiento de su colega; los comités se separaron inquietos, irritados, pero advertidos. La imprudencia de Saint-Just se imputó por crímen á Robespierre. «No se pide el poder supremo,—dijo Billaud á sus amigos,—se toma. Que se apodere, si se atreve.» Desde aquel dia, los comités alimentaron contra Robespierre sospechas que estallaban muchas veces en murmuraciones y violencias en el misterio de sus consejos.

Sin embargo, al siguiente dia de la fiesta del Sér Supremo, la Convencion, impulsada por Robespierre y sus amigos, empezó á dictar una porcion de decretos concebidos en el verdadero espíritu de la revolucion. La Convencion, que se habia calmado por un momento, parecia querer señalar por algunas leyes benéficas la inspiracion de fraternidad que habia atraido de las ideas filosóficas sobre la república. Sus leyes, durante algunos dias, participaban de la emocion como el corazon humano. Las presentamos reunidas para que á la vista se conozca mejor su tendencia. No pudiendo establecer violentamente la igualdad democrática por la destruccion y la nivelacion de la propiedad, propendia á crearla por medio de la caridad política, haciendo del Estado lo que debia ser: la Providencia visible del pueblo. Tomó prestado de lo superfluo de la riqueza lo que le faltaba en los impuestos y subsidios para socorrer, alimentar é instruir á la indigencia. Realizó en fraternidad práctica la fraternidad teórica de su principio, haciendo una sola familia de la nacion. Creó la Escuela de Marte, una institucion á la vez democrática y militar, en donde el ejército debia á la vez reclutar sus oficiales entre todos los hijos de la nacion. Declaró que la mendicidad era una acusacion contra el egoísmo de la propiedad y contra la imprevision del Estado. Honró al trabajo en sus decretos. Recogió á la niñez, educó á la juventud y alimentó á la vejez. Curó á los enfermos á costa del tesoro. Abolió la miseria y distribuyó las propiedades nacionales en lotes proporcionados á los pequeños capitales, para impulsar á la propiedad al cultivo del suelo. Clasificó la poblacion. Declaró sagrados á los desgraciados. Abrió asilos para las mujeres embarazadas, señalando socorros á las que criaran á sus hijos, subsidios á las familias numerosas que el trabajo del padre no alcanzaba á alimentar. Regularizó el impuesto de los pobres, haciéndolo un deber de la propiedad. Se esforzó en crear el único comunismo verdadero y compatible con la propiedad, que es el instinto vital de la familia, sacando por medio del impuesto lo superfluo del rico propietario, para distribuirlo en grandes salarios á los proletarios por mano del Estado. Creó talleres para los trabajadores á quienes faltase trabajo. Sustituyó á los hospitales, verdaderas casernas de moribundos, visitas de

Fiesta del Sér Supremo, en el Campo de Marte.
Pág. 421.

médicos y entrega gratuita de medicamentos á domicilio para no contristar el espíritu de la familia y el amor al hogar. Adoptó á los niños huérfanos. Señaló pensiones y honores á las esposas, á las madres y á las hijas de los defensores de la patria muertos ó heridos en defensa de la nacion. Ordenó roturaciones de los terrenos incultos, favoreciendo á los habitantes del campo á expensas de las poblaciones, receptáculos de ociosidad, de lujo y de vicios, que queria reprimir. Animó las artes y ciencias útiles. Abrió el gran libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber, y la caridad en institucion.

Leyendo todos estos decretos el pueblo, empezaba á creer que habia conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo habia eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimanar de la victoria y transformarse en gobierno. Sólo el cadalso contrastaba con aquellas aspiraciones.

VII

Robespierre manifestaba siempre en secreto el deseo de abolirle, pero no podia, segun decia, abolir el Terror sino por un terror más grande. Instruido, por las

murmuraciones que habian estallado en torno de él en la festividad del Sér Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de los comités contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 Prairial, dos dias despues de la ceremonia del Sér Supremo, propuso inopinadamente á la Convencion, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganizacion del tribunal revolucionario. Aquel proyecto draconiano no habia sido comunicado sino en parte á los comités. Era el código de la arbitrariedad, sancionado en cada disposicion por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoría de los enemigos del pueblo se comprendia á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convencion, que una sospecha pudiese alcanzar. No habia inocencia en la nacion, ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruamps, despues de haber oido el proyecto de decreto, exclamó: «Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos». Barere, á quien semejante audacia en la proposicion del decreto del 22 Prairial habia convencido de la fuerza de Robespierre, defendia la necesidad. Bourdon de l'Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesion permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones,—dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton,—votamos en el acto. Estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convencion de que habia votado su propia perdicion. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecia á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton, su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesion del siguiente dia, Bourdon de l'Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convencion se explicase sobre lo que habia entendido hacer el dia ántes, y que se reservase sólo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros. Merlin apoyó á Bourdon de l'Oise. Se adoptó una explicacion del decreto que desarmaba á Robespierre y á los comités.

En la sesion siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisonjeó á la Convencion, tranquilizó á los comités y atacó á Bourdon de l'Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?»—exclamó. Bourdon de l'Oise se excusó con orgullo. «Sepan—dijo—los miembros de los comités que, si son patriotas, nosotros lo somos tanto como ellos. Aprecio á Couthon, estimo al comité, pero estimo tambien á la firme Montaña que ha salvado á la libertad.»

Robespierre se levantó irritado. «Los discursos que acabais de oir prueban la necesidad de explicarse más claramente,—dijo.—Bourdon ha tratado de separar al comité de la Montaña. La Convencion, el comité y la Montaña es la misma cosa. *(Aplausos)*. Ciudadanos, cuando los jefes de una faccion sacrílega, los Brissot, los Vergniaud, los Gensonné y demas malvados de quienes el pueblo frances no

pronunciará nunca el nombre sin horror, se pusieron á la cabeza de una parte de esta augusta Asamblea, fué sin duda el momento en que la parte pura de la Convencion debia reunirse para combatirlos. Entónces el nombre de la Montaña, que les servia como de asilo en medio de aquella tempestad, fué sagrado porque designaba la porcion de los representantes del pueblo que luchaba contra la mentira; pero desde el momento que estos hombres han caido bajo la cuchilla de la ley, desde el momento en que la probidad, la justicia y las costumbres se han puesto al órden del dia, no puede haber más que dos partidos en la Convencion: los buenos y los malos. Si tengo el derecho de dirigir este lenguaje á la Convencion en general, creo tener tambien el de dirigirle á esta Montaña célebre á la que no soy sin duda extraño. Creo que este lenguaje que sale de mi corazon vale tanto como el que sale de la boca de otro. Sí, montañeses, vosotros sereis siempre el baluarte de la libertad pública, pero nada teneis de comun con los intrigantes y los perversos, cualesquiera que ellos sean. La Montaña no es otra cosa que la altura del patriotismo. Un montañes no es otra cosa que un patriota puro, razonable, sublime. Sería ultrajar á la Convencion sufrir que algunos intrigantes más despreciables que los otros, porque son más hipócritas, se esforzasen en arrastrar á una porcion de esta Montaña y hacerse jefes de partido.» Bourdon de l'Oise, interrumpiendo al orador, dice: «Jamás ha sido mi intencion hacerme jefe de partido». «Eso sería el exceso del oprobio,—repuso Robespierre con más fuerza,—que algunos de nuestros colegas, extraviados por la calumnia sobre nuestras intenciones y sobre el objeto de nuestros trabajos...» Bourdon de l'Oise dice interrumpiéndole: «Pido que se pruebe lo que se está diciendo. Se acaba de decir claramente que yo soy un malvado». «Pido en nombre de la patria—repuso Robespierre—que se me conserve el uso de la palabra. Yo no he nombrado á Bourdon de l'Oise. ¡Desgraciado el que se nombre! Pero si él quiere reconocerse en el retrato general que el deber me ha obligado á trazar, no está en mi poder impedirlo. Sí,—continuó con un tono más amenazador,—la Montaña es pura, es sublime, pero los intrigantes no pertenecen á la Montaña.» Muchas voces exclaman: «¡Nombradlos, nombradlos!» «Yo los nombraré cuando sea necesario»,—replica Robespierre. Y continúa trazando el cuadro de las intrigas que trabajaban á la Convencion. «Venid en nuestro socorro,—dijo al concluir;—no permitid que se nos separe de vosotros, porque somos una parte de vosotros mismos, y nada somos sin vosotros. Dadnos fuerza para sobrellevar la penosa carga que nos habeis impuesto. Permanezcamos siempre unidos, á pesar de nuestros comunes enemigos...»

Los aplausos de la mayoría de la Convencion no le permitieron acabar. Se pidió que el decreto fuese puesto á votacion. Lacroix, Merlin y Tallien se retractaron. Robespierre desmintió á Tallien sobre un hecho de espionaje de los comités que éste acababa de denunciar á la Convencion. «El hecho es falso,—dijo Robespierre;—pero lo que es verdad es que Tallien es uno de los que hablan sin cesar con espanto de la guillotina, como cosa que les concierne, para inquietar y envilecer á la Convencion.» «La impudencia de Tallien es extrema,—añadió Billaud-Varennes;—miente con increible audacia; pero, ciudadanos, nosotros permaneceremos unidos, los conspiradores perecerán, y se salvará la patria.»

El comité y Robespierre, unidos por un peligro comun, se reunieron momentáneamente en aquella sesion para arrancar á viva fuerza á la Convencion el arma

que debia diezmarla. El triunfo de Robespierre fué completo. En aquella misma noche, Tallien, que temblaba por su vida, escribió una carta confidencial á Robespierre en la que se le humillaba. Esta carta no se encontró entre los papeles de Robespierre sino despues de su muerte. En ella se manifiesta el poder del dictador y el servilismo del representante.

«Robespierre,—le decia Tallien,—las terribles é injustas palabras que has pronunciado resuenan aún en mi ulcerada alma. Vengo con la franqueza de un hombre de bien á darte algunas aclaraciones. Algunos intrigantes que quieren ver divididos á los patriotas te rodean hace tiempo y te previenen contra muchos de tus colegas, y sobre todo contra mí. No ha sido la primera vez que se ha usado este medio. Debe recordarse mi conducta en un tiempo en que pude ejercer bastantes venganzas. Me refiro á tí mismo, Robespierre; no he cambiado ni de principios ni de conducta; constante amigo de la justicia, de la verdad y de la libertad, yo no me he desviado un solo momento de estos objetos. En cuanto á las intenciones que me suponen, las niego. Sé que se me ha pintado á los ojos de los comités y á los tuyos como un hombre inmoral. Pues bien, que vengan á mi casa, y me encontrarán con mi anciana y respetable madre en la habitacion que ocupábamos ántes de la revolucion. No tengo ningun lujo, y á excepcion de algunos libros, no se ha aumentado ni con un sueldo lo que ántes poseia. He podido cometer sin duda algunos errores, pero son involuntarios é inseparables de la debilidad humana. Hé aquí mi profesion de fe, de la que nunca me separaré: es un mal ciudadano el que detenga la marcha de la revolucion. Tales son, Robespierre, mis sentimientos. Viviendo solo y aislado, tengo pocos amigos, pero siempre lo seré de los verdaderos defensores del pueblo.» Robespierre despreció esta carta y no respondió á ella. No estimaba mucho á Tallien para creer que semejante pluma pudiese convertirse nunca en puñal. En revolucion, jamás se desconfia bastante de los hombres serviles. Ellos solos son un peligro.

VIII

Algunos dias despues, Robespierre, en los Jacobinos, no atacó con menor imprudencia á un hombre más flexible y más temible aún que Tallien: éste era Fouché. Le hizo excluir de la sociedad por haber predicado el ateismo en Nevers. «¿Teme este hombre aparecer ante vosotros?—dijo.—¿Teme los ojos y los oidos del pueblo? ¿Teme que su triste figura presente el crímen en rasgos visibles, que seis mil miradas fijas sobre él descubran en sus ojos su alma entera, y que á pesar de la naturaleza que los ha ocultado, se lean sus pensamientos?»

Los odios que se acumulaban de todas partes contra él, empezaban á fermentar más descubiertamente en el seno de los comités. Robespierre, Couthon y Saint-Just les pedian imperiosamente que se sirviesen del decreto que habian obtenido para enviar al tribunal revolucionario los hombres que agitaban á la Convencion. Aquellos hombres eran principalmente: Fouché, Tallien, Bourdon de l'Oise, Freron, Thuriot, Rovere, Lecointre, Barras, Legendre, Cambon, Leonard Bourdon, Duval, Audouin, Carrier y José Lebon. Indecisos los comités, dudaban. Couthon apeló á los Jacobinos. «Las sombras de Danton, de Hebert y de Chaumette se pasean todavía entre nosotros,—les dijo en la sesion del 26.—Buscan perpetuar

los males que nos han hecho estos conspiradores. La república ha puesto toda su confianza en la Convencion, y ésta la merece, pero existen aún algunos espíritus perversos en su seno. Es tiempo ya de que estos malvados sean descubiertos y castigados. Afortunadamente,—añadió,—su número es pequeño, y puede que no lleguen á cuatro ó seis. ¡Que los malos caigan, que perezcan!»

Frecuentemente estallaban altercados en el comité de salud pública entre Robespierre y sus colegas. Billaud-Varennes no ocultaba sus sospechas sobre el uso que los triunviros se proponian hacer del decreto de Prairial. «¿Tú quieres guillotinar á toda la Convencion?»—dijo un dia á Robespierre. Carnot y el mismo Collot-d'Herbois reprendian en términos injuriosos á Robespierre la opresion que hacía pesar sobre el gobierno. Carnot estaba irritado contra Saint-Just, que afectaba desorganizar sus planes militares con el atrevimiento de un jóven inexperto. Vadier, presidente del comité de seguridad general, participaba de la animosidad de sus colegas, y la expresaba con más rusticidad.

Las fiestas de Clichy.—Pág. 437.

El dia ántes en que Elías Lacoste debia dar su informe sobre los cómplices de Ladmiral y Cecilia Renault, Vadier fué al comité. «Mañana—dijo á Robespierre—daré tambien un informe sobre un negocio que tiene relacion con éste, y propondré la acusacion de la familia de Sainte-Amaranthe.» «Tú no harás nada»,—le dijo imperiosamente Robespierre. «Lo haré,—repuso Vadier.—Tengo todas las pruebas en mi poder, y prueban la conspiracion; la descubriré toda entera.» «Pruebas

ó no, si tú lo haces yo te atacaré,—replicó Robespierre levantándose y reteniendo apénas las lágrimas de ira que caian de sus ojos.—Pues bien, yo os liberto de mi tiranía. Me retiro. ¡Salvad la patria sin mí si podeis! En cuanto á mí, estoy resuelto; no quiero renovar el papel de Cromwell.» Y se retiró, en efecto, pronunciando estas últimas palabras, y no volvió más al comité de salud pública.

Unos miraron aquella ausencia y abdicacion voluntaria como una debilidad, otros como habilidad. El valor que habia mostrado hasta entónces Robespierre en presencia de sus enemigos, y que mostró despues ante la muerte, no permite creer que fuese debilidad. Desde el momento en que Robespierre no pudo dominar á los comités por el ascendiente de su voluntad y de su popularidad, le pareció obrar sábiamente en separarse ostensiblemente de sus colegas. Se desprendió así de la responsabilidad de los crímenes que iban á señalar su ausencia, declarándose por aquella ausencia en oposicion de hecho con el gobierno, porque meditando derribar el comité, no podia quedar á los ojos de la opinion cómplice de sus actos. Se va á ver á qué lado se inclinó la opinion pública y quién la atrajo, si un hombre ó la anarquía.

Pero la retirada de Robespierre no le desarmaba completamente en el seno mismo del comité. Conservaba una mano invisible en el centro del gobierno. Saint-Just acababa de volver al ejército del Rhin. Su ausencia habia dejado vacante en el comité de salud pública la presidencia de la direccion de policía general. Robespierre se encargó de reemplazar á su jóven colega, teniendo de esta suerte el hilo de todas las tramas que se podian urdir contra él, y por medio de los numerosos espías de aquella policía podia envolver á sus enemigos en sus propias tramas. Los papeles secretos que se encontraron en su casa despues de su caida, manifiestan la vigilancia que ejercia sobre todos los miembros temibles de la Convencion y de los comités. Conservaba el principal resorte de un gobierno proscriptor, que es la delacion. No era la mano, pero sí el oido y la vista del gobierno revolucionario. Ademas, era la única voz que escuchaba el pueblo, y no dudaba que el dia en que él levantase aquella voz acusando á sus enemigos, destruiria el débil aparato de odios é intrigas que fraguaban en su contra; pero queria dejarlos que se metiesen más en el lazo que les tendia por su ausencia para que se hiriesen de muerte con las armas que les dejaba. Acumulaba en silencio los informes confidenciales sobre sus opiniones, contaba sus pasos, notaba sus palabras é interpretaba sus pensamientos. Hé aquí los testimonios ó sospechas que recogia y que consultaba para escoger en la hora de la venganza entre sus víctimas ó sus partidarios:

«Legendre—le escribian sus espías—ha sido visto ayer paseando con el general Perrin. La conversacion era animada y misteriosa. Se han separado á las once. Legendre entró al mediodía en la Convencion, y salió á la una. Se ha reparado que se paseaba en las Tullerías, que su aspecto indicaba el cuidado y el fastidio. Se reunió con él un desconocido y hablaron en voz baja.

»Thuriot ha salido á las siete con una mujer de una casa desconocida. Ha llevado á esta mujer al jardin del palacio Igualdad. Se han paseado bajo los árboles y han entrado en otra casa para cenar. A medianoche aún no habian salido.

»Tallien ha permanecido ayer en los Jacobinos hasta el fin de la sesion. Al salir ha esperado á un hombre armado con un grueso baston, que le acompaña ordinariamente. Se han cogido del brazo y han hablado en voz baja, alejándose

hácia el lado del jardin Igualdad. Han estado hablando hasta medianoche. Tallien ha ido en un coche de alquiler á la calle de la Bella Perla. El hombre del grueso baston se ha marchado, sin que hayamos podido descubrir su casa ni su calle. Va vestido con casaca roja y blanca á anchas rayas, tiene rubio el cabello, y es de la edad de Tallien.

»Tallien no ha salido de su casa ayer hasta las tres de la tarde. Uno de sus confidentes nos ha dicho que, habiéndole preguntado por qué no hacía hablar de él en la Convencion, Tallien le ha respondido que estaba disgustado desde que le habian echado en cara en el comité no haber guillotinado más en Burdeos. Hay agentes confidenciales que le instruyen de todo lo que pasa en los comités. Se hace escoltar cuando sale por cuatro ciudadanos que le vigilan de léjos.

»Thuriot, Charlier, Fouché, Bourdon de l'Oise, Gaston y Breard han tenido esta mañana conversaciones secretas en la Convencion.

»A Bourdon de l'Oise se le ha visto ayer en la calle, inmóvil y reflexionando, indeciso por qué lado se dirigiria.

»Tallien ha estado ajustando libros esta mañana durante una hora en una librería del dique; miraba constantemente á un lado y otro con inquietud y con sospecha.»

Estos informes instruian de hora en hora á Robespierre de los pasos de sus enemigos. Couthon observaba por sí mismo el interior del comité de salud pública, David y Lebas el de seguridad general, Coffinhal el tribunal revolucionario, y Payan á la municipalidad. Ningun movimiento, ningun síntoma se le ocultaba. Las notas escritas por su propia mano revelan su continua meditacion sobre los caractéres y sobre los antecedentes de los hombres que se preparaba á destruir con los comités ó á elevar al gobierno. En sus manuscritos secretos formaba el catálogo de sus sospechas ó de sus confianzas:

«Dubois-Crancé—escribia—en el caso de la ley que destierra de Paris por haber usurpado títulos falsos de nobleza, y despedido como intrigante del ejército de Cherburgo. Ha dicho que era necesario exterminar hasta el último vendeano. Amigo de Danton; partidario de Orleans, con el que tuvo relaciones muy estrechas.

»Delmas, ex-noble, intrigante vicioso, coligado con la Gironda, amigo de Lacroix, confidente de Danton; tiene relaciones con Carnot.

»Thuriot no ha sido nunca más que un partidario de Orleans. Su silencio desde la caida de Danton contrasta con su eterna locuacidad ántes de esta época. Agita bajo mano á la Montaña y fomenta las facciones. Asistió á las comidas de Danton y de Lacroix en casa de Guzman y en otros parajes sospechosos.

»Bourdon de l'Oise se ha cubierto de crímenes en la Vendée, en donde ha tenido el placer, en sus orgías con el traidor Tunk, de matar soldados con sus propias manos. Une á la perfidia el furor. Ha sido uno de los más fogosos defensores del sistema del ateismo. El dia de la fiesta del Sér Supremo, se permitió con este motivo los más groseros sarcasmos delante del pueblo. Hacía reparar con afectacion á sus colegas las señales de favor que el pueblo me manifestaba. Hace diez dias que, estando en casa de Boulanger, encontró á una jóven sobrina de éste. Tomó dos pistolas que estaban sobre la chimenea. La jóven le advirtió que estaban cargadas. «Bien,—le dijo,—si yo me mato, se dirá que tú me has asesinado, y serás guillotinada.» Tiró las pistolas á la jóven, pero no se dispararon porque no

estaban cebadas. Este hombre se pasea sin parar, con aire de asesino que medita un crímen. Parece que le persiguen la imágen del cadalso y las furias.

»Leonardo Bourdon, intrigante despreciable en todo tiempo, es uno de los cómplices inseparables de Hebert; amigo de Klootz. Nada iguala la bajeza de sus intrigas para aumentar el número de sus pensionarios y para apoderarse de los ahijados de la patria. Fué uno de los primeros que introdujeron en la Convencion el uso de envilecerla por sus acciones indecentes, así como de hablar con el sombrero puesto y presentarse en un traje cínico.

»Merlin, famoso por la capitulacion de Maguncia, más que sospechoso de haber recibido el precio.

»Montaut, ántes marqués, busca vengar su humillada casta por sus denuncias eternas contra el comité de salud pública.»

En oposicion con estos hombres de que desconfiaba, escribia los nombres de los que se proponia llamar á los grandes destinos de la república. Estos eran Hermann para la administracion, Payan ó Julien para la instruccion pública, Fleuriot para el corregimiento de Paris, Buchot ó Fourcade para los negocios extranjeros, Albarade para la marina, Jaquier, cuñado de Saint-Just; Coffinhal, Subleyras, Arthur, Darthé y otra porcion de nombres oscuros, escogidos hasta entre los artesanos, pero notados de celo, patriotismo y virtudes cívicas.

Al lado de estos nombres salidos de su pluma para hallarlos en el dia de su poder, llovian á centenares cartas anónimas ó firmadas que deseaban al mismo tiempo al tirano de la Convencion la apoteósis ó la muerte. Aquellas cartas manifestaban igualmente, por el entusiasmo ó por la invectiva, el inmenso alcance de aquel nombre que llenaba por sí solo tantas imaginaciones en la república.

«Tú que iluminas el universo con tus escritos,—decia una de aquellas cartas,— tú llenas al mundo con tu fama; tus principios son los de la naturaleza; tu lenguaje, el de la humanidad; tú conviertes á los hombres á su dignidad natural. Segundo creador, tú regeneras el género humano.»

«¡Robespierre! ¡Robespierre!—dice otra carta.—Ya lo ves, tú aspiras á la dictadura, y quieres matar la libertad. Tú has conseguido hacer perecer á los más firmes apoyos de la república. Así fué como Richelieu consiguió reinar, haciendo correr sobre los cadalsos la sangre de todos los enemigos de sus planes. Tú has sabido prevenir á Danton y Lacroix. ¿Sabrás prevenir el golpe de mi mano y de veintidos Brutos como yo? Treinta veces he intentado clavarte en el seno un puñal envenenado. He querido compartir esta gloria con otros. Tú perecerás por la mano que no sospechas y que estrecha la tuya.»

«Te he visto—dice otra—al lado de Petion y de Mirabeau, padres de la libertad, y ahora veo que has quedado sano en medio de la corrupcion y en pié entre ruinas. No confies sino á tí mismo la ejecucion de tus designios. ¡Tú serás mirado en los futuros siglos como la piedra angular de nuestra constitucion!»

«¡Tú vives aún, tigre sediento de la sangre de Francia,—decian en otra,—verdugo de tu país! ¡Tú vives aún! Pero tu hora se acerca. Esta mano que tus extraviados ojos quieren descubrir se levanta contra tí. Todos los dias estoy contigo; todos los dias, todas las horas busco lugar para herirte. Adios. ¡Esta misma tarde, mirándote, voy á gozarme en tu terror!»

En otra parte: «¡Robespierre, columna de la república, alma de los patriotas,

genio incorruptible, montañes ilustrado, que todo lo ve, que todo lo prevé, verdadero orador, verdadero filósofo, á quien yo no conozco sino como á Dios por sus maravillas: la corona, el triunfo se os debe, entre tanto que el incienso cívico perfuma ante el altar que nosotros elevarémos y que reverenciará la posteridad miéntras que los hombres conozcan el precio de la libertad y de la virtud!»

«No podeis escoger momento más favorable—le escribia Payan, su confidente

Catalina Theos y don Gerle.—Pág. 439.

más ilustrado en la municipalidad—para herir á todos los conspiradores. Haced, os lo repito, un vasto informe que abrace á todos los conspiradores, que muestre todas esas conspiraciones reunidas en el dia en una sola; que se vea á los fayettistas, los realistas, los federalistas, los hebertistas, dantonistas y los *bourdonistas*... Trabajad en grande... Esta carta podria perderme; quemadla.»

IX

En medio de estas correspondencias públicas, otras domésticas distraian la atencion del hombre de Estado, llamándola sobre las divisiones de su familia.

«Nuestra hermana—le escribia su hermano menor—no tiene una sola gota de sangre que se parezca á la nuestra. Sí; he visto en ella tales cosas, que la miro como nuestra más grande enemiga. Abusa de nuestra reputacion sin mancha para darnos la ley y para amenazarnos con dar un paso escandaloso que nos perderia. Es necesario tomar un partido decisivo con ella, hacerla ir á Arras, y alejar de este modo de nosotros una mujer que hace nuestra comun desesperacion. ¡Quisiera darnos la fama de malos hermanos!»

«Importa para vuestra tranquilidad que me aleje de vosotros,—escribia á su vez la hermana.—Importa tambien, por lo que dice á la causa pública, que yo no viva más en Paris. Debo libraros ante todo de un objeto odioso. Desde mañana podreis entrar en vuestro aposento sin temor de encontrarme. Mi permanencia en Paris no os inquietará más. No cuido en asociar á mis amigos en mi desgracia. No necesito más que algunos dias para calmar el desórden de mis ideas y decidirme sobre el lugar de mi destierro. El cuartel que habita la ciudadana Laporte, en cuya casa voy á refugiarme provisionalmente, es el sitio en toda la república en que puedo estar más ignorada.»

Pero si Robespierre no se dejaba distraer de la vigilancia sobre sus enemigos, ni por sus cuidados domésticos, ni por su extrema indigencia, ni por las adoraciones, ni por las amenazas de sus corresponsales, los comités no dejaban adormecer igualmente ni sus odios, ni sus alarmas, ni sus sordas conspiraciones contra él. Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barere, Vadier, Amar y Elías Lacoste se esforzaban, por un acrecentamiento del Terror, en prepararse ante la Convencion y ante los Jacobinos contra las acusaciones de indulgencia que Robespierre hubiera podido dirigirles. Por otro lado, afectaban rechazar en él solo las ejecuciones del tribunal revolucionario, y representarle en sus confidencias como un insaciable verdugo de sus colegas. «Que nos pida las cabezas de Tallien, de Bourdon y de Legendre, se puede discutir,—decia Barere;—pero las cabezas de todos los jefes de la Convencion que le inquietan, no se puede condescender á estas exigencias de sangre.»

Se hacía correr en los bancos las pretendidas listas de las cabezas pedidas por Robespierre, á fin de apasionar por el terror á los que no eran apasionados por deseos. Moises Bayle, miembro influyente del comité de seguridad general, confesó un dia la duplicidad del comité en sus relaciones con Robespierre. «Tallien—decia Moises Bayle—ha cometido tantos crímenes, que de quinientas mil cabezas no conservaria una si se le hiciese justicia. El comité tiene las pruebas y los documentos. Pero bastaria que fuese atacado por Robespierre para que guardásemos silencio.»

Los hombres amenazados por Robespierre estaban advertidos por el cuidado del comité. Advertia á los que él miraba con indiferencia. Algunos conciliábulos nocturnos se tenian, tanto en casa de Tallien como en la de Barras, entre Lecointre, Freron, Barras, Tallien, Garnier de l'Aube, Rovere, Thirion, Guffroy y los dos Bourdon. Se concertaban los medios de despopularizar la fama, de detener ó prevenir los golpes de Robespierre, manifestar su ambicion y sellar su tiranía. El extremo peligro, el profundo misterio, el cadalso levantado y cercano, daban á aquella oposicion naciente el carácter, el secreto y la desesperacion de una conjuracion. Tallien, Barras y Freron eran el alma. Estos tres diputados, llamados de

sus comisiones de Burdeos, Marsella y Tolon, y amenazados por la severa cuenta que les pediria Robespierre, habian depuesto con sentimiento el poder de sus funciones. Procónsules absolutos por mucho tiempo, árbitros soberanos de la vida y los despojos, les costaba trabajo volver á su estado de simples diputados, y temblar ante un dueño. El poder dictatorial que habian ejercido en el ejército, la costumbre de los combates, los servicios hechos á la república, el uniforme que habian llevado á la cabeza de nuestras columnas, daban alguna cosa más marcial y más precisa á sus resoluciones. Los campamentos enseñan á despreciar las tribunas. Barras, Freron y Tallien formaban en medio de aquellos hombres de palabra el gérmen y el centro de un partido militar, pronto á cortar con el sable el nudo de la trama que se urdia alrededor de ellos. Tallien imprimia la desesperacion, Freron la venganza, y Barras la confianza á los conjurados. Eran tres hombres de accion, tanto más á propósito á los golpes de mano, cuanto ménos tenian la supersticion de las leyes y los escrúpulos de la libertad. Conspiradores á la manera de Danton, olvidaban en las revoluciones los principios para no ver más que las circunstancias, más aficionados de poderes y de goces que de constituciones, y queriendo salvar á cualquier precio sus cabezas, en lugar de llevarlas con resignacion sobre el cadalso. Obrar, prevenir y herir era toda su táctica.

Reunion en casa de la Madre de Dios.—Pág. 443.

LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los thermidorianos.—Se acrecienta el Terror.—Barere, el *Anacreonte de la guillotina*.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y Mme. de Sartines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de madama de Sainte-Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiracion del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliacion entre los miembros de los comités.

I

Miéntras que estos hombres, llamados despues *thermidorianos*, preparaban los medios de abatir por la fuerza la tiranía, los comités se ocupaban con más atencion de los de comprometer y aislar á Robespierre en la opinion pública y en la Convencion. Para luchar con influencia contra él ante los Jacobinos, era necesario luchar con vigor y ferocidad en la aplicacion de la terrible ley de 22 Prairial. De este modo nunca el Terror habia herido en masa más culpables, más sospechosos y más inocentes que desde el dia en que Robespierre habia resuelto ponerle un término. Fouquier-Tinville, los jurados y los verdugos no podian bastar á la inmolacion cotidiana dispuesta por los comités. El de seguridad general sobre todo, que se habia mantenido apartado y que no habia jugado más que un papel subalterno miéntras que Robespierre dominaba y oscurecia todo en el comité de salud pública, se habia hecho insaciable de proscripciones desde la ausencia de éste. Habia una emulacion de rigor y de muerte entre los dos comités. Vadier, Amar, Jagot, Louis (del Bajo Rhin), Voulland y Elías Lacoste, miembros dominantes del comité de seguridad general, igualaban en ardor á Collot-d'Herbois y Billaud-Varennes. Sazonaban la muerte con sarcasmos. «Esto va perfectamente, la cosecha es buena, las cestas se llenan»,—decia uno al firmar las extensas listas de remision al tribunal revolucionario. «Te he visto en la plaza de la Revolucion en el espectáculo de la guillotina»,—decia otro. «Sí,—respondia éste.—He ido allí á reirme de la figura que hacen los malvados.» «Querian estornudar en el saco,—respondia otro.—Asisto con frecuencia á los suplicios.» «Vamos, mañana—replicaba uno más sanguinario—habrá una gran degollina.» Aquellos hombres iban con efecto á contemplar algunas veces las ejecuciones desde las ventanas de una casa próxima. Pródigos de sangre, eran sin embargo íntegros en los despojos. Billaud-Varennes, muriendo de miseria en Cayenne, no se reprendia por haber ocultado un óbolo á la república que habia diezmado.

Vadier, en el último término de su avanzada edad, desterrado y mendigando

en el extranjero, decia al hijo de uno de los que habia mandado al cadalso: «Tengo noventa y dos años; la fuerza de mis opiniones prolonga mi vida. No hay en toda ella un acto de que me pueda reprender, si no es de no haber conocido á Robespierre y de haber tomado por ciudadano á un tirano». Levasseur, montañes exaltado, proscrito é indigente en Bruselas, exclamaba delante de uno de sus compatriotas que le compadecia por su caducidad: «Id á decir á vuestros republicanos de Paris que habeis visto al viejo Levasseur haciéndose la cama para aliviar á su fiel compañero de ochenta años, y espumando con su propia mano su puchero de judías, único alimento de su miseria». «¿Qué pensais en el dia de Robespierre?»—le preguntó el jóven frances. «¡Robespierre!—le respondió Levasseur.—No pronuncies su nombre, porque es nuestro único remordimiento: la Montaña estaba sin una nube cuando él la sacrificó.» El viejo Souberbielle hablaba del mismo modo en su lecho de muerte. «Las revoluciones más sangrientas—decia—son las revoluciones concienzudas. Robespierre era la conciencia de la revolucion; le han inmolado porque no le han comprendido.» De esta suerte, la conciencia y la opinion se confundian en el alma de los hombres de aquel tiempo, que áun despues de largos años tomaban aún la una por la otra, y que mostrando sus manos vacías de rapiñas, creian llevar á Dios y á la posteridad una vida pura de manchas y orgullosa por la constancia de una teoría fanática que ni áun la vejez pudo ilustrar ni disminuir.

Pero algunos de aquellos proscriptores se habian de tal modo habituado á la sangre, que mezclaban la muerte con la elegancia, con las delicias y con el desenfreno de su vida. Crueles por la mañana, voluptuosos por la tarde, salian de los comités, del tribunal ó de la plaza del cadalso, para ir á tomar parte en suntuosas mesas, deleitarse con la música y la poesía en los palcos de los teatros, ó respirar en los jardines de las cercanías de Paris con mujeres fáciles el olvido de los negocios públicos, la serenidad de la estacion, el descanso y la paz. Parecia que se apresuraban á dar á los goces horas que no tenian mañana, y que las facciones podian abreviar á cada instante. Blandian con indiferencia, contra sus enemigos, el hacha que esperaban con resignacion para ellos mismos. Algunas casas de campo se convertian á veces en conciliábulos, como las de los dantonistas en Sevres.

Barere, sobre todo, era un hombre de refinamiento y elegancia, servidor de la revolucion más bien que apóstol de la virtud republicana. Le habian llamado el *Anacreonte de la guillotina*, porque en sus informes mezclaba imágenes halagüeñas con los siniestros decretos, como flores lívidas sobre sangre. Habia alhajado en la aldea de Clichy una casa de recreo, adonde se retiraba dos veces á la semana para refrescar sus ideas y templar su pluma. Allí es donde, segun dicen, preparaba aquellos informes arteros como su alma, en los cuales mandaba á su estilo tomar el acento, el tono, las formas de todos los partidos dominantes. Allí es donde llevaba tambien á los epicúreos de la revolucion, y entre otros al financiero Dupin, famoso por su informe sobre los sesenta asentistas generales á quienes habia hecho condenar en masa á muerte. Era nombrado por su inclinacion á los refinamientos gastronómicos. Sentábanse á los festines de Clichy mujeres hermosas y artistas, ufanas de tratarse con los caudillos de la república. Ligeras como el placer, pero discretas como la muerte, estas mujeres lo oian todo, sin retener nada. Amar, amigo particular de Dupin, Voulland, Jagot, Barras, Freron, Collot-

d'Herbois, y hasta el severo Vadier, iban á veces á este retiro para ponerse de acuerdo con Barere y otros diputados enemigos de Robespierre. El pretexto del placer encubria la conjuracion. No inspiraban aquellos desahogos sospechas de un complot que se iba, sin embargo, anudando.

Barere y sus colegas se creian obligados á fingir un patriotismo de dia en dia más sombrío para evitar las sospechas de moderantismo. No cesaban de impulsar á la Convencion á los rigores más implacables. Robespierre por su parte, para conservar su ascendiente en los comités é intimidarles con sus acusaciones, se creia forzado á exagerar en él el tipo del patriota inflexible. Los Jacobinos no parecian reconocer la pureza revolucionaria sino en el exceso de las sospechas. Cualquiera de los dos partidos que hubiera detenido el nervio del Terror, estaba cierto de sucumbir al momento bajo la acusacion de debilidad ó complicidad con los enemigos de la república. Este es el secreto de los últimos tiempos de asesinatos políticos. La situacion era tan extrema que iba á romperse. El Terror no era solamente un arrebato, sino una táctica. Cuánto ménos lo querian, tanto más lo fingian de las dos partes. La sangre de innumerables víctimas no servia sino para mantener la máscara de aquella execrable hipocresía de patriotismo.

Se ha visto que despues de la tentativa de asesinato contra Collot-d'Herbois, y despues de la sombra de atentado contra Robespierre, los miembros exaltados de los comités de seguridad general habian resuelto reunir en la acusacion de Ladmiral y Cecilia Renault una porcion de pretendidos cómplices enteramente extraños á los dos acusados. Simulaban de este modo una cruel solicitud por la vida de Robespierre, y una venganza ruidosa de sus peligros. Elías Lacoste habia terminado el informe; Vadier habia concurrido. Se recordará que Vadier habia complicado en la acusacion á una porcion de inocentes, que Robespierre se habia opuesto con energía á aquella parte del informe, que Vadier habia insistido con la aspereza de un inquisidor que retiene su presa, y que aquel altercado, degenerando en querella y en violencia, habia ocasionado la derrota de Robespierre, sus lágrimas de ira y su retirada definitiva del comité. Hé aquí las circunstancias, sus causas secretas y sus consecuencias sobre la doble conspiracion que se tramaba, por un lado en la intimidad de Robespierre, y por otro en los conciliábulos de los dos comités. El tiempo ha descubierto el encadenamiento de hechos que parecen extrañes los unos á los otros.

II

El alma humana tiene necesidad de lo sobrenatural. La razon sola no basta para explicar su triste condicion en la tierra; le es necesario lo maravilloso y los misterios. Los misterios son la sombra traida del infinito sobre el espíritu humano: prueban lo infinito sin explicarlo.

El hombre busca eternamente penetrar estas tinieblas. Todos los pueblos, todas las edades, todas las civilizaciones han tenido sus misterios. Pueriles en el pueblo, sublimes en los filósofos, vienen desde las sibilas á Platon, y descienden de Platon á los más abyectos titiriteros. Desde que la filosofía del siglo XVIII habia minado las supersticiones de la Edad Media en el espíritu de Europa, la pasion de lo sobrenatural habia cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino

de objeto. Jamás mayor número de doctrinas ocultas, de filosofías quiméricas ó de teosofías transcendentales habia fascinado al mundo intelectual. Swedenborg en Suecia, Weishaupt en el Rhin, el conde de San German, Bergasse y San Martin en Francia, los francmasones, los rosa-cruz, los iluminados y los teistas en todas partes, habian fundado escuelas, reclutado adeptos y soñado misterios. La credulidad mística sucedia en todas partes á las credulidades populares. La revolucion, conmoviendo más la imaginacion de los hombres, no habia desmentido este atractivo instintivo de la humanidad por lo maravilloso. Por el contrario, habia exaltado hasta el delirio á ciertas almas, y áun á la masa. Cuanto más grandes son los acontecimientos, las catástrofes son más generales, más trágicos los destinos, y más el hombre reconoce su insuficiencia y más cree ver la mano de Dios mover por sí misma los acontecimientos, los hombres y las cosas que se agitan, que se destruyen ó que surgen alrededor nuestro. De esta disposicion del espíritu humano por lo sobrenatural, y de este vacío que la desaparicion del culto antiguo dejaba en las almas, una secta religiosa y política nació en la sombra, y reclutaba millares de sectarios en la poblacion ávida de novedades.

Habia entónces en un barrio retirado y sombrío de las extremidades de Paris, calle de la Contraescarpa, una mujer vieja llamada Catalina Theos, ó la *Madre de Dios*. Aquella mujer, poseida toda su vida por su propia imaginacion, y debilitada ahora por la caducidad de la inteligencia, se creia ó fingia creerse dotada de dones sobrenaturales de vision y de profecía. Pitonisa añeja de otro Endor, habia visto en Robespierre un nuevo Saul. Ella le proclamaba el elegido de Dios, le mostraba á sus adeptos como el salvador de Israel, el regenerador de la verdadera religion y el fundador del perfecto órden en la tierra. Un antiguo cartujo llamado don Gerle, que confundia en su estrecha y embarazada cabeza el misticismo de la primera edad con la pasion de una transformacion religiosa del mundo, se habia relacionado con la profetisa de la calle de la Contraescarpa por aquel atractivo que llama la credulidad hácia lo maravilloso. Don Gerle se habia hecho el primer discípulo de aquella inspirada, y recogia y declaraba sus oráculos. Habia fundado con ella una especie de iglesia en donde los fieles iban á recibir la iniciacion y las revelaciones del nuevo culto. Extrañas ceremonias, un lenguaje metafórico, inspiraciones convulsivas, obsesiones del Espíritu Santo, jóvenes de una belleza celestial, apariciones, cánticos, música, ósculos fraternales y el misterio que envolvia el santuario, daban á aquella naciente religion el prestigio del alma y de los sentidos. En todas las comunicaciones sobrenaturales de la sacerdotisa con los neófitos, la revolucion se señalaba como el advenimiento del espíritu divino en la cabeza del pueblo. Los sacerdotes y los reyes debian desaparecer de la superficie del universo. Robespierre se le representaba en términos encubiertos como el Mesías, á la vez religioso y político, que debia regularizarlo todo y transportarlo todo á Dios. El pueblo se iniciaba en muchedumbre en aquella fe.

Don Gerle habia sido miembro de la Asamblea constituyente. Su propension por las credulidades piadosas se habia manifestado ya; habia llevado á la tribuna de aquella Asamblea las pretendidas revelaciones de una jóven llamada Susana Labrousse. La risa general habia acogido aquellas puerilidades. Rechazada Susana de Paris, se habia ido á profetizar á Roma; allí habia muerto, víctima inocente de su propia alucinacion, en los calabozos del castillo de San Angelo. Don Gerle se obs-

tinaba en sus visiones. Sentado al lado de Robespierre en la Asamblea, y participando de las teorías regeneradoras del diputado por Arras, no habia cesado desde aquella época de entretener relaciones familiares con él, que llegaban hasta el entusiasmo y hasta el culto. Robespierre recibia á menudo al antiguo monje en casa de Duplay, teniendo para don Gerle la afeccion y la indulgencia que un genio superior tiene por la credulidad que admira. Justamente se perdona la supersticion de que uno es objeto.

Don Gerle hablaba con frecuencia á Robespierre de las profecías de Catalina Theos sobre su futura grandeza. Robespierre no era supersticioso. Su religion no era más que lógica. Creia la razon tan divina, que la proclamaba sin cesar el único dogma y la única Providencia del género humano, el objeto de sus trabajos y el espíritu de sus instituciones. Pero sea que su elevacion diese al fin cierta supersticion á Robespierre hácia sí mismo, sea para afirmar su popularidad con un prestigio sobrenatural, sea más bien que sintiese la falta de los antiguos templos y dejase esperar una reconstruccion del cristianismo, él toleraba, si no favorecia, las reuniones de Catalina Theos. Este era su punto de contacto con el catolicismo y con el espíritu religioso que queria unir en sí mismo como una de las fuerzas sociales. Recibia cartas de la profetisa y de sus adeptos, dictadas segun el espíritu revelador. Habia en la proclamacion del Sér Supremo, en los símbolos de aquella ceremonia, en los mismos nombres que habia dado á Dios y á la naturaleza, las ceremonias y los signos del culto secreto. La opinion, bien ó mal fundada, del público era que él queria realizar en su persona un pontífice supremo; que las tentativas de don Gerle, su confidente, eran un ensayo de organizacion religiosa, y que iniciarse era lisonjear al dictador por su debilidad ó por su ambicion. Estas preocupaciones proporcionaban al cenáculo de la calle de la Contraescarpa más neófitos que la fe.

III

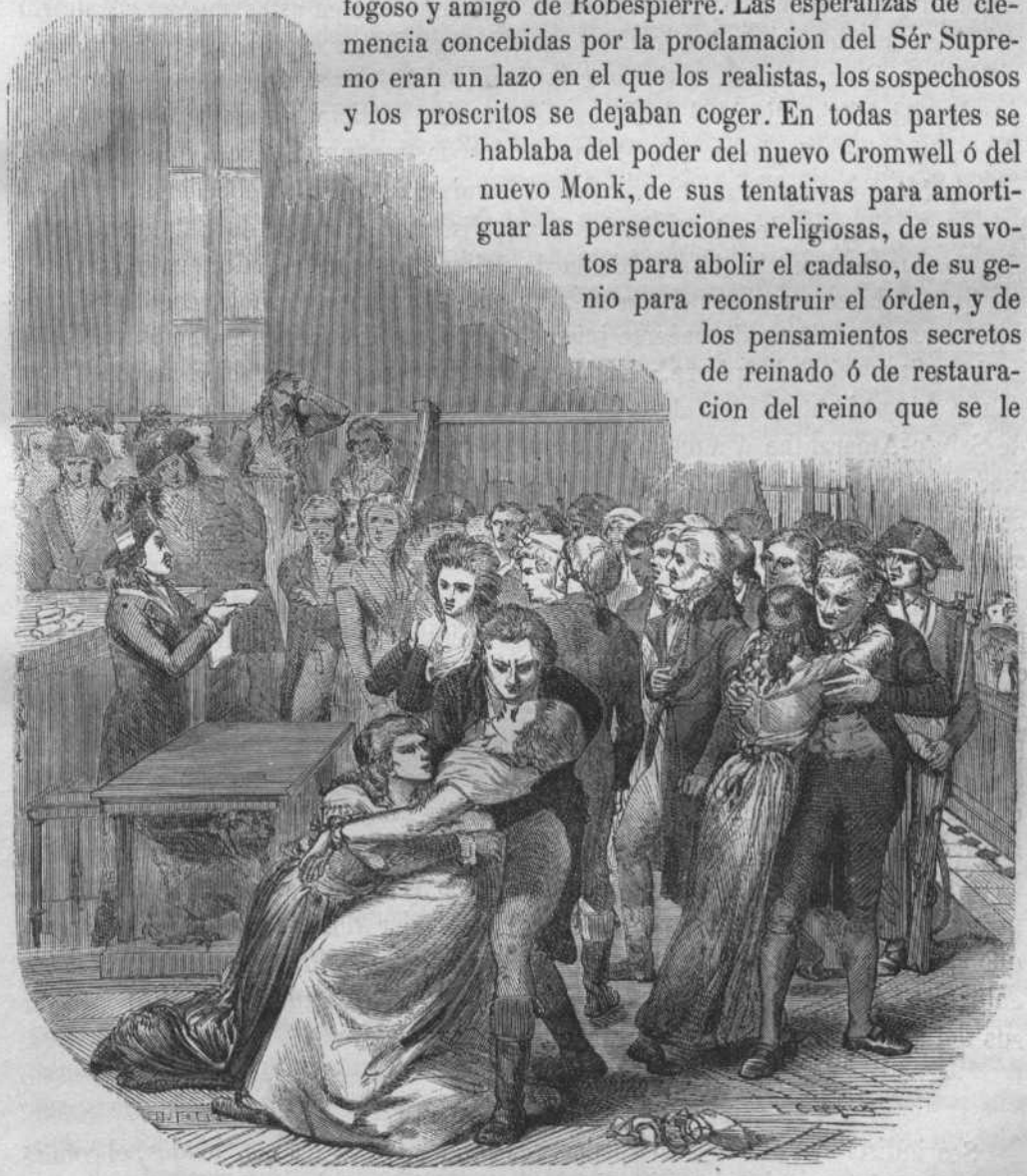
Ademas, habia al mismo tiempo, en uno de los más suntuosos palacios del centro de Paris, recientemente construido por el opulento filósofo Helvecio, una mujer jóven, de una incomparable hermosura, si no tuviese una hija de diez y seis años tan bella y tan seductora como su madre. Aquella mujer se llamaba madama de Sainte-Amaranthe. A pesar de que decia que era viuda de un gentilhombre sacrificado en las jornadas del 5 y 6 de Octubre, defendiendo la puerta de la reina en Versalles, y que ella afectaba el exterior, el tono y el lujo de una grande existencia, reinaba en aquella mujer un misterio y una duda sobre su orígen y sus hábitos, que dejaban flotar la opinion entre la admiracion de su belleza, el respeto por sus desgracias y la ambigüedad de su papel en la sociedad.

Su casa, atractiva por tantos títulos, habia reunido, por el gusto de las artes, del juego y los placeres, desde el principio de la revolucion, á los hombres eminentes de todas las facciones. Los realistas, los constitucionales, los orleanistas y los girondinos sucesivamente, Mirabeau, Sieyes, Petion, Chapelier, Buzot, Louvet y Vergniaud, la habian frecuentado. Las gracias de madama de Sainte-Amaranthe y la seduccion de su espíritu habian borrado alrededor de ella los matices y colmado los abismos entre las opiniones.

Ella conservaba, no obstante, una adhesion ostensible á los recuerdos y á las

esperanzas del trono. Estaba relacionada con los realistas de la antigua aristocracia, y conservaba en sus salones, sin ningun misterio, los retratos del rey y de la reina; no disfrazaba su veneracion por estas imágenes proscritas de un tiempo mejor. El prestigio de sus gracias parecia alejar de ella todo peligro. La naturaleza la defendia del cadalso.

Un jóven perteneciente á la antigua corte, hijo de Mr. de Sartines, ministro de la Policía de Paris, acababa de casarse con la hija de madama de Sainte-Amaranthe. Mr. de Sartines, ántes de su matrimonio, habia tenido relaciones con una actriz del teatro Italiano, Grandmaison. Aunque abandonada por su amante, aquella jóven actriz le escribia aún. Ella le informaba de los progresos ó de la disminucion del Terror. Sartines, prendado de tanta constancia, iba de tiempo en tiempo á Paris á ver secretamente á su antigua amiga, y por ella sabía los secretos de la política. La señorita Grandmaison los arrancaba á Trial, actor del mismo teatro, patriota fogoso y amigo de Robespierre. Las esperanzas de clemencia concebidas por la proclamacion del Sér Supremo eran un lazo en el que los realistas, los sospechosos y los proscritos se dejaban coger. En todas partes se hablaba del poder del nuevo Cromwell ó del nuevo Monk, de sus tentativas para amortiguar las persecuciones religiosas, de sus votos para abolir el cadalso, de su genio para reconstruir el órden, y de los pensamientos secretos de reinado ó de restauracion del reino que se le



Los conspiradores del extranjero ante el tribunal.—Pág. 444.

suponian. Los esparcidos restos del partido religioso y del partido realista se consolaban en estos sueños. La popularidad de Robespierre era más grande tal vez en estos momentos en el partido de las víctimas que en el de los verdugos, llegando á deslumbrar á madama de Sainte-Amaranthe, que quiso volver á abrir en Paris su casa á las fiestas y á los placeres en medio del duelo general. Se fió al genio de Robespierre, y ardia en deseos de conocerle, de seducirle y de atraerle á sus opiniones. En vano la señorita Grandmaison, temblando por su amante, escribia á Mr. de Sartines que el momento era siniestro, que los comités y Robespierre estaban en lucha, y que el hacha de la guillotina estaba suspendida entre un alivio esperado y un terror más activo. Madama de Sainte-Amaranthe no escuchó más que sus ilusiones; arrastró á su hija, su yerno y un niño de quince años, hijo suyo, á Paris.

Allí se confirmó más y más, por la conversacion de algunos amigos, en las disposiciones que suponia al triunviro. Sin duda áun estas disposiciones le fueron insinuadas por agentes de Robespierre. Este buscaba en estos momentos unirlo todo á su nombre, hasta los realistas, por lo vago de sus esperanzas.

Mr. de Quesvremont, antiguamente familiar de la casa de Orleans, y entónces mendigando la familiaridad de Robespierre, hizo participar á madama de Sainte-Amaranthe del entusiasmo por el hombre predestinado que decia que sólo esperaba la hora en que se madurasen sus designios, y que sólo concederia al Terror lo que no era posible aún quitarle. Como discípulo fanático de Catalina Theos, Mr. de Quesvremont habló á madama de Sainte-Amaranthe del nuevo culto como una profunda concepcion del restaurador del órden, inspirándole, como á su hija y á su yerno, el deseo de hacerse iniciar. «Esto—les decia—es un acto que inspirará confianza á Robespierre.» La llamada marquesa de Chastenay, ardiente realista y más ardiente adepta de la *Madre de Dios,* acabó de determinar á madama de Sainte-Amaranthe á aquella afiliacion. Sartines, su madre política y su esposa fueron introducidos en el desvan de la *Madre de Dios*. Estas dos bellas realistas recibieron en su frente el ósculo de paz de la sibila, que debia ser pronto para ellas el beso de su muerte.

Sea que esta condescendencia de las dos jóvenes hubiera sido en efecto una prenda á los ojos de Robespierre, sea que hubiesen hecho concebir en su espíritu el deseo y la vanidad de ver á las dos más célebres bellezas de Paris inclinarse ante su genio, sea más bien que él quisiese tender por ellas un cebo á los partidos proscritos para atraerlos al órden regular que meditaba, consintió en tener una entrevista con sus dos admiradoras. Trial, hombre de teatro y amigo comun, condujo á Robespierre á casa de madama de Sainte-Amaranthe, en donde le recibieron como á un dictador que consiente en dejar presentir sus designios. Se sentó á la mesa en medio de un círculo de convidados escogidos por sí mismo. Robespierre respiraba el entusiasmo, y se dejó reprender dulcemente por los excesos que sufria hacía tiempo. El habló como hombre que debia volver sólo contra los culpables la guillotina que aún descargaba sobre tantos inocentes. Hizo entrever sus designios para dejar lucir alguna esperanza.

IV

Sea indiscrecion de sus huéspedas, sea infidelidad de los convidados, el comité de seguridad general tuvo aviso de estas entrevistas y de aquellas confidencias.

Vadier habia hecho introducir uno de sus agentes, Senart, en las reuniones de la *Madre de Dios* para observar los pensamientos y notar los nombres de los principales adeptos. Vadier sabía que Robespierre era su ídolo, y le suponia el instigador. Sospechaba desde el 20 Prairial que queria unirse al pueblo por las supersticiones, y acariciar á las clases superiores por los presagios de clemencia. Vadier quiso á la vez poner en ridículo á Robespierre y hacerle traicion. No se atrevió á atacar un nombre que rechazaba las sospechas y que desconcertaba la agresion; pero esperaba de este modo verter indirectamente sobre este mismo nombre una ridiculez que refluia sobre su poder. Ademas, era una de las empresas más atrevidas mostrar por primera vez en la Convencion que los amigos de Robespierre no eran puros, y que sus partidarios tampoco eran inviolables.

El comité de seguridad general, de acuerdo con la mayoría del de salud pública y con los conspiradores de la reunion de Tallien, ordenó la prision de Catalina Theos y de sus principales adeptos. Los comités dispusieron al mismo tiempo la prision de la marquesa de Chastenay, de Mr. de Quesvremont, de Mr. de Sartines y de toda la familia de Sainte-Amaranthe, sin exceptuar al hijo, que llegaba apénas á los diez y seis años. Tambien hicieron prender á la señorita Grandmaison y á su criado Biret. Se resolvió confundir todas estas acusaciones, extrañas las unas á las otras, en el gran acto de acusacion que Elías Lacoste extendia contra Ladmiral y Cecilia Renault bajo el nombre genérico y vago de *conspiracion del extranjero*. Se habia encargado á Vadier que redactase un informe prévio contra la secta de Catalina Theos, fiándose los comités en la malignidad de aquel anciano para dar á las puerilidades de don Gerle los sombríos colores de una conjuracion, y un barniz de ridiculez que recaia sobre el nombre de Robespierre.

Este nombre, que todo el mundo sabía que estaba oculto en el fondo de aquel asunto, sería tanto más visible cuanto sería ménos pronunciado por Vadier. Robespierre habia conocido con anticipacion el golpe, pero el puñal estaba envuelto con el respeto. No podia tomar abiertamente la defensa de aquellos sectarios en un momento en que se le acusaba de querer hacer revivir las supersticiones para santificar su dictadura, por lo que se vió obligado á aplazar bajo pretexto de desprecio la lectura del informe de Vadier á la Convencion. Vadier estuvo inflexible; fué necesario sufrir en silencio los sarcasmos del relator, las sonrisas del auditorio, y las insinuaciones malignas contra su papel de Mahomet. El ridículo habia desflorado aquel terrible nombre, y la sospecha habia arrojado su sombra sobre aquella incorruptibilidad. Los amigos de Robespierre lo habian conocido. Le habian advertido confidencialmente de que tuviese cuidado con Vadier, especie de Bruto, que fingia la rusticidad para ocultar el odio. «Esforzaos—escribió Payan á Robespierre—para disminuir á los ojos de la opinion la importancia que se querrá dar al asunto de Catalina Theos, y para convencer al pueblo que esto es una farsa pueril que no merece más que la risa y el desprecio de los hombres formales.»

En fin, pocos dias despues, Elías Lacoste habia hecho el informe del decreto que proponia la remision al tribunal revolucionario de todos los acusados. Se vió reunidos al asesino Ladmiral y á Cecilia Renault, el padre, la madre y hasta los hermanos de aquella jóven; Mr. de Sartines, madama de Sainte-Amaranthe, su hija madama de Sartines, su hijo, que no tenia aún la edad del crímen; los señores Laval-Montmorency, de Rohan-Rochefort, el príncipe de San Mauricio, los

señores de Sombreuil, padre é hijo, que habian escapado de los asesinos de Setiembre; Mr. de Pons, Michonis, municipal del Temple, culpable por la compasion y por la decencia que habia tenido con las princesas cautivas; madama de Lamartiniere, la viuda de Epremenil, y en fin, la actriz Grandmaison, castigada por el amor que tenia á Sartines, y hasta el criado de aquélla, castigado por su fidelidad á su ama. Reunieron á estos sesenta acusados el portero de la casa en donde Ladmiral habia intentado asesinar á Collot-d'Herbois, y la mujer de aquel conserje, *culpables los dos,* decia el acusador, *por no haber manifestado bastante alegría cuando fué preso el asesino.*

Al escuchar Robespierre los nombres de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia, permaneció silencioso. Temia aparecer cumo protector de los contrarevolucionarios. Bien sabía que era su nombre el que herian, pero retiró tímidamente este nombre por no aparecer herido él mismo. ¡Deplorable situacion de los hombres que toman la popularidad en lugar de la conciencia por árbitro de su política! Se cubren con los cuerpos de víctimas inocentes, en lugar de cubrirse con su propia intrepidez.

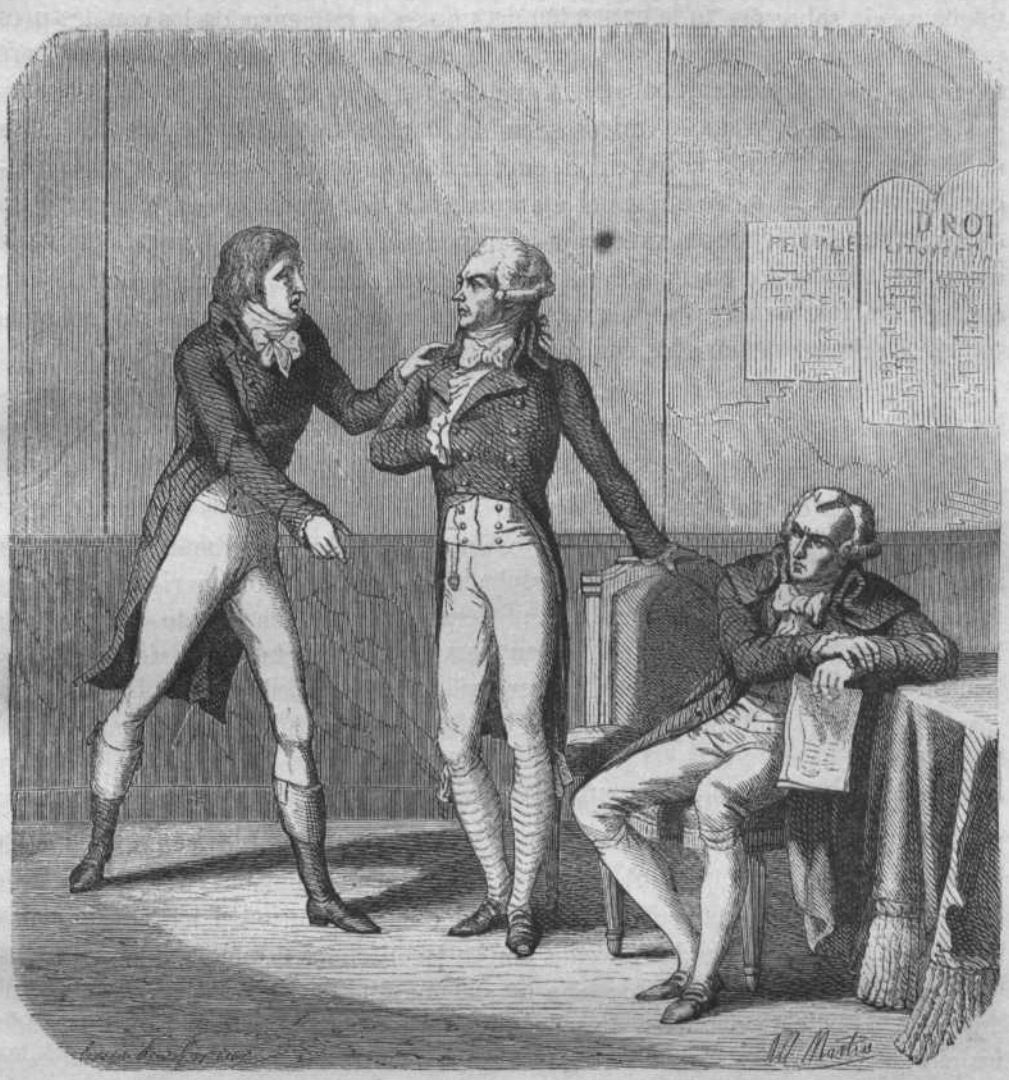
Aquellos sesenta y dos acusados, cómplices pretendidos, se vieron por la primera vez delante del tribunal. Ladmiral manifestó firmeza; Cecilia Renault, sensible é interesante, pidió perdon á su padre, á su madre y á sus hermanos por haberles precipitado por su ligereza en la apariencia de un crímen que ella no habia concebido. Afirmó ante la muerte que su pretendido proyecto de asesinato no era más que una curiosidad de ver un tirano.

Los Montmorency, los Rohan y los Sombreuil conservaron la dignidad de su inocencia y de sus nombres; no desmintieron delante de la muerte la nobleza de su sangre, y murieron como habian combatido sus abuelos.

Madama de Sainte-Amaranthe se desmayó en los brazos de sus hijos. Sartines, al pasar por delante de la actriz Grandmaison, inundó las manos de ésta con sus lágrimas, suplicándole que le perdonase la muerte á la cual su cariño hácia él la conducia. Su mujer fué superior á su edad por su resignacion, y superior á su belleza por su ternura. Se alegraba morir con su madre, su marido y su hermano, estrechándolos en sus brazos, sin rechazar ni áun á la actriz Grandmaison, que una suerte cruel asociaba á su infortunio. Todos los celos y toda distancia desaparecieron ante la muerte. Los moribundos no formaron más que una familia.

A fin de herir más los ojos del pueblo con un aparato más grande de culpabilidad, habian hecho vestir, por primera vez desde Carlota Corday, á todos los sentenciados con la túnica de lana roja, distintivo de los asesinos. Una escolta de caballería y algunos cañones cargados con metralla precedian y seguian la comitiva. Ocho carretas la componian. En la primera habian hecho subir á madama de Sainte-Amaranthe y madama de Epremenil, en el primer banco; madama de Sartines y la Grandmaison, aquellas dos víctimas de un mismo amor, en el segundo. En la carreta siguiente, á Mr. de Sartines y á su jóven cuñado, Mr. de Sombreuil y su hijo. Las otras conducian, al lado de los Montmorency y de los Rohan, al pobre y fiel criado de la Grandmaison, Biret, que lloraba, no por él, sino por su señora. La marcha fué lenta; el cadalso estaba léjos, el cielo de primavera, y la multitud era inmensa. Todas las miradas se dirigian hácia aquel grupo de cabezas de mujer que serian bien pronto separadas de sus cuerpos. Los reflejos ardientes de

la túnica roja realzaban aún más la blancura de sus gargantas y la brillantez de sus colores. La multitud se embriagaba por aquel derramamiento de hermosura que iba á extinguirse. Las víctimas hablaban entre sí algunas palabras con triste sonrisa en voz baja, y se dirigian miradas de conmiseracion. Ladmiral se indignaba y se compadecia por la suerte de sus pretendidos cómplices. «Ni uno solo—exclamaba—ha conocido mi designio; he querido yo solo vengar la humanidad.»



Saint-Just, Robespierre y Couthon.—Pág. 448.

Despues, volviéndose á Cecilia Renault, que rezaba con fervor, le decia con irónica piedad: «Habeis querido ver á un tirano; mirad y ved centenares bajo nuestros ojos».

La marcha duró tres horas. Sacrificaron primero á los más oscuros, despues á Cecilia Renault, Grandmaison, Ladmiral, madama de Epremenil, los nobles de la antigua monarquía y el jóven Sainte-Amaranthe. Su hermana y su madre vieron arrojar su cuerpo decapitado en el cesto. Su turno su aproximaba. La madre y la hija se abrazaron y se dieron el último y prolongado beso, que interrumpió el verdugo. La cabeza de la hija se reunió á la de su jóven hermano. Madama de

Sainte-Amaranthe murió la penúltima, Sartines el último, viendo caer durante un suplicio de tres cuartos de hora la cabeza de su querida, la de su cuñado, que queria como si fuese su hijo, la de su madre política y la de su esposa. Habia muerto para todos los sentimientos de este mundo ántes de sucumbir bajo la cuchilla.

Aquella carnicería irritó al pueblo contra Robespierre. El crímen de sus enemigos recaia sobre él. No le creian tan decaido en la influencia de los comités para permitirles suplicios que no deseaba; no le creian sobre todo tan cobarde para tolerar crímenes que reprobaba. Los que esperaban en él se indignaron, sus amigos se aturdieron, y sus enemigos se animaron; les habia dado el secreto de su debilidad, y redoblaron la ferocidad, cubriéndole durante cuarenta dias de la sangre que vertian. El no se atrevia ni á aprobar ni á desaprobar este acrecentamiento de asesinatos, luchando en vano bajo la responsabilidad del Terror. La opinion lo rechazaba todo sobre su nombre; situacion cruel, intolerable y merecida; leccion eterna para los hombres populares, sobre los que la justa posteridad acumula todos los crímenes contra los cuales no se han atrevido á protestar.

V

El lenguaje de Robespierre en los Jacobinos durante aquellos cuarenta dias se resentia de la opresion de su alma. Su estilo era vago, oscuro y ambiguo como su situacion, no comprendiéndose si acusaba á los comités por su rigor ó por su indulgencia. Tan pronto vituperaba la moderacion, como tan pronto la crueldad. Sus palabras con dos cortes amenazaban siempre sin herir nunca, teniendo en suspenso su ira, y no se adivinaba si descargaria sobre los verdugos ó sobre las víctimas. Un hombre político que no se atreve á explicar sus miras, se enajena á la vez los dos partidos.

«Es tiempo, ciudadanos,—dijo al fin, pocos dias ántes de la crísis,—de que la verdad haga oir en este recinto acentos tan libres y tan varoniles como los que ha hecho resonar en las importantes circunstancias de la revolucion. ¿Irémos como los conspiradores á concertar en los escondrijos oscuros (alusion á los conciliábulos de Clichy) los medios de defendernos contra los pérfidos esfuerzos de los malvados? Denuncio á los hombres de bien un sistema que tiende á sustraer á la aristocracia de la justicia nacional, y á perder á la patria hiriendo á los patriotas. Cuando las circunstancias se desenvuelvan, me explicaré con más claridad. Ahora digo lo suficiente para los que me entienden. Nadie tendrá poder bastante para impedirme que manifieste la verdad en el seno de la Representacion nacional y de los republicanos. No está en el poder de los tiranos y de sus seides inutilizar mi valor. Que se esparzan libelos contra mí; yo siempre seré el mismo. Si se me obliga á renunciar parte de las funciones de que estoy encargado (la oficina de policía), aún me queda la cualidad de representante del pueblo, y haré una guerra á muerte á los tiranos y á los conspiradores.»

Aquellos tiranos y aquellos conspiradores vagamente designados en estas palabras eran Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois, Barere, Carnot, Leonardo Bourdon, Vadier y todos los miembros de los comités. Estos no se atrevian á aparecer en los Jacobinos desde que Robespierre reinaba allí solo, ó permanecian, si iban,

silenciosos para espiar y denunciar sus palabras. Le acusaban al salir de querer insinuar al pueblo la existencia de un foco de complots en la Convencion, y de predicar la necesidad de una depuracion violenta é insurreccional como la del 31 de Mayo.

Algunos dias despues, Robespierre se explicó más abiertamente; se presentó como víctima y llamó sobre sí mismo el interes y casi la piedad de los patriotas. «Estos monstruos—dijo—entregan al oprobio á todo hombre de quien temen la austeridad de costumbres y la inflexible probidad. Tanto valdria volver á los bosques, que disputarnos así los honores, la fama y las riquezas de la república. Nosotros no podemos fundarla sino por instituciones protectoras, y estas instituciones no pueden asentarse sino sobre las ruinas de los enemigos incorregibles de la libertad y de la virtud. Pero estos malvados no triunfarán,—continuó;—es necesario que estos cobardes conjurados renuncien á sus complots, ó que nos arranquen la vida. Sé que ellos lo intentarán, todos los dias lo intentan. ¡Pero el genio de la libertad protege á los patriotas!»

Aquellos acentos apasionaban vivamente el pequeño número de jacobinos que se estrechaban á su alrededor cada noche. Estos hombres resueltos estaban prontos á marchar con Robespierre al objeto que les indicase, y áun se adelantaban al impulso que les daba. Su impaciencia aspiraba abiertamente á una insurreccion; conjuraban á su dueño á que nombrase sus enemigos, jurando sacrificarlos por su causa. Buonarotti, Lebas, Payan, Couthon, Fleuriot-Lescot, Henriot y Saint-Just no cesaban de reprenderle sus contemplaciones y sus escrúpulos. El pueblo estaba pronto á levantarse á su voz y depositar en sus manos el poder y la venganza. Robespierre continuaba en rehusar la dictadura con una inexplicable obstinacion. El nombre de faccioso le causaba horror, decia. La sombra de Catilina se levantaba siempre delante de él. En la Convencion respetaba la patria, la ley y el pueblo. La idea de atentar por la fuerza á la Representacion y mostrarse de este modo el violador de aquella soberanía nacional que toda su vida habia profesado le parecia una especie de sacrilegio. No queria contaminar con la usurpacion ni su virtud republicana ni su memoria. Más queria ser, añadia, la víctima que el tirano de su patria; deseaba sin duda el poder, pero lo queria dado, no robado. Fuertemente creia en sí mismo, en el poder de su palabra y en su inviolabilidad popular; no dudaba arrancar á la Convencion, por sólo la fuerza de la verdad y de la persuasion, aquella autoridad que no queria destrozar disputándola por la mano tumultuosa de una sedicion; pensaba que la república reconoceria por sí misma la supremacía del genio y de la integridad. Idolo de la opinion, elevado por la opinion, adulado, deificado hacía cinco años por ella, queria que sólo la opinion le proclamase la última palabra y el primer hombre de la república. «Desgraciados los hombres—repetia muchas veces á sus amigos—que resumen en sí mismos la patria, y que se apoderan de la libertad como de sus bienes propios. Su patria muere con ellos, y las revoluciones que se apropian no son más que cambios de servilismo. ¡No, nada de Cromwell,—decia continuamente,—aunque sea yo!»

En aquel pensamiento, Robespierre preparaba lentamente por toda arma un discurso para la Convencion; discurso en que batiria á sus enemigos, dejando solamente descubrir á las miradas del pueblo sus tramas y su propia integridad. Retocaba á placer aquel discurso, tan teórico como una filosofía, tan apasionado como

la revolucion. Reasumia en él con la pluma de Tácito el cuadro de todos los crímenes, de toda la corrupcion, de todos los peligros que degradaban, manchaban ó amenazaban á la república. Hacía resaltar con una alusion continua la responsabilidad de nuestros desastres sobre el gobierno y los comités. Hacía los retratos tan semejantes y tan personales de los vicios de la Convencion, que no quedaba más que darles el nombre de sus enemigos. En fin, concluia vagamente pidiendo la reforma de las instituciones revolucionarias, sin especificar cuáles fuesen, y provocaba á la Convencion á reflexionar.

Aquella conclusion, más imperativa que si la hubiera formulado él mismo en un decreto de muerte contra sus enemigos, debia arrancar resoluciones más terribles contra sus envidiosos, y poderes más absolutos para él mismo que los que él hubiese formulado. La tiranía tiene su pudor, es necesario que se le haga violencia. Lo que se le da va siempre más allá de lo que ella se atreveria á pedir.

Este discurso estaba dividido en dos partes, y debia ocupar dos sesiones. En la primera, Robespierre tronaba sin herir y designaba sin nombrar. En la segunda, que reservaba para replicar si alguno tuviese la audacia de responderle, salia de la nube y lucia como el relámpago, y ceñia hombre á hombre y cuerpo á cuerpo á los miembros hostiles de los comités; especificaba las acusaciones y los crímenes, nombraba y sellaba, heria y arrastraba desde la tribuna al cadalso á los culpables que permanecian hasta entónces en la sombra. Para este uso habia bosquejado en las notas secretas de su policía los retratos destinados á aquella fiesta pública. Armado con sus dos discursos, Robespierre esperaba la lucha con confianza; sus contrarios empezaban á desconfiar. Ninguno tenia en su consideracion personal la fuerza para luchar cuerpo á cuerpo con el ídolo de los Jacobinos; sabian que el pueblo le permanecia fiel, y su ascendiente intimidaba á la Convencion. La muerte podia caer á la menor señal suya sobre todas las cabezas. En aquella perplejidad, Barere insinuó la transaccion. Collot-d'Herbois hablaba de mala inteligencia, y el mismo Billaud-Varennes pronunciaba la palabra concordia, y los comités propendian á humillarse bajo el solo efecto de su ausencia. Algunos negociadores oficiosos se interpusieron para evitar un rompimiento. Legendre acariciaba; Barras, Bourdon, Freron y Tallien fomentaban casi solos la aspereza de su odio y el fuego de la conjuracion.

VI

Entre tanto, las negociaciones habian venido á parar en una entrevista entre Robespierre y los principales miembros de los dos comités. Consintiendo en encontrarse en el comité de salud pública, Couthon, Saint-Just, David y Lebas se vieron con Robespierre. Las fisonomías estuvieron contraidas, los ojos bajos y las bocas mudas. Se conocia que los dos partidos, aunque prestándose á una tentativa de reconciliacion, temian al mismo tiempo dejar traspirar sus ideas. Elías Lacoste articuló las quejas de los comités. «Formais un *triunvirato*»,—dijo á Saint-Just, á Couthon y á Robespierre. «Un triunvirato—respondió Couthon—no se forma de tres pensamientos que se encuentran en una misma opinion; los triunviros usurpan todos los poderes, y nosotros os los dejamos todos.» «Precisamente por eso os acusamos,—dijo Collot-d'Herbois;—retirar del gobierno en un tiempo tan difícil una fuerza como la vuestra, es hacerle traicion y entregarlo á los enemigos

de la libertad.» En seguida, volviéndose hácia Robespierre y tomando delante de él el tono y la accion teatral de un suplicante, manifestó querer arrojarse á sus piés. «Yo te lo suplico en nombre de la patria y de tu propia gloria,—le dijo,—déjate vencer por nuestra franqueza y por nuestra abnegacion. Eres el primer ciudadano de la república, y nosotros los segundos; tenemos por tí el respeto debido á tu pureza, á tu elocuencia y á tu genio. Vuelve á nosotros, entendámonos, sacrifiquemos á los intrigantes que nos dividen, y salvemos la libertad por nuestra union.»

Robespierre pareció conmoverse por las protestas de Collot-d'Herbois. Se quejó de las acusaciones sordas que se esparcian sobre su pretendida dictadura,

Robespierre despidiéndose de la familia Duplay (8 Thermidor).—Pág. 455.

blasonó de un completo desinteres del poder, propuso renunciar á la direccion de la policía que le motejaban dominar, y habló vagamente de los conspiradores que era necesario ante todo destruir en la Convencion.

Carnot y Saint-Just tuvieron una explicacion muy reñida con motivo de los diez y ocho mil hombres que Carnot habia destacado del ejército del Norte, exponiéndolos á todas las fuerzas de Coburgo, para enviarlos á la invasion de la Flandes marítima. «Quereis usurparlo todo,—dijo Carnot.—Desconcertais mis planes, inutilizais á los generales y las campañas. Os he dejado el interior, dejadme el campo de batalla; ó si quereis dirigirlo como todo lo demas, tomad tambien la responsabilidad de las fronteras. ¿Qué será de la libertad si perdeis á la patria?»

Saint-Just se justificó con modestia y se declaró lleno de deferencia por el genio militar de Carnot. Barere se manifestó complaciente. Sólo Billaud estuvo silencioso. Su silencio inquietaba á Saint-Just. «Hay hombres—dijo el jóven fanático—que por el sombrío carácter de su fisonomía y por la palidez de su rostro, Licurgo hubiera desterrado de Lacedemonia.» «¡Hombres hay—respondió Bi-

llaud—que ocultan su ambicion bajo su juventud, y juegan al Alcibiades para convertirse en Pisistratos!»

Al nombre de Pisistrato, Robespierre se creyó aludido y se quiso retirar. Roberto Lindet intervino con palabras sábias y dulces. Billaud desarrugó su frente y ofreció la mano á Robespierre. «En el fondo,—dijo,—yo no te he echado en cara más que tus perpétuas sospechas; desisto voluntariamente de las que yo mismo he concebido de tí. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado y hablado siempre lo mismo en todas las grandes cuestiones que han agitado á la república y á los consejos?» «Eso es verdad,—dijo Robespierre,—pero inmolais por casualidad los culpables y los inocentes, los aristócratas y los patriotas.» «¿Por qué no estás tú con nosotros para elegirlos?» «Aún es tiempo—respondió Robespierre—para establecer un tribunal de justicia que no elija, pero que condene con la imparcialidad de la ley, y no por casualidad ó por espíritu de faccion.» La discusion se estableció sobre este principio. Las prendas eran las cabezas de los mejores ciudadanos. Robespierre queria regularizar y moderar el Terror; los demas, declararlo más necesario que nunca para exterminar y extirpar á los conspiradores. «¿Por qué habeis forjado la ley del 22 Prairial?—dijo Billaud.—¿Ha sido para dejarla dormir en la cartera?» «No,—respondió Robespierre,—sino para amenazar desde más alto á los enemigos de la revolucion sin excepcion, y á mí mismo si levantase la cabeza por cima de las leyes.»

Se convino, dicen, en entenderse amigablemente sobre la suerte del pequeño número de hombres peligrosos que se agitaban en la Convencion, y sacrificarlos, si eran culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situacion de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disentimientos, y á demostrar á la república que la armonía más completa se habia restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliacion.

LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliacion.—Deliberacion de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de Mayo.—Primeros dias de Thermidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinacion á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 Thermidor.—El 8 Thermidor.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—La Asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convencion.—Su testamento de muerte.—Agitacion.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salud pública.—Escena violenta.—Collot-d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crísis del dia siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de éste.—Los diputados de la Llanura indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 Thermidor.—Los jacobinos se preparan para los acontecimientos del dia.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesion de la Convencion.—Collot-d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien le interrumpe.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitacion.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prision de Henriot y que la sesion sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamacion.—Barere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barere.—Robespierre no consigue hacerse oir.—Deja la tribuna.—Le rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusacion contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el jóven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesion.—Se envia á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo dia.—Ejecuciones del dia anterior.—Roucher y Andres Chenier.

I

Los síntomas de reconciliacion que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y del comité de salud pública eran engañosos. Apénas Fouché, Tallien, Barras, Freron, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron conocimiento de aquellas tentativas de paz, conocieron que sus cabezas serian el precio de la concordia. «Entregadas nuestras cabezas,—dijeron á Billaud-Varennes, á Collot-d'Herbois y á Vadier,—¿qué os quedará que defender? ¿Las vuestras? La tiranía no se disfraza sino para acercarse sin ser apercibida. Cuando le hayais concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convencion, la ambicion de Robespierre se aumentará sobre nuestros cadáveres, y os herirá con el arma que le hayais proporcionado.» Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier eran demasiado ilustrados por su propio odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se concederia ninguna cabeza de la Convencion. Las secretas entrevistas entre los representantes amenazados y los miembros de los dos comités fueron más frecuentes y más misteriosas. De dia se deliberaba, y se conspiraba de noche. Se tramaba la pérdida de Robespierre á pocos pasos de su casa, en la de Courtois, que era bastante animoso para facilitar su habitacion á los conjurados, que le lisonjeaban en querer suprimir el Terror.

Por su parte los confidentes de Robespierre le insinuaron que todo paso para

reconciliarse era un lazo que los comités le armaban. «Ellos se humillan porque tiemblan,—le decian.—Si tu solo silencio los ha reducido á tal abatimiento, ¿qué será cuando te levantes para acusarlos? Pero si aceptas hoy la apariencia de una fingida reconciliacion con ellos, ¿de qué los acusarás sin aparecer tú cómplice tambien? Si te conceden los más insignificantes y los más despreciables de tus enemigos, será para conservar á los más temibles y á los más malvados. Ofréceles el combate todos los dias desde la cima de la tribuna de los Jacobinos; si lo rehusan, su cobardía los deshonra y los acusa, y si lo aceptan, el pueblo está de tu parte.»

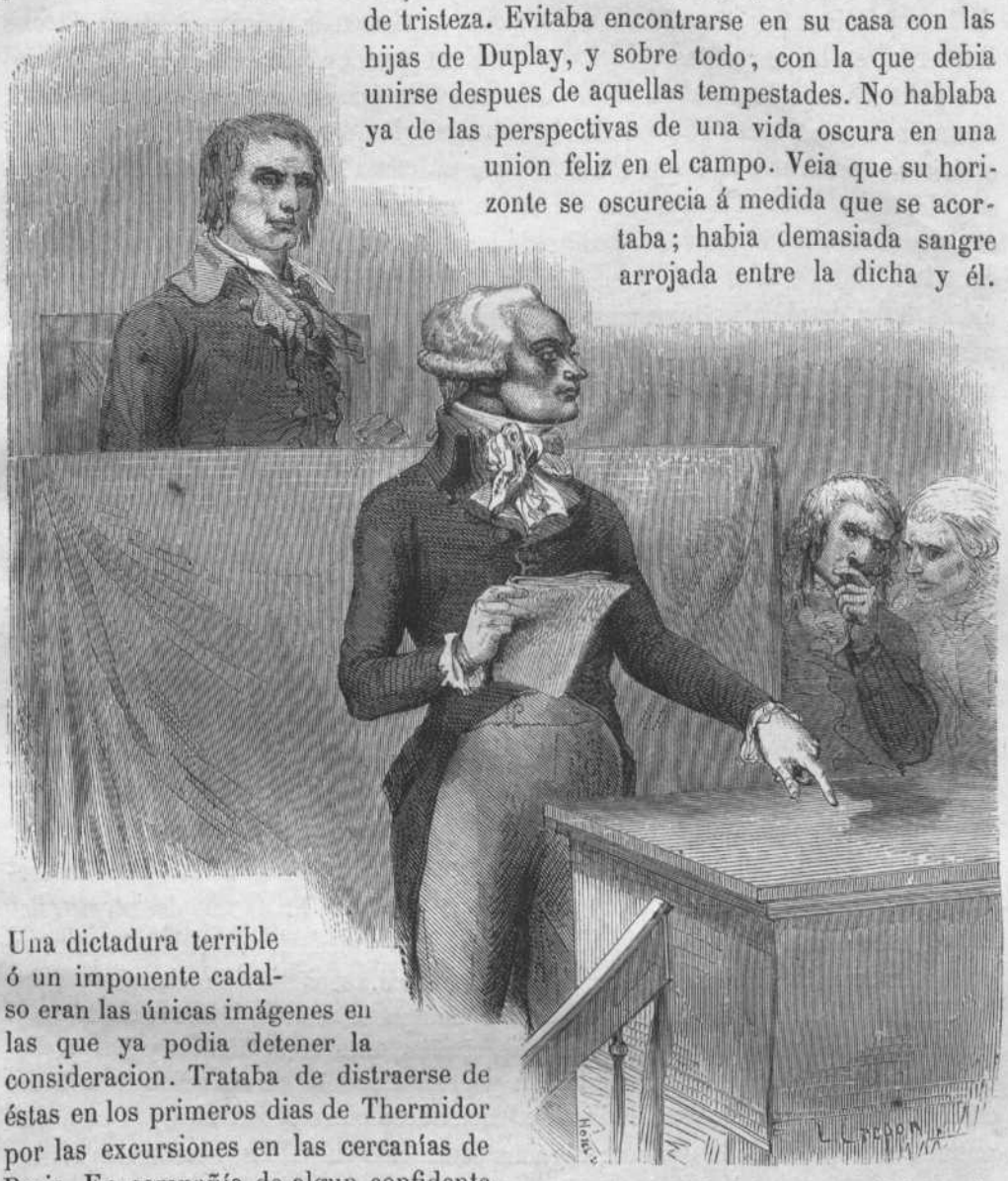
Impaciente Saint-Just por las contemplaciones de Robespierre, salió por quinta vez para el ejército del Sambre y Mosa. «Voy á hacerme matar,—dijo á Couthon.—Los republicanos no tienen otro lugar que el sepulcro.» Couthon exclamaba con frecuencia en los Jacobinos: «La Convencion está sojuzgada por cuatro ó cinco malvados. Por lo que á mí hace, declaro que no me dominarán. Cuando dicen que Robespierre se debilita, pretenden tambien que yo estoy paralizado. Ellos verán que mi corazon tiene todas sus fuerzas».

Los jacobinos, los seccionarios, Payan, Fleuriot, Dobsent, Coffinhal, sobre todo, Henriot y su estado mayor hablaban en público de un ataque á mano armada contra la Convencion. «Si Robespierre no quiere ser nuestro jefe,—decian en alta voz los hombres de la municipalidad,—su nombre será nuestra bandera. Es necesario violentar su desinteres, ó la república perece. ¿Dónde está Danton? ¡Si viviera, salvaria al pueblo! ¿Por qué es preciso que la virtud tenga más escrúpulo que la ambicion? El desinteres que pierde á la libertad es más culpable que la ambicion que la salva. ¡Ojalá—añadian—que Robespierre tuviese la sed de poder de que le acusan! La república tiene necesidad de un ambicioso, y él no es más que un sabio.»

Aquellas proposiciones que resonaban continuamente en los oidos de Robespierre; la fermentacion creciente de que era testigo en los Jacobinos; los informes de sus espías, que seguian á tientas un complot tenebroso de la Convencion; los síntomas de otro 31 de Mayo que abiertamente se manifestaban en la municipalidad; el temor de que la insurreccion, sin moderador y sin límites, estallase por sí misma, arrastrando á la Convencion, que miraba como el único centro de la patria, determinaron al fin á Robespierre, no á obrar, sino á hablar. Queria más dar el combate solo en la tribuna, á riesgo de ser precipitado, que combatir á la cabeza del pueblo amotinado, exponiéndose á mutilar la Representacion nacional. Solamente llamó en su auxilio á Saint-Just, su hermano y Lebas, para que le asistiesen en la crísis ó para que muriesen con él.

Nada anunciaba alrededor de Robespierre un gran designio. A excepcion de cuatro ó cinco hombres del pueblo que llevaban armas ocultas bajo su ropa, que los Jacobinos habian encargado sin su noticia que le siguiesen y velasen por la seguridad de su vida, todo su aspecto era el del más humilde ciudadano. Nunca habia afectado más simplicidad y más modestia en sus costumbres; de dia en dia se aislaba más, pareciendo recogerse en los goces contemplativos de la naturaleza, sea para consultar como Numa el oráculo en la soledad, sea para saborear los últimos dias de vida que su incierto destino le acordaba. No iba ya á los comités, rara vez á la Convencion, y con inexactitud á los Jacobinos. Sólo se abria su puerta á un reducido número de amigos. No escribia, pero leia mucho. Parecia estar, no

agobiado, sino cansado. Se hubiera dicho que se habia situado en aquel estado de reposo filosófico á que los hombres, en vísperas de las grandes catástrofes, se entregan algunas veces para dejar obrar sólo á su destino y ver venir los acontecimientos. Una expresion de desaliento entorpecia sus miradas, ordinariamente muy perspicaces y escrutadoras. El metal de su voz se habia endulzado, tomando un acento de tristeza. Evitaba encontrarse en su casa con las hijas de Duplay, y sobre todo, con la que debia unirse despues de aquellas tempestades. No hablaba ya de las perspectivas de una vida oscura en una union feliz en el campo. Veia que su horizonte se oscurecia á medida que se acortaba; habia demasiada sangre arrojada entre la dicha y él.



Robespierre pronunciando su defensa en la Convencion (8 Thermidor).—Pág. 459.

Una dictadura terrible ó un imponente cadalso eran las únicas imágenes en las que ya podia detener la consideracion. Trataba de distraerse de éstas en los primeros dias de Thermidor por las excursiones en las cercanías de Paris. En compañía de algun confidente ó solo, estaba dias enteros bajo las arboledas de Meudon, de Saint-Cloud ó de Viroflay. Se hubiera dicho que se alejaba de Paris, en donde rodaban las carretas de las víctimas, para poner distancia entre los remordimientos y él. Ordinariamente llevaba un libro filosófico, tal como Rousseau, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre, ó poetas sentimentales, como Gessner ó Young; extraño contraste entre la dulzura de las imágenes, la serenidad de la naturaleza y la aspereza del alma. Tenia los ensueños y las contemplaciones de la teosofía en medio de las escenas de muerte y las proscripciones de Mario.

II

Se dice que el 7 Thermidor, víspera del dia en que Robespierre esperaba la llegada de Saint-Just, y en que habia resuelto jugar su vida contra la restauracion de la república, fué por última vez á pasar el dia en la ermita de Juan Jacobo Rousseau, en las cercanías del bosque de Montmorency. ¿Iba á buscar inspiraciones políticas bajo la sombra de los árboles en la que su maestro habia escrito el *Contrato social,* este código de la democracia? ¿Iba á rendir homenaje al filósofo espiritualista de una vida que iba á dar por su causa? Nadie lo sabe. Pasó, segun se dice, horas enteras apoyada la cabeza en sus manos y recostado en la tapia rústica que cierra aquel pequeño jardin. Su semblante tenia la contraccion del suplicio y la lividez de la muerte, y en él se leia la agonía del remordimiento, de la ambicion ó del desaliento. Robespierre tuvo tiempo para reunir en una sola mirada su pasado, su presente, la suerte de la república, el porvenir del pueblo y el suyo. Si murió de angustia, de arrepentimiento y de ansiedad, fué en aquella muda meditacion.

Una intencion recta al principio; una adhesion voluntaria al pueblo, que representaba á sus ojos la porcion oprimida de la humanidad; un atractivo apasionado por una revolucion que daba la libertad á los oprimidos, la igualdad á los humillados, la fraternidad á la familia humana, la razon á los cultos; algunos asiduos trabajos consagrados para hacerse digno de ser uno de los primeros obreros de aquella regeneracion; las humillaciones crueles sufridas con paciencia en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la oscuridad en que le confinaban los nombres, los talentos y la superioridad de Mirabeau, de Barnave y de Lafayette; su popularidad conquistada palmo á palmo, y siempre destrozada por la calumnia; su retirada voluntaria en las filas más oscuras del pueblo; su vida presa de todas las privaciones; su indigencia, que no le dejaba partir con su familia, más indigente que él, sino el pedazo de pan que la nacion daba á sus representantes; su misma virtud levantada en acusacion contra él; su desinteres, llamado hipocresía por los que eran incapaces de comprenderlo; el triunfo, en fin: un trono destronado, libertado el pueblo, su nombre asociado á la victoria y á las bendiciones de la multitud; pero al mismo tiempo la anarquía destrozando en el momento el reinado del pueblo; indignos rivales, tales como Hebert y Marat, disputándole la direccion de la revolucion y precipitándola en su ruina; una lucha criminal de venganzas y crueldades estableciéndose entre sus rivales y él para disputarse el imperio de la opinion; algunos sacrificios culpables, hechos con repugnancia, pero hechos durante tres años por aquella popularidad que habia querido ser alimentada con sangre; la cabeza del rey pedida y obtenida, la de la reina, la de millares de vencidos sacrificados despues del combate; los girondinos sacrificados á pesar de que estimaba á sus principales oradores; el mismo Danton, su más orgulloso émulo, Camilo Desmoulins, su jóven discípulo, arrojados al pueblo por una sospecha para que no hubiese más nombre que el suyo en boca de los patriotas; y en fin, el poder obtenido en la opinion, pero á condicion de reconquistarle sin cesar por nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo tener en su supremo legislador más que un acusador; las aspiraciones á la clemencia rechazadas por la

necesidad de inmolar todavía; una cabeza pedida ó entregada por la precision de cada dia; la victoria tal vez para el dia siguiente, pero sin determinar nada en el espíritu para consolidar y utilizar aquella misma victoria; las ideas confusas y contradictorias; el horror de la tiranía y la necesidad de la dictadura; los planes imaginarios llenos del espíritu de la revolucion, pero sin organizacion para contenerlos, sin fuerza para hacerlos durar; palabras por instituciones; la virtud en sus labios, y la sentencia en la mano; un pueblo febril, una Convencion servil, unos comités corrompidos; la república descansando en una sola cabeza; una vida odiosa, una muerte infructuosa, un nombre nefasto; el clamor de la sangre que no se apaga y que se elevaria en la posteridad contra él: todos estos pensamientos asaltaron sin duda á Robespierre durante aquel exámen de su ambicion. No le quedaba ya más que un recurso: éste era ofrecerse como ejemplo á la república, denunciar al mundo los hombres que corrompian la libertad, morir combatiéndolos, y legar al pueblo, si no un gobierno, al ménos una doctrina y un mártir. Evidentemente tuvo este último sueño; pero sólo era un sueño. ¡La intencion era elevada, el valor grande, pero la víctima no era bastante pura para el sacrificio! Esta es la eterna desgracia de los hombres que han manchado su nombre en la sangre de sus semejantes, de no poder lavársela nunca sino con su propia sangre.

III

Habiendo regresado del ejército Saint-Just, fué diferentes veces por la noche á conferenciar con Robespierre. Cansado de esperarle, fué aún cubierto con el polvo del camino al comité de salud pública. Un silencio taciturno y una curiosidad inquieta le acogieron. Entró convencido de que los ánimos eran irreconciliables y de que los corazones abrigaban la muerte. Al siguiente dia, Saint-Just confirmó á Robespierre en la idea de dar el primer golpe. Por su parte los comités esperaban un ataque próximo; sus miembros se preparaban. Conociendo la importancia de la eleccion de presidente en una asamblea, en que el que preside puede á su gusto sostener ó desarmar al orador, hicieron subir á la presidencia de la Convencion á Collot-d'Herbois.

Robespierre volvió á leer y enmendó verosímilmente muchas veces su discurso. Al salir por la mañana, se despidió de sus huéspedes con la cara más conmovida que los otros dias. Sus amigos Duplay y las hijas de éste se agruparon á su alrededor vertiendo lágrimas. «Vais á correr grandes peligros hoy,—le dijo Duplay;—dejad que vuestros amigos os acompañen y llevad armas ocultas.» «No,—respondió Robespierre;—estoy rodeado de mi nombre y armado con los votos del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convencion es pura: nada tengo que temer en medio de la Representacion, á la que nada quiero imponer, sino inspirar solamente su salvacion.»

Se habia vestido con el mismo traje que habia llevado en la proclamacion del Sér Supremo. Afectaba en su persona la decencia que deseaba establecer en las costumbres, queriendo sin duda que el pueblo le reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David fueron á la sesion ántes que él. La Convencion estaba concurridísima y las tribunas ocupadas por los jacobinos. Al entrar, Robespierre pidió la palabra. Su presencia en la tribuna, en un

momento en que llevaba el secreto y la suerte de la situacion en sus ideas, era un acontecimiento. Sorprendidos los conjurados por su aparicion, se apresuraron á bajar de sus sitios para ir á advertir á los miembros de los comités y á sus amigos que estaban en los jardines y en las salas para que ocupasen precipitadamente sus bancos. Un profundo silencio precedió á las palabras. Las masas tienen inmensos presentimientos.

En aquel momento, Robespierre parecia envolver con cuidado su fisonomía en una nube y contener la explosion de su pensamiento, mudo hacía mucho tiempo. Revolvia lentamente su manuscrito en su mano derecha, como si fuese un arma con la que iba á destruir á sus enemigos. Tambien mostraba á sus colegas que su cólera era meditada, y que sus palabras eran un designio. Hé aquí su discurso con alguna extension. Se sentiria no conocer palabras que encierran toda una situacion, y que atrajeron por su efecto tan inminente cambio.

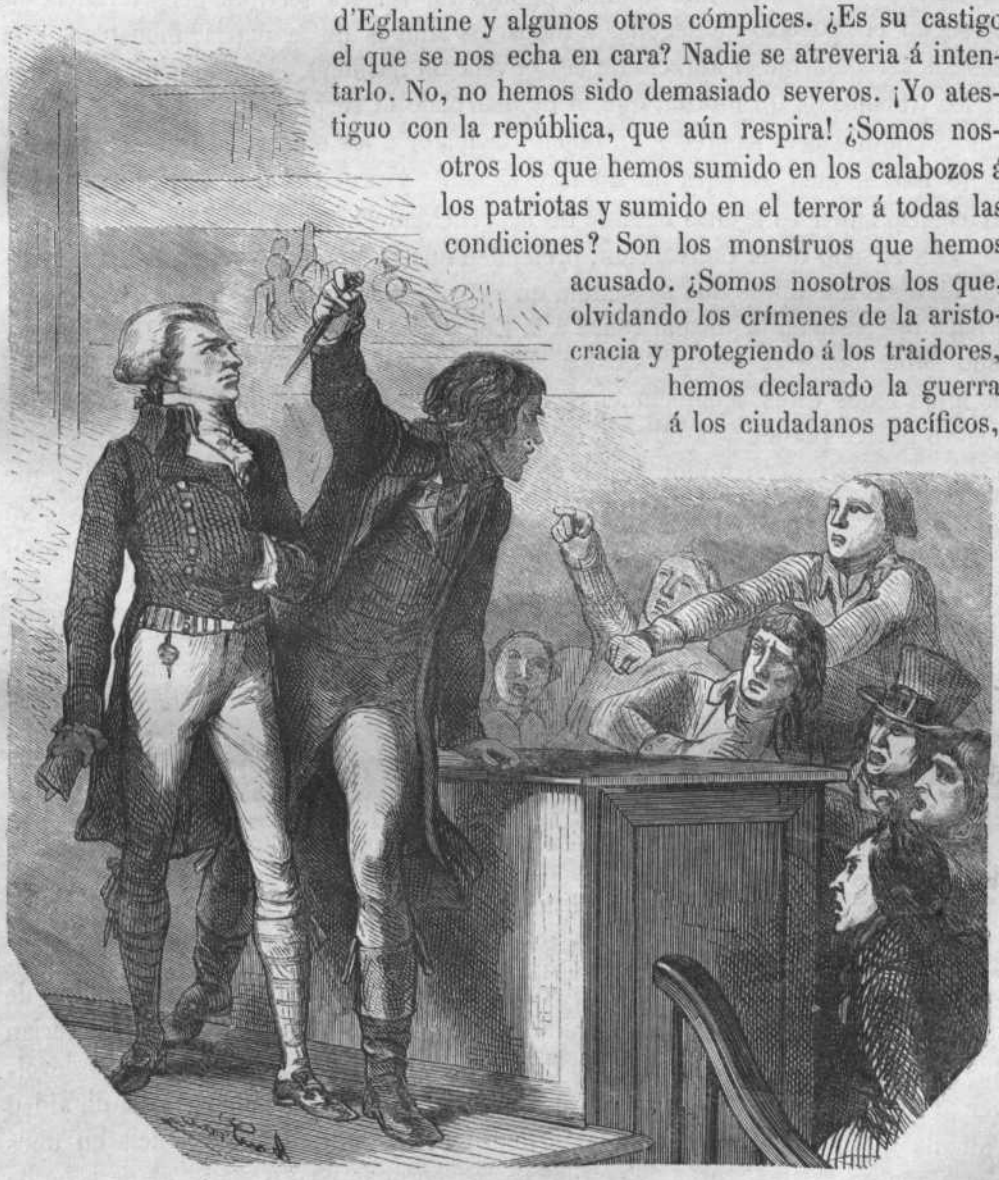
«Ciudadanos,—dijo,—otros os trazarán cuadros lisonjeros; vengo sólo á deciros algunas verdades útiles. No vengo á realizar terrores ridículos esparcidos por la perfidia, pero quiero ahogar, si es posible, la tea de la discordia por sólo la fuerza de la verdad. Voy á defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada. Tambien me defenderé yo á mí mismo: de esto no os sorprendereis; vosotros no os pareceis á los tiranos que combatis. Los clamores de la inocencia ultrajada no importunan vuestro oido, y no ignorais que esta causa no es enteramente extraña para vosotros.

»Las revoluciones que hasta aquí han cambiado la faz de los imperios, no han tenido por objeto sino el cambio de dinastía ó el paso del poder de uno al de muchos. La revolucion francesa es la primera que se ha fundado sobre la teoría de los derechos de la humanidad y sobre los principios de la justicia. Las otras revoluciones no exigian más que ambicion; la nuestra impone virtudes. La república se ha deslizado, por decirlo así, por medio de todas las facciones; pero ha encontrado su poder organizado alrededor de ella, y tambien no ha cesado de ser perseguida desde su nacimiento en la persona de todos los hombres de buena fe que combaten por ella.

»Los amigos de la libertad buscan destruir el poder de los tiranos por la fuerza de la verdad; los tiranos buscan destruir á los defensores de la libertad por la calumnia; dan el nombre de tiranía al ascendiente mismo de los principios de la verdad. Cuando este sistema ha podido prevalecer, la libertad se ha perdido; porque está en la naturaleza de las cosas que exista una influencia en todo en donde hay hombres reunidos, sea de la tiranía ó de la razon. Cuando ésta se proscribe como un crímen, la tiranía reina; cuando los buenos ciudadanos son condenados al silencio, es necesario que reinen los malvados.

»Aquí tengo necesidad de explayar mi corazon, y vosotros necesidad tambien de oir la verdad. ¿Cuál es, pues, el fundamento de ese odioso sistema de terror y de calumnia contra mí? ¡Nosotros temibles á los patriotas! ¡Nosotros, que los hemos arrancado de las manos de todas las facciones conjuradas contra ellos! ¡Nosotros, que los disputamos todos los dias, por decirlo así, á los hipócritas intrigantes que se atreven á oprimirlos aún! ¡Nosotros temibles á la Convencion nacional! ¿Y qué somos sin ella? ¿Y quién ha defendido á la Convencion nacional, con peligro de su vida? ¿Quién se ha sacrificado por su conservacion cuando exe-

crables facciones conspiraban por su ruina á la faz de Francia? ¿Quién se ha sacrificado por su gloria cuando los viles sostenedores de la tiranía predicaban en su nombre el ateismo, cuando tantos otros guardaban un criminal silencio sobre las maldades de sus cómplices, y parecian esperar la señal de la carnicería para bañarse en la sangre de los representantes del pueblo? ¿A quiénes estaban destinados los primeros golpes de los conjurados? ¿Cuáles eran las víctimas designadas por Chaumette y por Ronsin? ¿A qué sitio debia marchar la banda de asesinos al abrir las cárceles? ¿Cuáles eran los objetos de las calumnias y de los atentados de los tiranos armados contra la república? ¿No hay más que un puñal para nosotros en los cargamentos que Inglaterra envia á Francia y á Paris? ¡Nosotros somos á quienes se asesina, y somos nosotros á quienes se pinta como temibles! ¿Y cuáles son, pues, los grandes actos de severidad que se nos echan en cara? ¿Cuáles han sido las víctimas? Hebert, Ronsin, Chabot, Danton, Lacroix, Fabre d'Eglantine y algunos otros cómplices. ¿Es su castigo el que se nos echa en cara? Nadie se atreveria á intentarlo. No, no hemos sido demasiado severos. ¡Yo atestiguo con la república, que aún respira! ¿Somos nosotros los que hemos sumido en los calabozos á los patriotas y sumido en el terror á todas las condiciones? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que, olvidando los crímenes de la aristocracia y protegiendo á los traidores, hemos declarado la guerra á los ciudadanos pacíficos,



Tallien en la tribuna (9 Thermidor.)—Pág. 475.

erigiendo en crímen las preocupaciones incurables ó las cosas indiferentes, para mostrar en todas partes culpables, y hacer temible la revolucion al pueblo mismo? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que, buscando opiniones antiguas, hemos descargado la cuchilla sobre la Asamblea nacional? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Se habrá olvidado ya que somos nosotros los que nos hemos interpuesto entre ellos y sus verdugos?

»Tal es, sin embargo, la base de esos proyectos de dictadura y de atentados contra la Representacion nacional. ¿Por qué fatalidad esta gran acusacion ha sido llevada de golpe sobre uno de sus miembros? ¡Extraño proyecto de un hombre, empeñar á la Convencion nacional en degollarse á sí misma en detalle por sus propias manos para abrirse el camino del poder absoluto! A otros queda percibir el lado ridículo de estas inculpaciones; á mí queda el ver su atrocidad. Vosotros dareis al ménos cuenta á la opinion pública de vuestra terrible perseverancia en perseguir el proyecto de degollar á todos los amigos de la patria, monstruos que buscais arrebatarme el aprecio de la Convencion nacional, el premio más glorioso de los trabajos de un mortal, que ni he usurpado ni sorprendido, que he sido forzado á conquistar. ¡Aparecer un objeto de terror á los ojos de lo que se venera y de lo que se ama, es para un hombre sensible y probo el más terrible suplicio! ¡Hacérselo sufrir es la más terrible de las crueldades!

»En el seno de la Convencion, pretenden que la Montaña está amenazada porque algunos miembros que se sientan en esa parte de la sala se creen en peligro, y para interesar en la misma causa á la Convencion nacional entera, han despertado súbitamente el negocio de los sesenta y dos diputados detenidos, y se me imputan todos estos acontecimientos que me son enteramente extraños. Se dice que yo quiero perder á la otra parte de la Convencion nacional. Se me pinta aquí como el primer perseguidor de los sesenta y dos diputados detenidos, allí se me acusa por defenderlos. ¡Ah! Cuando, á riesgo de herir la opinion pública, yo solo arranqué á una decision precipitada aquellos cuyas opiniones me hubieran conducido al cadalso si hubiesen triunfado; cuando en otras ocasiones yo me oponia á todo el furor de una faccion hipócrita para reclamar los principios de la estricta equidad con respecto á los que me habian juzgado con más precipitacion, estaba léjos sin duda de pensar que tuviese que dar cuenta de semejante conducta; pero aún estaba más léjos de pensar que me acusasen de ser el verdugo de aquellos por quienes yo he llenado los deberes de la probidad, y el enemigo de la Representacion nacional que he servido con adhesion.

»Sin embargo, la palabra *dictadura* tiene efectos mágicos. Marchita la libertad, envilece el gobierno, destruye la república, degrada todas las instituciones revolucionarias, que se presentan como obra de un solo hombre, y dirige sobre un solo punto todos los odios y todos los puñales del fanatismo y de la aristocracia. ¡Qué terrible uso no han hecho los enemigos de la república del solo nombre de una magistratura romana! Si su erudicion nos ha sido tan fatal, ¿qué nos serian sus tesoros y sus intrigas? No hablo de sus ejércitos, pero séame permitido devolver al duque de York y á todos los escritores reales las patentes de esta dignidad ridícula que me han expedido los primeros. Hay demasiada insolencia en unos reyes que no están seguros de conservar sus coronas en arrogarse el derecho de distribuirlas á otros.

»Me llaman tirano... Si yo lo fuese, se arrastrarian á mis piés, yo les colmaria de oro y les aseguraria el derecho de cometer todos los crímenes, y se mostrarian reconocidos. Si yo lo fuese, los reyes que hemos vencido, léjos de denunciarme el tierno interes que toman por nuestra libertad, me prestarian su culpable apoyo, yo transigiria con ellos. Se llega á la tiranía por el socorro de los malvados. ¿Adónde van los que la combaten? Al sepulcro y á la inmortalidad. ¿Cuál es el tirano que me protege? ¿Cuál es la faccion á que pertenezco? A vosotros mismos. ¿Cuál es la faccion que desde el principio de la revolucion ha derribado y hecho desaparecer á tantos traidores acreditados? Vosotros, el pueblo, los principios. Hé ahí la faccion á la que yo pertenezco, y contra la cual se han conjurado todos los crímenes. La verdad, sin duda, tiene su poder, su ira y su despotismo; tiene acentos patéticos, terribles, que resuenan con fuerza, tanto en los corazones puros como en las conciencias culpables, y que no es dado á la mentira imitar, como á Salmoneo imitar los rayos del cielo.

»¿Qué soy yo, al que acusan? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la república, la víctima y el enemigo del crímen. Todos los pícaros me ultrajan; las acciones más indiferentes, las más legítimas para otros, son crímenes para mí. Un hombre es calumniado desde que me conoce. A otros se les perdona sus maldades, y á mí se me hace un crímen por mi celo. Quitadme la conciencia, y soy el más desgraciado de los hombres. Cuando las víctimas de su perversidad se quejan, se excusan ellos diciendo: «Robespierre es quien lo quiere, y nosotros no podemos remediarlo». Los infames discípulos de Hebert tenian ántes el mismo lenguaje en el tiempo que yo los denuncié; se llamaban mis amigos, y en seguida me declararon convertido al moderantismo; todavía son la misma especie de contrarevolucionarios que persiguen al patriotismo. ¿Hasta cuándo el honor de los ciudadanos y la dignidad de la Convencion nacional han de estar á la merced de estos hombres? Pero la accion que acabo de citar no es más que una parte del sistema de persecucion de que soy objeto. Desenvolviendo la acusacion de dictadura puesta al órden del dia por los tiranos, se han unido para achacarme todas sus iniquidades, todas las injusticias de la fortuna, y todos los rigores mandados para la salvacion de la patria. Han dicho á los nobles: «Solo él es quien os ha proscrito». Al mismo tiempo dicen á los patriotas: «Quiere salvar á los nobles». Dicen á los sacerdotes: «Solo él es quien os persigue; sin él estaríais pacíficos y triunfantes». Dicen á los fanáticos: «El es quien destruye la religion». Dicen á los patriotas perseguidos: «El es quien lo ha ordenado, ó no quiere impedirlo». Me envian todas las quejas en que yo no puedo evitar las causas, diciendo: «Vuestra suerte depende de él solo». Algunos hombres apostados en los sitios públicos propagan todos los dias este sistema. Los hay en las sesiones del tribunal revolucionario, en los parajes en que los enemigos de la patria expian sus maldades, y dicen: «Ved esos desgraciados sentenciados. ¿Y por qué causa? Por Robespierre». Se han unido particularmente para probar que el tribunal revolucionario era un *tribunal de sangre* creado por mí solo, y que yo dominaba absolutamente para dominar á todas las gentes honradas y á todos los pícaros, porque quieren suscitarme enemigos de todas especies. Este clamor resuena en todas las cárceles. Han dicho á cada diputado que vuelve de una comision en los departamentos que yo solo habia provocado su llamada. Han informado fielmente á mis colegas de todo lo que he dicho,

y sobre todo, de lo que no he dicho. Cuando han formado esa tempestad de odios, de venganzas, de terror y de amor propio irritado, han creido que ya era tiempo de estallar. Pero ¿quiénes son estos calumniadores? Yo puedo responder que los autores de este plan de calumnia son desde luégo el duque de York, Mr. Pitt y todos los tiranos armados contra nosotros. ¿Y despues?... ¡Ah! Yo no me atrevo á nombrarlos en este instante y en este sitio, no puedo resolverme á descorrer el velo que cubre este profundo misterio de iniquidades; pero lo que puedo afirmar positivamente, es que entre los autores de esta trama están los agentes de ese sistema de corrupcion y de extravagancia, el más poderoso de todos los medios inventados por el extranjero para perder la república, están los apóstoles impuros del ateismo y de la inmoralidad, cuya base es. La tiranía no habia pedido á los hombres sino sus bienes y sus vidas; éstos nos piden hasta nuestras conciencias: con una mano nos presentan todos los males, y con la otra nos arrancan la esperanza. El ateismo, seguido de todos los crímenes, vierte sobre el pueblo el luto y la desesperacion, y sobre la Representacion la sospecha, el desprecio y el oprobio. Una indignacion justa, comprimida por el terror, se agitaba sordamente en los corazones; una erupcion terrible, inevitable, fermentaba en las entrañas del volcan, miéntras que los filosofillos jugaban estúpidamente sobre su cráter con grandes malvados. Tal era la situacion de la república, que, sea que el pueblo consintiese en sufrir la tiranía, sea que sacudiese violentamente el yugo, la libertad era igualmente perdida, porque por su reaccion hubiese herido de muerte á la república, y por su paciencia se hubiera hecho indigna. Así, de todos los prodigios de nuestra revolucion, el que la posteridad concebirá ménos será que hayamos podido librarnos de este peligro. ¡Eternas gracias os sean dadas, habeis salvado á la patria! Vuestro decreto de 18 Floreal es por sí solo una revolucion: habeis herido con el mismo golpe al ateismo y el despotismo sacerdotal; habeis avanzado medio siglo la hora fatal de los tiranos; habeis unido la causa de la revolucion á todos los corazones puros y generosos, la habeis mostrado al mundo en todo el brillo de su celeste hermosura. ¡Oh dia para siempre afortunado en que el pueblo frances entero se levantó para rendir al Autor de la naturaleza el único homenaje digno de él! ¡Qué patética reunion de todos los objetos que pueden encantar las miradas y el corazon de los hombres! Sér de los séres, el dia en que el universo salió de tus poderosas manos, ¿brilló con una luz más agradable á tus ojos que el dia en que, rompiendo el yugo del crímen y del error, compareció ante tí digno de tus miradas y de tus destinos? Este dia habia dejado en Francia una impresion profunda de calma, de felicidad, de sabiduría y de bondad. Pero cuando el pueblo, en presencia del cual todos los vicios particulares desaparecen, vuelve á sus hogares domésticos, los intrigantes reaparecen y vuelven á su papel de charlatanes. Desde aquella época se los ha visto agitarse con nueva audacia, y buscar el castigo de los que habian desconcertado el más peligroso de todos los complots. ¿Se creerá que en el seno de la alegría pública algunos hombres hayan respondido por acciones de furor á las tiernas aclamaciones del pueblo? ¿Se creerá que al presidente de la Convencion nacional, hablando al pueblo reunido, se le insultase por ellos, y que estos hombres fuesen representantes del pueblo? ¿Qué se diria si los autores del complot de que acabo de hablar fuesen del número de los que han conducido á Danton, Fabre y Desmoulins al cadalso? ¡Cobardes! ¡Querian hacerme

bajar al sepulcro con ignominia, y que no dejase en la tierra sino la memoria de un tirano! ¡Con qué perfidia han abusado de mi buena fe! ¡Cómo fingian adoptar los principios de los buenos ciudadanos! ¡Cómo su fingida amistad parecia sincera y cariñosa! De pronto sus facciones se han vuelto sombrías, y una feroz alegría brilló en sus ojos; éste era el momento en que creian aseguradas sus medidas para confundirme. En el dia de hoy me acarician de nuevo, su lenguaje es más afec-

Robespierre acusado.—Pág. 479.

tuoso que nunca. Hace tres dias estaban dispuestos á denunciarme como un Catilina; en el dia me suponen las virtudes de Caton. Aún les falta tiempo para combinar sus criminales tramas. ¡Cuán atroz es su objeto! Pero ¡qué despreciables los medios que emplean! Juzgadlo por un solo rasgo. He sido momentáneamente encargado, en ausencia de mis colegas, de vigilar una secretaría de policía general reciente y débilmente organizada en el comité de salud pública. Mi corta gestion á se ha limitado á provocar unas treinta disposiciones, sea para poner en libertad patriotas perseguidos, sea para asegurar á algunos enemigos de la revolucion. Pues bien, ¿se creerá que la sola palabra de *policía general* ha bastado para arrojar sobre mi cabeza la responsabilidad de las operaciones del comité de seguridad

general, de las equivocaciones de algunas autoridades constituidas, y de los crímenes de todos mis enemigos? Puede que no haya sido preso un individuo, vejado un ciudadano, sin que se dijese de mí: «Hé ahí el autor de tus males; tú vivirias dichoso y libre si él no existiese». ¿Cómo podria yo relatar ó adivinar todas las imposturas que han sido clandestinamente insinuadas, sea en la Convencion nacional, sea en otra parte, para hacerme odioso y temible? Me limitaré á decir que hace más de seis semanas, la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y detener el mal, me han obligado á abandonar absolutamente mis funciones de miembro del comité de salud pública, y juro que para esto no he consultado más que mi razon y la patria.

»Como quiera que sea, ved que hace seis semanas que mi dictadura ha espirado, y que no he tenido ninguna influencia en el gobierno. ¿El patriotismo ha sido más protegido? ¿Las facciones más intimidadas? ¿La patria más dichosa? Yo lo deseo. Pero mi influencia se ha limitado en todo tiempo á defender la causa de la patria ante la Representacion nacional y ante el tribunal de la razon pública; me ha sido permitido combatir las facciones que os amenazaban; he querido desarraigar el sistema de corrupcion y de desórden que ántes habian establecido, y que miro como el único obstáculo para el afianzamiento de la república. He pensado que esto no podia conseguirse sino sobre las eternas bases de la moral. Todo se ha ligado contra mí y contra los que participan de los mismos principios. ¡Oh! Yo les abandono mi vida sin sentimiento. Tengo la experiencia de lo pasado y veo el porvenir. ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir al momento en que no le es permitido servirla y defender la inocencia oprimida? ¿Por qué se ha de permanecer en un órden de cosas en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia es una mentira, en que las más viles pasiones ó los temores más ridículos ocupan en los corazones la plaza de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver la horrible sucesion de traidores más ó ménos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo el velo de la virtud y áun de la amistad, pero que todos legarán á la posteridad el trabajo de decidir cuál de los enemigos de mi país fué el más cobarde y el más atroz? Viendo la multitud de vicios que el torrente de là revolucion ha acarreado entremezclados con las virtudes cívicas, temo alguna vez, lo confieso, mancharme á los ojos de la posteridad por la inmediacion impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad, y me aplaudo al ver al furor de los Verres y los Catilinas de mi país trazar una línea profunda de demarcacion entre ellos y todas las gentes honradas. He visto en la historia á todos los defensores de la libertad agobiados por la calumnia, pero sus opresores tambien han muerto. Los buenos y los malvados desaparecen de la tierra, pero en diferentes condiciones. ¡Franceses, no sufrais que vuestros enemigos se atrevan á abatir vuestras almas y enervar vuestras virtudes con su desoladora doctrina! ¡No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño eterno!... Ciudadanos, borrad de los sepulcros aquella máxima grabada por manos sacrílegas, que arroja un velo fúnebre sobre la naturaleza, que desalienta á la inocencia oprimida y que insulta á la muerte. Grabad en su lugar esta otra: «La muerte es el principio de la inmortalidad».

»He prometido hace algun tiempo dejar un testamento temible á los opresores del pueblo; voy á publicarlo desde ahora con la independencia que conviene á la

situacion en que me he colocado; les lego la terrible verdad y la muerte. ¿Por qué los que os decian no ha mucho: «Os declaramos que marchamos sobre un volcan», creen en el dia que marchan sobre rosas? Ayer creian en las conspiraciones, y yo declaro que las creo en estos momentos. Los que os dicen que la fundacion de la república es una empresa fácil, os engañan, ó por mejor decir, no pueden engañar á nadie. ¿Dónde están las instituciones sábias ó los planes de regeneracion que justifican este ambicioso lenguaje? Pero ¡qué digo! ¿No quieren proscribir á los que los han preparado? Hoy los alaban porque se creen débiles; mañana los proscribirán si se creen fuertes. Dentro de cuatro dias, dicen, se repararán las injusticias. ¿Por qué las han cometido hace cuatro meses? ¿Y cómo los autores de nuestros males se corregirán ó se marcharán en cuatro dias? Se os habla mucho de vuestras victorias con ligereza académica que hace creer que no han costado á nuestros héroes ni sangre ni trabajos. Si las relatasen con ménos pompa, parecerian más grandes. No será con frases retóricas ni áun con hazañas de guerreros con lo que subyugarémos á Europa, sino por la sabiduría de nuestras leyes, por la majestad de nuestras deliberaciones y por la grandeza de nuestro carácter. ¿Qué se ha hecho para convertir nuestros triunfos militares en beneficio de nuestros principios, para evitar los peligros de la victoria ó para asegurar sus frutos?

»Ved una parte del plan de conspiracion. ¿Y á quién es preciso imputar estos males? A nosotros mismos, á nuestra cobarde debilidad con el crímen, á nuestro culpable abandono de los principios proclamados por nosotros mismos. No nos engañemos; fundar una inmensa república sobre las bases de la razon y de la igualdad, estrechar por un vigoroso lazo todas las partes de este inmenso imperio, no es una empresa que se puede acometer ligeramente: es la obra maestra de la virtud y de la razon. Todas las facciones nacen en tropel del seno de una gran revolucion. ¿Cómo reprimirlas si no someteis sin cesar todas las pasiones á la justicia? No teneis otra garantía de la libertad que la observacion rigurosa de los principios de moral universal que habeis proclamado. ¿Qué nos importa vencer á los reyes, si somos vencidos por los vicios que llevan á la tiranía? Por mí, cuya existencia parece á los enemigos de mi país un obstáculo á sus odiosos proyectos, consiento voluntariamente en sacrificársela si su funesto imperio debe durar aún. ¿Quién podrá desear presenciar por más tiempo esta horrible sucesion de traidores más ó ménos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo la máscara de la virtud hasta que sus crímenes lleguen á sazon, y que legarán á la posteridad el embarazo de decidir cuál de los enemigos de mi patria fué el más cobarde ó el más atroz?

»Pueblo, ten presente que si en la república la justicia no reina con un imperio absoluto, y que si esta palabra no significa el amor de la igualdad y de la patria, la libertad no es más que una expresion vacía de sentido. Pueblo, tú á quien temen, que adulan y que desprecian; tú, soberano reconocido, á quien se trata siempre como esclavo, acuérdate de que donde no impera la justicia, imperan las pasiones de los magistrados, y que el pueblo ha cambiado de cadenas y no de destinos. Sabe que todo hombre que se levante para defender la causa de la moral pública será agobiado de insultos y proscrito por los pícaros; sabe que todo amigo de la libertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traicion, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia

de las facciones; que tu confianza y estimacion serán títulos de proscripcion para todos tus amigos; que á los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sedicion, y que, no atreviéndose á atacarte en masa, te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así pues, los malvados nos imponen la ley de hacer traicion al pueblo, á riesgo de ser llamados dictadores. ¿Suscribirémos á esta ley? ¡No! Defendamos al pueblo, á riesgo de captarnos su estimacion; que corran al cadalso por la senda del crímen, y nosotros por la de la virtud.»

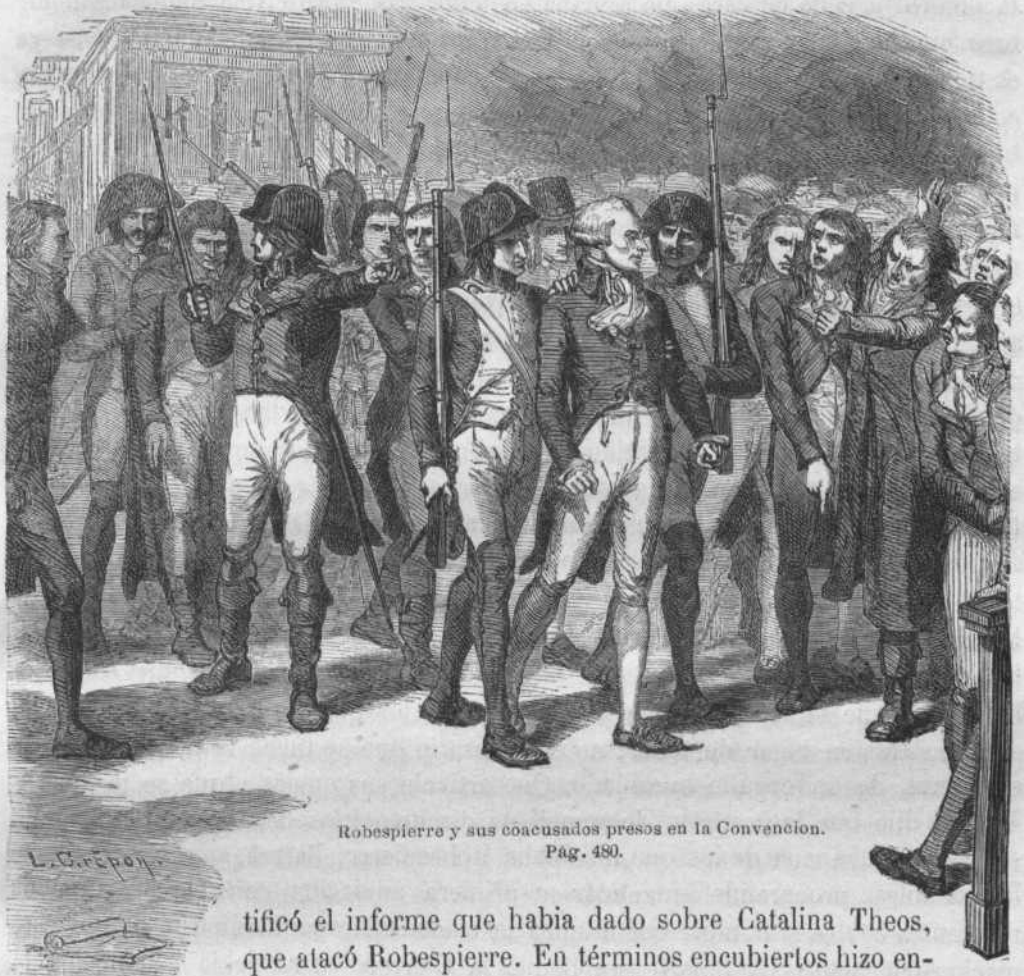
IV

Este extenso discurso, del que sólo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretexto de la situacion, fué escuchado con un respeto aparente que servia para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atrevió á expresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiarlo era perderse. Cada uno temblaba en presencia de los demas. La hipocresía general de admiracion tenia la apariencia de una aprobacion unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban por sonreir. Una prolongada vacilacion parecia que dominaba á la Convencion, no sabiendo si aplaudir ó indignarse. Una sublevacion era empeñar el combate; un aplauso, su servidumbre. El silencio cubria su irresolucion; una voz lo rompió. Esta voz fué la de Lecointre, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalia á que lo aprobase la Convencion.

Aquella proposicion se iba á votar, cuando Bourdon de l'Oise, que habia visto su nombre en todas las reticencias de Robespierre, y que conocia que una nueva audacia no le proscribiria más, resolvió interrogar el valor ó la cobardía de sus colegas. Experimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convencion le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevacion. Arrojar esta palabra en la Asamblea, si daba el golpe en vago, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó. «Me opongo—exclamó—á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado; puede encerrar errores, como verdades. Está en la prudencia de la Convencion remitirle al exámen de los comités de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna explosion resonó contra una objecion que el dia anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caida. Barere le miró, y creyó que ninguna adulacion era más compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresion del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente. Couthon, animado por la defeccion de Barere, pidió no solamente la impresion, sino la remision á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresion triunfal fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguian hacer retractar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra á Vadier. Este insiste. «Hablaré»;—dijo con la calma que conviene á la virtud; y jus-



Robespierre y sus coacusados presos en la Convencion.
Pág. 480.

tificó el informe que habia dado sobre Catalina Theos, que atacó Robespierre. En términos encubiertos hizo entender que poseia la clave de los misterios en que sus mismos acusadores serian envueltos, y defendió al comité de seguridad general. «Yo tambien entro en la liza,—exclamó entónces el austero é íntegro Cambon,—aunque no he buscado formar un partido á mi inmediacion. No vengo armado con escritos preparados con anticipacion. Todos los partidos me han hallado intrépido en su camino, oponiendo á su ambicion la barrera de mi patriotismo. Ya es tiempo de decir la verdad entera. Un hombre solo paraliza la Convencion nacional, y este hombre es Robespierre.» A estas palabras, que estallan como el pensamiento comprimido de un hombre honrado, Robespierre se levanta y se excusa de haber atacado la integridad de Cambon.

Billaud-Varennes pidió que los comités acusados manifestasen su conducta. «No es el comité al que yo ataco,—respondió Robespierre.—Por lo demas, para evitar los altercados, pido que se me deje explicar con más extension.» «Nosotros lo pedimos tambien»,—exclaman levantándose doscientos miembros de la Montaña. Billaud-Varennes continuó: «Sí, Robespierre tiene razon: es necesario arrancar la máscara de los rostros en que se encuentra; y si es verdad que no somos libres, quiero más que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, que hacerme por mi silencio cómplice de sus maldades».

Panis, por mucho tiempo amigo y despues proscrito por Robespierre de los

Jacobinos, le echó en cara que reinaba en todo, y que proscribia sólo á los hombres que le eran sospechosos. «Tengo el corazon llagado,—exclamó Panis;—ya es tiempo que se desahogue. Se me pinta como un malvado ávido de sangre y colmado de rapiñas, y no he adquirido en la revolucion para dar un sable á mi hijo con que marchar á las fronteras, y vestidos á mis hijas. Robespierre ha formado una lista en donde ha puesto mi nombre y destinado mi cabeza para la primera ejecucion en masa.»

Un clamor de indignacion siguió á estas palabras contra el tirano. Robespierre lo resistió con aspecto imperturbable. «Arrojando mi escudo,—dijo,—me he presentado al descubierto á mis enemigos. No me retracto de nada, no adulo á nadie, no temo á ninguno, y no quiero ni el apoyo ni la indulgencia de nadie. No trato de formarme un partido; he hecho mi deber, y esto me basta; que los demas hagan el suyo... ¡Y qué!—continuó.—¿Habré tenido valor de venir á depositar en el seno de la comision verdades que creo necesarias para la salvacion de la patria, para que se remita mi acusacion al exámen de los mismos á quienes acuso?»

«Cuando se pondera el valor de la virtud,—le dijo Charlier,—es necesario tener el de la verdad: nombrad á los que acusais.» «¡Sí, sí! ¡Nombradlos, nombradlos!»—repite levantándose en accion amenazadora un grupo de la Montaña. Robespierre se calló. «Este discurso inculpa á los dos comités,—repuso Amar.—Es preciso que el acusador diga los nombres de los que designa. Un hombre no debe ponerse en lugar de todos; no es necesario que se turbe la Convencion por el interes de un orgullo humillado. Que articule sus quejas y que se juzguen.» Thirion dijo que la remision de semejante discurso á los departamentos sería la sentencia anticipada de los que inculpaba Robespierre. Barere, que veia vacilar á la Asamblea, procurando enmendar su primera adulacion con palabras ménos reverentes contra el hombre que titubea, exclama: «Responderémos á esta declamacion por victorias». Breard probó que la Convencion se debia á sí misma la revocacion del decreto que disponia la impresion y envío á los departamentos de un discurso peligroso á la república. Una inmensa mayoría votó con Breard.

V

Humillado Robespierre, pero no vencido, conoció que la Convencion se le escapaba. Salió y se precipitó en medio de un grupo fiel en la tribuna de los Jacobinos, en donde le acogieron sus amigos como el mártir de la verdad y el herido del pueblo. Transportado á la tribuna en brazos de los jacobinos, Robespierre leyó allí, en medio del estremecimiento y de las lágrimas de entusiasmo, el discurso rechazado por la Convencion. Gritos de furor, acentos de rabia y demostraciones de adoracion interrumpieron y coronaron aquel discurso. Cuando se calmaron aquellas demostraciones, Robespierre, con la voz casi extinguida y tomando la actitud resignada de una víctima de la democracia, dijo: «Hermanos, el discurso que acabais de oir es mi testamento». «¡No, no! ¡Tú vivirás, ó todos moriremos!»—le responden las tribunas tendiendo los brazos hácia el orador. «¡Sí, es mi testamento,—repuso con profética solemnidad—es mi testamento! Lo he visto hoy; la liga de los malvados es de tal modo fuerte, que no puedo esperar salvarme de ella. ¡Sucumbo sin sentimiento! ¡Os dejo mi memoria, que os será querida, y vosotros la defendereis!»

Aquellas supremas palabras, aquella próxima muerte, aquella despedida que contenia á la vez una reprension y una resignacion, enternecieron hasta hacer llorar al pueblo y á los jacobinos. Coffinhal, Duplay, Payan, Buonarotti, Lebas y David se levantaron, interpelaron á Robespierre y le suplicaron que defendiese á la patria defendiéndose á sí mismo. Henriot exclamó, con la accion de un foragido, que tenia bastantes artilleros para hacer votar á la Convencion. Robespierre, conmovido por aquel entusiasmo y arrastrado por la extremidad de las circunstancias más allá de su resolucion, hizo señal de que aún queria hablar. «Pues bien,—exclamó:—¡separad á los malvados de los débiles! ¡Libertad á la Convencion de los pícaros que la oprimen! ¡Devolvedle la libertad que espera de vosotros como en el 31 de Mayo y el 2 de Junio! ¡Marchad si es preciso, y salvad á la patria! Si á pesar de estos generosos esfuerzos sucumbimos, amigos mios, me vereis beber la cicuta con calma...» David, interrumpiéndole con una actitud antigua y con un grito salido del alma, le dijo: «¡Robespierre, si tú bebes la cicuta, yo tambien la beberé!» «¡Todos, todos perecerémos contigo!—exclamaron millares de voces adictas.—¡Perecer contigo es perecer con el pueblo!»

Couthon, que observaba con sangre fria la efervescencia general, quiso aprovechar los momentos para hacer arrojar el guante á los jacobinos y separarlos de la Convencion por los primeros insultos. Pidió que los miembros indignos de la Convencion que percibia en un rincon de la sala fuesen expulsados. A estas palabras, Collot-d'Herbois, Legendre y Bourdon, que asistian á la sesion para espiar las disposiciones y el estado del espíritu público, fueron descubiertos, señalados con el dedo, insultados é intimados á que se retirasen de las filas de los patriotas. Algunos se retiraron. Collot se lanza á la tribuna, pretende defenderse, muestra su título de primer republicano de fecha, y muestra el sitio de las heridas con que Ladmiral atravesó su pecho. Los silbidos cubrieron la voz de Collot-d'Herbois, la ironía parodió sus acciones, y los puñales amenazaron su cabeza. Con trabajo se libertó del furor de los jacobinos. Payan, aproximándose al oido de Robespierre, le propone levantar al pueblo é ir á prender á los dos comités, que en aquel momento estaban reunidos en las Tullerías.

El impulso estaba dado, el espacio era corto, el éxito seguro, y el golpe decisivo. Sin jefe la Convencion, se arrojaria al dia siguiente á los piés de Robespierre, dando gracias á su vengador. Pero el dominador de los Jacobinos volvió, miéntras duró la tempestad suscitada por la expulsion de Collot, á sus escrúpulos de legalidad. Creyó que el corazon del pueblo le dispensaria de emplear su mano, y que nunca la Convencion se atreveria á atentar á una vida rodeada de semejante fanatismo. Rehusó. A esta denegacion, honrada tal vez, pero impolítica, Coffinhal, cogiendo por el brazo á Payan y sacándole fuera de la sala, le dijo: «Ya ves que su virtud no puede consentir en la insurreccion; pues bien, ya que él no quiere que se le salve, preparémonos á defenderle y á vengarle».

A estas palabras, Coffinhal y Payan se fueron al Consejo de la municipalidad, y pasaron la noche con Henriot en concertar para el dia siguiente un levantamiento insurreccional del pueblo. Coffinhal, que era natural de las montañas de Auvernia, tenia la corpulencia, la estatura y el vigor muscular de las razas alpinas de su país. Era un coloso semejante á aquel labrador de la Tracia de que los soldados hicieron un emperador, admirados de la fuerza física de sus músculos. Así

como todos los hombres de este temple, apelaba pronto á las acciones desde que su palabra no causaba efecto. Payan fué el pensamiento, y Coffinhal fué el brazo de aquella noche y del dia siguiente.

VI

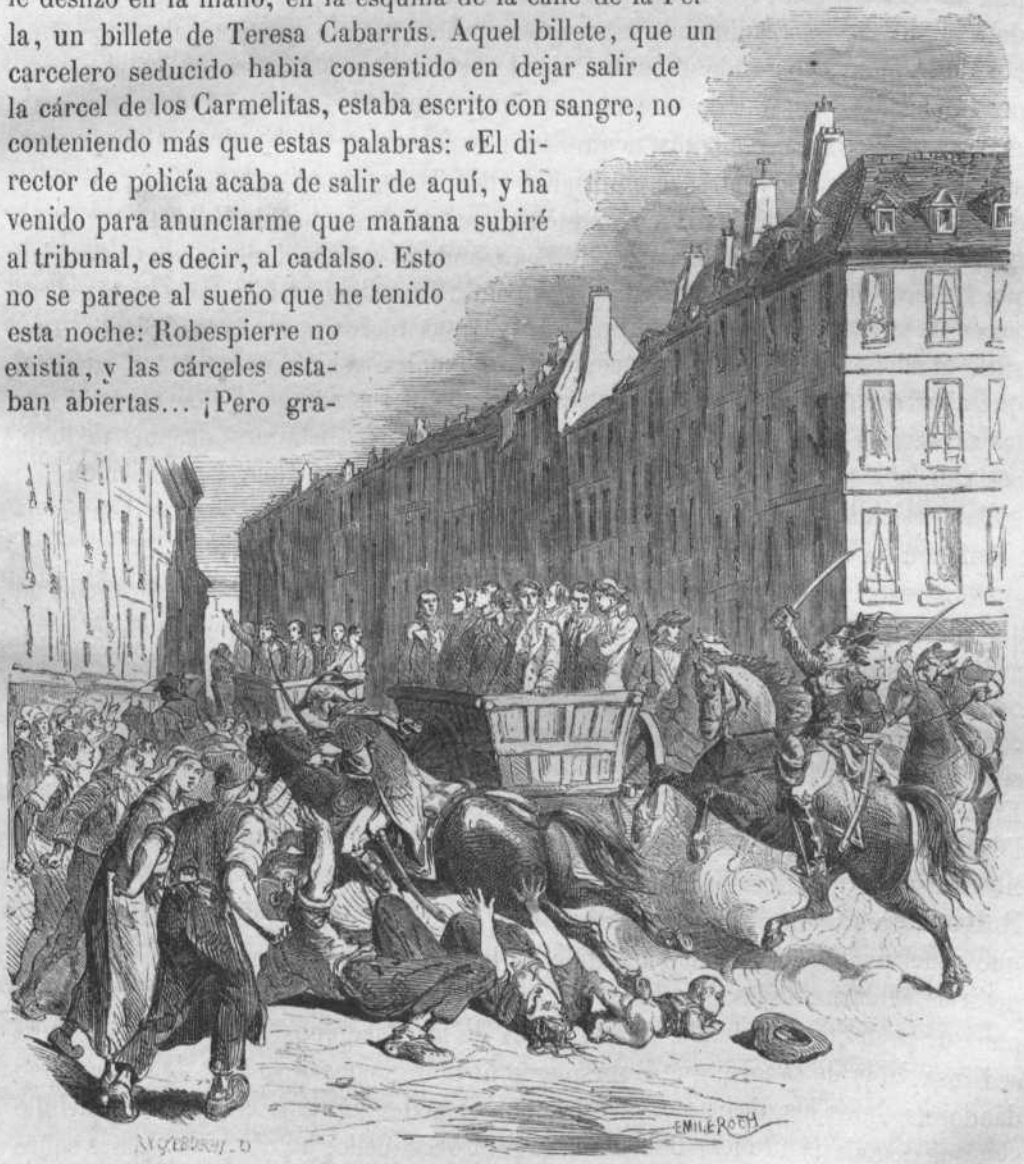
Miéntras que Robespierre levantaba y apagaba así sucesivamente á los Jacobinos, Saint-Just fué al comité de salud pública. No habia comparecido en él más que un momento, como se ha visto, desde su regreso del ejército. El comité estaba reunido para deliberar sobre los acontecimientos del dia. Los colegas de Saint-Just le recibieron con semblante taciturno y con palabras embarazosas. «¿Qué te trae del ejército?»—le preguntó Billaud-Varennes. «El informe que vosotros me habeis encargado hacer á la Convencion»,—respondió Saint-Just. «Bien; léenos ese informe»,—repuso Billaud. «Aún no está terminado,—replicó el jóven representante;—vengo para concertarlo con vosotros.» Su semblante no expresaba ninguna animadversion contra sus colegas. Barere le encargó con palabras insinuantes no dejarse arrastrar por su amistad á las prevenciones de Robespierre contra el comité, y evitar aquel destrozo á la república. Saint-Just escuchaba pensativo á Barere, pareciendo que luchaba dolorosamente entre su adoracion por Robespierre y las amistosas súplicas de sus colegas, cuando Collot-d'Herbois, abriendo violentamente la puerta, con el semblante demudado, roto el vestido y el paso desigual, se precipitó en la sala. Venía de los Jacobinos, conservando aún la impresion que le habian causado los puñales con que vió amenazar su vida. Apercibió á Saint-Just. «¿Qué sucede en los Jacobinos?»—le dijo éste. «¡Y tú lo preguntas!—exclamó Collot-d'Herbois dirigiéndose á Saint-Just.—¡Tú lo preguntas, tú, cómplice de Robespierre, tú, que con él y Couthon habeis formado un triunvirato cuyo primer acto es asesinarnos!...»

Collot-d'Herbois contó precipitadamente á sus colegas la escena de los Jacobinos, la lectura del discurso, la incitacion á la rebelion, la expulsion de los miembros de la Convencion, las imprecaciones, los puñales; y volviéndose á Saint-Just, le asió por el cuello de la casaca, y moviéndole como un lidiador que trata de abatir á sus piés á su enemigo, le dijo: «Tú estás aquí para espiar y denunciar á tus colegas; tienes en tus manos las notas que acabas de tomar contra nosotros. Ocultas bajo tu ropa el vil informe cuyas conclusiones son nuestra muerte. No saldrás de aquí hasta que hayas enseñado esos apuntes y manifestado toda tu infamia». Hablando de esta suerte, Collot-d'Herbois se esforzaba por arrebatar de las manos de Saint-Just y encontrar en sus bolsillos los papeles que creia que contenian las pruebas de su perfidia. Carnot, Barere, Billaud-Varennes y Roberto Lindet se interpusieron entre los dos adversarios, protegiendo á Saint-Just y restituyendo á Collot-d'Herbois á la decencia y al arrepentimiento de su violencia, limitándose á declarar que Saint-Just no saldria del comité sin jurar ántes que su informe nada contendria contra sus colegas, y sin que se lo comunicase ántes de leerlo á la Convencion.

Saint-Just lo juró, y les dijo con franqueza que pediria que Collot-d'Herbois y Billaud-Varennes fuesen llamados á la Convencion para hacer cesar las divisiones que agitaban al comité. Rehusó asistir por más tiempo á la sesion, en donde su

presencia se hacía sospechosa á sus colegas. «Me habeis angustiado el corazon,—les dijo al salir;—voy á desahogarlo á la Convencion.» Despues que salió Saint-Just, los miembros del comité decidieron, sobre la proposicion de Collot-d'Herbois, que Henriot fuese preso á la mañana siguiente por las palabras que dijo en los Jacobinos, y que Fleuriot, agente nacional de Paris, se presentase en la barra de la Convencion; y se separaron al salir el sol, yendo cada uno á buscar á sus amigos para informarles de las resoluciones y de los peligros que amenazaban aquel dia.

Tallien, Freron, Barras, Fouché, Dubois-Crancé, Bourdon y sus amigos, cuyo número crecia, no habian dormido. Testigos el dia anterior de las fluctuaciones de la Convencion, instruidos del tumulto de los Jacobinos, y ciertos de una lucha á muerte para el siguiente, habian empleado en conferencias y en averiguaciones las pocas horas que tenian para salvar sus cabezas. El ardor del odio y de la conjuracion se alimentaba en Tallien por el amor. Aquella misma noche, un desconocido le deslizó en la mano, en la esquina de la calle de la Perla, un billete de Teresa Cabarrús. Aquel billete, que un carcelero seducido habia consentido en dejar salir de la cárcel de los Carmelitas, estaba escrito con sangre, no conteniendo más que estas palabras: «El director de policía acaba de salir de aquí, y ha venido para anunciarme que mañana subiré al tribunal, es decir, al cadalso. Esto no se parece al sueño que he tenido esta noche: Robespierre no existia, y las cárceles estaban abiertas... ¡Pero gra-



Las últimas carretas.—Pág. 481.

cias á vuestra insigne cobardía, no se encontrará en Francia dentro de poco nadie que pueda realizarlo!»

Cuando el heroísmo se extingue todo, se rehace en la llama del amor, en un corazon de mujer. Tallien respondió lacónicamente: «Sed tan prudente como yo valiente, y calmad vuestra cabeza».

Sin embargo, la suerte del combate dependia en lo exterior de la energía de los hombres que tenian que defender con un puñado de bayonetas á la Convencion contra un bosque de picas y algunos cañones, y dentro, de los resultados de la próxima sesion. Para el exterior, convinieron en dar el mando á Barras, que era la espada del partido; para la sesion, resolvieron arrebatársela á Robespierre quitándole la tribuna. Combatir la palabra por la palabra era de un éxito incierto; ahogarla por el silencio era mucho más seguro. Para esto era necesario dos cosas: un presidente que fuese cómplice de sus enemigos, cual lo tenian en Collot-d'Herbois; una mayoría resuelta con anticipacion á sacrificarle, que podian obtener dividiendo á la Montaña y reanimando la venganza rencorosa aún que abrigaban los amigos de Danton; separando al centro, dócil hasta entónces á la voz de Robespierre, pero dócil más por miedo que por cariño, y evocando, en fin, á todas las víctimas y todos los resentimientos, acumulándolos sobre un solo hombre. Algunos emisarios hábiles é influyentes se emplearon toda la noche en arrancar al centro las esperanzas que se obstinaba en mantener por los designios de Robespierre, y en borrar del alma de aquellos restos de la Gironda el reconocimiento que le debian por haber defendido á los sesenta y dos contra las exigencias de los comités. Tres veces fracasaron las negociaciones, y otras tantas fueron reanudadas. Sieyes, Durand-Maillane y algunos convencionales influyentes vacilaron entre los comités, que aborrecian, y un hombre que habia salvado á sus sesenta y dos colegas, que los protegia á ellos mismos con su indulgencia, y cuya dictadura, despues de todo, sería un abrigo más seguro que la anarquía de la Convencion. Un poder que no halla oposicion se modera, pero una lucha encarnizada de ambicion no deja seguridad ni á los actores ni á los espectadores del combate.

Los restos de los girondinos se resignaban fácilmente á la servidumbre, con tal que fuese segura; estaban ya cansados de crísis y mucho más de cadalsos, y no pedian más que la vida. Los más intrépidos, tales como Boissy d'Anglas, esperaban la hora de la reaccion para destronar á la vez la anarquía y los tiranos de los comités. Los otros votaban por el partido que les ofrecia, no la mayor influencia, sino la vida más larga. Cada uno de los dos partidos les aseguraba que era el suyo. El centro temblaba de engañarse, y no se decidió hasta el amanecer. Bourdon de l'Oise hizo ver á los jefes más antiguos girondinos que su salvacion pendia de la libertad y del equilibrio de la Convencion; que entregarse á un dictador tal como Robespierre era entregarse, no á un dueño, sino á un cobarde esclavo del pueblo; que aquel pueblo, que le habia pedido ya las cabezas de tantos de sus colegas, le pediria seguramente las de todos; que aquel hombre no tenia más fuerza para reinar que la de los Jacobinos; que la fuerza de los Jacobinos no era más que una sed insaciable de sangre; que Robespierre no podria conservar á los Jacobinos sino dándosela todos los dias; que investirle con el poder supremo era darle el cuchillo con que degollaria á todos. Bourdon tranquilizó á aquellos hombres vacilantes sobre las intenciones de los comités, y les demostró que, una vez extirpado Robespierre

de aquel grupo de decenviros sin union, se romperia, y que los comités, desarmados, renovados, ensanchados y poblados con sus propios miembros, no serian más que la mano, y no la cuchilla de la Convencion. Estos motivos decidieron, en fin, á Boissy d'Anglas, Sieyes, Durand-Maillane y á sus amigos, que juraron alianza por una hora con la Montaña.

VII

Robespierre ignoraba aquella defeccion de la Llanura. Contaba firmemente con aquellos hombres, hasta entónces dóciles á su palabra. «Nada espero de la Montaña,—decia al amanecer á los amigos que le rodeaban, enumerándoles sus probabilidades de triunfo.—Ven en mí á un tirano de que se quieren librar porque quiero ser moderador; pero la mayoría de la Convencion está en mi favor.» El dia le sorprendió en estas ilusiones, y le vió aparecer con confianza. Los jacobinos le presagiaban y le preparaban la fortuna. Coffinhal recorrió los arrabales, y Fleuriot arengó á la municipalidad. Payan convocó á los miembros de ésta para una reunion permanente. Henriot, seguido de sus ayudantes de campo, y ya vacilante en su caballo de la embriaguez de la noche, recorrió las calles inmediatas á la casa de la ciudad, y situó algunas baterías sobre los puentes y en la plaza del Carrousel. Los diputados, fatigados por un largo insomnio, y más aún por la incertidumbre de la jornada, acudian de todas partes á sus puestos. El pueblo ocioso vagaba por las calles y las plazas, como en expectativa de un grande acontecimiento. Robespierre se hacía esperar en la Convencion. En la sala corria el rumor de que, humillado en la sesion del dia anterior, rehusaba el combate de tribuna, y no volveria á la Convencion sino con las armas en la mano y á la cabeza de la insurreccion. Su presencia y la de Saint-Just y Couthon disiparon aquellos rumores.

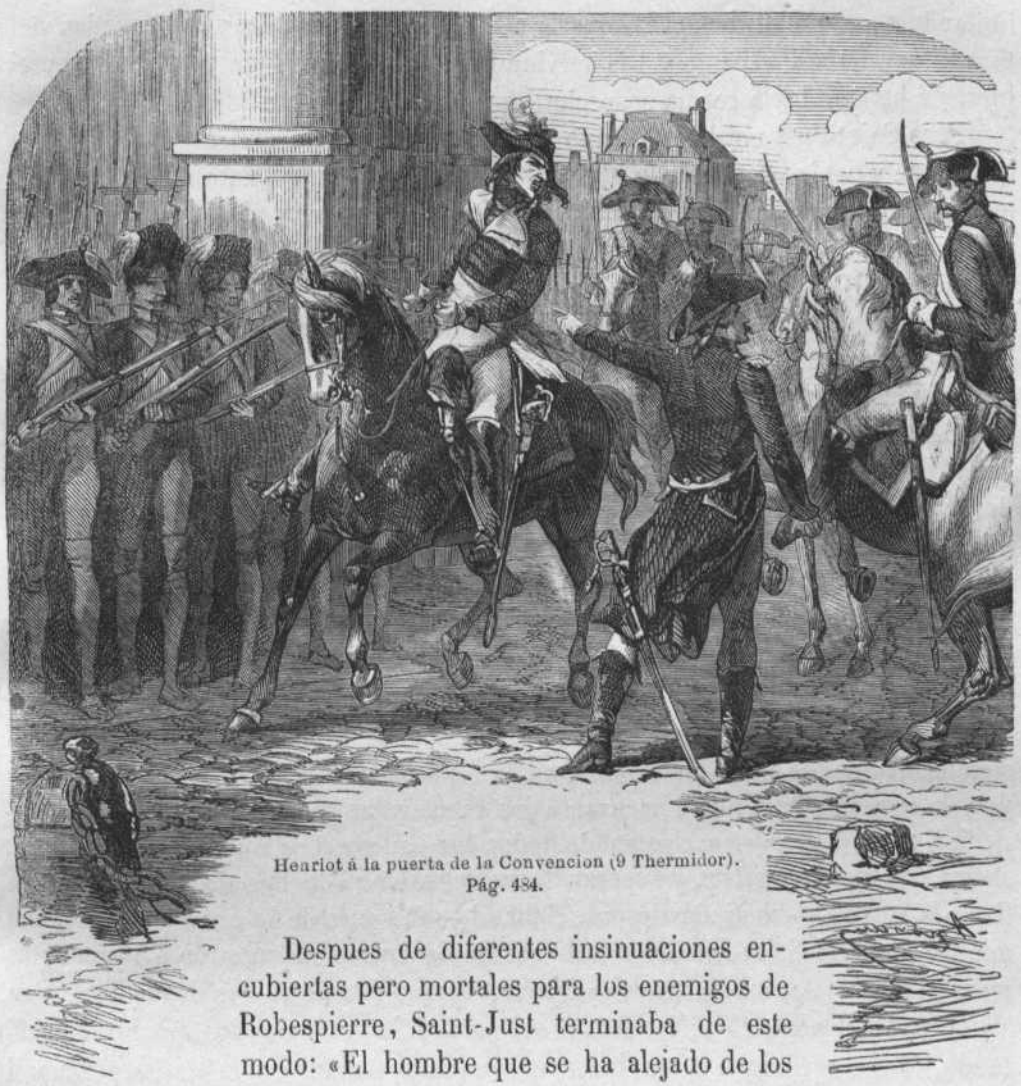
Robespierre, vestido con más esmero que de ordinario, andaba con lentitud, con actitud segura y con la frente serena. Se leia la certeza del triunfo en su modo de mirar. Se sentó sin dirigir accion ni sonrisa alrededor de sí. Couthon, Lebas, Saint-Just y Robespierre el jóven expresaban con su actitud la misma resolucion; tomaban ya el continente de acusados ó dueños, pero más el de colegas ó iguales. Los jefes de la Llanura llegaron los últimos, y se pasearon ántes de entrar en los corredores con los jefes de la Montaña. Los hombres de aquellos dos partidos, separados hasta aquel dia por un horror y por un desprecio mutuo, se dieron las manos y se hicieron señales de inteligencia. Bourdon de l'Oise, encontrando á Durand-Maillane en la galería que precedia al salon, exclamó: «¡Oh! ¡Qué valientes son los hombres del costado derecho!» Tallien se multiplicaba, dirigiéndose á todos los representantes dudosos que estaban en la sala de la Libertad, desde donde se veia la tribuna. Animaba á los unos, amedrentaba á los otros, y anunciaba que se habian combinado medidas para conseguir un próximo triunfo. Comunicaba su alma en el alma de todos; pero viendo de repente á Saint-Just pronto á tomar la palabra, dijo: «Entremos. Ved á Saint-Just en la tribuna, y es necesario acabar». Y se apresuró á ocupar su asiento.

En efecto, Saint-Just empezaba á hablar en medio de los últimos murmullos de una asamblea que se apacigua: su discurso, que la muerte arrancó de su mano,

estaba lleno de enmiendas. Se veia en las numerosas correcciones y borraduras del manuscrito que aquel discurso era producto de un pensamiento turbado, que la mano habia retrocedido veinte veces, y que la reflexion habia dominado al acaloramiento. La arenga de Saint-Just tenia la forma de un enigma, cuyo secreto era la muerte de los enemigos de Robespierre. El orador queria que este secreto lo adivinase la Convencion. Saint-Just señalaba los celos de algunos miembros de los comités contra otro miembro como causa de la perturbacion sensible que se manifestaba en los órganos del gobierno. Hablaba de los abismos en que ciertos hombres precipitaban á la república, de los peligros que iba á suscitarle su misma franqueza, del valor que le hacía despreciar aquellos mismos peligros, del poco sentimiento que tenia en perder una vida en la cual le era necesario ser el cómplice ó el testigo impasible del mal. Saint-Just se defendia de la sospecha de adular á un hombre en Robespierre, y juraba que no tomaba partido en su favor sino porque aquél era el partido de la virtud.

«Collot y Billaud—decia—hace algun tiempo toman poca parte en nuestras deliberaciones, pareciendo entregados á miras particulares. Billaud se calla, ó no habla sino bajo el imperio de sus pasiones contra los hombres cuya pérdida parece desear. Cierra los ojos y finge dormir. A esta taciturna actitud ha sucedido hace algunos dias la agitacion. Su última palabra parece que espira en sus labios; duda, se irrita, y vuelve en seguida sobre lo que ha dicho. Llama á uno Pisistrato cuando está ausente, y amigo suyo cuando se presenta. Se mantiene silencioso, pálido, con la vista fija, disimulando la alteracion de sus facciones. La verdad no tiene este carácter ni esta política... El orgullo—añadia—es el que crea las facciones, y sólo por las facciones perecen los gobiernos. Si la virtud no se mostrara alguna vez con el rayo en la mano, sucumbiria la razon bajo la fuerza. ¡Sólo despues del suplicio se reconoce la virtud! ¡Despues de un siglo es cuando la posteridad vierte lágrimas en el sepulcro de los Gracos y en la senda de Sidney!... La fama es una palabra vacía de sentido,—decia en otra parte.—Demos oidos á lo que nos dicen los siglos pasados, y no entenderémos casi nada. Los que en los siglos venideros paseen entre nuestros sepulcros, tampoco oirán mucho más. Lo que es necesario hacer es el bien...

»Si no recobrais el imperio sobre las facciones, si no tomais el poder supremo, es necesario dejar un mundo en donde la inocencia no tiene garantía en las poblaciones; será necesario huir á los desiertos para encontrar en ellos la independencia, y amigos entre los animales salvajes; será necesario dejar un país en donde no existe la energía del crímen ni la de la virtud... Cuando he vuelto del ejército no he conocido los semblantes. Las deliberaciones del comité están entregadas á dos ó tres hombres. Durante esta soledad es cuando han concebido la idea de atraerse todo el imperio. No he podido aprobar el mal, y me he explicado ante los comités. «Ciudadanos, les he dicho, veo siniestros presagios, todo se disfraza ante »mis ojos; pero yo lo estudiaré todo, y todo lo que no me parezca el puro amor »del pueblo y de la república tendrá mi odio.» Anuncié que si me encargaba del informe que se me queria confiar, subiria al verdadero orígen. Collot y Billaud insinuaron que en este informe no era necesario hablar del Sér Supremo ni de la inmortalidad del alma. ¡Se volvia á estas ideas, encontrándolas indiscretas, avergonzándose de la Divinidad!»



Heariot á la puerta de la Convencion (9 Thermidor).
Pág. 484.

Despues de diferentes insinuaciones encubiertas pero mortales para los enemigos de Robespierre, Saint-Just terminaba de este modo: «El hombre que se ha alejado de los comités por los tratos más amargos, se justifica ante vosotros. No se explica en verdad muy claramente, pero su alejamiento y la amargura de su alma pueden excusar algo. Le constituyen en tirano de la opinion, y le hacen un crímen de su elocuencia. ¿Y qué exclusivo derecho teneis sobre la opinion, vosotros que encontrais la tiranía en el arte de mover y convencer á los hombres? ¿Qué os impide disputar la estimacion de la patria, vosotros que hallais malo que otro la adquiera? ¿Es un triunfo más inocente y más desinteresado? Caton habria despedido de Roma al mal ciudadano que hablase como vosotros. ¡De este modo la medianía celosa quiere conducir al genio al cadalso! ¿Habeis visto oradores bajo el cetro de los reyes? No; el silencio reina alrededor de los tronos; sólo la persuasion es el alma de las naciones libres. Sacrificad á los más elocuentes, y bien pronto llegareis á coronar á los más envidiosos. Robespierre no se ha explicado bien ayer. Ha existido un plan para usurpar el poder sacrificando algunos miembros de los comités. Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois son los culpables. No concluyo contra los que acabo de nombrar, sino que les acuso. Deseo que se justifiquen y que seamos más prudentes».

Se ve que en este discurso se indicaba la muerte, pero no se exigia. Saint-Just,

imitando en esto á su dueño, no queria sino mostrar la cuchilla y designar las víctimas. Se referia al espanto y á la servidumbre de la Convencion para herir con el hierro á los que heria con la sospecha.

Pero Saint-Just no debia ni áun acabar esta demostracion. Apénas estaba en la tribuna y habia pronunciado algunas frases vagas, cuando Tallien, no pudiendo moderar su impaciencia, se levantó, interrumpió al orador y pidió la palabra para una cuestion de órden.

Collot-d'Herbois, que temia el ascendiente de Saint-Just sobre la Asamblea, se apresuró á conceder la palabra á Tallien. «Ciudadanos, —dijo éste, —Saint-Just acaba de deciros que no pertenece á ninguna faccion; digo lo mismo, y por esto quiero hacer oir la verdad. En todas partes se esparce la alarma. Ayer, un miembro del gobierno se ha aislado y ha pronunciado un discurso en su nombre particular. Hoy, otro hace lo mismo. Se viene aún á agravar los males de la patria, á despedazarla y precipitarla en el abismo. ¡Pido que se rasgue el velo por completo!» Un inmenso aplauso repetido por tres veces anunció á Tallien que el odio que alimentaba rugia y estallaba en masa en el seno de la Convencion. Billaud-Varennes se levantó, más pálido y más trágico que de costumbre. «Ayer,—dijo con voz sorda é indignada,—la sociedad de los Jacobinos estaba llena de hombres apostados. ¡Se ha descubierto la intencion de degollar á la Convencion!...»

Un movimiento de horror interrumpió la denuncia de Billaud. Hizo una señal significativa con la mano hácia la Montaña. «¡Veo sobre la Montaña—exclamó—á uno de esos hombres que amenazan á los representantes del pueblo!...» «¡Prendedle! ¡prendedle!»—exclaman de todos los bancos. Los ujieres se precipitan, detienen á aquel hombre, y le sacan fuera del salon. «Ha llegado el momento de decir la verdad,—continúa despues Billaud.—Despues de lo que ha pasado, me admiro de ver á Saint-Just en la tribuna. Habia prometido mostrar á los comités su informe. La Asamblea no debe desconocer que está entre dos degüellos. ¡Si se muestra débil, perece!» «¡No, no!»—exclaman á la vez todos los miembros, agitando los sombreros por cima de sus cabezas. Las tribunas, arrastradas por aquel movimiento, responden con los gritos de *¡Viva la Convencion! ¡Viva el comité de salud pública!* «Tambien pido—siguió Billaud—que todos los miembros se expliquen en esta sesion. Hay más fuerza cuando se tiene la justicia, la probidad y los derechos del pueblo por su parte. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que os encontrais, cuando sepais que la fuerza armada está confiada á manos parricidas, que Henriot ha sido denunciado al comité como cómplice de los conspiradores. Os horrorizareis cuando sepais que aquí hay un hombre (al decir esto lanzó una mirada oblicua á Robespierre) que cuando se iba á determinar el envío de los representantes del pueblo á los departamentos, no encontró en la lista que se le presentó veinte miembros de la Convencion que le pareciesen dignos de esta mision.» Un movimiento de orgullo lastimado se manifestó entónces en todos los bancos en donde se sentaban los representantes que fueron llamados. «Cuando Robespierre os ha dicho que se habia alejado del comité porque estaba oprimido,—continuó Billaud,—tuvo buen cuidado de ocultaros la verdad. No os dijo que fué porque despues de haber dominado solo durante seis meses al comité, habia encontrado resistencia en el momento en que quiso hacer adoptar el decreto de 22 Prairial, decreto que, en las manos impuras que él habia escogido, podia

ser funesto á los patriotas...» La indignacion y el terror, comprimidos hasta entónces, estallaron é interrumpieron á Billaud. «Sí, sabedlo,—prosiguió,—que el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto ayer en los Jacobinos expulsar de la Convencion á los miembros que se debe sacrificar. Pero el pueblo está ahí.» «¡Sí, sí!—repitieron las tribunas, preparadas por Tallien.—¡Los patriotas sabrán morir para salvar la Representacion!» Nuevos aplausos interrumpieron la palabra en los labios del orador. «Lo repito,—repuso Billaud-Varennes,—sabrémos morir. ¡No hay un solo representante que quiera vivir bajo la dominacion de un tirano!» «¡No, no! ¡Mueran los tiranos!»—respondió un clamor unánime. Billaud continuó: «Los hombres que sin cesar hablan de justicia y de virtud son los que las pisotean. He pedido la prision de un secretario del comité de salud pública que habia robado á la nacion, y sólo Robespierre le ha protegido». El pueblo de las tribunas patea de indignacion contra el pretendido protector del robo. «¡Y somos nosotros á quienes se acusa!—exclamó Billaud con voz dolorida.—¡Qué! Los hombres que viven aislados, que no conocen á nadie, que pasan los dias y las noches en el comité, que organizan la victoria (todas las miradas se dirigen al íntegro y laborioso Carnot), ¿estos hombres serán conspiradores? Y los que no han abandonado á Hebert si no cuando ya no les fué posible favorecerle, ¿serán los hombres virtuosos?» La Llanura se indigna á su vez. «Cuando denuncié la primera vez á Danton en el comité,—añadió el orador,—Robespierre se levantó furioso, diciendo que yo queria perder á los mejores patriotas.» La Montaña y los antiguos amigos de Danton se aturdieron de la revelacion que disculpaba á Robespierre por boca de su acusador. «¡Pero teneis un abismo bajo vuestros piés!—siguió Billaud.—¡Es necesario, ó llenarle con vuestros cadáveres, ó precipitar en él á los traidores!» Los aplausos se repitieron con más unanimidad, y acompañaron á Billaud-Varennes hasta su asiento.

Robespierre se lanzó entónces, pálido y convulso, á la tribuna, en donde su inviolabilidad acababa de hundirse. «¡Muera el tirano!»—vociferó la Montaña. Aquellos gritos, que redoblaban á cada movimiento de los labios de Robespierre, ahogaron enteramente su voz. Tallien saltó á la tribuna, separó con los codos á Robespierre, y habló en medio de un silencio que favoreció la generalidad.

«He pedido que se descorriese el velo,—dijo Tallien,—y al fin se ha descorrido; los conspiradores están descubiertos y serán anonadados, y la libertad triunfará...» «Sí, sí, ya triunfa, acabad su triunfo»,—le respondieron los montañeses. «Todo presagia—prosiguió Tallien—que el enemigo de la Representacion nacional va á caer bajo sus golpes. Hasta ahora me he impuesto silencio, porque sabía por un hombre próximo al tirano que habia hecho una lista de proscripcion; pero he asistido ayer á la sesion de los Jacobinos, y he visto y oido, y temblado por la patria. ¡He visto formarse el ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con un puñal para atravesarle el corazon, si la Convencion nacional no tenia valor para decretar su acusacion!...»

Al decir esto, Tallien sacó de debajo de su casaca un puñal desnudo, prenda de libertad ó de venganza dada por la mujer á quien amaba. Blandió el puñal sobre el pecho de Robespierre, que se hizo atras sin abandonar la tribuna á su enemigo. Esta accion y el movimiento desesperado de Tallien comunicó su intrepidez á los más irresolutos. Todos conocieron que la cuchilla, una vez sacada, no volveria á la vaina sino teñida en la sangre de Robespierre ó en la suya propia.

«Pero nosotros los republicanos,—continuó Tallien con voz más tranquila,—acusamos al tirano con la lealtad del valor ante el pueblo frances. No, no esperen los partidarios del hombre que acuso otro 31 de Mayo ni otras proscripciones. ¡La justicia nacional sólo descargará sobre los malvados!...» Todo el salon se asoció por sus aplausos al voto de venganza y clemencia de Tallien. «Pido la prision de Henriot para que la fuerza armada no se extravie por sus jefes. En seguida pediremos el exámen del decreto de 22 Prairial, acordado sólo por la proposicion del hombre que nos ocupa.» Los labios de Tallien parecia que repugnaban pronunciar el nombre de Robespierre. La Llanura aplaudió á la perspectiva de seguridad devuelta á la Convencion. «No somos moderados,—prosiguió Tallien dirigiéndose á la Montaña, que aplaudió esta seguridad,—pero queremos que la inocencia no sea oprimida...» El centro se conmovió y palmoteó á esta promesa de humanidad. Todos los partidos se confundieron con la voz de Tallien en el odio y en una esperanza comun. «Ayer,—prosiguió para concluir con su enemigo,—ayer se han atrevido á ultrajar á un representante del pueblo que se mantuvo siempre en la brecha de la revolucion. ¡Que se despierten todos los patriotas! ¡Llamo á todos los amigos de la libertad, á todos los jacobinos, á todos los periodistas republicanos! ¡Que concurran con nosotros para salvar la libertad!... Han dirigido la vista sobre mí; yo habria llevado mi cabeza al cadalso con valor, porque me hubiera dicho: «¡Dia vendrá en que mis cenizas se recogerán con los honores que se deben á un patriota sacrificado por un tirano!» El hombre que está á mi lado en la tribuna es un nuevo Catilina, los que le rodean son otros Verres. No se dirá que me entiendo con los miembros de los comités, porque no los conozco. Desde que concluí mi comision, he estado agobiado de disgustos. Robespierre queria aislarnos y atacarnos sucesivamente, á fin de quedar solo con sus hombres crapulosos y llenos de vicios. Pido que se decrete la permanencia de la sesion hasta que la cuchilla de la ley haya asegurado á la república y herido á sus criaturas.»

VIII

Las proposiciones de Tallien fueron votadas por aclamacion. Billaud-Varennes añadió á la lista de las prisiones decretadas á Dumas, vicepresidente del tribunal revolucionario. Delmas añadió á todo el estado mayor de Henriot. Robespierre, en fin, quiso hablar; nuevos gritos de *¡Muera el tirano!* impidieron su palabra. Muchas voces llamaron á Barere á la tribuna. Este subió en nombre del comité de salud pública. La noche y los síntomas de victoria habian cambiado sus convicciones; friamente aniquiló á Robespierre, á quien sostenia el dia anterior. «Quieren—dijo—producir movimientos en el pueblo, quieren apoderarse del poder nacional á favor de una crísis preparada. Sólo los comités son la egida, el asilo del gobierno. Entre tanto que refutamos los hechos enunciados por Robespierre, hemos propuesto las medidas que reclama la tranquilidad pública: estas medidas son la supresion del mando de la fuerza armada y de su estado mayor.» Barere propuso que se anunciasen estas medidas al pueblo por medio de una proclama. «Ciudadanos,—decia,—la libertad se pierde si ponemos en balanza algunos hombres y la patria. Al gobierno revolucionario le atacan en medio de nosotros. Si no os reunis á la Representacion nacional, el pueblo frances será víctima de las venganzas de los tiranos.» La opinion de un hombre como Barere, que no abandonaba sino á los

débiles, decidió á los más indecisos. Todos los que no sentian el horror de la dominacion de Robespierre, le fingieron. La proclama al pueblo se adoptó, y Robespierre se sonrió de piedad. Permaneció en la tribuna, como si nada fuese desesperado en su fortuna y como si aquella tempestad no le hubiese precipitado. Unido á la balaustrada, con los brazos cruzados y los labios contraidos, los músculos de las mejillas palpitantes, dirigiendo los ojos tan pronto á la Montaña como á la

Los thermidorianos arengan á las secciones.—Pág. 488.

Llanura, se veia que su fisonomía pasaba de la impaciencia á la resignacion, de la cólera al desprecio. Víctima abatida, pero no inmolada aún, podia levantarse y recobrar el ascendiente sobre sus enemigos. Miraba con frecuencia á la entrada del salon, y parecia escuchar fuera la voz ó el paso del pueblo para socorrerle.

El anciano Vadier, presidente del comité de seguridad general, por mucho tiempo amigo y ahora el más encarnizado de los enemigos de Robespierre, á quien codeó al subir á la tribuna, sucedió á Barere. «Hasta el 22 Prairial—dijo Vadier—no habia abierto los ojos sobre este personaje astuto que ha sabido tomar todos los disfraces, y que cuando no ha podido salvar á sus criaturas, las ha enviado á

la guillotina. Nadie ignora que ha defendido abiertamente á Bazire, á Chabot, á Camilo Desmoulins y á Danton. El tirano, que es el nombre que le doy, queria dividir á los dos comités. Si se ha dirigido sobre todo á mí, es porque he hecho contra la supersticion un informe que le ha disgustado. ¿Y sabeis por qué? Habia bajo el colchon de la *Madre de Dios,* Catalina Theos, una carta dirigida á Robespierre, en que le anunciaba que su mision estaba escrita en las profecías, y que él restableceria la religion sin sacerdotes, y sería el pontífice del nuevo culto...»

A estas palabras, una risa prolongada corrió con afectacion entre las filas de la Asamblea. El ridículo degradó más al tirano que el ultraje. Vadier se gozó maliciosamente en el sentimiento que excitaba, Robespierre encogió los hombros, y Vadier continuó: «Al oir á este hombre, es el defensor único de la libertad; desespera, y todo lo quiere abandonar; es de una rara modestia. Tiene por eterno refran: «Estoy oprimido, se me impide hablar»; y no hay quien hable sino él, porque cada una de sus palabras es una voluntad conseguida. El dice: «Tal conspira contra mí, luego tal conspira contra la república». El dirige espías contra los pasos de cada diputado. El mismo me sigue hasta en las mesas en que me siento».

Vadier dejaba consumir con aquellas pinturas y aquellos detalles la impaciencia de los conspiradores. Mecia demasiado tiempo el golpe sobre la cabeza de Robespierre. La reflexion podia amortiguarle, y Tallien quiso precipitarlo. «Pido—dijo—que se lleve la discusion al verdadero terreno.» «Yo mismo sabré traerla»,—exclamó al fin Robespierre adelantándose algunos pasos. Los gritos, las patadas en el suelo y el tumulto concertado de la Montaña ahogaron de nuevo la voz del dictador. Tallien avanzó tambien y le separó. «Dejemos—dijo—estas particularidades, por importantes que sean. No hay ninguno de nosotros que no tenga que revelar contra él un acto de inquisicion ó de tiranía; pero sólo sobre el discurso que ha pronunciado ayer en los Jacobinos llamo todo vuestro horror. Allí es en donde se descubre el tirano, y allí es en donde yo quiero destruirle. Este hombre, cuya virtud y patriotismo son tan ponderados; este hombre, que se ha visto en los acontecimientos del 10 de Agosto no aparecer sino tres dias despues de la revolucion; este hombre, que debia ser en los comités el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos miéntras qué salvaban la patria.» «¡Eso es, eso es!»—exclaman en todas partes. «¡Ah! Si yo quisiera—siguió Tallien—trazar todos los actos de opresion que han tenido lugar, probaria que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general, ha sido cuando se han cometido.»

Robespierre se lanza indignado al lado de Tallien. «¡Es falso!—exclama tendiendo la mano.—Yo...» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre áun de su valor. Más irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, baja precipitadamente los escalones de la tribuna, sube las gradas de la Montaña y se lanza en medio de sus antiguos amigos, les apostrofa echándoles en cara su defeccion, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirige vuelven la cabeza. «Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan»,—le dijeron los montañeses. «¿Es, pues, á Danton á quien quereis vengar?» —respondió Robespierre como herido de admiracion y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto supli-

cante á los restos de la Gironda, les dijo: «Pues bien, á vosotros, hombres puros, vengo á pediros un asilo, y no á esos tunantes»,—señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre. Al decir estas palabras, se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «¡Miserable!—le dijeron los girondinos.—¡Ese era el sitio de Vergniaud!» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos, se refugió de nuevo en la tribuna y se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos!—le dijo con una voz que se ahogó por la última vez.—¿Quieres concederme la palabra?» «A su tiempo la obtendrás»,—le respondió Thuriot, á quien Collot-d'Herbois acababa de ceder la presidencia. «¡No, no, no!»—responden á la vez los conjurados, decididos á herir sin oirle. Robespierre se obstina en hablar; el estruendo le sumerge, y no deja oir más que amargos alaridos; no se ve más que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se extinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga»,—le dijo Garnier de l'Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar el grito que contenian todas las bocas, y que nadie se atrevia á pronunciar. «¡Pido—exclamó Louchet—el decreto de prision contra Robespierre!»

Lo grande de la resolucion, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convencion. Parecia que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la majestad y á la divinidad del pueblo. El silencio precedió á la explosion; la Asamblea dudaba, los conjurados conocian el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposicion de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un jóven se levantó, á pesar de los esfuerzos de sus colegas que le retuvieron por la casaca. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los crímenes y de la tiranía achacados á su sangre. «Soy tan culpable como mi hermano,—dijo el jóven con un aspecto que desdeñaba las súplicas y rehusaba la indulgencia.—He participado de sus virtudes y quiero compartir su suerte.» Algunas exclamaciones de admiracion y de piedad respondieron á aquel sacrificio fraternal. La masa, indiferente ó impacientada, aceptó el sacrificio sin honrarlo áun con su atencion.

Robespierre se esforzó por hablar de nuevo, no por él, sino por su hermano. «Acepto mi sentencia, he merecido vuestro odio; pero sea por crímen ó por virtud, él no es culpable de lo que vosotros castigais en mí.» Un ruido obstinado de pisadas é invectivas sordas le respondió. Se volvió en vano, tan pronto hácia el presidente, tan pronto hácia la Montaña, como tan pronto hácia la Llanura, para obtener el derecho de defender á su hermano. Temian su voz, desconfiaban de una emocion, y temian á la naturaleza.

«Presidente,—exclamó Duval,—¿será posible que un hombre se haga dueño de la Convencion?» «¡Ya lo ha sido demasiado tiempo!»—dijo una voz. «¡Qué duro de abatir es un tirano!»—exclamó al fin Freron, á la manera de un leñador que descarga el hacha en un árbol. Esta palabra y esta accion pareció arrancar á Robespierre de la tribuna y sublevar la Convencion. «¡A la votacion, á la votacion!

¡A la cárcel!» Este deseo general hizo violencia á la fingida longanimidad del presidente. La prision se votó por unanimidad. Todos los diputados se levantaron gritando *¡Viva la república!* «¿La república?—exclamó con ironía Robespierre.—¡Está perdida, porque los pícaros triunfan!» Y bajó con los brazos cruzados al pié de la tribuna.

Lebas, que estaba sentado al lado del jóven Robespierre, se separó generosamente de los perseguidores de su amigo. «No he querido—dijo—participar del oprobio de este decreto. ¡Pido la prision para mí mismo!» Se concedió á Lebes la muerte que pedia, comprendiéndole en el decreto que ordenaba la prision de los dos Robespierre, Couthon y Saint-Just. Barere, instrumento impasible y mecánico de la Convencion, redactó de prisa los decretos contra sus colegas del dia anterior.

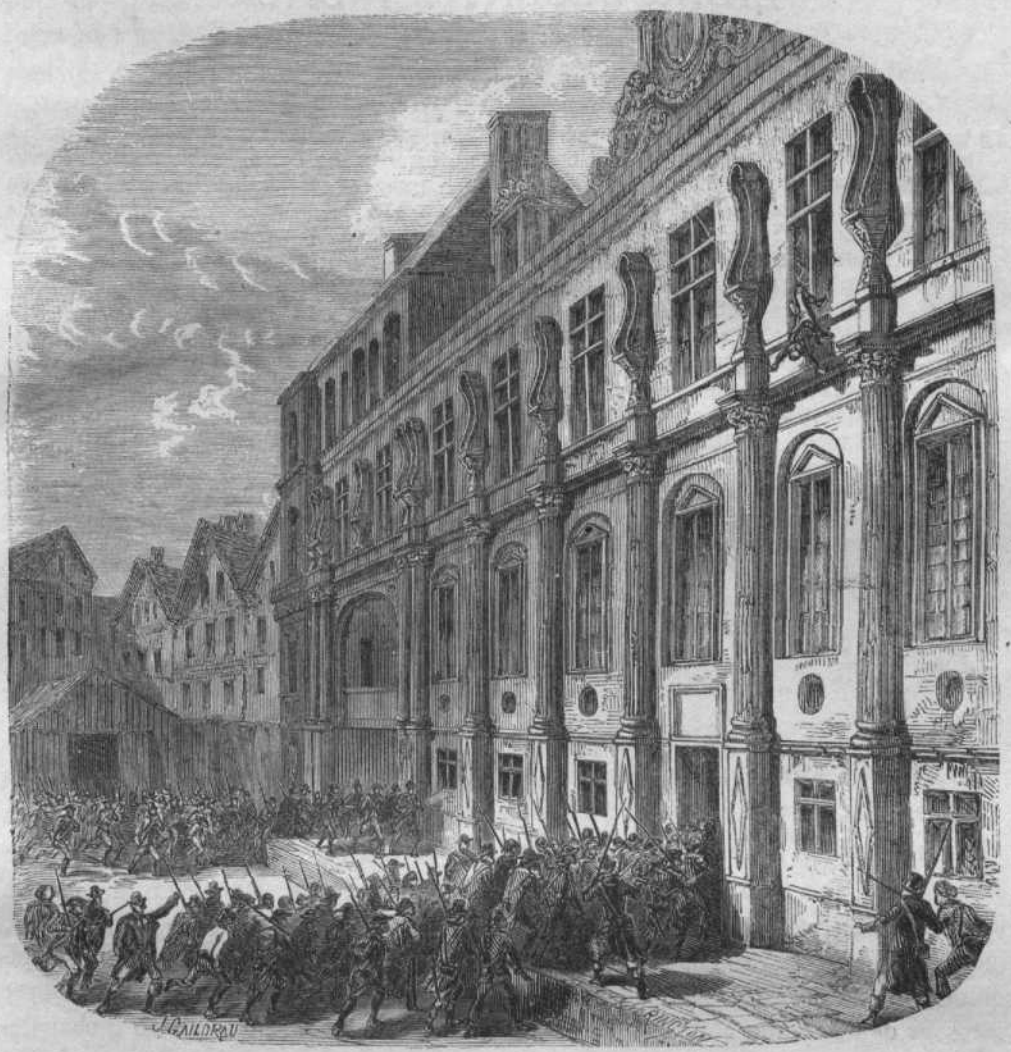
Miéntras que Barere escribia, dijo Freron, para no dejar adormecer la ira de la Asamblea: «Ciudadanos, ahora es cuando la patria y la libertad van á salir de sus ruinas. Se queria formar un triunvirato que habria recordado las proscripciones de Syla. Los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just querian formar con nuestros cadáveres la escalera para subir al trono...» «¡Yo aspirar al trono!»—respondió con melancólica ironía Couthon, levantando la capa que le cubria y señalando sus piernas paralíticas.

Collot subió al sillon de la presidencia. «Ciudadanos,—dijo,—acabais de salvar á la patria. La patria, cuyo seno estaba destrozado, no os ha hablado en vano. Se decia que era necesario renovar contra vosotros el 31 de Mayo...» «¡Mientes!»—exclamó Robespierre desde el pié de la tribuna. A esta palabra, que la Convencion aparentó tomar como un insulto, los gritos de la Montaña se redoblaron, llamando á los acusados á la barra. Los ujieres titubearon en coger á Robespierre, detenidos por la costumbre de respetarle. El resistió á sus intimaciones, y los gendarmes le asieron por un brazo y le sacaron con sus coacusados. Robespierre parecia animado aún por el calor del combate; Saint-Just, un discípulo orgulloso en participar de la suerte de su maestro; Couthon, una víctima ya mutilada, y los otros dos, inocentes que aceptaban voluntariamente la pena del crímen por no faltar á sus doctrinas y á sus amigos. Silenciosos y degradados de su rango de representantes, les obligaron á la vista de las tribunas á oir las prolongadas declamaciones de Collot-d'Herbois y las felicitaciones que su caida arrancaba á las bocas de sus antiguos aduladores. A las tres se levantó la sesion, y los gendarmes condujeron á los acusados, por medio de la plaza del Carrousel, al palacio de Brionne, donde se reunia el comité de seguridad general. Multitud de espectadores y de diputados se precipitaron detras de ellos para contemplar aquel juego de la fortuna. Los dos Robespierre, cogidos del brazo en señal de una indivisible amistad áun en la muerte, iban delante de todos. Saint-Just y Lebas les seguian tranquilos y tristes, y dos gendarmes llevaban á Couthon en una silla. Los sarcasmos, las risotadas y las maldiciones les acompañaban.

Al mismo tiempo, un convoy de carretas que conducia cuarenta y cinco sentenciados se dirigia por el arrabal de San Antonio hácia el cadalso. Algunos amigos de aquellos sentenciados y algunos generosos ciudadanos, sabiendo que la Convencion acababa de libertarse, y creyendo que la clemencia iba á salir por sí misma de la destruccion de la tiranía, seguian á las carretas y les hicieron volver á los gritos de *¡Perdon!* que el pueblo repitió. Henriot, para quien la continuacion del

Terror era la señal del poder, llegó á caballo con un grupo de sus satélites, dispersó á sablazos á los compasivos ciudadanos, é hizo consumar el suplicio.

El dia anterior, sesenta y dos cabezas cayeron entre el primer discurso de Robespierre y su caida. En este número estaba la de Roucher, autor del *Poema de los Meses,* aquellos *Fastos* franceses, y la del jóven poeta Andres Chenier, la esperanza entónces y despues el duelo eterno de la poesía francesa. Aquellos dos poe-



Los batallones de la Convencion se apoderan de la casa de la ciudad (9 Thermidor).—Pág. 491.

tas iban sentados al lado uno de otro en una misma tabla, con las manos atadas á la espalda. Iban hablando con calma del otro mundo, y con desden del que iban á dejar; separaban la vista de aquel tropel de esclavos y recitaban inmortales versos, mostrando la firmeza de Sócrates. Sólo Andres Chenier, ya sobre el cadalso, dándose un golpe en la frente contra un pilar de la guillotina, dijo: «¡Es lástima! ¡Yo tenia algo aquí!» Unica y dolorosa queja del destino, que sentia, no la vida, sino el genio segado ántes de tiempo. Francia, como Ofelia, la loca de Shakspeare, arrancaba de su cabeza y arrojaba en la sangre los florones de su propia corona.

LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehusan recibir á los reos acusados.—Les ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa de ayuntamiento foco de la insurreccion.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot á la puerta del Carrousel.—Le detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Coffinhal le arrastra á la casa de ayuntamiento.—Coffinhal liberta á Henriot.—Continúa la sesion de la Convencion.—Bourdon de l'Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el exterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas.—Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa de ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras rodea la casa de ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inaccion.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de *¡Viva la Convencion!*—Dulac echa abajo las puertas de la casa de ayuntamiento.—Lebas se tira un pistoletazo.—Robespierre el jóven se precipita por una ventana.—Coffinhal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa del ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe una quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les conduce á la Conserjería.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prision de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley á los presos, y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolucion.

I

La hora era crítica. Los dos comités de gobierno permanecian en las Tullerías miéntras estaba suspendida la sesion de la Convencion. Aquella suspension era peligrosa, porque la Convencion no tenia en aquellos momentos más fuerza que la suya propia. Dar lugar á reflexionar, era volver á la tiranía; el valor no es más que un acceso en los cuerpos políticos. Así era que los conjurados contra Robespierre, inquietos por los caprichos de las mayorías y por la falta de resolucion en las opiniones de una asamblea que no tenia fuerza, habian preferido el peligro de obrar solos al de tener que consultar á la Convencion á cada instante que lo reclamaba la necesidad.

Despues de un corto interrogatorio en el comité de seguridad general, Robespierre fué enviado al Luxemburgo, su hermano á San Lázaro, Saint-Just á los Escoceses, Lebas á la Fuerza, y Couthon á la Bourbe. Cada uno de ellos fué acompañado por una escolta de gendarmería de escasa fuerza, pero ninguno fué recibido en su prision.

Se ha pretendido que el terror que causaban aquellos grandes nombres excitaba respeto en los carceleros, y que ningun calabozo se atrevió á abrirse para los dueños del dia anterior. Sin embargo, el calabozo que se habia abierto á Danton bien podia haberse abierto á Robespierre. Por otra parte, si el nombre de Robespierre podia hacer titubear al carcelero del Luxemburgo, los nombres de Lebas,

de Saint-Just y de Couthon no tenian igual prestigio. ¿Cómo fué que los carceleros de tantas cárceles diversas situadas en las extremidades de Paris, que jugaban sus vidas por una desobediencia á las órdenes de los comités, tuvieron el mismo respeto, á la misma hora, bajo la misma forma y ante tan diferentes acusados? El secreto de este misterio estará quizá en la política temeraria pero astuta de los directores del movimiento. Presentian, segun aseguran los hombres de aquel tiempo, con el instinto del odio y del temor, que el tribunal revolucionario, adherido á Robespierre, daria por inocentes á los acusados; que cambiar el tribunal revolucionario era una medida que reclamaba bastante tiempo; que áun reconstruido el tribunal revolucionario, la causa sería larga y terrible; que el pueblo, agrupado durante muchos dias alrededor del tribunal, no se dejaria arrancar al gran acusado; en fin, que faltarian motivos serios de acusacion contra Robespierre, y que volviendo despues de absuelto á la Convencion, como Marat, no volveria como perdonado, sino como acusador. Estos motivos determinaron á los thermidorianos. Dos cosas necesitaban: una accion pronta y un delito aparente. Habian puesto á Robespierre al borde del crímen, y era necesario precipitarle á los ojos de la Representacion nacional, y dar al sacrificio pronto é irremisible del tirano de la Convencion el pretexto de una insurreccion del pueblo intentada por él.

Miéntras que los comités enviaban á los acusados así dispersos, en medio del dia y por los cuarteles populosos, á las cárceles, algunos emisarios confidenciales llevaban á los carceleros la insinuacion verbal y secreta para que no los recibiesen. Rechazados de las puertas de las cárceles, las reuniones de gente no podian tardar en formarse alrededor de ellos y acompañarlos en triunfo. De este modo tendrian un crímen que castigar en su aparente desobediencia, tendiendo la sedicion como un lazo. Por peligrosa que fuese la sedicion del pueblo, era ménos á los ojos de los enemigos de Robespierre que las fluctuaciones de la Convencion y el juicio del dictador. Tal es la version de los antiguos testigos ó autores de aquella oscura jornada, que es admisible á pesar de su inverosimilitud; pero es tambien probable que los adictos del partido de Robespierre se evadiesen de la Convencion en el momento en que se pronunciaba la prision, y que se apresurasen á intimar á los carceleros la recomendacion de no admitir á los acusados. Tal vez hayan coincidido estos dos pensamientos. Como quiera que sea, cada uno de ellos fué rechazado de la cárcel adonde le habian dirigido, y en seguida arrancados á los gendarmes que los escoltaban, rodeados por grupos de jacobinos y conducidos en triunfo á la municipalidad. Por su parte, Payan y Coffinhal habian lanzado un gentío en seguimiento de los acusados para libertarlos. La misma idea, pero con intencion contraria, salia al mismo tiempo de la casa de ayuntamiento y del comité de seguridad general: aquéllos querian dar un jefe, éstos un pretexto á la insurreccion.

II

Sin embargo, la insurreccion estaba léjos de ser un juego sin peligro para los enemigos de Robespierre. Era inminente y organizada desde por la mañana en una parte del pueblo de Paris, y no esperaba más que la señal. Su foco estaba en la casa de ayuntamiento. Fleuriot, Payan, Dobsent, Coffinhal y Henriot permanecian allí desde el dia anterior. Los Jacobinos tambien estaban en sesion perma-

nente, bajo la presidencia de Vivier. La municipalidad habia recibido de minuto en minuto por sus emisarios noticia de lo que pasaba en la Convencion. A la primera noticia de la derrota de Robespierre, habia nombrado un comité ejecutivo compuesto de doce miembros; cada uno de ellos se habia apresurado á arengar, insurreccionar y armar á las secciones. La plaza del ayuntamiento se erizaba de bayonetas. Los artilleros de Henriot con sus piezas y la gendarmería nacional, prestaban allí el juramento de librar á la Convencion de sus opresores. La campana tocaba á rebato en algunas torres de las extremidades de Paris. La llamada se tocaba en las calles más concurridas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo. La guardia nacional, acostumbrada á los triunfos de la municipalidad, se reunia en sus puestos. Los diques, los puentes y las plazas inmediatas á la casa de ayuntamiento hasta el Puente Nuevo no eran más que un campamento.

Por el contrario, las cercanías de las Tullerías estaban desiertas y silenciosas como un suelo sospechoso. Los arrabales afluian en bandas amenazadoras á la llamada de los ayudantes de campo de Henriot y de los emisarios de Coffinhal. Todo presagiaba la victoria á los vengadores de Robespierre, y obraban ya con insolencia. Un enviado de la Convencion que se presentó á la municipalidad para intimarle el decreto de prision de Henriot, y para llamar á Payan y Fleuriot á la barra, fué silbado, insultado y maltratado en la escalera de la casa de ayuntamiento. Aquél pidió recibo del decreto. «Vé á decir á los que te envian—respondió el corregidor Fleuriot—que en un dia como el de hoy no se dan recibos. Dí á Robespierre que no tenga cuidado, porque el pueblo está detras de él.» «Dí á los malvados que insultan á ese gran ciudadano—añadió Henriot con un juramento de cuartel—que estamos deliberando para exterminarlos...»

La prision de Robespierre, anunciada unos momentos despues por algunos cómplices escapados de las tribunas, llevó hasta el frenesí la exaltacion de la municipalidad. Henriot tiró del sable y juró que llevaria atados á la cola de su caballo á los malvados que se atrevian á tocar al ídolo del pueblo. De pié en medio de sus ayudantes, y junto á una mesa llena de botellas, en la antesala de la casa de la municipalidad, Henriot buscaba los consejos en la embriaguez, y el valor en las imprecaciones. Durante aquella orgía del comandante general, el corregidor arengó al Consejo en términos que pintaban sin descubrirla enteramente la insurreccion. Payan redactó un manifiesto en el que denunciaba al pueblo á los opresores del más virtuoso de los patriotas, Robespierre, de Saint-Just, apóstol de la virtud, y de Couthon, *que no tiene más que el corazon y la cabeza vivos*, decia Payan, *y cuya llama patriótica ha consumido ya el cuerpo.*

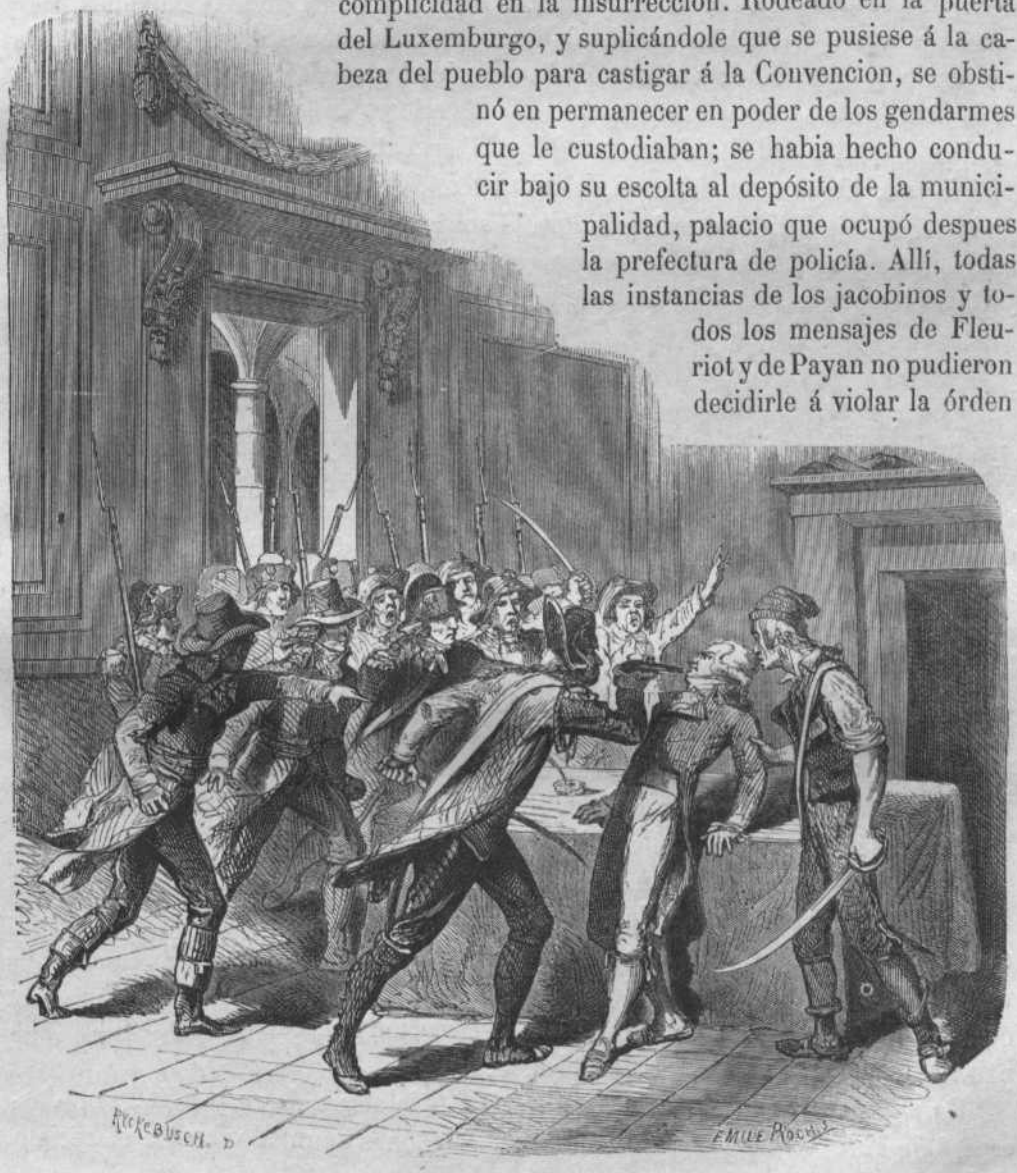
Tomadas aquellas disposiciones, Henriot montó á caballo con las pistolas en la mano, y fué á galope al Luxemburgo, llevando un peloton de gendarmería detras de él. Recorrió la calle de San Honorato, y reconociendo á Merlin de Thionville entre la multitud, le prendió, le injurió y le dejó preso en un cuerpo de guardia. Al llegar á la verja del Carrousel, Henriot quiso penetrar; pero los granaderos de la Convencion, aunque en pequeño número, calaron sus bayonetas contra el pecho de su caballo. Un oficial de la Convencion salió al ruido, y gritó á los gendarmes: «¡Prended á ese rebelde! ¡Un decreto os lo manda!» Los gendarmes obedecieron á la ley; detienen al general, le hacen apear, le atan con sus cinturones, y le arrojan ebrio en una de las salas del comité de seguridad general.

III

Miéntras que Henriot sucumbia de este modo á las puertas de la Convencion, á Saint-Just, Lebas y Couthon los llevaban en triunfo sus libertadores hácia la plaza del ayuntamiento. El Consejo municipal llamaba á grandes voces á Robespierre. Sabian por el rumor público que el conserje del Luxemburgo habia rehusado recibirle; se preguntaban si los malvados de la Convencion habrian asesinado al virtuoso ciudadano en el acto mismo de su obediencia á la ley; ignoraban los motivos de su ausencia. Fleuriot, Payan y Coffinhal tranquilizaron bien pronto al Consejo, y aumentaron el entusiasmo refiriendo la abnegacion de Robespierre.

Hé aquí lo que pasó:

Robespierre queria morir ó triunfar puro, al ménos en la apariencia, de toda complicidad en la insurreccion. Rodeado en la puerta del Luxemburgo, y suplicándole que se pusiese á la cabeza del pueblo para castigar á la Convencion, se obstinó en permanecer en poder de los gendarmes que le custodiaban; se habia hecho conducir bajo su escolta al depósito de la municipalidad, palacio que ocupó despues la prefectura de policía. Allí, todas las instancias de los jacobinos y todos los mensajes de Fleuriot y de Payan no pudieron decidirle á violar la órden



Prision de Robespierre en la casa de la ciudad.—Pág. 491.

de su prision. Preso por consecuencia de una ley de sus enemigos, queria triunfar ó sucumbir vencido por la ley. Creia que el tribunal revolucionario le absolveria; pero áun cuando le condenase, la muerte de un justo, decia, sería ménos funesta á la república que el ejemplo de una rebelion contra la Representacion nacional. Robespierre, confinado voluntariamente tres horas en la prefectura de policía, no cedió sino á una patriótica violencia de Coffinhal, que fué á dispersar á los gendarmes, sacarle de su prision y llevarle á la sala del Consejo general de la municipalidad. «Si hay crímen será mio, y si hay gloria será para tí y la libertad del pueblo,—le dijo Coffinhal.—Los escrúpulos son para el crímen, jamás para la virtud. Salvándote, salvas la libertad y la patria. Atrévete á ser criminal á este precio.»

Pero en el mismo momento en que Robespierre, arrebatado más bien que llevado por Coffinhal, entraba en la sala del Consejo, ahogado por los brazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebas y de Couthon, le anunciaron la prision de Henriot. Coffinhal, sin perder un momento, bajó á la plaza, arengó á algunos pelotones de seccionarios, hizo que le siguiesen, se armó con un fusil, y marchó á la cabeza de aquella columna al comité de seguridad general. Se lanzó con su arma en la mano en los corredores y en las salas exteriores de la parte de las Tullerías, en donde estaba establecido el comité. Allí encontró á Henriot dormido por la embriaguez. Le puso en libertad, le hizo subir á su caballo, que aún permanecia atado á una reja del Carrousel, y le llevó á sus artilleros. Despertado Henriot, animado, libre y ardiendo por vengar su vergüenza, se precipitó hácia sus baterías, y volvió las piezas contra la Convencion.

IV

Eran las siete de la tarde. Esta era la hora en que los diputados dispersos volvian á la sesion. La consternacion se mostraba en todos los semblantes. En voz baja se comunicaban los siniestros presagios que habian recogido durante las horas de inaccion: el juramento de los Jacobinos de morir ó triunfar con Robespierre, la evasion de los presos, los grupos sediciosos amontonándose en los arrabales, la campana que sonaba á lo léjos, las secciones que se reunian á la municipalidad, los cañones apuntados hácia las Tullerías, la soledad que reinaba alrededor de la Convencion, la temeridad de los comités en despreciar á un pueblo armado con la fuerza abstracta de la ley, la proximidad de tres mil jóvenes alumnos de la nacion, pretorianos de Robespierre, acudiendo desde el Campo de Marte á la voz de Labreteche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tímidos exageraban el peligro, los indecisos le aumentaban, y los cobardes aparecian en las puertas, sondeando el terreno y desapareciendo. Los miembros de los comités, expulsados del sitio ordinario de sus sesiones por la invasion de Coffinhal, advertidos de la presencia de Henriot en el Carrousel, deliberaban en pié en un gabinete próximo á la sala de las sesiones públicas. Toda la fuerza legal descansaba sólo en ellos. La salvacion de la Convencion estribaba en su actitud; una palabra podia perderla, una señal salvarla.

En aquel momento la Convencion se elevó á la altura de su peligro, y no desesperó de la representacion nacional ante los cañones apuntados contra el recinto de las leyes.

Bourdon de l'Oise apareció en la tribuna. Todas las conversaciones particulares cesaron. Bourdon anunció que los Jacobinos acababan de recibir una diputacion de la municipalidad, y que habian fraternizado con los insurgentes. Aconsejó á la Convencion que fraternizase tambien con el pueblo de Paris, y que calmase, mostrándose como en el 31 de Mayo, la efervescencia de los ciudadanos. Merlin refirió su arresto por los satélites de Henriot y su libertad por los gendarmes. Legendre, que volvió á hallar en lo desesperado de las circunstancias y en la ausencia de Robespierre la energía de sus primeros dias, enardeció los ánimos abatidos. Un tumulto exterior le interrumpió.

Era Henriot que acababa de mandar á sus artilleros que echasen abajo las

Clausura del club de los Jacobinos.—Pág. 492.

puertas. Billaud-Varennes denunció aquel atentado. Algunos diputados se precipitaron fuera del salon. Collot-d'Herbois ocupó su puesto de presidente. Aquel asiento, situado enfrente de la puerta, debia recibir los primeros disparos. «¡Ciudadanos,—exclamó Collot cubriéndose y sentándose,—ved aquí el momento de morir en nuestros puestos!» «¡Morirémos!»—le respondió la Convencion entera sentándose como para esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas, electrizados por aquella actitud, se levantaron jurando defender la Convencion, salieron en tumulto y se esparcieron en los jardines, en los patios y en los barrios inmediatos, gritando: «¡A las armas!» La Convencion dictó un decreto poniendo fuera de la ley á Henriot. Amar salió escoltado por sus más intrépidos colegas y arengó á las tropas. «Artilleros,—les dijo,—¿deshonrareis á vuestra patria despues de haber merecido tantas veces su benevolencia? Ved ese hombre que está embriagado. ¿Quién sino un ebrio pudiera mandar hacer fuego contra la Representacion y contra la patria?»

Conmovidos los artilleros por aquellas palabras, é intimidados por el decreto, rehusaron obedecer á su jefe. Henriot, casi abandonado, trasladó con trabajo sus

piezas á la plaza del ayuntamiento. El audaz Barras fué nombrado en su lugar comandante general de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convencion. Le dieron para que le auxiliasen á Freron, Leonardo Bourdon, Legendre, Goupilleau de Fontenay y á Bourdon de l'Oise, hombres todos de resolucion. Se nombraron doce comisionados para que fuesen á fraternizar con las secciones, ilustrar el espíritu público y reunir la guardia nacional á la Convencion. Las columnas de los seccionarios que marchaban hácia la casa de ayuntamiento se desbandaron. Sus pelotones se dispersaron al impulso contrario de los agentes de la municipalidad ó de los comisionados de la Convencion. Unos prosiguieron su camino hácia la plaza de Greve, los otros fueron á formarse en batalla bajo el mando de Barras alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraido en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la municipalidad y los decretos de la Convencion que declaraban fuera de la ley. No sabía de qué lado estaba la justicia, vaciló, y se detuvo indeciso.

V

La noche envolvia ya con sus sombras las reuniones, que iban disminuyendo en los alrededores de la casa de la ciudad, y aumentaban alrededor de las Tullerías. Barras y los diputados militares que le acompañaban recorrian á caballo, á la luz de hachas de viento, los barrios del centro de Paris, llamando en alta voz á los ciudadanos para que auxiliasen á la Representacion contra una horda de facciosos. Un ejército, ó por mejor decir, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y algunos artilleros tránsfugas de Henriot, formó en número de mil ochocientos hombres alrededor de la Convencion. Barras podia engrosar este número ántes de que amaneciese; pero conocia el valor del tiempo y el poder de la audacia. Improvisó con sangre fria un plan de operaciones que puso en práctica con prontitud; hizo rodear con astucia la casa de ayuntamiento por algunos destacamentos que se deslizaron por medio de calles excusadas, cortando de esta suerte los refuerzos y la retirada á los insurgentes. El mismo marchó lentamente, llevando los cañones á vanguardia, por los diques sobre la casa de ayuntamiento. Leonardo Bourdon siguió con otra columna por las calles estrechas y paralelas al dique, avanzando del mismo modo para desembocar por otro lado á la extremidad de la plaza de Greve. A medida que Barras y Bourdon avanzaban hácia el foco de la insurreccion, parecia que disminuia el murmullo del pueblo alrededor de la casa de ayuntamiento. El tumulto se calmó á medida que se acercaban. La noche combatia en su favor. Asegurado Barras por la soledad de los diques, mandó hacer alto á las cabezas de columna, y fué á galope á la Convencion. Entró en la sala, subió á la tribuna, y su continente marcial, sus armas y sus palabras restituyeron la confianza en los ánimos. Tranquila la Convencion, Barras volvió á montar á caballo á las voces de *¡Viva la república! ¡Viva el salvador de la Convencion!* Freron y sus ayudantes de campo le siguieron en la tribuna, y dieron cuenta del estado de Paris por el lado del Campo de Marte. «Hemos cortado la marcha á los alumnos de la patria, que el traidor Lebas se habia encargado de sublevar en favor de Robespierre,—dijo Freron;—hemos enviado algunos artilleros patriotas para que recorran las filas de sus

camaradas extraviados en la plaza del ayuntamiento, y traerlos á su deber. Ahora vamos á marchar á intimar á los revoltosos que si rehusan entregarnos á los traidores, los enterrarémos en las ruinas de aquel edificio.»

Tallien ocupó la silla del presidente. «¡Partid,—dijo con enérgica voz á Freron y á sus colegas,—partid, y que el sol no salga ántes que hayan caido las cabezas de los conspiradores!»

Robespierre depositado en el salon de espera de la Convencion.—Pág. 492.

Sin embargo, Robespierre persistia en el ayuntamiento en la impasibilidad que se habia impuesto; tenia más bien trazas de estar en rehenes, que de ser jefe de la insurreccion. Coffinhal, Fleuriot y Payan sostenian solos la energía del Consejo y la adhesion del pueblo. Ninguno de ellos tenia la suficiente popularidad para dar su nombre á un movimiento tan grande. Robespierre les rehusaba el suyo; de suerte que se vieron en la precision de violentarle para salvarle y salvarse con él. «¡Oh! ¡Si yo fuese Robespierre!»—le dijo Coffinhal. Al salir de la prefectura de policía para ir á la casa de ayuntamiento, Robespierre no cesó de repetir á la diputacion que le acompañaba: «¡Vosotros me perdeis, y os perdeis á vosotros mismos! ¡Vosotros perdeis á la república!» Desde que llegó al Consejo municipal,

afectó permanecer indiferente á los movimientos que se agitaban á su alrededor. Saint-Just y Couthon le suplicaron que cediese á la voz del pueblo, que con sus gritos le conferia la dictadura, y que ejerciese el poder por una noche, para abdicarlo al dia siguiente en la Convencion ya depurada. «El pueblo—le decia Couthon—sólo espera una palabra de tí para destruir á los tiranos y á tus enemigos. Dirígele al ménos una proclama que le indique lo que ha de hacer.» «¿En nombre de quién?»—preguntó Robespierre. «En nombre de la Convencion oprimida»,—respondió Saint-Just. «Acuérdate del dicho de Sertorio,—añadió Couthon:

¡Roma no está ya en Roma, está donde yo estoy!»

«No, no,—replicó Robespierre;—yo no quiero dar el ejemplo de la Representacion nacional avasallada por un ciudadano; nada somos sino por el pueblo, y no debemos sustituir nuestra voluntad á sus derechos.» «¡Entónces,—exclamó Couthon,—sólo nos resta morir!» «Tú lo has dicho»,—replicó flemáticamente Robespierre, que parecia resuelto á sacrificarse como víctima ántes que triunfar como faccioso, reclinándose en la mesa del Consejo. «Pues bien, tú nos matas»,—le dijo Saint-Just. Robespierre tenia á la vista un pliego de papel con el sello de la municipalidad de Paris. Aquel papel contenia una llamada á la insurreccion, redactada apresuradamente por sus colegas; habia escrito la mitad de su nombre al fin de la hoja; pero detenido por sus escrúpulos y por su indecision, y dejando sin concluir su firma, rechazó el papel, tirando la pluma. Aquella accion, que perdia á sus amigos, no le degradó en su concepto.

Couthon se reprendia á sí mismo el no elevarse hasta aquella abnegacion del patriotismo; Lebas, hombre de accion, se sentia encadenado por el entusiasmo; Robespierre el jóven buscaba el cumplimiento de su deber en los ojos de su hermano; Saint-Just, con respetuoso silencio, no se atrevia á combatir un pensamiento que creia superior al suyo, si no por el genio, al ménos en virtud. Esperaba que el oráculo se pronunciase por la voz del pueblo, dispuesto á seguir á su dueño á la dictadura ó á la muerte.

Sólo Payan trataba de mantener en los noventa y dos miembros de la municipalidad, en el pueblo de las tribunas y en las masas que llenaban la casa de ayuntamiento, la constancia y el ardor de la insurreccion. Creia inflamar á los cómplices de la municipalidad por la indignacion, y quitarles todo refugio que no fuese la victoria, leyéndoles los decretos que ponian fuera de la ley, y que acababa de dictar la Convencion, añadiendo artificiosamente á aquella lista los espectadores de las tribunas, esperando de este modo confundir al pueblo y á la municipalidad en la misma suerte. Aquella astucia de Payan, que todo lo podia salvar, lo perdió todo. Apénas habia leido el falso decreto, cuando la multitud que ocupaba las tribunas se evadió, como si hubiera visto brillar la cuchilla de la Convencion en su decreto. Las tribunas arrastraron en su fuga á las masas de seccionarios, cansados ya de un movimiento que se volvia al cabo de siete horas contra sí mismo. La mayor parte de la noche se pasó en aquellas oscilaciones. Las dos sonaron en el reloj de la municipalidad.

Al mismo tiempo la tropa de Leonardo Bourdon, que se habia deslizado en silencio por las calles laterales al muelle, hacía alto ántes de desembocar en la plaza de Greve, al grito de *¡Viva la Convencion!* En vano Henriot, con sable en

BARRAS.

mano y galopando como un insensato en medio del gentío que atropellaba, respondió á aquel grito con el de *¡Viva la municipalidad!* El desprecio universal por aquel jefe, el desórden de sus movimientos, la descompostura de sus ademanes, su aspecto de embriaguez, las calles cortadas y la aproximacion de las columnas, esparcieron el desaliento en las filas de los seccionarios. Los artilleros cubrieron de silbidos á su estúpido general, volvieron las bocas de sus piezas contra la casa de ayuntamiento, é hicieron resonar en las plazas y en los malecones un inmenso grito de *¡Viva la Convencion!*, dispersándose en seguida.

La columna de Barras se detuvo á aquel grito para dejar evacuar la plaza. En pocos minutos todo se desvaneció ó se unió á los batallones de la Convencion.

Un profundo silencio reinaba en las puertas del ayuntamiento. Leonardo Bourdon temió un lazo en aquella inmovilidad, creyendo que los insurgentes, fortificados en las salas, querian batir á las columnas y enterrarse en las ruinas de la casa. Un mutuo terror dejó por mucho tiempo desocupada la plaza de Greve, y separados los sitiados y los sitiadores. En fin, Dulac, agente resuelto del comité de seguridad general, puesto á la cabeza de veinticinco zapadores y de algunos granaderos, atravesó la plaza, derribó las puertas á hachazos, y subió la escalera calando bayoneta.

Al estruendo de los pasos, Lebas, armado con dos pistolas, ofreció una á Robespierre, pidiéndole que se diese la muerte. Robespierre, Saint-Just y Couthon rehusaron suicidarse, prefiriendo morir á manos de sus enemigos. Sentados impasiblemente alrededor de una mesa en la sala de la Igualdad, escucharon el ruido de los que subian, miraron á la puerta y esperaron su suerte.

Al primer culatazo que oyeron en las escaleras, Lebas se tiró un pistoletazo en el corazon, cayendo muerto en brazos de Robespierre el jóven. Este, aunque seguro de su inocencia y de su absolucion, no quiso sobrevivir á su hermano ni á su amigo. Abrió una ventana y se precipitó por ella, rompiéndose una pierna en la caida. Coffinhal, haciendo resonar con sus pasos y sus imprecaciones las salas y galerías, encontró á Henriot aturdido por el miedo y por la embriaguez, le echó en cara su glotonería y su falta de valor, y asiéndole en sus brazos, le llevó hácia una ventana abierta, arrojándole desde el segundo piso sobre un monton de inmundicias. «¡Vé, miserable borracho,—le dijo al arrojarlo,—no eres digno del cadalso!»

Entre tanto Dulac, tranquilo por el estado de la casa de ayuntamiento, habia enviado á uno de sus granaderos para advertir á la columna de Bourdon del libre acceso del interior de la casa.

Leonardo Bourdon formó su tropa en batalla delante del peristilo y subió acompañado de cinco gendarmes y alguna tropa; se precipitó con Dulac y los que le seguian en la sala de la Igualdad. La puerta cedió á los culatazos de los granaderos. «¡Muera el tirano!» «¿Quién es el tirano?»—preguntaron los soldados. Leonardo Bourdon no se atrevió á resistir las miradas de su desarmado enemigo. Situado detras del peloton, y cubriéndose con el cuerpo de un gendarme llamado Meda, tomó con la mano derecha el brazo del gendarme que tenia una pistola, y señalando con la izquierda al que debia apuntar, dirigió el arma contra Robespierre, diciendo al gendarme: «¡Ese es!» Sale el tiro y cae Robespierre sobre la mesa, manchando con su sangre la proclama que no habia acabado de firmar. La

bala le habia atravesado el labio inferior y roto la encía. Couthon se quiso levantar, vaciló sobre sus piernas baldadas, y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado é inmóvil, mirando tristemente á Robespierre, y con orgullo á sus enemigos.

Al estruendo de los tiros y de los gritos de *¡Viva la Convencion!* las columnas de Barras desembocaron en la plaza, escalaron la casa de ayuntamiento, cerrando todas las salidas, y apoderándose de Fleuriot, Payan, Duplay y de los ochenta miembros de la municipalidad, los ataron, preparándose á llevarlos en triunfo á la Convencion. Coffinhal consiguió escaparse á favor de la confusion general; derribó la puerta de una sala baja, refugiándose en el rio en un barco de lavanderas, de donde el hambre le hizo salir, descubriéndole al dia siguiente.

Seguido Barras de la larga fila de presos, volvió á tomar con sus columnas el camino de la Convencion. Los primeros albores de la mañana empezaban á distinguirse. Robespierre, llevado por cuatro gendarmes en una camilla, y con la cara envuelta con un pañuelo lleno de sangre, abria la marcha. Los que llevaban á Couthon le habian dejado caer y rodar al suelo por desprecio en la esquina de la plaza de Greve. Tenia sus vestidos manchados y rotos, dejando desnuda parte de su cuerpo. Robespierre el jóven se desmayó, y le llevaban dos hombres del pueblo. El cadáver de Lebas iba cubierto con el tapete de una mesa manchado de sangre. Saint-Just, con las manos atadas por delante, la cabeza descubierta, los ojos bajos y recogido en la resignacion, y no en la venganza, seguia á pié.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tullerías. La Convencion esperaba el desenlace sin temerlo. Un estremecimiento tumultuoso anunció la proximidad de Barras y Freron. Charlier presidia. «El cobarde Robespierre está allí,—dijo señalando á la puerta.—¿Quereis que éntre?» «¡No no!»—respondieron los representantes, unos por horror y otros por compasion. «Presentar en la Convencion el cuerpo de un hombre cubierto con todos los crímenes,—exclamó Thuriot,—sería quitar á esta hermosa jornada el brillo que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traer más que un contagio. El puesto que está señalado para Robespierre y sus cómplices es la plaza de la Revolucion.»

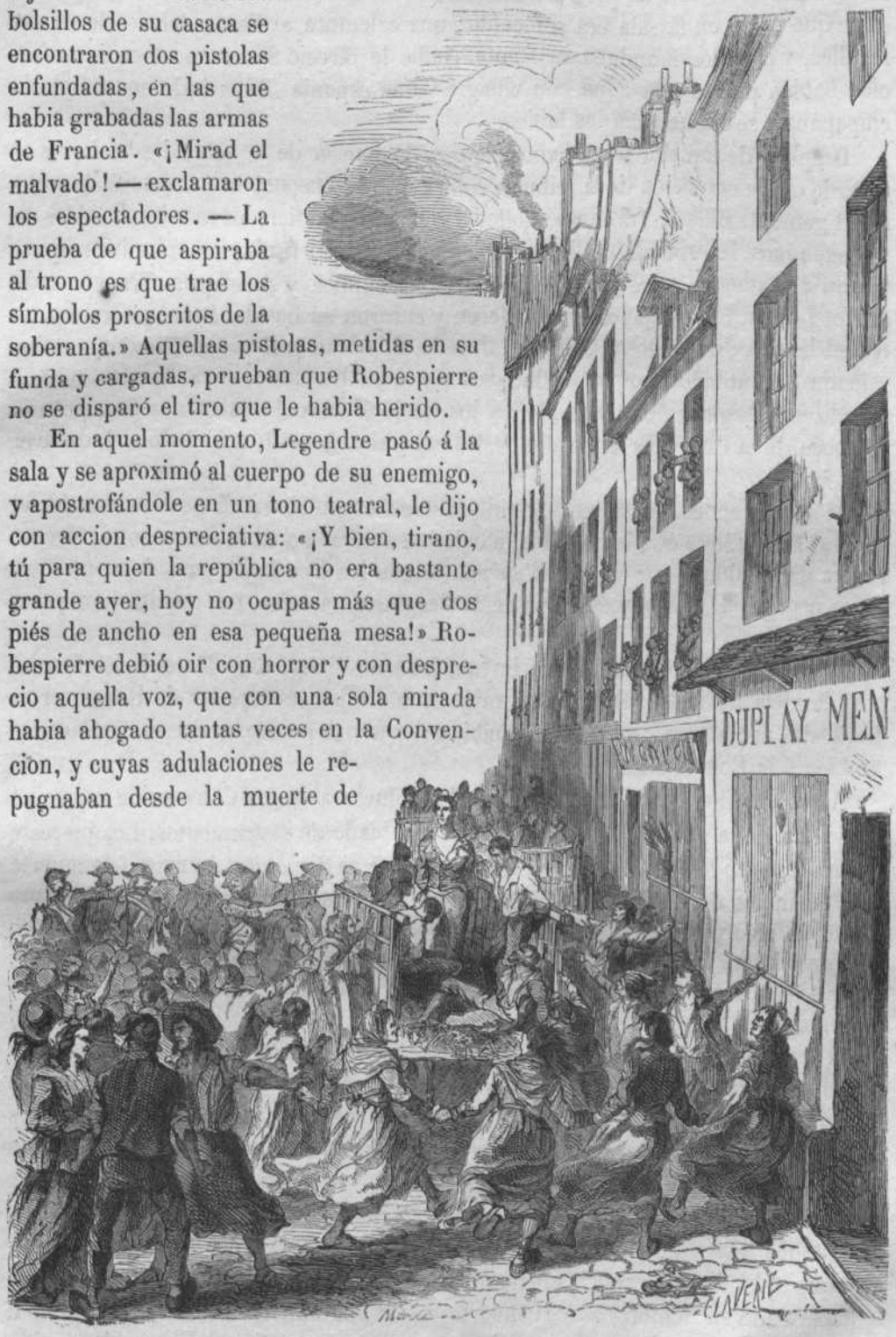
Leonardo Bourdon, ebrio por el triunfo, contó su expedicion y presentó á la Convencion el gendarme que habia tirado á Robespierre. Legendre entró armado con dos pistolas, anunciando que habia dispersado á los Jacobinos y cerrado él mismo las puertas de su sala, arrojando las llaves sobre la tribuna.

VI

Depositado Robespierre en el salon de espera, estaba tendido en una mesa, sirviéndole una silla vuelta de almohada. Un inmenso gentío entraba, salia y se renovaba continuamente para mirar desde lo alto de las banquetas al dueño de la república abatido. Algunos diputados, entre sus aduladores del dia anterior, venian á asegurarse de que el tirano no se levantaria más. Nada le perdonaban en la agonía, ni las invectivas, ni las miradas, ni los desprecios. Los ujieres de la Convencion le señalaban con la mano á los espectadores como si fuese un animal feroz en su jaula, y él se fingió muerto para librarse de los insultos y de las invectivas de que era objeto. Un empleado del comité de salud pública, que se alegraba de la

caida de la tiranía, pero que compadecia al hombre, se acercó á Robespierre, le quitó una liga, le bajó la media, y poniendo la mano en la pierna, sintió las pulsaciones arteriales que revelaban su plenitud de vida. «Es necesario registrarle»,— dijo á la multitud. En los bolsillos de su casaca se encontraron dos pistolas enfundadas, en las que habia grabadas las armas de Francia. «¡Mirad el malvado! — exclamaron los espectadores. — La prueba de que aspiraba al trono es que trae los símbolos proscritos de la soberanía.» Aquellas pistolas, metidas en su funda y cargadas, prueban que Robespierre no se disparó el tiro que le habia herido.

En aquel momento, Legendre pasó á la sala y se aproximó al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole en un tono teatral, le dijo con accion despreciativa: «¡Y bien, tirano, tú para quien la república no era bastante grande ayer, hoy no ocupas más que dos piés de ancho en esa pequeña mesa!» Robespierre debió oir con horror y con desprecio aquella voz, que con una sola mirada habia ahogado tantas veces en la Convencion, y cuyas adulaciones le repugnaban desde la muerte de



Robespierre y los sentenciados de Thermidor conducidos al patíbulo.—Pág. 495.

Danton. Aunque inmóvil, lo veia y lo oia todo. La sangre que manaba de su herida se cuajaba en su boca, y reanimándose, se la limpió con una funda de las pistolas. Su mirada apagada, empero escrutadora, se dirigia á la multitud como para buscar compasion ó justicia; pero no descubrió más que aversion, y cerró los ojos. El calor que habia en la sala era sofocante; una calentura ardiente daba color á sus mejillas, y el sudor inundaba su frente. Nadie le ofreció la mano. A su inmediacion habian puesto una copa con vinagre y una esponja. De cuándo en cuándo la empapaba y se humedecia los labios.

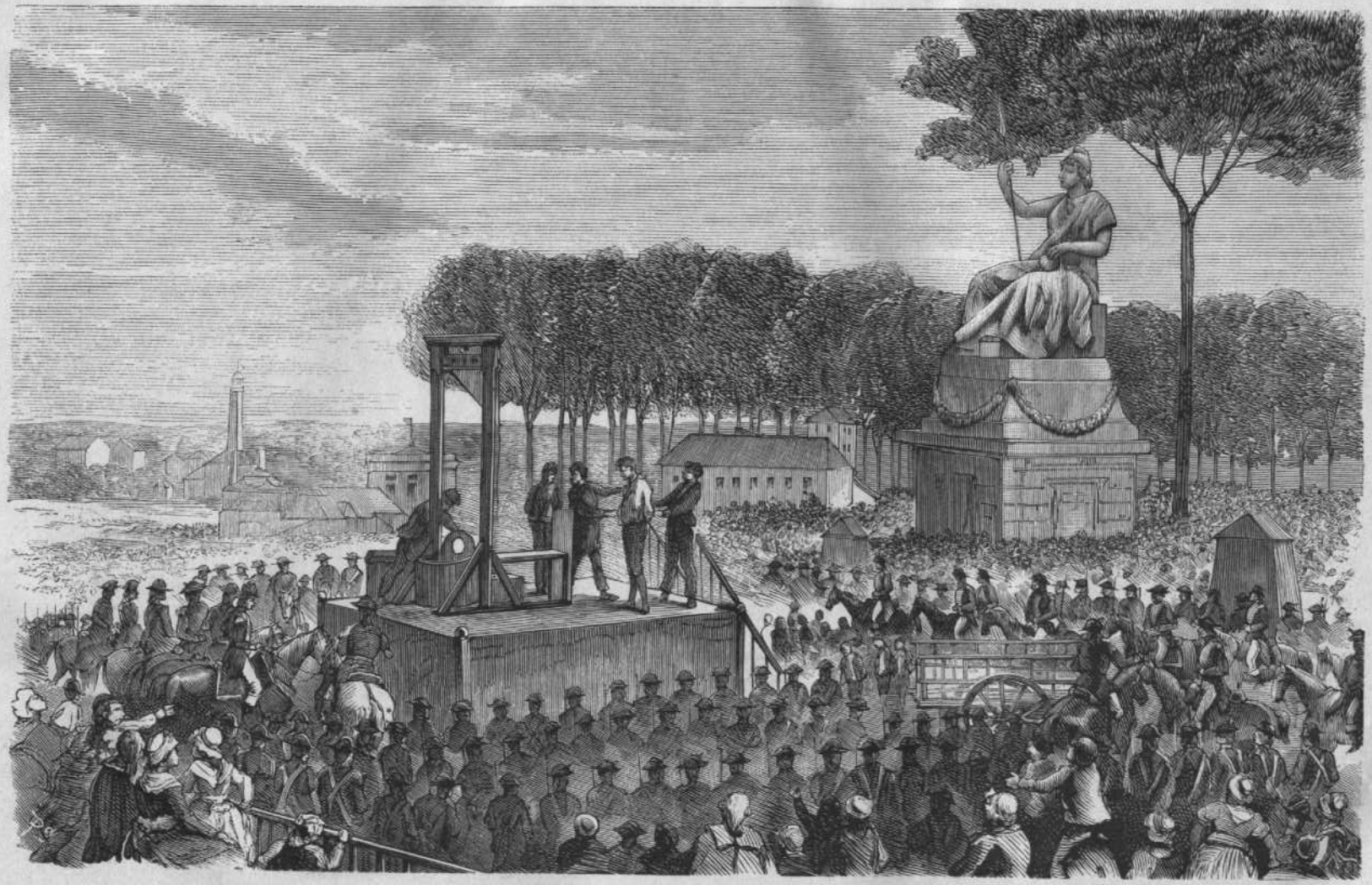
Despues de aquella larga exposicion en la puerta de la sala, desde donde el vencido oia la explosion de la tribuna contra él, le transportaron al comité de seguridad general. Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier, los más implacables de sus enemigos, le esperaban allí. Le interrogaron por fórmula; sus miradas respondieron únicamente, y los jueces abreviaron el suplicio y su alegría. Transportado al Hotel-Dieu, los cirujanos reconocieron y curaron su herida. Robespierre encontró en la sala de heridos á Couthon, llevado allí como enfermo; á Henriot, con los miembros mutilados por la caida, y en fin, á su hermano, cuya fractura habian curado ya. Despues de la cura, todos los heridos fueron trasladados á un mismo calabozo de la Conserjería, en donde les esperaba Saint-Just al lado del cadáver de Lebas.

Al entrar en la Conserjería, Saint-Just se encontró en el postigo interior al general Hoche, que él mismo habia mandado encerrar pocas semanas ántes. Hoche, en vez de insultarle por su caida, se apartó con los ojos bajos para dejar pasar al jóven procónsul. Los héroes respetan la desgracia hasta en los que los han proscrito.

El corregidor Fleuriot-Lescot, Payan, Dumas, Vivier, presidente de los Jacobinos, la vieja Lavalette, Duplay, su mujer y sus hijas, huéspedes de Robespierre, desde el Luxemburgo, adonde los habian llevado al principio, fueron trasladados tambien á la Conserjería.

A las tres, los condujeron al tribunal revolucionario. La Convencion estaba ya tan segura de la obediencia, que no habia cambiado de instrumentos. Los jueces y los jurados eran los mismos que en el dia anterior se disponian á enviar á la muerte á los enemigos de los que iban á sacrificar. Fouquier-Tinville leyó con el mismo acento de rigurosa conviccion los decretos que les ponian fuera de la ley, limitándose á hacer constar la identidad de las personas. Fouquier no se atrevió á dirigir la vista á Dumas, su colega en el tribunal revolucionario, ni á Robespierre, su patrono.

A las cinco, las carretas esperaban ya á los sentenciados al pié de la escalera principal. Robespierre, su hermano, Couthon, Henriot y Lebas eran ó unos restos humanos ó unos cadáveres. Los ataron por las piernas, por el cuerpo y por los brazos á los maderos del primer carro. Los vaivenes que ocasionaba el empedrado les arrancaban gritos y gemidos de dolor. Los dirigieron por las calles más largas y más concurridas de Paris. Las puertas, las ventanas, los balcones y áun los tejados estaban llenos de espectadores, y sobre todo de mujeres, con sus mejores adornos, que aplaudian el suplicio creyendo expiar el Terror, execrando al hombre que le habia dado su nombre. «¡A la muerte! ¡A la guillotina!»—exclamaban junto á las ruedas los hijos, los parientes y los amigos de las víctimas. El pueblo, escaso



EJECUCION DE ROBESPIERRE Y DE SUS COACUSADOS.

en número y taciturno, miraba sin dar ninguna señal de pena ni de satisfaccion. Algunos jóvenes á quienes habian guillotinado sus padres, y muchas mujeres privadas de sus maridos, atravesaban de cuándo en cuándo la fila de gendarmes para llenar de imprecaciones á Robespierre. Al parecer, temian que la muerte les quitase el grito y la satisfaccion de su venganza. Robespierre llevaba la cara envuelta en un pañuelo manchado de sangre, que le sostenia la barba, y este pañuelo estaba anudado sobre la cabeza. No se le descubria más que una mejilla, la frente y los ojos. Los gendarmes de la escolta le mostraban al pueblo con la punta de los sables. El volvia la cabeza y encogia los hombros, como si tuviese compasion del error que imputaba á él sólo tantas maldades como cubrian su nombre. Toda su inteligencia respiraba en sus ojos; su actitud indicaba la resignacion y no el temor; el misterio que habia cubierto su vida cubria su pensamiento. Murió sin revelar su última idea.

Delante de la casa del artesano donde habia vivido, cuyos miembros todos, padre, madre é hijos, estaban ya presos, una banda de mujeres detuvo el convoy y bailó en círculo alrededor de la carreta.

Un niño que llevaba en la mano un cubo de carnicero lleno de sangre de vaca, mojó en él una escoba y roció las paredes de la casa. Robespierre cerró los ojos durante aquel alto, para no ver insultado el umbral de unos amigos á quienes habia sumido en la desgracia. Esta fué su única accion de sensibilidad durante las treinta y seis horas de su suplicio.

En la noche de aquel mismo dia, aquellas furias de la venganza invadieron la cárcel donde se hallaba la mujer de Duplay, y la ahogaron, colgándola despues de la varilla de una cortina.

El convoy siguió su marcha. Couthon iba cavilando; Robespierre el jóven, enternecido. Las sacudidas de la carreta, que renovaban la fractura de su pierna, le hacian dar gritos involuntarios. Henriot tenia la cara embadurnada de sangre, como los beodos á quienes se recoge en medio de un arroyo; le habian quitado su uniforme, y no llevaba otro vestido que la camisa manchada de barro. Saint-Just, vestido decentemente, con el pelo cortado, pálido el semblante, pero sereno, no afectaba en su actitud ni humillacion ni orgullo. En la elevacion de su mirada se veia que la dirigia más allá del tiempo y del suplicio, y que su pensamiento le seguia al cadalso como le hubiera seguido al triunfo, sabiendo por qué iba á morir, y no acusando al destino, porque moria por su fidelidad á sus principios, á su maestro y á la mision que él se habia impuesto. Sér incomprensible é incompleto, compuesto únicamente de inteligencia, y sin más pasiones que las del espíritu, faltábale enteramente el órgano del corazon á su naturaleza, así como á su teoría. Hombre sin corazon, no reconvenia en nada á su abstracta conciencia, y murió odiado y maldecido, sin reconocerse culpable. ¡Ceguedad moral que conduce al abismo cuando se cree marchar hácia la libertad del mundo y hácia la admiracion de la posteridad! Causa sorpresa ver tan tierna juventud en el dogmatismo de las ideas, tanta gracia en el fanatismo y tanta conciencia en la impasibilidad.

Llegados al pié de la estatua de la Libertad, los ejecutores llevaron á los heridos al tablado de la guillotina. Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud de asombro de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le

arrancaron el vendaje que envolvia su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolucion. La multitud calló, y un golpe sordo de la cuchilla dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiracion de la multitud, seguida de un inmenso aplauso, sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entónces en pié encima del cadalso. Alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los piés sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á traves de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptacion ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veintiseis años y dos dias.

Pusieron los veintidos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

VII

Algunas semanas despues, una mujer jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos, se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just, y pidió que le dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como mujer del pueblo, y ganaba su vida y la de su hijo lavando ropa en los barcos que sirven para este uso en el rio. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni áun el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseia un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado ántes de que le llevasen al suplicio. Deseaba ardientemente poseer aquella pintura, que al ménos le recordaria á su marido en la imágen del jóven republicano, colega y amigo el más querido de Lebas. La jóven artista, reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguido como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseia esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trajes de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluido, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Así se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad la única imágen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es más bien el retrato de una idea que el de un hombre; se parece á un sueño de la república de Dracon.

VIII

Tal fué el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al Terror en la ley, á la revolucion en el órden y á la república en la unidad. Destruido por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgracia de morir el mismo dia que finalizó el Ter-

ror, acumulando sobre su nombre hasta la sangre de los suplicios que queria evitar y las maldiciones de las víctimas que quiso salvar. Su muerte fué la fecha, y no la causa de la terminacion del Terror. Los suplicios hubieran cesado con su triunfo, así como cesaron con su suplicio. La justicia divina deshonraba así su arrepentimiento y hacía inútiles sus buenas intenciones, ofreciendo en su tumba un abismo sin fondo, y en su memoria un enigma de cuya resolucion se estremece la historia, temblando decidir sobre él, temiendo igualmente hacerle una injusticia si le diese el nombre de crímen, ú horrorizarse si le diese el de virtud. Para que el historiador sea justo é instructivo, es necesario que asocie atrevidamente estas dos palabras, que repugnan ir juntas, y que componga con ellas una expresion com-

La mujer de Duplay estrangulada en su prision.—Pág. 495.

pleja, ó más bien es necesario que renuncie á la calificacion de lo que no se puede definir. Aquel hombre fué y quedará sin definicion.

Hubo un designio en su vida, y aquel designio fué grande: el reinado de la razon por la democracia. Hubo en él un móvil, y aquel móvil fué divino: la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hubo una accion, y aquella accion fué meritoria: el combate á muerte contra los vicios, la mentira y el despotismo. Hubo un sacrificio, y aquel sacrificio fué constante, absoluto como un sacrificio heroico: fué el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su descanso, de su dicha, de su ambicion, de su vida y de su memoria á su obra. En fin, hubo un medio, y aquel medio fué alternativamente ó legítimo ó execrable: la popularidad. Halaga al pueblo en su parte innoble, exagera las sospechas, suscita la envidia, provoca la ira, envenena la venganza y abre las venas al cuerpo social para curar sus males; pero deja que salga de ellas la sangre pura ó impura, siéndole todo indiferente, y sin interponerse entre los verdugos y las víctimas. No quiso el mal, pero lo aceptó. Hizo caer, por creerlo necesario en su posicion, las cabezas del rey, de la

reina y de su inocente hermana. Cedió á la misma pretendida necesidad la cabeza de Vergniaud, y al miedo, á la dominacion, la de Danton. Permitió que su nombre sirviese durante diez y ocho meses de enseña al cadalso y de justificacion á la muerte. Esperó rescatar despues lo que es imposible: el crímen actual por la santidad de las futuras instituciones. Se embriagó con la perspectiva de una felicidad pública, miéntras que Francia palpitaba en el patíbulo. Tuvo el vértigo de la humanidad. Quiso extirpar con el hierro todas las malas raíces del suelo social, y se arrogó los derechos de la Providencia porque tuvo el sentimiento y la concepcion de su imaginacion. Se puso en el lugar de Dios, queriendo ser el genio creador y exterminador de la revolucion. Olvidó que si cada hombre se divinizase á sí mismo, no quedaria al fin sino uno solo en el globo, y que el último de los hombres sería el asesino de todos los demas. Manchó con sangre las más puras doctrinas de la filosofía, inspirando al porvenir el espanto del reinado del pueblo, la repugnancia á la institucion de la república y la duda sobre la libertad. Cayó, en fin, en su primera lucha contra el Terror, porque no conquistó, resistiéndole desde un principio, el derecho y la fuerza de dominarlo. Sus principios fueron estériles y condenados como sus proscripciones, y murió exclamando con el desaliento de Bruto: «¡La república perece conmigo!» En aquel momento era en efecto el alma de la república, que desaparecia con su último suspiro. Si Robespierre se hubiera conservado puro y sin conceder nada á los extravíos de los demagogos hasta aquella crísis de cansancio y de remordimientos, la república hubiera sobrevivido, rejuvenecido y triunfado con él. Aquélla buscó un regulador, y él no le presentó sino un cómplice, preparándole un Cromwell.

La suprema desgracia de Robespierre al morir no fué la de perecer y arrastrar á la república consigo, sino la de no legar á la democracia, en la memoria del hombre que habia querido personificarla con la mejor buena fe, una de aquellas figuras puras, radiantes é inmortales que vengan una causa del abandono de la suerte y que protestan contra aquella ruina por la admiracion sin repugnancia y sin reserva que inspiran á la posteridad. La república necesitaba de un *Caton de Utica* en el martirologio de sus fundadores: Robespierre no le dejó sino un *Mario*, á excepcion de la espada. La democracia tenia necesidad de una gloria que resplandeciese para siempre con un hombre desde su cuna, y Robespierre no le recordaba sino su gran constancia, su gran incorruptibilidad y grandes remordimientos. Este fué el castigo del hombre, el del pueblo, el de la época, y áun el del porvenir. Una causa no es frecuentemente sino el nombre de una persona. La causa de la democracia no debia ser condenada á encubrir ó á justificar el suyo. El tipo de la democracia debe ser magnánimo, generoso, clemente, é incontestable como la verdad.

IX

Con Robespierre y Saint-Just concluyó el gran período de la república, y la segunda raza de los revolucionarios principió entónces. La república desciende desde la tragedia á la intriga, desde el espiritualismo á la ambicion, del fanatismo á la codicia. En el momento en que todo se achica, detengámonos á contemplar lo que fué tan grande.

La revolucion no habia durado más que cinco años. Aquellos cinco años fue-

ron cinco siglos para Francia. Tal vez no ha sucedido jamás en el mundo, desde la encarnacion de la idea cristiana, que en tan corto espacio de tiempo haya habido semejante erupcion de ideas, de hombres, de naturalezas, de caractéres, de genios, de talentos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes, como hubo durante aquella elaboracion convulsiva del porvenir social y político de lo que se llama Francia; ni el siglo de César y de Octavio en Roma, ni el de Carlo-Magno en las Galias y en la Germania, ni el de Perícles en Aténas, ni el de Leon X en Italia, ni el de Luis XIV en Francia, ni el de Cromwell en Inglaterra. Parecia que la tierra, trabajando para engendrar el órden progresivo de las sociedades, hacía un esfuerzo de fecundidad comparable á la enérgica obra de regeneracion que la Providencia quiere cumplir. Los hombres nacieron como unas personificaciones instantáneas de las cosas que deben pensarse, decirse ó hacerse. Voltaire personifica el buen sentido; Juan Jacobo Rousseau, lo ideal; Condorcet, el cálculo; Mirabeau, el rayo; Vergniaud, la impetuosidad; Danton, la audacia; Marat, el furor; madama Roland, el entusiasmo; Carlota Corday, la venganza; Robespierre, la utopia, y Saint-Just, el fanatismo de la revolucion. Detras de ellos, los hombres secundarios de cada uno de estos grupos forman un haz que la revolucion separa despues de haberlos reunido rompiendo uno á uno todos sus tallos como si fuesen unas herramientas inútiles. La luz brilla á la vez en todos los puntos del horizonte, las tinieblas se disipan, las preocupaciones huyen, las conciencias se emancipan, las tiranías tiemblan, los pueblos se levantan, y los tronos se desploman. La Europa intimidada trata de herir, y herida ella misma, retrocede para mirar desde léjos aquel gran espectáculo. Aquel combate á muerte por la causa de la razon humana es mil veces más glorioso que las victorias de los ejércitos que le suceden. Conquistó para el mundo verdades imperecederas, en vez de conquistar á una nacion precarios aumentos de provincias. Ensanchó el dominio del hombre, en vez de ensanchar los límites del territorio. Tuvo el martirio á gloria, y la virtud fué su única ambicion. Es glorioso pertenecer á una raza de hombres á quien la Providencia ha permitido concebir semejantes ideas, y ser hijo de un siglo que ha dado impulso á tales movimientos del espíritu humano. ¡Glorifícase con ellos Francia por su inteligencia, por su representacion, por su alma y por su sangre! Las cabezas de aquellos hombres caen una á una, las unas justa, las otras injustamente, pero todas caen trabajando. Se acusa ó se absuelve, se llora ó se maldice. Los individuos son inocentes ó culpables, interesantes ú odiosos, víctimas ó verdugos. La accion es grande, y la idea se eleva sobre sus instrumentos como la causa siempre pura sobre los horrores de un campo de batalla. Por espacio de cinco años, la revolucion no fué más que un vasto cementerio. Sobre la tumba de aquellas víctimas está escrita una palabra que las caracteriza: en una, *filosofía;* en otra, *elocuencia;* en ésta, *genio;* en aquélla, *valor;* aquí, *crímen;* allá, *virtud;* pero en todas está escrito: *Muerte para el porvenir* y *Obrero de la humanidad.*

X

Una nacion debe llorar sus muertos, sin duda, y no consolarse de una sola cabeza injustamente sacrificada; pero no debe sentir su sangre cuando ha corrido para hacer salir de ella verdades eternas. Dios ha puesto este precio á la germi-

nacion y al desarrollo de sus designios sobre el hombre. Las ideas vegetan con sangre humana. Las revelaciones descienden de los cadalsos. Todas las religiones se divinizan por los mártires. ¡Perdonémonos, pues, hijos de los combatientes y de las víctimas! ¡Reconciliémonos sobre sus sepulcros, para continuar su interrumpida obra! El crímen lo ha perdido todo mezclándose entre las filas de la república. Combatir no es sacrificar. Separemos el crímen de la causa del pueblo, como un arma que le hiere la mano y que ha cambiado la libertad en despotismo; no tratemos de justificar el cadalso por la patria, y las proscripciones por la libertad; no endurezcamos el alma del siglo con los sofismas de la energía revolucionaria; dejemos su corazon á la humanidad, éste es el más seguro y el más infalible de sus principios, y resignémonos á la condicion de las cosas humanas. La historia de la revolucion es gloriosa y triste como el dia que sigue á una victoria y como la víspera de otro combate. Pero si esta historia está cubierta de luto, está llena sobre todo de fe. Se asemeja á un drama antiguo, en el cual, miéntras el narrador hace la relacion, el coro del pueblo canta la gloria, llora las víctimas, y eleva un himno de consuelo y de esperanza á Dios.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

ÍNDICE.

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativas de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salud pública.—El toque á rebato.—El 2 de Junio.—Discursos.—La Asamblea.—Lanjuinais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos. 5

LIBRO CUARENTA Y TRES.

Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscritos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público. 22

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Juicio.—Ejecucion. 35

LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteósis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Robespierre desarrolla sus teorías.—Reorganizacion del comité de salud pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Excesos.—Suplicios.—Máximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto. 71

LIBRO CUARENTA Y SEIS.

El general Custine ante el tribunal revolucionario.—Su condena.—Enjuiciamiento de la reina María Antonieta.—La Conserjería.—Arrebatan á su madre el jóven Delfin.—Se le entregan á Simon.—Fouquier-Tinville acusador público.—Condenacion de la reina.—Su vida y su muerte. 108

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de Octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veintiun girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino. 135

LIBRO CUARENTA Y OCHO.

El duque de Orleans es trasladado de Marsella á Paris y conducido á la Conserjería.—Su proceso.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Juicio de la historia sobre este príncipe. 164

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberacion de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin, y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Tolon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la resistencia á la rebelion.—Chasset y Biroteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lyoneses.—Mres. de Chenelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lyoneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy, fugitivo, consigue refugiarse en Suiza. 173

LIBRO CINCUENTA.

Entrada del ejército republicano en Lyon.—La Convencion decreta la destruccion de esta ciudad.—Couthon.—Collot-d'Herbois.—El ejército revolucionario.—Fouché.—Profanaciones.—Suplicios.—Destruccion.—Ruinas.—Miseria.—Dorfeuille acelera las ejecuciones.—Asesinatos en masa.—En toda la provincia se hacen iguales ejecuciones.—Tolon se subleva.—El partido realista.—Los insurgentes llaman á los ingleses.—El general Carteaux.—Sitio de Tolon por el ejército republicano.—Napoleon

Bonaparte.—El general Dugommier.—Toma del fuerte Mulgrave.—Evacuan los ingleses á Tolon, despues de incendiar la escuadra francesa.—Entrada del ejército republicano.—Reacciones. 213

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus Memorias. — Su carta á Robespierre.—Su causa.—Su sentencia.—Su muerte.—Suicidio de Roland. 241

LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convencion Isabeau y Tallien en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec-d'Ambes.—Estos buscan un asilo en Saint-Emilion.—Madama Bouquey los recibe.—Su separacion.—Valady toma el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á Paris.—Grangeneuve y Biroteau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Le llevan moribundo á Burdeos y le conducen al cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Biron.—Mr. y Mme. Angrand d'Alleray.—La municipalidad se adelanta á la Convencion.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasías.—Hebert y Chaumette.—Profanacion del culto católico.—Inauguracion del culto de la Razon.—Destruccion de los sepulcros de San Dionisio.—Exhumacion de los restos mortales de los reyes. 253

LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El Terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José Lebon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre el jóven en Vesoul. 285

LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Saint-Just y Lebas comisionados de la Convencion en los ejércitos.—Saint-Just reprime el Terror en Strasburgo.—Carta íntima de Lebas.—El poder de Robespierre equilibrado por el de Danton.—Chaumette y Hebert.—*El Padre Duchesne*.—Clubs de mujeres.—Las *calceteras* de Robespierre.—La *Sociedad fraternal*.—La *Sociedad revolucionaria*.—Rosa Lacombe.—Los clubs de mujeres se cierran por órden de la Convencion.—Faccion de Hebert.—*El Padre Duchesne* y *El Viejo Franciscano*.—Camilo Desmoulins.—Orígen del *Viejo Franciscano*.—Robespierre defiende la libertad religiosa en los Jacobinos.—Danton da cuenta de su proceder.—Robespierre le defiende protegiéndole.—Ataca á Anacharsis Klootz.—Excusa á Camilo Desmoulins.—Informe de Robespierre en la Convencion.—Danton adivinado por Robespierre.—Fragmento del *Viejo Franciscano*.—Tentativa de union entre Hebert y Robespierre.—Proposicion rechazada de un triunvirato.—Política del comité de salud pública.—Danton se engaña.—Doctrinas profesadas por Robespierre en la Convencion.—Tentativa de insurreccion de Hebert.—Aborto.—Informe de Saint-Just á la Convencion.—Prision de Hebert y sus cómplices.—Son sentenciados á muerte.—Prision de los amigos de Danton. 296

LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inaccion de Danton.—Sesion secreta de los tres comités.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prision de Danton y de sus cómplices.—Prision de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxemburgo.—Sesion de la Convencion.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Juicio sobre Danton. 329

LIBRO CINCUENTA Y SEIS.

Crece el Terror.—El general Dillon, Chaumette, el obispo Gobel, la viuda de Hebert y Lucila Desmoulins.—Carta de madama Duplessis á Robespierre.—Dominacion del comité de salud pública.—Saint-Just en el ejército.—Fuerzas y plan de los coligados en 1794.—Fuerzas de los ejércitos franceses.—Pichegru.—Souham.—Moreau.—Victoria de Turcoing.—Marceau.—Duhesme.—Kleber.—Bernadotte.—Jourdan general en jefe.—Lefebvre.—Macdonald.—Toma de Charleroi.—Batalla de Fleurus.—Lefebvre y Championnet.—Globo de observacion.—Se resuelve la invasion de Holanda.—Indecision de la corte de Viena.—Hoche.—Se levanta el bloqueo de Landau.—Repasan los austriacos el Rhin.—Los prusianos se retiran á Maguncia.—Prision de Hoche.—Se le traslada á Paris.—Se aseguran las fronteras.—Dumas.—Massena y Serurier.—Bonaparte.—Augereau.—Perignon.—Dugommier.—La escuadra de Brest.—Su insubordinacion.—El almirante Morard de Galles es reemplazado por Villaret-Joyeuse.—La escuadra francesa se encuentra con la inglesa.—Combate de 1.° de Junio de 1794.—El navío *Vengador*.—Entra en Brest la escuadra francesa.—El *Canto de partida*.—Redoblan el Terror y las ejecuciones.—Las insultadoras públicas.—Condenacion y ejecucion del hijo de Custine.—Suicidio de Claviere.—Se envenena su mujer.—Ejecucion de Lamourette, obispo de Lyon.—Condorcet.—Su retirada.—Su fuga.—Su prision.—Se envenena.—Louvet.—Lareveillere-Lepeaux.—Mr. de Malesherbes y su familia, Luckner, Duval-Dupremenil y el mayor número de los grandes nombres de la monarquía son enviados al cadalso.—Hornadas de la guillotina.—Las jóvenes de Verdun.—Las religiosas de Montmartre.—Se transporta la guillotina desde la plaza de Luis XV á la barrera del Trono.—El abate Fenelon ejecutado á los ochenta y nueve años.—Palabras de Collot-d'Herbois á Fouquier-Tinville. 362

LIBRO CINCUENTA Y SIETE.

Aspecto de las prisiones.—Roucher, Andres Chenier.—Los Carmelitas.—Madamas D'Aiguillon, Beauharnais y Cabarrús.—El Temple.—Madama Isabel.—Madama Real.—El Delfin.—Madama Isabel en el tribunal revolucionario.—Es sentenciada á muerte.—Su ejecucion.—Domina Robespierre á la municipalidad y á la Convencion.—Sus dudas.—Sus amigos Saint-Just, Couthon y Lebas.—Sus enemigos secretos.—Disensiones en los comités.—Discurso de Robespierre en la Convencion sobre la existencia

de Dios y la inmortalidad del alma.—Decreto.—Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau en el Panteon. 389

LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot-d'Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—Fiesta del Sér Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritacion de los comités.—Proyectos de los filántropos de la Convencion.—Decreto del 22 Prairial.—Altercados en el comité de salud pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Conjuracion sorda. 410

LIBRO CINCUENTA Y NUEVE.

Los thermidorianos.—Se acrecienta el Terror.—Barere, el *Anacreonte de la guillotina*.—Tendencias supersticiosas.—Catalina Theos.—Don Gerle.—Madama de Sainte-Amaranthe.—Mr. y Mme. de Sartines.—La señorita Grandmaison.—Mr. de Quesvremont.—Trial.—Robespierre en casa de madama de Sainte-Amaranthe.—Arresto de madama de Sainte-Amaranthe y de su familia.—Se la complica en la conspiracion del extranjero con Cecilia Renault y Ladmiral.—Los acusados ante el tribunal.—Su sentencia.—Su ejecucion.—Robespierre en los Jacobinos.—Tentativa de reconciliacion entre los miembros de los comités. 436

LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliacion.—Deliberacion de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de Mayo.—Primeros dias de Thermidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinacion á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 Thermidor.—El 8 Thermidor.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—La Asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convencion.—Su testamento de muerte.—Agitacion.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salud pública.—Escena violenta.—Collot-d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crísis del dia siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de éste.—Los diputados de la Llanura indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 Thermidor.—Los jacobinos se preparan para los acontecimientos del dia.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesion de la Convencion.—Collot-d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien le interrumpe.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitacion.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prision de Henriot, y que la sesion sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamacion.—Barere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barere.—Robespierre no consigue hacerse oir.—Deja la tribuna.—Le rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusacion contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el jóven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesion.—Se envia á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo dia.—Ejecuciones del dia anterior.—Roucher y Andres Chenier.. . . . 451

LIBRO SESENTA Y UNO.

En las cárceles rehusan recibir á los reos acusados.—Les ponen en libertad y los conducen en triunfo á la municipalidad.—La casa de ayuntamiento foco de la insurreccion.—Campana de rebato.—Llamada.—Henriot á la puerta del Carrousel.—Le detienen en nombre de la Convencion.—Robespierre en el depósito de la municipalidad.—Coffinhal le arrastra á la casa de ayuntamiento.—Coffinhal liberta á Henriot.—Continúa la sesion de la Convencion.—Bourdon de l'Oise en la tribuna.—Merlin de Thionville.—Tumulto en el exterior.—Henriot quiere echar abajo las puertas.—Se le pone fuera de la ley.—Se retira á la casa de ayuntamiento.—La Convencion nombra á Barras comandante general.—Movimiento en sentido contrario de los agentes de la Convencion y de la municipalidad.—El pueblo se muestra indeciso.—Barras rodea la casa de ayuntamiento.—Persiste Robespierre en su inaccion.—Henriot es abandonado por sus tropas.—Gritos de *¡Viva la Convencion!*—Dulac echa abajo las puertas de la casa de ayuntamiento.—Lebas se tira un pistoletazo.—Robespierre el jóven se precipita por una ventana.—Coffinhal arroja á Henriot desde un segundo piso al patio.—Invade Leonardo Bourdon la casa de ayuntamiento.—Es herido Robespierre de un balazo que le rompe una quijada.—Comitiva de los vencidos.—Se les conduce á la Conserjería.—Saint-Just y el general Hoche en el pórtico de la cárcel.—Prision de la familia Duplay.—Fouquier-Tinville lee los decretos que ponen fuera de la ley á los presos, y justifica su identidad.—Los sentenciados conducidos al cadalso.—Imprecaciones y aplausos de los espectadores.—La casa de Duplay.—Madama Duplay estrangulada en la cárcel.—Actitud de Robespierre.—Cae su cabeza.—Juicio sobre Robespierre y sobre la revolucion.. 482

COLOCACIÓN DE LOS RETRATOS.

TOMO PRIMERO

Retrato del autor..... 3
Luis XVI..... 15
María Antonieta..... 21
Robespierre..... 27
El general Lafayette.. 35
Barnave..... 77
Camilo Desmoulins..... 97
Danton..... 114
Brissot..... 116
Voltaire..... 128
Madama de Staël..... 166
Isnard..... 186
Vergniaud..... 194
Bailly..... 204
Petion..... 206
Madama Roland..... 221
Roland..... 228
Buzot..... 234
Gensonné..... 252
Guadet..... 254
El duque de Orleans (Felipe Igualdad)... 283
La condesa de Genlis..... 287
Dumouriez..... 321
Marat..... 350
Condorcet..... 356
Barbaroux..... 370
Santerre..... 383
Theroigne de Mericourt (la Hermosa Liejesa)..... 397
La princesa de Lamballe..... 403
Madama Isabel..... 474

TOMO SEGUNDO.

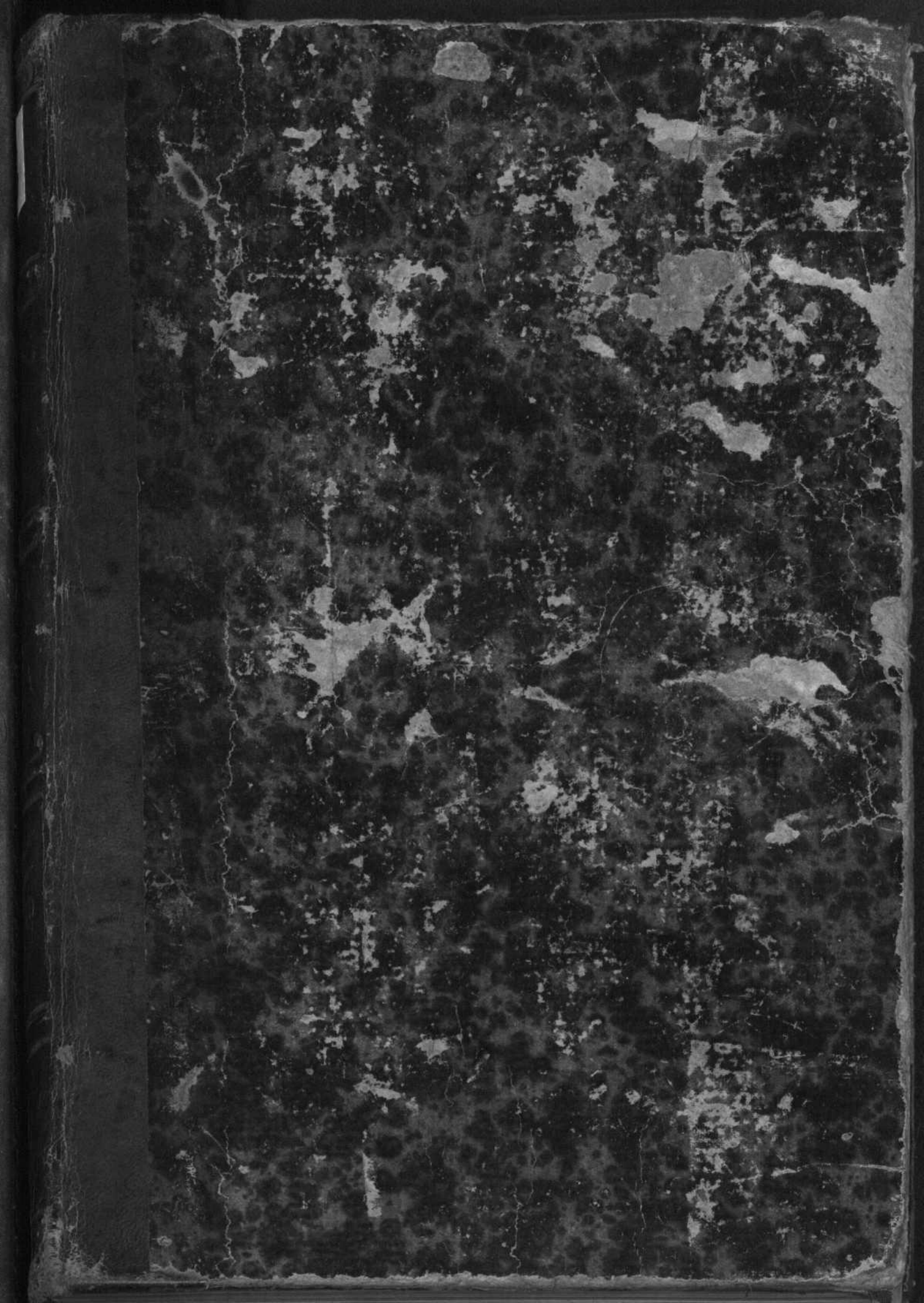
Couthon..... 30
Kellermann..... 43
Maillard..... 55
El duque de Chartres..... 99
Gregoire..... 239
Legendre..... 244
Malesherbes..... 270
Custine..... 330
Dubois-Crancé..... 383
Lareveillere-Lepeaux..... 407
Hebert..... 411
Boyer-Fonfrede..... 439

TOMO TERCERO.

Carlota Corday..... 40
Chaumette..... 100
El abate Fauchet..... 144
Chalier..... 192
Barras..... 491
Ejecucion de Robespierre y de sus coacusados..... 495

Biblioteca Pública de Valladolid

71897255 BPA 1012 (V.3)



GIRONDINOS

TOMO 3

L. M. D.

BPA
1012